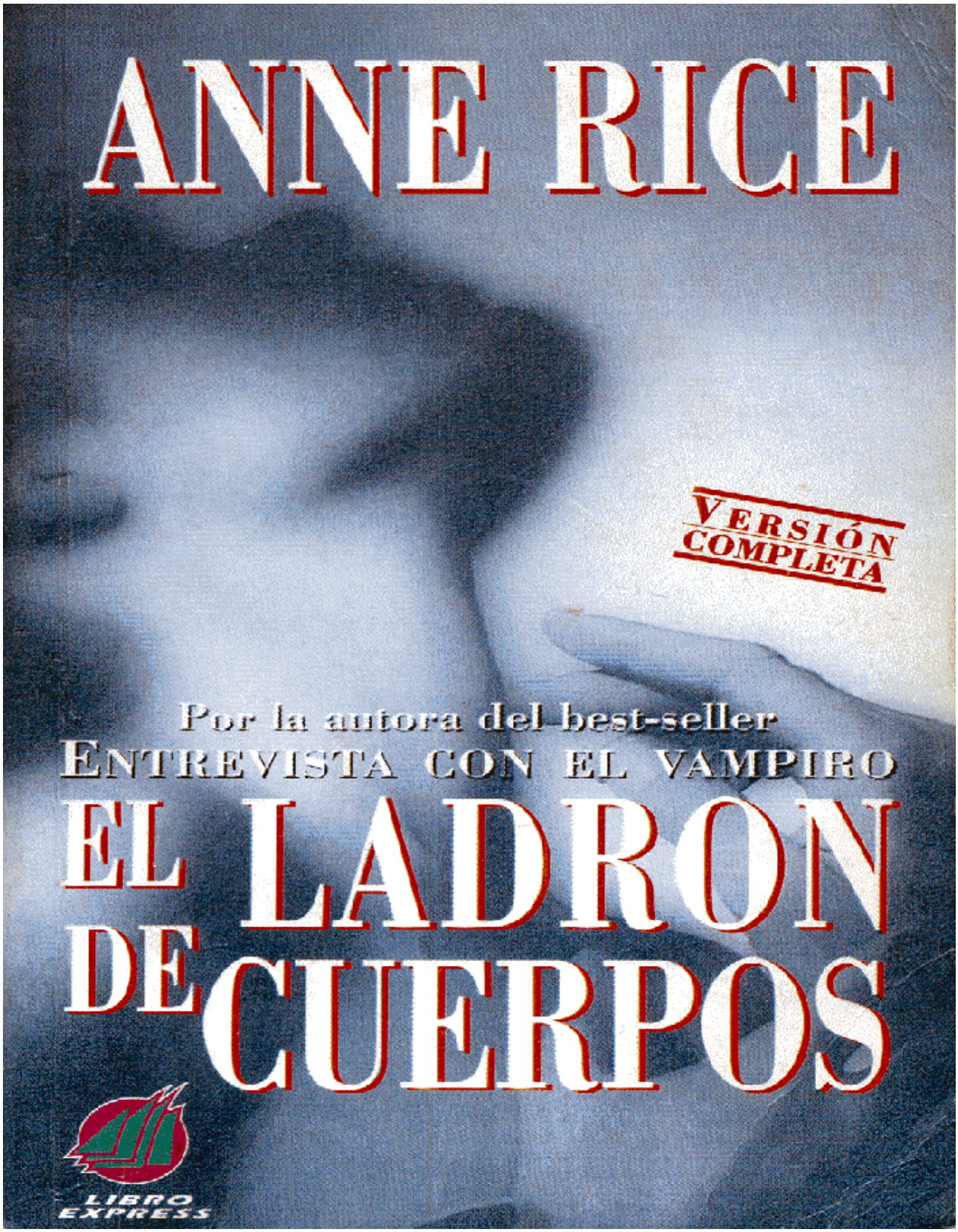
El ladrón de cuerpos

Anne Rice




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Para mis padres, Howard y Katherine O'Brien.*
*Sus sueños y su coraje me acompañarán todos mis días.*

Sailing To Byzantium
By W.B. Yeats

1
That is no country for old men. The young
In one another's arms, birds in the trees
-Those dying generations- at their song,
The salmon-falls, the mackerel-crowded seas,
Fish, flesh, or fowl, commend all summer long
Whatever is begotten, born, and dies.
Caught in that sensual music all neglect
Monuments of unageing intellect.

2
An aged man is but a paltry thing,
A tattered coat upon a stick, unless
Soul clap its hands and sing, and louder sing
For every tatter in its mortal dress,
Nor is there singing school but studying
Monuments of its own magnificence;
And therefore I have sailed the seas and come
To the holy city of Byzantium.

3
O sages standing in God's holy fire
As in the gold mosaic of a wall,
Come from the holy fire, perne in a gyre,
And be the singing-masters of my soul.
Consume my heart away; sick with desire
And fastened to a dying animal
It knows not what it is; and gather me
Into the artifice of eternity.

4
Once out of nature I shall never take
My bodily form from any natural thing,
But such a form as Grecian goldsmiths make
Of hammered gold and gold enamelling
to keep a drowsy Emperor awake;
Or set upon a golden bough to sing
To lords and ladies of Byzantium Of what is past, or passing, or to come.

Habla el vampiro Lestat. Tengo una historia para contarle, acerca de algo que me sucedió. Todo comenzó en Miami, en el año 1990, y sinceramente desearía iniciar el relato allí. Pero es importante que mencione los sueños que había tenido con anterioridad, ya que juegan un papel importante en la narración. Me refiero a las veces que soñé con una niña vampiro de mente adulta y rostro angelical, y a otra oportunidad en que soñé con David Talbot, mi amigo humano.

Pero también soñé con mi niñez de mortal transcurrida en Francia, con nieves invernales, con el ruinoso y umbrío castillo que tenía mi padre en Auvernia, con el día en que salí a cazar una manada de lobos que merodeaba por nuestra pobre aldea.

Los sueños pueden ser tan reales como los acontecimientos mismos, o al menos eso me pareció después.

Además, cuando empezaron los sueños tenía yo un estado de ánimo melancólico, pues era un vampiro vagabundo que deambulaba por la tierra. A veces iba tan cubierto de polvo, que nadie reparaba en mí. ¿De qué me servía tener una espesa cabellera rubia, ojos azules de mirada intensa, ropas llamativas, una sonrisa irresistible y un cuerpo bien proporcionado, de un metro ochenta y cinco de altura que, pese a sus doscientos años, podía pasar por el de un mortal de veinte? No obstante, yo seguía siendo un hombre de la razón, un hijo del siglo XVIII, siglo en el que realmente viví antes de nacer a las tinieblas.

Pero en las postrimerías de la década de 1980 estaba muy cambiado. Ya no era aquel bisoño y elegante vampiro que fui alguna vez, tan afecto a la clásica capa negra y los encajes de Bruselas, aquel caballero de bastón y guantes blancos que danzaba bajo el farol de gas.

Me había transformado en una especie de dios misterioso gracias al sufrimiento, al triunfo, y a un exceso de sangre de nuestros antepasados vampiros. Poseía facultades que me dejaban perplejo y a veces hasta me asustaban. Esos dones me ponían triste, aunque no siempre sabía por qué.

Por ejemplo, podía levantar una silla en el aire a voluntad y hacer que se desplazara a grandes distancias, mecida por los vientos nocturnos como si fuera un espíritu. Podía producir o destruir materia mediante el poder de mi mente. Podía encender fuego con sólo desearlo. También podía llamar con mi voz **preternatural** a los inmortales de otros países y continentes y, sin el menor esfuerzo, leer la mente de vampiros y humanos por igual.

Qué bueno, podrá usted decir. Yo lo aborrecía. Sufría sin lugar a dudas, por mis antiguas personalidades: el muchacho mortal, el fantasma recién nacido que en una época se propuso tener talento para la maldad.

Compréndanme: no soy un pragmático. Tengo una conciencia perspicaz y despiadada. Podría haber sido un buen tipo -y quizás a veces lo sea-, pero siempre me consideré hombre de acción. Condolerse es para mí un desperdicio, como lo es el tener miedo. Y lo que usted va a encontrar aquí, apenas termine con este preámbulo, es acción.

No hay que olvidar que los comienzos suelen ser difíciles y casi siempre artificiales. Fue la mejor época. Y la peor también. Además, todas las familias

felices no son iguales; eso hasta Tolstoi tiene que haberlo sabido. Yo no consigo empezar con "Había una vez" o "Me arrojaron de un camión al mediodía"; si no, lo haría. Y créame que siempre consigo lo que quiero. Como dijo Nabokov por boca de uno de sus personajes, "el asesino siempre habla con prosa extravagante". ¿Extravagante no podría significar experimental? Desde luego, sé que soy sensual, recargado, voluptuoso; demasiado me lo ha hecho notar ya la crítica.

Lamentablemente, tengo que hacer las cosas a mi manera. Ya voy a llegar al principio -si no hay una contradicción en los términos-; se lo prometo.

Debo explicar aquí que, antes de iniciarse esta aventura, yo estaba padeciendo por los otros inmortales a quienes conocí y amé, porque hacía tiempo que se habían dispersado de nuestro último reducto del siglo XX. Qué disparate pensar que quisiéramos crear un nuevo lugar de reunión. Uno a uno mis compañeros fueron desapareciendo, se perdieron en el tiempo y el mundo, lo cual era inevitable.

El vampiro no siente verdadero agrado por los de su especie, pese a su atroz necesidad de amigos inmortales.

Debido a esa necesidad, creé a mis vástagos: a Louis de Pointe du Lac, que se convirtió en mi paciente y a menudo cariñoso compañero del siglo XIX; y con la inadvertida ayuda de él, a Claudia, la bella y condenada niña vampiro. Durante esas noches solitarias de fines de siglo, Louis fue el único inmortal al que veía con frecuencia. El más humano de todos nosotros, el más perverso.

Nunca me alejaba demasiado de su choza, ubicada en el sector alto de Nueva Orleáns. Pero aguarde usted; ya llegaré a eso. Louis tiene un sitio en esta historia.

A propósito: aquí encontrará muy poco sobre los demás. En realidad, casi nada.

Salvo Claudia, con quien soñaba cada vez más a menudo. Permítame explicar lo de Claudia. Ella había muerto hacía más de un siglo, pero yo sentía su presencia en todo momento, como si la hubiera tenido cerca.

Corría el año 1794 cuando convertí a la huerfanita moribunda en una suculenta vampira, y pasaron sesenta años antes de que se rebelara contra mí. "Te meteré en el ataúd para siempre, padre."

En ese entonces yo dormía en un cajón, sí. Y aquel intento de homicidio fue anticuado, puesto que hubo víctimas mortales a las que se quiso tentar con alcohol para que nublaran mi mente, hubo cuchillos que desgarraron mi carne blanca y, por fin, creyéndolo sin vida, abandonaron mi cuerpo en las fétidas aguas de la zona de pantanos, allende las luces de Nueva Orleáns.

No les dio resultado. Existen muy pocos métodos eficaces para matar a los que no mueren. El sol, el fuego... Para matarlos, hay que proponerse la extinción total. Además, tenga en cuenta que soy el vampiro Lestat.

Claudia sufrió por ese crimen; luego fue ejecutada por un grupo de bebedores de sangre que medraban en el corazón mismo de París, en el infame Teatro de los Vampiros. Yo había violado las normas al convertir en bebedora de sangre a una niña tan pequeña, y es quizá por esa sola razón por la que los monstruos parisienses pudieron haberla ultimado. Pero también ella violó las normas cuando trató de destruir a su hacedor, y podríamos decir que ésa fue la razón lógica que tuvieron para dejarla afuera, a la luz intensa del día que la redujo a cenizas.

En mi opinión, se trata de un método diabólico para ejecutar a alguien, porque quienes lo dejan a uno afuera deben regresar deprisa a sus féretros y ni siquiera pueden ver el sol cuando éste ejecuta su siniestra sentencia. Eso fue lo que le hicieron a la exquisita criatura que yo había moldeado con mi propia sangre vampírica, la cual, de huerfanita sucia y andrajosa en una ruinosa colonia española del nuevo mundo, pasó a ser mi amiga, mi discípulo, mi amor, mi musa, mi compañera de correrías. Y sí, mi hija.

Si leyó usted "Entrevista con el vampiro", ya debe de saber todo esto, pues es la versión que da Louis del tiempo en que estuvimos juntos. Louis habla de su amor por ésa nuestra hija, y de cómo quiso vengarse de quienes la eliminaron.

Si leyó usted mis libros autobiográficos, "El vampiro Lestat" y "La reina de los condenados", ya sabe también todo lo que concierne a mí mismo. Conoce nuestra historia, sabe que nacimos hace miles de años y que nos propagamos entregando nuestra sangre misteriosa a los mortales, cuando deseamos arrastrarlos con nosotros por el camino del diablo.

Pero no es necesario haber leído aquellas obras para comprender ésta. Tampoco hallará aquí los miles de personajes que poblaban "La reina de los condenados". Ni por un momento la civilización occidental se va a tambalear. Y no habrá revelaciones de arcaicas épocas ni ancianos que confíen enigmas y verdades a medias, o prometan respuestas que de hecho no existen ni han existido jamás.

No; todo eso ya lo hice antes.

Esta es una historia contemporánea. No se confunda: es un volumen de las Crónicas de Vampiros, pero el primero realmente moderno pues acepta el horroroso absurdo de la existencia desde su comienzo y nos introduce en la mente y el corazón de su héroe -adivine quién es- para ver lo que allí descubre.

Lea este relato, y a medida que vuelva las páginas yo le iré brindando todo lo que necesite saber sobre nosotros. A propósito, ¡son muchas las cosas que suceden! Como ya he dicho, soy hombre de acción -el James Bond de los vampiros, por así decir-, llamado también por diversos inmortales Príncipe Rapaz, Criatura Maldita, Monstruo...

Los demás inmortales aún existen, desde luego: Maharet y Mekare, los mayores de todos, Khayman, de la primera camada, Eric, Santino, Pandora y otros, a quienes denominamos los Hijos de los Milenios. También está Armand, el simpático muchacho de quinientos años de edad que en una época dirigía el Teatro de los Vampiros y, antes de eso, una cueva de chupadores de sangre adoradores del diablo que vivían bajo el cementerio de París: Les Innocents. Espero que Armand exista siempre.

Y Gabrielle, mi madre mortal e hija inmortal que sin duda se presentará una de estas noches, quizás antes de que transcurran otros mil años, si tengo suerte.

En cuanto a Marius, mi viejo maestro y mentor, el que conservaba los secretos históricos de nuestra tribu, sigue estando y estará siempre con nosotros. Antes de empezar con este cuento, venía de vez en cuando a verme para implorarme que por favor terminara con mis impiadosos asesinatos, publicados invariablemente en los diarios de los humanos; que por favor dejara de molestar a David Talbot, mi amigo mortal, con tentaciones para que recibiera el Don Misterioso de nuestra sangre. ¿Es que no me daba cuenta de que no convenía crear más seres como nosotros?

Normas, normas y más normas. Siempre terminan hablando de normas. Y a mí me gusta infringirlas, así como a los mortales les gusta arrojar las copas de cristal contra el frente de la chimenea después de un brindis.

Pero basta ya de hablar de los demás... porque este libro es mío del principio al fin.

Quiero explayarme sobre las pesadillas que me atormentaban durante mis vagabundeos.

Con Claudia fue casi una obsesión. Todos los amaneceres, antes de abrir los ojos, la veía a mi lado, oía el murmullo imperioso de su voz. Y a veces me remontaba atrás en los siglos, hasta aquel pequeño hospital de colonia con sus hileras de camitas, donde la huérfana estaba muriendo.

Y ahí estaba el viejo médico, tembloroso y de vientre abultado, levantando el cuerpecito de la niña. Y ese llanto. ¿Quién llora? Claudia no lloraba. Dormía cuando el doctor me la confió, creyendo que yo era su padre mortal. Y qué preciosa aparece en los sueños. ¿Era tan linda en aquel entonces? Por supuesto que sí.

"Arrebatándome de manos mortales como dos monstruos siniestros en una pesadilla de cuento infantil, ¡oh padres ciegos e indolentes!"

Una sola vez soñé con David Talbot.

Soñé que David iba caminando por un bosque de mangles. No era el hombre de setenta y cuatro años que se había hecho amigo mío, el bondadoso erudito que invariablemente rechazaba mi invitación a beber la Sangre Misteriosa y con intrépido ademán apoyaba su mano tibia, frágil, sobre mi pecho frío para demostrar el cariño y la confianza que nos teníamos.

No; el que aparecía era el David Talbot joven, de años atrás, cuando su corazón no latía con tanta prisa. Sin embargo, corría peligro.

Tiger, tiger, burning bright.[1]

¿Es su voz la que murmura esas palabras, o acaso la mía?

Y en la luz manchada se aproxima, sus rayas negras y anaranjadas semejantes a la luz y la sombra mismas, de modo que apenas se lo distingue. Veo su inmensa cabeza, lo suave que es su hocico blanco, erizados sus bigotes largos, delicados. Entonces miro sus ojos amarillos, apenas dos tajos llenos de impía crueldad. ¡David, los colmillos! ¿No le ves los colmillos?

Pero él es curioso como un niño; mira la enorme lengua rosada del tigre que se posa sobre su garganta y le toca la cadenita de oro que lleva al cuello. ¿El tigre se está comiendo la cadena? ¡Por Dios, David! Los colmillos.

¿Por qué se me seca la voz? ¿Estoy allí, en el bosque de mangles? Vibra mi cuerpo cuando forcejeo para moverme. Mis labios cerrados dejan escapar callados gemidos que agobian hasta la última fibra de mi ser. ¡Cuidado, David!

Luego veo que él está con una rodilla apoyada en el suelo, veo el fusil largo y brillante contra su hombro. Y el gigantesco tigre aún se halla a metros de distancia, avanzando hacia él. Corre y corre hasta que el disparo lo detiene en seco, y se desploma al tiempo que el arma vuelve a disparar, sus ojos amarillos llenos de indignación, sus garras cruzadas cuando se clavan en la tierra blanda con el último suspiro.

---

[1]* Tiger, tiger, burning bright: verso del poema The Tiger, de William Blake. (Nota de la T.)

Me despierto.

¿Qué significa este sueño? ¿Que mi amigo mortal corre peligro? O simplemente que su reloj biológico se ha detenido. A un hombre de setenta y cuatro años la muerte puede acaecerle en cualquier instante.

¿Alguna vez pienso en David sin asociarlo con la idea de la muerte?

David, ¿dónde estás?

Tris, tras, tres, huelo la sangre de un inglés.

"Quiero que me pidas el Don Misterioso", le dije cuando lo conocí. "Tal vez no te lo dé, pero quiero que me lo pidas."

Nunca me lo pidió. Ahora lo amo. Lo vi poco después del sueño. Tuve que hacerlo. Pero no podía olvidar la pesadilla y quizá más de una vez vino a mi mente durante las horas de luz, en el sueño profundo de esas horas en que estoy frío como la piedra e indefenso bajo el manto literal de las tinieblas.

Bueno, ya hablé de los sueños.

Pero evoque usted una vez más la nieve invernal de Francia, por favor, nieve que se acumula en torno a los muros del castillo; piense en un muchacho joven, mortal, que duerme en su lecho de heno, a la luz de la lumbre, custodiado por sus perros de caza. Tal llegó a ser la imagen de la vida humana que perdí, más verdadera que cualquier recuerdo del teatro parisiense donde antes de la Revolución yo era tan feliz trabajando de actor.

Ahora sí, estamos listos para comenzar. Le propongo que demos vuelta a la página.

# I
# Ladrón de Cuerpos

## 1

Miami, ¡la ciudad de los vampiros! Esto es South Beach al atardecer, en la lujuriosa tibieza del invierno sin invierno, clara, floreciente y empapada en luz eléctrica, mientras la brisa suave sopla desde el mar plácido, cruza por el margen oscuro de arena color crema y va a enfriar las anchas calles lisas, llenas de felices niños mortales.

Simpático desfile de muchachos elegantes que exhiben sus músculos de culturismo con patética vulgaridad, de mujeres jóvenes orgullosas de sus aerodinámicas y aparentemente asexuadas extremidades en medio del imperioso rugir del tránsito y las voces humanas.

Refaccionadas con modernos tonos pastel, viejas posadas de estuco, antaño mediocres refugios de ancianos, exhibían sus nuevos nombres en elegantes letras de neón. Titilaban las velas en las mesas con manteles blancos de los restaurantes a la calle. Enormes y lustrosos automóviles norteamericanos avanzaban lentamente por la avenida, mientras conductores y pasajeros por igual contemplaban el deslumbrante desfile humano de peatones indolentes que aquí y allá bloqueaban la calzada.

En el lejano horizonte, las grandes nubes blancas eran montañas bajo un cielo sin techo, tachonado de estrellas. Ah, siempre me impresionó ese cielo sureño, lleno de luz celeste y un incansable movimiento amodorrado.

Hacia el norte se elevaban las torres de la nueva Miami Beach en todo su esplendor. Al sur y al oeste, los rascacielos deslumbrantes del centro de la ciudad, con sus autopistas elevadas y sus muelles colmados de cruceros. Pequeñas embarcaciones de recreo se desplazaban raudas por las aguas chispeantes de los innumerables canales urbanos.

En los silenciosos e inmaculados jardines de Coral Gables, numerosos faroles iluminaban las magníficas residencias con sus techos de tejas rojas y sus piscinas de resplandeciente luz turquesa. Los fantasmas se paseaban por las habitaciones inmensas y oscuras del Biltmore. Los imponentes árboles de mangle extendían sus ramas primitivas, cubriendo las calles anchas, bien cuidadas.

En Coconut Grove, el turismo internacional que venía de compras se apiñaba en hoteles lujosos y modernos centros comerciales. Había parejas que se abrazaban en los balcones de edificios con paredes de cristal, siluetas que contemplaban las aguas serenas de la bahía. Los autos avanzaban presurosos por las calles congestionadas, pasando frente a palmeras siempre danzantes, a achaparradas mansiones de cemento, engalanadas con buganvillas rojas y moradas tras finos portones de hierro.

Todo eso es Miami, la ciudad del agua, de la velocidad, de las flores tropicales y los cielos anchurosos. Para ir a Miami, y no a ningún otro lugar, es que de tanto

en tanto suelo dejar mi hogar de Nueva Orleáns. Hombres y mujeres de diversas naciones y colores residen en los populosos barrios de Miami. Se oye hablar idish, hebreo, las lenguas de España, de Haití, los dialectos y acentos de América Latina, del sur de este país, del remoto norte. Bajo la superficie lustrosa de Miami se percibe una amenaza, una desesperación, una palpitante codicia; el pulso firme de una gran capital, la energía empeñosa, el peligro constante.

Nunca se pone realmente oscuro, en Miami. Nunca reina un silencio verdadero.

Miami es la ciudad perfecta para el vampiro y siempre encuentro en ella algún mortal homicida, algún sórdido bocado de cardenal que me cede una decena de sus propios asesinatos cuando vacío sus bancos de memoria y chupo su sangre.

Pero ésta es la noche de la caza mayor, la celebración no estacional de Pascua luego de una Cuaresma de hambre: saldré a buscar uno de esos espléndidos trofeos humanos cuyo grotesco *modus operandi* ocupa páginas enteras en los archivos computarizados de las dependencias encargadas de vigilar el cumplimiento de las leyes mortales, un ser al que un periodismo reverente ungió en su anonimato con el rimbombante nombre de "El estrangulador de los callejones".

¡Esa clase de asesinos me despiertan un apetito especial! Qué suerte para mí que semejante celebridad hubiera aparecido en mi ciudad preferida. Qué suerte que hubiera atacado seis veces en esas mismas calles, matador de viejos y achacosos que han llegado en grandes cantidades a pasar sus últimos días en este clima cálido. Oh, habría atravesado un continente entero para morderlo, pero lo tengo aquí, esperándome. A su macabra historia, analizada por no menos de veinte criminólogos y que con toda facilidad yo robé a través de la computadora que tengo en mi reducto de Nueva Orleáns, he agregado secretamente los elementos fundamentales: su nombre y lugar de residencia mortal. Truco sencillo para un dios tenebroso que puede leer las mentes. Sus propios sueños sangrientos me sirvieron para encontrarlo. Y esta noche será mío el placer de terminar su ilustre carrera en un abrazo cruel, sin una chispa de esclarecimiento moral.

Ah, Miami, lugar ideal para este Drama de la Pasión.

Siempre vuelvo a Miami, del mismo modo que siempre vuelvo a Nueva Orleáns. Y soy el único inmortal que sigue cazando en este glorioso rincón del Jardín Salvaje porque, como ha visto usted, los demás hace ya tiempo que se marcharon del reducto donde nos reuníamos, incapaces de tolerar la compañía unos de otros, y yo la de ellos.

Pero tanto mejor que Miami me quede para mí solo.

En las habitaciones que mantenía en el lujoso hotel Park Central, me paré ante las ventanas que dan al frente, sobre el paseo Ocean, aguzando de tanto en tanto mi oído preternatural para averiguar lo que ocurría en las suites vecinas, donde acaudalados turistas disfrutaban de la mejor de las soledades -intimidad total a pasos de la atestada calle-, mis Campos Elíseos del momento, mi Via Véneto.

Mi estrangulador se hallaba casi listo para salir del reino de sus visiones espasmódicas y fragmentarias e internarse por la tierra de la muerte literal. Ah, llegó la hora de vestirme para el hombre de mis sueños.

Revisando el habitual revoltijo de cajas, cajones, maletas y baúles recién abiertos, elegí un traje de pana gris, viejo preferido mío, sobre todo porque la tela es gruesa y tiene un brillo apenas tenue. No muy adecuado para estas noches

cálidas, debo reconocer, pero sucede que no siento el frío ni el calor como los humanos. Además, la chaqueta era ceñida, de solapas angostas; con su cintura entallada, se parecía más a un traje de jinete, o mejor aún, a las levitas de antaño. Los inmortales preferimos siempre la ropa anticuada, la que nos trae a la memoria el siglo en que nacimos a las tinieblas. A veces se puede calcular la verdadera edad de un inmortal con sólo observar el corte de sus prendas.

En mi caso, es también una cuestión de textura. ¡El siglo XVIII fue tan lustroso! Todo tiene que tener un poco de brillo. Y esa hermosa chaqueta combinaba a la perfección con los pantalones angostos de pana lisa. En cuanto a la camisa de seda blanca, la tela era tan suave que se podía hacer un bollo con ella y cabía en la palma de la mano. ¿Por qué habría de usar algo distinto, que roce mi piel indestructible y de tan extraña sensibilidad? Después, las botas, muy parecidas a mis excelentes zapatos de este último tiempo. Tienen las suelas inmaculadas, ya que rara vez se asientan sobre la madre tierra.

El pelo me lo dejé suelto, la habitual cabellera espesa y rubia, con rizos hasta los hombros. ¿Qué aspecto tenía para los mortales? En verdad no lo sé. Escondí mis ojos azules, como de costumbre, tras unas gafas oscuras por miedo a que su brillo pudiera hipnotizar accidentalmente -todo un trastorno-, y calcé mis delicadas manos, con sus reveladoras uñas cristalinas, en los consabidos guantes de suave cuero gris.

Ah, un poco de maquillaje marrón para camuflar la piel. Me lo extendí sobre los pómulos y sobre el trocito de cuello y pecho que asomaba.

Inspeccioné en el espejo el producto terminado. Todavía irresistible. Con razón había tenido tanto éxito en mi breve carrera de cantante de rock. Y como vampiro, siempre fui extraordinario. Tengo que agradecer a los dioses no haberme vuelto invisible en mis paseos, un vagabundo que flota más alto que las nubes, liviano como una ceniza al viento. Cuando pensaba en eso me daban ganas de llorar.

La caza mayor siempre me hacía volver al presente. Había que seguirle el rastro, esperarlo, pescarlo justo en el momento en que estaba por dar muerte a su próxima víctima, y matarlo despacito, con dolor, deleitándome con su maldad, observando por la lente inmunda de su alma a todas sus víctimas anteriores...

Quiero que se me comprenda: en esto no hay nada de noble. No creo que con rescatar a un pobre mortal de semejante malvado pueda salvar mi alma. Demasiadas veces he tronchado vidas, a menos que uno suponga que el poder de una buena acción es infinito. No sé si creo o no en eso. Lo que sí creo es esto: la maldad que hay en un solo asesinato ya es infinita, y mi culpa, al igual que mi belleza, eterna. No puedo ser perdonado, porque no hay nadie que me pueda perdonar todo lo que he hecho.

Sin embargo, me agrada salvar de su destino a esos inocentes. Y me gusta dar muerte a los asesinos porque son mis hermanos, somos de la misma especie. ¿Y por qué no habrían de morir en mis brazos ellos, en vez de algún pobre y bondadoso mortal que nunca hizo daño a nadie? Estas son las reglas de mi juego. Las acato porque yo mismo las establecí. Y me prometí a mí mismo que esta vez no iba a dejar los cadáveres tirados por ahí; trataría de hacer lo que siempre me ordenaron que hiciera. Así y todo... me gustaba dejar las sobras para las autoridades. Y después, cuando volvía a Nueva Orleáns, me gustaba encender la computadora y leer el informe completo de la autopsia.

De repente me distraje con el sonido de un patrullero que pasaba lentamente por abajo. Los policías iban hablando del asesino por mí elegido, de que pronto iba a atacar de nuevo, sus estrellas están en la posición correcta, la luna a la altura indicada. Casi con seguridad sería en las calles laterales de South Beach, igual que antes. Pero, ¿quién era? ¿Qué se podía hacer para impedírselo?

Las siete de la tarde. Los numeritos verdes del reloj digital así me lo indicaron, aunque yo ya lo sabía, desde luego. Cerré los ojos, incliné un poco la cabeza hacia un costado, preparándome quizá para sentir todos los efectos de esta facultad mía que tanto despreciaba. Primero me llegaron de nuevo los sonidos amplificados, como si dispusiera de un moderno dispositivo tecnológico. Los débiles ronroneos del mundo se convirtieron en un coro del infierno, lleno de lamentos y risas chillonas, lleno de mentiras, de angustia, de súplicas fortuitas. Me tapé las orejas como si con eso pudiera pararlo, hasta que por fin lo logré.

Poco a poco fui distinguiendo las imágenes borrosas y superpuestas de sus pensamientos, que se elevaban como millares de pájaros aleteando y perdiéndose en el firmamento. ¡Quiero a mi asesino! ¡Quiero verlo a él!

Ahí estaba, en un cuartito mugriento, muy distinto del mío pero a escasos doscientos metros de él, levantándose de la cama. Noté arrugada su ropa ordinaria, y su cara tosca bañada en transpiración. Una mano nerviosa buscó los cigarrillos en el bolsillo de la camisa y luego los dejó, ya olvidados. Se trataba de un hombre robusto, de facciones informes y cierto semblante de preocupación, o de algún oscuro pesar.

No se le ocurrió vestirse de etiqueta para el festín que esperaba con ansias. Y ahora su mente despierta casi había sucumbido bajo la carga de sus sueños horribles y palpitantes. Todo él se estremeció; el pelo negro, grasiento, le cayó sobre la frente, sobre los ojos semejantes a trozos de vidrio negro.

Sin moverme de mi posición en las calladas sombras de mi cuarto, le seguí las huellas. Vi que bajaba una escalera trasera y salía a la luz intensa de la avenida Collins, pasaba frente a polvorientos escaparates y letreros comerciales medio caídos, avanzando siempre hacia el inevitable -y aún no elegido- objeto de su deseo.

¿Y quién podía ser la afortunada dama que anduviera paseando, encaminándose insensata e inexorablemente hacia ese horror en medio de las multitudes monótonas y escasas del anochecer en ese mismo sector deprimente de la ciudad? ¿Llevará en una bolsa un litro de leche y una planta de lechuga? ¿Apurará el paso al ver al homicida a la vuelta de la esquina? ¿Sufrirá añorando la vieja costanera donde quizá viviera tan feliz antes de que los arquitectos y decoradores la obligaran a marcharse a hoteles más lejanos, con grietas y la pintura descascarada?

¿Y qué va a pensar ese asqueroso ángel de la muerte cuando por fin la divise? ¿Será ella quien le traiga a la memoria a la mítica arpía de su niñez, aquella que lo aporreaba hasta dejarlo desmayado y que luego ascendió al panteón de pesadilla de su inconsciente? ¿O acaso es mucho pedir?

Quiero decir que hay asesinos de esa laya que no establecen la menor relación entre símbolo y realidad y no recuerdan nada durante más que unos días. Lo único seguro es que sus víctimas no lo merecen, y que ellos -los asesinos- merecen toparse conmigo.

Ah, pienso arrancarle el corazón sin darle tiempo a que la "liquide", y luego él me dará todo lo que tiene, y lo que es.

Con andar despacioso bajé por la escalera y crucé el elegante hall art déco, esplendoroso como foto de revista. Qué agradable era actuar como un mortal, salir al aire fresco. Enfilé por la acera hacia el norte confundiéndome entre los paseantes de la noche; mis ojos recorrían con aire natural los hoteles recién restaurados y sus barcitos.

Al llegar a la esquina, el gentío ya era más numeroso. Frente a un restaurante al aire libre, gigantescas cámaras de televisión enfocaban sus lentes sobre un trozo de acera iluminado por enormes reflectores de hiriente luz blanca. Unos camiones cerraban el tránsito; los autos se detenían. Se había congregado una multitud de jóvenes y viejos apenas fascinados, ya que los equipos de filmación de películas eran un espectáculo habitual en la zona de South Beach.

Esquivé las luces por miedo al efecto que pudieran producir sobre mi rostro tan sensible. Qué no daría por ser uno de esos seres bronceados que huelen a costosas lociones playeras y andan medio desnudos con sus despreciables harapos de algodón... Volví a dar vuelta la esquina y una vez más busqué a mi presa. Lo vi marchar con la mente tan llena de alucinaciones que apenas sí podía controlar su andar desgarbado.

No quedaba más tiempo.

Con un pequeño ímpetu de velocidad, me subí a los techos bajos. La brisa era más fuerte, más dulzona. Suave el estruendo de las voces animadas, las aburridas canciones de las radios, el sonido del viento mismo.

En medio del silencio percibí su imagen en los ojos indiferentes de quienes pasaban a su lado; vi las fantasías que, una vez más, se hacía de manos marchitas y marchitos pies, de mejillas consumidas y pechos consumidos. Se estaba rompiendo en él la tenue membrana que separa la fantasía de la realidad.

Aterricé en la acera de la avenida Collins tan deprisa, que di la impresión de aparecer allí y nada más. Pero nadie miraba. Fui el árbol proverbial que cae en el bosque deshabitado.

A los pocos minutos iba caminando cómodamente a pocos pasos de él, tal vez con mi aspecto de joven amenazador, atravesando los grupitos de tipos feroces que cerraban el camino; y, persiguiendo a mi víctima, traspuse las puertas de vidrio de una gigantesca farmacia de gélida refrigeración. Ah, qué placer para el ojo esa caverna de techos bajos, llena de todas las clases imaginables de alimentos conservados, artículos de limpieza y atavíos para el pelo, el noventa por ciento de los cuales no existía en manera alguna en el siglo en que nací.

Me refiero a toallitas higiénicas, gotas para los ojos, horquillas plásticas para el pelo, marcadores de fibra, cremas y ungüentos para aplicar hasta en la última zona del cuerpo, líquido lavaplatos en todos los colores del arco iris y tinturas de tonos nunca antes inventados y difíciles de describir. Me imagino a Luis XVI abriendo una bolsita de ruidoso plástico y encontrándose con una de tales maravillas. ¿Qué habría pensado de los vasitos térmicos de material sintético, de las galletitas de chocolate envueltas en papel celofán, de las lapiceras que nunca se quedan sin tinta?

Bueno, ni yo mismo me he habituado del todo a esos objetos, aunque durante dos siglos he visto con mis propios ojos el proceso de la Revolución Industrial. Puedo pasarme horas fascinado dentro de esos negocios.

Pero en esta oportunidad tenía una presa en la mira, ¿no? Más tarde podía dedicarme a Time y Vogue, a las computadoras de bolsillo para traducir, a los relojes que siguen marcando la hora aunque uno esté nadando en el mar.

¿Para qué había entrado él en ese lugar? Las familias cubanas jóvenes no le agradaban. No obstante, se puso a caminar por los angostos y atestados pasillos sin prestar atención a los cientos de rostros oscuros y acentos españoles que lo rodeaban. Salvo yo, nadie reparaba en él ni en sus ojos de bordes rojos que recorrían los colmados estantes.

Dios mío, era un ser inmundo, toda decencia perdida ya en su locura, la tosca cara y el cuello con marcas de suciedad. ¿Me dará gusto? Diablos, ese tipo no es más que una bolsa de sangre. ¿Para qué arriesgarme sin necesidad? Ya no podía matar a niños ni regodearme con prostitutas de la costanera queriendo autoconvencerme de que todo está bien porque, total, ellas han envenenado a más de un marinero. La conciencia me está matando. Y para alguien que es inmortal, eso puede ser una muerte larga e ignominiosa. Sí, miren a ese tipo sucio, a ese apestoso asesino. Los reclusos de una cárcel consiguen mejor comida que eso.

En ese momento, mientras escrutaba su mente como quien corta y abre un melón, comprendí algo: ¡ese tipo no sabe lo que es! ¡Nunca leyó los titulares de los diarios referidos a él! A tal punto, que no recuerda con discernimiento ciertos episodios de su vida; por lo tanto, no podría a conciencia confesar ciertos crímenes que cometió ¡porque no los recuerda! ¡Tampoco sabe que esta noche va a matar! ¡No sabe lo que yo sé!

Ah, tristeza y dolor. Me había tocado la peor carta, sin duda. ¡Dios santo! ¿En qué habré estado pensando para clavarme justo con ése, siendo que el mundo iluminado por las estrellas está lleno de bestias más astutas y perversas? Me dieron ganas de llorar.

Pero entonces llegó el momento de la provocación. Él divisó a la anciana, se fijó en sus arrugados brazos desnudos, en la pequeña giba de su espalda, en sus muslos delgados y temblorosos bajo los pantaloncitos de color pastel. La chillona luz fluorescente permitió ver que la mujer avanzaba con andar pausado, disfrutando del ajetreo de quienes estaban allí, su rostro semioculto bajo una visera de plástico verde, el pelo recogido con horquillas en la nuca.

En su pequeña canasta llevaba una botella de jugo de naranja y un par de chinelas tan blandas que venían dobladas formando un rollito. Con expresión de genuino placer, tomó del estante una novela en edición rústica que ya había leído antes, pero le pasó la mano con ternura, soñando con volver a leerla, algo así como visitar a antiguas amistades. "A Tree Grows in Brooklyn". Sí, a mí también me había encantado.

Hechizado, el sujeto se ubicó tras la mujer, pero tan cerca que ella seguramente debió sentir su aliento en la nuca. Con expresión insulsa, tonta, la observó mientras se acercaba a la caja y extraía unos sucios billetes de dólar del escote flojo de su blusa.

Y ahí salieron los dos; él, con el andar laborioso del perro que sigue a una perra en celo; ella, avanzando sin prisa con su bolso gris, esquivando con torpeza las bandas de jóvenes ruidosos y atrevidos que merodeaban por allí. ¿Va hablando sola? Eso parece. No le leí la mente a la viejita, y ella apura cada vez más el paso. Se la leí a la bestia que la persigue, que es del todo incapaz de apreciarla.

Rostros blanquecinos, enfermizos, pasaban por su mente mientras la iba siguiendo. Anhelaba tirarse sobre esa carne anciana; ansiaba tapar con su mano esa boca vieja.

Cuando ella llegó a su edificio de departamentos, construido al parecer de deteriorada pizarra, como todo lo de ese decrépito sector de la ciudad, y flanqueado por unas palmeras maltrechas, el individuo se detuvo vacilante al tiempo que la miraba cruzar el angosto patio de baldosas y subir los polvorientos escalones de cemento verde. Reparó en el número de su puerta en el instante en que ella le quitaba la llave, o mejor dicho siguió avanzando con andar pesado hasta el sitio mismo; luego volvió a apretarse contra la pared, soñando concretamente con matarla dentro de un dormitorio vacío y sin rasgos particulares, apenas un manchón de luz y color.

¡Oh, mírenlo apoyado contra esa pared como si lo hubieran acuchillado, con la cabeza colgándole a un costado! Imposible interesarse por él. ¡Por qué no lo mataré ya mismo!

Pero los minutos seguían pasando, y la noche perdió su incandescencia crepuscular. Las estrellas se volvieron más brillantes aún. La brisa iba y venía.

Esperemos.

A través de los ojos femeninos vi su sala como si realmente pudiera atravesar pisos y paredes con mi vista: limpia, aunque con muebles viejos de horrible enchapado, vencidos, que poco le importaban. Todo estaba lustrado con un líquido aromático de su preferencia. La luz de neón traspasaba las cortinas de dacron, triste e insípida como el patio de abajo. Pero estaba el resplandor reconfortante de las lámparas pequeñas y bien ubicadas. Eso era lo que le importaba.

En un sillón hamaca de madera noble y horrible tapizado a cuadros escoceses, se sentó; serena, figura diminuta pero señorial, con la novela abierta ya en la mano. Qué placer encontrarse de nuevo con Francie Nolan. Sus rodillas flacas apenas sí quedaban ocultas bajo el batón floreado que había sacado del placard, y se había puesto las chinelas azules que parecían medias en sus piececillos deformes. El pelo largo, canoso, lo había peinado en una sola trenza gruesa y elegante.

En la pantalla de su pequeño televisor en blanco y negro, artistas de cine ya muertos discutían sin emitir sonido. Joan Fontaine cree que Cary Grant está por matarla. Y a juzgar por el rostro de Grant, a mí me dio la mismísima impresión. ¿Cómo puede nadie confiar en Cary Grant -me pregunté-, un hombre que parece hecho de madera?

Ella no necesitaba oír las voces pues ya había visto la película unas trece veces, según calculaba. La novela que tenía en la falda la había leído tan sólo dos, por lo cual iba a ser un placer especial volver a tomar contacto con esos párrafos que aún no sabía de memoria.

Desde las sombras del jardín de abajo percibí el concepto que tenía ella de sí misma, cómo se aceptaba sin dramas, sin apegarse al mal gusto que la rodeaba. Sus pocos tesoros cabían en cualquier mueble. El libro y la pantalla iluminada eran más importantes que cualquier otra cosa que poseyera, y bien sabía ella de la espiritualidad que los animaba. Hasta el color de su ropa funcional y sin estilo era algo por lo que no valía la pena preocuparse.

Mi asesino vagabundo estaba al borde de la parálisis, su mente poblada de momentos tan personales que desafiaban toda interpretación.

Di la vuelta al edificio y encontré la escalerita que subía hasta la cocina de la mujer. La cerradura cedió fácilmente cuando se lo ordené, y la puerta se abrió como si yo la hubiera tocado, cosa que no hice.

Sin perder un segundo me introduje en la minúscula habitación con pisos de enchapado plástico. El hedor que salía de la cocinita blanca me resultaba nauseabundo, lo mismo que el olor del jabón en su pegajosa jabonera de cerámica. Pero todo el ambiente me emocionó en el acto. Hermosa vajilla de porcelana china azul y blanca, muy prolijamente ordenada, con los platos a la vista. Oh, los libros de cocina con las puntas dobladas por el uso. Y qué inmaculada la mesa con su hule de amarillo puro, y la hiedra que, en un bol redondo de agua limpia, proyectaba contra el techo un único y trémulo círculo de luz.

Pero lo que llenó mi mente cuando, ahí parado, cerré la puerta empujándola con los dedos, fue notar que ella no temía la muerte mientras leía su novela de Betty Smith echando de tanto en tanto un vistazo a la pantalla. No tenía antena interior con la cual captar la presencia del asesino que, presa de locura, se encontraba en la calle adyacente, ni la del monstruo que en esos momentos deambulaba por su cocina.

Tan absorto estaba el asesino en sus alucinaciones, que no veía a quienes pasaban a su lado. No vio el patrullero policial que rondaba, ni las miradas suspicaces y deliberadamente amenazadoras de los mortales uniformados que sabían de su existencia y que esa noche iba a atacar, pero no su nombre.

Un hilo de saliva le corrió por el mentón sin afeitar. Nada era real para él -la vida que llevaba de día, como tampoco el miedo a que lo descubrieran-; sólo el estremecimiento eléctrico que tales alucinaciones producían en su torso voluminoso, en sus brazos y piernas torpes. De pronto, la mano izquierda le tembló. Además tenía algo en el costado izquierdo de la boca.

¡Cómo lo odié! No quería beber su sangre. No era un asesino con clase. Lo que me enloquecía era la sangre de ella.

Qué pensativa la noté en su callada soledad; qué diminuta, qué satisfecha mientras, con una concentración pura como un haz de luz, leía los párrafos de esa historia que tan bien conocía. Se estaba remontando a la época en que había leído ese libro por primera vez, en un atestado bar de la avenida Lexington, en Nueva York, cuando era una hermosa secretaria de elegante falda roja y camisa blanca con volados y botoncitos de perlas en los puños. Trabajaba en una torre de oficinas, un edificio distinguidísimo, de recargadas puertas de bronce en los ascensores y pisos de mármol amarillo oscuro en los pasillos.

Me dieron ganas de besar sus remembranzas, el recordado sonido de sus tacos altos cuando golpeteaban contra el mármol, la imagen de su tersa pantorrilla bajo la seda de la media en el momento en que se la calzaba con tanto esmero para no correrla con sus largas uñas, pintadas. Por un instante, vi su pelo rojizo. Vi también su sombrero de ala amarilla, extravagante y potencialmente horrible, aunque encantador.

Esa es sangre que vale la pena reservar. Y me moría de hambre como nunca, en estas últimas décadas. Me había costado un enorme esfuerzo mantener ese ayuno cuaresmal fuera de temporada. Dios mío, ¡cómo ansiaba matarla!

Abajo, en la calle, un ruido a borbotón partió de los labios del asesino estúpido, obtuso, y se abrió paso entre el rumoroso torrente de otros ruidos que llegaban a mis oídos vampíricos.

Por último, la bestia se alejó de la pared a los tumbos. En un momento dado, se inclinó y pareció que iba a caer despatarrado, pero luego avanzó lentamente hacia nosotros, cruzó el patiecito y subió la escalera.

¿Voy a permitir que la asuste? No le veo sentido. ¿Acaso no lo tengo en mi mira? Sin embargo, dejé que introdujera su pequeña herramienta de metal en el orificio redondo del picaporte, le di tiempo para forzar la cerradura. La cadena se desprendió de la madera podrida.

Entró en la habitación y clavó en la mujer su mirada inexpresiva. Aterrada, ella se echó hacia atrás en su sillón, al tiempo que el libro se le caía de la falda.

Ah, pero en ese momento él me vio a mí en la puerta de la cocina, la tenebrosa silueta de un hombre joven vestido de pana gris, con los anteojos levantados, calzados sobre la frente. Yo lo observaba con rostro tan inexpresivo como el suyo. ¿Alcanzó a ver mis ojos iridiscentes, esta piel que parece reluciente marfil y pelo semejante a una sorda explosión de luz blanca?

¿O acaso, desperdiciada toda mi belleza, no fui nada más que un obstáculo entre él y su siniestro objetivo?

Huyó como un tiro. Ya había bajado las escaleras cuando la anciana, profiriendo un grito, se precipitó a cerrar con un golpe la puerta de madera.

Salí a perseguirlo sin preocuparme por tocar tierra firme, pero cuando dio vuelta la esquina dejé que me viera un instante posado bajo un farol de la calle. Tras andar una media cuadra floté hacia él -un borrón para los mortales-, pero no se tomó el trabajo de advertirlo. Entonces me plantifiqué a su lado y oí que lanzaba un gemido en el instante en que echaba a correr.

Seguimos durante varias cuadras con el mismo jueguito. Él corría, se detenía, veía que me tenía detrás. El cuerpo le transpiraba. De hecho, la fina tela sintética de su camisa pronto quedó transparente de sudor y se le pegaba a la carne suave y lampiña del pecho.

Por último, llegó a su decrépito hotel y subió a grandes trancos la escalera. Yo me encontraba en la habitación pequeña del piso superior, cuando él entró. Sin darle tiempo a gritar, lo tomé en mis brazos. El hedor de su pelo sucio entró por mi nariz mezclado con el olor ácido de las fibras químicas de la camisa. Pero ya no me importaba. Lo sentía robusto y tibio en mis brazos, un jugoso capón. Su pecho se hinchaba contra mí; el olor de su sangre inundaba mi cerebro. Sentí cómo palpitaba al recorrer ventrículos, válvulas y vasos penosamente estrechados. La lamí en la carne tierna bajo sus ojos.

Su corazón a punto de estallar, latía trabajosamente. Cuidado, con cuidado para no reventarlo. Dejé que mis dientes se clavaran en la piel húmeda de su cuello. Hmmm. Mi hermano, mi pobre hermano atontado. Pero me resultó sabroso, suculento.

La fuente se abrió; la vida de ese hombre era una cloaca. Todas esas ancianas, esos ancianos. Cadáveres que flotaban en la corriente y chocaron unos contra otros sin sentido en el instante en que él quedó fláccido en mis brazos. No fue divertido. Demasiado fácil. Sin sagacidad, sin malevolencia. Tosco como lagarto me pareció ese hombre, tragando mosca tras mosca. Dios santo, conocer esto es

conocer la época en que los reptiles gigantes dominaban la tierra y, durante un millón de años, sólo sus ojos amarillos contemplaron la lluvia o el sol naciente.

No importa. Lo solté y él dio unos tumbos en silencio. Yo nadaba en su sangre de mamífero. Bastante buena. Cerré los ojos y dejé que el líquido caliente penetrara en mi intestino, o lo que sea que haya ahora en este cuerpo blanco y fuerte. ¡Tan exquisitamente torpe! Qué fácil levantarlo del revoltijo de diarios, mientras el pocillo volteado chorreaba su café frío sobre la alfombra de polvoriento color.

Le di un sacudón hacia atrás, tironeándolo del cuello de la camisa. Sus ojos grandes y vacíos se pusieron blancos. Luego, ese matón, ese asesino de viejos y débiles, me tiró ciegamente una patada y su zapato rozó mi pantorrilla. Lo levanté, y lo acerqué de nuevo a mi boca hambrienta, le pasé los dedos por el pelo y lo sentí ponerse rígido como si mis colmillos se hubieran hundido en veneno.

Una vez más, la sangre inundó mi cerebro. Sentí cómo electrizaba las venitas de mi cara. La sentí latir hasta dentro de mis dedos, y una picazón caliente me corrió por la columna. Succioné una y otra vez. Criatura pesada, sustanciosa. Luego volví a soltarlo y, cuando se alejó a los tumbos, fui tras él, lo arrastré por el piso, le di vuelta el rostro hacia mí, lo arrojé hacia adelante, dejé que volviera a forcejear.

Me estaba hablando en algo que debía de ser lenguaje pero no lo era. Trató de empujarme, mas ya no podía ver bien. Y por primera vez lo noté imbuido de una trágica dignidad, de una vaga expresión de furia, ciego como estaba. Me sentí embellecido, envuelto en viejos relatos, en recuerdos de estatuas de yeso y santos anónimos. Sus dedos quisieron clavarse en el empeine de mi zapato. Lo levanté y, cuando esta vez le desgarré el cuello, la herida fue demasiado grande. Ya estaba terminado.

La muerte llegó como una trompada en las vísceras. Sentí náuseas un instante y luego, sencillamente, el calor, la abundancia, el brillo puro de la sangre viviente, con esa última vibración de conciencia que latía en todas mis extremidades.

Me desplomé sobre su cama inmunda. No sé cuánto tiempo estuve ahí tendido.

Clavé la mirada en el techo bajo. Después, cuando me rodearon los olores agrios y mohosos de la habitación, más el hedor de su cuerpo, me levanté y salí tambaleándome, una silueta desgarbada como ciertamente había sido él, estupidizándome en esos gestos mortales, en la furia y el odio, en el silencio, porque no quería ser el ingrávido, el alado, el viajero de la noche. Quería ser humano, sentirme humano, y su sangre me recorría entero. Y nada era suficiente. ¡Ni por asomo!

¿Dónde quedaron todas mis promesas? Las palmeras maltrechas se sacuden contra las paredes de estuco.

-Ah, veo que está de vuelta -me dijo ella.

Qué voz profunda, fuerte, sin vacilaciones, tenía. Se hallaba de pie ante el feo sillón hamaca a cuadros, con sus gastados apoyabrazos, observándome tras unos anteojos con marco de metal, sosteniendo aún la novela en su mano. Su boca era pequeña, informe, y dejaba entrever dientes amarillentos, horrible contraste con la misteriosa personalidad de su voz, que no conocía endeblez alguna.

Por el amor de Dios, ¿en qué pensaba al sonreírme? ¿Por qué no se pone a rezar?

-Sabía que iba a venir. -Se quitó las gafas y vi sus ojos vidriosos. ¿Qué estaba viendo? ¿Qué le hacía ver yo? Y yo, que sé manejar a la perfección todos esos elementos, quedé tan desconcertado que me dieron ganas de llorar. -Sí, lo sabía.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo lo supo? -susurré al tiempo que me acercaba, disfrutando la estrechez de la pequeña habitación.

Extendí mis brazos con estos dedos monstruosos, demasiado blancos para ser humanos pero fuertes como para arrancarle la cabeza, y tanteé su garganta diminuta. Olor a perfume Chantilly... o algún otro aroma de farmacia.

-Sí -dijo en tono ligero pero decidido-. Lo supe en todo momento.

-Bésame, entonces. Ámame.

Qué apasionada era, y qué minúsculos sus hombros, qué espléndidos en ese angostamiento final, flor de tonos amarillentos pero llena de fragancia aún, venas de un azul claro bajo su piel fláccida, párpados perfectamente moldeados a sus ojos cuando los cerró, piel que se deslizaba sobre los huesos de su cráneo.

-Llévame al cielo -dijo. Del corazón, le salió la voz.

-No puedo. Ojalá pudiera -le ronroneaba yo en el oído.

La estreché en mis brazos. Froté la nariz contra el nido suave de su pelo canoso. Sentí en el rostro sus dedos como hojas secas, y un estremecimiento frío me recorrió. Ella también temblaba. ¡Ah, cosita tierna y gastada; ah, criatura reducida a pensamiento y voluntad con un cuerpo insustancial como frágil llama! Sólo un "traguito", Lestat, nada más.

Pero era demasiado tarde y lo supe cuando el primer borbotón chocó contra mi lengua. La estaba desangrando. Seguramente mis gemidos la habían asustado, pero ya no podía oír... Una vez que esto empieza, ellos nunca oyen los sonidos verdaderos.

Perdóname.

¡Oh, querida!

Estábamos cayendo juntos sobre la alfombra, amantes en un parche de flores descoloridas. Vi allí el libro caído, y el dibujo de la tapa, pero todo me pareció irreal. La abracé con mucho cuidado, por miedo a que se quebrara. Pero me sentía como una cáscara vacía. La muerte llegaba deprisa, como si la viejecita misma viniera caminando hacia mí por un pasillo ancho, en algún lugar sumamente particular y elegantísimo de Nueva York; incluso aquí arriba se alcanza a oír el tránsito, y el ruido sordo de alguna puerta que se cierra de golpe en la escalera, al final del pasillo.

-Buenas noches, querido -murmuró ella.

¿Estoy oyendo cosas? ¿Cómo podía aún articular palabras?

Te quiero.

-Yo también te quiero, mi amor.

Ella estaba parada en el vestíbulo. Su pelo era rojizo y sus bonitos rulos le caían hasta los hombros. Sonreía. Sus tacos eran los que habían hecho ese ruido seco y tentador sobre el mármol, pero ahora, mientras los pliegues de su falda de lana aún se movían, sólo había silencio. Me miraba con una expresión muy extraña e inteligente. Levantó un revólver pequeño y me apuntó.

¿Qué diablos haces?

Está muerta. El disparo fue tan fuerte que en un determinado momento no pude oír nada más que un zumbido. Me hallaba tendido en el piso con la mirada inexpresiva clavada en el techo, sintiendo olor a pólvora en un pasillo de Nueva York.

Pero estábamos en Miami. El reloj de la anciana hacía tictac sobre la mesa. Desde el recalentado corazón del televisor me llegó la vocecita de Cary Grana confesándole a Joan Fontaine que la amaba. Y Joan Fontaine se ponía tan contenta... porque antes había creído que pensaba matarla.

Yo también.

SOUTH BEACH. Nuevamente recorrí la franja de neón, sólo que esta vez me alejé de las calles concurridas y llegué hasta la arena, hasta el mar.

Y así seguí hasta que ya no hubo nadie cerca, ni siquiera los que van a pasear a la playa o los nadadores noctámbulos. Sólo la arena, donde la brisa ya había limpiado todas las pisadas del día y el gran mar nocturno color gris, que vomitaba su oleaje interminable sobre la paciente costa. Qué altos los cielos visibles, cuán llenos de nubes veloces y estrellas lejanas, recatadas.

¿Qué había hecho yo? Había matado a la víctima del asesino; había quitado la vida a la persona que debía salvar. Volví donde ella estaba, me acosté con ella, la tomé, y ella disparó el tiro invisible demasiado tarde.

Y de nuevo me acometía la sed.

Más tarde, la tendí en su cama prolija, sobre el acolchado de nylon; plegué sus brazos y le cerré los ojos.

Dios mío, ayúdame. ¿Dónde están mis santos anónimos? ¿Dónde están los ángeles con sus alas de plumas para transportarme al infierno? Cuando efectivamente vienen, ¿son ellos lo último que uno ve? Cuando nos sumergimos en el lago de fuego, ¿todavía podemos verlos ascender al cielo? ¿Se puede pretender una última visión de sus trompetas de oro, de sus rostros que miran hacia arriba y reflejan el brillo del rostro de Dios?

¿Qué sé yo del cielo?

Largo rato permanecí allí, contemplando el lejano paisaje nocturno de nubes puras; luego, de nuevo las luces de los hoteles flamantes, los destellos de faros de autos.

Parado en la acera remota, un mortal solitario miraba en dirección a mí; pero quizá no advirtió mi presencia, figura minúscula al borde del inmenso mar. A lo mejor sólo miraba hacia el mar tal como lo había hecho yo, como si la costa fuera milagrosa, como si el agua pudiera purificar nuestras almas.

Hubo una época en que el mundo era sólo mar. ¡Cien millones de años, llovió! Pero ahora el cosmos está infestado de monstruos.

Seguía estando allí el mortal solitario que miraba. Y poco a poco fui tomando conciencia de que, desde el otro extremo de la playa vacía y su tenue oscuridad, sus ojos se clavaban con fijeza en los míos. Sí, me miraba.

No lo pensé conscientemente; o sea que lo miraba sólo porque no me tomaba el trabajo de darme vuelta hacia otro lado. Pero luego experimenté una sensación extraña, desconocida hasta ese momento.

Cuando comenzó, sentí un leve vahído, seguido de un hormigueo que me cruzaba el tronco y, luego, las extremidades. Tuve la impresión de que las piernas se me volvían más estrechas, más angostas, que lentamente iban presionando su sustancia interior. De hecho, fue muy vivida la sensación de que las piernas me apretaban y podían terminar saliéndoseme. Y eso me maravilló; le encontré algo en cierto modo fascinante, máxime para un ser tan frío e indiferente a toda sensación como soy yo. Me resultó irresistible, tal como me es irresistible beber sangre, si bien no era algo tan visceral.

Además, no bien lo analicé noté que ya se me había ido.

Me estremecí. ¿Habría sido todo producto de mi imaginación? Seguía contemplando al distante mortal, un pobre tipo que me devolvía la mirada sin sospechar siquiera quién ni qué era yo.

Había una sonrisa en su cara joven, insegura y llena de insensata perplejidad. Y poco a poco fui dándome cuenta de que ya había visto antes ese rostro. Pero me sorprendió advertir que él me reconocía, como también su extraña actitud de expectativa. De pronto levantó la mano derecha y me hizo señas.

Desconcertante.

Pero yo conocía a ese mortal. No, más preciso sería decir que más de una vez lo había vislumbrado. Luego, con total nitidez, me vinieron los únicos recuerdos ciertos.

En Venecia, revoloteando por el borde de la plaza San Marcos, y meses después en Hong Kong, cerca del mercado nocturno. Y en ambas oportunidades yo había reparado expresamente en él porque antes él había reparado en mí. Sí, ahí estaba el mismo cuerpo alto, fornido, el pelo castaño igual de grueso y ondulado.

No era posible. ¿O tendría que decir probable? ¡Porque allí estaba!

Una vez más hizo ademán de saludarme y luego, muy deprisa, torpemente, vino corriendo hacia mí. Se me acercaba cada vez más con su andar desgarbado, mientras yo lo miraba con obstinado asombro.

Le leí la mente. Nada. Trabada por completo. Sólo su rostro sonriente se volvía cada vez más claro, puesto que iba entrando en el resplandor luminoso del mar. El aroma de su pelo y el de su sangre me inundaron. Sí, estaba aterrorizado, y al mismo tiempo con una enorme excitación. Muy tentador me resultó de pronto... otra víctima que casi se arrojaba ella sola en mis brazos.

Brillaban sus grandes ojos pardos. Y qué dientes brillantes, también.

Se detuvo un metro antes de llegar, con el corazón que le latía desordenadamente, y me tendió un sobre grueso y arrugado con su mano temblorosa.

Yo seguí mirándolo sin transmitir nada, ni orgullo herido ni respeto por la increíble hazaña de que me hubiera encontrado ahí, de que tuviera el coraje. Confieso que, a esa altura, ya tenía hambre de nuevo como para alzarlo en el acto y volver a alimentarme sin pensarlo dos veces. Ya no razonaba más. Sólo veía sangre.

Como si se hubiera percatado, como si lo hubiera percibido con toda claridad, se puso tieso, me lanzó una mirada de indignación, arrojó el sobre a mis pies y huyó a los brincos por la arena suelta. Daba la impresión de que las piernas podían caérsele, y de hecho casi se desploma en el momento en que giró sobre sus talones y echó a correr.

La sed se me aplacó un tanto. Tal vez yo no razonaba, pero titubeé, y para eso hace falta pensar. ¿Quién era ese hijo de puta audaz?

Procuré leerle de nuevo la mente, sin éxito. Muy raro, en verdad. Pero hay mortales que se ocultan naturalmente, aunque no tengan la menor sospecha de que pueda haber otro espiándoles los pensamientos.

Siguió corriendo con desesperación, de manera poco agraciada, y desapareció en la penumbra de una calle lateral, siempre alejándose de mí.

Pasaron unos instantes.

Ya no podía captar más su aroma; salvo el del sobre, que había quedado donde él lo tiró.

¿Qué podía significar ese episodio? Él sabía con certeza quién era yo, sin lugar a dudas. Lo de Venecia y lo de Hong Kong no había sido coincidencia y me lo demostraba al menos con su repentino temor. Pero tuve que sonreír al pensar en su valentía. Qué increíble, ponerse a seguir a alguien como yo.

¿Se trataba de algún fanático enajenado, que venía a golpear las puertas del templo en la esperanza de que yo le diera la Sangre Misteriosa sólo por compasión o como premio por su temeridad? Todo eso me produjo una repentina sensación de enojo, pero luego ya no me importó.

Al recoger el sobre noté que venía en blanco y sin cerrar. Adentro encontré, aunque parezca mentira, un cuento corto, tal vez recortado de un libro en edición rústica.

Eran varias hojas abrochadas en el ángulo superior izquierdo, y no traían ni una notita personal. El autor del cuento era un ser encantador de nombre Howard P. Lovecraft a quien yo conocía muy bien, escritor de textos sobrenaturales y macabros. Más aún, conocía también el cuento y nunca podría olvidar su título: "The Thing on the Doorstep". Me dieron ganas de reír.

"The Thing on the Doorstep". Sonreí. Sí, recordaba aquella trama ingeniosa, divertida.

Pero, ¿por qué ese extraño mortal me daba semejante cuento? Ridículo. Entonces volví a enojarme, o al menos a enojarme todo lo que me lo permitió la tristeza.

Guardé con gesto distraído el sobre en el bolsillo y me quedé pensando. Sí, el tipo decididamente se había ido. Ya ni siquiera podía recoger una imagen suya tomándola de otra persona.

Ah, qué pena que no hubiera venido a tentarme alguna otra noche en que no tuviera el alma fatigada, en que pudiera haberle demostrado algo de interés, tanto como para poder averiguar qué había detrás de todo eso.

Pero ya tenía la impresión de que habían transcurrido eones desde que él llegó y se fue. La noche estaba vacía, salvo por el rugido de la gran ciudad y el estrépito apagado del mar. Hasta las nubes habían raleado y desaparecido. El cielo parecía infinito e inquietantemente sereno.

Levanté mis ojos hacia las duras estrellas brillantes y dejé que el ruido sordo del oleaje me envolviera. Dirigí una última mirada de desconsuelo en dirección a las luces de Miami, la ciudad que tanto amaba.

Luego me elevé, con la misma sencillez con que ascienden los pensamientos, tan deprisa que ningún mortal pudo haber visto esa figura que subía cada vez

más alto, que atravesaba el viento ensordecedor, hasta que la gran extensión de la ciudad fue sólo una galaxia distante que lentamente desapareció de la vista.

Qué frío era ese viento alto que no conoce de estaciones... En mi interior, la sangre ya estaba deglutida como si nunca hubiera existido su dulce tibieza, y pronto manos y cara quedaron enfundados en un frío sólido. Y esa funda se internó bajo mi atuendo frágil hasta cubrir toda mi piel.

Pero no me hacía doler. O digamos que no me causaba demasiado dolor.

Mejor dicho, que anuló toda sensación de comodidad. Era algo lúgubre, deprimente, la ausencia de todo lo que hace valiosa la existencia: las llamaradas de tibieza de fuegos y caricias, de besos y peleas, de amor y ansias de sangre.

Oh, los dioses aztecas tienen que haber sido voraces vampiros, para poder convencer a los pobres diablos humanos de que el universo habría de terminar si no corría sangre. Me imagino a mí mismo dirigiéndolo todo desde uno de esos altares, haciendo chasquear los dedos para que me trajeran otro, y otro más, apretando esos corazones chorreantes de sangre fresca y llevándomelos a los labios como racimos de uvas.

Giré, di vueltas con el viento, descendí uno que otro metro, luego volví a ascender. Jugaba a estirar los brazos, después los dejaba caer a los costados. Me puse boca arriba como un nadador seguro y volví a contemplar las estrellas ciegas e indiferentes.

Utilizando sólo el pensamiento me impulsé hacia el este. La noche aún se extendía sobre la ciudad de Londres, si bien los relojes marcaban ya el inicio del amanecer. Londres.

Había tiempo para despedirme de David Talbot, mi amigo mortal.

Varios meses habían pasado desde nuestro último encuentro en Amsterdam y yo me había marchado con actitud algo grosera, avergonzado por eso y por causarle tantas molestias. Desde entonces, lo espié, pero no lo estorbé. Y sabía que ahora debía ir a verlo cualquiera fuese mi estado de ánimo. Sin lugar a dudas él querría que yo fuera. Era lo que correspondía, lo más adecuado.

Pensé un momento en mi amado Louis. Seguramente se encontraba en su ruinosa casita con jardín de Nueva Orleáns, leyendo a la luz de la luna como hacía siempre, o rindiéndose a una titilante vela si la noche era oscura y nublada. Pero ya era demasiado tarde para despedirme de él... Si algún ser de los nuestros lo podía entender, era Louis, me dije. Aunque quizá lo contrario estuviera más cerca de la verdad...

Hacia Londres me dirigí.

# 2

Situada en las afueras de Londres, en un inmenso parque de vetustos robles, se encuentra la Casa Matriz de la Talamasca, con sus techos en pendiente y sus jardines cubiertos por una gruesa capa de nieve limpia.

Se trata de un hermoso edificio de cuatro plantas, con ventanales divididos y chimeneas que eternamente despiden hilos de humo hacia la noche.

Es un sitio de bibliotecas y salas con paredes recubiertas por boiserie, dormitorios de techos artesonados y comedores silenciosos como los de una orden religiosa; sus integrantes son devotos como sacerdotes y monjas y puedan leerle a uno la mente, ver su aura, predecirle el futuro en la palma de la mano y conjeturar quién fue uno en vidas pasadas.

¿Brujos? Bueno, algunos quizá lo sean, pero en general son simples eruditos que dedicaron su vida a estudiar lo oculto en todas sus manifestaciones. Algunos saben más que otros. Algunos creen más que otros. Por ejemplo, hay miembros de esta Casa Matriz -y de otras, ubicadas en Amsterdam, en Roma o en las profundidades de los pantanos de Luisiana- que investigaron a vampiros y lobizones, que padecieron las facultades telequinésicas potencialmente mortíferas de ciertos mortales que saben originar incendios o causar la muerte, que hablaron con fantasmas y recibieron respuestas de ellos, que lucharon contra entes invisibles y ganaron... o perdieron.

La orden perdura desde hace más de mil años. En realidad es más antigua, pero sus orígenes están velados por el misterio. O, para ser más concretos, David no me los quiere contar.

¿De dónde saca el dinero la Talamasca? Hay en sus bóvedas una asombrosa cantidad de oro y joyas. Sus inversiones en los grandes bancos europeos son legendarias. Posee propiedades en todas las ciudades donde está radicada, que alcanzarían para mantenerse aunque no dispusiera de ningún otro bien. Y, por último, están los diversos tesoros de archivo -cuadros, estatuas, tapices, muebles y ornamentos antiguos-, todos ellos adquiridos en relación con distintos casos misteriosos y a los cuales no asigna valor monetario alguno, ya que su valor histórico excede con creces cualquier tasación que se pudiera realizar.

La biblioteca sola vale un Perú en cualquier moneda terrenal. Hay allí manuscritos en todos los idiomas, algunos provenientes de la famosa biblioteca de Alejandría incendiada siglos atrás, y otros de las bibliotecas de los mártires cátaros, cuya cultura se extinguió. Hay textos del antiguo Egipto, y con tal de poder echarles un vistazo, hay arqueólogos que estarían dispuestos a cometer un asesinato. Hay textos escritos por seres sobrenaturales de varias especies conocidas, incluso vampiros. Hay en esos archivos cartas y documentos redactados por mí.

Ninguno de esos tesoros me interesa ni me interesó jamás. Oh, en mis épocas más festivas he jugado con la idea de entrar por la fuerza en esas criptas y recuperar varias reliquias, antes pertenecientes a inmortales que amé. Sé que esos eruditos conservan en sus colecciones objetos que yo mismo abandoné: todo lo que había en ciertas habitaciones de París casi a fines del último siglo, los libros y el mobiliario de mi vieja casa de la arbolada calle de Barrio Jardín, debajo de la cual dormí durante décadas sin prestar atención a quienes caminaban arriba, por los pisos podridos. Sólo Dios sabe qué más han rescatado de las fauces del tiempo, que todo lo consume.

Pero ya no me interesaban esas cosas. Por mí, que se quedaran con todo lo que habían salvado.

Lo que me interesaba era David, el Superior General, que se hizo amigo mío desde la noche en que, sin la menor cortesía, entré impulsivamente por la ventana de sus aposentos, en un cuarto piso.

Qué valiente y sereno estuvo. Y cómo me gustaba mirar a ese hombre alto, su rostro surcado por arrugas, su pelo de un gris acerado. Me pregunté si un

hombre joven podría alguna vez poseer tal belleza. Pero el hecho de que me conociera... que supiese lo que yo era, ése fue el mayor encanto que le encontré.

Qué pasaría si te convirtiera en uno de los nuestros. Sabes que podría hacerlo...

Nunca vaciló en su convicción. "Jamás; ni en mi lecho de muerte aceptaré", dijo. Pero le fascinaba mi mera presencia, cosa que no podía ocultar, si bien logró ocultarme sus pensamientos desde esa primera vez.

Tanto es así, que su mente se convirtió en una especie de caja fuerte cuya llave se ha perdido. Por eso me quedé sólo con su expresión facial, radiante y afectuosa, y con su voz suave, culta, capaz de convencer al diablo de que se portara bien.

Era ya el amanecer y, cuando iba llegando a la Casa Matriz en medio de la nieve del invierno inglés, me dirigí a las conocidas ventanas de David; pero encontré las habitaciones vacías.

Rememoré nuestro último encuentro. ¿Se habría ido de nuevo a Amsterdam?

Ese último viaje había sido inesperado, al menos de eso me enteré cuando vine a inquirir por él, antes de que sus astutos compañeros parapsicólogos notaran que yo los espiaba telepáticamente -cosa que hacen con notable eficiencia- y a toda prisa cerraran sus mentes.

Al parecer, una diligencia muy importante había requerido la presencia de David en Holanda.

La Casa Matriz holandesa era más antigua que la de Londres y sólo el Superior General tenía llave para acceder a algunas de sus bóvedas. A David se le encomendó que localizara un retrato pintado por Rembrandt -uno de los tesoros más valiosos en poder de la orden-, lo hiciera copiar y enviara la copia a su amigo íntimo Aaron Lightner, quien la necesitaba para una importantísima investigación paranormal que se estaba llevando a cabo en los Estados Unidos.

Yo había seguido a David hasta Amsterdam y allí lo espié, prometiéndome para mis adentros no molestarlo, como tantas veces había hecho.

Permítaseme relatar ahora esa anécdota.

Cuando, al anochecer, salió a caminar con paso ágil, lo seguí desde una distancia prudencial, disfrazando mis pensamientos con la misma habilidad con que él siempre disfrazaba los suyos. Qué imponente su figura bajo los olmos que flanqueaban el canal Singel cada vez que se detenía para admirar las viejas casas holandesas, angostas, de cuatro pisos, con sus altos gabletes y sus ventanas donde no se ponían cortinas, supuestamente para el placer de los paseantes.

Casi en el acto, detecté un cambio en él. Llevaba como siempre su bastón, aunque era evidente que todavía no lo necesitaba, y con él se daba golpecitos en el hombro. Pero lo noté caviloso; vi en él una profunda insatisfacción. Y siguió caminando hora tras hora, como si el tiempo no tuviera la menor importancia.

Pronto comprendí que iba sumido en sus recuerdos, y de tanto en tanto me las ingeniaba para captar alguna imagen mordaz de su juventud en los trópicos, incluso fogonazos de una jungla lujuriante, tan distinta de esa fría ciudad septentrional donde seguramente nunca hacía calor. Yo aún no había tenido el sueño del tigre. No sabía lo que significaba.

Fue exasperante por lo fragmentario. La capacidad de David de mantener ocultos sus pensamientos era sencillamente extraordinaria.

Sin embargo, siguió caminando, por momentos como si alguien lo impulsara, y yo lo seguí, sintiéndome extrañamente reconfortado con sólo verlo unas cuadras delante de mí.

De no haber sido por las bicicletas que a cada momento pasaban zumbando a su lado, habría parecido un hombre joven. Pero las bicicletas lo sobresaltaban y tenía el típico miedo de los viejos de que alguien los golpee y los haga caer. Miraba con enojo a los jóvenes ciclistas y luego volvía a abstraerse en sus pensamientos.

Regresaba a la Casa Matriz inevitablemente cuando ya casi había amanecido. Y luego, con toda seguridad se echaría a dormir la mayor parte del día.

Otra noche, David ya estaba caminando cuando me puse a la par de él, y una vez más parecía no tener destino fijo. Paseaba por las calles adoquinadas de Amsterdam mostrando el mismo placer que le producía Venecia; y con razón, porque ambas, ciudades densas y de tonos oscuros, han mantenido un encanto similar pese a sus notables diferencias. El hecho de que la una fuera católica, exuberante y plena de una simpática decadencia, y la otra protestante y por ende limpia y eficiente, de vez en cuando me arrancaba una sonrisa.

A la noche siguiente volvió a salir; iba silbando solo mientras cubría los kilómetros a paso vivo y pronto me di cuenta de que estaba esquivando la Casa Matriz. Más aún, parecía ir esquivando todo, y cuando, por casualidad, un viejo amigo suyo -también inglés y miembro de la orden- se encontró inesperadamente con él cerca de una librería, fue evidente, por la conversación, que David venía comportándose de manera extraña desde hacía tiempo.

Los británicos son muy corteses para comentar y diagnosticar esas cuestiones. Pero lo que deduje luego de oír semejante despliegue de diplomacia fue que David estaba descuidando sus tareas de Superior General. Se pasaba el día entero fuera de la Casa Matriz; se le recriminaba que, estando en Inglaterra, fuera cada vez más a menudo a su hogar ancestral ubicado en los Cotswolds. ¿Qué sucedía?

David restó importancia a esas insinuaciones, como si no le interesara la conversación. Hizo una breve alusión a que la Talamasca podía gobernarse sola durante un siglo, que no necesitaba de un Superior General dado lo muy disciplinados, tradicionalistas y abnegados que eran sus integrantes, y luego partió a recorrer la librería, donde adquirió una traducción al inglés del "Fausto" de Goethe. Después cenó solo en un pequeño restaurante indonesio, pero puso el libro parado ante sus ojos y fue leyendo las páginas a medida que consumía su sabroso banquete.

Al verlo ocupado con el cuchillo y el tenedor, yo volví a la librería y compré un ejemplar del mismo título. ¡Qué obra tan extraña!

No puedo decir que la haya entendido, ni que sepa por qué la estaba leyendo David. De hecho, me daba miedo que la razón pudiera ser obvia y quizá por eso rechacé la idea en el acto.

Sin embargo, me gustó; sobre todo el final, por supuesto, cuando Fausto se va al cielo. No creo que haya ocurrido eso en las leyendas más antiguas. Fausto siempre se iba al infierno. Yo se lo atribuyo al optimismo romántico de Goethe y al hecho de que hubiera sido tan viejo cuando escribió el final. El trabajo de los muy ancianos siempre es vigoroso y fascinante, extremadamente digno de ser analizado, tanto más porque muchos artistas pierden su fibra creativa antes de llegar a la senectud.

Al amanecer, cuando David desaparecía dentro de la Casa Matriz, yo deambulaba solo por la ciudad. Quería conocerla porque él la conocía, porque Amsterdam era parte de su vida.

Recorrí el inmenso Rijksmuseum, contemplé los cuadros de Rembrandt, pintor que siempre me encantó. Me introduje como un ladrón en la casa de Rembrandt de la calle Jodenbree, convertida ahora en un pequeño mausoleo abierto al público durante el día, y caminé por las callecitas angostas de la ciudad sintiendo el resplandor de antiguas épocas. Amsterdam es un lugar cautivante, poblado de gente joven proveniente de toda la nueva Europa homogeneizada, una ciudad que nunca duerme.

Es probable que, de no ser por David, nunca hubiera ido allí. Esa ciudad nunca había gozado de mis preferencias. Ahora, en cambio, me resultaba agradable, ideal para vampiros a causa de sus nutridas muchedumbres nocturnas, pero, desde luego, era a David a quien quería ver. Comprendí que no podía irme sin cambiar al menos unas palabras con él.

Por último, al cabo de una semana de mi arribo lo encontré en el vacío Rijksmuseum poco después del anochecer, sentado en un banco frente al gran cuadro de los Síndicos de la corporación de los pañeros de Amsterdam.

¿Sabía de alguna manera David que yo habría de estar ahí? Imposible; sin embargo, ahí estaba.

Y por la conversación que mantuvo con el guardia -que en ese momento se despedía de él- era evidente que su venerable orden de retrógrados entremetidos había colaborado con las artes en gran medida, en las diversas ciudades donde se asentaban. Por eso les resultaba fácil entrar en los museos a contemplar sus tesoros cuando el ingreso al público no estaba permitido.

¡Y pensar que yo tenía que entrar en esos lugares como un malviviente!

Cuando llegué adonde estaba mi amigo, reinaba un silencio total en las salas de mármol de altos techos. Lo vi sentado en un banco largo de madera, sosteniendo con aire indiferente el ejemplar del Fausto, ya con las puntas muy dobladas y lleno de señaladores.

Tenía la mirada clavada en el cuadro, ese donde aparecen varios holandeses característicos que, reunidos ante una mesa, tratan sin duda sus asuntos comerciales y, al mismo tiempo, observan serenamente al espectador bajo el ala ancha de sus grandes sombreros negros. Esto que digo no es en absoluto el efecto total del cuadro. Los rostros son de una gran belleza, llenos de sabiduría, bondad y una paciencia casi angelical. Casi podría decir que esos personajes se parecen más a ángeles que a hombres del común.

Dan la impresión de poseer un gran secreto, y que si todo el mundo lo supiera, no habría más guerras ni maldad sobre la tierra. ¿Cómo fue que esas personas se hicieron miembros de la corporación de pañeros de Amsterdam en los años 1600? Pero me estoy adelantando en el relato...

Cuando lentamente salí de las sombras y me acerqué a él, David dio un respingo. Me senté en el banco, a su lado.

Mi atuendo era el de un vagabundo, porque en realidad no tenía alojamiento en Amsterdam y el viento me había despeinado.

Me quedé muy quieto largo rato, abriendo mi mente con un acto de voluntad semejante a un suspiro humano, y traté de hacerle saber cuánto me preocupaba su bienestar y cómo, por su propio bien, había tratado de dejarlo en paz.

El corazón le latía deprisa. Su rostro, cuando me volví para mirarlo, en el acto se llenó de bondad.

Extendió la mano derecha y me tomó el brazo.

-Me alegro mucho de verte, como siempre.

-Oh, pero te he hecho daño. Sé que es así. -No quería decirle que lo había seguido, que había escuchado la conversación con su compañero, ni tampoco mencionar lo que había visto con mis propios ojos.

Juré no atormentarlo más con mi eterna pregunta. Y sin embargo, vi la muerte cuando lo miré, quizá más aún a causa de su inteligencia y su jovialidad, a la fuerza de sus ojos.

Me dirigió una larga, pensativa mirada; acto seguido retiró su mano y sus ojos volvieron a posarse en el cuadro.

-¿Existen vampiros con esas caras? -preguntó, al tiempo que señalaba con un gesto a los hombres que nos observaban desde la tela-. Me refiero a la sabiduría y la comprensión que se advierte en esos rostros, algo más indicativo de inmortalidad que un cuerpo preternatural anatómicamente dependiente de la posibilidad de beber sangre humana.

-¿Vampiros con esas caras? -repetí-. David, no seas injusto. Ni siquiera hay hombres con tales caras. Jamás los hubo. Fíjate en cualquiera de las obras de Rembrandt. Es un absurdo suponer que puedan haber existido personas así, y más aún que Amsterdam haya estado lleno de ellas en esa época, que todo hombre o mujer con que se topaba fuera un ángel. No; esos rostros son los del propio Rembrandt; y Rembrandt, por supuesto, es inmortal.

David sonrió.

-No es verdad lo que dices. Y qué soledad extrema emana de tu persona. ¿No comprendes que no puedo aceptar tu don? Y si lo aceptara, ¿qué pensarías de mí? ¿Seguirías anhelando mi compañía? ¿Anhelaría yo la tuya?

Casi no oí esas últimas palabras. Estaba mirando el cuadro, esos hombres que realmente parecían ángeles. Me invadió un enojo sordo y no quise quedarme más ahí. Yo había jurado solemnemente no atacarlo y, a pesar de ello, él se había defendido de mí. No, no debí haber ido.

Espiarlo sí, pero no quedarme más de lo debido. Y una vez más hice ademán de irme.

Eso lo enfureció. Oí retumbar su voz en el amplio espacio vacío.

-¡No es justo que te marches de esta manera! ¡Es decididamente grosero que lo hagas! ¿Es que no tienes honor? ¿Y además del honor has perdido los modales? -De pronto se interrumpió, porque yo no estaba cerca -fue como si me hubiese evaporado-, y quedó hablando solo, en voz alta, en el museo inmenso y frío.

Sentí vergüenza, pero me había ofendido mucho, aunque no sé bien por qué. ¿Qué le había hecho a ese ser? ¡Cómo me regañaría Marius por eso!

Deambulé por Amsterdam durante horas. Hurté papel de escribir grueso, del tipo pergamino, que es el que más me gusta, y una lapicera automática de punta fina, de ésas que arrojan tinta todo el tiempo; después busqué, en el antiguo barrio de prostitutas y jóvenes drogados, una taberna ruidosa y siniestra donde poder escribir una carta a David, un lugar donde nadie repararía en mí siempre y cuando conservara un jarro de cerveza a mi lado.

No sabía lo que iba a ponerle; lo único que quería era pedirle perdón por mi conducta y decirle que algo había afectado mi alma al contemplar el cuadro de Rembrandt; por eso, en un estilo presuroso, compulsivo, escribí esta suerte de narración:

Tienes razón. Te abandoné de manera despreciable. Peor aún, cobarde. Te prometo que, cuando volvamos a encontrarnos, te dejaré decir todo lo que quieras.

Tengo una teoría propia sobre Rembrandt. He pasado largas horas estudiando los cuadros suyos que hay en varias partes -en Amsterdam, Chicago, Nueva York o dondequiera que encuentre uno- y creo haberte dicho que no pueden haber existido tantas almas buenas como las obras de Rembrandt nos quieren hacer creer.

Esta es mi teoría y, cuando la leas, por favor ten presente que da cabida a todos los elementos involucrados. Y esta característica de darles cabida solía ser la medida de la elegancia de una teoría... antes de que la palabra "ciencia" adquiriera el significado que tiene hoy.

Creo que, de joven, Rembrandt vendió su alma al diablo. Fue un acuerdo sencillo. El diablo le prometió convertirlo en el pintor más famoso de su época, y le envió hordas de mortales para sus cuadros. Le concedió fortuna, le dio una hermosa casa en Amsterdam, una mujer y luego una amante, porque sabía que a la larga se iba a quedar con el alma del pintor.

Pero el encuentro con el diablo cambió a Rembrandt. Después de ver pruebas tan innegables de la existencia del mal, se obsesionó con la pregunta: "¿Qué es el bien?". Rastreó en el semblante de sus sujetos su divinidad interior y, azorado, creyó ver la chispa de esa divinidad en los hombres más indignos.

Fue tal su destreza -compréndeme, por favor, que la destreza no la obtuvo del diablo sino que la tenía de antes-, que no sólo vio esa bondad sino que pudo pintarla; pudo dejar que su conocimiento de ella, su fe en ella, afluyera en toda su obra.

Con cada retrato que hacía, iba penetrando más y más hondo en la gracia y bondad del ser humano. Comprendió la capacidad de compasión y sabiduría que habita en toda alma. A medida que continuaba, su destreza iba en aumento; el fogonazo del infinito se volvió cada vez más sutil; su índole, más particular; y más grandiosa, serena y magnífica cada una de sus obras.

Ninguno de los rostros que pintó eran de carne y hueso. Eran semblantes espirituales, retratos de lo que hay dentro del cuerpo del hombre o la mujer; visiones de lo que era esa persona en su momento más sublime, en qué estaba destinada a convertirse.

Por eso es que los comerciantes de la Corporación de los Pañeros se asemejan a los santos más antiguos y sabios de Dios.

Pero en ningún lado se nota tan a las claras esa profundidad espiritual como en sus autorretratos. Y sin duda has de saber que de ellos nos dejó alrededor de ciento veinte.

¿Por qué supones que pintó tantos? Fueron su plegaria a Dios para que reparara en el avance de ese hombre que, por haber observado atentamente a otros como él, había sufrido una transformación religiosa total. "Esta es mi visión", le decía a Dios.

Hacia el final de la vida del pintor, el diablo empezó a sospechar. No quería que su esbirro creara obras tan magníficas, tan llenas de amor y bondad. Él creía que los holandeses eran personas materialistas y, por ende, mundanas. Pero en esos cuadros llenos de espléndidos atuendos y costosas pertenencias brillaba la prueba innegable de que el ser humano es completamente distinto de cualquier otro animal del cosmos, que es una mezcla preciada de carne y fuego inmortal.

Bueno, Rembrandt sufrió todos los ultrajes que le envió el diablo. Perdió su hermosa casa. Perdió a su amante y, al final, perdió incluso a su hijo. No obstante, siguió pintando sin cesar, sin el menor rastro de amargura o perversidad; y nunca dejó de poner amor en sus obras.

Por último, cuando estaba en su lecho de muerte, el diablo revoloteaba feliz a su alrededor, listo para apoderarse del alma de Rembrandt. Pero ángeles y santos imploraron a Dios que interviniera.

"¿Quién en el mundo sabe de bondad más que él?", preguntaron, señalando al pintor moribundo. "¿Quién ha mostrado más que este artista? Cuando queremos ver lo divino que hay en el hombre, miramos sus cuadros."

Entonces Dios quebró el pacto entre Rembrandt y el diablo. Se llevó para sí el alma del pintor, y el demonio, al que no hacía mucho tiempo Fausto había engañado de igual manera, enloqueció de indignación.

Bueno, entonces enterraría la vida de Rembrandt en la oscuridad. Se encargaría de que todas sus pertenencias y constancias escritas fueran devoradas por el flujo del tiempo. Y por supuesto, es por eso que no sabemos casi nada sobre la verdadera vida del artista, ni qué clase de persona era.

Pero el diablo no pudo decidir la suerte de los cuadros. Por más que lo intentó, no logró que la gente los quemara, que los arrojara a la basura o los hiciera a un lado demostrando preferencia por pintores más nuevos y de moda. De hecho, ocurrió algo curioso: Rembrandt se convirtió en el más admirado, el mejor pintor de todos los tiempos.

Esta es mi teoría sobre él y esos rostros.

Ahora bien: si yo fuera mortal, escribiría una novela sobre Rembrandt centrándola en este tema. Pero no soy mortal. No puedo salvar mi alma mediante obras de arte ni obras de bien. Soy una criatura semejante al demonio, con una diferencia: ¡a mí me encantan los cuadros de Rembrandt!

Sin embargo, me parte el alma mirarlos. Me entristeció mucho verte ahí, en el museo. Y tenías toda la razón en pensar que no hay vampiros con rostros como los santos de la Corporación de los Pañeros.

Por eso te abandoné tan descortésmente. No fue por furia demoníaca; sólo fue por pesar.

Una vez más te prometo que, cuando volvamos a encontrarnos, te dejaré decir todo lo que quieras.

Anoté al pie de la carta el número de mi agente de París junto con el domicilio postal, como hacía siempre que le escribía a David, pero él nunca me contestó.

Luego inicié una especie de peregrinaje con el propósito de volver a ver las obras de Rembrandt en las grandes colecciones mundiales. No vi en mis viajes nada que me quitara mi convencimiento acerca de la bondad del pintor. La peregrinación resultó mas bien una penitencia, porque me aferré a mi idea sobre Rembrandt. Pero también renovó mi intención de no molestar a David nunca más.

Después tuve el sueño. Tigre, tigre... David en peligro. Desperté sobresaltado en mi sillón, en la pequeña choza de Louis... como si una mano me hubiera sacudido a manera de advertencia.

En Inglaterra, la noche casi había terminado. Tenía que apresurarme. Pero por fin encontré a David en una pequeña taberna de un pueblito de los Cotswolds, a la que sólo se puede acceder por un camino angosto y peligroso.

Leyendo la mente de quienes lo rodeaban, muy pronto me enteré de que era su pueblo natal, próximo a su antigua heredad, una aldea diminuta con edificación del siglo XVI y una taberna que en la actualidad dependía de la veleidad de los turistas. David la había restaurado de su propio bolsillo visitándola cada vez más a menudo para escapar de la vida en Londres.

¡Un lugar decididamente misterioso!

Sin embargo, lo único que hacía David era beber sin mesura su amado whisky escocés y dibujar en servilletitas la figura del diablo. ¿Mefistófeles con su laúd? ¿Satanás con cuernos bailando a la luz de la luna? Seguramente lo que percibí a la distancia fue su abatimiento, o más bien la inquietud de quienes lo observaban. Lo que yo había captado era la imagen de él en la mente de los otros.

Sentí deseos de hablarle pero no me atreví por miedo a armar demasiado revuelo en la taberna, donde el preocupado propietario y sus dos robustos sobrinos permanecían despiertos, fumando sus olorosas pipas, sólo como homenaje a la presencia augusta del lord local, ¡que se estaba emborrachando como un beduino!

Me quedé más o menos una hora espiando por la ventanita. Después me fui.

Ahora, transcurridos muchos, muchos meses, mientras caía la nieve sobre Londres, mientras caía en callados copos sobre la fachada de la Casa Matriz de la Talamasca, lo busqué, sumido en un estado de embotamiento, pensando que si a alguien en el mundo tenía que ver, era él. Espié la mente de todos los miembros, los dormidos y los despiertos. Los despabilé. Los oí prestar atención con la misma claridad que, si al levantarse de la cama, hubiesen encendido la luz.

Pero pude averiguar lo que quería antes de que cerraran sus mentes.

David se había marchado a la finca de su heredad en los Cotswolds, que quedaba próxima a ese pueblo raro y su extraña taberna.

Bueno, podía ubicar la casa, ¿no? Hacia allí partí en su busca.

La nieve caía más copiosa mientras me desplazaba a ras del suelo, con frío, enojado, borrado ya todo recuerdo de la sangre que había bebido.

Otros sueños acudieron a mi mente, como suele ocurrirme en los inviernos rigurosos: las nieves duras, miserables, de mi infancia humana, las heladas habitaciones de piedra del castillo paterno, el fuego tenue, mis grandes mastines que roncaban a mi lado en la parva de heno, dándome abrigo y calor.

A esos perros se los había asesinado durante mi última cacería de lobos.

No me gustaba recordarla, pero siempre era placentero pensar que estaba nuevamente ahí -con el aroma puro del fuego suave y de esos poderosos perros tumbados contra mí, y que yo estaba vivo, ¡verdaderamente vivo!- y que la cacería nunca había tenido lugar. Yo nunca había ido a París, nunca seduje a Magnus, ese vampiro poderoso y demente. La pequeña habitación de piedra se hallaba impregnada del agradable olor de los perros y ahora podía dormir al lado de ellos y sentirme seguro.

Por último, me aproximé a una pequeña mansión isabelina, una bellísima construcción de piedra con techos de mucha caída, gabletes angostos y ventanas empotradas de gruesos vidrios, mucho más reducida que la Casa Matriz aunque grandiosa en su escala.

Sólo algunas ventanas se encontraban iluminadas, y al acercarme vi que se trataba de la biblioteca y que allí estaba David, sentado junto a un fuego chisporroteante.

Tenía en la mano su consabido diario íntimo encuadernado en cuero, y estaba escribiendo muy deprisa con una lapicera. No reparaba en absoluto en que alguien lo observaba. De vez en cuando consultaba otro libro forrado en cuero que había a un lado, sobre una mesita. Me resultó fácil darme cuenta de que era la Biblia cristiana, con sus dobles columnas de letras menudas y sus páginas de canto dorado, además de la cinta que obraba de señalador.

Con mínimo esfuerzo noté que era el Génesis lo que leía, del que aparentemente tomaba apuntes. También tenía a mano su ejemplar del "Fausto". ¿Qué diablos le interesaba en esos textos?

La habitación estaba recubierta de libros. Una única lámpara lo alumbraba por encima del hombro. La biblioteca se parecía a muchas similares de los climas nórdicos: confortable y acogedora, de techos bajos con vigas y cómodos sillones antiguos de cuero.

Pero lo que la hacía atípica eran las reliquias de una existencia vivida en otro clima. Estaban ahí los recuerdos de esos años rememorados.

Sobre el hogar encendido, la cabeza de un leopardo a motas y, sobre la pared de la derecha, la enorme cabeza negra de un búfalo. Numerosas estatuillas hindúes de bronce estaban diseminadas por doquier, en repisas y mesas, además de pequeñas alfombritas indias sobre la alfombra marrón, delante de la chimenea, la puerta y las ventanas.

Y el cuero largo y llameante de su tigre de Bengala yacía estirado en el centro mismo de la habitación, la cabeza bien conservada, con los ojos de vidrio y los inmensos colmillos que yo había visto en el sueño con espantosa nitidez.

A este último trofeo dirigió de pronto David su atención; después, apartando sus ojos de él con dificultad, siguió escribiendo. Traté de leerle la mente, pero no pude. ¿Para qué me habré tomado el trabajo? Ni el menor indicio de los bosques de mangles donde pudo haber asesinado a semejante bestia. Miró una vez más al tigre, hasta que, olvidando la pluma, quedó abstraído en sus pensamientos.

Por supuesto, me reconfortó el sólo mirarlo, como siempre. Divisé en la penumbra varias fotos en sus marcos: tomas de David cuando era joven y muchas que a todas luces le habían sido sacadas en la India, frente a un bello bungalow de anchas galerías y techos altos. Retratos de su madre y su padre. Retratos de él con los animales que había matado. ¿Explicaba eso mi sueño?

No presté atención a la nieve que caía a mi alrededor, cubriéndome el pelo y los hombros e incluso los brazos que tenía plegados. Por último, me moví. Quedaba apenas una hora para el amanecer.

Di la vuelta por el otro lado de la casa, encontré una puerta en el fondo, ordené al cerrojo que se abriera, y entré en el pequeño vestíbulo de techos bajos. Había allí viejas maderas con capas de laca o aceite. Apoyé las manos sobre los tableros de la puerta y se me presentó la imagen de un gran bosque de robles bañado en

luz de sol. Luego, sólo me rodearon las sombras. Me llegó el aroma del fuego lejano.

Noté que David estaba parado en la otra punta del pasillo, haciéndome señas de que me acercara. Pero hubo algo en mi aspecto que lo sobresaltó. Claro, yo estaba cubierto de nieve y de una delgada capa de hielo.

Entramos juntos en la biblioteca y me ubiqué en el sillón frente a él. Se marchó un instante, y me quedé ahí mirando el fuego, sintiendo que derretía la nievecilla que me cubría. Pensaba yo en el motivo de mi visita y cómo haría para decírselo. Mis manos estaban blancas como blanca era la nieve.

Cuando David regresó, traía un toallón tibio que usé para secarme la cara, el pelo y por último las manos. Qué agradable sensación.

-Gracias -le dije.

-Parecías una estatua.

-Sí, ahora tengo ese aspecto, ¿no? Sigo viaje.

-No te entiendo. -Se sentó frente a mí. -Explícate.

-Me voy a un sitio desértico. Creo haber encontrado la forma de terminar con todo. No es nada sencillo.

-¿Por qué quieres hacerlo?

-No quiero estar más con vida. Esa parte es fácil. No ansío la muerte, como haces tú; no es eso. Esta noche... -Me interrumpí. Vi la imagen de la anciana en su cama prolija, vestida con su bata floreada contra el nylon acolchado. Después vi al extraño hombre de pelo castaño que me observaba, el que se me acercó en la playa y me dio el cuento que aún llevaba, todo arrugado, dentro del abrigo.

Una insensatez. Llegas demasiado tarde, quienquiera que seas.

¿A qué molestarme en explicar?

De repente vi a Claudia como si estuviera contemplándome desde otro reino, esperando que yo la viera. Qué ingenioso que nuestras mentes puedan evocar una imagen de apariencia tan real. Bien podía ella estar ahí, junto al escritorio de David, en la penumbra. Claudia, que me había clavado un puñal en el pecho. "Te mandaré a tu ataúd para siempre, padre." Pero también era cierto qué últimamente la veía de continuo, en sueño tras sueño...

-No vayas -dijo David.

-Llegó la hora -le respondí en un susurro, pensando en forma vaga lo desilusionado que quedaría Marius.

¿Me habría oído David? A lo mejor hablé en voz demasiado baja. Se oyó un crepitar del fuego, algún trozo de madera encendida que se caía o savia húmeda que chisporroteaba dentro del inmenso leño. Volví a ver ese dormitorio frío de mi infancia y de pronto rodeé con mi brazo a uno de los perros enormes, esos perros indolentes y cariñosos. ¡Es terrible ver que un lobo mata a un perro!

Debí haber muerto, aquel día. Ni el mejor cazador debería ser capaz de matar a una manada de lobos. Y tal vez fue ése el error cósmico. Mi destino era marcharme, si de hecho existe tal continuidad, y por excederme atraje la atención del diablo. "Asesino de lobos", había dicho el vampiro Magnus con mucho cariño, al tiempo que me llevaba a su cueva.

David volvió a hundirse en su sillón; con ademán distraído apoyó un pie sobre el guardafuego y clavó sus ojos en las llamas. Estaba profundamente perturbado, hasta un tanto desequilibrado, aunque lo ocultaba muy bien.

-¿No te va a doler? -preguntó, mirándome.

Por un momento no supe qué me quería decir. Después recordé.

Solté una risita.

-Vine a despedirme de ti, a preguntarte si estás seguro de tu decisión. Me pareció que lo correcto era avisarte que me marchaba, que ésta era tu última oportunidad. Pensé que correspondía. ¿Me comprendes o crees que es sólo un pretexto más? En realidad, no importa.

-Como el Magnus de tu historia. Dejarías a tu heredero y luego desaparecerías dentro del fuego.

-No era una simple historia -repuse, sin ganas de ponerme polémico pero preguntándome por qué sonaba como si lo fuera-. Y en efecto, quizá sea así. Sinceramente, no sé.

-¿Por qué quieres autodestruirte? -Le noté un tono desesperado.

Cómo había herido a ese hombre.

Miré el tigre del piso con sus magníficas rayas negras y su piel de un naranja intenso.

-Ese era un antropófago, ¿no?

Vaciló como si no comprendiera del todo la pregunta; después dio la impresión de despertarse y asintió.

-Sí. -Miró primero al tigre, y luego a mí. -No quiero que lo hagas. Déjalo para más adelante, por el amor del cielo. No lo hagas. Y después de todo, ¿por qué precisamente esta noche? Me hizo reír contra mi voluntad.

-Esta noche es un buen momento para hacerlo-dije-. No; me voy. -¡De pronto experimenté un enorme júbilo porque me di cuenta de que lo decía en serio! No era sólo una fantasía. De haberlo sido, jamás se lo habría contado. -Se me ocurrió un método. Voy a ascender lo más que pueda antes de que salga el sol por el horizonte. No habrá manera de encontrar refugio. Allí el desierto es muy severo.

Y moriré en medio del fuego. No del frío, como había estado en aquella montaña cuando me rodearon los lobos. En calor, como había muerto Claudia.

-No, no lo hagas. -Con cuánta convicción lo dijo. Pero de nada valió.

-¿Quieres la sangre? -le pregunté-. No insume mucho tiempo y el dolor es mínimo. Confío en que los demás no te agredan. Te haré tan fuerte, que mejor que ni lo intenten.

Sinceramente, me estaba pareciendo mucho a Magnus, que me dejó huérfano sin advertirme siquiera que Armand y sus acólitos me iban a perseguir, a maldecir, que querrían tronchar mi vida recién nacida. Magnus sabía que yo iba a vencer.

-Lestat, no quiero la sangre, pero quiero que te quedes aquí.

Dame nada más que unas pocas noches. En nombre de nuestra amistad, Lestat, quédate ahora conmigo. ¿No puedes concederme esas pocas horas? Después, si todavía deseas hacerlo, no voy a poner reparos.

-¿Por qué?

Parecía dolido, y demoró unos instantes en responder.

-Déjame hablarte, convencerte para que cambies de parecer.

-Tú mataste al tigre cuando eras muy joven, ¿no? Fue en la India. -Paseé la vista por los otros trofeos. -Vi al tigre en un sueño.

No me respondió. Se lo veía ansioso, perplejo.

-Te he hecho daño -proseguí-. Te traje a la memoria recuerdos de tu juventud. Te obligué a tomar conciencia del tiempo, y antes no reparabas en ello.

Algo ocurrió en su rostro. Era evidente que mis palabras lo habían ofendido. Sin embargo, negó moviendo la cabeza.

-David, ¡toma mi sangre antes de que me vaya! -susurré de pronto, ansioso-. No te queda ni un año. ¡Lo oigo cuando estoy cerca de ti! Alcanzo a percibir la fragilidad de tu corazón.

-Eso no lo sabes, amigo -repuso él, paciente-. Quédate aquí conmigo y te contaré lo del tigre, todo lo de aquella época en la India. También fui de cacería al África, y una vez al Amazonas. Grandes aventuras. En aquel entonces, yo no era un erudito mohoso como ahora...

-Lo sé. -Sonreí. Jamás me había hablado de esa manera; nunca me ofreció tanto. -Demasiado tarde, David. -Una vez más vi el sueño. Vi la cadenita de oro que David llevaba al cuello. ¿Era esa cadenita lo que atraía al tigre? Parecía una insensatez. Lo que quedaba era la sensación de peligro.

Contemplé la piel del animal. Qué expresión maligna la de su cara.

-¿Fue divertido matarlo?

Dudó; luego se esforzó por contestar.

-Era un tigre antropófago y le encantaban los niños. Sí, supongo que me divirtió.

Solté una risita.

-Bueno, entonces tenemos eso en común, el tigre y yo. Y Claudia está esperándome.

-No me irás a decir que crees eso, ¿verdad?

-No. Supongo que, si lo creyera, tendría miedo de morir. -Vi a Claudia con total nitidez... un diminuto retrato de porcelana, con pelo áureo, ojos azules. Algo impetuoso y veraz en la expresión pese a los colores dulzones y el marco ovalado. ¿Había poseído yo alguna vez un relicario como ése? Porque era, ciertamente, un relicario. Me estremecí al recordar la textura de su pelo y una vez más me invadió la sensación de que la tenía muy cerca. Si giraba la cabeza quizá la viera entre las sombras, con la mano apoyada sobre el respaldo de mi sillón. Me di vuelta, pero no estaba. Iba a perder el temple si no me marchaba de inmediato.

-¡Lestat! -exclamó David en tono imperioso. Me estaba escrutando, pensando con desesperación qué otra cosa podía decir. Señaló mi abrigo. -¿Qué llevas en el bolsillo? ¿Una nota que escribiste? ¿Piensas dejármela? ¿Me permites leerla ahora?

-Ah, este extraño cuentito. Toma, puedes quedártelo. Te lo lego. Debería estar en una biblioteca, calzado tal vez en alguno de esos estantes. -Saqué el sobre doblado y lo miré. -Sí, lo leí. Es bastante divertido. -Se lo arrojé a la falda. -Me lo dio un mortal muy tonto , una pobre alma trasnochada que sabía quién era yo y tuvo coraje apenas para dejarlo caer a mis pies.

-Explícame eso -dijo David, y abrió las hojas-. ¿Por qué lo llevas contigo? Dios santo... Lovecraft. -Sacudió levemente la cabeza.

-Te lo acabo de explicar. De nada vale, David. No voy a cambiar de idea. Me voy. Además, la historia es intrascendente. Un pobre tonto...

Ese hombre tenía ojos tan extraños, tan brillantes. ¿Qué tuvo de raro la forma en que vino corriendo hacia mí por la arena, o la torpeza con que huyó dominado por el pánico? ¡Sus modales habían dado a entender tal importancia! Ah, pero eso era absurdo. No me importaba, sabía que no me importaba. Yo sabía lo que quería hacer.

-¡Lestat, quédate! Me prometiste que la próxima vez que nos encontráramos ibas a permitirme decir todo lo que quisiera. Eso me dijiste por carta, ¿recuerdas? No te retractarás de tu palabra, ¿verdad?

-Voy a retractarme, David. Y tendrás que disculparme, porque me voy. Tal vez no haya cielo ni infierno y te vea del otro lado.

-¿Y qué pasará si existen ambos?

-Has estado leyendo demasiado la Biblia. Lee el cuento de Lovecraft. -Volví a soltar una risita y le señalé las hojas que tenía en la mano. -Será lo mejor para la paz de tu espíritu. Y no toques el "Fausto", por el amor de Dios. ¿Sinceramente crees que al final vendrán ángeles a llevarnos? Bueno, a mí no. ¿A ti sí?

-No te vayas -repitió, con una voz tan tenue y suplicante que me quitó el aliento.

Pero ya me estaba yendo.

Apenas si lo oí cuando gritó:

-Lestat, te necesito. Eres el único amigo que tengo.

¡Qué palabras trágicas! Me dieron ganas de decirle que lo lamentaba, que lamentaba todo, pero ya era tarde. Además, creo que él lo sabía.

Me lancé hacia arriba en la fría oscuridad, desplazándome entre la nieve que caía. La vida entera me parecía insoportable, tanto en su horror como en su esplendor. Abajo, la casita parecía cálida; su luz se derramaba sobre el suelo blanco y de su chimenea partía un hilito de humo azul.

Pensé en David, que de nuevo recorrería solo las calles de Amsterdam, pero después evoqué los retratos de Rembrandt. Entonces volví a ver la cara de mi amigo junto al fuego de la biblioteca. Parecía un hombre pintado por Rembrandt. Desde que lo conocí tuvo siempre ese aspecto. ¿Y qué aspecto teníamos nosotros, congelados para siempre con la forma que teníamos cuando la Sangre Misteriosa entró en nuestras venas? Claudia fue durante décadas esa niña pintada en porcelana. Y yo me asemejaba a una de las estatuas de Miguel Ángel, puesto que me volví blanco como el mármol. E igual de frío.

Yo sabía que iba a cumplir mi palabra.

Pero hay una mentira terrible en todo esto. En realidad, ya no creía que el sol pudiera matarme. Pero lo mismo me propuse intentarlo.

# 3

Desierto de Gobi. Eones atrás, en esa era que los hombres denominaron cauria, enormes lagartos murieron por millares en esta insólita zona del mundo. Nadie

sabe por qué vinieron aquí ni por qué perecieron. ¿Era un reino de árboles tropicales y pantanos humeantes? No lo sabemos. Ahora lo único que queda es el desierto y millones de fósiles narrándonos un relato fragmentario acerca de reptiles gigantescos que, con toda seguridad, hacían temblar la tierra cada vez que daban un paso.

Por lo tanto, el desierto de Gobi es un inmenso cementerio y el lugar apropiado para que yo mirara el sol de frente. Largo rato estuve tendido en la arena antes del amanecer, poniendo en orden mis últimos pensamientos.

Lo que haría sería ascender hasta el límite mismo de la atmósfera, internarme en el sol naciente, por así decirlo. Después, cuando perdiera el conocimiento, me desplomaría bajo el calor terrible y mi cuerpo se destrozaría contra el suelo del desierto al caer desde semejante altura. Imposible, entonces, que este cuerpo mío cavara bajo la superficie, cosa que sí podría hacer -por propia y maligna volición- en caso de estar entero y sobre un terreno blando.

Además, si la descarga de luz tenía fuerza suficiente como para consumirme con su fuego, es probable que, hallándome desnudo y a tal altura sobre la tierra, yo ya estuviera totalmente muerto antes de que mis restos chocaran contra el duro lecho de arena.

Me pareció una buena idea, en su momento, y creo que nada ni nadie habría podido disuadirme. Sin embargo, me preguntaba si los demás inmortales sabían lo que yo planeaba hacer, y si les preocupaba en lo más mínimo. Por cierto no les envié mensajes de despedida; no dejé escapar imágenes aleatorias de mis intenciones.

Finalmente, la gran tibieza del alba fue cubriendo el desierto. Me puse de rodillas, me quité la ropa y comencé a ascender, sintiendo que ya me ardían los ojos hasta con esa luz tan tenue.

Subí y subí hasta mucho más allá del punto donde la tendencia natural de mi cuerpo habría sido la de no impulsarse más y seguir flotando solo. Al final ya no podía respirar, porque el aire era muy poco denso, y me costaba un enorme esfuerzo mantenerme a semejante altura.

Luego llegó la luz. Tan inmensa, tan cálida y enceguecedora que, más que una visión, lo que colmaba mis ojos parecía un ruido rugiente. Vi todo cubierto por un fuego amarillo y naranja. Lo miré de frente, aunque la sensación fue de que me echaban agua hirviendo en los ojos. ¡Creo que hasta abrí la boca como para tragar ese fuego divino! De pronto el sol era mío. Lo estaba viendo, me estiraba para alcanzarlo. Después, la luz me cubrió como plomo fundido, me paralizó y torturó hasta que no pude resistir más, y mis propios gritos llenaron mis oídos. Aún no desviaba la mirada, ¡aún no caía!

¡Así te desafío, cielo! De pronto no hubo palabras ni pensamientos. Yo me retorcía, nadaba dentro de ello. Y cuando la oscuridad y el frío ya subían para envolverme -no fue nada más que el haber perdido el conocimiento-, comprendí que había empezado a caer.

El sonido era el del aire que pasaba zumbando a mi lado; y tuve la sensación de que las voces de otros me llamaban y, en medio de aquella repulsiva mezcolanza, distinguí una vocecita infantil.

Después, nada...

¿Soñaba, acaso?



Librodot

Estábamos en un recinto pequeño y cerrado, un hospital con olor a enfermedad y muerte, y yo señalaba la cama. Y sobre la almohada, a la niña que yacía, pequeña, blanca, medio muerta.

Se oyó una risa clara. Sentí olor a lámpara de aceite, ese olor típico del momento en que uno sopla y apaga el pabilo.

-Lestat. -Qué hermosa su vocecita.

Traté de explicar lo del castillo de mi padre, lo de que estaba nevando y que mis perros me esperaban allí. A ese lugar quería ir. De repente alcancé a oír los ladridos lastimeros de los mastines que resonaban por las lomas cubiertas de nieve, y casi pude ver las torres mismas del castillo.

Pero luego ella dijo:

-Todavía no.

Era otra vez noche cuando desperté, tendido en el suelo desértico. Agitadas por el viento, las dunas me salpicaron su arena suave. Sentía dolor en todo el cuerpo, hasta en las raíces del pelo. Era tal el dolor, que no podía juntar voluntad para moverme.

Durante horas, estuve allí tendido. De tanto en tanto dejaba escapar algún gemido que en nada aliviaba mi sufrimiento. Cuando movía las extremidades, aunque fuera un poquito, sentía la arena como partículas de vidrio filoso clavadas en la espalda, las pantorrillas y los talones.

Pensé en todos aquellos a quienes podía haber llamado para pedir ayuda pero no llamé. Sólo poco a poco fui dándome cuenta de que, si me quedaba ahí, volvería el sol, como era natural, y una vez más me consumiría con su fuego. Y aun así era probable que no muriera.

Tenía que quedarme, ¿no? ¿Acaso era un cobarde, para pensar en buscar refugio?

Pero sólo con mirarme las manos a la luz de las estrellas supe que no iba a morir. Estaba quemado, sí; tenía la piel marrón, arrugada, dolorida, pero lejos estaba de morir.

Por último, rodé y traté de apoyar la cara contra la arena, cosa que no me trajo mucho más alivio que mirar de frente a las estrellas.

Luego sentí que salía el sol. Lloré cuando la gran luz anaranjada se derramó sobre el mundo. El primer dolor lo sentí en la espalda; después pensé que mi cabeza se incendiaba, que iba a explotar, que el fuego consumía mis ojos. Cuando me llegó la penumbra del olvido estaba loco, totalmente loco.

A la noche siguiente desperté y sentí arena en la boca, arena que me cubría en mi dolor. Debido a esa locura, al parecer me había enterrado vivo.

Permanecí en la misma posición durante horas, pensando sólo que ese sufrimiento era más de lo que cualquier criatura podía soportar.

Al final llegué esforzadamente a la superficie, gimoteando como un animal ya que cada gesto era un tirón que intensificaba el dolor; luego me induje a ascender y comencé el lento viaje hacia occidente, internándome en la noche.

Mis poderes no habían disminuido. Ah, sólo la superficie de mi cuerpo había sufrido daños profundos.

El viento era infinitamente más suave que la arena. Sin embargo, trajo su propio tormento, semejante a dedos que acariciaban mi piel quemada, que

tiraban de las raíces quemadas de mi pelo, me pinchaba en los párpados quemados, me raspaba en las rodillas quemadas.

Viajé con toda calma durante muchas horas. Me había propuesto llegar una vez más a casa de David, y sentí un instante de alivio esplendoroso cuando descendí en medio de la nieve fría y húmeda.

Estaba por amanecer en Inglaterra.

Entré por la puerta del fondo como la vez anterior; cada paso que daba era un suplicio. Casi a ciegas encontré la biblioteca, entré, me puse de rodillas y, sin prestar atención al dolor, me desplomé sobre el cuero del tigre.

Apoyé la cabeza junto a la del animal y la mejilla contra sus fauces abiertas. ¡Qué piel suave, tupida! Estiré los brazos sobre sus patas y sentí sus garras duras bajo las muñecas. El dolor me acometió en oleadas. La piel era casi sedosa, y fría la habitación en penumbras. En tenues destellos de visiones silenciosas imaginé los bosques de mangles de la India, vi rostros oscuros y me llegaron voces lejanas. Y por un momento vi nítidamente a David cuando joven, tal como lo había visto en el sueño.

Me pareció un milagro ese muchacho viviente, lleno de sangre y tejido, y esas hazañas milagrosas que son los ojos, un corazón que late y cinco dedos en cada mano esbelta.

Me vi a mí mismo caminando por París en los viejos tiempos, cuando yo estaba vivo. Llevaba una capa de pana roja, forrada con la piel de los lobos que había matado en mi nativa Auvernia, sin soñar jamás que hubiera cosas acechando entre las sombras, cosas que podían verlo a uno y enamorarse sólo porque uno era joven, cosas que podían quitamos la vida sólo porque nos amaban y porque uno había matado a una manada entera de lobos...

¡David, el cazador! De chaqueta color caqui con cinturón, y ese rifle magnífico.

Lentamente tomé conciencia de que el dolor ya no era tanto. El viejo y querido Lestat, el dios, se curaba con velocidad sobrenatural. El dolor era como un brillo intenso que se asentaba sobre mi cuerpo. Me imaginé a mí mismo despidiendo una luz cálida a toda la habitación.

Percibí el aroma de mortales. Un sirviente había entrado en el cuarto y vuelto rápidamente a salir. Pobre tipo. Me dieron ganas de reírme solo en mi sopor, al pensar en lo que vio: un hombre desnudo, de piel oscura y pelo rubio desordenado, tendido sobre el tigre de David en la habitación a oscuras.

De pronto capté el aroma de David y oí de nuevo el conocido retumbar de sangre en el interior de venas mortales. Sangre. Tenía tanta sed de sangre. Mi piel quemada clamaba por ella, lo mismo que mis ojos ardidos.

Alguien tendió sobre mí una manta suave, que me resultó liviana, fresca. Luego hubo una seguidilla de sonidos. David oscurecía el cuarto corriendo las pesadas cortinas de pana, cosa que no se había molestado en hacer en todo el invierno. Estaba maniobrando con la tela para que no quedara ni una hendija de luz.

-Lestat -susurró-, déjame llevarte al sótano, donde estarás a salvo.

-No importa, David. ¿Puedo permanecer aquí?

-Por supuesto que puedes. -Qué solícito.

-Gracias, David. -Volví a dormirme y vi soplar la nieve por la ventana de mi habitación del castillo, pero luego fue algo totalmente distinto. Vi una vez más la camita de hospital, pero la niña no estaba en ella, y gracias a Dios no se

encontraba ahí la enfermera sino que había ido a calmar al que lloraba. Oh, qué sonido tan tremendo. Me parecía espantoso. Me habría gustado estar... ¿dónde? En casa, en pleno invierno francés, desde luego.

Esa vez alguien estaba encendiendo, no apagando, la lámpara de aceite.

-Te dije que no había llegado el momento. -El vestido era de un blanco perfecto. ¡Qué minúsculos los botoncitos de perla! Y qué hermosa la corona de rosas que lleva en la cabeza.

-Pero, ¿por qué? -pregunté.

-¿Qué dijiste? -quiso saber David.

-Hablaba con Claudia -le expliqué. Estaba sentada en el sillón tapizado en petit-point estirando las piernas hacia adelante. ¿Tenía puestos esos escarpines de raso? Le tomé el tobillo y se lo besé, y cuando levanté la mirada vi su mentón y sus pestañas en el momento en que ella echaba la cabeza hacia atrás para reír. Una risa exquisita, ronca.

-Hay otros ahí afuera -me advirtió David.

Abrí los ojos y me dolió, me dolió ver las formas mortecinas de la habitación. Estaba por salir el sol. Sentí las garras del tigre bajo mis dedos. Ah, bestia preciada. Desde la ventana, David espiaba por una rendija abierta entre ambos paños del cortinado.

-Ahí afuera -prosiguió-. Han venido a cerciorarse de que estás bien.

¿Qué les parece?

-¿Quiénes son? -No alcanzaba a oírlos, no quería oírlos. ¿Era Marius? No los más antiguos, con toda seguridad. ¿Por qué habría de importarles semejante cosa?

-No sé -me contestó-. Pero están.

-Ya sabes lo que se suele decir: no les hagas caso y se marcharán. -De todos modos ya era casi el amanecer. Tienen que irse. Y por cierto que no te harán daño, David.

-Lo sé.

-No me leas la mente si no me dejas leer la tuya.

-No te enojes. No entrará nadie en esta habitación a molestarte.

-Sí; puedo ser un peligro aun en reposo... -Quise decir algo más, transmitirle otra advertencia, pero me di cuenta de que David era el único mortal que no precisaba de tal advertencia. Talamasca. Estudiosos de lo paranormal. Él sabía.

-Duerme, ahora.

No pude menos que reírme al oír eso. ¿Qué otra cosa puedo hacer cuando sale el sol? Aun cuando me dé de lleno en la cara. Pero sus palabras fueron firmes, tranquilizadoras.

Pensar que en los viejos tiempos yo siempre tenía el ataúd, y a veces lo lustraba hasta dejar bien brillosa la madera; después lustraba el minúsculo crucifijo que había sobre la tapa y sonreía para mis adentros al pensar en el esmero con que pulía el pequeño cuerpo retorcido de Cristo, el hijo de Dios, asesinado. Me encantaba el forro de raso del cajón. Me encantaba la forma, y el acto crepuscular de elevarme de entre los muertos. Pero ya no más...

Realmente estaba saliendo el sol, el sol del frío invierno inglés. Lo sentía con certeza, y de pronto me dio miedo. Sentí la luz que avanzaba a hurtadillas fuera

de la casa y golpeaba contra las ventanas. Pero de este lado de las cortinas reinaba la oscuridad.

Vi que la llamita en la lámpara de aceite subía. Me asusté, sólo porque sentía tantos dolores y porque eso era una llama. Los deditos femeninos sobre la llave dorada, y ese anillo que le regalé, con un pequeño brillante engarzado en perlas. ¿Y el relicario? ¿Debo preguntarle por él? Claudia, ¿alguna vez hubo un relicario de oro?

La llama crecía, crecía. Otra vez el olor. Su manita con hoyuelos. Todo a lo largo del departamento de la calle Royale se podía percibir el aroma del aceite. Ah, el viejo empapelado de la pared, los bellos muebles hechos a mano, Louis sentado a su escritorio, escribiendo... Y el olor áspero de la tinta negra, el rasgueo de la pluma...

La pequeña mano femenina, tan deliciosamente fría, tocaba mi mejilla y sentí esa emoción incierta que me recorre cuando alguno de los demás me toca, nuestra piel.

-¿Por qué habría de querer nadie que yo viviera? -pregunté. Al menos eso fue lo que empecé a preguntar... porque después me desvanecí.

# 4

Crepúsculo. No quería moverme, ya que el dolor seguía siendo intenso. En el pecho y las piernas la piel empezaba a ponérseme tensa, y el hormigueo constituía apenas una variación del dolor.

Ni la sed de sangre, con toda su furia, ni su olor en los sirvientes de la casa lograron que me moviera. Sabía que David estaba ahí, pero no le hablé. Pensé que, si intentaba hablar, me iba a echar a llorar de dolor.

Dormí y sé que soñé, pero al despertar no recordaba los sueños. Veía de nuevo la lámpara de aceite y la luz seguía dándome miedo. Lo mismo que la voz de Claudia.

En una oportunidad desperté hablándole en la oscuridad. "¿Por qué tú, nada menos? ¿Por qué tú en mis sueños? ¿Dónde está tu puñal ensangrentado?"

Agradecí la llegada del alba. A veces, con un gran esfuerzo cerraba deliberadamente la boca para no gritar de dolor.

Cuando desperté, la segunda noche, el dolor ya no era tanto.

Tenía todo el cuerpo inflamado -lo que los mortales llaman en carne viva-, pero lo más insoportable había pasado. Estaba muy quieto, tendido sobre la piel del tigre, y sentí la habitación fría por demás.

Había leños en el hogar de piedra, retirados del frente, bien apoyados contra los ladrillos ennegrecidos del fondo. Todo estaba listo para ser encendido; incluso había un bollo de diario preparado. Hmmm. Alguien se me había acercado peligrosamente mientras dormía. Esperaba de verdad no haber extendido los brazos, como solemos hacer cuando estamos en trance, para sujetar a esa pobre criatura.

Cerré los ojos y presté atención a los sonidos. Nieve que caía sobre el techo, nieve que entraba por la chimenea. Volví a abrirlos y noté los trocitos de humedad en los leños.

Después me concentré, y la energía brotó de mí en forma de una larga lengua que llegó a tocar los troncos. En el acto se encendieron las llamitas danzarinas. La corteza gruesa de los leños comenzó a calentarse, a ampollarse. La fogata venía en camino.

A medida que la luz se hacía más intensa, sentí que un dolor exquisito surgía en mis mejillas y sobre mi frente. Interesante. Me incorporé de rodillas, me levanté. Estaba solo en el cuarto. Miré la lámpara de bronce que había junto al sillón de David. Con una orden mental hice que se encendiera sola.

Sobre el sillón había ropa: un pantalón de franela gruesa, una camisa blanca de algodón, una chaqueta algo deforme de vieja lana. Todas las prendas me quedaban un poco grandes, pues habían sido de David. Hasta las pantuflas forradas en piel me iban grandes. Pero yo quería estar vestido. Había también ropa interior de esa que todo el mundo usa en el siglo XX, y un peine.

Me tomé mi tiempo para todo, notando tan sólo un ardor al calzarme la ropa sobre la piel. Cuando me peiné, me dolió el cuero cabelludo y opté por sacudirme el pelo hasta quitarle todo el polvo y la arena, que cayeron sobre la gruesa alfombra y desaparecieron discretamente de la vista. Ponerme las pantuflas fue un placer. Lo que quise entonces fue un espejo.

Encontré uno en el pasillo, de grueso marco dorado. Por la puerta abierta de la biblioteca llegaba luz suficiente, o sea que pude verme bastante bien.

En un primer momento, no pude creer lo que contemplaban mis ojos. Tenía la piel suave, inmaculada como antes, sólo que ahora poseía un tono ámbar, el mismo color del marco del espejo, y un brillo tenue, semejante al de cualquier mortal que pasa una larga temporada en los mares tropicales.

Brillaban mis cejas y pestañas, como ocurre siempre con los pelos rubios de esos individuos bronceados, y las pocas arrugas de la cara que el Don Misterioso me dejó se notaban un poquito más marcadas que antes. Me refiero a dos pequeñas comas en las comisuras de los labios, producto de sonreír tanto cuando estaba vivo, unas patas de gallo mínimas, y una o dos arrugas en la frente. Me gustó tenerlas de nuevo, pues hacía mucho que no las veía.

Mis manos habían sufrido más. Estaban más oscuras que el rostro y con numerosas arruguitas que les daban un aspecto más humano, lo cual enseguida me hizo pensar en las numerosas arrugas finas que tienen las manos de los mortales.

Las uñas aún brillaban de una manera que podía alarmar a los mortales, pero sin duda bastaría con frotármelas un poco con ceniza. Los ojos, desde luego, eran otra cosa. Nunca los había visto tan brillosos e iridiscentes, pero para eso lo único que me hacía falta eran unas gafas apenas ahumadas. Ya no necesitaría la otra máscara (los anteojos totalmente negros) para cubrir la piel blanca.

"Oh, dioses, qué maravilloso", pensé, admirando mi imagen. ¡Pareces casi humano! ¡Casi un hombre! Sentía un dolor mortecino en los tejidos quemados pero me gustó, porque lo tomé como algo que me recordaba la forma de mi cuerpo, sus límites humanos.

Tuve deseos de gritar; en cambio, oré. Que esto dure, y si no dura, con gusto repetiría todo el proceso.

Luego me puse a pensar que en realidad yo no estaba perfeccionando mi aspecto para poder desplazarme mejor entre los hombres, sino destruyéndome. Tenía que estar muriéndome. Y si no me había matado el sol del desierto... si no lo había conseguido tendiéndome todo un día al sol, ni luego con el segundo amanecer...

Ah, cobarde, pensé, ¡podrías haber encontrado la forma de mantenerte sobre la superficie y no esconderte, ese segundo día! ¿O no?

-Bueno, gracias a Dios elegiste volver.

Giré y vi que David se acercaba por el pasillo. Acababa de regresar a casa, pues tenía el abrigo húmedo por la nieve y ni siquiera se había sacado las botas.

Se detuvo en seco y me inspeccionó de pies a cabeza, esforzándose por ver en la penumbra.

-La ropa está bien -aprobó-. Pareces uno de esos muchachos que hacen surf, esos que viven eternamente en la playa.

Sonreí.

Extendió un brazo -gesto bastante audaz, pensé-, me tomó de la mano y me condujo a la biblioteca, donde el fuego ya ardía con bríos. Una vez más estudió mi semblante.

-Ya no hay dolor -dijo, como si dudara.

-Hay sensación, pero no exactamente lo que se dice dolor. Voy a salir un rato. Oh, no te preocupes; regresaré. Me muero de sed. Tengo que cazar.

Su rostro palideció, pero no tanto, ya que de todos modos pude ver la sangre de sus mejillas, las venitas de sus ojos.

-Bueno, ¿qué pensabas? -dije-. ¿Qué ya no lo iba a hacer más?

-No, no, claro.

-¿Quieres venir a ver?

No dijo nada, pero noté que lo había asustado.

-No olvides lo que soy. Cuando me ayudas, estás ayudando al diablo. -Señalé el ejemplar del "Fausto", que seguía sobre la mesa. También estaba ese cuento de Lovecraft. Hmmm.

-No es indispensable que quites la vida, para hacerlo, ¿no? -preguntó, serio.

Pero qué pregunta grosera.

Solté un ruidito desdeñoso.

-Me gusta quitar la vida. -Con un ademán señalé al tigre. -Soy cazador, como lo fuiste tú en una época. Me resulta divertido.

Me miró un largo rato con la perplejidad pintada en el rostro, y luego asintió lentamente, como con aceptación. Pero lejos estaba de aceptarlo.

-Aprovecha para comer, ahora que me voy -le dije-. Me doy cuenta de que tienes hambre y siento el olor a carne que están cocinando en la casa. Y puedes estar seguro de que cenaré antes de volver.

-Te has propuesto que te conozca como realmente eres, ¿en?, que no haya el menor error o sentimentalismo.

-Exacto. -Estiré los labios y le mostré los colmillos un instante. En realidad son muy pequeños, ínfimos en comparación con los del leopardo y el tigre, cuya compañía buscaba él obviamente por gusto. Pero esa mueca siempre atemoriza a los mortales. Más que atemorizarlos, los espanta. Creo que les produce en el

organismo una reacción primitiva de alarma que nada tiene que ver con el coraje racional.

Se puso blanco y, sin hacer el menor movimiento, permaneció unos segundos mirándome, hasta que su rostro recobró su expresión de calidez.

-Muy bien -dijo-. Voy a estar aquí cuando vuelvas. ¡Y si no vuelves, me pondré furioso! Juro que nunca más te dirigiré la palabra. Si esta noche desapareces, jamás volveré tan siquiera a saludarte. Consideraré que has despreciado mi hospitalidad. ¿Entendido?

-¡De acuerdo, de acuerdo! -exclamé, encogiéndome de hombros, aunque en el fondo me emocionaba que quisiera tenerme allí. Yo no había estado tan seguro. Por otra parte, me había mostrado muy descortés hacia él. -Volveré. Además, quiero saber.

-¿Qué?

-Por qué no tienes miedo a morir.

-Bueno, tú tampoco le tienes miedo, por lo que veo.

No respondí. Recordé el sol, la gran bola ígnea que se convertía en tierra y cielo, y me estremecí. Luego vi la lámpara de aceite del sueño.

-¿Qué pasa? -quiso saber.

-Tengo miedo a morir -repuse, sacudiendo la cabeza para transmitir más énfasis-. Todas mis ilusiones se están haciendo añicos.

-¿Es que tienes ilusiones? -preguntó, con sincero asombro.

-Por supuesto. Una de ellas era que nadie podía rechazar el Don Misterioso; al menos, no a sabiendas.

-Permíteme recordarte que tú mismo lo rechazaste, Lestat.

-David, yo era un niño y me estaban forzando. Luché casi por instinto. Pero eso no tuvo nada que ver con el hecho de saber.

-No te subestimes. Creo que te habrías negado aunque lo hubieras comprendido cabalmente.

-Esas son ilusiones tuyas -dije-. Tengo hambre. Apártate de mi camino o te mato.

-No te creo. Y más vale que regreses.

-Volveré. Esta vez cumpliré la promesa que te hice por carta. Podrás decirme todo lo que quieras.

Salí a recorrer las calles apartadas de Londres. Anduve deambulando por la estación Charing Cross en busca de algún malviviente para alimentarme, por más que sus ambiciones subalternas pudieran irritarme. Pero las cosas no resultaron como suponía.

Encontré a una anciana que caminaba arrastrando los pies. Vestía un abrigo mugriento y llevaba los pies envueltos en trapos. Estaba loca y calada de frío, y con seguridad iba a morir antes de la mañana. Se había fugado por la puerta del fondo de no sé qué lugar donde la tenían recluida, o al menos eso gritaba a quien quisiera oírla, decidida a no dejarse encerrar nunca más.

¡Fuimos fantásticos amantes! Ella me dio un racimo de recuerdos y ahí estuvimos, bailando juntos por los barrios bajos, ella y yo, teniéndola largamente entre mis brazos. Estaba muy bien alimentada, como muchos pordioseros de este

siglo en que tanto abunda la comida en los países occidentales. Y bebí con gran lentitud, saboreando la sangre, sintiendo que recorría toda mi piel quemada.

Cuando terminó todo, tomé conciencia de que sentía muchísimo el frío, y que lo había sentido desde el principio. Es decir, estaba percibiendo más nítidamente los cambios de temperatura. Interesante.

El viento me golpeaba, cosa que me desagradó. A lo mejor la quemazón me había quitado una capa de piel. No lo sabía. Sentía los pies húmedos, y las manos me dolían tanto que por fuerza tuve que meterlas en los bolsillos. Una vez más volvieron a mi mente los recuerdos del invierno francés de mi último año en casa, del joven lord mortal en una cama de heno y los perros por toda compañía. De pronto, ya no me bastaba con toda la sangre del mundo. Hora de volver a alimentarme, una y otra vez.

Fueron todos menesterosos, inducidos a abandonar sus precarias chozas de cartón e internarse en la gélida penumbra, y eran seres condenados, o al menos eso pensé mientras me deleitaba con el festín en medio del rancio hedor a sudores, orín y flema. Pero la sangre era la sangre.

Cuando los relojes dieron las diez, seguía aún con apetito y había víctimas en abundancia, pero me cansé y ya no me importó más.

Recorrí varias cuadras, llegué al distinguido West End y entré en una pequeña tienda sumida en la oscuridad, colmada de ropa masculina elegante, de buen corte -ah, los tesoros de confección de esta era-, y me equipé con pantalones grises de tweed, un abrigo con cinturón, pulóver grueso de lana y hasta un par de anteojos de vidrio levemente coloreado y fino marco de metal. Y ahí partí, a lanzarme de nuevo a la noche fría con sus remolinos de nieve, cantando solo y arriesgando unos pasitos de zapateo americano bajo un farol de la calle, tal como solía hacerlo para Claudia y...

¡Pum! De pronto apareció un joven bello y feroz, con aliento a vino, un sinvergüenza que me amenazó con un cuchillo, dispuesto a matarme por el dinero que yo no tenía, lo cual me recordó que, por haber robado un guardarropa de finas prendas irlandesas, acababa de convertirme en un vil ladrón. Hmmm. Pero una vez más me dejé llevar en el abrazo estrecho, le quebré las costillas al hijo de puta, lo dejé seco como rata muerta en un altillo de verano, y él cayó azorado, en éxtasis, con una mano aferrando penosamente mi pelo hasta el último momento.

Él sí llevaba algún dinero en los bolsillos. Qué suerte. Al dueño de la tienda donde había robado le dejé esa suma, que me pareció más que adecuada cuando hice las cuentas, si bien la aritmética no es mi fuerte, poderes preternaturales o no. También le dejé una notita de agradecimiento; sin firma, desde luego. Por último, cerré la tienda dando varias vueltas telepáticas de llave, y me marché.

# 5

Era exactamente la medianoche cuando llegué a Talbot Manor, la residencia de David. Me dio la impresión de estar viendo el sitio por primera vez. Tuve tiempo para recorrer el laberinto en la nieve, apreciar detenidamente el diseño de los arbustos podados e imaginar cómo sería el jardín en primavera. Un lugar espléndido.

Luego reparé en las habitaciones mismas, pequeñas y oscuras, construidas para no dejar pasar el crudo invierno inglés, y en las ventanitas con maineles, muchas de ellas a plena luz en ese momento y sumamente tentadoras en la penumbra nevada.

David había terminado de cenar y los sirvientes -un hombre y una mujer- estaban trabajando en la cocina de la planta baja mientras el amo se cambiaba de ropa en su dormitorio del primer piso.

Observé cómo se ponía, sobre el pijama, una bata negra larga con solapas de terciopelo del mismo color y lazo a la cintura, lo cual le daba un aspecto clerical por más que el diseño de la tela fuera demasiado rebuscado como para ser una casulla, máxime con el pañuelo blanco de seda calzado en el escote.

Después bajó la escalera.

Yo entré por mi puerta preferida del fondo del pasillo y, cuando él se agachó para atizar el fuego en la biblioteca, aparecí a su lado.

-Ah, volviste -exclamó, tratando de disimular su agrado-. Dios santo, ¡no haces nada de ruido para ir y venir!

-Así es. Fastidioso, ¿no? -Miré la Biblia que estaba en la mesita, el ejemplar del "Fausto" y el cuento de Lovecraft aún abrochado pero con sus páginas alisadas. También estaba allí el botellón de whisky y un bonito vaso de cristal de base gruesa.

Con los ojos fijos en el cuento, me asaltó el recuerdo del muchacho ansioso. Qué extraña su manera de caminar. Me recorrió un leve estremecimiento al pensar en el hecho de que me hubiera ubicado en tres lugares tan distintos. Lo más probable era que no volviera a verlo nunca más. Aunque, por otra parte... Pero ya habría tiempo para ocuparme de ese pelmazo. Por ahora, en mi mente estaba David en la agradable perspectiva de tener toda la noche para conversar.

-¿De dónde sacaste esa ropa tan fina? -Sus ojos me inspeccionaron lentamente y, al parecer, no reparó en la atención que yo prestaba a sus libros.

-Oh, por ahí, en una tienda. Nunca le robo la ropa a mis víctimas, si es eso lo que quieres saber. Además, soy adicto a los habitantes de barrios bajos y ellos no visten tan bien.

Tomé asiento en el sillón frente al suyo, que ahora supuse era mi sillón. Mullido, de blando cuero, resortes que chirriaban pero muy cómodo, con respaldo alto y anchos apoyabrazos. El sillón de él no hacía juego con el mío, pero también era bueno, aunque un poco más gastado.

Se hallaba de pie ante el fuego, todavía observándome. Luego se sentó a su vez. Destapó el botellón de cristal, llenó su vaso y lo levantó a guisa de pequeño brindis.

Bebió un largo sorbo e hizo una mínima mueca cuando fue obvio que el líquido le calentó la garganta.

De pronto recordé vívidamente esa sensación. Recordé haber estado en el henal de un granero de mis tierras, en Francia, bebiendo coñac de esa misma manera, incluso haciendo el mismo gesto, y a Nicki, mi amiga y amante mortal, arrebatándome la botella de las manos con expresión ávida.

-Veo que has vuelto a ser el de siempre -dijo David con repentina calidez, bajando un tanto la voz y sin dejar de mirarme. Se recostó contra el respaldo y colocó el vaso sobre el apoyabrazos derecho de su sillón. Tenía un aspecto señorial, aunque más sereno del que jamás le había visto. Su pelo era ondulado, espeso, y había adquirido una hermosa tonalidad gris.

-¿Parezco el de siempre?

-Tienes esa expresión de picardía en los ojos -respondió en voz baja, sin dejar de atisbarme-. Veo un amago de sonrisa en tus labios, que no se te va ni cuando hablas. Y la piel... totalmente distinta. Espero que no te duela. ¿Te duele?

Hice un ademán como restándole importancia. Alcanzaba a oír los latidos de su corazón, apenas más débiles que en Amsterdam. Y de vez en cuando, irregulares también.

-¿Cuánto tiempo te va a durar la piel así de oscura?

-Años, tal vez; al menos eso me dijo uno de mis compañeros más antiguos. ¿No mencioné este tema en "La reina de los condenados"? -Pensé en Marius y en lo enojado que estaba conmigo. Cómo iba a criticar lo que hice.

-Lo dijo Maharet, tu amiga pelirroja -recordó David-. En tu libro, ella asegura haber hecho exactamente eso sólo para oscurecerse la piel.

-Qué coraje -susurré-. Y no crees en su existencia, ¿verdad? Aunque yo esté aquí sentado, frente a ti.

-¡Claro que creo en ella! Creo en todo lo que has escrito. ¡Pero te conozco! Dime, ¿qué fue lo que pasó en el desierto? ¿Realmente creíste que te ibas a morir?

-No me extraña que hagas esa pregunta, David; y así, a boca de jarro. -Suspiré. -Bueno, no puedo decir que lo haya creído del todo. Probablemente estuviera jugando a uno de mis típicos jueguitos. Juro por Dios que a los demás no les digo mentiras. Pero me miento a mí mismo. No creo que pueda morir ahora, al menos de una manera que yo pudiera planear.

Dejó escapar un largo suspiro.

-Y dime, David. ¿Por qué no le tienes tú miedo a morir, David? No lo digo para atormentarte con mi ofrecimiento de siempre. En verdad no lo comprendo. No tienes el menor miedo a la muerte, y eso no lo puedo entender. Porque puedes morir, por supuesto.

¿Lo dudaba acaso? No me respondió en el acto. Sin embargo, se lo notaba enormemente estimulado. Casi podía oír cómo le funcionaba el cerebro, aunque por supuesto no le oía los pensamientos.

-¿A qué se debe el "Fausto", David? ¿Crees que soy Mefistófeles? ¿Eres tú Fausto?

Negó con la cabeza.

-Quizá yo sea Fausto -dijo por fin, al tiempo que bebía otro sorbo de whisky-, pero está claro que tú no eres el diablo. -Suspiró.

-Te he arruinado la vida, ¿no, David? Lo supe en Amsterdam. Ya no te quedas en la Casa Matriz a menos que sea imprescindible. No te he vuelto loco, pero te he hecho mal, ¿verdad?

Otra vez se tomó unos instantes para responder. Me miraba con sus grandes ojos negros, y obviamente analizaba la pregunta desde todos sus ángulos. Las marcadas arrugas de su rostro -en la frente, a los costados de la boca y las patas de gallo- acentuaban su expresión afable, franca. Aquel ser no tenía nada de agrio, pero bajo su fachada escondía cierta infelicidad, mezclada con profundas reflexiones que se remontaban a toda su vida pasada.

-Habría ocurrido de todas maneras, Lestat -dijo al final-. Existen razones para que ya no sea tan eficiente como Superior General. Habría ocurrido de todas maneras; de eso estoy bastante seguro.

-¿Por qué no me lo explicas? Yo creía que estabas en las entrañas mismas de la orden, que eso era tu vida.

Sacudió la cabeza.

-Siempre fui un candidato improbable para la Talamasca. Alguna vez te dije que pasé mi juventud en la India. Podía haber vivido la vida entera de ese modo. No soy un erudito en el sentido convencional de la palabra; nunca lo fui. Sin embargo, me parezco al Fausto de la obra. Soy viejo y no he descubierto los secretos del universo; en absoluto. Pensé que lo había hecho cuando era joven, la primera vez que tuve... una visión. La primera vez que vi a una bruja, la primera vez que oí la voz de un espíritu, la primera vez que convoqué a un espíritu e hice que me obedeciera, ¡pensé que lo había descubierto! Pero no fue nada. Esas son cosas pedestres... misterios prosaicos. O misterios que de todos modos jamás voy a resolver.

Hizo una pausa como si quisiera agregar algo más, algo en particular, pero luego levantó el vaso y bebió casi con gesto distraído, sin la mueca esta vez, porque evidentemente la mueca había sido para el primer trago de la noche. Clavó la mirada en el vaso y acto seguido procedió a llenarlo de nuevo.

Me disgustaba no poder leerle los pensamientos, no captar ni la más leve emanación tras sus palabras.

-¿Sabes por qué me hice miembro de la Talamasca? No tuvo nada que ver con la erudición. Jamás supuse que me iba a recluir en la Casa Matriz, que iba a manejar papeles, a guardar archivos en la computadora, a enviar faxes a todas partes del mundo. Nada por el estilo. Todo comenzó con otra cacería, una nueva frontera, por así decir, un viaje al lejano Brasil. Fue allí donde descubrí lo oculto en las callecitas sinuosas del viejo Río, que me resultó tan emocionante y peligroso como mis antiguas cacerías del tigre. Eso fue lo que me atrajo: el peligro. Y cómo terminé tan lejos de ello, no lo sé.

Yo nada dije, pero si algo me quedó claro fue que conocerme a mí le significó un riesgo. Le gustaba el peligro, sin duda. Me había parecido que él encaraba la relación con la ingenuidad del erudito, pero ahora veía que no.

-Sí -aseguró casi al instante, y sus ojos se ensancharon al sonreír-. Exacto. Aunque honestamente no puedo creer que puedas hacerme daño nunca.

-No te engañes -rebatí-. Porque es indudable que te ilusionas. Cometes el viejo pecado de creer en lo que ves, y yo no soy lo que ves.

-¿Ah, no?

-Vamos... tengo aspecto de ángel, pero no lo soy. Las viejas reglas de la naturaleza incluyen a muchas criaturas como yo. Somos bellos como la serpiente de cascabel, o el tigre a rayas, pero también somos asesinos implacables. Te dejas engañar por tus ojos. Pero no quiero pelear contigo. Cuéntame la historia. ¿Qué pasó en Río? Me muero por saberlo.

Un dejo de tristeza se apoderó de mí al pronunciar esas palabras. Hubiera querido decirle: si no puedo tenerte como compañero vampiro, permíteme conocerte como mortal. Me colmaba de una emoción casi palpable el estar sentados ahí los dos, tal como estábamos.

-De acuerdo -dijo-. Ya expusiste tu idea y me doy por enterado. Sentí, es verdad, la tentación del peligro cuando, años atrás, me acerqué a ti en el auditorio donde cantabas, cuando te vi la primera vez que viniste a mí. Y el hecho de que me tientes con tu ofrecimiento... eso también es peligroso, porque soy humano, como ambos sabemos.

Me recosté contra el respaldo, algo más feliz; levanté la pierna y apoyé el talón en el asiento de cuero del viejo sillón.

-Me gusta que la gente me tenga un poco de miedo -dije, encogiéndome de hombros-. Pero, ¿qué pasó en Río?

-Me topé cara a cara con la religión de los espíritus. El candomblé. ¿Conoces la palabra?

Volví a encogerme de hombros.

-La oí una o dos veces -expliqué-. Pienso ir allí algún día, quizá pronto. -Imaginé las grandes ciudades de Sudamérica, los bosques, el Amazonas. Sí, me apetecía tal aventura, y la desesperación que me había llevado hasta el Gobi me parecía ya muy lejana. Me alegraba estar vivo aún, y en silencio me negué a sentirme avergonzado.

-Ah, si pudiera volver a ver Río -dijo David, más para sí mismo que dirigiéndose a mí-. Por supuesto, Río no es lo que era en aquel entonces. Ahora es un mundo de rascacielos y enormes hoteles de lujo. Pero me encantaría ver de nuevo esa costa en curva, el Cristo en la cima del Corcovado. Creo que no hay geografía más deslumbrante en el mundo entero. ¿Por qué dejé pasar tantos años sin regresar a Río?

-¿Acaso no puedes ir cuando te plazca? -Sentí de pronto grandes ansias de protegerlo. -Supongo que esos monjes de Londres no pueden impedirte que vayas. Además, eres el jefe.

Rió en un estilo muy caballeresco.

-No, no me lo impedirían -dijo-. Es cuestión de tener, o no, los bríos, tanto físicos como mentales. Pero la cuestión no es ésa; sólo quería contarte lo que pasó. O tal vez sí tenga que ver... No lo sé.

-¿Cuentas con medios como para viajar a Brasil, si quisieras?

-Sí, eso nunca fue problema. En cuestiones de dinero, mi padre fue muy inteligente y, en consecuencia, nunca tuve que preocuparme demasiado.

-Si no tuvieras el dinero, yo te lo pondría en las manos.

Me obsequió una de sus sonrisas más tolerantes y afables.

-Me he puesto viejo -dijo-. Estoy solo y algo tonto, como debe serlo todo hombre con algo de sabiduría. Pero pobre no soy, gracias a Dios.

-¿Y bien? ¿Qué pasó en Brasil? ¿Cómo empezó todo?

Iba a hablar, pero guardó silencio.

-¿De veras piensas quedarte aquí a escucharme? -dijo, después.

-Sí -respondí de inmediato-. Por favor. -Comprendí que nada ansiaba tanto en el mundo. No tenía un solo plan ni ambición en el corazón, ni otro pensamiento que no fuera estar allí, con él. Algo tan simple como eso me dejó un poco perplejo.

Así y todo lo noté reacio a confiar en mí. Luego se produjo un cambio sutil en él, una especie de relajación, un entregarse, quizá.

Hasta que por fin comenzó.

-Ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial. La India de mi niñez ya no existía. Además, yo anhelaba nuevos horizontes. Entonces organicé con mis amigos una expedición para ir a cazar al Amazonas. Me obsesionaba la perspectiva de la selva amazónica. Queríamos cazar el gran jaguar sudamericano. -Señaló un rincón de la habitación donde, montada sobre un pedestal, se veía una piel moteada de felino en la que yo no había reparado. -No te imaginas las ganas que tenía de atraparlo.

-Parece que lo conseguiste.

-No de inmediato -aclaró con una risita irónica-. Decidimos empezar la expedición pasando primero unas hermosas vacaciones en Río, dos semanas para recorrer la playa de Copacabana y los lugares históricos: monasterios, iglesias, etcétera. Ten en cuenta que en esa época el centro de la ciudad era muy distinto, una conejera de callecitas angostas y maravillosa arquitectura. ¡Yo estaba anhelante, me emocionaba mucho la perspectiva de hacer algo tan insólito! Eso es lo que nos impulsa a los ingleses a ir a los trópicos.

Sentimos la necesidad de alejarnos de los cánones sociales, de la tradición... y sumergirnos en alguna cultura al parecer salvaje a la que nunca podemos domesticar ni comprender.

A medida que hablaba todo su porte iba cambiando; se lo notaba más vigoroso, le brillaban los ojos y las palabras le fluían más rápidamente con ese marcado acento británico que tanto me gustaba.

-Bueno, la ciudad superó todas nuestras expectativas, desde luego, pero mucho más fascinante aún fue su gente. Los brasileños no se parecen a nadie que uno conozca. Para empezar, son bellísimos, y si bien todos coinciden en este punto, nadie sabe el porqué. No; lo digo en serio -aseguró cuando me vio sonreír-. Tal vez sea la mezcla de portugués con africano y el añadido de sangre indígena. No lo sé. Lo cierto es que son muy atractivos y tienen una voz muy sensual. Uno puede enamorarse de esas voces... puedes besar esas voces... Y la música, la bossa nova, es su lenguaje.

-Deberías haberte quedado allí.

-¡No, no! -protestó, y bebió otro sorbito de whisky-. Bueno, continúo: tuve una relación apasionada con un muchacho de nombre Carlos, ya desde la primera semana. Quedé embelesado. Nos dedicamos a beber y hacer el amor día y noche sin cesar, en mi suite del Palace Hotel. Una verdadera indecencia.

-¿Tus amigos te esperaron?

-No; me emplazaron: o vienes ya mismo con nosotros o te abandonamos. Pero no tenían inconveniente en que Carlos se incorporara al grupo. -Hizo un ademán.-Eran hombres muy mundanos, desde luego.

-Me imagino.

-Sin embargo, la decisión de llevar a Carlos fue un tremendo error. Su madre era sacerdotisa del candomblé, cosa de la que yo no tenía ni la más remota idea. Ella no quería que su hijo viajara a la selva amazónica; quería que fuera al colegio. Entonces me hizo perseguir por los espíritus.

Hizo una pausa y me miró, quizá para medir mi reacción.

-Tiene que haber sido divertido.

-Me daban golpes de puño en la oscuridad. ¡Levantaban mi cama y me arrojaban al piso! Cuando me duchaba, hacían girar los grifos y casi me quemaban vivo. Me llenaban la taza de té con orines. Al cabo de siete días ya me estaba volviendo loco. Primero sentí fastidio, luego incredulidad y de ahí pasé al terror. Volaban los platos de la mesa ante mis ojos. Sonaban timbres en mis oídos. Las botellas se caían de los estantes y se hacían añicos. Dondequiera que iba, veía personas de tez oscura que me observaban.

-¿Sabías que era esa mujer?

-Al principio, no. Pero por último Carlos me confesó todo. Su madre no pensaba levantar la maldición hasta que no me fuera. Bueno, esa misma noche me marché.

"Regresé a Londres exhausto y medio loco, pero las cosas no mejoraron, porque los espíritus vinieron conmigo. Y empezaron a producirse los mismos fenómenos aquí, en Talbot Manor. Puertas que se golpeaban, muebles que se movían, timbres que sonaban constantemente en las dependencias de servicio. Ya todos estábamos perdiendo el juicio. Y mi madre -siempre tuvo inclinaciones espiritistas- vivía corriendo de una médium a otra por todo Londres. Fue ella la que llamó a la Talamasca. Yo les conté la historia completa y ellos empezaron a explicarme lo que era el espiritismo y el candomblé.

-¿Exorcizaron a los demonios?

-No. Pero al cabo de una semana de intensos estudios en la biblioteca de la Casa Matriz y prolongadas entrevistas con los pocos miembros que conocían Río, los pude dominar. Todos quedaron muy sorprendidos. Después, cuando resolví volver a Río, los desconcerté. Me advirtieron que esa sacerdotisa tenía facultades suficientes como para matarme.

«Precisamente -les dije-; pretendo tener yo esos mismos dones. Voy a ser su alumno. Quiero que ella me enseñe». Me imploraron que no fuera y les contesté que a la vuelta les iba a presentar un informe escrito. Te imaginarás cómo me sentía. Yo había visto cómo trabajaban esos entes invisibles. Había sentido que me tocaban. Había visto objetos que se lanzaban por los aires. Pensaba que ante mí se abría el gran mundo de lo invisible. Tenía que viajar. Nada me habría podido disuadir. Nada en absoluto.

-Entiendo. Fue tan emocionante como una expedición de caza mayor.

-Así es. -Sacudió la cabeza. -Qué épocas. Seguramente pensaba que, si no me había matado la guerra, ya nada podría hacerlo. -De pronto se dejó llevar por los recuerdos y no me permitió compartirlos.

-¿Te enfrentaste a la mujer?

-La enfrenté y la dejé impresionada; después la soborné de mil maneras. Le dije que quería ser su aprendiz; le juré de rodillas que deseaba aprender, que no me iba a ir hasta no haber comprendido el misterio, y aprendido todo lo posible. -Soltó una risita. -Creo que ella nunca había conocido a un antropólogo, ni siquiera aficionado, y se puede decir que yo era eso. Sea como fuere, me quedé



Librodot

un año en Río y créeme que fue el más notable de mi vida. Al final, me marché sólo porque sabía que, si no me iba en ese momento, no me iba más. Habría sido el fin de David Talbot, el inglés.

-¿Aprendiste a convocar a los espíritus?

Asintió. Una vez más estaba rememorando, viendo imágenes que me estaban vedadas. Lo noté perturbado, tristón.

-Escribí un relato completo -dijo finalmente-, que está en los archivos de la Casa Matriz. A lo largo de estos años, muchas, muchísimas personas lo leyeron.

-¿Nunca te tentó la posibilidad de publicarlo?

-No puedo. Es una exigencia de la Talamasca. Jamás publicamos para afuera.

-Temes haber malgastado tu vida, ¿no es así?

-No. Sinceramente, no... Aunque es verdad lo que te dije antes. No descubrí los secretos del universo. Jamás avancé más allá del punto al que llegué en el Brasil. Oh, después hubo espeluznantes revelaciones. Recuerdo mi incredulidad de la primera noche, cuando leí los archivos sobre los vampiros; y la sensación extraña que me produjo bajar a las criptas a revisar las pruebas. Pero en definitiva me pasó lo mismo que con el candomblé: pude llegar hasta un determinado punto y no más.

-Créeme que lo sé. David, el mundo tiene que seguir siendo un misterio. Si hay una explicación, no la vamos a encontrar nosotros; de eso estoy seguro.

-Es cierto -coincidió, apesadumbrado.

-Y pienso que le tienes más miedo a la muerte de lo que admites. Conmigo has asumido una actitud porfiada, de orden moral, y no te culpo. A lo mejor tienes edad y criterio como para saber positivamente que no quieres convertirte en uno de los míos, pero no hables de la muerte como si ella pudiera darte las respuestas. Yo sospecho que la muerte es espantosa. Uno se termina, no hay más vida, ninguna posibilidad de saber más nada.

-En eso no estoy de acuerdo, Lestat. Imposible darte la razón. -Estaba mirando nuevamente al tigre; luego dijo: -Alguien creó la simetría perfecta, Lestat. Eso tuvo que hacerlo alguien. El tigre y la C'A2ja... no puede haber sucedido solo.

Hice un gesto de negación sin despegar los labios.

-Se puso más inteligencia en la creación de ese viejo poema, de la que jamás se haya empleado en la creación del mundo. Cuando hablas así pareces episcopal. Pero entiendo lo que dices.

Yo también a veces he pensado igual: tiene que haber algo que lo explique todo. ¡Tiene que haberlo! Faltan tantas piezas del rompecabezas. Cuanto más lo piensas, más tienes la impresión de que los ateos hablan como fanáticos religiosos. Pero yo creo que es una falsa ilusión. Todo es proceso y nada más.

-Piezas que faltan, Lestat. ¡Desde luego! Imagina por un instante que yo fabricara un robot, una réplica perfecta de mí mismo. Supón que le diera todas las enciclopedias de información posibles; es decir, que se las programara en su cerebro-computadora. Bueno, sólo sería una cuestión de tiempo, porque en algún momento vendría a preguntarme: "¿Dónde está lo demás, David? ¡Quiero la explicación! ¿Cómo empezó todo? ¿Por qué omitiste explicar la razón de que haya habido un big bang en primer lugar o qué fue lo que ocurrió cuando los minerales y demás compuestos inertes de pronto evolucionaron y se convirtieron en células orgánicas? ¿Cómo se explica la enorme brecha en el registro de los fósiles?".

Me reí complacido.

-Entonces tendría que confesarle al pobre tipo -prosiguió- que no hay explicación alguna, que no tengo las piezas que faltan.

-David, nadie las tiene ni las tendrá.

-No estés tan seguro.

-Eso es lo que esperas, ¿verdad? ¿Por eso estás leyendo la Biblia? ¿Vuelves a Dios porque no pudiste desentrañar los misterios del universo?

-Dios es el secreto oculto del universo -expresó, pensativo, con el rostro muy sereno, casi juvenil. Tenía los ojos clavados en el vaso, admirando quizá la forma en que concentraba la luz sobre el cristal. No sé. Tuve que esperar unos instantes para que continuara. -Creo que la respuesta podría estar en el Génesis -dijo por fin-. Sinceramente lo creo.

-Me dejas azorado, David. Hablas de piezas que faltan y mencionas el Génesis, que no es más que un puñado de fragmentos.

-Sí, pero fragmentos reveladores que quedaron para nosotros, Lestat. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y sospecho que ésa es la clave. Nadie sabe con certeza lo que eso significa. Los hebreos no creían que Dios fuera un hombre.

-¿Por qué supones que puede ser la clave?

-Dios es una fuerza creativa, Lestat, y nosotros también. A Adán le ordenó: "Creced y multiplicaos". Eso fue lo que hicieron las primeras células orgánicas: crecieron y se multiplicaron. No cambiaron meramente de forma sino que se reprodujeron. Dios es una fuerza creativa. Él hizo todo el universo partiendo de sí mismo mediante la división celular. Por eso los demonios están tan llenos de envidia... me refiero a los ángeles malos: porque no son fuerzas creativas; no tienen cuerpo ni células; son espíritus. Y presumo que lo que sintieron no fue envidia sino más bien una forma de desconfianza, porque vieron que Dios estaba cometiendo un error al construir otro motor de creatividad -Adán- tan parecido a Él. Quiero decir que los ángeles probablemente pensaron que ya bastante malo era el universo físico, con todas las células que se reproducían, como para que encima tuvieran que aceptar a seres que hablaban y pensaban, que además podían crecer y multiplicarse. Sin duda el experimento los indignó, y ése fue su pecado.

-Entonces lo que dices es que Dios no es puro espíritu.

-En efecto. Dios tiene cuerpo; siempre lo tuvo. El secreto de las células que se dividen y producen vida reside en el mismo Dios. Y todas las células vivas llevan dentro de sí una minúscula parte del espíritu divino, Lestat: ésa es la pieza que falta, la que produce vida en primer lugar, la que separa a la vida de la no vida. Lo mismo ocurre con tu génesis de vampiro. Dices que el espíritu de Amel -un ente perverso- imbuyó los cuerpos de todos los vampiros... Bueno, de la misma manera los hombres comparten el espíritu de Dios.

-Santo cielo. Creo que te estás volviendo loco, David. Los vampiros somos una mutación.

-Ah, sí, pero existen en nuestro universo y su mutación refleja la mutación que somos nosotros. Además, hay otros que sustentan la misma teoría. Dios es el fuego y nosotros minúsculas llamitas; y cuando morimos, las llamitas regresan al fuego de Dios. ¡Pero lo importante es comprender que Dios mismo es cuerpo y alma! Absolutamente.

"La civilización occidental se ha asentado sobre un trastrocamiento. Pero creo, con toda honestidad, que en nuestras acciones diarias conocemos y honramos la verdad. Sólo al hablar de religión afirmamos que Dios es espíritu puro, que siempre lo fue y siempre lo será, y que la carne es pecado. La verdad está en el Génesis. Y te digo lo que fue el big bang, Lestat: fue el momento en que las células de Dios comenzaron a dividirse.

-Es una bella teoría, David. ¿Se sorprendió Dios?

-No, pero los ángeles sí. Lo digo en serio. Y ahora te digo la parte supersticiosa: la creencia religiosa de que Dios es perfecto. Obviamente, no lo es.

-Qué alivio. Así se explican muchas cosas.

-Te estás riendo de mí y no te culpo. Pero es así como dices: eso lo explica todo. Dios cometió muchos, muchísimos errores. ¡Y por cierto Él mismo lo sabe! Yo sospecho que los ángeles trataron de advertírselo. El diablo se convirtió en diablo porque trató de poner sobre aviso a Dios. Dios es amor, sí, pero no estoy seguro de que sea sumamente talentoso.

Traté de contener la risa pero no lo logré del todo.

-David, si sigues con estos planteos, te partirá un rayo.

-Tonterías. Dios quiere que nosotros lo comprendamos.

-No. Eso no lo puedo aceptar.

-¿Quiere decir que aceptas todo lo demás? -dijo, con otra risita-. No, hablo muy en serio. La religión es primitiva por las conclusiones ilógicas a que arriba. Imagínate a un Dios perfecto que permite que surja un demonio. No; eso nunca tuvo sentido.

"La gran falla de la Biblia es el concepto de que Dios es perfecto. Representa una falta de imaginación por parte de los antiguos eruditos. Y esa falla explica todas las utopías teológicas sobre el bien y el mal con que venimos luchando desde hace siglos. Sin embargo, Dios es bueno, maravillosamente bueno. Sí, Dios es amor, pero ninguna fuerza creativa es perfecta. Eso está claro.

-¿Y el diablo? ¿Hay algún planteo nuevo sobre él?

Me observó un instante con un dejo de impaciencia.

-Eres tan cínico -susurró.

-No, no lo soy. De verdad quiero saber. Tengo un interés particular en el diablo, por supuesto. Hablo de él con mucho más asiduidad que de Dios. No entiendo por qué los mortales lo aman tanto; es decir, por qué les encanta la idea de que exista. Es así.

-Porque no creen en él. Porque la idea de un diablo totalmente maligno tiene menos sentido aún que la de un Dios perfecto. No se puede creer que durante todo este tiempo el diablo no haya aprendido nada, que todavía quiera seguir siendo diablo. Semejante idea es un agravio a nuestro intelecto.

-Entonces, ¿cuál es la verdad que ves tras la mentira?

-Que él no es totalmente irredimible. Es tan sólo una parte del plan de Dios, un espíritu con permiso para tentar y poner a prueba a los humanos. El diablo está en contra de los humanos, del experimento en su totalidad. Precisamente ése fue el carácter de la Caída, como lo veo yo. Nunca pensó que la idea fuera a dar resultado. ¡Pero la clave, Lestat, es comprender que Dios es materia! Dios es un ser físico, es el amo de la división celular, y el diablo no quiere permitir una desenfrenada división de las células.

Hizo otra de sus pausas enloquecedoras, volvió a abrir los ojos con expresión de asombro y continuó:

-Tengo otra teoría respecto del demonio.

-Dime.

-Que existe más de uno. Y a ninguno le gusta mucho el trabajo. -Eso lo dijo casi en un murmullo. Estaba abstraído, como si quisiera agregar algo más, pero no lo hizo.

Yo reaccioné con una risa franca.

-Eso sí lo entiendo -dije-. ¿A quién puede gustarle el trabajo de diablo? Y pensar que uno nunca va a poder ganar, sobre todo teniendo en cuenta que el diablo empezó siendo un ángel; y muy inteligente, según dicen.

-Exacto. -Me señaló con un dedo. -En cuanto a tu teoría sobre Rembrandt, te digo que, si el diablo tuviera cerebro, debería haber advertido el genio de Rembrandt.

-Y la bondad de Fausto.

-Ah, sí; me viste leyendo el "Fausto" en Amsterdam, ¿no? Y en consecuencia te compraste un ejemplar.

-¿Cómo lo sabes?

-Me lo contó al día siguiente el dueño de la librería. Dijo que, segundos después de marcharme yo, entró un francés joven, rubio de aspecto extraño, compró el mismísimo libro y se quedó media hora leyéndolo en la calle, sin moverse. Tenía la piel más blanca que jamás hubiese visto. No podía ser otro que tú, por supuesto.

Sacudí la cabeza y sonreí.

-Suelo cometer esas torpezas. Me llama la atención que algún científico no me haya cazado aún con una red.

-Esto no es chiste, amigo mío. Noches atrás fuiste muy negligente en Miami. Dejaste a dos víctimas sin una gota de sangre.

Sus palabras me llenaron de perplejidad y al principio no supe qué decir; después, sólo comenté mi asombro de que la noticia hubiese cruzado hasta este lado del océano y me sumí en la desesperanza.

-Los asesinatos raros llegan a los titulares internacionales. Además, la Talamasca recibe informes de todo tipo de cosas. Tenemos gente que, desde el mundo entero, nos manda recortes sobre cualquier aspecto de lo paranormal. "Asesino vampiro ataca dos veces en Miami". Varias personas nos lo enviaron.

-Pero realmente no creen que haya sido un vampiro; tú sabes que no lo creen.

-No; pero si insistes con lo mismo, van a terminar creyéndolo. Eso era lo que pretendías antes de iniciar tu breve carrera de cantante de rock. Querías hacerles entender. No es algo impensable. ¡Y esa predilección que demuestras por los asesinos múltiples! Estás dejando una pista demasiado clara.

Sinceramente, me sorprendió. Para dar caza a los asesinos tuve que ir y venir por los continentes. Nunca pensé que nadie -salvo Marius, desde luego- fuera a relacionar esas muertes tan separadas unas de otras.

-¿Cómo fue que lo dedujiste?

-Ya te dije que esas historias llegan a nuestras manos. Todo lo que tenga que ver con el satanismo, el vampirismo, el vudú, los lobizones: todo viene a parar a

mi escritorio. Gran parte de ese material termina en el cesto de papeles, por supuesto, pero yo me doy cuenta cuando algo es verdad. Y tus homicidios son fáciles de detectar.

"Ya hace un tiempo que te dedicas a perseguir asesinos múltiples. No ocultas los cadáveres. El último lo dejaste en un hotel, donde alguien lo encontró apenas una hora después. En cuanto a la anciana, ¡fuiste muy descuidado! El hijo la halló al día siguiente. El forense no encontró heridas en ninguna de las dos víctimas. Eres una celebridad anónima en Miami, que eclipsa hasta la mala fama del pobre muerto del hotel.

-No me importa una mierda -reaccioné. Pero vaya si me importaba. Pese a que deploraba mi propia negligencia, no hacía nada para corregirla. Bueno, tenía que proponerme cambiar. Esa misma noche, por ejemplo, ¿había obrado mejor? Me pareció cobarde buscar excusas para justificar ese tipo de cosas.

David me observaba atentamente. Si había algo que lo distinguía, era su característica de estar alerta.

-No me llamaría la atención -dijo- que te apresaran.

Solté una risa despectiva, como descartando esa posibilidad.

-Podrían encerrarte en un laboratorio, estudiarte en una jaula de cristal.

-Imposible. Pero qué idea interesante.

-¡Tenía razón yo! Querías que pasara eso.

Me encogí de hombros.

-Podría ser divertido por poco tiempo. Pero te aseguro que es absolutamente imposible. La noche de mi única aparición como cantante de rock sucedieron muchas cosas insólitas. Cuando terminó todo, el mundo mortal se limitó a pasar la escoba y no se volvió a hablar más del asunto. En cuanto a la mujer de Miami, fue un percance terrible. Jamás tendría que haber sucedido... -Me interrumpí. ¿Y los que habían muerto esa misma noche en Londres?

-Pero disfrutas matando. Dijiste que era divertido.

Sentí un dolor tan grande que me dieron ganas de huir. Pero como había prometido no irme, me quedé mirando el fuego, pensando en el desierto de Gobi, en los huesos de enormes saurios, en cómo la luz había llenado el mundo entero. Pensé en Claudia. Sentí el olor del pabilo de la lámpara.

-Lo siento. No quiero ser cruel contigo -dijo.

-Bueno, ¿por qué diablos no? No se me ocurre una forma más fina de crueldad. Aparte, yo no soy siempre amable contigo.

-¿Qué es lo que quieres realmente? ¿Cuál es tu mayor pasión?

Pensé en Marius y en Louis, que muchas veces me habían hecho la misma pregunta.

-¿Cómo puedo expiar el acto que cometí? Mi intención era terminar con el asesino. Ese hombre era un tigre antropófago, hermano. Lo aceché. En cambio la anciana... era una niña en el desierto, nada más. Pero, ¿qué importa? -Pensé en los pobres a los que había dado muerte un rato antes, esa misma noche. ¡Semejante carnicería como dejé en los callejones de Londres! -Me gustaría poder recordar que no importa. A ella quise salvarla. Pero, ¿qué tiene de bueno un acto de compasión frente a todo lo que he hecho? Si existe un Dios o un diablo, estoy condenado. ¿Por qué no continúas con tu charla religiosa? Lo raro del caso es que hablar de Dios y el diablo me seda. Cuéntame más sobre el diablo. Es

inconstante, ¿no? E inteligente. Debe ser capaz de sentir. ¿Por qué habría de permanecer estático?

-Exacto. Ya sabes lo que dice el Libro de Job.

-Recuérdamelo.

-Bueno, Satanás está en el cielo con Dios. Dios le pregunta: "¿Dónde anduviste?". Y él le responde: "¡Paseando por la tierra!". Se trata de una conversación habitual. Entonces empiezan a discutir sobre Job. Satanás cree que la bondad de Job se basa enteramente en su buena suerte. Y Dios accede a que Satanás atormente a Job. Esta es la imagen más próxima a la verdad que poseemos. Dios no lo sabe todo. El diablo es íntimo amigo suyo. Y toda esta cosa es un experimento. Pero ese Satanás no tiene nada que ver con el diablo tal como lo conocemos ahora en cualquier parte del mundo.

-Hablas de esas ideas como si fueran seres reales...

-Creo que son reales -sostuvo, y su voz se fue apagando a medida que iba sumiéndose en sus pensamientos. Luego se despabiló. -Quiero contarte una cosa. En realidad, tendría que habértela confesado antes. En cierto sentido, soy supersticioso y religioso como cualquiera. Porque todo esto se asienta en una especie de visión... tú sabes, ese tipo de revelaciones que afectan a nuestro intelecto.

-No, no sé. Yo tengo sueños sin revelación. Explícame, por favor.

Con la mirada fija en el fuego, se entregó de nuevo a sus cavilaciones.

-No me excluyas -le pedí en tono quedo.

-Hmmm. Tienes razón. Estaba pensando en cómo relatarlo. Bueno, tú sabes que sigo siendo sacerdote del candomblé. Es decir, puedo convocar a fuerzas invisibles: espíritus fastidiosos o como uno quiera llamarlos..., fantasmas, fenómenos psikinésicos. Eso significa que seguramente tuve siempre una capacidad latente para ver a los espíritus.

-Me imagino que sí.

-Bueno, en una oportunidad vi algo... inexplicable, antes de haber ido nunca a Brasil.

-¿Ah, sí?

-Antes de Brasil, yo prácticamente no le había dado importancia. De hecho, me resultaba tan inquietante, tan inexplicable, que para la época en que viajé a Río había logrado borrarlo de mi mente. Ahora, sin embargo, pienso todo el tiempo en ello. No me lo puedo sacar de la cabeza. Por eso es que volví a la Biblia, para ver si allí encuentro la respuesta.

-Cuéntame.

-Ocurrió antes de la guerra, en París, a donde había ido con mi madre. Estaba sentado en un café sobre la orilla izquierda del Sena. No sé qué café era; sólo recuerdo que era un hermoso día primaveral, una época magnífica para estar en París, como dicen todas las canciones. Estaba bebiendo una cerveza, leyendo los diarios ingleses, cuando de pronto me di cuenta de que, sin querer, oía una conversación. -Una vez más quedó absorto. -Ojalá supiera lo que pasó -confesó en un murmullo.

Se inclinó hacia adelante, tomó el atizador y se puso a revolver los leños, con lo cual se elevaron chispas ardientes por los ladrillos oscuros.

Me dieron unas ganas intensas de sacudirlo, pero preferí esperar, hasta que por fin prosiguió.

-Como te dije, estaba en un café.

-Sí.

-Y empecé a escuchar una conversación... que no era en inglés ni en francés... hasta que poco a poco tomé conciencia de que no era en ningún idioma, y sin embargo la entendía perfectamente. Dejé el diario y me concentré. Era una especie de discusión. De repente ya no sabía si las voces eran audibles en un sentido convencional. ¡No estaba seguro de que nadie más pudiera oírlas! Levanté la mirada y, sin apresurarme, giré en redondo.

"Y ahí estaban... dos seres sentados a una mesa, conversando; por un momento me pareció algo normal: simplemente dos hombres charlando. Volví a mirar el diario y me invadió una sensación de estar nadando. Tuve que anclarme a algo, concentrarme un instante en el diario, en la mesa, para que cesara ese nadar. Entonces regresó el ruido del café como si fuera una orquesta entera. Pero sabía que lo que acababa de ver eran dos seres que no eran humanos.

"Me di vuelta de nuevo y me esforcé por prestar atención, por captar lo más posible. Ellos seguían en su lugar y yo comprendí que eran ilusorios. Evidentemente no eran del mismo paño que todo lo demás. ¿Comprendes lo que te digo? Puedo desglosártelo por partes. No estaban iluminados por la misma luz, por ejemplo. Existían en un reino donde la luz provenía de otra fuente.

-Como la luz en Rembrandt.

-Sí, como eso. Sus rostros eran más tersos que los de los humanos. Toda la visión tenía una textura distinta, uniforme en todos sus detalles.

-¿Te vieron ellos a ti?

-No. Es decir, no me miraron ni se dieron por enterados de mi presencia. Se miraban uno al otro, siguieron hablando y yo retomé el hilo al instante. Era Dios diciéndole al diablo que debía proseguir con su labor, y el diablo no quería hacerlo. Explicaba que ya llevaba demasiado tiempo trabajando. Lo mismo que le pasaba a él le pasaba a todos los demás. Dios dijo que Él entendía, pero que el diablo debía saber lo importante que él -el diablo- era, que no podía eludir sus obligaciones, que no era tan sencillo. En definitiva, le decía que debía ser fuerte, todo dicho en tono muy amistoso.

-¿Qué aspecto tenían?

-Esa es la peor parte: no sé. En ese momento yo vi dos figuras grandes, decididamente masculinas, o que asumían forma masculina, por así decirlo, de agradable apariencia; en absoluto monstruosos ni fuera de lo común. No me di cuenta de que faltaran detalles, como por ejemplo color del pelo, facciones, esas cosas. Las dos siluetas parecían completas. Pero cuando después quise reconstruir el episodio, ¡no me acordaba de las particularidades! No creo que la ilusión fuera tan completa. Creo que me dejó satisfecho, pero esa sensación provino de algo distinto.

-¿De qué?

-Del contenido, de la significación, desde luego.

-Ellos no te vieron, no supieron que estabas ahí.

-Mi querido amigo, tienen que haber sabido que estaba. Tienen que haberlo sabido. ¡Seguramente lo hacían para mí! ¿Cómo, si no, se me permitió verlo?

-No sé, David. A lo mejor no tenían la intención de que los vieras. Tal vez algunas personas pueden ver, y otras no. O quizá fuera un rasgón en la otra trama, la trama de todo lo demás que había en el café.

-Podría ser, pero me temo que no fue eso. Me temo que la intención haya sido que los viera, producir un efecto en mí. Y ése es el horror, Lestat: que no me produjo un buen efecto.

-No te hizo cambiar de vida.

-Oh, no, en absoluto. Más aún: a los dos días ya dudaba hasta de haberlos visto. Cada vez que se lo contaba a alguien, cada vez que me decían "David, estás chiflado", el episodio se volvía más impreciso y dudoso. No; nunca obré en consecuencia.

-Pero, ¿qué podías haber hecho? ¿Qué puede hacer una persona que ha tenido una revelación, salvo llevar una buena vida? Me imagino, David, que se lo habrás contado a tus compañeros de la Talamasca.

-Sí, sí, se lo conté. Pero eso fue mucho más tarde, después de lo de Brasil, cuando presenté mis memorias como debe hacer todo buen integrante. Desde luego, relaté la historia completa tal como ocurrió.

-¿Y qué te dijeron?

-Lestat, la Talamasca nunca dice mucho sobre nada; eso hay que saberlo. "Nosotros observamos y estamos siempre alertas." A decir verdad, no era una visión que muchos de mis compañeros quisieran escuchar. En Brasil, si hablas de espíritus enseguida tienes público. Pero menciona al Dios cristiano y al diablo... En cierto modo, la Talamasca está regida por prejuicios y hasta por modas, como cualquier institución. La historia provocó cierta perplejidad. No recuerdo mucho más. Pero, ¿qué se puede esperar de caballeros que han visto lobizones, que han sido seducidos por vampiros, que lucharon contra brujas y hablaron con fantasmas?

-Pero Dios y el diablo -dije, riendo- son las estrellas del elenco. ¿No será que tus compañeros te envidiaron más de lo que supones?

-No; no lo tomaron en serio -dijo, aceptando mi humorada con una risita-. Para serte franco, me llama la atención que tú lo hayas tomado tan al pie de la letra.

De pronto se levantó agitado, se encaminó a la ventana, descorrió la cortina y trató de mirar afuera, a la noche cubierta de nieve.

-David, esas apariciones... ¿qué crees que pretendían de ti?

-No lo sé -reconoció con voz de desaliento-. A eso quiero llegar. Ya tengo setenta y cuatro años, y no lo sé. Voy a morirme sin saberlo. Y si no puedo esclarecerme, que así sea. Eso en sí mismo es una respuesta, con independencia de que tome suficiente conciencia de ello o no.

-Ven aquí y siéntate, por favor. Me gusta verte la cara cuando hablas.

Obedeció casi automáticamente. Se sentó y volvió a tomar el vaso vacío, al tiempo que sus ojos se posaban en el fuego una vez más.

-¿Qué opinas, Lestat? De verdad, en tu interior. ¿Existe un Dios o un diablo? Dime con sinceridad lo que piensas.

Me tomé un largo rato para responder.

-Honestamente, creo que Dios existe. No me gusta decirlo, pero lo creo. Y es probable que exista también alguna forma de diablo. Reconozco que hay piezas que faltan, como hemos dicho. Y podría ser que en ese café de París hubieras



Librodot

visto al Ser Supremo y a su adversario. Pero el hecho de que nunca podamos descifrar el misterio es parte del juego enloquecedor de ambos. ¿Buscas una explicación posible de su conducta, saber por qué te permitieron vislumbrar algo? ¡Querían que tuvieras una reacción de tipo religioso! Juegan con nosotros de esa manera. Lanzan visiones, milagros, trocitos de revelación divina; entonces nosotros nos llenamos de fervor y fundamos una iglesia. Todo es parte de su juego, de su charla interminable. ¿Y sabes una cosa? Creo que la visión que tienes tú de ellos -la de un Dios imperfecto y un diablo que está aprendiendo- es una interpretación tan buena como cualquier otra. Creo que has dado en la tecla.

Me miraba con gran atención, pero no respondió.

-No -continué-. La intención no es que conozcamos las respuestas, que sepamos si nuestras almas viajan de un cuerpo a otro, y a otro más a través de la reencarnación. Nunca vamos a saber si Dios hizo el mundo, si es Alá, Yahvé, Siva o Cristo. Él siembra dudas de la misma manera como siembra revelaciones. Nosotros somos sus tontos.

Seguía sin abrir la boca.

-Abandona la Talamasca, David. Vete a Brasil antes de que seas demasiado viejo. Regresa a la India. Ve a todos los sitios que quieres conocer.

-Sí, tal vez debiera hacerlo -repuso suavemente-. Y ellos se ocuparán de todo por mí. El consejo ya se ha reunido para tratar el tema de mis recientes ausencias de la Casa Matriz. Me jubilarán con una buena suma, desde luego.

-¿Ellos saben que me has visto?

-Oh, sí. Eso es parte del problema, porque me prohibieron tomar contacto contigo. Lo cual es muy divertido, realmente, puesto que están ansiosos por verte ellos mismos. Saben cuándo andas por la Casa Matriz, desde luego.

-Ya sé que se dan cuenta. ¿Qué es eso de que te prohibieron el contacto?

-Oh, la admonición de rigor -respondió, con los ojos aún posados en los leños-. Todo muy medieval y basado en una antigua directiva: "No debes alentar a ese ser; no debes entablar ni prolongar la conversación con él. Si insiste en sus visitas, harás lo posible por llevarlo a un sitio muy poblado, porque sabido es que a esas criaturas no les gusta atacar si están rodeadas de mortales. Y nunca jamás tratarás de sonsacarle secretos, ni creerás por un instante que cualquier emoción revelada por él sea genuina, porque saben fingir con singular astucia y se sabe de casos en que, por razones imposibles de analizar, han llevado a mortales a la locura. Esa suerte han corrido notables investigadores y pobres inocentes con quienes los vampiros establecen contacto. Debes informar al consejo, sin la menor dilación, de todo encuentro, avistamiento, etcétera".

-¿Realmente lo sabes de memoria?

-Yo mismo lo redacté -reconoció con una sonrisa-. A través de los años he impartido la directiva a muchos otros miembros.

-Seguro que saben de mi presencia aquí, ahora.

-No, claro que no. Hace tiempo ya que dejé de informar nuestros encuentros. -Volvió a sumirse en sus pensamientos. -¿Buscas a Dios? -preguntó luego.

-Por cierto que no -respondí-. Es una gran pérdida de tiempo, aun cuando uno tenga siglos para derrochar. Ya no emprendo más esas búsquedas. Miro el mundo que me rodea para encontrar las verdades, verdades encerradas en lo físico y lo estético, verdades que puedo abrazar plenamente. La visión que tuviste

me interesa porque es tuya, porque me la relataste y porque te quiero mucho, pero nada más.

Volvió a echarse hacia atrás, con la mirada perdida en la penumbra.

-No va a importar, David. Va a llegar un momento en que morirás, y yo también, con toda probabilidad.

Su sonrisa volvió a ser cálida, como si sólo pudiera aceptar eso como una suerte de broma.

Se produjo un largo silencio, que él aprovechó para servirse más whisky y beberlo con más lentitud que antes. No estaba ni siquiera un poco ebrio, porque expresamente se proponía no llegar hasta ese punto. Cuando yo era mortal, siempre bebía para emborracharme. Pero en ese entonces yo era muy joven y muy pobre, castillo o no castillo, y la mayoría de las bebidas eran malas.

-Tú buscas a Dios -sentenció, haciendo gestos de afirmación con la cabeza.

-Maldito si es así. Lo dices por tu propia experiencia, pero sabes perfectamente bien que no soy el muchacho que ves aquí.

-Ah, es verdad que no debo olvidarme de eso. Pero nunca toleraste la maldad. Si es verdad aunque más no fuera la mitad de lo que escribiste en tus libros, es evidente que siempre te asqueó todo lo relacionado con el mal. Darías cualquier cosa por descubrir lo que Dios quiere de ti, y cumplir sus designios.

-Te estás poniendo chocho, David. Redacta tu testamento.

-Oh, qué cruel -se quejó con su sonrisa franca.

Estuve a punto de decirle algo más, pero me distraje al oír ciertos sonidos en mi mente. Un auto que pasaba a marcha lenta por un camino angosto de la lejana aldea, en medio de una nieve enceguecedora.

Efectué una exploración mental pero no encontré nada, sólo más nieve que caía y el auto que avanzaba con dificultad. Pobre mortal, tener que atravesar el campo a las cuatro de la madrugada.

-Ya es muy tarde -dije-, y tengo que irme. No quiero pasar otra noche aquí, aunque estuviste sumamente amable. Esto no tiene nada que ver con que alguien esté enterado. Es sólo que prefiero...

-Te entiendo. ¿Cuándo volveré a verte?

-Tal vez antes de lo que crees. Dime, David, la otra noche, cuando me fui como un atolondrado a asarme en el Gobi, ¿por qué dijiste que yo era tu único amigo?

-Lo eres.

Permanecimos unos instantes en silencio.

-Tú también eres mi único amigo, David.

-¿Adónde vas ahora?

-No sé. Quizá vuelva a Londres. Te voy a avisar cuando cruce de nuevo el Atlántico. ¿De acuerdo?

-Sí, avísame. No... no creas nunca que no quiero verte; no vuelvas a abandonarme más.

-Si creyera ser una buena influencia para ti, si pensara que te conviene dejar la orden y volver a viajar...

-Claro que me conviene. Mi lugar ya no está en la Talamasca. Ni siquiera estoy seguro de seguir confiando en la institución... ni de creer en sus objetivos.

Yo deseaba decirle mucho más; cuánto lo quería, que nunca olvidaría cómo me protegió cuando busqué refugio bajo su techo, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que me pidiera, lo que fuese.

Pero me pareció inútil. No sé si me habría creído, ni qué valor habrían tenido mis palabras. Yo aún estaba convencido de que no le convenía verme. Y a él no le quedaba mucho en esta vida.

-Todo eso lo sé -dijo quedamente, obsequiándome de nuevo su sonrisa.

-David, ¿tienes aquí una copia del informe que presentaste sobre tus aventuras en Brasil? ¿Puedo leerlo?

Se levantó y caminó hasta una biblioteca con puertas de vidrio. Revisó unos instantes la gran cantidad de material que allí guardaba y retiró dos gruesas carpetas de cuero.

-Aquí está mi vida en Brasil, lo que escribí posteriormente en la selva usando una destartalada máquina de escribir portátil, sobre una mesita de campamento, antes de volver a Inglaterra. Salí a cazar un jaguar, desde luego. Tuve que hacerlo. Pero la cacería no fue nada en comparación con las experiencias que viví en Río; no fue absolutamente nada. Ese fue el momento crítico. Creo que el hecho mismo de redactar esto fue un intento de volver a convertirme en un inglés, de poner distancia con la gente del candomblé, con el tipo de vida que había llevado con ellos. El informe que presenté a la Talamasca se basó en este material.

Lo recibí agradecido.

-Y esto -agregó, refiriéndose a la otra carpeta- es un breve resumen de mis días en África y la India.

-También me gustaría leerlo.

-Son en su mayor parte viejas historias de cacerías. Era muy joven cuando las escribí. ¡No hablo más que de armas y es pura acción! Fue antes de la guerra.

Recibí también la segunda carpeta. Luego me puse de pie en un estilo muy caballeresco.

-Me pasé la noche entera hablando yo -dijo de pronto-; muy desatento de mi parte. A lo mejor tú tenías cosas que contar.

-No, ninguna. Fue exactamente lo que yo quería. -Le tendí la mano y él me la tomó. Asombrosa la sensación de su roce contra mi carne quemada.

-Lestat... ese cuento de Lovecraft... ¿lo quieres o prefieres que te lo guarde?

-Ah... es una historia bastante interesante... quiero decir, la forma como llegó a mis manos.

Cuando me lo entregó, lo guardé dentro del abrigo. A lo mejor volvía a leerlo. Recobré la curiosidad y junto con ella una suerte de recelo temeroso. Venecia, Hong Kong, Miami. ¡Cómo había hecho ese insólito mortal para localizarme en los tres lugares, y cómo consiguió que lo ubicara yo a él!

-¿Quieres hablarme de eso? -preguntó David, gentil.

-Cuando tengamos más tiempo, te contaré. -Sobre todo si vuelvo a ver a ese tipo, pensé. ¿Cómo lo hizo?

Salí de manera civilizada, haciendo adrede algo de ruido al cerrar la puerta lateral de la casa.

Estaba por amanecer cuando llegué a Londres. Y, por primera vez en muchas noches, me alegré de mis inmensos poderes y de la enorme sensación de

seguridad que me transmitían. No necesitaba yo ataúdes, sitios oscuros donde esconderme, sino sólo una habitación donde no entraran los rayos del sol. Un elegante hotel con gruesas cortinas me brindaría paz y comodidad.

Disponía de algún tiempo para instalarme bajo la cálida luz de la lámpara y comenzar a leer las aventuras de David en Brasil, cosa que ansiaba hacer con suma complacencia.

Dada mi ligereza y mi locura, casi no llevaba dinero encima, por lo que tuve que usar todo mi poder de persuasión con los empleados del venerable Claridge para que aceptaran el número de mi tarjeta de crédito pese a no tener ninguna tarjeta para exhibir; y cuando firmé con uno de mis seudónimos preferidos -Sebastian Melmoth-, me acompañaron a una preciosa suite con bellísimos muebles estilo Reina Ana y equipada con todas las comodidades que uno pudiera desear.

Coloqué el cortés cartelito impreso de que no me molestaran, avisé también en la mesa de entradas que no quería ser molestado hasta el anochecer y luego trabé todas las puertas desde adentro.

Sinceramente, no tenía tiempo para leer. Estaba llegando la mañana tras el cielo gris y la nieve seguía cayendo en copos grandes, húmedos. Corrí todas las cortinas salvo una (para poder contemplar el cielo), y ahí me quedé, esperando el espectáculo de la llegada de la luz y todavía un tanto atemorizado por su furia. El dolor de la piel se me estaba intensificando, debido, más que nada, a ese miedo.

El recuerdo de David ocupaba mi mente; de hecho, desde que nos habíamos separado no pude dejar de pensar en él. Seguía oyendo su voz y trataba de imaginar su visión fragmentaria de Dios y del diablo en el café de París. Pero mi posición en cuanto a todo ese tema era sencilla y predecible. Creía que lo de David eran delirios muy reconfortantes. Y pronto él ya no estaría conmigo pues se lo llevaría la muerte. Y de su vida, sólo me iban a quedar esos manuscritos. Ni aun proponiéndomelo, podía creer que él sabría algo más cuando estuviera muerto.

No obstante, me asombraba el giro que había tomado la conversación, los bríos de David, las cosas peculiares que habían dicho.

Me hallaba muy cómodo con esos pensamientos, contemplando el cielo plomizo y la nieve que se acumulaba abajo, en las aceras, cuando de pronto sufrí un mareo; más aún, un momento de total desorientación, como si estuviera por quedarme dormido. Me resultó muy agradable la sensación de sutil vibración, acompañada por cierta ingravidez, como si en efecto estuviera abandonando la forma física y entrando en mis sueños. Luego vino esa presión que con tanta nitidez experimenté en Miami: se me comprimían las piernas, todo mi cuerpo presionaba hacia adentro, me volvía más estrecho y, de repente, ¡la atemorizante imagen de que se me forzaba a salir por la coronilla!

¿Por qué me pasaba eso? Me estremecí, tal como hice la vez anterior en la playa solitaria de Florida. Y en el acto se disipó la sensación. Volví a ser el de antes, pero quedé con un dejo de fastidio.

¿Pasaba algo malo con mi bella y deforme anatomía? Imposible. No necesitaba que los más antiguos me cerciorasen de esa verdad. No había resuelto aún si debía preocuparme por ello u olvidarlo, o si debía tratar de volver a inducirlo, cuando un golpe en la puerta me hizo olvidar la preocupación.

Sumamente enojoso.

-Mensaje para usted, señor. El caballero solicitó que se lo entregara en sus propias manos.

Tenía que haber algún error. Sin embargo, abrí la puerta.

El joven me entregó un sobre grueso, abultado. Durante un instante sólo atiné a mirarlo. Como me quedaba un billete de una libra -del ladronzuelo al que había dado muerte más temprano-, se lo di y volví a encerrarme.

Se trataba del mismo tipo de sobre que me había dado en Miami aquel mortal loco que se me acercó corriendo por la arena. ¡Y la sensación! La misma cosa extraña que había experimentado en el instante en que mis ojos se posaron en aquella criatura. Ah, pero no era posible...

Rasgué el sobre con manos repentinamente temblorosas. ¡Era otro cuento corto impreso, recortado de algún libro igual al primero y abrochado de la misma manera, en el ángulo superior izquierdo!

Quedé desconcertado. ¿Cómo diablos había hecho ese ser para seguirme? ¡Nadie sabía que me encontraba ahí! ¡Ni siquiera David! Claro que estaba el número de la tarjeta de crédito, pero por Dios, cualquier mortal habría demorado horas en ubicarme por ese medio, suponiendo que fuera posible; que no lo era.

¿Y qué tenía que ver con ello la sensación, esa rara vibración, la presión que parecía sentir dentro mismo de mis extremidades?

Pero no había tiempo para analizarlo. ¡Ya era casi de mañana!

De inmediato capté el peligro de la situación. ¿Cómo no lo había advertido antes? Ese ser decididamente tenía algún medio para saber dónde estaba yo, ¡incluso dónde elegía ocultarme durante el día! ¡Tenía que abandonar esos aposentos! ¡Qué ultraje!

Temblando de indignación, hice un esfuerzo y eché un vistazo al cuento, de unas pocas páginas de largo. El autor era Robert Bloch, y el título, "Los ojos de la momia". Un título ingenioso, pero ¿qué podía significar para mí? Pensé en el de Lovecraft, que era mucho más extenso y, al parecer, totalmente distinto. ¿Qué quería decir todo eso? La aparente idiotez del asunto me enloquecía.

Pero ya era muy tarde para seguir cavilando. Recogí los manuscritos de David, dejé las habitaciones, me fui por la salida de incendios y subí al techo. Oteé la noche en todas las direcciones. ¡No pude ver al muy maldito! Suerte para él, porque, si lo veía, lo mataba. Cuando se trata de defender mi refugio, tengo poca paciencia o moderación.

Ascendí y recorrí los kilómetros a la mayor velocidad posible. Por último descendí en un bosque cubierto de nieve, lejos de Londres en dirección al norte, y allí cavé mi propia tumba en la tierra congelada como tantas veces había hecho con anterioridad.

Me puso furioso tener que hacerlo, realmente furioso. Voy a matar a ese hijo de puta, quienquiera que sea, pensé. ¡Cómo se atreve a acecharme, a darme esos cuentos! Sí, eso voy a hacer: apenas lo agarre, lo mato.

Pero luego me acometió el mareo, el embotamiento, y pronto ya nada importó...

Una vez más estaba soñando, y ella estaba ahí, encendiendo la lámpara de aceite, diciendo: "Ah, la llama ya no te asusta..."

-Te estás burlando de mí -dije, sintiéndome desdichado. Había estado llorando.

-Caramba, Lestat, tú sí que te repones rápido de esos ataques cósmicos de desesperanza. Te vi en Londres, bailando bajo los faroles de la calle. ¡Qué barbaridad!

Quise protestar, pero como estaba llorando, no me salían las palabras...

En un último lapso de conciencia, vi a ese mortal en Venecia... bajo las arcadas de San Marcos, donde por primera vez reparé en él... Vi sus ojos pardos y su boca joven, tersa.

¿Qué quieres?, exigí saber.

Ah, lo mismo que tú, pareció responder.

# 6

Cuando desperté ya no estaba tan furioso contra el extraño. En realidad, lo que sentía era una gran intriga. Pero luego había caído la noche, y eso a mí me dio ventaja.

Decidí hacer un experimento. Me dirigí a París, para lo cual realicé el cruce a toda velocidad, y solo.

Permítaseme ahora una pequeña digresión para explicar que en los últimos años he evitado París por todos los medios, y lo cierto es que nunca la había visto como ciudad del siglo XX. Las razones quizá sean obvias. Había sufrido mucho allí, en épocas pretéritas, y estaba precavido contra el espectáculo de modernos edificios en torno del cementerio de Pére-Lachaise, o de ruedas mágicas de diversión con luces eléctricas en las Tullerías. Pero, en lo más recóndito, siempre había añorado volver. ¿Cómo podía ser de otra manera?

Y ese pequeño experimento me dio coraje y una excusa perfecta. Redujo el dolor que con toda certeza habrían de producirme mis observaciones, ya que me llevaba un propósito. Pero a los pocos instantes de llegar me percaté de que realmente estaba en París -que esa ciudad no podía ser otra-, y una alegría sobrecogedora me inundó cuando caminé por los amplios bulevares y tuve que pasar por el sitio donde en una época se levantaba el Teatro de los Vampiros.

En efecto, sobrevivían varios teatros de ese período y ahí estaban, imponentes, recargados, convocando aún a sus públicos entre modernos edificios que los rodeaban por todos lados.

Mientras paseaba por los muy iluminados Campos Elíseos -congestionados por automóviles veloces y millares de peatones- comprendí que París no era una ciudad de museo, como Venecia. Era una ciudad viva, como lo fue durante los últimos dos siglos. Una capital. Un sitio todavía moderno, de valientes innovaciones y cambios. Me maravillé ante el austero esplendor del Centro Georges Pompidou, que se eleva, audaz, no lejos de los arcos de Notre Dame. Ah, qué feliz me hacía estar de regreso.

Pero tenía una tarea, ¿no es así?

A nadie le conté, mortal ni inmortal, que estaba allí. No llamé a mi abogado de París, por más que me habría hecho mucha falta. Preferí, por el contrario,

obtener una gran suma de dinero de la manera habitual: sacándosela a dos criminales desagradables y opulentos, que fueron mis víctimas en calles oscuras.

Luego enfilé hacia la nevada Place Vendôme, que albergaba los mismos palacios que en mis épocas, y bajo el nombre ficticio de barón Van Kindergarten me oculté en una magnífica suite del Ritz.

Recluido allí durante dos noches, evité la ciudad envuelto en un lujo y esplendor dignos del Versailles de María Antonieta. De hecho, asomaban lágrimas a mis ojos al ver la excesiva ornamentación parisiense que me rodeaba, los fabulosos sillones Luis XVI, la magnífica boiserie repujada de las paredes. Ah, París. ¿En qué otro lugar puede estar la madera pintada como oro y seguir siendo bella?

Tendido en un sofá estilo Directorio, de inmediato me puse a leer los manuscritos de David, interrumpiéndome sólo de tanto en tanto para caminar por las silenciosas habitaciones, o bien para abrir una puerta-ventana y contemplar el jardín trasero del hotel, tan formal, tan callado y orgulloso.

El relato de David me fascinó, a tal punto que pronto me sentí más cerca de él que nunca.

Lo que estaba claro era que en su juventud había sido un hombre de acción y nada más que acción, que sólo tenía contacto con libros que narraban acción, y que su mayor placer había sido siempre la cacería. Mató su primer animal cuando sólo contaba diez años. En los relatos acerca de cómo daba muerte a los tigres de Bengala se advertía el entusiasmo por la persecución misma y los riesgos que debió enfrentar. Como se acercaba mucho a la bestia antes de disparar, más de una vez estuvo a punto de sucumbir él mismo.

Se enamoró del África, como también de la India; cazó elefantes en la época en que nadie soñaba que la especie pudiera correr peligro de extinción. En numerosas oportunidades fue atacado por esas enormes bestias antes de poder derribarlas. Y cuando cazaba leones en la planicie de Serengeti corrió riesgos similares.

Con esfuerzo recorrió arduos senderos de montaña, nadó en ríos inseguros, apoyó la mano sobre la dura piel del cocodrilo, venció su innata repulsión por las serpientes. Le encantaba dormir a la intemperie, hacer anotaciones en su diario a la luz de las velas o las lámparas de aceite, comer sólo la carne de los animales que cazaba, aunque fueran pocos, y desollar a esas fieras sin ayuda.

Su poder de descripción no era muy notable. No tenía paciencia con la palabra escrita, especialmente cuando era joven. Sin embargo, en sus memorias se podía sentir el calor de los trópicos, oír el zumbido de los mosquitos. Parecía inconcebible que un hombre como él hubiera disfrutado alguna vez del invernal solaz de Talbot Manor, o de los lujos de las casas matrices de la orden, a las cuales ahora parecía haberse vuelto adicto.

Pero muchos otros caballeros británicos habían tenido alguna vez tales opciones e hicieron lo que consideraron adecuado a su edad y posición social.

En cuanto a la aventura en Brasil, parecía escrita por otro hombre. El vocabulario era igual de escaso y preciso y, por supuesto, se advertía la misma avidez de peligro, pero al manifestarse en él la inclinación hacia lo sobrenatural surgió un individuo mucho más cerebral, más inteligente. En realidad, el léxico mismo cambió, puesto que incorporó muchas palabras desconocidas de origen

portugués y africano, para definir conceptos y sensaciones físicas imposibles de describir de otra manera.

Pero el meollo era que David había desarrollado sus notables poderes telepáticos merced a una serie de encuentros aterradores y primitivos con sacerdotisas brasileñas, como también con espíritus, o sea que su cuerpo se convirtió en mero instrumento de sus facultades parapsicológicas. Esta experiencia preparó el camino para el erudito que habría de ser en años posteriores.

Había mucha descripción física en las memorias del Brasil. Se hablaba allí de pequeñas chozas campestres, donde los fieles del candomblé se reunían para encender velas ante estatuas de santos católicos y dioses autóctonos. Se hablaba de tambores y de danzas, y del inevitable trance en que caían algunos miembros del grupo cuando, al convertirse en huéspedes inconscientes de los espíritus, adquirían los atributos de una determinada deidad durante largos lapsos que luego borraban de su memoria.

Pero el acento caía sobre lo invisible, sobre la percepción de una fuerza interior y la lucha contra las fuerzas externas. Ya no existía el joven aventurero que buscaba la verdad puramente en lo físico, en el olor de la bestia, en el sendero de la jungla, en el chasquido de un arma o la caída de una presa.

Cuando se marchó de Río, David era otra persona. Si bien con posterioridad su relato fue pulido -e indudablemente sufrió también correcciones-, incluía de todos modos grandes fragmentos del diario que había escrito en el momento mismo. No cabe duda de que estuvo al borde de la demencia en el sentido convencional. Cuando miraba a su alrededor ya no veía edificios, calles y personas sino espíritus, dioses, poderes invisibles que emanaban de otros, como también diversos niveles de resistencia espiritual, tanto consciente como inconsciente, que ponían los humanos ante todas esas cosas. De hecho, si no se hubiera internado en la selva amazónica, si no se hubiera esforzado por volver a ser el cazador británico, quizá se habría perdido para siempre de su viejo mundo.

Fue, durante meses, un ser demacrado, quemado por el sol, que deambuló por Río en mangas de camisa y pantalones sucios en busca de una experiencia espiritual mayor, un hombre que cortó todo vínculo con sus compatriotas pese a lo mucho que ellos insistían en mantener el contacto. Después se abasteció del atuendo color caqui de rigor, tomó sus armas largas, consiguió los mejores pertrechos británicos para campamento y partió a reivindicarse, para lo cual mató al jaguar moteado y luego lo desolló con su propio puñal.

Realmente no era tan inverosímil que en todos esos años no hubiera regresado a Río de Janeiro, ya que, de haberlo hecho, tal vez nunca habría podido marcharse.

Sin embargo, no le bastaba con ser un adepto del candomblé. Los héroes buscan la aventura, pero la aventura sola no les alcanza.

Cómo aumentó mi cariño por él al enterarme de esas experiencias, y cuánto me entristeció pensar que pasó el resto de su vida en la Talamasca. No me pareció algo digno de él o, más bien, no me pareció que fuese lo mejor para hacerlo feliz, por mucho que dijera que eso era lo que quería. Me dio la impresión de que fue lo peor que pudo hacer.

Y, por supuesto, el hecho de conocerlo más en profundidad me hizo añorarlo más. Una vez más reflexioné que en mi lóbrega juventud preternatural me rodeé de seres que nunca podían haber sido verdaderos compañeros: Gabrielle, que no

me necesitaba; Nicolás, que se volvió loco; Louis, que nunca me perdonó por haberlo seducido para entrar en el reino de los inmortales, pese a que él mismo lo quiso.

La única excepción fue Claudia -mi pequeña e intrépida Claudia, compañera de caza y matadora de víctimas fortuitas-, vampira por excelencia. Su fascinante fortaleza fue lo que la indujo a volverse contra su hacedor. Sí, ella fue la única verdaderamente parecida a mí, como se dice en esta era. Quizá sea por eso que en la actualidad su recuerdo me atormenta.

¡Sin duda eso tenía cierta relación con mi amor por David! Y antes no me había dado cuenta. Cuánto lo amaba, y qué profunda la sensación de vacío que experimenté cuando Claudia se volvió contra mí y dejó de ser mi compañera.

Esos manuscritos me sirvieron también para esclarecer otro punto. David iba a rechazar el Don Misterioso siempre, hasta las últimas consecuencias. Ese hombre no le temía a nada. No le gustaba la muerte, pero no le tenía miedo. Jamás se lo tuvo.

Pero yo no había ido a París sólo para leer sus memorias; tenía otro propósito en mi mente. Abandoné el bendito confinamiento del hotel y salí a deambular lenta, visiblemente.

En la calle Madeleine me compré ropa de categoría, incluso un abrigo cruzado azul marino de cachemira. Luego pasé horas en la margen izquierda recorriendo sus tentadores cafés, rememorando la anécdota de David sobre Dios y el diablo, preguntándome qué habría sido lo que vio. Desde luego, París sería un lugar excelente para Dios y el diablo, pero...

Viajé en subterráneo y me puse a observar los rostros de los pasajeros, tratando de determinar por qué los parisienses eran tan diferentes. ¿Sería su expresión avispada, su vigor, la forma en que eludían la mirada de los demás? No podía precisarlo. Pero eran muy distintos de los norteamericanos -eso había notado yo en todas partes-, y me di cuenta de que los comprendía. Además, me caían bien.

El hecho de que París fuese una ciudad tan opulenta, tan llena de costosos abrigos de piel, alhajas e innumerables boutiques me dejó levemente azorado. Me pareció hasta más rica que las ciudades de los Estados Unidos. No me había resultado menos rica en mis tiempos, quizá, con sus coches de cristal y sus barrenderos uniformados de blanco. Pero también había visto pobres, incluso moribundos, por las calles. Pero ahora yo sólo veía ricos y, por momentos, esa ciudad con sus millones de autos, sus numerosas casas de piedra, sus hoteles y mansiones me parecía inverosímil.

Desde luego, cacé. Me alimenté.

Al día siguiente, a la hora del crepúsculo, me instalé en el piso superior del Pompidou bajo un cielo tan violeta como el de mi querida Nueva Orleáns y vi cómo se encendían todas las luces de la gran ciudad. A lo lejos, la torre Eiffel se elevaba claramente en la divina penumbra.

¡Ah, París! Yo sabía que iba a volver, sí, y pronto. Alguna noche del futuro me fabricaría una cueva en la isla St. Louis, que siempre me encantó. Al diablo con las mansiones de la avenida Foch. Buscaría la casa donde cierta vez Gabrielle y yo hicimos actuar juntos la Magia Misteriosa, donde ella -mi madre- me pidió que la convirtiera en hija mía, y la vida mortal la soltó, dejándola ir como si esa vida fuera una simple mano cuya muñeca yo hubiera aferrado.



Librodot

Pensé en traer de vuelta a Louis, Louis que tanto había amado esa ciudad antes de perder a Claudia. Sí, debía invitarlo a que volviera a amar París.

Entretanto, caminaría sin prisa hasta el Café de la Paix, en el gran hotel donde Louis y Claudia se habían alojado durante ese año tan trágico del reinado de Napoleón III, y allí, sentado con mi vaso de vino sin tocarlo, haría el esfuerzo de pensar serenamente en todo eso... y en que ya estaba concluido.

Bueno, era evidente que el suplicio del desierto me había fortalecido; sobre eso no cabía duda. Ya me sentía con ganas de que sucediera algo...

...Hasta que por fin, en las primeras horas de la mañana, un tanto melancólico al no ver los viejos edificios de la década de 1780, cuando ya se cernían brumas sobre el río semicongelado y estaba asomado al parapeto de la orilla, muy cerca del puente que lleva a la île de la Cité, divisé a mi hombre.

Primero experimenté la sensación, y esta vez la reconocí en el acto. Fui analizándola a medida que la sentía: el permitirme una leve desorientación sin perder nunca el control; las deliciosas ondas vibratorias y, luego, la intensa constricción, la opresión de mi cuerpo entero -dedos de las manos y de los pies, brazos, piernas, tronco-, igual que antes. Sí, como si mi cuerpo retuviera sus proporciones y al mismo tiempo se volviera cada vez más pequeño, ¡obligándome a salir de ese contorno! En el instante mismo en que ya me parecía imposible permanecer dentro de mí, se despejó mi mente y las sensaciones se terminaron.

Exactamente lo que me había pasado la vez anterior. Me quedé ahí, en el puente, sacando conclusiones, memorizando los pormenores.

Luego reparé en un autito desvencijado que se detuvo en la margen opuesta del río. De él bajó el joven de pelo castaño, con los mismos movimientos torpes. Se enderezó con aire tímido cuan alto era y posó en mí sus ojos vidriosos.

Había dejado el motor en marcha. Al igual que la vez anterior, pude oler su miedo. Evidentemente sabía que yo lo había visto; en eso no podía equivocarme. Supuse que también se habría dado cuenta de que yo llevaba allí dos horas, esperando que me encontrara.

Por último se armó de coraje y cruzó el puente en medio de la niebla, imponente con su largo sobretodo y écharpe blanca al cuello; medio caminando y medio corriendo, se detuvo a escasos centímetros de mí, de la fría mirada que yo, acodado en la baranda, le lanzaba. Me arrojó otro sobre y yo le aferré la mano.

-¡No se apresure, señor de Lioncourt! -murmuró con desesperación. Acento británico de clase alta, muy semejante al de David, e imitaba casi a la perfección las sílabas del francés. Estaba poco menos que descompuesto de miedo.

-¿Quién diablos es usted? -exigí saber.

-¡Tengo una cosa que proponerle! Sería muy tonto que no me escuchara. Se trata de algo que usted desea mucho. ¡Y le aseguro que no hay nadie en el mundo que pueda ofrecérsela!

Lo solté, dio un salto atrás y se tambaleó, por lo que estiró una mano para sujetarse de la baranda. ¿Qué tenían de raro sus movimientos? Pese a ser de fuerte contextura se movía como un ser inseguro, cosa que me llamaba mucho la atención.

-¡Explíqueme ya mismo su propuesta! -dije, y alcancé a sentir que, dentro de su pecho, el corazón se le detenía.

-No -se opuso-. Pero hablaremos muy pronto. -Tenía una voz culta, refinada.

Demasiado refinada para esos enormes ojos vidriosos y esa cara juvenil, tersa y robusta. ¿Sería una planta de invernadero, que alcanzó un tamaño prodigioso en compañía de gente mayor, sin haber tenido nunca contacto con personas de su edad?

-¡No se apresure! -volvió a gritar, y salió corriendo; trastabilló y se enderezó, luego su físico alto y torpe entró en el pequeño vehículo, y se marchó en medio de la nieve congelada.

Iba a tanta velocidad cuando desapareció en St. Germain que no pude menos que pensar que se estrellaría.

Miré el sobre; sin duda, otro maldito cuento. Lo abrí enojado, no muy convencido de haber hecho bien en dejarlo ir y al mismo tiempo disfrutando del jueguito, disfrutando incluso la indignación que me daba su astucia y su habilidad para seguirme los pasos.

Comprobé entonces que era un vídeo de una película reciente. El título, "Viceversa". ¿Por qué diablos...? Le di vuelta y leí la tapa. Un filme cómico.

Regresé al hotel y allí encontré esperándome otro paquete. Otro vídeo, titulado "All of Me". Una vez más, la descripción que traía la cubierta de plástico me dio una idea del tema.

Subí a mis habitaciones. ¡No tenía reproductor de vídeo! Ni siquiera en el Ritz. Llamé a David por teléfono pese a que ya era casi el alba.

-¿Por qué no vienes a París? Yo me encargo de organizarte todo. Te espero a cenar, mañana a las ocho en el comedor de la planta baja.

Luego llamé a mi agente mortal, lo levanté de la cama y le di instrucciones para que se ocupara del pasaje de David, de la limosina, la suite y todo lo demás. Tenía que esperarlo con dinero en efectivo, enviarle flores y champaña frío. Después salí a buscar un lugar seguro donde dormir.

Pero una hora más tarde, hallándome en el sótano húmedo de una vieja casa abandonada, me pregunté si ese mortal hijo de puta no me estaría viendo en ese momento, si no sabría dónde dormía yo de día, si no podría hacer entrar la luz del sol para que me afectara, como cualquier vulgar cazador de vampiros de película mala, sin el menor respeto por lo misterioso.

Me oculté en lo más profundo, debajo del sótano. Ningún mortal podría encontrarme ahí sin ayuda. Y si me encontraba, aun dormido yo podría haberlo estrangulado sin enterarme jamás de ello.

-¿Qué conclusión sacas de todo esto? -le pregunté a David. El comedor estaba elegantemente decorado y semivacío. Ahí estaba yo sentado a la luz de las velas, vistiendo traje de etiqueta y camisa de pechera almidonada, con los brazos plegados por delante, disfrutando del hecho de que ahora sólo necesitaba los anteojos de leve tinte violáceo para disimular mis ojos. Qué bien alcanzaba a ver los cortinados y el jardín a oscuras del otro lado de las ventanas.

David comía con placer. Le había encantado la idea de venir a París; le agradó mucho la suite del Place Vendôme, con sus alfombras aterciopeladas y sus muebles dorados a la hoja, y se pasó la tarde entera en el Louvre.

-Comprendes cuál es el tema, ¿no?

-No estoy seguro -respondí-. Veo ciertos elementos comunes, desde luego, pero esos cuentos son totalmente diferentes.

-¿En qué sentido?

-Bueno, en el de Lovecraft, Asenath, una mujer diabólica, cambia de cuerpo con su marido. Sale a recorrer la ciudad usando el cuerpo masculino, mientras él queda en la casa, desdichado y perplejo, dentro del cuerpo de ella. Me pareció muy cómico, muy astuto. Y, por supuesto, Asenath no es Asenath, si mal no recuerdo, sino su padre, que antes había cambiado el cuerpo con ella. Después todo se vuelve muy típico de Lovecraft, con viles demonios semihumanos y cosas por el estilo.

-Quizás ésa sea la parte que no viene al caso. ¿Y el cuento egipcio?

-Otra cosa. Los muertos convertidos en polvo pero que aún poseen vida, tú sabes...

-Sí, pero la trama...

-Bueno, el alma de la momia logra apoderarse del cuerpo de un arqueólogo, y él, pobre diablo, termina dentro del cadáver podrido de una momia...

-¿Sí?

-Dios santo, ahora entiendo lo que dices. ¡Después, la película "Viceversa", que trata sobre las almas de un niño y de un hombre que intercambian los cuerpos! Se arma un lío de todos los demonios hasta que logran hacer el cambio de vuelta. Y la película "All of Me" también trata sobre cambio de cuerpos. Tienes toda la razón. Las cuatro historias giran en torno de lo mismo.

-Exacto.

-Por Dios, David... Ahora lo veo claro. No sé cómo no caí antes. Pero...

-El hombre trata de hacerte creer que sabe algo sobre este asunto de cambiar de cuerpo. Está tratando de tentarte dando a entender que se puede hacer semejante cosa.

-¡Pero claro! Eso explica su forma de moverse, de caminar, de correr.

-¿Qué?

Azorado, antes de responder evoqué unos instantes la imagen de la bestia; traté de recordar su figura desde todos los ángulos que me permitía la memoria. Sí, hasta en Venecia le había notado esa torpeza de movimientos.

-David, él puede hacerlo.

-¡No saques una conclusión tan alocada, Lestat! A lo mejor cree que puede hacerlo; quizá hasta lo intente. Es probable que esté viviendo enteramente en un mundo de delirio...

-No. Esa es su proposición, David, ¡la proposición que, según él, voy a querer oír! ¡Es capaz de cambiar de cuerpo con otras personas!

-No me digas que crees...

-¡Eso es lo que le noto de raro! Desde que lo vi en la playa de Miami he tratado de comprender qué le pasaba. ¡No está dentro de su cuerpo! ¡Por eso no puede usar sus músculos ni su... estatura!

Por eso trastabilla cuando corre. No puede dominar esas piernas largas y fuertes. Santo cielo, ese hombre está ocupando el cuerpo de otro. Y la voz, David... eso yo te lo comenté. No es una voz de muchacho. ¡Así se explica todo! ¿Sabes lo que pienso? Que eligió ese físico en particular porque yo iba a reparar en él. Y te digo algo más: ya trató incluso de hacer conmigo ese truco del cambio y le fracasó.

No pude continuar. Me deslumbraba demasiado la posibilidad.

-¿Cómo es eso de que trató?

Le relaté las sensaciones peculiares, la vibración y la contracción, aquello de que literalmente se me obligaba a abandonar mi yo físico.

No hizo comentarios a mis palabras, pero me di cuenta del efecto que le habían causado. Estaba inmóvil, con los ojos entornados, la mano derecha semicerrada y apoyada cerca de su plato.

-Fue una agresión contra mí, ¿no? Intentó sacarme de mi cuerpo, quizá para introducirse él. Y, desde luego, no lo pudo hacer. Pero, ¿cómo es que se arriesgó a ofenderme mortalmente con su acto?

-¿Te ofendió mortalmente?

-No; sólo me dejó con más curiosidad, ¡una gran curiosidad!

-Ahí tienes la respuesta. Creo que te conoce muy bien.

-¿Qué? -Oí lo que había dicho, pero no pude responderle en el momento pues me puse a evocar las sensaciones. -Ese sentimiento es muy intenso. ¿No ves lo que está haciendo? Me da a entender que puede intercambiar conmigo. Me ofrece esa bella osamenta de mortal.

-Sí -repuso David, sin matices-. Creo que tienes razón.

-¿Por qué, si no, iba a permanecer en ese cuerpo? Es obvio que se halla incómodo en él y quiere cambiar. ¡Me está diciendo que puede hacer el trueque! Por eso corrió el riesgo. Debe saber que a mí me resultaría fácil matarlo, reventarlo como si fuera un insecto. Ni siquiera me agrada su... manera de ser. El cuerpo es excelente. Sí, es eso. Lo puede hacer, David; conoce el modo.

-¡Ni lo pienses! No puedes ponerlo a prueba.

-¿Por qué no? ¿Dices que no se puede hacer, que en ningún archivo de la Talamasca hay constancias de...? David, sé que ese hombre lo hizo. Lo que no pudo es obligarme a mí, pero por cierto que cambió de cuerpo con otro mortal.

-Lestat, cuando sucede eso decimos que hay posesión. ¡Se trata de un accidente parapsicológico! El alma de un muerto se apodera de un cuerpo vivo. Es un espíritu que posee a un ser humano y al que hay que persuadir de que lo abandone. Los seres vivos no andan haciéndolo por ahí ex profeso, concertando acuerdos. No, creo que no es posible. ¡No creo que haya casos semejantes! No... -Se interrumpió, dubitativo.

-Sabes que ha habido casos. Debe haberlos.

-Esto es muy peligroso, Lestat, es un riesgo demasiado grande para cualquier tipo de prueba.

-Mira, si puede ocurrir circunstancialmente también puede ocurrir de esta manera. Si lo puede hacer el alma de un muerto, ¿por qué no un vivo? Yo sé lo que es viajar fuera de mi cuerpo. Tú también lo sabes; lo aprendiste en Brasil y lo describiste con lujo de detalles. Muchos, muchos humanos lo saben. Las religiones antiguas lo practicaban. No es inconcebible que uno pueda regresar a otro cuerpo y tratar de retenerlo mientras el otro trata en vano de recuperarlo.

-Qué idea tan abominable.

Volví a explicarle lo de las sensaciones y lo intensas que habían sido.

-¡David, es posible que haya robado ese físico!

-Sencillamente encantador.

Una vez más recordé la sensación de opresión, la impresión aterradora pero a la vez extrañamente placentera de que mi cuerpo se apretaba y pugnaba por salir a través de mi coronilla. ¡Qué cosa rara! Si ese ser era capaz de hacerme sentir eso, seguro que podía lograr también que un mortal saliera de sí mismo, máxime si ese mortal no tenía ni la más leve idea de lo que estaba pasando.

-Serénate, Lestat -exclamó mi amigo, disgustado, y apoyó el pesado tenedor sobre el plato casi vacío-. Pensémoslo un poco más. A lo mejor se puede hacer ese cambio por unos minutos, ¿pero te imaginas permanecer dentro de ese nuevo cuerpo, funcionando allí día tras día? No. Significaría funcionar también cuando estás dormido, no sólo cuando estás despierto. Estás hablando de algo totalmente distinto y a todas luces riesgoso. Con esto no se puede experimentar. ¿Y si diera resultado?

-Exacto. Si diera resultado, yo podría meterme dentro de ese cuerpo. -Callé un momento. No me atrevía a decirlo, pero al final lo solté: -David, podría volver a ser mortal.

Me quedé sin aliento. Transcurrió un instante de silencio, durante el cual nos miramos con fijeza. La ligera expresión de temor de sus ojos no alcanzó a aplacar mi entusiasmo.

-Yo sabría usar ese cuerpo -proseguí en un susurro-. Sabría cómo utilizar esos músculos, esas piernas largas. Oh, sí, seguramente eligió ese cuerpo porque supuso que me parecería posible, muy posible...

-¡Lestat, no puedes seguir con esto! ¡Esa persona habla de cambiar un cuerpo por otro! ¡No puedes permitirle que se quede con el tuyo! La idea es monstruosa. ¡Ya es bastante con que tú te encuentres dentro de este cuerpo!

Impresionado, hice silencio.

-Mira -prosiguió, tratando de acapararme otra vez-, te pido que me perdones por hablar como superior general de una orden religiosa, ¡pero esto no lo puedes hacer! Por empezar, ¿de dónde sacó él ese cuerpo? ¿Y si lo hubiera robado? ¡No pensarás que un muchacho se lo entregó alegremente, sin protestar! Se trata de un ser siniestro y eso hay que reconocerlo. No puedes entregarle un cuerpo poderoso como el tuyo.

Yo escuché todo, lo comprendí, pero no me convenció.

-Piénsalo, David -dije, sabiendo que mis palabras parecían locas, incoherentes-. Me permitiría ser mortal.

-Te pido por favor que despiertes y me prestes atención. Esto no es una obra cómica ni un cuento gótico de Lovecraft. -Se limpió la boca con la servilleta y, enojado, bebió un sorbo de vino. Luego estiró una mano sobre la mesa y la apoyó sobre mi muñeca.

Tendría que haberle permitido que la levantara y me la sujetara, pero no cedí y al instante se dio cuenta de que querer mover mi mano era como pretender movérsela a una estatua de granito.

-¡No puedes jugar con esto! No puedes correr el riesgo de que dé resultado, porque ese ser malévolo, quienquiera que sea, luego tendrá tu fuerza.

Hice un gesto de negación.

-Entiendo lo que dices, David, pero piensa un poco. ¡Tengo que hablar con él! Tengo que encontrarlo y averiguar si eso se puede hacer. Él no importa; lo importante es el proceso, saber si se puede hacer.

-Te lo suplico: no investigues más. ¡Vas a cometer otro error atroz!

-¿A qué te refieres? -Me costaba prestarle atención. ¿Dónde estaba ahora ese depravado ladino? Pensé en sus ojos, en lo bonitos que serían si no fuese él quien mirara por ellos. Sí, ¡era un hermoso cuerpo para el experimento! ¿De dónde lo habría sacado? Me propuse averiguarlo.

-David, te dejo.

-¡No, tú no te vas! ¡Si no te quedas donde estás, te juro que te hago perseguir por una legión de los espíritus más malignos con que tuve trato en Río de Janeiro! Ahora escúchame.

Me reí.

-No levantes la voz o nos echan del Ritz -le pedí.

-Bueno, hagamos un trato. Yo vuelvo a Londres, enciendo la computadora y busco todos los casos de mutación de cuerpos que figuren en nuestros archivos. Vaya uno a saber con qué me voy a encontrar. Lestat, puede ocurrir que él esté dentro de ese cuerpo, que el cuerpo se le esté deteriorando y él no pueda salir ni detener el deterioro. ¿No pensaste en esa posibilidad?

-No se está deteriorando; en tal caso, yo habría percibido el olor. Ese cuerpo no tiene nada de malo.

-Salvo que quizá se lo haya robado a su legítimo propietario y el pobre diablo ahora anda a los tumbos en el del otro, y no tenemos ni el menor indicio.

-Tranquilízate, David, por favor. Tú regresas a Londres y te pones a investigar en los archivos. Yo empiezo a buscar a este hijo de puta porque quiero ver lo que me dice. ¡No te preocupes! No voy a seguir adelante sin consultarte. Y si decido...

-¡No decidirás nada! Por lo menos, sin haber hablado conmigo.

-De acuerdo.

-¿Me lo prometes?

-Sí, por mi honor de asesino sanguinario.

-Dame un número telefónico en Nueva Orleáns.

Lo miré un instante sin pestañear.

-Está bien. No lo he hecho nunca, pero aquí lo tienes. -Le di el número de mis aposentos en el barrio francés. -¿No lo vas a anotar?

-Ya lo memoricé.

-¡Entonces hasta luego!

Me levanté de la mesa y, pese a mi excitación, traté de caminar como un humano. Oh, poder moverse como un humano, estar dentro de un cuerpo humano... ¡Ver el sol, ver de veras ese círculo brillante en un cielo azul!

-Ah, David, casi me olvidaba. Ya está todo pagado. Llama a mi representante; él se ocupará de tu vuelo...

-Eso no me preocupa. Escúchame, Lestat: quiero que ya mismo me digas cuándo vamos a reunirnos para seguir hablando de esto. Si te esfumas, jamás te...

Yo seguía de pie y le sonreí. Me di cuenta de que lo estaba hechizando. Por supuesto que no me iba a amenazar con no dirigirme más la palabra. Qué absurdo.

-Errores atroces -dije, sin poder abandonar la sonrisa-. Claro que los cometo, ¿verdad?

-¿Qué te dirán... los otros... tu bienamado Marius, los mayores, si haces semejante cosa?

-Quizá te dieran una sorpresa, David. A lo mejor lo que más desean es volver a ser humanos. Tal vez sea eso lo que todos deseamos: tener otra oportunidad. - Pensé en Louis, que estaba en su casa de Nueva Orleáns. Dios santo, ¿qué pensaría cuando se lo contase?

David murmuró algo por lo bajo, impaciente e irritado, pero con expresión de afecto y preocupación.

Hice ademán de mandarle un pequeño beso y me marché.

Había pasado escasamente una hora cuando tomé conciencia de que no podría encontrar al depravado ladino. Si se hallaba en París, estaría escondido de modo de no dejarme captar ni el menor indicio de su presencia. Y tampoco capté una imagen de él en la mente de otros.

Eso no quería decir que no estuviera en la ciudad. La telepatía tiene mucho de azar y París era una ciudad inmensa, rebosante de personas provenientes de todos los países.

Por último, regresé al hotel y me enteré de que David ya había partido, dejándome sus diversos números telefónicos para comunicarme por fax, por computadora o por línea común.

"Por favor, llámame mañana a la noche", me escribió, "porque para ese entonces ya tendré noticias."

Subí a prepararme para regresar. No veía la hora de encontrarme de nuevo con ese loco mortal. Y Louis... Tenía que contárselo todo a él. Desde luego, no lo creería posible; eso iba a ser lo primero que diría. Pero sentiría la tentación. Sí, claro que sí.

No hacía ni un minuto que estaba en la habitación tratando de decidir si tenía que llevarme alguna cosa de allí -ah, sí, los manuscritos de David- cuando en la mesita de luz vi un sobre liso, apoyado contra un enorme florero. Decía "Conde van Kindergarten", escrito con trazos firmes, masculinos.

Apenas lo vi supe que era una nota de él. El mensaje estaba escrito a mano, con la misma letra firme, rebuscada.

*No se apresure. Y tampoco le haga caso a ese tonto amigo suyo de la Talamasca. Nos vemos mañana a la noche en Nueva Orleáns. No me defraude. Plaza Jackson. Allí nos pondremos de acuerdo para elaborar una pequeña alquimia propia. Creo que comprenderá lo que está en juego.*

*Atentamente,*

*Raglan James*

"Raglan James", murmuré en voz alta. Raglan James. No me gustaba el nombre porque se parecía a él.

Marqué el número de la conserjería.

-Ese sistema de fax que acaba de inventarse -dije en francés-, ¿lo tienen ya aquí? Explíquemelo, por favor.

Tal como suponía, a través de una línea telefónica se podía enviar desde el hotel un facsímil completo de esta notita hasta el aparato que tenía David en Londres. Entonces mi amigo no sólo recibiría la información sino también la caligrafía, si es que podía servirle de algo.

Recogí los manuscritos, pasé por la oficina con la nota de Raglan James, la hice enviar por fax, volví a guardármela y por último me dirigí a Notre Dame porque quería despedirme de París con una plegaria.

Me sentía loco, totalmente loco. ¡Cuándo había experimentado semejante grado de felicidad! En la penumbra de la catedral -cerrada en ese momento por la hora que era- recordé la primera vez que había estado allí, muchas décadas atrás. En ese entonces no existía la gran plaza frente al atrio; sólo la pequeña Place de Gréve rodeada de edificios maltrechos; tampoco existían los grandes bulevares como los que hay actualmente en París, sino sólo calles anchas de tierra, que nos parecían majestuosas.

Pensé en aquellos cielos azules, en cómo era la sensación de tener hambre, mucha hambre de pan y de carne, recordé cómo era querer embriagarme con un buen vino. Pensé en Nicolás, mi amigo mortal a quien tanto amé, y en lo fría que era antes nuestra piecita del desván. ¡Nicki y yo discutiendo como habíamos discutido David y yo! Oh, sí.

Tenía la impresión de que mi prolongada existencia había sido una pesadilla desde aquella época, una pesadilla llena de gigantes, de monstruos y de horribles máscaras tras las cuales se escondían seres que me amenazaban en la oscuridad eterna. Noté que temblaba. Estaba llorando. Ser humano, pensé. Volver a ser humano. Creo que pronuncié en voz alta las palabras.

De pronto, el susurro de una risa me sobresaltó. Era una niña pequeña en medio de la penumbra.

Me volví. Estaba casi seguro de haberla visto: una silueta diminuta que avanzaba a toda velocidad por un pasillo, hacia un altar lateral, y después desaparecía de la vista. Sus pisadas habían sido apenas audibles. Pero seguramente debía tratarse de un error. No había olor, no había una verdadera presencia. Era una ilusión.

Sin embargo, exclamé:

-¡Claudia!

Y mi voz rebotó en una suerte de áspero eco. No había nadie allí, desde luego.

Recordé las palabras de David: "¡Vas a cometer otro error atroz!".

Sí, no voy a negar que he cometido errores atroces, terribles. Volví a sentir el clima de mis sueños recientes, pero no en profundidad; sólo me quedaba una vaga sensación de estar con ella. La imagen de una lámpara de aceite y ella riéndose de mí.

Rememoré una vez más cómo se la había ejecutado: el pozo de ventilación con paredes de ladrillo, el sol que se acercaba, lo pequeña que era ella; luego se mezcló también el recuerdo del sufrimiento en el desierto de Gobi y ya no pude soportarlo más. Advertí que, con mis brazos, estrechaba mi propio pecho, que temblaba, que mi cuerpo estaba rígido como si padeciera el tormento de un shock eléctrico. Oh, pero ella no debe haber sufrido. Seguramente fue una muerte instantánea por tratarse de una niña tan pequeña y tierna. Polvo eres...

La angustia fue total. No eran esas épocas las que quería recordar, pese a que un rato antes me había demorado en el Café de la Paix, y pese a que creía haberme vuelto muy fuerte. Lo que añoraba era el París mío, el París anterior al Teatro de los Vampiros, cuando yo era inocente y tenía vida.

Permanecí unos minutos más entre las sombras, contemplando simplemente las grandes arcadas. Qué iglesia majestuosa era, incluso ahora, con el ruido de fondo de los autos. Se parecía a un bosque de piedra.

Le tiré un beso, tal como había hecho con David. Y partí a emprender el largo regreso a casa.

# 7

Nueva Orleáns. Arribé a primera hora de la noche puesto que volvía hacia atrás en horario, en sentido inverso a la rotación del mundo. El clima era frío, tonificante, pero no cruel, aunque se avecinaban intensos vientos helados del norte. No había ni una nube en el firmamento, pero sí innumerables estrellas, muy nítidas.

De inmediato me dirigí a mi pequeña pent house del barrio francés flue, a pesar de todo su encanto no era demasiado alta ya que se hallaba en un edificio de apenas cuatro plantas, construido mucho antes de la Guerra Civil. Tenía una vista un tanto íntima del río y sus hermosos puentes gemelos y, cuando dejaba las ventanas abiertas, me llegaban los ruidos del colmado Café du Monde y los concurridos negocios y calles de la plaza Jackson.

Tenía que encontrarme con el señor Raglan James sólo al día siguiente. Y aunque estaba impaciente por verlo, me resultaba cómodo haber fijado ese día, pues primero quería reunirme con Louis.

Pero antes me di el típico lujo mortal de una ducha caliente; luego me puse un sencillo traje de pana negra -atuendo parecido al que había usado en Miami- y un par de botas negras nuevas. Y pese a que estaba cansado -si me hubiese quedado en Europa ya estaría durmiendo dentro de la tierra-, salí a recorrer la ciudad, caminando como un humano.

Por motivos que no podía precisar, pasé por el viejo domicilio de la calle Royale donde en una época vivimos Claudia, Louis y yo. En realidad eso lo hacía a menudo, aunque nunca me permitía pensarlo hasta que ya estaba a mitad de camino.

En ese simpático departamento tuvimos nuestro reducto durante más de cincuenta años. Un dato que por cierto habrá que tener en cuenta cuando se me juzgue por mis errores, ya sea que me condene yo solo o que lo hagan los demás. Reconozco que Louis y Claudia fueron hechos por y para mí. Sin embargo, nuestra existencia fue extrañamente brillante y placentera hasta que Claudia resolvió que yo debía pagar por mis creaciones con la vida.

Las habitaciones en ese entonces estaban colmadas de todos los adornos y lujos de la época. Teníamos un carruaje, una yunta de caballos en los establos contiguos, y los sirvientes vivían en los aposentos del fondo, pasando el patio. Pero los antiguos edificios ya estaban algo deslucidos y últimamente el



Librodot

departamento no estaba habitado por nadie -salvo por espíritus, quizá-; la tienda del subsuelo se había alquilado a un librero que nunca se tomaba el trabajo de quitar el polvo a los libros de la vidriera ni a los de adentro. De vez en cuando él me conseguía tratados sobre la naturaleza del mal, escritos por el historiador Jeffrey Burton Russell, o las maravillosas obras filosóficas de Mircea Eliade, como también ejemplares antiguos de las novelas que más me gustaban.

El viejo casualmente estaba ahí adentro, leyendo, y lo observé unos minutos a través del vidrio. Qué distintos eran los ciudadanos de Nueva Orleáns de los del resto de Norteamérica. A ese hombre, ganar dinero le tenía sin cuidado.

Me incorporé y miré, allá arriba, las balaustradas de hierro fundido. Me vinieron a la mente los sueños perturbadores, la lámpara de aceite, la voz de Claudia. ¿Por qué me estaba persiguiendo, más implacablemente que nunca?

Cerré los ojos y alcancé a oírla de nuevo; su voz me hablaba, pero no percibí la naturaleza de sus palabras. Y de pronto me encontré rememorando una vez más su vida y su muerte.

Ya no quedaban ni rastros de la choza donde la encontré por primera vez en los brazos de Louis. En esa casa había estado la peste, por lo que sólo un vampiro se habría atrevido a entrar. Ningún ladrón osó siquiera robar la cadena de oro que la madre llevaba puesta al morir. Y qué avergonzado se sintió Louis de haber elegido como víctima a una niña pequeñita. Pero yo lo comprendí. Tampoco quedaban huellas del viejo hospital a donde posteriormente la llevaron. Qué angosta calle de tierra había atravesado yo con ese cuerpecito tibio en mis brazos, seguido deprisa por Louis, que me suplicaba que le dijera lo que pensaba hacer.

Una ráfaga de viento frío me sobresaltó.

Alcancé a oír música proveniente de las tabernas de la calle Bourbon, a escasos cien metros de distancia. Y gente que caminaba frente a la catedral... una risa de mujer... la bocina de un auto en la penumbra. El tenue latido electrónico de un teléfono moderno.

En el interior de la librería, el viejo estaba moviendo el dial de la radio y pasó del dixieland a la música clásica y por último a una voz plañidera que entonaba poesía con fondo de canciones de un compositor inglés...

¿Qué me llevó a ese antiguo edificio, que se erguía desamparado e indiferente como una lápida de tumba, con sus letras y fechas ya borradas?

Después, ya no quise demorar más.

Había estado jugando con el entusiasmo loco que me producía lo que acababa de suceder en París y enfilé hacia el sector alto de la ciudad para buscar a Louis y exponerle todo.

Una vez más preferí caminar. Preferí sentir la tierra, medirla con mis pies.

En mi época -fines del siglo XVIII-, el sector alto de la ciudad no existía como tal sino que era campo abierto. Aún había plantaciones, y era difícil transitar por los caminos pues, además de angostos, estaban cubiertos sólo con conchillas.

Hacia fines del siglo XIX, luego de destruido nuestro pequeño refugio y resultar yo con heridas y quebraduras, cuando me marché a París en busca de Claudia y Louis, el sector alto y sus pueblitos ya estaban unidos a la gran ciudad y se habían construido muchas hermosas casas de madera, en estilo Victoriano.

Algunas de esas casas son inmensas y, a su manera, tan monumentales como las grandiosas residencias en estilo renacimiento, anteriores a la Guerra Civil,

que se pueden encontrar en el Barrio Jardín y siempre me recordaron a templos, o como las imponentes residencias del propio barrio francés.

Pero gran parte del sector alto, con sus chalecitos de madera al igual que las grandes casas, aún conserva aspecto rural, con enormes robles y magnolias que sobresalen tras los techos por doquier, con calles sin aceras donde las cunetas no son más que zanjas llenas de flores silvestres que brotan a pesar del frío invernal.

Incluso las callecitas comerciales -un trecho aquí y allá de edificios contiguos- no se parecen al barrio francés, con sus fachadas de piedra y su sofisticación propia del viejo mundo, sino que hacen acordar de la típica "calle principal" de las aldeas rurales norteamericanas.

Es un lugar fantástico para caminar de noche. Se oye allí el trino de los pájaros como no se lo oirá nunca en el Vieux Carré; y sobre los techos de los galpones situados a lo largo del sinuoso río, el crepúsculo dura una eternidad, resplandece entremedio de las gruesas ramas de los árboles. Uno puede encontrar espléndidas mansiones con galerías ruinosas y decoración cursi, casas con torrecillas y gabletes, y algunas con miradores. Hay grandes hamacas tras las barandas recién pintadas de los porches. Hay vallas blancas hechas con estacas puntiagudas, y anchas avenidas de césped bien cortado.

Los chalecitos exhiben una variedad infinita. Algunos están bien pintados con colores intensos, según la moda; otros, más maltrechos pero no menos bellos, lucen el hermoso tono gris de la madera flotante, estado al que fácilmente puede llegar cualquier casa en este clima tropical.

Aquí y allá se encuentra algún tramo de calle con tan abundante vegetación, que cuesta creer que aún se esté dentro de una ciudad. Arreboleras silvestres y dentelarias azules oscurecen las cercas que delimitan las propiedades. Las ramas de los robles se inclinan de tal manera que obligan a los peatones a agacharse. Aun en sus inviernos más fríos, Nueva Orleáns está siempre verde. La helada no puede matar las camelias, aunque a veces las quema un poco. El jazmín amarillo y la buganvilla púrpura cubren paredes y cercas.

En uno de esos trechos de suave penumbra umbría, tras una larga hilera de inmensas magnolias, fue donde Louis armó su hogar secreto.

Detrás del portón oxidado, la inmensa mansión victoriana se hallaba desocupada, su pintura amarilla casi totalmente descascarada. Sólo de tanto en tanto Louis la recorría con una vela en la mano. Pero su verdadero lugar de residencia era una cabaña ubicada al fondo -cubierta por montañas de informes enredaderas-, un sitio lleno de libros y objetos diversos que había coleccionado a través de los años. Desde la calle no podían verse sus ventanas; más aún, no creo que nadie supiese siquiera que existía la casa. Los vecinos no podían verla tras los altos muros de ladrillo, la espesura del follaje y las adelfas silvestres que crecían en derredor. Además, no había un sendero marcado en medio del césped alto.

Cuando lo divisé, todas las puertas y ventanas de las sencillas habitaciones estaban abiertas. Él se hallaba sentado a su escritorio, leyendo a la luz de una única vela.

Lo espié largo rato, cosa que me encantaba hacer. A menudo, cuando salía de caza, lo seguía, simplemente para observar cómo se alimentaba. A Louis el mundo moderno no le interesa para nada; él recorre las calles como un fantasma, sin producir ruido, atraído únicamente por quienes acogen la muerte con beneplácito, o que parecen hacerlo. (No estoy seguro de que nadie pueda acoger



Librodot

nunca la muerte con beneplácito.) Y cuando se alimenta, es algo indoloro, delicado y veloz. Siempre tiene que matar pues no sabe salvar la vida de la víctima. Nunca tuvo la fortaleza necesaria como para beber sólo el "traguito" con que subsisto yo tantas noches, o más bien con que subsistía antes de convertirme en un dios voraz.

Su vestimenta es siempre anticuada. Al igual que muchos de nosotros, busca ropa en estilo parecido al que se usaba cuando él era mortal. Las camisas sueltas con puños fruncidos lo fascinan, lo mismo que los pantalones ajustados. Cuando usa abrigo -rara vez- es siempre entallado como los que elijo yo: chaqueta de jinete, muy larga, y amplia al llegar al ruedo.

A veces le llevo de regalo ropa de ese tipo, para que no tenga que usar hasta dejarlas hechas harapos las pocas prendas que posee. Alguna vez estuve tentado de acomodarle la casa, colgarle los cuadros, poner bellos adornos, rodearlo del lujo embriagador que yo tenía en el pasado.

Él sin duda hubiera querido que lo hiciera, pero nunca lo confesó. Vivía sin electricidad ni calefacción moderna, deambulando en el caos y fingiendo que se sentía plenamente satisfecho.

Algunas ventanas de su casa no tenían vidrio, y sólo de tanto en tanto cerraba las anticuadas persianas de tablitas. No parecía importarle si entraba lluvia sobre sus pertenencias, porque no eran realmente pertenencias sino sólo basura amontonada sin orden ni concierto.

Repito: creo que quería que yo hiciera algo para solucionárselo. Muy a menudo venía a visitarme a mis aposentos del centro, super calefaccionados y con excelente iluminación. Allí se quedaba, mirando mi pantalla gigante de televisión. A veces traía sus propias películas para pasar en disco o en cinta. "La bella y la bestia" ,una película francesa de Jean Cocteau, le agradaba mucho. También estaba "The Dead", de John Huston, basada en un cuento de James Joyce. Y entiéndaseme, por favor, que esta película no tiene nada que ver con los de mi especie; trata acerca de un grupo muy común de mortales de la Irlanda de principios de siglo, que se reúnen a celebrar una jovial cena de Navidad. Había muchas otras películas que le atraían. Pero esas visitas nunca se producían porque yo las ordenara y nunca duraban demasiado. A menudo él deploraba el "grosero materialismo" en que yo me "regodeaba" y demostraba desprecio por mis almohadones de pana, la gruesa alfombra del piso y el espléndido baño de mármol. Entonces se iba, regresaba a su choza desolada, cubierta de enredaderas.

Esa noche lo encontré en su trasnochada gloria, con una mancha de tinta en la mejilla, leyendo un grueso tomo de la biografía de Dickens escrita hace poco por un novelista inglés, mientras pasaba lentamente las páginas, pues no lee con más velocidad que la mayoría de los mortales. De hecho, de todos los que quedamos sobrevivientes, el que se asemeja más a los humanos es él. Y eso es por propia elección.

Muchas veces le ofrecí mi sangre más poderosa y siempre la rechazó. El sol del desierto de Gobi lo habría convertido en cenizas. Sus sentidos son vampíricos y bien afinados, pero no como los de un Hijo de los Milenios. No tiene mucha capacidad para leer los pensamientos de otra persona. Cuando pone a algún mortal en trance, siempre es por error.

Y, desde luego, no puedo leerle los pensamientos porque yo a él lo creé, y los pensamientos del discípulo y el maestro son siempre cercanos, aunque el porqué

ninguno de nosotros lo sabe. Mi sospecha es que conocemos mucho los sentimientos y anhelos del otro; sólo que la amplificación es demasiado estridente como para que pueda aparecer alguna imagen con nitidez. Todo teoría. A lo mejor algún día nos estudian en laboratorios. Si eso ocurre, vamos a implorar por víctimas vivientes a través de las gruesas paredes de vidrio de nuestras cárceles, mientras nos acosan con preguntas y nos extraen muestras de sangre de las venas. Oh, ¿pero cómo hacerle eso a Lestat, que es capaz de reducir a otro a cenizas apenas con un pensamiento enérgico?

Louis no oyó que estaba entre el pasto crecido, fuera de la casa.

Entré en la habitación creando una enorme sombra indirecta, y ya estaba sentado en mi bergére preferida de pana roja -tiempo atrás la había llevado ahí para que la usara yo- cuando él levantó la mirada.

-¡Ah, tú! -dijo en el acto, y cerró el libro.

Su rostro, enjuto por naturaleza, de facciones finas -muy delicado pese a su obvia fuerza-, estaba bellamente sonrosado. Eso quería decir que había cazado un rato antes y yo no lo sabía. Durante un momento quedé anonadado.

Sin embargo, era emocionante verlo tan revitalizado por el lento latido de la sangre humana. Yo también alcanzaba a olerla, lo cual añadía una extraña dimensión al hecho de estar cerca de él. Su belleza siempre me había enloquecido. Cuando no estoy con él, creo que lo idealizo, pero después, al verlo, de nuevo me siento desarmado.

Sin duda fue su hermosura lo que me atrajo durante mis primeras noches en Luisiana, cuando esto era una colonia salvaje y anárquica y él un tonto borracho y temerario que jugaba por dinero y se metía en peleas en las tabernas, que hacía todo lo posible para provocar su propia muerte. Bueno, consiguió más o menos lo que creía desear.

En un primer momento no comprendí su expresión de horror al mirarme, ni por qué se levantó de pronto, se acercó a mí, se agachó y me tocó la cara. Entonces recordé: era mi tez bronceada.

-¿Qué hiciste? -murmuró. Se arrodilló junto a mi sillón y siguió mirándome, apoyándome levemente la mano sobre el hombro. Hermoso gesto de intimidad, pero yo no iba a reconocerlo. Por eso me quedé sereno en mi sitio.

-No es nada; ya pasó. Me fui a un lugar desierto... quería ver lo que ocurría...

-¿Querías ver lo que ocurría? -Se puso de pie, dio un paso atrás y me miró indignado. -Querías autodestruirte, ¿verdad?

-No, no. Me quedé tendido a la luz un día entero. A la segunda mañana, no sé cómo hice, pero debo haber cavado y me enterré en la arena.

Permaneció un largo instante mirándome como si estuviera por reaccionar con desaprobación; luego volvió a su escritorio, se sentó en forma bastante ruidosa tratándose de alguien tan delicado, acomodó las manos sobre el libro cerrado y me miró con expresión perversa y llena de furia.

-¿Por qué lo hiciste?

-Louis, tengo algo más importante que contarte. No hablemos más de ese asunto. -Hice un ademán señalando mi cara. -Ha sucedido algo notable y tengo que contártelo todo. -Me levanté sin poder contenerme y comencé a pasearme con cuidado para no tropezar con las abominables pilas de basura que había por todas partes, además de sentirme levemente enloquecido por la luz de la vela, no

porque no me alcanzara para ver sino porque era tan tenue y a mí me gusta la luz.

Le relaté todo: que había visto a ese tal Raglan James en Venecia y en Hong Kong, después en Miami, y cómo él me había enviado el mensaje en Londres y luego me siguió hasta París, tal como supuse que haría. Ahora habíamos quedado en encontrarnos al día siguiente en la plaza. Le expliqué lo de los cuentos y su significación. Mencioné lo que le encontraba de raro al muchacho, le dije que el cuerpo donde ese tipo estaba no era el suyo y que, en mi opinión, era capaz de hacer el cambio.

-Estás loco -me dijo.

-No te apresures.

-¿Me dices a mí las mismas palabras que él a ti? Destrúyelo. Termina con él. Búscalo esta noche y elimínalo si puedes.

-Por el amor de Dios, Louis...

-Si ese hombre puede encontrarte a voluntad, Lestat, significa que sabe dónde te entierras. Lo has traído hasta aquí y ahora sabe dónde me entierro yo. ¡Es el peor de los enemigos! Mon Dieu, ¿por qué siempre buscas la adversidad? No hay nada sobre la tierra que pueda destruirte; ni aun los Hijos de los Milenios tienen fuerza para hacerlo. No te destruyó ni el sol del mediodía en el desierto... y provocas al enemigo que tiene poder sobre ti. Un mortal que puede caminar a la luz del día. Un hombre capaz de lograr un dominio total sobre tu persona cuando estás sin una pizca de conciencia o voluntad. No, aniquílalo; es demasiado peligroso. Si lo veo, lo destruyo yo.

-Louis, ese hombre puede darme un cuerpo humano. ¿No escuchaste todo lo que dije?

-¡Un cuerpo humano! ¡No podemos convertirnos en humanos simplemente apoderándonos de un cuerpo! ¡Tú no eras humano cuando vivías! Naciste monstruo, y lo sabes. Cómo diablos puedes engañarte así.

-Si no te callas, voy a llorar.

-Llora, que me gustaría verte. He leído mucho sobre tu llanto en tus libros, pero jamás te vi hacerlo personalmente.

-Ah, con eso demuestras ser un perfecto embustero -me indigné-. ¡En tus miserables memorias describes mi llanto en una escena que tú y yo sabemos que no existió!

-¡Lestat, mata a ese ser! Es una locura que lo dejes acercarse para hablarte.

Me sentía aturdido, totalmente aturdido. Volví a desplomarme en el sillón y quedé con la mirada ausente. Afuera, la noche parecía respirar con ritmo suave y encantador; la fragancia de las flores era apenas un toquecito en el aire frío y húmedo. Una tenue incandescencia emanaba del rostro de Louis, de sus manos plegadas sobre el escritorio. Se hallaba envuelto en un manto de silencio, aguardando mi respuesta, supongo, aunque yo no sabía bien por qué.

-Nunca esperé esto de ti -reconocí abatido-. Esperaba oír una larga diatriba filosófica, como esas insensateces que escribiste en tus memorias, pero esto...

Seguía sentado en silencio, observándome fijo; la luz brilló un instante en sus ojos pensativos. Parecía profundamente atormentado, como si mis palabras lo hubiesen hecho sufrir. Por cierto no lo afectaba mi crítica a su libro, pues era algo que yo vivía haciendo. Eso era una broma. Bueno, una especie de broma.

No supe qué decir ni qué hacer. Louis me estaba poniendo nervioso. Cuando habló, lo hizo con voz muy baja.

-Tú no quieres realmente ser humano. No me digas que crees eso...

-¡Sí, lo creo! -respondí, humillado por la carga de afecto que puse en mis palabras-. ¿Cómo puedes no creerlo tú?-Me levanté y empecé a pasearme de nuevo. Hice un circuito alrededor de la pequeña casa y me interné en el jardín selvático, para lo cual tuve que despejar el camino empujando las enredaderas. Me hallaba en tal estado de desconcierto que ya no podía hablar más con Louis.

Pensaba en mi vida de mortal tratando en vano de no convertirla en mito, pero no podía desprenderme de esos recuerdos: la última cacería de lobos, mis perros muriendo en la nieve. París. El teatro del bulevar. Realmente no quieres ser humano. ¿Cómo pudo decir semejante cosa?

Me pareció que había transcurrido una eternidad en el jardín hasta que, finalmente, para mejor o para peor, volví a entrar. Louis estaba sentado aún a su escritorio y me miró con desánimo, casi con tristeza.

-Mira -le dije-, hay dos cosas que creo. Primero, que ningún mortal puede rechazar el Don Misterioso si en verdad llega a saber lo que es. Y no me hables de que David Talbot sigue negándose, porque David no es un ser común. Segundo, que si se nos diera la oportunidad, todos nosotros querríamos volver a ser humanos. Esos son mis principios. Nada más.

Hizo un pequeño ademán de aceptación y se recostó contra el respaldo de su sillón. La madera crujió levemente bajo su peso; luego levantó la mano derecha con gesto lánguido, sin tener conciencia en absoluto de lo seductor que era ese pequeño ademán, y se pasó los dedos por el pelo oscuro, suelto.

Me atenaceó entonces el recuerdo de la noche en que le di la sangre, cómo discutió conmigo hasta el último momento para disuadirme, cómo al final se rindió. Yo ya se lo había explicado todo perfectamente, cuando él era todavía un joven hacendado febril y borracho que, en su lecho de enfermo, tenía el rosario enrollado en el poste de la cama. ¡Pero es tan difícil explicar una cosa así! Y él, ¡tan amargo, tan consumido, tan joven!, se convenció de que quería venir conmigo y de que la vida humana ya no le atraía.

¿Qué sabía él en aquel entonces? ¿Había oído alguna vez un poema de Milton, o escuchado una sonata de Mozart? ¿Le decía algo el nombre de Marco Aurelio? Lo más probable es que lo considerara un nombre rebuscado de algún esclavo negro. Oh, aquellos dueños de plantaciones, fanfarrones e indómitos, con sus espadines y sus pistolas incrustadas en plata. Lo que sí apreciaban era el exceso; pensándolo retrospectivamente, eso tengo que reconocérselo.

Pero ahora él estaba lejos de aquellos tiempos, ¿no? Era autor de "Entrevista con el vampiro" (habráse visto título más ridículo). Traté de serenarme. Lo amaba tanto que no podía menos que ser paciente y esperar hasta que él volviera a hablar. ¿Acaso no lo había hecho yo de carne y sangre humanas, convirtiéndolo en mi torturador preternatural?

-Eso no es tan fácil -dijo, despertándome de mi ensueño. Su voz fue premeditadamente suave, con un tono casi conciliatorio o suplicante. -No puede ser tan sencillo. Tú no puedes cambiar de cuerpo con un mortal. Para serte sincero, no creo que sea posible, pero aunque lo fuera...

No respondí. Tuve deseos de decir: "Pero, ¿y si lo fuera? ¿Si pudiera sentir de nuevo lo que significa estar vivo?".

-Además, ¿qué pasaría con tu cuerpo? -prosiguió, conteniendo hábilmente su indignación-. No irás a dejar todos tus poderes a disposición de ese ser, brujo o lo que sea. Nuestros compañeros aseguran que tus poderes son tan inmensos que ni siquiera se atreven a calcularlos. Oh, no. La idea es aterradora. Dime, ¿cómo hace para encontrarte? Eso es lo más importante.

-Al contrario, es lo menos importante. Pero es obvio que, si puede hacer un intercambio de cuerpos, puede abandonar el suyo. Puede desplazarse como un espíritu el tiempo necesario para rastrearme y encontrarme. Yo debo resultarle muy visible cuando se halla en ese estado, teniendo en cuenta lo que soy. Eso en sí mismo no es un milagro, si me comprendes.

-Lo sé. O al menos de eso me entero por lo que leo y por lo que me dicen. Creo que te has topado con un ser muy peligroso, mucho peor que nosotros.

-¿Peor en qué sentido?

-¡Es otro intento desesperado de alcanzar la inmortalidad! ¿Acaso crees que ese mortal, quienquiera que sea, planea envejecer dentro de ese o de otro cuerpo y morir?

Debo confesar que su razonamiento me llegó. Luego le hablé de la voz de ese hombre, que sonaba culta, de su marcado acento británico, de cómo no parecía la voz de una persona joven.

Se estremeció.

-Probablemente pertenezca a la Talamasca. Debe ser ahí donde se enteró de tu existencia.

-Lo único que tuvo que hacer para saber de mí fue comprar una novela en rústica..

-Sí, pero no para creer, Lestat, no para creer que era cierto.

Le conté que había hablado con David y que él había quedado en averiguar si el tipo pertenecía a su orden, pero yo suponía que no. Esos eruditos jamás harían semejante cosa. Además, el tipo tenía algo de siniestro. Los de la Talamasca eran tan rectos que ya aburrían. Pero qué importaba: yo estaba dispuesto a conversar con el hombre para formarme mi propia idea.

Lo noté meditabundo una vez más, y muy triste. Mirarlo casi me hacía sufrir. Me dieron ganas de tomarlo por los hombros y sacudirlo, pero con eso sólo iba a conseguir irritarlo más.

-Te amo -confesó con voz queda.

Yo lo miré azorado.

-Vives buscando la manera de triunfar -continuó-. Jamás te rindes. Pero la forma de triunfar no existe. Estamos metidos en el purgatorio, tú y yo. Y encima hay que agradecer que no sea el infierno.

-No; eso no lo creo -lo contradije-. Mira, no importa lo que digas ni lo que pueda haber opinado David: voy a hablar con Raglan James. ¡Quiero enterarme de todo y nadie me lo va a impedir!

-Ah, de modo que David Talbot también te previno contra ese individuo.

-¡No escojas a tus aliados entre mis amigos!

-Lestat, si ese humano se me acerca, y si creo que representa un peligro para mí, ten por seguro que lo destruyo.

-Sí, claro. Pero él no se te acercaría. Me eligió a mí, y con razón.

-Te eligió porque eres despreocupado y ostentoso. No te lo digo para ofenderte, de verdad. Anhelas que te vean, que te rodeen, que te comprendan; te gusta hacer picardías y armar revuelos para ver si baja Dios a salvarte por un pelo. Bueno, Dios no existe. Dios bien podrías ser tú.

-Tú y David... la misma cantilena, las mismas admoniciones, aunque él asegura haber visto a Dios y tú no crees que exista.

-¿David vio a Dios? -preguntó con acento de respeto.

-No, no -murmuré, e hice un gesto desdeñoso-. Pero los dos me regañan de la misma manera. Igual que Marius.

-Y por supuesto, tú eliges las voces que te reprenden. Siempre lo has hecho, del mismo modo como eliges a quienes luego se vuelven contra ti y te clavan un puñal en el corazón.

Se refería a Claudia, pero no se atrevió a pronunciar su nombre. Yo sabía que, de haberlo querido, podía herirlo lanzándole una maldición, diciéndole cosas como por ejemplo: "¡Tú participaste de aquello! Estabas presente cuando lo hice, ¡y también cuando ella blandió el puñal!".

-¡No quiero oírte más, Louis! Vas a pasarte la vida entonando la canción de las limitaciones. Bueno, yo no soy Dios. Y tampoco soy el diablo, aunque a veces finjo serlo. Tampoco soy el artero Yago. No tramo situaciones espeluznantes y perversas. Y no puedo poner freno a mi curiosidad o mi espíritu. Sí, quiero saber si ese hombre es capaz de hacerlo. Quiero saber lo que va a pasar. Y no me daré por vencido.

-Y entonarás eternamente la canción de la victoria aunque no exista tal victoria.

-Pero es que existe. Tiene que existir.

-No. Cuanto más conocimiento adquirimos, más nos damos cuenta de que no existen las victorias. ¿Por qué no podemos recurrir a la naturaleza, hacer lo que se debe hacer para perdurar y nada más?

-Esa es la más indigna definición de la naturaleza que he escuchado en mi vida. Fíjate bien, no en la poesía sino en el mundo exterior. ¿Qué ves en la naturaleza? ¿Quién hizo a las arañas que se meten bajo las húmedas maderas de los pisos? ¿Quién creó a las mariposas con sus alas multicolores, que parecen grandes flores malignas en la penumbra? El tiburón del mar, ¿por qué existe? -Me adelanté, apoyé ambas manos en el escritorio y lo miré a la cara- Estaba tan seguro de que ibas a entender esto. Y a propósito, ¡yo no nací monstruo! Cuando nací era un niño mortal, lo mismo que tú. ¡Más fuerte que tú! ¡Con más deseos de vivir que tú! Eso que dijiste fue cruel.

-Lo sé. A veces me asustas tanto, que te ataco con palos y piedras. Es una tontería. Me alegro de verte, aunque no me atrevo a reconocerlo. ¡Me estremezco de sólo pensar que pudieras haber puesto fin a tu vida en el desierto! ¡No soporto la idea de la existencia sin ti! ¡Me pones furioso! ¿Por qué no te ríes de mí? No sería la primera vez.

Me enderecé, le di la espalda y me puse a contemplar el césped mecido suavemente por la brisa del río, los retoños de la enredadera que cubrían como un velo el hueco de la puerta.

-No me río. Pero esto lo voy a llevar adelante; de nada vale que te mienta. Dios santo, ¿es que no lo ves? Si llego a estar en un cuerpo humano aunque más no sea cinco minutos, ¿de qué no podría enterarme?

-De acuerdo -aceptó, desalentado-. Espero que descubras que el hombre te sedujo con una sarta de mentiras, que lo único que desea es la Sangre Misteriosa y que lo envíes directamente al infierno. Permíteme advertirte una vez más: si lo veo, si me llega a amenazar, te juro que lo mato. Yo no tengo tu fuerza. Dependo de la posibilidad de mantenerme anónimo. Mis pequeñas memorias, como tú las llamas, parecían tan alejadas del mundo moderno que nadie las tomó en serio.

-No le permitiré que te haga daño, Louis. -Giré y le dirigí una mirada aviesa. -Jamás habría permitido que nadie te hiciera daño.

Dicho lo cual, me marché.

Por supuesto, eso fue una acusación, y antes de dar media vuelta e irme, vi con placer que le había clavado un dardo.

La noche en que Claudia se rebeló contra mí, él se había quedado ahí, cual impotente testigo, reprobatorio pero sin intervenir, ni siquiera cuando lo llamé.

Luego alzó lo que supuso era mi cuerpo sin vida y lo arrojó al pantano. Oh, vástagos ingenuos, pensar que podían eliminarme tan fácilmente.

Pero, ¿para qué recordarlo ahora? En ese entonces él me amaba, con independencia de que lo supiera o no. En cuanto a mi amor por él y por esa niña enojada e infeliz, jamás tuve la menor duda.

Él se condolió de mí; eso tengo que reconocérselo. ¡Pero es tan bueno para condolerse! Usa el infortunio como otros usan el terciopelo; el sufrimiento lo favorece como la luz de las velas; las lágrimas le sientan como alhajas.

Bueno, conmigo no da resultado ninguna de esas tonterías.

Regresé a mi morada de la azotea, encendí todas mis bellas lámparas eléctricas y me quedé durante dos horas regodeándome con el grosero materialismo. Miré un desfile interminable de imágenes de vídeo en la pantalla gigante y por último dormí un rato en mi mullido sofá antes de salir a cazar.

Me sentía cansado, fuera de mi horario. Y con sed también.

Reinaba el silencio allende las luces del barrio francés y los rascacielos del centro de la ciudad, eternamente iluminados. Nueva Orleáns cae en sombras muy rápido, tanto en las calles rurales que ya he descrito como entre las viejas casas y edificios de ladrillos del centro.

Recorrí esas zonas comerciales desiertas, con sus fábricas y galpones cerrados, sus desoladas casitas de madera, y llegué hasta un lugar maravilloso próximo al río que quizá no tenga significado alguno para nadie, salvo para mí.

Se trata de los terrenos aledaños a los muelles, bajo los enormes pilotes de las autopistas que llevan hasta dos altos puentes de río que para mí, desde el primer instante en que los contemplé, fueron siempre los Portales del Sur.

Debo confesar que el mundo oficial ha puesto otro nombre a esos puentes, mucho menos simpático. Pero yo presto escasa atención al mundo oficial. Para mí siempre serán los Portales del Sur y, cada vez que regreso a esta ciudad, salgo enseguida a caminar, llego hasta ellos, y me embeleso con el parpadeo de sus miles de lucecitas.

Quiero dejar bien en claro que no se trata de finas creaciones estéticas como el puente de Brooklyn, que incitó el amor del poeta Hart Crane. Tampoco tienen la solemne grandiosidad del Golden Gate de San Francisco.

No obstante ello, son puentes, y todos los puentes me resultan hermosos, estimulantes para mi pensamiento; y cuando están totalmente iluminados como



Librodot

ésos, sus innumerables vigas y varillas adquieren una suerte de mística grandiosa..

Quiero agregar aquí que el mismo milagro de luz se produce en la negra campiña nocturna del sur, con sus inmensas refinerías de petróleo y sus usinas eléctricas que se alzan con llamativo esplendor desde la tierra plana e invisible. Y éstas tienen además la gloria de sus chimeneas y sus llamas eternamente encendidas. La Torre Eiffel no es ahora un simple andamiaje de hierro sino una escultura de deslumbrante luz eléctrica.

Pero volviendo a Nueva Orleáns, me puse a recorrer ese páramo ribereño, flanqueado por chozas ordinarias de un lado, por galpones abandonados del otro, y en el extremo norte por los maravillosos depósitos de maquinarias en desuso y sus cercos de alambre cubiertos por las infaltables enredaderas en flor.

Oh, campos del pensamiento y campos de la desesperanza. Me encantaba caminar por ahí, sobre la tierra yerma y blanda, en medio de las malezas altas y los trozos de vidrio roto, para escuchar el pulso débil del río aunque no pudiera verlo, para contemplar el lejano resplandor rosado del centro de la ciudad.

Ese lugar horrible, atroz y olvidado, esa enorme brecha en medio de pintorescos edificios viejos, donde sólo de tanto en tanto aparecía un auto, en las calles desiertas y supuestamente peligrosas, me pareció la esencia del mundo moderno.

No quiero olvidarme mencionar que esa zona, pese a los tenebrosos senderos que a ella conducían, en realidad nunca estaba del todo oscura. Un torrente de iluminación pareja llegaba desde los faroles de las autopistas, como también de las escasas luces de la calle, y todo creaba un aspecto lóbrego constante, de origen al parecer desconocido.

Dan ganas de ir ahí corriendo, ¿no es cierto? ¿No se muere usted por ir a merodear en medio de esa mugre?

Ahora, en serio, es divinamente triste estar ahí parado, ser una silueta diminuta dentro del cosmos que se estremece al oír los ruidos apagados de la ciudad, las imponentes máquinas que gimen en lejanos complejos industriales, el rugido de ocasionales camiones sobre nuestras cabezas.

A pocos pasos del lugar había unos edificios de viviendas abandonados. En sus habitaciones convertidas en basurales encontré a dos asesinos, embotadas de narcóticos sus mentes, con quienes me alimenté lenta y calladamente dejándolos sin conocimiento pero con vida.

Retorné al campo vacío y solitario y me puse a recorrerlo con las manos en los bolsillos, pateando las latas que encontraba a mi paso. Durante largo rato di vueltas bajo las autopistas propiamente dichas; luego pegué un salto y me marché por el brazo norte del portón más cercano. Qué profundo y turbio mi río. El aire estaba fresco sobre las aguas y, pese a la deprimente niebla que lo cubría, alcanzaba a ver profusión de estrellas crueles y diminutas. Largo rato permanecí cavilando acerca de todo lo que me había dicho Louis y todo lo que David me había dicho, pero aún seguía entusiasmado con la idea de encontrarme a la noche siguiente con Raglan James. Por último, me aburrí hasta del hermoso río. Revisé mentalmente la ciudad en busca del loco espía mortal, pero no lo pude hallar. Exploré el sector alto de la ciudad y tampoco lo encontré. Pero no estaba del todo seguro. Cuando ya terminaba la noche regresé a la casa de Louis -ahora vacía y a oscuras- y paseé por las callejuelas buscando de tanto en tanto al mortal espía, siempre en guardia. Con seguridad Louis estaba a salvo en su



Librodot

refugio secreto, oculto dentro del ataúd donde se escondía todos los días antes del amanecer. Luego volví caminando al campo una vez más, cantando solo, y pensé que los Portales del Sur, con todas esas luces, me recordaban aquellos bonitos vapores del siglo XVIII que parecían enormes tortas de bodas flotantes, adornadas con velitas. ¿Es esto una metáfora mixta? No me interesa. Mentalmente oía la música de los vapores. Traté de imaginar el siglo venidero, con qué formas nos recibiría, cómo combinaría la fealdad y la belleza con la nueva violencia, tal como lo hacía cada siglo. Contemplé los pilotes de las autopistas, gráciles arcos elevados de acero y hormigón, pulidos como esculturas, sencillos y monstruosos, hojas de pasto incoloro suavemente doblegadas. Hasta que por fin llegó el tren, traqueteando por la lejana vía delante de los galpones, con su tediosa sarta de vagones sucios, odioso, perturbador, enviando con el chillido de su silbato señales de peligro a mi alma demasiado humana. Cuando terminó de retumbar el último traqueteo, la noche replicó con total vacuidad. No había autos visibles que se desplazaran sobre los puentes y una niebla espesa avanzaba silenciosa todo a lo ancho del río, ocultando las estrellas esfumadas. Una vez más me encontré llorando. Pensaba en Louis, en sus advertencias. Pero, ¿qué podía hacer? Yo no sabía lo que era la resignación; jamás lo iba a saber. Si el miserable de Raglan James no aparecía a la noche siguiente, lo buscaría por el mundo entero.

No quería hablar más con David; no quería oír sus consejos, no podía escucharlo. Sabía que debía seguir adelante con esto. Continué con la mirada clavada en los Portales del Sur. No podía sacarme de la mente la belleza de sus luces titilantes. Me dieron ganas de ver una iglesia con velas, montones de velas encendidas como las que había visto en Notre Dame. Y elevarse, cual plegarias, el humo de los pabilos. Una hora aún para el amanecer. Tiempo suficiente. Lentamente me encaminé al centro de la ciudad. La catedral de San Luis había estado cerrada toda la noche, pero esas cerraduras no eran nada para mí. Me paré a la entrada misma de la iglesia y clavé los ojos en una hilera de velas encendidas que había bajo la estatua de la Virgen. Antes de encenderlas, los fieles dejaban su óbolo en una alcancía de cobre. Velas de vigilia, les decían. A menudo me sentaba en la plaza al anochecer y escuchaba el ir y venir de esas personas. Me gustaba el olor a cera; me gustaba la iglesita en penumbras que parecía no haber cambiado un ápice en mas de un siglo. Respiré hondo; luego metí la mano en el bolsillo, saqué un par de arrugados billetes de dólar y los introduje en la ranura. Tomé una mecha larga, la acerqué a una llama ya encendida, la llevé a una vela nueva y observé cómo la lengüita se ponía anaranjada, luminosa. Qué milagro, pensé, que una sola llamita pudiera hacer tantas más. Una llamita podía prender fuego al mundo entero. Con ese simple gesto yo acababa de aumentar la cantidad total de luz en el universo, ¿o no? Notable milagro, para el cual no habrá nunca explicación, nunca una charla de Dios y el diablo en un café de París. Sin embargo, las alocadas teorías de David me tranquilizaban cuando las rememoraba. «Creced y multiplicaos», dijo el Señor, Yahvé; de la carne de los dos, multitudes de descendientes, como nace un gran fuego a partir de dos pequeñas llamas... De pronto se produjo un ruido nítido, que resonó por la iglesia como si fuera un paso marcado ex profeso. Quedé petrificado, sorprendido de no haberme dado cuenta antes de que allí había alguien. Entonces recordé Notre Dame y los pasos infantiles sobre el piso de Piedra. Un repentino temor me invadió. Ella estaba ahí, ¿verdad? Si me daba vuelta a mirar, esta vez la vería con la capotita puesta, quizá, con los bucles



Librodot

desordenados por el viento y las manos enfundadas en mitones de lana, y ella me miraría con esos ojazos. Pelo dorado y hermosos ojos.

De nuevo el sonido. ¡Cómo odiaba ese miedo! Me volví y divisé la silueta inconfundible de Louis que emergía de entre las sombras. Sólo Louis. La luz de las velas lentamente me fue revelando su rostro plácido y algo demacrado. Llevaba puesto un detestable saco sucio y abierta la gastada camisa, y parecía tener algo de frío. Se acercó sin prisa y me aferró con fuerza del hombro.

-Te va a volver a pasar algo espantoso -dijo, al tiempo que la luz de las velas jugueteaba primorosamente en sus ojos verde oscuro-. Vas a hacer todo lo posible; lo sé.

-Voy a triunfar -respondí con una risita incierta, un tanto aturdido por la alegría de verlo. Luego me encogí de hombros-. ¿Acaso no lo sabes todavía? Siempre gano.

Pero me llamaba la atención que me hubiera hallado ahí, que hubiera venido tan cerca del amanecer. Y aún me encontraba temblando a causa de mis locas imaginaciones de que ella hubiera vuelto, como había vuelto en mis sueños, y yo hubiera querido saber por qué. De repente me preocupé por él; lo vi tan frágil con su piel blanca y sus manos largas y delicadas. Empero, alcancé a percibir la aplomada fortaleza que emanaba de él, como siempre lo hice, la fuerza del reflexivo que nada hace por impulso, la persona que ve desde todos los ángulos, que elige con cuidado sus palabras. El que nunca juega con el sol naciente. Se alejó de mí bruscamente y en silencio salió por la puerta. Fui tras él, pero no cerré la puerta al salir, lo cual me pareció imperdonable porque nunca hay que perturbar la paz de las iglesias. Lo observé alejarse en la mañana fría y negra, por la acera de los departamentos Pontalba, al otro lado de la plaza. Iba deprisa, con su estilo etéreo, dando pasos largos, leves. La luz, gris y letal, se acercaba tiñendo las vidrieras con un resplandor apagado. Yo podría soportarlo una media hora más, tal vez. Él no. Tomé conciencia de que no sabía dónde estaba escondido su ataúd, ni la distancia que debía recorrer para llegar hasta él. No tenía ni la más leve idea. Antes de llegar a la esquina más próxima al río, se volvió. Me envió un pequeño saludo con la mano y noté en ese gesto más cariño que en todo lo que me había dicho antes. Regresé para cerrar la iglesia.

## 8

A la noche siguiente, me dirigí sin demora a la plaza Jackson. Finalmente se había abatido sobre Nueva Orleáns el tremendo temporal del norte, trayendo consigo un viento helado. Ese tipo de fenómeno puede presentarse en cualquier momento durante los meses de invierno, si bien algunos años no ocurre en absoluto. Yo había pasado por mi departamento para ponerme un sobretodo grueso de lana, feliz de experimentar como antes esa sensación en mi piel recientemente bronceada. Unos pocos turistas desafiaban las inclemencias del tiempo y entraban en los bares y panaderías próximos a la catedral que aún estaban abiertos; el tránsito nocturno era veloz, ruidoso. El viejo y grasiento Café du Monde se encontraba colmado y tenía sus puertas cerradas. A él lo vi de inmediato. Qué suerte. Habían rodeado el perímetro de la plaza con cadenas, como se acostumbra hacer ahora al atardecer -qué fastidio-, y él se hallaba del

lado de afuera, frente a la catedral, mirando nervioso a su alrededor. Dispuse de un momento para observarlo antes de que notara mi presencia Era algo más alto que yo -un metro noventa, le calculé, y de excelente contextura, como ya había advertido. No me equivoqué en cuanto a la edad. Ese cuerpo no podía tener más de veinticinco años. Iba vestido con ropa muy cara: impermeable forrado en piel, de muy buen corte, y una gruesa bufanda de cachemira colorada. Noté que, al verme, lo recorría un espasmo, mezcla de ansiedad y satisfacción. Se dibujó en su rostro una horrible sonrisa resplandeciente y, tratando en vano de disimular su pánico, me miró fijo cuando me le acerqué remedando el paso de los humanos.

-Oh, pero parece usted un ángel, señor de Lioncourt -murmuró-. Y qué estupendo el bronceado de su piel. Perdóneme que no se lo haya elogiado antes.

-Conque ha venido, señor James -dije, enarcando las cejas-. ¿Qué me va a proponer? Hable rápido, porque usted no me cae bien.

-No sea descortés, señor de Lioncourt. Sería un lamentable error que me ofendiera; sinceramente se lo digo. -Sí, voz igualita a la de David. De la misma generación, lo más probable. Y sin duda, con un dejo de acento de la India.

-En eso tiene razón -prosiguió-; viví muchos años en la India. Y un tiempo en Australia y en África también.

-Ah, veo que puede leerme los pensamientos con facilidad.

-No con tanta como supone, y ahora quizá no podré hacerlo más.

-Lo voy a matar si no me dice cómo hizo para seguirme y qué es lo que quiere.

-Usted sabe lo que quiero -repuso, soltando una risita poco alegre, ansiosa. Posó sus ojos en mí y luego desvió la mirada. -Ya se lo dije a través de los cuentos, pero no puedo hablar aquí, con tanto frío. Esto es peor que Georgetown, que es donde vivo, dicho sea de paso. Tenía la esperanza de poder escapar de este clima. ¿Por qué me arrastró a Londres y a París en esta época del año? -Más espasmos de risa seca. Evidentemente no podía mirarme más de un minuto sin tener que desviar los ojos como si yo lo encandilara.

-Hacía un frío espantoso en Londres, y yo odio el frío. Aquí estamos cerca del trópico, ¿no? Ah, usted y sus recuerdos sentimentales de la nieve invernal.

Este último comentario me dejó azorado y no lo pude disimular. Tuve un momento de indignación, hasta que conseguí dominarme.

-Vamos al café -le propuse, señalando el viejo mercado francés al otro lado de la plaza. Caminé deprisa por la acera. Estaba tan perplejo y agitado que no quería arriesgarme a pronunciar ni una palabra más. El ambiente del café era ruidoso pero cálido. Entré primero y me encaminé hacia una mesa en el extremo más alejado de la puerta, pedí el famoso café au lait para los dos y me quedé sentado en rígido silencio, algo distraído por el hecho de que la mesa estaba pegajosa. Fascinado, vi que él se estremecía, se quitaba la écharpe con gesto nervioso, volvía a ponérsela, se sacaba los guantes de fino cuero, se los guardaba en el bolsillo, luego volvía a sacárselos, se ponía uno, dejaba el otro sobre la mesa, hasta que por último lo tomó nuevamente y se lo calzó también. Había sin lugar a dudas algo de horrible en ese individuo, algo en el modo en que ese cuerpo espléndido se inflaba con su espíritu tortuoso e inquieto, en sus cínicos ataques de risa. Sin embargo, no podía apartar mis ojos de él. Experimentaba un placer en cierto modo diabólico al observarlo. Y creo que él lo sabía. Detrás de ese rostro bello, perfecto, se ocultaba una inteligencia provocativa. Él me hizo tomar conciencia de lo intolerante que me había vuelto para con los que eran jóvenes de

verdad. En eso nos sirvieron el café, y yo rodeé con ambas manos la taza caliente. Dejé que el vapor me subiera a la cara, operación que observó con sus grandes ojos castaños como si fuera él quien estaba fascinado. Trató de mantener mi mirada sin apartar la suya, lo cual le costó bastante. Boca deliciosa, pestañas bonitas, dientes perfectos.

-¿Qué diablos le pasa? -pregunté.

-Usted lo sabe; ya lo adivinó. No me gusta este cuerpo, señor de Lioncourt. Un ladrón de cuerpos tiene sus pequeños problemas.

-¿Eso es lo que usted es?

-Sí, un ladrón de cuerpos de primera categoría. ¿Acaso no lo sabía ya cuando accedió a verme? Tendrá que perdonar mi ocasional torpeza. Durante la mayor parte de mi vida he sido un hombre delgado, casi piel y huesos. Nunca tuve buena salud. -Lanzó un suspiro y, por un instante, su rostro juvenil se apesadumbró.

-Pero ese capítulo de mi vida ya está cerrado -agregó con repentino fastidio-. Permítame ir derecho al grano, por respeto a su notable intelecto preternatural y amplia experiencia...

-¡No se burle de mí, sinvergüenza! -musité por lo bajo-. Está jugando conmigo, y yo lo voy a matar despacito. Ya le dije que no me cae bien. Ni siquiera me gusta el título que se adjudica.

Eso lo hizo guardar silencio y serenarse. A lo mejor perdió el temple, o quedó petrificado de terror. Creo que sencillamente dejó de tener tanto miedo y se enojó.

-De acuerdo -murmuró con tono serio, sin el furor de antes-. Quiero permutar cuerpos con usted. Quiero que me dé el suyo por una semana, y yo me encargaría de darle el mío, un cuerpo joven, que goza de perfecta salud. Es evidente que a usted le gusta mi físico. Puedo mostrarle varios certificados de buena salud, si lo desea. Este cuerpo fue examinado exhaustivamente antes de que me apoderara de él. O de que lo robara. Es muy robusto, como puede apreciar.

-¿Cómo lo hace?

-Lo hacemos juntos, señor de Lioncourt -respondió él, cortés. Su tono se iba volviendo más amable con cada frase que pronunciaba. -Tratándose de un ser como usted, imposible que yo le robe el cuerpo.

-Pero intentó hacerlo, ¿no es así?

Me observó un instante, sin saber muy bien qué responder.

-Bueno, no puede culparme por eso ahora, ¿verdad? -me pidió en tono suplicante-. Como tampoco puedo culparlo yo porque beba sangre. -Sonrió al pronunciar la palabra “sangre”. -Pero yo en realidad lo que estaba haciendo era tratar de que me prestara atención, lo cual no es nada fácil. -Parecía pensativo, y muy sincero. -Además, siempre es necesaria la colaboración en algún plano, por oculto que éste pueda ser.

-Sí. Pero, ¿cuál es la mecánica, si no le molesta la palabra? ¿Cómo colaboramos uno con el otro? Sea concreto, porque me resisto a creer que se pueda hacer.

-Vamos, vamos, claro que lo cree -apuntó, calmo, como si fuera un maestro muy paciente. Parecía casi una personificación de David, pero sin el vigor de mi amigo. -¿De qué otra manera podría haberme apoderado de este cuerpo? -Hizo un pequeño gesto ilustrativo y continuó. -Nos reuniremos en el sitio adecuado. Después nos elevaremos y saldremos de nuestros cuerpos, cosa que usted sabe

hacer a la perfección y ha descrito con gran elocuencia en sus libros. Después cada uno tomará posesión del cuerpo del otro. No es nada complicado; lo único que se requiere es coraje y un acto de voluntad. -Levantó la taza con mano muy temblorosa y bebió un sorbo de café caliente. -Para usted, la prueba será el coraje, nada más.

-¿Qué será lo que me retenga dentro del nuevo cuerpo?

-Señor de Lioncourt, no habrá nadie allí adentro que quiera desplazarlo. Comprenda, que esto no tiene nada que ver con la posesión. Oh, la posesión es una lucha. Cuando entre en este cuerpo, no encontrará la menor resistencia. Puede permanecer en él hasta que decida retirarse.

-¡Es demasiado enigmático! -expresé, molesto-. Sé que se ha escrito mucho sobre estas cuestiones, pero hay algo que no...

-Déjeme ponerlo en perspectiva -dijo con voz queda y elegante condescendencia-. Estamos hablando de ciencia, pero de una ciencia aún no del todo codificada por los científicos. Lo que tenemos son las memorias de poetas y aventureros de lo oculto, totalmente incapaces de analizar el proceso.

-Exacto. Como usted ha señalado, yo mismo me atreví a salir del cuerpo. Sin embargo, no sé qué es lo que sucede. No entiendo por qué el cuerpo no se muere cuando uno lo abandona.

-El alma tiene más de una parte, igual que el cerebro. Como usted sabrá, un niño puede nacer sin cerebelo y, sin embargo, si tiene lo que se denomina tallo cerebral, el cuerpo puede vivir igualmente.

-Qué idea desagradable.

-Es un caso muy frecuente, se lo aseguro. Quienes a causa de un accidente sufrieron daños cerebrales irreversibles pueden continuar respirando e incluso bostezar en su sopor, mientras les siga el bulbo raquídeo funcionando.

-¿Y usted puede poseer esos cuerpos?

-Oh, no. Para tomar posesión total, necesito que el cerebro esté sano. Deben funcionar a la perfección todas sus neuronas y ser capaces de interrelacionarse dentro de la mente invasora. Fíjese bien, señor de Lioncourt, que cerebro y mente son cosas distintas. Además recuerde que no estamos hablando de posesión sino de algo infinitamente más delicado. Permítame continuar, por favor.

-Adelante.

-Como le iba diciendo, el alma consta de más de una parte, lo mismo que el cerebro. La de mayor tamaño -la identidad, la personalidad, la conciencia si lo desea- es lo que se desprende y viaja pero siempre queda una pequeña parte residual, que es lo que mantiene con vida el cuerpo vacío, por así decirlo, porque, de lo contrario, al quedar vacío se produciría la muerte, sin duda.

-Entiendo. Lo que me está diciendo es que el alma residual da vida al tallo cerebral.

-Sí. Cuando usted salga de su cuerpo, dejará adentro un alma residual. Y cuando entre en éste, encontrará también un alma residual. Lo mismo hallé yo cuando tomé posesión. Y esa alma se enlaza automáticamente con cualquier alma superior, quiere abarcar a esa alma superior. Sin ella, se siente incompleta.

-Y cuando se produce la muerte, ¿ambas almas parten?

-Así es. Ambas, la residual y la mayor, se marchan juntas en violenta evacuación; entonces el cuerpo queda como una cáscara inerte y comienza su

descomposición. -Aguardó, mirándome con el mismo aire de infinita paciencia; luego agregó: -Créame que la fuerza de la verdadera muerte es mucho más intensa. No existe el menor peligro en lo que nos proponemos hacer.

-Pero si esa pequeña alma residual es tan perspicaz, ¿por qué no puedo yo, con todos mis poderes, sacar a un mortal de su pellejo y entrar en él?

-Porque el alma mayor trataría de recuperar el cuerpo. Aunque no hubiera una comprensión del proceso, lo intentaría una y otra vez. A las almas no les gusta estar sin cuerpo. Y si bien el alma residual recibe de buen grado al invasor, dentro de ella hay algo que siempre reconoce al alma particular de la cual antes formaba parte Si hubiera una lucha, se inclinaría por esa otra alma Y hasta un alma desconcertada puede realizar un fuerte intento de recobrar su esqueleto humano.

Nada dije, pero por más que sospechaba de él, por más que procuraba estar siempre en guardia, encontraba sentido a sus palabras.

-La posesión es siempre una lucha sangrienta -reiteró-. Mire lo que pasa con los espíritus malignos, los fantasmas, ese tipo de cosas. A ellos siempre se los erradica, aunque el vencedor nunca sepa qué fue lo que ocurrió. Cuando viene el sacerdote con el incienso y todo ese asunto del agua bendita, apela al alma residual para que expulse al intruso y haga volver a la vieja alma.

-Pero con el enfoque cooperativo, ambas almas tienen cuerpos nuevos.

-Precisamente. Créame; si piensa que puede meterse dentro de un humano sin ayuda mía, bueno, inténtelo y ya va a ver lo que le digo. Jamás podrá experimentar a fondo los cinco sentidos de un mortal mientras adentro se libre una batalla.

Su tono se volvió aún más cauteloso, confidencial.

-Mire este cuerpo de nuevo, señor de Lioncourt -dijo con engañosa dulzura-. Puede ser suyo, absolutamente suyo. -Su pausa de pronto me resultó tan precisa como sus palabras. -Hace un año lo vio por primera vez en Venecia. Durante todo este tiempo, sin interrupción, ha albergado a un intruso. Lo albergará a usted.

-¿De dónde lo sacó?

-Ya le dije que lo robé. Su antiguo dueño murió.

-Quiero datos más concretos.

-¿Le es necesario? No me gusta quedar comprometido.

-No soy un mortal funcionario de la ley, señor James. Soy vampiro. Háble me con palabras que me resulten comprensibles.

Soltó una risita irónica.

-El cuerpo fue elegido con sumo cuidado -dijo-. A su antiguo dueño ya no le quedaba mente. Oh, no tenía nada de malo en lo orgánico, porque, como le dije, se le habían practicado exámenes exhaustivos. Se había convertido en una especie de gran animal de laboratorio. No se movía nunca. No hablaba. Había perdido irremediablemente la razón, por más que las neuronas sanas continuaran reproduciéndose, como suelen hacer. Logré hacer el cambio por etapas. Expulsarlo a él de su cuerpo fue fácil. Lo que requirió una gran habilidad fue tentarlo para que ingresara en mi antiguo cuerpo y luego dejarlo allí.

-¿Dónde está ahora su viejo cuerpo?

-Señor de Lioncourt, es del todo imposible que la vieja alma venga nunca a golpear las puertas, se lo garantizo.

-Quiero ver una foto de su viejo cuerpo.

-¿Para qué?

-Porque me va a decir cosas sobre su persona, quizá más de lo que me dice con palabras. Se lo exijo; no pienso seguir sin ver una foto.

-¿Ah, no? -Conservaba su sonrisa amable. -¿Y si me levanto y me voy?

-Mataré su espléndido físico nuevo no bien lo intente, y nadie se dará cuenta. Creerán que está borracho, que por eso lo sostengo entre mis brazos. Esas cosas las hago todo el tiempo.

Se quedó callado, pero noté que hacía cálculos febriles. Luego caí en la cuenta de lo mucho que él saboreaba la situación, cómo la había disfrutado desde el principio. Se asemejaba a un gran actor, inmerso por completo en el personaje más importante de su carrera. Me sonrió, asombrosamente seductor; luego se quitó el guante derecho, sacó algo del bolsillo y me lo puso en la mano. Una foto vieja de un hombre delgado, de pelo canoso, ondulado. Le calculé unos cincuenta años. Llevaba una especie de uniforme blanco y corbata negra de moño. En realidad tenía un aspecto agradable, mucho más fino que David aunque con el mismo estilo británico de elegancia, y una linda sonrisa. Estaba apoyado contra una barandilla que parecía de barco. Sí, era un barco.

-Usted sabía que le iba a pedir una foto, ¿no?

-Tarde o temprano...

-¿Cuándo fue tomada?

-No tiene importancia. ¿Para qué diablos lo quiere saber? -Dejó traslucir algo de impaciencia, que de inmediato disimuló. -Fue hace diez años -precisó, bajando un tanto la voz-. ¿Le basta con eso?

-¿Quiere decir que andaría por los..., sesenta y tantos?

-Digamos que sí -aceptó, con una ancha sonrisa.

-¿Cómo hizo para enterarse de esto? ¿Por qué no hubo otros que perfeccionaran la técnica? Me miró de arriba abajo con cierto desagrado y me pareció que podía llegar a perder la compostura. Luego volvió a asumir los modales corteses.

-Muchos lo han hecho -repuso, adoptando un tono confidencial-. Eso se lo podía haber dicho su amigo David Talbot, pero no quiso. Él miente, como todos los brujos de la Talamasca. Son religiosos. Creen que pueden dominar a las personas; usan sus conocimientos para dominar.

-¿Cómo es que los conoce?

-Porque fui miembro de la orden -explicó con picardía, y volvió a sonreír-. Me expulsaron acusándome de utilizar mis poderes en mi propio provecho. ¿Para qué, si no? Por ejemplo usted, señor de Lioncourt, ¿para qué usa sus facultades si no en su propio beneficio?

De modo que Louis había acertado. No respondí. Traté de leerle la mente, pero fue inútil. En cambio, me afectó profundamente su presencia física, el calor que emanaba de él, la fuente cálida de su sangre. Suculento, sería un buen término para calificar su cuerpo, más allá de lo que pudiera opinarse sobre su espíritu. No me agradaba la sensación porque me dieron deseos de matarlo en ese mismo instante.

-Me enteré de lo de usted a través de la Talamasca -prosiguió, retomando el mismo tono confidencial-. Desde luego, yo estaba al tanto de sus pequeñas obras

de ficción. Suelo leer ese tipo de literatura. Por eso me valí de los cuentos para comunicarme con usted. Pero fue en los archivos de la Talamasca donde descubrí que sus ficciones no eran tales.

Me indigné con Louis para mis adentros, por haber acertado.

-De acuerdo -dije-. Entiendo todo lo del cerebro dividido y el alma dividida, pero ¿y si después de hacer el cambio usted no quiere devolverme el cuerpo, y yo no tengo fuerza suficiente para recuperarlo? ¿Cómo puedo impedirle que se lo quede para siempre? Permaneció un largo instante en silencio; luego respondió midiendo sus palabras:

-Con un buen soborno.

Ah.

-Una cuenta bancaria de diez millones de dólares aguardándome para cuando vuelva a poseer mi cuerpo. -Volvió a meter la mano en el bolsillo y extrajo una tarjetita plástica con una pequeña foto de su nueva cara. También había una huella digital además de su nombre, Raglan James, y un domicilio en Washington. -Eso usted seguramente puede arreglarlo. Una fortuna que sólo pueda cobrar la persona que tenga este rostro y esta huella digital. No pensará que voy a despreciar semejante fortuna, ¿verdad? Además, no quiero su físico para siempre. Bastante elocuente ha sido usted al describir sus sufrimientos, su desasosiego, su ruidoso descenso al infierno, etcétera. No. Su cuerpo lo quiero por un breve lapso, nada más. Hay ahí afuera muchos cuerpos esperando que los posea, muchas clases de aventura.

Examiné la tarjetita.

-Diez millones -repetí-. Es una suma abultada.

-No es nada para una persona como usted, que tiene miles de millones ocultos en bancos internacionales bajo todos sus nombres ficticios. Un ser con sus formidables facultades puede adquirir todas las riquezas del mundo. Sólo los vampiros de las películas de segunda deambulan durante toda la eternidad llevando unas vidas paupérrimas como sabemos. Se limpió puntillosamente los labios con un pañuelo de hilo; luego bebió un sorbo de café.

-Quedé sumamente intrigado -continuó- con sus descripciones del vampiro Armand en “La reina de los condenados”, cómo usó sus poderes para amasar una fortuna y construir una gran empresa, la Isla de la Noche..., hermoso nombre... Me dejó muy impresionado. -Sonrió un instante y luego prosiguió con la misma amabilidad. -No me costó mucho reunir datos sobre las afirmaciones que usted hace, aunque como ambos sabemos, su misterioso compañero hace tiempo ya que se marchó de la Isla de la Noche y desapareció de los archivos informáticos..., al menos que yo sepa.

No dije nada.

-Además, por lo que le estoy ofreciendo, diez millones es un regalo. ¿Quién otro le ha ofrecido tanto? No existe nadie, en este momento al menos, que pueda brindárselo.

-¿Y si fuera yo el que no quiere volver a lo de antes al concluir la semana? Supongamos que quiera seguir siendo humano siempre.

-Por mí, no hay ningún problema, porque puedo desprenderme de su cuerpo en cualquier momento. Muchos estarían dispuestos a sacármelo de las manos. -Me obsequió una sonrisa respetuosa, de admiración,

-¿Qué va a hacer con mi cuerpo?

-Disfrutarlo, ¡Disfrutar la fortaleza, el poder! Ya he tenido lo que puede ofrecer un cuerpo humano: juventud, belleza, elasticidad. También he estado en un cuerpo de mujer. Dicho sea de paso, no se lo recomiendo. Por eso ahora quiero lo que usted tiene para ofrecer. -Entrecerró los ojos e inclinó la cabeza. -Si hubiera por aquí algún ángel corpóreo, quizá también me le acercaría.

-¿No hay en la Talamasca registros de ángeles?

Vaciló un instante y luego soltó una risita.

-Los ángeles son espíritu puro, señor de Lioncourt, y nosotros estamos hablando de cuerpos, ¿verdad? Me apasionan los placeres de la carne. Y los vampiros son monstruos de carne, ¿no? Medran con la sangre. -Una vez más le noté un brillo especial en los ojos al pronunciar la palabra "sangre".

-¿Qué es lo que persigue realmente? ¿Cuál es su pasión? No puede ser el dinero. ¿Para qué sirve el dinero? ¿Qué puede comprar con él? ¿Experiencias que no ha tenido?

-Sí, podríamos decir que es eso. Experiencias que no he tenido. Obviamente soy un sensual, por así decirlo, pero si quiere que le diga la verdad -y no veo por qué debería haber mentiras entre nosotros-, soy en todo sentido un ladrón. No disfruto algo si no lo he obtenido regateando, engañando a alguien o robándolo. Es mi forma de encontrarle utilidad a todo, podríamos decir, ¡lo que me asemeja a Dios!

Se interrumpió como si se hubiera impresionado tanto con lo que había dicho, que tuvo que recobrar el aliento. Su mirada saltaba de un lado a otro; luego miró la taza de café semivacía y esbozó una sonrisita secreta.

-Me sigue, ¿verdad? Esta ropa la robé. Todo lo que tengo en mi casa de Georgetown, cada mueble, cuadro y objeto de arte es robado. Hasta la casa misma es robada, o digamos que me fue transferida en una maraña de falsas impresiones y falsas esperanzas. Creo que lo llaman estafa. Es todo la misma cosa. -Nuevamente sonrió con aire de orgullo y, al parecer, con tal profundidad de sentimiento que me dejó impresionado. -Todo el dinero que poseo es robado, lo mismo que el auto que conduzco en Georgetown. También los pasajes de avión que usé para perseguirlo a usted por todo el mundo.

No respondí. Qué extraño era, pensé, intrigado y al mismo tiempo repelido por él pese a su simpatía y aparente honestidad. Era un acto estudiado, casi perfecto. Y esa cara cautivante, que con cada nueva revelación parecía más expresiva, más dúctil. Más cosas me faltaba saber.

-¿Cómo consiguió seguirme a todas partes? ¿Cómo sabía dónde encontrarme?

-De dos maneras, para serle sincero. La primera es evidente. Poseo la facultad de abandonar mi cuerpo por períodos breves, durante los cuales puedo buscarlo atravesando enormes distancias. Pero no me gusta ese tipo de viaje incorpóreo. Además, usted no es fácil de encontrar. Se oculta durante largos períodos; después resplandece en una visibilidad total. Y, desde luego, se desplaza sin seguir esquema alguno. A menudo, cuando lo localizo y llevo mi cuerpo hasta el lugar, usted ya se ha marchado. "Después hay otra manera, casi tan mágica como la anterior: los sistemas de informática. Usted usa varios nombres ficticios. Yo ya le descubrí cuatro. A menudo no soy lo suficientemente rápido y no puedo localizarlo a través de la computadora, pero puedo estudiar sus huellas. Y cuando decide volver al punto de partida, sé dónde ubicarlo.

Yo guardaba silencio, maravillándome una vez más de lo mucho que él disfrutaba todo eso.

-Tengo el mismo gusto que usted para las ciudades -dijo-. Su mismo gusto en cuanto a hoteles: el Hassler en Roma, el Ritz en París, el Stanhope en Nueva York. Y desde luego, el Park Central en Miami, un hotelito muy simpático. No, no se ponga tan desconfiado. No tiene nada de raro perseguir a personas mediante la computadora. No tiene nada de especial sobornar a empleados para que nos muestren un comprobante de tarjeta de crédito o nos revelen datos que no deben dar a conocer. Con los trucos eso se consigue muy bien. No hace falta ser un asesino preternatural para lograrlo. En absoluto.

-¿Roba usted por computadora?

-Cuando puedo -admitió, haciendo una pequeña mueca-. Robo de diversas maneras. Nada me resulta indigno. Pero en modo alguno tengo la capacidad de alzarme con diez millones de dólares. Si la tuviera, no estaría aquí, ¿no le parece? No soy tan inteligente. En dos oportunidades me pescaron y caí preso. Ahí fue donde perfeccioné la forma de viajar fuera del cuerpo, ya que no tenía otra manera -La sonrisa que esbozó fue irónica.

-¿Por qué me cuenta todo esto?

-Porque su amigo David Talbot se lo va a decir, y porque creo que usted y yo deberíamos entendernos. Ya estoy cansado de correr riesgos. La gran razón que me anima es el cuerpo suyo, y los diez millones cuando se lo devuelva.

-Me suena todo tan trivial, tan prosaico.

-¿Diez millones le parecen prosaicos?

-Sí. Cambió un cuerpo viejo por uno nuevo. ¡Volvió a ser joven! Y el próximo paso, si yo acepto, será mi cuerpo, mis poderes. Sin embargo, lo que le importa es el dinero nada más.

-¡Ambas cosas! -protestó, desafiante-. Son cosas muy parecidas. -Con esfuerzo deliberado recobró la compostura. -Usted no se da cuenta porque adquirió al mismo tiempo el dinero y sus facultades. La inmortalidad es un gran féretro lleno de oro y piedras preciosas. ¿No fue así como lo contó? Usted salió de la torre de Magnus convenido en inmortal y con una fortuna. ¿O acaso esa historia es mentira? Aunque usted evidentemente es real, no sé si creer todas las cosas que escribió. Pero tiene que comprender lo que le digo, porque usted también es ladrón.

Mi reacción inmediata fue de indignación. De pronto me resultó mucho más desagradable que al principio, cuando estaba tan nervioso.

-No soy un ladrón -murmuré a media voz.

-Sí lo es. Siempre les roba algo a sus víctimas. Sé que lo hace.

-No, nunca, salvo que... no quede otro remedio.

-Como usted diga. Yo, sin embargo, creo que lo es. -Se inclinó hacia adelante con los ojos nuevamente brillosos y me habló en tono tranquilizador: -Roba la sangre que bebe; eso no lo puede negar.

-¿Cómo fue el incidente que tuvo con la Talamasca?

-Ya le conté que me echaron, acusándome de usar mis dones para obtener información con fines personales. Me acusaron de engaño... y de robo, desde luego. Fueron muy tontos y miopes esos amigos suyos de la Talamasca. Me subestimaron totalmente. Tendrían que haberme valorado. Tendrían que

haberme estudiado, haberme implorado que les enseñe lo que sé. “En cambio, me echaron y me pagaron seis meses de indemnización. Una miseria. Y me negaron mi último deseo... un pasaje en primera clase a los Estados Unidos en el Queen Elizabeth II. Habría sido tan sencillo que me lo concedieran. Además, estaban en deuda conmigo por todas las cosas que les revelé. Tendrían que habérmelo dado. -Suspiró, me lanzó una miradita y luego posó sus ojos en el local. -Pequeñas cosas que importan en este mundo. Importan mucho.

No le respondí. Volví a mirar la foto, la imagen que aparecía en la cubierta del barco, pero no estoy seguro de que él se haya dado cuenta. Tenía la mirada perdida en el ruidoso resplandor del local; sus ojos recorrían las paredes, el techo, se posaban en algún turista ocasional, pero no registraban nada.

-Traté de llegar a un acuerdo con ellos -continuó con la misma voz mesurada de antes-. Es decir, les pregunté si querían que les devolviera algunos objetos, que les aclarase ciertos interrogantes... usted sabe. ¡Pero no quisieron entender razones! Además, para ellos el dinero no tiene importancia, lo mismo que para usted. Son tan tacaños que ni siquiera analizaron la posibilidad. Me dieron un pasaje de avión en clase turista y un cheque por seis meses de sueldo. ¡Seis meses! ¡Ah, estoy tan cansado de estas vicisitudes!

-¿Qué le hizo pensar que podía ser más astuto que ellos?

-¡Es que lo fui! -exclamó, con una sonrisita-. No son muy cuidadosos con sus cosas. Usted no se da una idea de la cantidad de pequeños tesoros que les robé. Nunca se lo van a imaginar. Desde luego, el robo más importante fue usted, enterarme de que existía. Oh, descubrir esa cripta llena de reliquias fue pura buena suerte. Quiero que sepa que no me llevé ninguno de sus antiguos bienes: levitas ya podridas de sus placares de Nueva Orleáns, pergaminos con su firma rebuscada... hasta había un relicario con una pintura en miniatura de esa niña detestable...

-Cuide su vocabulario -susurré. Se quedó muy callado.

-Perdone. No quise ofenderlo.

-¿Qué relicario? -quise saber. ¿Se habría percatado de que el corazón me latía con más fuerza? Procuré calmarme, no dejar que me subiera el sentimiento a la cara. Qué sumiso parecía cuando respondió.

-Un relicario de oro con su cadena, que adentro tenía una miniatura ovalada. No quise robarlo, se lo juro. Lo dejé donde estaba. Todavía sigue en la cripta. Pregúntele a su amigo Talbot.

Ordené a mi corazón que se quedara quieto, al tiempo que borraba de mi mente todas las imágenes del relicario.

-Lo cierto es -dije luego- que la Talamasca lo pescó y lo puso de patitas en la calle.

-No veo por qué me sigue ofendiendo -musitó, humilde-.Usted y yo podemos llegar a un acuerdo sin necesidad de ser antipáticos. Lamento haber mencionado lo del relicario...

-Quiero pensar un poco su propuesta -dije.

-Podría ser un error.

-¿Por qué?

-¡Corra el riesgo! No se demore. Y tenga presente que, si me hace daño, desperdiciará esta oportunidad para siempre. Yo soy el único que puede brindarle

esta experiencia; sin mí, no podrá saber jamás qué se siente siendo de nuevo un ser humano. -Se me acercó, pero tanto que alcancé a sentir su aliento en mi mejilla. -Nunca va a saber lo que es caminar al sol, disfrutar una comida de verdaderos alimentos, hacer el amor con una mujer o un hombre.

-Quiero que salga ya mismo de aquí. Váyase de la ciudad y no regrese nunca. Yo iré a Georgetown a reunirme con usted cuando me sienta preparado. Y por tratarse de la primera vez, el cambio de cuerpo no será por una semana. Será...

-¿Puedo sugerirle dos días?

No le contesté.

-¿Y si empezamos con un día? -propuso-. Si le gusta, después podemos arreglar por un período más largo.

-Un día -dije, y mi voz sonó extraña aún para mis propios oídos-. Un período de veinticuatro horas... por ser la primera vez.

-Un día y dos noches. Le sugiero que sea este mismo miércoles, apenas se ponga el sol. El segundo cambio lo haríamos el viernes, antes del amanecer.

Nada dije.

-Tiene la noche de hoy y la de mañana para prepararse -agregó, queriendo engatusarme-. Después de hacer la mutación, va a tener toda la noche del miércoles y el jueves entero, podría ser hasta... ¿Le parece bien dos horas antes de salir el sol el viernes? Le tiene que resultar cómodo así. -Me observó detenidamente y luego, con una pizca de ansiedad. -Ah, y tráigame uno de sus pasaportes, cualquiera que sea; también una tarjeta de crédito y en los bolsillos, una suma de dinero además de los diez millones. ¿Comprendido?

Seguí sin responder.

-Usted sabe que esto va a andar bien.

Continué callado.

-Créame que todo lo que le dije es verdad. Pregúntele a Talbot. Yo no nací apuesto como me ve ahora. Y este cuerpo está ya mismo, en este instante, a su disposición.

No hablé.

-Venga a verme el miércoles. Se va a alegrar de haberlo hecho.

-Se interrumpió, y sus modales se suavizaron aún más. -Mire... Me da la sensación de que lo conozco -aseguró, su voz apenas un susurro-. ¡Sé lo que quiere! Es espantoso desear algo y no tenerlo. Ah, pero cuando uno después sabe que lo puede conseguir... Lo miré a los ojos. Su rostro atractivo estaba sereno, sin la menor expresión, y los ojos parecían maravillosos por su fragilidad y su precisión. La piel parecía tener elasticidad y pensé que sería sedosa al tacto. Luego me llegó una vez más su voz, una especie de cuchicheo seductor en el cual las palabras trasuntaban un dejo de tristeza.

-Esto es algo que sólo podemos hacer usted y yo -dijo-. En cierto sentido, se trata de un milagro que únicamente usted y yo somos capaces de comprender.

La cara, con su tranquila belleza, me pareció en ese momento monstruosa, lo mismo que la voz, con su timbre encantador, con su elocuencia, con su manera de expresar empatía y hasta afecto, quizá hasta amor. Sentí un deseo imperioso de aferrarlo por el cuello, de sacudirlo hasta que perdiera la compostura y dejara de fingir un sentimiento profundo, pero de ninguna manera lo iba a hacer. Me sentía cautivado por los ojos y la voz. Me estaba dejando hechizar, del mismo

modo que antes me había dejado invadir por las sensaciones físicas de agresión. Eso se debía, supuse, a que ese individuo parecía frágil y ridículo y yo, en cambio, estaba seguro de mi propia fortaleza. Pero era mentira. ¡Yo quería hacer el experimento! Quería hacer el cambio. Sólo al rato él desprendió su mirada y la paseó por el local. ¿Estaría esperando su oportunidad? ¿Qué pasaba por su alma artera y totalmente encubierta? ¡Un hombre que podía robar cuerpos, vivir dentro de la carne de otros! Con gestos despaciosos, sacó una lapicera, arrancó una servilletita de papel y escribió el nombre y la dirección de un banco. Me dio el papel y lo guardé en el bolsillo sin abrir la boca.

-Antes de hacer el cambio -me advirtió- le daré mi pasaporte; el que tiene la cara correcta, desde luego. A usted lo dejaré cómodamente instalado en mi casa. Supongo que llevará dinero consigo... siempre lleva. Mi casa le resultará muy acogedora. Georgetown le va a gustar. -Sus palabras me producían una sensación de dedos suaves recorriendo el dorso de mi mano, algo fastidioso y emocionante a la vez. -Es un sitio antiguo, muy civilizado. Por supuesto, allí ahora nieva. Hace mucho frío. Si quisiera hacer el cambio en un lugar más cálido...

-No me molesta la nieve -dije por lo bajo.

-Me imagino. Bueno, de todos modos le dejaré mucha ropa de abrigo -agregó en el mismo tono conciliatorio.

-Ninguno de esos detalles me importa. -Qué tonto era al suponer que me interesaban. El corazón me latía desordenadamente.

-Oh, eso no lo sé. Cuando sea humano tal vez note que empiezan a importarle muchas cosas.

A usted, puede ser, pensé. A mí lo único que me importa es estar en ese cuerpo, sentirme vivo. Rememoré la nevada del último invierno en Auvernia. Vi el sol que caía desde las montañas... Vi al cura del pueblo, temblando en el gran hall en el momento en que se quejaba ante mí de los lobos que bajaban a la aldea por las noches. Por supuesto, me comprometí a darles caza. Era mi obligación. No me molestó que pudiera haberme leído esos pensamientos.

-¿Y no quiere probar la buena comida, un buen vino? ¿Qué me dice de tener relaciones con una mujer, o con un hombre si o prefiere? Para eso necesitará dinero y una casa agradable.

No le respondí. Vi el sol sobre la nieve. Lentamente mis ojos ascendieron hasta el rostro de ese ser. Me llamó la atención lo atractivo que resultaba por el hecho de haber adoptado ese nuevo modo de persuasión, cuánto se parecía a David. Cuando vi que estaba por seguir hablándome de lujos, le hice señas de que callara.

-De acuerdo -acepté-. Creo que me verá el miércoles. ¿Digamos una hora después de caer el sol? Ah, y le advierto que esa fortuna de diez millones de dólares estará a su disposición la mañana del viernes sólo por un período de dos horas. Tendrá que ir en persona a retirarla. -Lo toqué con suavidad en el hombro. -A esta persona me refiero.

-Por supuesto. Con todo gusto.

-Además, va a necesitar una contraseña para efectuar la transacción. Esa contraseña la sabrá cuando me devuelva mi cuerpo según lo convenido.

-No, nada de contraseñas. La transferencia de fondos debe estar terminada antes de que cierre el banco, el miércoles por la tarde, para que lo único que

tenga que hacer el viernes sea presentarme ante su representante, dejarme tomar las impresiones digitales si usted insiste en ello, y que luego él me pueda firmar la cesión del dinero.

Yo estaba callado, reflexionando.

-Al fin y al cabo, mi apuesto amigo, ¿qué pasa si no le gusta su experiencia de un día como ser humano, si le parece que no valió la pena?

-Sí, va a valer la pena -murmuré, más hablando conmigo mismo que con él.

-Nada de contraseñas -repitió. Lo escruté en silencio. Cuando me sonrió, le noté un aspecto casi inocente y muy juvenil. Dios santo, tuvo que haber sido muy importante para él haber conseguido ese vigor juvenil. No podía ser que no se hubiera deslumbrado, aunque más no fuera durante un rato. Al principio debe haber pensado que había obtenido lo que siempre ambicionó.

-¡Lejos de eso! -exclamó de repente, como si no pudiera impedir que le salieran las palabras de la boca. No pude menos que reírme.

-Le voy a contar un pequeño secreto sobre la juventud -dijo, con súbita sequedad-. Bernard Shaw dijo que la juventud se desperdicia en los jóvenes. ¿Recuerda ese comentario al que siempre le asignó tanto valor?

-Sí.

-Bueno, no es así. Los jóvenes saben lo difícil y terrible que puede ser la juventud. La juventud se desperdicia en todos los demás: ése es el horror. Los jóvenes no tienen autoridad, no tienen respeto.

-Está loco. Creo que ud. no usa bien lo que roba. ¿Como puede no emocionarse ante el vigor? ¿Cómo puede no regocijarse con la belleza que ve reflejada en los ojos de quienes lo miran?

Sacudió la cabeza.

-Eso lo disfrutará usted -repuso-. El cuerpo es joven, tiene toda la juventud que usted siempre quiso. Sin duda se emocionará con el vigor, como dice; se regocijará con esas miradas de aprobación. -Calló. Bebió un último sorbo de café y quedó con la mirada clavada en el pocillo. -Nada de contraseñas -añadió.

-De acuerdo.

-Ah, bueno -dijo, y una sonrisa esplendorosa se pintó en su rostro-. Recuerde que por esta suma yo le ofrecí una semana. Fue usted quien prefirió aceptar un día, no más. Quién sabe, cuando le tome el gustito, querrá prolongarlo más tiempo.

-Quien sabe. -Otra vez me distraje con sólo mirarlo, al ver la mano grande y tibia que en ese momento cubrió con el guante.

-Y si quiere hacer otra mutación, le costará otra suma abultada de dinero -expresó alegremente, todo sonrisas, acomodándose la bufanda dentro de las solapas.

-Sí, claro.

-Para usted el dinero no significa nada, ¿no es así?

-Nada en absoluto. -Qué trágico, pensé, que para él signifique tanto.

-Bueno, ahora me voy. Lo dejo que se vaya preparando. Nos vemos el miércoles, como quedamos.

-No trate de huir de mí -le advertí en voz baja, inclinándome un poco hacia adelante. Luego levanté la mano y le toqué la cara. El gesto evidentemente lo

sobresaltó, porque se quedó inmóvil, como un animal que, en el bosque, de pronto percibe que puede haber peligro donde antes no lo había. Pero su expresión siguió siendo calma cuando dejé los dedos apoyados contra su cutis afeitado. Poco a poco fui bajando la mano, y entonces sentí la solidez de su mentón. Dejé la mano en su cuello. También por allí había pasado la afeitadora dejando su huella tenue; la piel era muy firme y emanó de ella un aroma joven en el momento en que brotaron gotas de sudor de su frente y sus labios se plegaban para formar una sonrisa.

-Supongo que habrá disfrutado aunque sea un poco siendo joven -aventuré. Sonrió, como si supiera cuánto podía seducir con esa sonrisa.

-Sueño los sueños de los jóvenes -confesó-, o sea que siempre sueño con ser mayor, más rico, más sensato, más fuerte.

Solté una risita.

-Lo espero el miércoles por la noche -dijo con la misma elocuencia-. De eso puede estar seguro. Venga. Sucederá, se lo prometo. -Inclinándose hacia adelante, susurró: -¡Va a habitar en este físico! -Y una vez más me dirigió una sonrisa cautivante.

-Ya va a ver.

-Quiero que se marche ya mismo de Nueva Orleáns.

-Oh, sí, enseguida -aceptó. Y sin decir media palabra más, se puso de pie alejándose de mí, tratando de disimular su repentino temor. -Tengo listo el pasaje. No me agrada su sucio reducto caribeño. -Lanzó una risita humilde. Luego prosiguió con aire de maestro que amonesta a un alumno. -Hablaremos más cuando usted venga a Georgetown. Y mientras tanto, no trate de espiarme porque me voy a dar cuenta. Tengo una gran capacidad para advertir esas cosas. Hasta la Talamasca se asombró de mis poderes. ¡Tendrían que haberme conservado en su rebaño! ¡Tendrían que haberme estudiado! -Se cortó.

-Lo voy a espiar de todas maneras -dije, imitando su tono de voz bajo y medido-. Y no me importa que se entere.

Volvió a reírse, pero en un tono levemente aplacado; luego con una pequeña inclinación de cabeza, se encaminó deprisa hacia la puerta. Era de nuevo un ser desgarbado y torpe, poseído por un loco entusiasmo. Y qué trágico me pareció, porque ese cuerpo, con otro espíritu en su interior, seguramente podría haberse movido como una gacela. Lo alcancé cuando iba por la acera y casi se muere de espanto.

-¿Qué quiere hacer con mi cuerpo? -le pregunté-. Me refiero a otra cosa además de huir del sol por las mañanas como si fuera un insecto nocturno o una babosa gigante.

-¿Qué le parece? -dijo, asumiendo un aire de caballero inglés y al mismo tiempo con total sinceridad-. Quiero beber sangre. -Abrió mucho los ojos y se me acercó más. -Quiero quitar la vida en el acto de beberla. Ese es el atractivo, ¿no? Lo que a usted más le atrae no es la sangre sino la vida de esas personas. Yo nunca le he robado a nadie nada de valor. -Me dirigió una sonrisa de complicidad. -El cuerpo, sí, pero no la sangre y la vida.

Lo dejé ir, para lo cual hice un ademán visible de echarme hacia atrás, como un momento antes él había hecho conmigo. El corazón me latía con fuerza y temblé de arriba abajo al observar su rostro bello y en apariencia inocente. No se le borró la sonrisa.

-Usted es ladrón por excelencia -me espetó-. ¡Cada vida que quita es robada! Sí, anhelo tener su cuerpo; tengo que vivir esa experiencia. Introducirme en los archivos de vampiros de la Talamasca fue un triunfo, pero poseer su cuerpo, ¡y robar sangre estando en él! ¡Oh, sería todo un logro!

-¡Aléjese de mí! -musité.

-Vamos, vamos, no sea tan quisquilloso. No le gusta cuando otros se lo hacen a usted. Lo considero un ser privilegiado, Lestat de Lioncourt. Encontró lo que buscaba Diógenes: ¡un hombre honesto! -Otra amplia sonrisa y luego una andanada de risas, como si ya no pudiera contenerlas mas. -Lo veo el miércoles. Venga temprano, porque quiero que me quede la mayor cantidad de noche posible. Dio media vuelta y se alejó presuroso. Hizo señas enérgicas a un taxi; luego se lanzó contra el tránsito para introducirse en un coche que acababa de detenerse, obviamente para otra persona. Hubo una pequeña discusión que él ganó de inmediato, por lo que cerró con fuerza la puerta y el vehículo se alejó a toda velocidad. Vi por la ventanilla sucia que me guiñaba un ojo, y saludaba con la mano. Un instante después, él y el auto habían desaparecido. Incapaz de reaccionar, quedé sumido en el desconcierto. Pese al frío nocturno, había mucho movimiento, vocerío de turistas, autos que reducían la velocidad al pasar por la plaza. Sin un designio expreso, sin palabras, traté de pensar en cómo podía ser el paisaje durante el día; traté de imaginar los cielos sobre ese punto de un impreciso tono azul. Después, me subí lentamente el cuello del sobretodo. Horas y horas caminé, sintiendo en mis oídos la voz culta, refinada. Lo que a usted más le atrae no es la sangre sino la vida de esas personas. Yo nunca le he robado a nadie nada de valor. El cuerpo, sí, pero no la sangre y la vida. No me sentía con coraje para enfrentar a Louis. No soportaba la idea de conversar con David. Y si Marius se enteraba de mi proyecto, más me valdría ni empezarlo. ¡Quién sabe lo que Marius podía llegar a hacerme sólo por haber albergado semejante idea! Sin embargo él, con su amplia experiencia, sabría si eso era verdad o fantasía. Oh, dioses, ¿es que nunca quiso hacerlo él mismo? Por último regresé a mi departamento, apagué las luces y me desplomé sobre el muelle sofá de pana que, ubicado frente a la ventana de vidrio, permitía ver allá abajo la ciudad. Tenga presente que, si me hace daño, desperdiciará esta oportunidad para siempre... Sin mí no podrá saber jamás qué se siente siendo de nuevo un ser humano... Nunca va a saber lo que es caminar al sol, disfrutar una comida de verdaderos alimentos, hacer el amor con una mujer o un hombre. Pensé en la facultad de elevarme y abandonar el cuerpo material. No me gustaba ese don, y esa posibilidad de realizar el viaje incorpóreo, como se la llamaba, tampoco me salía espontáneamente. De hecho, podía contar con los dedos de una mano las pocas veces que la había usado. Y con todo lo que padecí en el Gobi, nunca traté de abandonar mi forma material; ni siquiera se me ocurrió elevarme y salir del cuerpo. Es más, la idea de estar desconectado de mi cuerpo, de flotar a la deriva sin poder encontrar la puerta del cielo o del infierno, me resultaba aterradora. Y la evidencia de que esa alma errante no podía trasponer el portal de la muerte a voluntad, se me presentó con toda nitidez desde la primera vez que experimenté con el truco. ¡Pero introducirme en el cuerpo de un mortal! Quedar anclado ahí, caminar, sentir, ver como mortal... Ah, no podía contener la emoción, una emoción que se estaba convirtiendo en puro dolor. Después de hacer la mutación, va a tener toda la noche del miércoles y el jueves entero. El jueves entero, entero... Por último, un rato antes del amanecer, llamé a mi agente de Nueva York. Ese hombre no sabía de la existencia de mi agente de París. Me conocía sólo

con dos nombres, y hacía mucho que yo no usaba ninguno de los dos. Era muy improbable que Raglan James conociera esas identidades y sus diversos recursos. Me pareció la ruta más sencilla a seguir.

-Tengo un trabajito que encargarle, algo muy complicado que es preciso realizar de inmediato.

-Sí, señor, como usted diga.

-Le daré el nombre y domicilio de un banco de Washington. Quiero que lo anote...

# 9

A la noche siguiente, completada la documentación necesaria para transferir los diez millones de dólares, la envié por mensajero al banco de Washington junto con la tarjeta de fotoidentificación del señor Raglan James, además de una reiteración total de las instrucciones, de mi puño y letra, y la firma de Lestan Gregor, que, por diversas razones, era el mejor nombre para usar en toda esa cuestión. Mi representante en Nueva York también me conocía por otro seudónimo, al que convinimos no hacer figurar en ningún momento de la transacción; por otra parte, si necesitaba ponerme en contacto con él, ese otro nombre, y dos contraseñas nuevas, lo autorizarían para realizar transferencias de dinero, bastando para ello sólo una orden verbal de mi parte. En cuanto al nombre Lestan Gregor, desaparecería por completo de toda documentación no bien los diez millones pasaran a poder del señor James. Los restantes bienes del señor Gregor quedaban transferidos a mi otro nombre, que, dicho sea de paso, era Stanford Wilde. Todos mis representantes están habituados a recibir instrucciones así de insólitas: cesiones de dinero, abandono de identidades, orden de girarme fondos adondequiera que me encuentre, mediante apenas un llamado telefónico. Pero ajusté el sistema. Di contraseñas raras, difíciles de pronunciar. En suma, hice todo lo posible por mejorar la cuestión de la seguridad en torno de mis identidades, como también para dejar totalmente establecidas las condiciones para la transferencia de los diez millones. Desde el mediodía del miércoles el dinero estaría en una cuenta fiduciaria en el banco de Washington, del cual sólo podría retirarlo el señor Raglan James y únicamente entre las diez y las doce del viernes siguiente. El señor James demostraría su identidad si su aspecto coincidía con la foto, además de su huella digital y su firma, antes de que el dinero pasara a su cuenta. A las doce y un minuto toda la transacción quedaría sin efecto y el dinero regresaría a Nueva York. Al señor James debían presentársele las condiciones a más tardar el miércoles por la tarde y se le habría de asegurar que, en caso de cumplirse con todos los requisitos, el dinero le sería transferido según lo pactado.

Me pareció que era un convenio riguroso, pero yo no era ladrón no obstante lo que pensara el señor James. Sabiendo que él sí lo era, revisé varias veces hasta el último detalle, en forma algo compulsiva, para no darle ventaja alguna. Luego me pregunté por qué todavía me estaba engañando con que no iba a realizar el experimento, si ya tenía decidido hacerlo. Entretanto, a cada rato sonaba el teléfono de mi departamento, ya que David trataba desesperadamente de comunicarse conmigo; pero yo me quedé sentado en la oscuridad, sin atender, un tanto fastidiado con los timbrazos, hasta que por fin desconecté el aparato.

Lo que me proponía hacer era despreciable. Ese canalla sin duda usaría mi cuerpo para los crímenes más crueles y abyectos. ¿Y yo iba a permitir que sucedieran sólo para poder ser humano? Era difícil justificarlo desde todo punto de vista. Cada vez que pensaba en la posibilidad de que mis compañeros -cualquiera de ellos- pudieran descubrir la verdad, me estremecía y trataba de pensar en otra cosa. Ojalá estuvieran muy ocupados con sus forzosas actividades en todo el mundo ancho y hostil. Cuánto mejor pensar en toda la propuesta con creciente emoción. Y el señor James sin duda estaba en lo cierto respecto al tema del dinero. Diez millones no significaban absolutamente nada para mí. A través de los siglos amasé una gran fortuna que fui aumentando de diversas maneras, y yo mismo no sabía a cuánto ascendía. Por mucho que entendiera lo distinto que era el mundo para un mortal, aún no comprendía del todo por qué a James le importaba tanto el dinero. Al fin y al cabo, estábamos hablando de una magia potente, de enormes poderes sobrenaturales, de percepciones espirituales potencialmente abrumadoras, de hechos demoníacos, cuando no heroicos. Pero era obvio que lo que el hijo de puta deseaba era dinero. Pese a todo, no tenía otro interés que el dinero. Y quizá fuese mejor así. Pensemos en lo peligroso que podía ser en caso de tener grandes ambiciones. Pero no las tenía. Y yo ansiaba ese cuerpo humano: en definitiva era eso. Lo demás, en el mejor de los casos, eran racionalizaciones. Y a medida que iban pasando las horas, eso era lo que más hacía. Me planteé, por ejemplo, si entregar mi poderoso cuerpo era un acto tan vil. Ese idiota no era capaz de usar el cuerpo humano que tenía. En la mesa del café, durante media hora estuvo hecho un verdadero gentleman, pero, no bien se levantó, arruinó todo con sus gestos poco elegantes. Jamás podría aprovechar mi fortaleza física. Tampoco podría orientar mis facultades telekinésicas por más parapsicólogo que dijera ser. A lo mejor podía usar la telepatía, pero en cuanto a poner en estado hipnótico o hechizar, seguramente no podría siquiera empezar a usar esos dones. Dudo que hubiera logrado desplazarse con velocidad. Por el contrario, iba a ser lento, torpe. Le sería imposible volar y quizá hasta se metería en apuros. Sí, mejor que fuese un maquinador vil y no uno de esos tipos violentos que se creen dioses. Y yo, ¿qué pensaba hacer? ¡La casa en Georgetown, el auto y las demás cosas no me importaban en absoluto! Fui sincero al decírselo. ¡Quería sentirme vivo! Claro que iba a necesitar algo de dinero para bebidas y alimentos, pero ver la luz del día no costaba nada. Más aún, para esa vivencia no hacían falta grandes lujos ni un confort especial. Yo sólo anhelaba la experiencia física y espiritual de ser nuevamente de carne y hueso. ¡Me consideraba totalmente distinto de ese miserable Ladrón de Cuerpos! Pero me quedaba una duda. ¿Y si no bastaban diez millones para que me devolviera mi físico? Tal vez me convenía duplicar el monto. Para alguien tan estrecho de miras como él, una fortuna de veinte millones sería una gran tentación. Y, en el pasado, siempre me había dado buenos resultados duplicar las sumas que cualquiera me cobraba por sus servicios; así, obtenía una lealtad que ni ellos mismos habrían creído posible

jamás. Volví a llamar a Nueva York y dupliqué la cifra. Como era de prever, mi agente creyó que me estaba volviendo loco. Usamos las nuevas contraseñas para confirmar la validez de la transacción. Después corté. Ya era hora de conversar con David o ir a Georgetown. Además le había hecho una promesa a David. Me quedé muy quieto, esperando que sonara el teléfono. Cuando sonó, lo atendí.

-Gracias a Dios que te encuentro.

-¿Qué pasa? -le pregunté.

-Reconocí en el acto el nombre Raglan James, y tenías toda la razón. ¡Ese tipo no está dentro de su cuerpo! La persona de que hablas tiene sesenta y siete años. Nació en la India, se crió en Londres, y estuvo cinco veces preso. Es un ladrón conocido por todos los organismos de seguridad de Europa, un estafador. También tiene notables poderes parapsicológicos, de magia negra... de los más arteros que se conocen.

-Sí, me contó. Consiguió infiltrarse en la orden.

-Así es; fue uno de los errores más grandes que cometimos. Pero ese tipo es capaz de seducir a la Virgen María, de robarle el reloj al mismísimo Dios. Sin embargo, en pocos meses se cavó su propia fosa y ése es el quid de la cuestión. Escúchame bien, Lestat. ¡Los que hacen magia negra o hechicerías siempre se hacen mal a sí mismos! Con esos dones podía habernos tenido engañados toda la vida; ¡en cambio los utilizó para desplumar a los otros miembros y saquear las criptas!

-También me lo contó. En cuanto al asunto de cambiar de cuerpo, ¿puede quedar alguna duda?

-Descríbeme al hombre tal como lo viste.

Así lo hice. Recalqué el dato de la estatura y la contextura robusta. El pelo grueso y brillante, la piel extrañamente tersa y satinada.

Su excepcional belleza.

-En este mismo instante estoy mirando una foto suya.

-A ver, dime -le pedí.

-Estuvo un tiempo recluido en un hospital de Londres para dementes criminales. La madre era anglo-india, lo cual explica su tez excepcional, que aquí también se advierte. El padre era taxista. El tipo mismo trabajaba en un taller donde arreglaban autos sumamente caros. Como actividad secundaria comercializaba drogas para poder comprarse él también esos coches. Un día asesinó a toda su familia -la mujer, dos hijos, el cuñado y la madre-, y luego se entregó a la policía. Se le encontró en la sangre una aterradora mezcla de alucinógenos y gran cantidad de alcohol. Eran las mismas drogas que solía vender a los jóvenes del barrio.

-Trastorno de los sentidos pero nada malo en el cerebro.

-Precisamente, esa furia homicida se la provocaron las drogas, según pudieron comprobar las autoridades. Después del incidente, el hombre no volvió a abrir la boca. Permaneció inmune a todo estímulo hasta tres semanas después de haber sido internado, momento en el cual se escapó misteriosamente, dejando en su habitación a un enfermero asesinado. ¿A que no te imaginas quién era el enfermero?

-James.

-Exacto. En la autopsia se realizó la identificación mediante las huellas digitales, dato que luego fue corroborado por la Interpol y Scotland Yard. James había estado trabajando en el hospital con nombre falso durante un mes, ¡sin duda esperando que arribara tal cuerpo! Después asesinó alegremente su propio cuerpo. Un tipo de acero, el hijo de puta, para haber podido hacer eso.

"Claro que era un cuerpo muy enfermo, se estaba muriendo de cáncer. La autopsia determinó que no habría vivido más de seis meses. Lestat, bien puede ser posible que James haya ayudado a cometer los crímenes mediante los cuales pudo disponer luego del cuerpo del joven. Si no hubiese robado ese físico, habría conseguido otro de manera similar. Y una vez que mató su propio cuerpo, éste se fue a la tumba llevándose consigo todo el prontuario criminal de James.

-¿Por qué me dio su nombre verdadero, David? ¿Por qué me contó que perteneció a la Talamasca?

-Para que yo pudiera confirmar su versión. Todo lo que hace está calculado. Tú no sabes lo astuto que es. ¡Quiere que sepas que puede hacer todo lo que dice! Y que el antiguo dueño de ese cuerpo joven ya no puede causar trastornos.

-Pero David, aún hay ciertos aspectos que me desconciertan. El alma del otro hombre, ¿murió en el cuerpo viejo? ¿Por qué no... salió?

-El pobre diablo no debe ni haber sabido que era posible semejante cosa. Es indudable que James orquestó el cambio. Mira, tengo aquí todo un legajo con testimonios de otros miembros de la orden. Ellos dicen que ese individuo los forzó a salir de sus cuerpos y se apoderó luego de ellos durante breves lapsos. "Esas sensaciones que experimentabas -la vibración, la contracción- las sintieron también ellos. Y hablo de miembros de la Talamasca, toda gente culta. Este mecánico de taller no entendía de esas cosas. "Su experiencia con lo preternatural se limitaba a las drogas, y sólo Dios sabe qué otras ideas andaban rondando por ahí. Además, durante todo el proceso James trató con un hombre en grave estado de shock.

-¿Y si todo fuera una especie de astuta artimaña? -sugerí.

-Descríbeme al James que tú conocías.

-Flaco, casi demacrado, ojos de mirada intensa, pelo canoso, abundante. Aspecto bastante agradable. Recuerdo que tenía una voz hermosa.

-Es él.

-Lestat, esa nota que me enviaste por fax desde París..., no deja dudas. Es la letra de James, es su firma. ¿No ves? ¡Se enteró de que existías a través de la orden! Para mí ése es el aspecto más perturbador: que localizó nuestros archivos.

-Eso me dijo.

-Ingresó en la orden para tener acceso a esos secretos. Entró ilegalmente en nuestro sistema de computación. Quién sabe cuántas cosas habrá descubierto. Pero no pudo resistir la tentación: le robó un reloj pulsera de plata a uno de los miembros y sustrajo un collar de brillantes de las criptas. Tuvo una actitud osada con los demás. Les robó cosas de sus habitaciones. ¡No debes tener más trato con esa persona!

-Me estás hablando como superior general, David.

-¡Lo que está en juego es un cambio de cuerpo, poner todos tus poderes a disposición de ese individuo!

-Lo sé.

-No debes hacerlo. Permíteme hacerte una sugerencia terrible. Si disfrutas quitando la vida, como me has dicho, ¿por qué no asesinas cuanto antes a este sujeto tan nefasto?

-David, hablas por orgullo herido. ¡Y me parece terrible lo que propones!

-No juegues conmigo. No hay tiempo. ¿No te das cuenta de que este personaje es tan taimado que debe estar especulando con tu carácter veleidoso? Te eligió a propósito, tal como eligió al pobre mecánico de Londres. Ha estudiado los datos que hay sobre tu impulsividad, tu audacia. Y puede suponer con fundamento que no vas a hacer caso de mis advertencias.

-Interesante.

-Habla más alto, que no te oigo.

-¿Qué más me puedes decir?

-¿Qué más te hace falta saber?

-Quiero entender esto.

-¿Por qué?

-David, comprendo que el pobre mecánico haya estado confundido, pero, ¿por qué el alma no salió del cuerpo canceroso cuando James le asestó el golpe de gracia en la cabeza?

-Tú mismo lo has dicho, Lestat. Porque el golpe fue en la cabeza. El alma ya se había enredado con el nuevo cerebro. No hubo un momento de claridad o de voluntad en el cual pudiera haber salido en libertad. Hasta en los hechiceros astutos como James, si les produces daños graves en el tejido cerebral, el alma no tiene tiempo de liberarse y se produce la muerte física, que se lleva de este mundo el alma entera. Si decides ultimar a este monstruo, atácalo por sorpresa y destrózale el cráneo como si aplastaras un huevo.

Me reí.

-David, nunca te oí tan exasperado.

-¡Porque te conozco, porque sé que quieres hacer la mutación y no deberías!

-Contéstame unas preguntas más. Quiero analizar todas las posibilidades.

-No.

-La experiencia de estar próximo a la muerte... Me refiero a esa pobre gente que tiene un infarto, atraviesa un túnel, ve una luz y después vuelve a la vida. ¿Qué les pasa a ellos?

-Sólo tengo conjeturas.

-No te creo. -Le conté lo mejor que pude lo que había mencionado James acerca del tallo cerebral y el alma residual. -En las experiencias de acercarse a la muerte, ¿quedó una parte del alma?

-Puede ser, o quizás esos individuos mueren de verdad, cruzan realmente al otro lado; pero el alma íntegra, intacta, es enviada de retomo.

-Sea como fuere, uno no muere por el simple hecho de haber salido de su cuerpo, ¿no? Si en el desierto de Gobi yo hubiera salido de mi cuerpo, no podría haber encontrado el portón de entrada, ¿verdad? El portón no habría estado allí. Sólo se abre para el alma entera.

-Sí; que yo sepa, sí. -No habló durante un instante. -¿Por qué me lo preguntas? -dijo luego-. ¿Todavía sueñas con morir? No lo creo; te veo muy desesperado por vivir.

-Hace dos siglos que estoy muerto, David. ¿Qué me dices de los fantasmas, los espíritus que habitan en la tierra?

-No pudieron encontrar el portón, por más que se les abrió. O bien ellos se negaron a trasponerlo. Mira, si quieres podemos charlar sobre todas estas cosas alguna noche, paseando por las callecitas de Río o donde te parezca. Lo importante es que me jures que no vas a tener más tratos con ese brujo, si es que no quieres aceptar mi consejo de ultimarlo cuanto antes.

-¿Por qué le tienes tanto miedo?

-Tú no entiendes lo destructivo y depravado que es. ¡No puedes entregar tu cuerpo a semejante individuo! Y eso es lo que pretendes hacer. ¡Si te propusieras poseer un cuerpo mortal durante un tiempo, yo me opondría por ser algo antinatural, diabólico! ¡Pero entregárselo a ese demente! Oh, ¿por qué no vienes a Londres? Quiero convencerte de que no lo hagas. ¡Estás en deuda conmigo!

-David, tú lo investigaste antes de que entrara en la orden, ¿no? ¿Qué clase de hombre es? Es decir, ¿cómo fue que se convirtió en una especie de brujo?

-Nos engañó con complicadas maquinaciones y documentación falsa en una escala difícil de imaginar. Le encantan esas confabulaciones Además es un genio de la informática. La investigación más importante la practicamos después de que se hubo ido.

-¿Y cómo fueron sus comienzos?

-Venía de una familia rica de comerciantes. Hicieron mucho dinero antes de la guerra. La madre era una famosa médium, al parecer honesta y abnegada, que cobraba una suma módica por sus servicios. Todo el mundo la conocía en Londres. Recuerdo haber oído hablar de ella mucho antes de interesarme por estas cosas. La Talamasca confirmó en más de una ocasión que era auténtica, pero ella nunca quiso prestarse para que la estudiaran. Era una mujer frágil, y amaba entrañablemente a su único hijo varón.

-Raglan -acoté.

-Sí. Murió de cáncer con terribles dolores. La hija mujer se hizo costurera y hasta el día de hoy trabaja en Londres, en una tienda para novias. Hace unos trabajos finísimos. Sufrió mucho con la muerte de su problemático hermano, pero también siente alivio. Hablé con ella esta mañana y me contó que el hermano había quedado destruido con la pérdida de la madre, que murió cuando él era muy joven.

-Es comprensible.

-El padre trabajó casi toda su vida en la empresa naviera Cunard, y los últimos años fue camarero de primera clase en el Queen Elizabeth II. Muy orgulloso de su desempeño. Gran escándalo no hace muchos años, cuando, por recomendación del padre, también contrataron a James, y le robó cuatrocientas libras a un pasajero. El padre lo repudió y fue rehabilitado por la Cunard antes de morir. Al hijo, jamás volvió a dirigirle la palabra.

-Ah, la foto en el barco.

-¿Cómo?

-Y cuando ustedes lo echaron, quiso viajar en ese mismo buque de regreso a los Estados Unidos, ¿verdad?

-¿Él te contó eso? Es posible. Yo no me ocupé de los detalles.

-No importa. Continúa. ¿Cómo es que se dedicó a lo oculto?

-Era un hombre muy instruido. Estuvo varios años en Oxford, aunque a veces llevaba una vida paupérrima. Empezó a practicar la labor de médium incluso antes de que muriera la madre. No demostró sus habilidades hasta la década del cincuenta, en París, donde enseguida tuvo muchísimos adeptos a los que timó de las maneras más burdas imaginables, y terminó preso.

"Más o menos lo mismo le pasó después en Oslo. Luego de tener diversos trabajos, incluso algunos muy serviles, fundó una suerte de iglesia espiritista, le robó sus ahorros a una viuda y fue deportado. Después trabajó en Viena como camarero en un hotel de primera, hasta que en cuestión de semanas se convirtió en parapsicólogo de gente rica. También hizo una rápida retirada antes de que lo detuvieran. En Milán le robó miles a un miembro de la antigua aristocracia y tuvo que huir de la ciudad a medianoche. Su nuevo destino fue Berlín, donde lo arrestaron pero consiguió salir; luego regresó a Londres, y allí fue de nuevo a la cárcel.

-Vicisitudes -comenté, recordando su expresión.

-El esquema es siempre el mismo. Tiene un empleo muy subalterno, asciende y llega a vivir con gran lujo, acumula deudas absurdas por la compra de ropa fina, autos, excursiones en jet a todas partes y por último todo se derrumba cuando se descubren sus delitos y traiciones. No puede cortar el ciclo. Siempre termina derrotado.

-Eso parece.

-Lestat, este ser tiene algo de estúpido. Habla ocho idiomas, es capaz de ingresar ilegalmente en cualquier red de informática y de apoderarse del cuerpo de otras personas el tiempo necesario para saquearles las cajas fuertes -¡tiene una obsesión casi erótica con las cajas fuertes!-, pero después les hace trucos tontos a la gente y termina esposado. Los objetos que se llevó de nuestros tesoros eran imposibles de vender, de modo que tuvo que entregarlos por una miseria en el mercado negro. En realidad es un idiota.

Solté una risita contenida.

-Los robos son simbólicos, David. Se trata de un ser dominado por la compulsión y la obsesión. Todo es un juego. Por eso no puede quedarse con lo que roba. Lo que le importa más que nada es el proceso.

-Pero Lestat, es un juego totalmente destructivo.

-Entiendo, David. Gracias por la información. Te llamo cuanto antes.

-Espera un minuto. No puedes cortarme así, no lo voy a permitir. ¿Es que no te das cuenta de...?

-Claro que sí, David.

-Lestat, hay un dicho muy común en el mundo de lo oculto: lo igual atrae a lo igual. ¿Entiendes lo que significa?

-¿Por qué tengo que saber yo sobre lo oculto, David? Ese es tu campo, no el mío.

-No es momento para ironías.

-Perdón. ¿Qué significa?

-Cuando un hechicero usa sus facultades de manera vil y egoísta, la magia siempre se vuelve contra él.

-Eso es superstición.

-Es un principio tan viejo como la misma magia.

-Él no es mago, David, sino sólo un ser con ciertos poderes parapsicológicos definidos y mensurables. Tiene la facultad de poseer a otras personas. En un caso que conocemos, realmente efectuó ese cambio.

-¡Es la misma cosa! Si se usan esos poderes para tratar de causar daño a otros, el daño se revierte sobre uno.

-David, yo soy la prueba de que ese concepto es falso. Después me vas a explicar la teoría del karma y lentamente me voy a quedar dormido.

-¡James es la quintaesencia del hechicero malvado! Ya derrotó una vez a la muerte a costa de otro ser humano. Hay que detenerlo.

-¿Por qué no trataste de detenerme a mí cuando tuviste la oportunidad? Estuve a tu merced en Talbot Manor. Podías haber encontrado la forma.

-¡No me alejes con tus acusaciones!

-Te amo, David. Te vuelvo a llamar pronto. -Estaba a punto de cortar cuando me acordé de algo. -David, quiero preguntarte otra cosa.

-Sí. ¿Qué? -Qué alivio de que yo no hubiera cortado.

-Ustedes tienen reliquias que eran nuestras... viejas pertenencias guardadas en sus bóvedas.

-Sí. -Incomodidad. También cierta vergüenza, al parecer.

-Un relicario... ¿no has visto un relicario con la imagen de Claudia?

-Creo que sí. Después de que viniste a verme por primera vez, verifiqué el inventario de todos esos objetos, y creo que sí, que había un relicario. Estoy casi seguro. Tendría que habértelo dicho antes, claro.

-No, no importa. ¿Era uno con cadena, de ésos que suelen usar las mujeres?

-Sí. ¿Quieres que te lo busque? Si lo encuentro, te lo doy, por supuesto.

-No, ahora no lo busques. Tal vez más adelante. Adiós, David. Pronto tendrás noticias mías.

Corté y desconecté el teléfono de la pared. Así que había habido un relicario de mujer. Pero, ¿para quién fue hecho? ¿Y por qué aparecía en mis sueños? Claudia no habría llevado puesto su propio retrato. Además, de ser así yo lo recordaría. Cuando traté de evocarlo me inundó una mezcla de tristeza y miedo. Me dio la impresión de hallarme cerca de un lugar oscuro, lleno de muerte. Y como sucede a menudo en mis recuerdos, oí risas. Sólo que esta vez no fue la de Claudia sino la mía. Percibí una sensación de juventud sobrenatural y posibilidades ilimitadas. En una palabra, estaba recordando al vampiro joven que era o en los viejos días del siglo XVIII, antes de que el tiempo hubiera asestado sus golpes. Bueno, ¿qué me importaba ese maldito relicario? A lo mejor tomé la imagen del cerebro de James cuando éste me perseguía. Seguramente él lo usó como arma para tentarme, y la verdad era que yo nunca había visto el relicario. Mejor que hubiera elegido algún otro objeto que en un tiempo me había pertenecido. No, esta última explicación me pareció demasiado fácil, y la imagen era muy vívida. Además, la había visto en sueños antes de que entrara James en mis aventuras. De pronto sentí enojo. En ese momento tenía que pensar en otras cosas, ¿no? Atrás, Claudia. Toma tu relicario, ma chérie, y vete, por favor.

Largo rato permanecí en la penumbra, consciente del tic tac del reloj sobre la repisa del hogar, escuchando el ruido ocasional del tránsito que me llegaba desde la calle. Traté de analizar los reparos que me había puesto David. Traté, pero lo único que pensaba era..., así que James puede hacerlo, hacerlo de veras. Es el



Librodot

hombre canoso de la foto y, efectivamente, realizó el cambio con el mecánico en el hospital de Londres. ¡Se puede hacer! De tanto en tanto aparecía en mi mente la imagen del relicario. Veía la miniatura de Claudia pintada artísticamente al óleo. Pero no despertaba en mí emoción alguna: ni pena, ni enojo, ni dolor. Era James quien me interesaba. ¡James sabe hacerlo! ¡Puedo vivir y respirar dentro de ese cuerpo! Y cuando esa mañana saliera el sol sobre Georgetown, lo vería con esos ojos. Llegué a Washington a la una de la madrugada. Había estado nevando toda la noche; en las calles la nieve formaba grandes pilas limpias, hermosas. También se acumulaba contra las puertas de las casas, y aquí y allá realzaba en blanco las barandas negras de hierro y las salientes profundas de las ventanas. La ciudad estaba inmaculada, encantadora. Las casas eran en su mayoría de madera, en elegante estilo federal, es decir con la línea fina del siglo XVIII, tan propenso al orden y el equilibrio, aunque muchas se habían construido en las primeras décadas del siglo siguiente. Deambulé largo rato por la desierta calle M, con sus numerosas tiendas; luego atravesé el campus silencioso de una universidad cercana y por último las calles del cerro, alegremente iluminadas. La residencia de Raglan James era de las más bellas. De ladrillo y construida con vista a la calle. Tenía una hermosa puerta con gruesa aldaba de bronce y dos alegres faroles a gas. En las ventanas, persianas anticuadas, y en la parte superior de la puerta, un Simpático montante. Las ventanas estaban limpias pese a la nieve de las salientes, y alcancé a ver desde afuera las habitaciones, muy ordenadas. El aspecto del interior era atractivo: muebles tapizados en cuero blanco de extrema severidad moderna, obviamente costosos. Numerosos cuadros en las paredes: Picasso, de Kooning, Jasper Johns, Andy Wartp y mezcladas con esas telas multimillonarias, varias fotos de gran tamaño y caros marcos, con barcos modernos. De hecho, había también en algunas vitrinas varias réplicas de enormes transatlánticos. Los pisos tenían un reluciente plastificado. Por doquier alfombras orientales de diseños geométricos, y los numerosos adornos que había sobre mesitas de cristal y anuarios con incrustaciones eran casi todos de origen chino. Podía definirse el ambiente diciendo que era elegante, caro y sumamente personal. Me pareció que tenía el mismo aspecto que todas las viviendas de los mortales: como una serie de decorados de teatro. Imposible creer que yo pudiera ser mortal y sentirme bien en esa casa, ni siquiera por una hora. En realidad, las pequeñas habitaciones eran tan relucientes que no daban la impresión de estar habitadas. La cocina estaba llena de brillantes ollas de cobre, artefactos negros, armarios sin manijas visibles y platos de cerámica rojo intenso. Pese a la hora que era, James no aparecía por ninguna parte. Entré en la casa. En un segundo piso se hallaba el dormitorio, donde había una moderna cama baja -apenas una armazón de madera con un colchón- cubierta por un acolchado de dibujos geométricos y muchos almohadones blancos, austera y elegante como todo lo demás. El armario estaba atiborrado de ropa cara, como asimismo los cajones de la cómoda china y de otro mueble tallado a mano que había junto a la cama. Otras habitaciones también estaban vacías, pero ninguna con aspecto de descuido. Ni huellas de una computadora. Sin duda debía tenerla en otro sitio. En uno de esos cuartos guardé una suma abultada de dinero para usar después; la escondí dentro de la chimenea del hogar, que no se utilizaba. También escondí algo de dinero en otro baño en desuso, detrás del espejo de la pared. Fueron simples precauciones. Lo cierto es que no tenía idea de cómo era sentirse humano. A lo mejor me sentía desvalido. Lo ignoraba. Hecho eso, me subí al tejado. Alcancé a ver a James al pie del cerro, cargado de paquetes, doblando



Librodot

desde la calle M. Indudablemente había ido a robar, porque no había ningún negocio abierto a esa hora de la noche. Lo perdí de vista cuando inició el ascenso. Pero también apareció otro visitante, sin hacer el menor ruido audible para un mortal. Se trataba de un enorme perro que no sé de dónde salió y se dirigió al patio trasero. Yo había captado su aroma no bien se acercó, pero no lo vi hasta que no subí al techo por el fondo de la casa. Qué raro que no lo hubiera oído antes, porque él debió de haberme olido y haberse dado cuenta instintivamente que yo no era humano; qué raro que no diera la alarma ladrando y gruñendo. Muchas veces, a través de los siglos, los perros me han hecho eso, aunque no siempre. En ocasiones los hipnotizo y quedan a mi merced. Pero yo temía el rechazo instintivo, que siempre me causó una enorme pena. Ese perro no había ladrado ni dado muestras de saber que yo estaba ahí. Miraba fijamente la puerta del fondo de la casa y los cuadrados amarillos de luz que caían sobre la nieve profunda desde la ventanita superior de la puerta. Tuve oportunidad de observarlo en silencio y me pareció uno de los perros más hermosos que jamás hubiera visto. Tenía la piel suave, afelpada, de un precioso tono dorado en algunas partes y pelos negros más largos en el lomo. La forma del animal me recordaba la del lobo, pero era demasiado grande y no tenía nada de furtivo ni taimado para ser lobo. Por el contrario, su porte, parado allí junto a la puerta, me pareció majestuoso. Al observarlo más atentamente vi que se asemejaba a un enorme ovejero alemán, con su característico hocico negro y expresión alerta. Cuando me acerqué al borde del techo y él por fin me miró, me emocionó la inteligencia feroz que vi brillar en sus ojos almendrados. Seguía sin ladrar ni gruñir. Parecía tener una comprensión casi humana. Pero, ¿cómo explicar su silencio? Yo nada había hecho para subyugarlo, para tentarlo ni obnubilar su mente. No. No había en él ni la menor aversión instintiva. Salté y caí a su lado en la nieve, mientras él se limitaba a seguir mirándome con esos ojos expresivos y misteriosos. Era tan inmenso, tan tranquilo y seguro de sí mismo que reí para mis adentros. No aguanté la tentación de acariciar su pelo suave. Inclinó la cabeza a un lado sin dejar de mirarme, gesto que me resultó enternecedor. Después, cuando levantó una enorme pata para acariciar mi sobretodo me maravilló aún más. Era de huesos tan grandes y pesados que me hizo acordar de los que antiguamente fueron mis mastines. Al moverse, tenía como ellos la misma gracia lenta. Le tendí los brazos para estrecharlo, admirando su fuerza y su pesadez; él se paró sobre las patas traseras, apoyó sus manazas en mis hombros y me pasó por la cara su lengua de color jamón. Eso me produjo una felicidad maravillosa que casi me hace llorar, y a continuación reír vertiginosamente. Froté mi nariz contra su cuerpo, lo abracé, lo acaricié encantado por su pelo sedoso, le di besos en el hocico negro hasta que por fin lo miré a los ojos. Esto es lo que vio Caperucita Roja -pensé- cuando se presentó ante el lobo, ataviado con el camisón y la gorra de dormir de la abuelita. Me causaba mucha gracia la expresión extraordinaria y penetrante de su cara oscura.

-¿Es que no sabes lo que soy? -pregunté. Después, cuando volvió a quedar en majestuosa posición de sentado y me miró casi obediente, pensé que ese perro era un presagio. No; “presagio” no es la palabra adecuada. Fue, sencillamente, algo que me hizo pensar en lo que estaba por hacer, por qué quería hacerlo, y lo poco que me importaban los riesgos implícitos. Pasaba el tiempo y yo seguía ahí parado, acariciándolo. Era un jardín pequeño; la nieve había empezado a caer de nuevo, se hacía más profunda a nuestro alrededor y el dolor frío que sentía en mi piel se volvía también más profundo. Los árboles eran siluetas desnudas, negras,

en la callada tormenta. Si es que había césped o flores, por supuesto no se veían; pero varias estatuas de cemento y unos arbustos densos -ahora sólo ramitas peladas y nieve- marcaban un claro diseño rectangular dentro del todo. Debo haber pasado quizá tres minutos con el perro hasta que descubrí con la mano la chapita plateada que le colgaba del collar y la levanté para acercarla a la luz. Mojo. Yo conocía esa palabra. Mojo. Tenía que ver con el vudú, con los amuletos y los hechizos. El mojo era un hechizo bueno, protector. Como nombre de perro me pareció adecuado; más aún, estupendo, y cuando lo llamé Mojo se excitó y volvió a acariciarme con su pata ansiosa.

-Así que te llamas Mojo, ¿eh? -repetí-. Hermoso nombre.

-Lo besé y sentí el roce de su nariz. Sin embargo, en la chapita había algo más escrito: la dirección de esa casa. De improviso, el perro se puso tenso; lenta, elegantemente, se levantó y quedó en posición de alerta. Vi que estaba llegando James. Oí el ruido de sus pasos en la nieve. Oí su llave en la cerradura. Percibí que de pronto él se percataba de que me tenía cerca. El perro dejó escapar un gruñido feroz y se encaminó a la puerta del fondo con movimientos pausados. Luego llegó el ruido de la madera del piso que crujía bajo los pies pesados de James. El perro lanzó un ladrido de irritación. James abrió la puerta, posó sobre mí su mirada loca, sonrió y luego arrojó un objeto duro al animal, pero éste lo esquivó con facilidad.

-¡Me alegro de verlo! Pero vino antes de tiempo. -dijo. No le respondí. Como el perro le gruñía con la misma expresión amenazadora, tuvo que volver a prestarle atención, con gran fastidio de su parte.

-¡Sáqueselo de encima! -exclamó, furioso-. ¡Mátelo!

-¿A mí me habla? -dije. Volví a apoyar la mano sobre la cabeza del animal, lo acaricié, le susurré que se quedara quieto, y él reaccionó acercándoseme más, frotando su cuerpo contra mí, hasta que por último se sentó a mi lado. James observó la escena nervioso, temblando de frío. De pronto se levantó el cuello para defenderse del viento y plegó los brazos. La nieve, como polvo blanco, se le adhería a las cejas marrones, al pelo.

-Es de la casa, ¿no es cierto? -dije, frío-. Esta casa, que usted robó. Me observó sin disimular su odio y luego esbozó una de sus típicas sonrisas siniestras. Deseé en verdad que volviera a comportarse como caballero inglés. Me hacía tanto más fácil todo... Pensé fugazmente que era una deshonestidad tener que tratar con él. Me pregunté si a Saul le habría resultado tan desagradable la Bruja de Endor. Pero el cuerpo, ah, el cuerpo, qué espléndido era. Ni siquiera en su resentimiento, con los ojos posados en el perro, él podía afear del todo la belleza de ese físico.

-Bueno, parece que también se robó al perro -dije.

-Me lo voy a sacar de encima -murmuró, mirándolo de nuevo con un desprecio feroz-. ¿Y usted? ¿En qué quedó? No va a tener toda la vida para decidirse. No me ha dado una respuesta concreta. Quiero que me conteste ya mismo.

-Vaya a su banco mañana por la mañana -dije-. Lo veo después de caer el sol. Ah, pero hay una condición más.

-¿Cuál? -exclamó apretando los dientes.

-Déle de comer al animal. Consígale carne. Luego emprendí la retirada con tanta velocidad que él no alcanzó a advertirlo, y al volver la mirada y notar que Mojo me observaba en medio de la oscuridad nevada, no pude menos que sonreír pensando que, pese a lo rápido que había sido el movimiento, el perro pudo verlo.

El ultimo sonido que oí fue a James lanzando improperios sin la menor elegancia en el momento en que cerraba la puerta. Una hora más tarde estaba tendido en la penumbra, a la espera del sol, rememorando una vez más mi juventud en Francia, los perros tendidos a mi lado, la última cacería con los dos enormes mastines que avanzaban lentamente entre la nieve profunda. Y el rostro del vampiro espiándome desde las tinieblas en París, llamándome con veneración "asesino de lobos" antes de clavarme los colmillos en el cuello.

Mojo. Un presagio. Metemos la mano en algo que es un caos, tomamos algún pequeño objeto que brilla, nos aferramos a él y nos convencemos de que tiene un significado, de que el mundo es bueno y nosotros no somos malos, y que al final todos vamos a volver a nuestras casas. Mañana a la noche -pensé-. Si ese hijo de puta me mintió, le parto el pecho, le arranco el corazón y se lo doy a comer a ese hermoso perro. Pase lo que pase, voy a quedarme con ese animal. Y así fue. Pero antes de que avance más en la historia, permítaseme agregar algo sobre el perro. En este libro, él no va a hacer nada. No va a salvar a un bebé que se está ahogando ni va a entrar en un edificio en llamas para despertar a sus moradores de su sueño casi fatal. No está poseído por un espíritu maligno ni es un perro vampiro. Aparece en el relato sencillamente porque lo encontré en la nieve, detrás de esa casa de Georgetown, y me encariñé con él, y desde el primer momento él también dio la impresión de quererme. Todo se ajustó a las ciegas e implacables leyes en las que creo: las leyes de la naturaleza, como dicen los hombres; o las leyes del Jardín Salvaje, como las llamo yo. Mojo amaba mi fortaleza; yo amaba su hermosura. Y ninguna otra cosa importaba en absoluto.

# 10

-Quiero que me cuente en detalle -dije- cómo lo obligó a salir de su cuerpo y cómo pudo hacerlo entrar en el suyo.

Miércoles, por fin. No había pasado ni media hora desde la puesta del sol. Lo sobresalté cuando aparecí por la puerta del fondo. Estábamos en la inmaculada cocina blanca, habitación por cierto desprovista de misterio para una reunión tan esotérica. Una única lamparita en un aplique de cobre iluminaba la mesa con un resplandor rosado, brindando intimidad a la escena. Seguía nevando y en el subsuelo la caldera emitía un rugido continuo. Yo había llevado conmigo al perro, con gran disgusto del dueño de la casa, y luego de tranquilizarlo un poco, el animal se quedó tendido como esfinge egipcia, con las patas delanteras estiradas sobre el piso encerado, mirándonos. De vez en cuando James le lanzaba una miradita nerviosa, y con razón, porque parecía que el perro tenía el demonio adentro y que el demonio conocía toda la historia. Noté a James mucho más relajado que en Nueva Orleáns. Había vuelto a ser el gentleman inglés, lo cual realzaba su cuerpo alto y juvenil. Tenía puesto un suéter gris que se adhería atractivamente a su pecho ancho, y pantalones oscuros. Llevaba anillos de plata en los dedos y, en la muñeca, un reloj ordinario. No me acordaba de esos objetos. James me miraba con expresión chispeante, lo cual me resultaba mucho más fácil de soportar que sus horribles sonrisas iracundas. No podía quitarle los ojos de encima, no podía dejar de mirar ese cuerpo que pronto podría ser mío. Alcancé



Librodot

a oler la sangre dentro del cuerpo, por supuesto, y ello me hizo arder de pasión. Cuanto más lo miraba, más me preguntaba qué sentiría si bebía su sangre y terminaba ahí mismo con el asunto. ¿Trataría él de huir del cuerpo y me dejaría aferrando una mera cáscara con respiración? Lo miré a los ojos, pensé "brujo", y una excitación nada habitual me quitó el hambre. Sin embargo, no sé si lo creía capaz de hacer lo que decía. Pensé que esa noche iba a terminar dándome un gran festín y nada más. Le aclaré la pregunta.

-¿Cómo fue que encontró este cuerpo? ¿Cómo consiguió que el alma entrara en el suyo?

-Yo había estado buscando un espécimen así; es decir, un hombre que psicológicamente hubiera perdido la voluntad y la capacidad de raciocinio, pero que tuviera sano el cerebro. En esas cuestiones, la telepatía es una gran ayuda, porque sólo mediante ella se podía llegar hasta los restos de inteligencia enterrados aún en su interior. Tuve que convencerlo en el nivel más profundo del inconsciente, por así decirlo, de que acudía en su ayuda, que me constaba que era una buena persona, que estaba de su parte. Y una vez que llegué a ese núcleo rudimentario, fue bastante fácil robarle los recuerdos e instarlo a la obediencia. -Se encogió de hombros. -Pobre tipo. Sus respuestas eran totalmente supersticiosas. Creo que hasta el último momento pensó que yo era su ángel de la guarda.

-¿Y lo sedujo para que saliera de su cuerpo?

-Sí, eso fue exactamente lo que hice, valiéndome de sugerencias un tanto rebuscadas. Una vez más, mi aliada fue la telepatía, hay que ser vidente para manipular de esa manera a los demás. La primera vez se levantó quizá cuarenta o cincuenta centímetros, pero volvía a caer dentro de la carne. Era más un reflejo que una decisión. Pero tuve paciencia, mucha paciencia. Cuando por fin logré tentarlo para que saliera por espacio de unos segundos, eso me bastó para meterme yo adentro y al mismo tiempo centrar toda mi energía en hacerlo entrar a él en lo que quedaba de mi viejo yo.

-Qué hermosa manera de expresarlo.

-Bueno, usted sabe que somos cuerpo y alma -aseguró con una sonrisa plácida-. Pero, ¿qué necesidad de hablar de todo esto ahora? Usted sabe salir de su cuerpo, de modo que no le resultará difícil.

-Podría llegar a sorprenderlo. ¿Qué pasó cuando él ya estuvo en el cuerpo de usted? ¿Se dio cuenta de lo que había pasado?

-En absoluto. Debe comprender que el hombre estaba muy deteriorado psicológicamente. Y por supuesto, era un ignorante.

-Además, no le dio tiempo para nada, ¿verdad? Lo mató.

-¡Señor de Lioncourt, lo que hice fue un acto de piedad! ¡Qué terrible dejarlo dentro de ese cuerpo, confundido como estaba! Comprenda que él no se iba a recuperar, con independencia del cuerpo que habitara. Había matado a toda su familia, hasta al bebé en su cunita.

-¿Usted tomó parte en ese hecho?

-¡Qué pobre opinión tiene de mí! No, en absoluto. Yo andaba vigilando los hospitales en busca de un espécimen porque sabía que alguno iba a aparecer. Pero, ¿a qué vienen estas últimas preguntas? ¿Acaso David Talbot no le dijo que en la Talamasca hay numerosos casos de transmutación registrados?

David no me lo había dicho, pero no podía culparlo por ello.

-¿En todos hubo un asesinato de por medio?

-No. Algunos se hicieron a través de un trato como el que convinimos usted y yo.

-Estaba pensando... usted y yo somos muy distintos.

-Sí, pero no me va a decir que no nos complementamos. Este cuerpo que le ofrezco es muy bello -dijo, poniéndose la mano contra el pecho-. No tanto como el suyo, sin duda, ¡pero muy bueno! Además, es exactamente lo que precisa. En cuanto al suyo, ¿qué más puedo decir? Espero que no haya oído hablar de mí a David Talbot, que ha cometido tantos errores trágicos.

-¿A qué se refiere?

-Es un esclavo de esa funesta organización -dijo-. Ellos lo dominan. ¡Qué pena que no pude hablar con él al final, porque así se habría convencido de lo que yo podía ofrecerle, lo que podía enseñarle! ¿Le habló de sus aventuras en Río? Sí, una persona excepcional, a la que me habría gustado conocer. Pero le advierto que no conviene cruzarse con él.

-¿Cómo se puede impedir que usted me mate no bien intercambiemos nuestros cuerpos? Eso fue lo que hizo con ese individuo al que tentó para que le diera su cuerpo, asestándole un rápido golpe en la cabeza.

-Ah, veo que conversó con Talbot -repuso, dispuesto a no dejarse afectar-. ¿O acaso investigó por su cuenta? Veinte millones de dólares me impedirán matarlo. Necesito el cuerpo para ir al banco, no se olvide. Maravilloso de su parte que haya duplicado la suma, pero le aseguro que habría mantenido mi palabra por diez. Ah, usted me ha liberado, señor de Lioncourt. A partir del viernes, a la misma hora en que clavaron a Cristo en la cruz, no voy a tener que robar nunca más.

Bebió un sorbo de té. Dejando de lado la fachada que mostraba se iba poniendo cada vez más nervioso. Y algo similar me ocurría a mí. ¿Y si da resultado?

-Claro que dará resultado -aseguró con esa manera suya tan intensa-. Y hay otras razones de peso para que no intente hacerle daño. Veámoslas una por una.

-De acuerdo.

-Bueno, usted podría decidir salir del cuerpo ante una agresión física mía. Ya le expliqué que necesito su colaboración.

-¿Y si no me da tiempo?

-Eso es una cuestión teórica. Jamás me atreveré a hacerle daño, ya que sus compañeros se enterarían. En la medida en que usted esté aquí, dentro de un cuerpo humano sano, a sus compañeros no se les ocurrirá destruir su cuerpo preternatural por más que sea yo el que esté adentro. Eso no lo harían, ¿no le parece? Pero si lo mato... es decir, si le destrozo la cara o lo que sea sin darle tiempo a desligarse -¡y créame que es una posibilidad, lo sé muy bien!- tarde o temprano sus amigos averiguarán que soy un impostor y me ultimarán sin más trámite. Con toda probabilidad percibirían su muerte Cuando ésta se produjera, ¿no cree?

-No sé, pero con el tiempo descubrirían todo.

-¡Desde luego!

-Es fundamental que usted no aparezca por Nueva Orleáns mientras esté dentro de mi cuerpo, que no se acerque a ningún bebedor de sangre, ni siquiera a los más débiles. Debe usar su capacidad para encubrirse, como comprenderá.

-Sí, claro. Tenga la seguridad de que he analizado todo. Si se me ocurriera quemar vivo a su bello Louis de Pointe du Lac, los otros se enterarían de inmediato, ¿no es así? Y terminaría siendo yo la róxima hoguera que arda en la noche.

No le respondí. Sentí la ira como si fuera un líquido helado que me recorría, de arriba abajo, anulando toda esperanza, todo coraje. ¡Pero yo quería eso! ¡Lo quería y lo tenía al alcance de la mano!

-No se complique con esas tonterías -me suplicó. Sus modales eran tan parecidos a los de David Talbot... A lo mejor lo hacía adrede. Tal vez usaba de modelo a David. Sin embargo, me pareció que era más bien una cuestión de educación similar y cierto instinto para la persuasión que ni siquiera David poseía. -No, yo no soy asesino -declaró, con repentina intensidad-. Lo que más importa es lo que se adquiere, y yo deseo rodearme de confort, de belleza, de todo el lujo imaginable, poder irme a vivir donde me agrade.

-¿Quiere que le dé instrucciones?

-¿Sobre qué?

-Sobre qué hacer cuando esté dentro de mi cuerpo.

-Ya me ha dado las instrucciones, mi estimado amigo: leí sus libros. -Me obsequió una ancha sonrisa, inclinó levemente la cabeza y me miró como si me estuviera tentando para que me fuera con él a la cama. -También he leído hasta el último documento de los archivos de la Talamasca.

-¿Qué clase de documentos?

-Descripciones pormenorizadas de la anatomía de los vampiros, los límites obvios que ustedes tienen, ese tipo de cosas. Debería leerlos usted también. Tal vez los tomara a risa. Los artículos más antiguos se escribieron en la época del oscurantismo y dicen tantas tonterías que hasta Aristóteles se habría puesto a llorar. Pero los legajos más recientes son científicos y muy precisos.

No me gustaba el giro que iba tomando la conversación. No me gustaba nada de lo que estaba pasando. Tentado estuve de dar todo por terminado en ese momento. Pero de repente supe que iba a llevar a cabo la experiencia. Tuve la certeza. Una extraña serenidad se apoderó de mí. Sí, íbamos a hacerlo en cuestión de minutos. Y daría resultado. Sentí que se me iba el color de la cara: un imperceptible enfriamiento de la piel, que aún me dolía por el suplicio padecido bajo el sol. Dudo que él haya notado el cambio o un endurecimiento en mi expresión, porque siguió hablando como antes.

-Las observaciones escritas en la década de 1970, luego de publicado "Entrevista con el vampiro", son muy interesantes. Y los últimos capítulos, inspirados en la rebuscada historia que narró usted sobre la especie... Sí, sé todo lo que hay que saber sobre su cuerpo, quizá hasta más que usted mismo. ¿Sabe lo que pretende la Talamasca? ¡Conseguir una muestra de sus tejidos, de sus células vampíricas! Yo en su lugar no permitiría jamás que obtuvieran un espécimen. Usted no ha tenido el menor cuidado con Talbot. Tal vez él le haya cortado las uñas o algún mechón de pelo cuando lo tuvo durmiendo bajo su techo.

Mechón de pelo. ¿No había un mechón rubio en el relicario? ¡Tenía que ser pelo de vampiro! El pelo de Claudia. Me estremecí, me replegué más dentro de mí mismo y no le permití entrar en mi mente. Siglos atrás, hubo una noche fatídica en la que Gabrielle, mi madre mortal e hija vampírica recién nacida, se cortó el



Librodot

pelo. Pero durante las largas horas del día que transcurrió en el ataúd, le volvía a crecer. Yo no quería recordar los gritos que dio cuando descubrió esos magníficos rizos largos que de nuevo le llegaban a los hombros; no quería pensar en ella ni en lo que podría decirme sobre esto que me proponía hacer. Hacía años que no posaba mis ojos en ella. Podían pasar siglos hasta que volviera a verla. Volví a mirar a James quien, con expresión radiante de esperanza, trataba de parecer sereno.

-Olvídese de la Talamasca -murmuré por lo bajo-. ¿Por qué le cuesta tanto estar en ese cuerpo? Se le nota torpe. Sólo se siente cómodo cuando está sentado y puede dejar todo librado a su cara y su voz.

-Muy perceptivo -comentó, con inconmovible decoro.

-No lo creo. Es muy evidente.

-El cuerpo me queda demasiado grande, eso es todo -explicó tranquilo-, Demasiado fornido..., atlético, por así decirlo. Pero para usted es perfecto. Hizo una pausa, miró la taza con aire pensativo y luego posó en mí sus ojos, tan sinceros en apariencia.

-Vamos, Lestat -dijo-. ¿Por qué estamos perdiendo el tiempo con esta conversación? Una vez que esté dentro de usted, mi intención no es bailar con el Royal Ballet sino disfrutar la experiencia, hacer cosas nuevas, ver el mundo a través de sus ojos. -Miró brevemente la hora. -Bueno, le ofrecería algo de beber para darle más coraje, pero eso a la larga sería contraproducente, ¿verdad? Ah, antes de que me olvide: el pasaporte. ¿Pudo conseguirlo? ¿Recuerda que le pedí uno? Espero que no lo haya olvidado; desde luego, yo también tengo uno para usted, aunque me imagino que no irá a ninguna parte con este temporal... Dejé mi pasaporte sobre la mesita, él se metió la mano debajo del pulóver, sacó el suyo del bolsillo de la camisa y me lo entregó en la mano. Lo revisé. Era norteamericano, y falso. Incluso la fecha de emisión, de dos años atrás, era falsa. Raglan James. Edad, veintiséis. Foto correcta. Buena foto. El domicilio de Georgetown. ¡Él estaba observando el pasaporte mío, también falso, su piel bronceada!

-Se ve que lo hizo confeccionar ex profeso... seguramente anoche mismo.

No me tomé el trabajo de contestarle.

-Qué inteligente de su parte, y qué buena la foto. -La miró con detenimiento. -Clarence Oddbody[2]. ¿Cómo se le ocurrió semejante nombre?

-Es un chiste privado. ¿Qué importa? Lo tendrá únicamente esta noche y mañana a la noche. -Me encogí de hombros.

-Es cierto, muy cierto.

-Lo espero aquí de regreso el viernes temprano, entre las tres y las cuatro de la madrugada.

-Excelente. -Iba ya a guardar el pasaporte, pero se contuvo y soltó una risita áspera. Luego sus ojos me escrutaron con expresión de genuino placer. -¿Está listo?

-Todavía no. -Saqué la billetera, la abrí, extraje alrededor de la mitad del dinero que llevaba y se la entregué.

[2] Oddbody: En inglés, cuerpo singular, extraño o raro. (N. de la T.)

-Ah, sí, el dinero para gastos menores. Muy amable en recordarlo. Yo, con la emoción, me estoy olvidando de todos los detalles importantes, lo cual es imperdonable. Y usted, tan caballero...

Recogió los billetes y una vez más se contuvo cuando ya estaba por guardárselos en el bolsillo. Volvió a dejarlos sobre la mesa y sonrió. Yo apoyé la mano sobre la billetera.

-El resto es para mí -dije-, para después de que hagamos el intercambio. Espero que esté satisfecho con la suma. ¿El ladronzuelo que hay en usted no se sentirá tentado de alzarse con lo que queda?

-Haré lo posible por comportarme bien -respondió chispeante-. Ahora bien, ¿quiere que me cambie de ropa? Estas prendas las robé especialmente para usted.

-Están bien.

-¿Quiere que vacíe mi vejiga? ¿O prefiere hacerlo usted?

-Prefiero hacerlo yo.

Asintió.

-Estoy con hambre. Pensé que eso a usted le agradaría. Hay un restaurante muy bueno por esta misma calle. Paolo's. Sirven unos estupendos spaghetti alla carbonara. Puede ir caminando a pesar de la nieve.

-Maravilloso. Yo no tengo hambre porque me pareció que así le resultaría más sencillo. Mencionó usted un auto. ¿Dónde está?

-Ah, sí, el auto. Saliendo por el frente, a la izquierda de la escalera de entrada. Es un Porsche deportivo color rojo, que supuse le agradaría. Aquí están las llaves. Pero tenga cuidado...

-¿Con qué?

-Bueno, obviamente con la nieve. A lo mejor ni siquiera consigue moverlo.

-Le agradezco la advertencia.

-No quiero que se haga daño. Si usted no aparece por aquí el viernes, podría costarme veinte millones. De todos modos, en el escritorio que hay en la sala encontrará el registro de conductor con la foto correcta. ¿Qué pasa?

-No se me ocurrió traer ropa para usted. Sólo tengo ésta que llevo puesta.

-Oh, no, eso yo ya lo pensé hace mucho, cuando estuve curioseando en su habitación del hotel de Nueva York. Tengo mi guardarropa, no se preocupe, y me agrada ese traje negro de pana. Viste usted muy bien. Siempre vistió con elegancia, ¿no? Pero claro, proviene de una época en que se usaban atuendos tan suntuosos. La actual debe parecerle aburrida. ¿Esos botones son antiguos? Bueno, ya tendré oportunidad de mirarlos con más atención.

-¿Adónde piensa ir?

-Adonde quiera, desde luego. ¿Está perdiendo el coraje?

-No.

-¿Sabe conducir autos?

-Sí. Pero si no supiera, me arreglaría lo mismo.

-¿Le parece? ¿Cree que va a tener su inteligencia sobrenatural cuando esté en este cuerpo? No lo sé. No estoy seguro. A lo mejor las pequeñas sinapsis del cerebro no le funcionan con tanta rapidez.

-No sé nada sobre sinapsis.

-Está bien. Empecemos, entonces.

-Sí, creo que ahora sí. -Dentro de mi pecho, el corazón se me hizo un nudo, pero en el acto James adoptó un tono autoritario.

-Escúcheme atentamente -dijo-. Quiero que salga y se eleve de su cuerpo, pero no antes de que yo haya terminado de hablar. Tiene que ascender. Recuerde que ya lo ha hecho antes. Antes de llegar al techo, cuando esté justo encima de nosotros dos, hará el esfuerzo de introducirse en este cuerpo. No debe pensar en ninguna otra cosa. No permita que el miedo lo desconcentre. No se ponga a pensar cómo es que sucede esto. Lo que debe hacer es descender, entrar en este cuerpo y conectarse de inmediato con cada fibra, con cada célula. ¡Represéntese la escena mientras la vive! Imagine que ya está adentro.

-Sí, le entiendo.

-Como le anticipé, va a encontrar algo invisible, algo que queda del ocupante original, y ese algo anhela sentirse completo de nuevo... con el alma de usted.

Le indiqué con un gesto que comprendía.

-Quizás experimente diversas sensaciones desagradables -prosiguió-. Cuando entre en este cuerpo, lo notará muy compacto, apretado, pero no titubee. Hágase a la idea de que su espíritu va ingresando en los dedos de ambas manos, en los dedos de los pies. Mire a través de los ojos. Eso es lo mas importante, porque los ojos forman parte del cerebro. Cuando mire por ellos, estará asentándose dentro del cerebro. De allí no se desprenderá, eso es seguro. Una vez que esté adentro, va a hacer falta un gran esfuerzo para sacarlo de allí.

-¿Lo veré a usted en espíritu cuando estemos haciendo el cambio?

-No. Se podría hacer, pero gran parte de la concentración se apartaría del objetivo inmediato. Usted no necesita ver nada más que este cuerpo; tiene que entrar en él, empezar a moverlo, respirar con él y ver con él, como le dije.

-Sí.

-Ahora bien. Una cosa que le dará temor será ver su propio cuerpo inerte, o habitado por mí. No se deje apabullar por esa impresión, para lo cual tendrá que hacer uso de cierta dosis de confianza y humildad. Créame que voy a efectuar la posesión sin dañar su cuerpo, y me marcharé de inmediato para que, cuando me mire, no recuerde constantemente lo que hizo. No volverá a verme hasta el viernes por la mañana como convinimos. Tampoco le hablaré, porque quizá no le guste oír mi voz saliendo de su boca y se distraiga. ¿Me entiende?

-¿Qué sonido tendrá su voz? ¿Qué sonido tendrá la mía?

Una vez más echó un rápido vistazo a la hora, y luego nuevamente a mí.

-Habrá diferencias -respondió-. El tamaño de la laringe es distinto. Este hombre, por ejemplo, le dio a mi voz un tono más grave que yo antes no tenía. Usted conservará su ritmo, su acento, sus pautas lingüísticas, por supuesto, pero el timbre será distinto.

Lo miré con atención.

-¿Es importante que yo crea que esto se puede realizar?

-No -repuso, con una ancha sonrisa-. No va a ser una sesión espiritista. No tiene que atizar el fuego para la médium con su propia fe. Ya lo verá dentro de un instante. ¿Qué más queda por decir? -Algo más tenso, se adelantó en su sillón. De pronto el perro lanzó un gruñido áspero, y yo estiré una mano para tranquilizarlo.

-¡Vamos! -me apuró James, su voz un susurro-. ¡Salga ya de su cuerpo! Me eché hacia atrás e hice una seña al perro para que se quedara quieto. Luego me propuse mentalmente elevarme y sentí que una vibración recorría todo mi cuerpo. Después vino la maravillosa sensación de estar elevándome como espíritu ingrávido, libre, mientras aún podía ver mi forma masculina, con sus brazos y piernas extendidos, muy próxima al techo blanco, y cuando miré hacia abajo observé el asombroso espectáculo de mi propio cuerpo sentado todavía en el sillón. ¡Ah, qué gloriosa la sensación, como si pudiera ir a cualquier parte en un instante! Como si no necesitara el cuerpo y mi vínculo con él hubiera sido un engaño desde el momento de nacer. El cuerpo físico de James cayó levemente hacia adelante y sus dedos comenzaron a moverse hacia afuera sobre la mesa blanca. No tenía que distraerme. ¡Lo importante era la mutación!

-¡Debo bajar y meterme en ese cuerpo! -expresé en voz alta, pero no hubo una voz audible; después, sin palabras, logré caer verticalmente y fusionarme con esa carne nueva, con esa forma física. Un sonido estentóreo inundó mis oídos; luego experimenté una sensación de constreñimiento, como si todo mi ser se viera forzado a recorrer un tubo angosto y resbaladizo. ¡Dolorosísimo! Ansié la libertad, pero en cambio sentí que iba llenando los brazos y piernas vacíos; sentí el hormigueo y el peso de la carne que me cercaba, y sensaciones similares sobre mi rostro. Con esfuerzo abrí los ojos antes de darme cuenta siquiera de que estaba moviendo los párpados de ese cuerpo mortal, que de hecho estaba parpadeando, mirando la habitación en penumbras con ojos humanos, y vi ante mí mi viejo cuerpo y mi vieja piel bronceada, mis ojos azules que a su vez me miraban a través de los vidrios color violeta. Sentía que me ahogaba -¡tenía que escapar!-, pero al mismo tiempo tomé conciencia de que ¡había entrado! ¡Estaba dentro del otro cuerpo! Se había operado el cambio. No pude dejar de inhalar Una bocanada de aire gruesa, pesada, y al hacerlo moví esa monstruosa osamenta de carne. Luego me di una palmada en el pecho y consternado noté lo sólido que era, al tiempo que oía el paso húmedo de la sangre por el corazón.

-Dios santo, estoy adentro -exclamé, luchando por despejar la penumbra que me envolvía, el velo oscuro que me impedía ver con más nitidez la silueta que tenía ante mí y que en ese momento cobró vida. Mi viejo cuerpo pegó un salto y se elevó con los brazos en alto, en ademán de horror. Una de las manos chocó contra la luz del techo e hizo explotar la lamparita, al tiempo que el sillón caía ruidosamente contra el piso. El perro se incorporó y emitió una suerte de aterradora melodía de ladridos guturales.

-No, Mojo, no. ¡Siéntate! -me oí clamar con mi gruesa garganta de mortal, tratando aún de ver en las tinieblas pero sin poder hacerlo, y dándome cuenta de que era mi mano la que lo sujetaba del collar y le pegaba un tirón para que no atacara al viejo cuerpo vampírico, cuerpo que a su vez contemplaba al perro con enorme perplejidad, con un brillo feroz en los ojos azules desmesuradamente abiertos, ausentes.

-¡Sí, mátelo! -profirió, estentórea, la voz de James saliendo de mi vieja boca preternatural. De inmediato me tapé los oídos con las manos para protegerme del sonido. El perro volvió a adelantarse, y una vez más lo aferré del collar. Me dolieron los dedos al sujetar los eslabones y me llamó la atención la fuerza del animal como asimismo la poca resistencia de mis brazos mortales. ¡Oh, dioses, tenía que hacer funcionar este cuerpo! Él no era más que un perro, ¡y yo, un fornido humano!

-¡Basta, Mojo! -le imploré en el momento en que me arrastraba del sillón haciéndome caer de rodillas-. ¡Y usted, váyase de aquí! -me indigné. Me dolían terriblemente las rodillas. La voz me pareció insignificante, opaca. -¡Váyase! -repetí. El ser que yo había sido pasó a mi lado sacudiendo aún los brazos, se estrelló contra la puerta del fondo e hizo astillas los cristales, por lo cual entró una ráfaga de viento frío. El perro estaba enloquecido, y yo ya casi no lo podía dominar.

-¡Váyase! -grité una vez más y, consternado, observé que el ser retrocedía y atravesaba la puerta, que despedazaba la madera y lo que quedaba de vidrio, y en el porche se elevaba para internarse en la noche nevada. Lo vi un último instante, repugnante aparición suspendida en el aire sobre los escaloncitos del fondo, mientras la nieve se arremolinaba en derredor. Sacudía sus extremidades rítmicamente, cual nadador en un mar invisible. Sus ojos azules seguían muy abiertos e insensibles, como si la carne pretematural que los rodeaba fuese incapaz de formar una expresión, Y brillantes como dos gemas incandescentes. Su boca -mi vieja boca- se había estirado en una sonrisa insensata. Al instante desapareció. Me quedé sin aliento. La habitación estaba helada a causa del viento que entraba por todos los rincones, haciendo caer las ollas de cobre de su elegante soporte mientras se precipitaba contra la puerta del comedor. Y de pronto el perro se sosegó. Tomé conciencia de que yo estaba en el piso a su lado, que le había pasado el brazo derecho por el cuello y que, con el izquierdo, le rodeaba el pecho peludo. Cada respiración me hacía doler, forzosamente tenía que entornar los párpados para que la nieve traída por el viento no me entrara en los ojos, me sentía atrapado en ese cuerpo extraño relleno con pesos de plomo, y el aire frío eran punzadas que sentía en cara y manos.

-Dios santo, Mojo -murmuré en su oreja suave, rosada-. Dios santo, ¡sucedió! Ya soy un hombre mortal.

# 11

-De acuerdo -dije estúpidamente, sorprendiéndome una vez más ante el sonido bajo y débil de la voz-. Esto ya empezó, así que, a controlarse. -La idea me hizo reír. La peor parte fue la del viento frío. Me castañeteaban los dientes. El dolor punzante en la piel era totalmente distinto del que sentía como vampiro. Era preciso arreglar esa puerta, pero no tenía idea de cómo se hacía. ¿Quedaba algo de puerta? Imposible saberlo, porque era como tratar de ver en medio de una nube de humos tóxicos. Lentamente me puse de pie, y en el acto tomé conciencia del aumento de estatura; me sentí muy inestable. Ya no había en la habitación ni rastros de calor. Es más, la entrada del viento producía ruidos en toda la casa. Con sumo cuidado me encaminé al porche. Mis pies resbalaron hacia la derecha y me arrojaron de nuevo contra el marco de la puerta. Presa del pánico, logré de todos modos asirme de la madera húmeda con esos dedos grandes y temblorosos, lo que impidió que rodara por los escalones. Me esforcé otra vez por ver en la penumbra, pero no pude distinguir nada en absoluto.

-Tranquilízate -me dije, notando que los dedos me transpiraban y se me entumecían al mismo tiempo, y que los pies también me dolían pues se me



Librodot

estaban adormeciendo-. Lo que pasa es que aquí no hay luz artificial, eso es todo -pensé-, y estás mirando con ojos de mortal. ¡Ahora haz algo inteligente! -Y con cuidado, casi resbalando de nuevo, volví a entrar. Alcanzaba a adivinar el tenue contorno de Mojo que me observaba jadeando ruidosamente, y noté un hilito de luz en uno de sus ojos oscuros. Le hablé con dulzura.

-Soy yo, Mojo. ¡Soy yo! -Le acaricié con suavidad el pelo de las orejas. Enfilé hacia la mesa, me desplomé bruscamente en una silla -siempre asombrado por la consistencia de mi nueva carne- y me tapé la boca con la mano. Sucedió de verdad, tonto, me dije. No hay duda. Un hermoso milagro, eso es lo que es. ¡Te liberaste de tu cuerpo preternatural! Eres un ser humano, un hombre. Ahora debes contrarrestar el pánico. ¡Piensa como el héroe que te vanaglorias de ser! Tienes asuntos prácticos que resolver. Te está entrando nieve. Este cuerpo mortal se está congelando, por el amor al cielo. ¡Ocúpate de las cosas como debes! No obstante, lo único que hice fue abrir más los ojos y fijarlos en algo que parecía ser la nieve acumulándose con pequeños cristales chispeantes sobre la superficie blanca de la mesa, en la esperanza de que en cualquier momento la visión fuera más nítida, aunque desde luego no lo iba a ser. Eso era té derramado, ¿no? Y vidrios rotos. No te cortes con los vidrios, ¡porque no vas a cicatrizar! Se me acercó Mojo y me gustó que apoyara su flanco tibio y peludo contra mi pierna temblorosa. Pero, ¿por qué la sensación me resultaba tan lejana, como si tuviera que traspasar varias capas de franela? ¿Por qué no alcanzaba a oler el maravilloso aroma de su pelo? Eso quiere decir que los sentidos son más limitados. Tendría que haberlo supuesto. Bueno, ahora ve y mírate en un espejo. Sí, y cierra todas las puertas, que hace frío.

-Vamos, muchacho -le dije al perro, y salimos de la cocina para entrar en el comedor. Cada paso que daba era lento, pesado y con dedos torpes, muy imprecisos, cerré la puerta. El viento chocó contra ella y se coló por los bordes, pero la puerta resistió. Giré sobre mis talones, perdí un instante el equilibrio pero en el acto me enderecé. ¡No tendría que ser tan difícil habituarme, por Dios! De nuevo me asenté firmemente sobre los pies, bajé la vista para mirarlos y me asombró su tamaño; luego me estudié las manos, también grandes pero de ninguna manera feas. ¡No te dejes dominar por el pánico! El reloj pulsera me resultaba incómodo pero me hacía falta. Está bien: déjatelo puesto. Pero los anillos... Decididamente no quería tenerlos en los dedos. Me picaban. Quise sacármelos, ¡pero no pude! No salían por nada. Dios santo. Bueno, basta. Te vas a volver loco sólo porque no puedes quitártelos. Qué tontería. Tranquilízate. Sabes que existe el jabón... Bueno, enjabónate las manos, esas manazas oscuras, heladas, y los anillos te saldrán enseguida. Crucé los brazos y, al apoyar las manos sobre los costados de mi cuerpo, me sorprendió sobremanera la sensación húmeda de la transpiración humana bajo la camisa -nada que ver con el sudor de la sangre-; inspiré lentamente sin prestar atención a la sensación de que algo fuerte me oprimía el pecho, a la sensación del acto mismo de respirar, y haciendo un esfuerzo me obligué a pasear la vista por el ambiente. No era momento para lanzar un alarido de terror. Estaba muy oscuro. Sólo había una lámpara de pie en un rincón lejano y otra muy pequeña sobre la repisa de la chimenea, ambas encendidas pero de todos modos estaba tremendamente oscuro. Me dio la impresión de hallarme bajo agua, y que el agua era sucia, quizás hasta enturbiada con tinta. Esto es normal; esto es mortal. Así es como ellos ven. Pero qué lóbrego me parecía todo, qué parcial, sin nada de ese característico espacio abierto que tenían las habitaciones donde se desplazan los vampiros. Qué



Librodot

sombrías las sillas y su oscuro fulgor, la mesa apenas visible, la opaca luz dorada que trepaba por los rincones, las molduras de yeso de los techos que se esfumaban entre las sombras, las tinieblas impenetrables, y qué atemorizante la negrura vacía del pasillo. Podía haber algo oculto en esas sombras, una rata, cualquier cosa. Podía haber otro ser humano en ese pasillo. Miré a Mojo y me asombró lo borroso que lo veía, misterioso pero de una manera totalmente distinta. Era eso: las cosas perdían sus contornos en esa suerte de penumbra. Imposible calcular su textura o tamaño total. Ah, pero sobre la chimenea había un espejo. Fui a buscarlo, frustrado por lo mucho que me pesaban las piernas, por el repentino miedo a tropezar y la necesidad de mirarme los pies más de una vez. Coloqué la pequeña lámpara bajo el espejo y luego me miré. Oh, sí. Qué distinto estaba. Desapareció la tensión, el brillo nervioso de los ojos. El que me devolvía la mirada era un hombre joven, con cara de gran susto.

Levanté la mano y me palpé la boca, las cejas, la frente -que era más alta que la mía-, y por último el pelo suave. El rostro me resultó muy agradable, infinitamente más de lo que suponía, por el hecho de ser cuadrado, de no tener arrugas marcadas y ser muy proporcionado, por los ojos de mirada intensa. Pero no me gustó la expresión de miedo que había en ellos. Traté de ver una expresión distinta, de afirmar las facciones desde adentro, de dejarlas que expresaran el asombro. Y no estoy seguro de que en ese momento me sintiera maravillado. Hmmm. No pude ver en esa cara nada que viniera de adentro. Lentamente abrí la boca y hablé. Dije en francés que yo era Lestat de Lioncourt, que me hallaba en el interior de ese cuerpo y que todo estaba bien. ¡El experimento había resultado! Estaba transcurriendo la primera hora de la prueba, el malvado James se había ido y ¡todo había salido bien! En ese momento advertí en los ojos algo de mi antigua ferocidad; y cuando sonreí vi mi propia malicia durante al menos unos segundos antes de que se borrara la sonrisa, dejándome inexpresivo, con cara de asombro. Me volví y miré al perro, que se hallaba a mi lado y levantaba la cabeza para observarme, como era su costumbre, con gran satisfacción.

-¿Cómo sabes que soy yo el que está aquí adentro, y no James? -pregunté. Levantó la cabeza y movió apenas una oreja.

-¡Vamos, basta ya de tanta locura y debilidad! -Enfilé hacia el pasillo oscuro, pero de repente se me dobló la pierna derecha y me deslicé pesadamente; la mano izquierda patinó sobre el piso para amortiguar el impacto; la cabeza chocó contra la chimenea de mármol, y sentí una súbita explosión de dolor cuando el codo golpeó también contra el mármol. Con gran estrépito se me cayeron encima los implementos para el fuego, pero eso no fue nada. El golpe en el codo me había tocado el nervio y el dolor era un fuego que me subía por todo el brazo. Me di vuelta boca abajo y aguardé un momento que me pasara el dolor. Sólo entonces tomé conciencia de que la cabeza me latía por el golpe contra el mármol. Levanté una mano y sentí entre el pelo la humedad de la sangre. ¡Sangre! Ah, qué bueno. A Louis le haría mucha gracia, pensé. Me puse de pie y el dolor se trasladó al costado derecho de la frente, como si fuera un peso que se corría desde adelante. Para afirmarme, me sostuve del borde de la chimenea. Una de las numerosas alfombritas de la habitación yacía en el piso a mis pies. La culpable. La pateé para sacarla del camino, giré sobre mis talones y con sumo cuidado me encaminé al pasillo. Pero, ¿adónde iba? ¿Qué pensaba hacer? La respuesta me llegó de improviso. Tenía la vejiga llena, el malestar era mayor desde el momento de la caída. Tenía que orinar. ¿No había un baño ahí abajo, por alguna parte? Encontré la llave de la luz y encendí la araña del techo. Durante un largo instante



Librodot

contemplé las diminutas lamparitas -alrededor de veinte- y comprendí que eso era bastante luz, con independencia de lo que me pareciera a mí, pero nadie había dicho que no pudiera encender todas las lámparas de la casa. Eso me propuse hacer. Crucé el living, la pequeña biblioteca y el pasillo del fondo, y todas las veces la luz me desilusionaba. No podía desprenderme de la sensación de oscuridad, y lo borroso de las cosas me desorientaba y alarmaba un tanto. Por último subí lenta, cuidadosamente la escalera, temeroso de perder el equilibrio en cualquier momento y tropezar, disgustado con el dolor sordo que sentía en las piernas. Unas piernas tan largas. Miré hacia abajo por el hueco de la escalera y quedé azorado. Aquí uno se puede caer y matar, me dije. Entré en el estrecho baño y en seguida encontré la luz. Tenía que orinar, eso era, cosa que no había hecho en más de doscientos años. Bajé el cierre de mi pantalón moderno y saqué el miembro, que de inmediato me impresionó por su tamaño y flaccidez. El tamaño me pareció bien, por supuesto. ¿Quién no quiere que esos órganos sean grandes? Y estaba circuncidado, lo cual me pareció un detalle simpático. Pero no lo quería tocar porque me repugnaba su flaccidez. Tuve que hacer un esfuerzo para recordar que era mío. ¡Caramba! ¿Y el olor que emanaba de él, que surgía del pelo que lo rodeaba? ¡Eso también es tu cuerpo, muchacho! Ahora hazlo funcionar. Cerré los ojos, y cuando lo apreté -quizá incorrectamente, con demasiada fuerza- brotó de él un gran arco de orina maloliente que no cayó en el inodoro sino que rebotó contra la tabla blanca. Repulsivo. Corregí la puntería y observé con perversa fascinación que luego caía dentro del retrete, que se formaban burbujas en la superficie y que el olor se hacía cada vez más nauseabundo, hasta que ya no pude aguantarlo mas. Por fin la vejiga estaba vacía. Guardé esa cosa blanda y desagradable, subí el cierre y bajé la tapa del inodoro. Accioné la manija y allí marchó la orina, salvo las salpicaduras que quedaron sobre la tabla y en el suelo.

Procuré respirar hondo, pero el feo olor me envolvía. Levanté las manos y noté que también lo tenía en los dedos. Abrí el grifo del lavatorio, tomé el jabón y me puse a trabajar. Pese a que me enjaboné varias veces no podía estar seguro de que me hubieran quedado limpias del todo. La piel era mucho más porosa que mi antigua epidermis sobrenatural; por eso la sentía sucia. Luego empecé a tironear de los anillos. Ni aun con la espuma pude sacármelos. Hice memoria: sí, el hijo de puta los tenía puestos en Nueva Orleáns. Probablemente él tampoco se los podía sacar, ¡y ahora tenía que aguantarlos yo! Ya estaba al borde de mi paciencia, pero nada podía hacer hasta que no encontrara un joyero que me los cortara con una sierrita, unas tenacillas o algún otro instrumento. De sólo pensarlo sentí que los músculos se me ponían tensos y volvían a aflojarse en dolorosos espasmos. Yo mismo me di la orden de dominarme. Me enjuagué las manos una y otra vez -cosa ridícula-, manoteé la toalla y las sequé, nuevamente asqueado por su textura absorbente y por trocitos de suciedad que encontré alrededor de las uñas. Dios santo, ¿por qué ese imbécil no se lavaba bien las manos? Luego me miré en el espejo que cubría la pared del fondo del baño, y lo que vi me desagradó enormemente. Un gran manchón de humedad en los pantalones. ¡Se ve que ese estúpido miembro no estaba seco cuando lo guardé! Bueno, en los viejos tiempos nunca me había preocupado por eso. Pero claro, en ese entonces yo era un mugriento terrateniente que se bañaba en verano, o cuando se le ocurría zambullirse en un arroyo de montaña. ¡De ninguna manera podía andar con esa mancha! Salí del baño, pasé junto al paciente Mojo, le hice apenas una caricia en la cabeza y llegué al dormitorio principal. Abrí el placard,



Librodot

encontré otro pantalón de lana -de mejor calidad aún-, me saqué los zapatos y en el acto me cambié. Y ahora, ¿qué tengo que hacer? Buscar algo para comer, me dije. ¡Entonces comprendí que tenía hambre! Ese era el malestar que había estado sintiendo, junto con el de la vejiga llena, sumado a una sensación general de pesadez desde que comenzó esta pequeña saga. Comer. Pero, ¿sabes lo que pasará si comes? Tendrás que volver a ese baño, o a algún otro, a eliminar la comida digerida. La sola idea casi me da arcadas. De hecho, me dieron tantas náuseas de sólo imaginar que salían excrementos humanos de mi cuerpo, que por un momento pensé que iba a vomitar. Me quedé sentado muy quieto al pie de la moderna cama baja y traté de dominar mis emociones. Procuré hacerme a la idea de que ésos eran los aspectos más simples del ser mortal; no debía permitir que oscurecieran las cuestiones más importantes. También pensé que me estaba comportando como un perfecto cobarde, no como el héroe que decía ser. En realidad, no creo que el mundo me considere un héroe, pero hace mucho tiempo decidí que debía vivir como si lo fuera, que debía atravesar todas las dificultades de mi camino porque son mis inevitables círculos de fuego. De acuerdo, ése era mi pequeño e ignominioso círculo de fuego. Y en el acto debía dejar de ser cobarde. Para cumplir esa prueba debía comer, paladear, sentir, ver. ¡Pero qué tormento iba a ser! Por último, me puse de pie y, dando pasos más largos a causa de mis nuevas piernas, volví al placard; allí comprobé asombrado que no había mucha ropa: dos pantalones de lana, dos chaquetas de lana bastante livianas, ambas nuevas, y no más de tres camisas en un estante. Hmmm. ¿Qué había pasado con lo demás? Abrí el cajón superior de la cómoda. Vacío. Más aún: todos los cajones estaban vacíos, lo mismo que el mueblecito próximo a la cama. ¿Qué podía significar? ¿Que James se había llevado su ropa o la había enviado al lugar al que fue? Pero, ¿por qué? No le iban a ir bien con su nuevo cuerpo y, según me había dicho, se había ocupado de todos esos detalles. Me sentí profundamente perturbado. ¿Significaría que pensaba no regresar más? Qué absurdo. De ningún modo iba a despreciar los veinte millones. ¡Y yo no podía perder mi valioso tiempo de mortal preocupándome por semejante bagatela! Bajé la peligrosa escalera acompañado por Mojo, que se movía lentamente a mi lado. Ya manejaba el nuevo cuerpo sin esfuerzo, pese a lo incómodo y pesado que me resultaba. Abrí el placard del pasillo y vi que quedaba colgado un viejo abrigo, un par de galochas y nada más. Regresé hasta el pequeño escritorio del living porque él me había dicho que ahí iba a encontrar el registro de conductor. Lentamente abrí el primer cajón: vacío. Todo estaba vacío. Ah, pero en uno de los cajones había unos papeles. Algo que ver con esa casa, pero en ninguna parte figuraba el nombre Raglan James. Procuré comprender lo que eran los papeles, pero la jerga oficial me superó. No recibí una impresión inmediata del significado, como me pasaba cuando miraba con mis ojos vampíricos.

Me vino a la memoria lo que había dicho James sobre las sinapsis. Sí, pensaba con más lentitud, y también me costaba leer cada palabra.

Oh, bueno, ¿pero qué importaba? No encontré ningún registro de conductor. Y lo que me hacía falta era dinero. Ah, sí, yo había dejado el dinero sobre la mesa. ¿Y si se había volado al jardín? Volví en el acto a la cocina. Noté el ambiente gélido, y de hecho la mesa y las ollas de cobre estaban cubiertas por una fina capa de escarcha blanca. La billetera no estaba sobre la mesa; tampoco las llaves del auto. Y la luz, desde luego, se había hecho añicos. Me arrodillé a oscuras y comencé a tantear el suelo. Encontré el pasaporte, no así la billetera ni las llaves. Sólo trocitos de vidrio de la lámpara que se me clavaron en las manos y me



Librodot

cortaron en dos sitios. Minúsculas gotitas de sangre sin aroma, sin verdadero sabor. Traté de ver sin sentir. No estaba la billetera. Volví a salir a la escalerita, esta vez con cuidado para no caerme. La billetera no estaba. No pude ver en la profunda nieve del jardín. Ah, pero de nada valía buscarlas, ¿verdad? Tanto la billetera como las llaves eran pesadas, o sea que no podían haberse volado. ¡Se las llevó él! ¡Probablemente hasta regresó para buscarlas! Monstruo depravado... Y cuando tomé conciencia de que el tipo ya estaba dentro de mi potente cuerpo preternatural cuando hizo eso, la furia me paralizó. Bueno, tú imaginabas que podía pasar, ¿no? Coincidía con su naturaleza. Y de nuevo te estás congelando. ¡Tiemblas! Vuelve al comedor y cierra la puerta. Eso hice, pero tuve que esperar a Mojo, que se tomó su tiempo como si no le molestara la nevisca. El comedor se había enfriado, dado que dejé la puerta abierta, y cuando volví a subir a la planta alta comprobé que la temperatura de toda la casa había descendido a causa de mi incursión por la cocina. Tenía que acordarme de cerrar las puertas. Me dirigí a una de las habitaciones en desuso y fui derecho a la chimenea en la que había escondido el dinero. Cuando metí la mano no toqué el sobre que había puesto allí sino una sola hoja de papel. La retiré hecho una furia, e incluso antes de encender la luz alcancé a leer el texto:

*Sinceramente debe ser usted un tonto, para suponer que un hombre de mi capacidad no iba a encontrar eso que ocultó. No es preciso ser vampiro para detectar cierta humedad delatora en el piso y la pared. Que tenga una agradable aventura. Lo veo el viernes. ¡Cuídese!*

*Raglan James.*

Tanto me indigné, que por un momento no me pude mover. Estaba que echaba chispas. Tenía los puños crispados. "¡Maldito sinvergüenza!", me desahogué, con esa voz opaca, débil, detestable. Me encaminé al baño. Desde luego, tampoco estaba el otro dinero detrás del espejo, y sólo encontré otra notita.

*¿Qué es la vida humana sin dificultades? Comprenderá usted que no puedo resistirme ante estos pequeños descubrimientos. Es como dejar botellas de vino sueltas cerca de un alcohólico. Lo veo el viernes. Por favor, tenga cuidado al caminar por las aceras congeladas. No quisiera que se quebrase una pierna.*

¡No aguanté más y pegué un puñetazo contra el espejo! Oh, bueno. Fue una bendición que no hubiera quedado un enorme boquete en la pared, como habría quedado de haber sido Lestat el vampiro el autor del golpe, sino sólo cristales rotos. ¡Y mala suerte durante siete años! Di media vuelta y bajé de nuevo a la cocina, pero esta vez atranqué la puerta al pasar. Cuando abrí la heladera, ¡no encontré nada! ¡Nada! ¡Ah, demonio, lo que le iba a hacer! ¿Cómo pensó que podía obrar impunemente? ¿Acaso no me cree capaz de regalarle veinte millones y después retorcerle el pescuezo? ¿Cómo se le ocurre? Hmmm. ¿Era difícil entenderlo? James no iba a volver, ¿no es cierto? Por supuesto que no. Regresé al comedor. No había juegos de plata ni de porcelana en la vitrina, pero sin duda los hubo la noche anterior. Salí al pasillo: ni un cuadro en las paredes. Revisé el living. No estaban las telas de Picasso, Jasper Johns, de Kooning ni Warhol. Todo había desaparecido, hasta las fotos de los barcos. Tampoco estaban las esculturas chinas. Las bibliotecas se hallaban casi vacías. De las alfombras

quedaban muy pocas: una en el comedor, ¡con la que casi me había matado! Y otra al pie de la escalera ¡Se había llevado todos los objetos de valor de la casa! Si hasta faltaba la mitad de los muebles. ¡El muy hijo de puta no pensaba volver! Jamás tuvo la intención. Me senté en el sillón más próximo a la puerta. Mojo, que me había seguido fielmente, aprovechó la ocasión para tenderse a mis pies. Hundí la mano en su pelambre, le di un suave tironcito, se la alisé y pensé qué gran alivio era tenerlo conmigo.

Desde luego, James había sido un tonto en planear eso. ¿Pensó acaso que no me atrevería a recurrir a mis compañeros? Hmmm. Pedirles ayuda... qué idea grotesca. No hacían falta grandes alardes de imaginación para adivinar lo que me diría Marius si le contaba lo que hice. Lo más probable era que ya lo supiese y estuviera ocultando su desaprobación. En cuanto a lo que opinarían los más viejos, me estremecía de sólo pensarlo. Lo mejor que me podía pasar, desde todo punto de vista, era que el intercambio de cuerpos pasara inadvertido. Eso lo supe desde el principio. Lo más importante era que James no sabía -no podía saberlo- cuánto se iban a enojar los otros conmigo a causa de ese experimento. Y tampoco conocía los límites de las facultades de las que en ese momento disponía. Ah, pero todo eso era prematuro. Robarme el dinero, saquear la casa, no era más que un chiste maligno de James, nada más que eso. No podía dejarme la ropa y el dinero; su mezquindad se lo impedía. Tenía que trampear un poco. Por supuesto que planeaba regresar y cobrar los veinte millones. Además, contaba con que yo no le iba a hacer daño porque seguramente iba a querer repetir el experimento, porque lo valoraría por ser la única persona capaz de hacerlo. Sí, ése era el as que se guardaba en la manga: que yo no iba a perjudicar al único mortal con quien podría intercambiar mi cuerpo cuando quisiera hacerlo de nuevo. ¡Hacerlo de nuevo! Tuve que reírme. Me reí en efecto, y qué sonido extraño me resultó. Cerré fuertemente los ojos y permanecí sentado unos momentos, disgustado con el sudor que se me adhería a las costillas, con la forma en que me dolían el estómago y la cabeza, con la pesadez que sentía en manos y piernas. Y cuando volví a abrirlos, lo único que vi fue ese mundo borroso de colores pálidos y bordes desdibujados... ¿Hacerlo de nuevo? Contrólate, Lestat. Apretaste los dientes Con tanta fuerza, que te lastimaste. ¡Te cortaste la lengua! ¡Te has hecho sangrar la boca! Y la sangre tiene gusto a salmuera, nada más que agua y sal, agua y sal. Por el amor del infierno, ¡domínate! Al cabo de un instante de tranquilidad, me puse de pie y emprendí una búsqueda sistemática del teléfono. No había ni uno en toda la casa. Hermoso. Qué tonto fui en no planificar mejor la experiencia. Me entusiasmé tanto con las consideraciones más amplias de orden espiritual, que no previ nada con sensatez. ¡Tendría que haber tenido una suite en el Willard y el dinero en la caja fuerte del hotel! Debí haber pensado en un auto. A propósito, ¿dónde estaba el auto? Fui al placard de la entrada, encontré el sobretodo, advertí que el forro tenía un desgarrón -quizá por eso no lo había vendido- me lo puse lamentando que no hubiera un par de guantes en los bolsillos y salí por la puerta de atrás, pero no sin antes ocuparme de cerrar fuertemente la del comedor. Le pregunté a Mojo si quería acompañarme o quedarse adentro. Quiso venir, por supuesto. En el senderito había unos treinta centímetros de nieve y cuando llegué a la calle, la capa era más espesa aún. Desde luego, ni señales del Porsche. Ni a la izquierda de los escalones del frente ni en toda la cuadra. Sólo para cerciorarme, me llegué hasta la esquina, di media vuelta y regresé. Tenía los pies congelados, lo mismo que las manos, y me dolía la piel de la cara. Bueno, tendría que caminar, por lo menos hasta que localizara un teléfono público. La



Librodot

nieve soplaba alejándose de mí, lo cual era una bendición, pero lamentablemente no sabía adónde tenía que ir. A Mojo ese clima parecía encantarle, porque avanzaba por delante de mí sin cesar, mientras los minúsculos copitos de nieve caían, brillantes, sobre su pelaje gris. Yo tendría que haber intercambiado el cuerpo con él, pensé. Pero la idea de que estuviera Mojo dentro de mi cuerpo vampírico me dio mucha risa; reí y reí sin parar, di vueltas en círculo y seguí riendo hasta que al final me detuve porque, sinceramente, me moría de frío. La situación era muy graciosa. Ahí estaba yo hecho un ser humano, o sea que había conseguido lo que siempre soñé desde mi muerte, ¡y la experiencia me resultaba espantosa! Sentí una punzada de hambre en mi estómago que aullaba, y luego otra, a las que sólo podía denominar retortijones de hambre.

-Tengo que encontrar Paolo's. Pero, ¿cómo voy a conseguir que me den comida? Necesito comer, ¿no? No puedo subsistir sin alimento, de lo contrario me debilitaría. Al llegar a la esquina de la avenida Wisconsin vi luces y gente que bajaba por la calle. Ya habían despejado la nieve de la calzada, de modo que estaba abierta al tránsito. Alcancé a distinguir a personas que iban y venían bajo los faroles, pero todo lo veía poco claro, por supuesto. Seguí deprisa a pesar de que los pies se me entumecían de dolor, lo cual no es una contradicción, como bien lo sabe cualquiera que haya caminado en la nieve, hasta que por fin vi la vidriera iluminada de un bar. Martini's. No había problema. Olvidémonos de Paolo`s. Voy a tener que conformarme con Martini's. Un auto se había detenido al frente y de él bajó una pareja joven que de inmediato entró en el local. Lentamente me acerqué a la puerta y vi a una muchacha bastante bonita que, de un escritorio de madera, recogía dos menúes para entregarlos a los jóvenes y junto con ellos se internaba en las sombras. Vislumbré velas y manteles a cuadros, y de pronto comprendí que el hedor fétido que impregnaba mi nariz era olor a queso quemado. No me habría gustado ese olor siendo vampiro; no, en absoluto, pero tanto no me habría repugnado. Lo habría tomado como algo que venía de afuera. Pero en ese momento lo relacioné con el hambre que sentía y fue como si me tironeara los músculos desde adentro de la garganta. En realidad, me dio la impresión de que tenía el olor, dentro de las tripas, que era algo más que un simple olor por la fuerza con que me presionaba. Qué curioso. Sí, tengo que advertir todas esas cosas porque eso es estar vivo. La joven había regresado. Vi su perfil suave cuando miró el papel que había sobre su pequeño escritorio y levantó una lapicera para anotar algo. Tenía cabello oscuro, largo y ondulado, y piel muy clara. Me dieron ganas de verla mejor. Traté de percibir su aroma pero no pude. Sólo me llegaba el olor a queso quemado. Abrí la puerta sin prestar atención al mal olor, entré, me planté delante de la muchacha y la bendita tibieza del local me envolvió, con olores y todo. Era muy joven, de facciones pequeñas y angostos ojos negros. Tenía labios grandes, exquisitamente pintados, y cuello largo, de hermosa línea. El cuerpo era típico del siglo XX: puro hueso bajo el vestido.

-Mademoiselle -dije, enfatizando mi acento francés-, tengo mucha hambre y afuera está muy frío. ¿No hay nada que pueda hacer para ganarme un plato de comida? Si quiere le lavo los pisos o las cacerolas, haré lo que haga falta.

Me miró un momento, inexpresiva. Luego se enderezó, se apartó la cabellera, puso los ojos en blanco y volvió a mirarme.

-¡Salga de aquí! -Su voz me pareció metálica, apagada. No lo era, desde luego; era el modo en que oían los mortales. No pude percibir la resonancia que sí captaba un vampiro.

-¿Me da un pedazo de pan? Un solo pedazo. -Los olores a comida, desagradables y todo, me atormentaban. No recordaba bien qué gusto tenía la comida. No podía recordar textura y alimento juntos pero una sensación muy humana se estaba apoderando de mí. Estaba desesperado por comida.

-Voy a llamar a la policía -dijo, temblándole un tanto la voz- si no se va ya mismo de aquí. Traté de leerle los pensamientos. Imposible. Miré en derredor entornando los párpados. Intenté leérselos a los otros humanos. Nada. En ese cuerpo, no tenía la facultad. No, no puede ser. Volví a mirarla. Nada. Ni el menor indicio de sus pensamientos, nada que me indicara qué clase de persona era.

-Ah, bueno -repuse, obsequiándole mi sonrisa más amable, aunque sin tener idea de cómo me salía o cuál podía ser su efecto -Espero que se pudra en el infierno por su falta de caridad. Pero Dios sabe que no me merezco más que esto -Di media vuelta y estaba ya por marcharme cuando me tocó la manga.

-Mire -comenzó estremeciéndose levemente del disgusto-, ¡usted no puede venir aquí y pretender que se le dé de comer!

-La sangre se le había subido a las mejillas, pero no la pude oler. Olí en cambio una especie de perfume almizclado que emanaba de ella, algo que era en parte humano y en parte esencia comercial. De pronto vi dos pezones diminutos que resaltaban en la tela de su vestido. Qué asombroso. Traté de leerle de nuevo los pensamientos. Supuse que podría hacerlo, puesto que se trataba de una facultad innata, pero fue en vano.

-Le advertí que estaba dispuesto a pagarle con trabajo -articulé, procurando no mirarle los pechos-. Haré lo que me pida. Y le ruego me disculpe. No quiero que se pudra en el infierno. Cómo pude decirle algo tan horrible Lo que pasa es que estoy en apuros. Me han pasado muchas cosas. Ese que está ahí afuera es mi perro. ¿Qué le puedo dar de comer?

-¡Ese perro! -Miró a través de la vidriera a Mojo, que estaba sentado en la nieve con aire majestuoso. -No me haga bromas. -Qué voz aguda tenía; sin la menor personalidad. Cuántos ruidos del mismo tipo me llegaban. Metálicos, débiles.

-De veras es mi perro -dije, fingiendo indignación-. Lo quiero mucho.

Se rió.

-¡Ese perro come aquí todas las noches por la puerta de la cocina!

-Ah, fabuloso. Por lo menos uno de los dos se alimenta. Me alegro de oírlo, mademoiselle. Tal vez tendría que ir yo por la puerta de la cocina, o quizá el perro me deje algo. -Soltó una risita falsa. Me estaba observando -eso era evidente-, mirando con interés mi rostro y mi ropa. ¿Qué impresión le habré causado? No lo sé. El sobretodo negro no era una prenda ordinaria, pero tampoco elegante. El pelo castaño de esa cabeza mía estaba lleno de nieve. Era flacucha pero de innegable sensualidad. Nariz muy angosta, ojos muy bien formados, hermosos huesos.

-De acuerdo -aceptó-. Siéntese al mostrador, que le haré servir algo. ¿Qué quiere?

-Lo que sea. Cualquier cosa. Gracias por su amabilidad.

-De nada. Tome asiento. -Abrió la puerta y le gritó al perro:

-Ve por la puerta del fondo -acompañando la palabra con un gesto. Mojo se quedó sentado donde estaba, paciente montaña de piel. Yo entonces salí al viento helado y le indiqué que fuera por la puerta de la cocina. Con un ademán le señalé



Librodot

el callejón lateral. Me miró un largo instante; luego se levantó, se encaminó hacia el callejón y desapareció. Volví a entrar, por segunda vez agradecido de poder guarecerme del frío, aunque tenía los zapatos llenos de nieve derretida. Me interné en la penumbra del restaurante, tropecé contra una banqueta de madera que no había visto, casi me caigo y por último me senté en esa misma banqueta. Ya me habían preparado un lugar en el mostrador, con un individual azul y pesados cubiertos de acero. El olor a queso era asfixiante. Había otros olores: fritura de cebolla, ajo, grasa quemada. Todo repugnante. La banqueta me resultaba por demás incómoda. El borde redondo del asiento se me incrustaba en las piernas, y me seguía molestando no ver bien en la oscuridad. El restaurante parecía muy largo, como si tuviera varias habitaciones más en hilera. Pero no alcanzaba a ver hasta el fondo. Oía ruidos atemorizantes, como de grandes ollas que chocaban contra algo de metal, y todo eso me hacía mal a los oídos o, mejor dicho, me desagradaba. La muchacha apareció sonriente, trayendo un vaso grande de vino tinto. El olor era agrio y potencialmente nauseabundo. Le di las gracias. Luego tomé el vaso y bebí un sorbo grande. Retuve el vino un instante antes de tragarlo, y en el acto me ahogué. No entendí lo que pasó, si había tragado mal, si el vino me irritaba la garganta por algún motivo, o qué. Sólo sé que me dio un acceso de tos y tuve que manotear la servilleta -de tela- para taparme la boca. Una parte del vino me subió a la nariz. En cuanto al gusto lo noté débil, ácido. Una frustración total. Cerré los ojos y apoyé la cabeza sobre la mano izquierda, la misma mano que sostenía fuertemente la servilleta.

-Por qué no prueba de nuevo -me invitó ella. Abrí los ojos y vi que tenía una enorme jarra y me estaba llenando otra vez el vaso.

-Bueno, gracias. -Tenía una sed enorme, que el mero sabor del vino no había hecho sino incrementar. Pero esta vez no iba a tragar tan de golpe. Levanté el vaso, tomé un sorbo pequeño, traté de paladearlo aunque parecía no haber nada que paladear, y por último lo tragué. Muy livianito, totalmente distinto del trago suculento de sangre. Tengo que tomarle la mano. Apuré el resto. Luego tomé la jarra, volví a llenarlo, y eso también lo bebí. Hubo un momento en que sentí sólo frustración. Después fui sintiéndome mareado. Ya va a venir la comida, pensé. Ah, ahí llega... una bandejita de palitos de pan, o al menos eso parecen ser. Levanté uno, lo olí con cuidado para cerciorarme de que fuera pan, le di un mordisco y en el acto desapareció. Fue como comer arena. Igual que la arena del desierto de Gobi que me entraba en la boca. Arena.

-¿Cómo comen esto los mortales? -pregunté.

-Más despacio -respondió la mujer hermosa, y soltó una risita-. ¿No eres mortal? ¿De qué planeta vienes?

-De Venus, el planeta del amor.

Me observaba sin disimulo, y sus mejillas volvieron a adquirir un leve rubor.

-Bueno, ¿por qué no te quedas por aquí hasta que termine mi turno? Después puedes acompañarme a casa.

-Con mucho gusto -acepté. Luego tomé conciencia de lo que eso podía significar para mí, y me produjo un efecto extraño. Tal vez podría acostarme con ella. Oh, sí, era decididamente una posibilidad porque la noté dispuesta. Mis ojos descendieron hasta sus pequeños pezones, que me tentaban al sobresalir bajo la seda negra de su vestido. Sí, acostarme con ella. Y qué suave era la piel de su cuello. El miembro se me excitó entre las piernas. Menos mal, algo que me funciona, me dije. Pero qué rara esa sensación local, ese endurecimiento e



Librodot

hinchazón, la forma insólita en que consumía todos mis pensamientos. La sed de sangre nunca era local. Dejé vagar la mirada. Ni siquiera bajé la vista cuando me sirvieron el plato de spaghetti al tuco. La fuerte fragancia me llegó a la nariz: queso derretido, carne quemada. Y grasa. Bájate, le dije al miembro. Todavía no es hora de eso. Por último dirigí la mirada al plato. El hambre me oprimía como si alguien me hubiera agarrado los intestinos con ambas manos y me los estuviera retorciendo. ¿Recordaba esa sensación? Sabe Dios que en mi época de mortal había pasado hambre. El hambre era como la vida misma. Pero el recuerdo me pareció lejano, muy poco importante. Lentamente tomé el tenedor, que en aquel entonces jamás usaba porque no teníamos -sólo cuchillos y cucharas en nuestro tosco mundo-, introduje los dientes bajo la maraña de fideos húmedos y alcé una pila que me llevé a la boca. Supe que estaban demasiado calientes antes de que me tocaran la lengua, pero no me detuve con la necesaria rapidez. Me quemé mucho y dejé caer el tenedor. Eso sí que fue idiotez pura, pensé, y ya debe ser mi décimo acto de idiotez pura. ¿Qué debo hacer para encarar las cosas de forma mas inteligente, con más paciencia y serenidad? Me eché hacia atrás en la incómoda banqueta, lo más que se podía hacer sin caerme al piso, e intenté pensar. Estaba tratando de dominar mi nuevo cuerpo, que me resultaba débil y con sensaciones desconocidas -un frío doloroso en los pies, por ejemplo; pies mojados en medio de una corriente de aire cercana al piso-, y era comprensible que cometiera errores tan tontos. Tendría que haber traído las galochas. Tendría que haber buscado un teléfono antes de ir allí, para llamar a París y hablar con mi representante. No razonaba; tercamente me comportaba como si fuera vampiro, y no lo era. Sin duda, la temperatura de la comida no me habría quemado cuando era vampiro. Pero en ese momento no lo era. Por eso debía haber llevado las galochas. ¡Piensa! Qué diferente de lo que había supuesto me estaba resultando la experiencia. Oh, dioses. ¡Ahí estaba yo, hablando de pensar, cuando lo que había creído era que iba a disfrutar! Creí que iba a sumergirme en sensaciones, recuerdos, descubrimientos; ¡y lo único que podía pensar era en cómo frenarme! A decir verdad, había imaginado diversos placeres: comer, beber, acostarme con una mujer, después con un hombre. Pero de lo vivido hasta ese momento, nada me resultaba muy placentero. Bueno, la culpa de esa situación tan lamentable era sólo mía, pero podía revertirla. Me limpié la boca con la servilleta, hecha de áspera tela sintética, no más absorbente que un trozo de hule; luego tomé el vaso y volví a apurar el vino. Una sensación de náusea me recorrió. Se me cerró la garganta, y acto seguido me sentí mareado. Dios santo, ¿tres vasos y ya me embriagaba? Levanté de nuevo el tenedor. Como los pegajosos fideos ya estaban más fríos, cargué el tenedor y me lo llevé a la boca. ¡Casi me ahogo una vez más! Se me cerró la garganta, como si quisiera impedir que el menjunje me asfixiara. Tuve que parar, respirar lentamente por la nariz, convencerme de que eso no era veneno, de que yo ya no era vampiro, y por último masticar con cuidado para no morderme la lengua. Pero como me la había mordido un rato antes, empezó a dolerme el trocito de carne lastimado. El dolor me resultó mucho más perceptible que la comida. No obstante, seguí masticando los spaghetti y me puse a pensar que no tenían mucho sabor, que estaban agrios y salados, que la consistencia era espantosa, y cuando comía volví a sentir la tirantez, el nudo en la boca del estómago. Ahora bien, si fuera Louis el que pasaba por eso... si tú fueras el vampiro presumido de siempre y estuvieras sentado frente a él, observándolo, lo criticarías por todo lo que estuvo haciendo y pensando, lo condenarías por su timidez, por estar desaprovechando la

experiencia, por no percibir las cosas. Levanté una vez más el tenedor. Mastiqué otro bocado y lo tragué. Bueno, ahí noté algo de gusto. No era, eso sí, el sabor punzante y delicioso de la sangre, sino algo mucho más suave, más granulado, más gomoso. Bueno, otro bocado más. Esto te puede llegar a gustar. También puede ser que la comida no sea muy buena. Otro bocado.

-Eh, no te apures tanto -me dijo la mujer hermosa. Estaba apoyándose contra mí, pero no pude sentir su sabrosa dulzura a través del sobretodo. Me volví, la miré de nuevo a los ojos y me maravillé de sus pestañas largas y curvas, de lo tierna que parecía su boca cuando sonreía. -Te vas a atragantar.

-Sí; tengo mucha hambre -le expliqué-. No lo vayas a tomar como ingratitud pero, ¿no tendrías algo que no fuera un mazacote coagulado como esto? Algo con más consistencia, como carne, por ejemplo...

Se rió.

-Eres un hombre muy extraño. ¿De dónde vienes?

-De Francia, zona de campo.

-Bueno, te traeré otra cosa.

No bien se hubo marchado bebí otro vaso de vino. Decididamente me estaba mareando, pero también sentía una tibieza interior que no me desagradaba. De repente me dieron ganas de reír y me di cuenta de que estaba por lo menos algo ebrio, al fin. Decidí observar a los otros seres humanos que había en el Salón. Qué raro eso de no poder percibir sus aromas ni oírles los pensamientos. Ni siquiera oía bien sus voces, sino apenas ruidos mezclados. Y muy extraño sentir frío y calor al mismo tiempo, la cabeza afectada por el aire excesivamente caldeado y los pies helados por la corriente de aire cercana al piso. La joven puse ante mí un plato de carne (ternera, la llamé). Tomé un trocito, lo cual pareció impresionarla -tendría que haber usado cuchillo y tenedor-, lo mordí y me resultó bastante insípido, como los fideos. Pero reconozco que era mejor, y mastiqué con gusto.

-Gracias, has sido muy amable conmigo. Eres un encanto, y te pido que me perdones por la forma en que te hablé hace un rato. De verdad lo digo.

Me dejó unos instantes para ir a cobrarle a una pareja que se retiraba y yo seguí con mi comida, mi primera comida de arena, goma, pedacitos de cuero y sal. Me reí para mis adentros. Más vino, pensé; es como no beber nada, pero algo de efecto me produce. Después de llevarse el plato me trajo otra jarra de vino. Y yo seguí ahí, con las medias y los zapatos húmedos, fríos, incómodo en la banqueta de madera, esforzándome por ver en la penumbra, cada vez más borracho, hasta que por fin ella estuvo lista para partir. En ese momento no me sentía más cómodo que cuando empezó todo. Y apenas me levanté me percaté de que casi no podía caminar. No tenía sensibilidad en las piernas, a tal punto que miré hacia abajo para cerciorarme de que estaban en su lugar. A la mujer bonita le pareció muy divertido; a mí no tanto. Me ayudó a andar por la acera nevada, se dirigía a Mojo llamándolo "Perro" con gran respeto, y me aseguró que vivía a "unos pasitos" de ahí. Lo único bueno era que el frío ya no me molestaba tanto. Me costaba mantener el equilibrio. Las piernas me resultaban de plomo. Hasta los objetos más iluminados me parecían fuera de foco. Me dolía la cabeza. Estaba seguro de que me iba a caer. Es más, el miedo a caerme se estaba convirtiendo en pánico. Pero felizmente llegamos a su puerta y subimos una escalera alfombrada, esfuerzo que me agotó tanto que me dejó con el corazón agitado y la cara bañada en transpiración. ¡No veía casi nada! Era una locura. La oí poner la llave en la



Librodot

cerradura. Me agredió otro hedor insoportable. El tétrico departamentito parecía una madriguera de cartón y madera terciada, con sus paredes cubiertas de afiches anodinos. Pero, ¿a qué se debía el olor? De repente comprendí que provenía de los gatos, a los que les permitía hacer sus necesidades en una caja de tierra, ya llena de excrementos, que había en el piso de un bañito, y pensé que se acababa todo, ¡que me iba a morir! Permanecí inmóvil, haciendo esfuerzos por no vomitar. Sentí de nuevo un dolor sordo en el estómago, pero esta vez no era hambre, y me daba la impresión de que el cinturón me apretaba enormemente. Cuando el malestar se intensificó, me di cuenta de que debía abocarme a una tarea similar a la que ya habían efectuado los gatos. Tenía que hacerlo en ese instante o pasar vergüenza. Y había que entrar en ese mismo recinto. El corazón se me subió a la garganta.

-¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

-¿Puedo usar ese cuarto? -pregunté, señalando la puerta abierta.

-Por supuesto. Entra nomás. Pasaron diez minutos, tal vez más, hasta que salí. Sentía tal desagrado por el simple proceso de la evacuación -el olor, la sensación de hacerlo, el espectáculo- que no podía hablar. Pero ya había terminado. Sólo me quedaba la borrachera, la desdorosa experiencia de querer apagar la luz y errarle al interruptor, de querer tomar el picaporte y que mi mano -esa manaza inmensa- no lo hallara. Encontré el dormitorio, muy caliente, abundante en muebles modernos de laminado ordinario, sin un estilo en particular. La muchacha estaba toda desnuda, sentada en el costado de la cama. Traté de verla con claridad pese a que una lámpara próxima distorsionaba la luz. Pero su rostro era una mezcla de sombras feas, y su piel parecía amarillenta. La rodeaba el olor rancio de la cama. La única conclusión que pude sacar fue que era tremendamente delgada, como es habitual en las mujeres de esta época; las costillas se le traslucían en la piel blancuzca, sus pechos eran insólitamente pequeños, con pezones diminutos, y las caderas no existían. Parecía un espectro. Y sin embargo, ahí estaba sonriendo, como si eso fuera normal, con su hermoso pelo ondulado que le caía por la espalda, ocultando la tenue sombra de su pubis bajo una mano fláccida. Bueno, era obvio cuál iba a ser la maravillosa experiencia humana que estaba a punto de ocurrir. Pero no sentía nada por esa mujer, nada. Le sonreí y comencé a desvestirme. Apenas me quité el sobretodo sentí frío. ¿Es que ella no lo sentía? Luego me saqué el suéter, y en el acto me horrorizó el olor de mi propia transpiración. Santo Dios, ¿así era todo, antes? Y tan limpio que me había parecido ese cuerpo. Ella no dio muestras de notarlo y mentalmente se lo agradecí. Me saqué la camisa, los zapatos, las medias y el calzoncillo. Seguía teniendo los pies fríos. De hecho, tenía frío y estaba desnudo, muy desnudo y no sabía si me gustaba. De pronto me vi en el espejo de la cómoda y advertí que el miembro, por supuesto, estaba dormido. Ella tampoco pareció sorprenderse.

-Ven aquí -me invitó-. Siéntate. La obedecí temblando de arriba abajo. Después tosí. Al principio fue un espasmo que me tomó por sorpresa. Luego fue un ataque de toses incontrolables, y al final tan violentas que me dejaron un gran dolor en las costillas.

-Perdón.

-Me encanta tu acento francés -murmuró, al tiempo que me acariciaba el pelo y me pasaba las uñas por la mejilla. Esa sensación sí que fue agradable. Incliné la cabeza y la besé en la garganta, y eso también fue lindo. No tan emocionante

como aferrar a una víctima, pero lindo igual. Traté de recordar lo que sentía hace doscientos años, cuando era el terror de las chicas del pueblo. ¡Siempre se presentaba algún granjero a las puertas del castillo, me echaba maldiciones y me amenazaba con el puño en alto, asegurándome que si su hija quedaba embarazada tendría que hacerme responsable! En ese momento todo me parecía divertidísimo. Y las chicas, ay, qué encantadoras.

-¿Te pasa algo?

-No, nada. -La besé nuevamente en el cuello. También le sentí olor a transpiración, y no me gustó. Pero, ¿por qué? Esos olores no eran tan penetrantes como me resultaban antes, en mi antiguo cuerpo. Pero tenían que ver con algo de ese nuevo cuerpo: ésa era la parte desagradable. No podía protegerme de ellos y parecían ser capaces de invadirme y contaminarme. Por ejemplo, el sudor de su cuello ahora lo sentía en mis labios. Me di cuenta de lo que era, le sentí el gusto y me dieron ganas de alejarme de ella. Oh, pero era una locura. Esa mujer era un ser humano, lo mismo que yo. Gracias a Dios todo terminaría el viernes. ¡Pero qué derecho tenía yo de agradecer a Dios! Los bultitos tibios de sus pezones rozaron mi pecho, y la carne que había tras ellos me pareció esponjosa, tierna. Le pasé un brazo para rodear su espalda menuda.

-Estás caliente. Creo que tienes fiebre -me dijo al oído, y me besó en el cuello de la misma manera como lo había hecho yo.

-No, estoy bien -aseguré, aunque no tenía ni idea de si era cierto o no.

¡Qué difícil labor! De repente, su mano tocó mi miembro, desatando una inmediata estimulación. El miembro se alargó y endureció. La sensación, si bien localizada, me excitó. Cuando volví a mirar sus pechos, y el triangulito de pelo entre sus piernas, el miembro se volvió más duro aún. Sí, recuerdo muy bien todo eso. Mis ojos tienen relación con ello, y ahora ninguna otra cosa importa. Hmmm. Lo que debes hacer es tenderla sobre la cama.

-¡Epa! -murmuró-. ¡Qué pedazo de artefacto!

-¿Te parece? -Bajé la mirada. Esa cosa monstruosa estaba al doble de su tamaño. Me pareció groseramente desproporcionada con respecto a todo lo demás. -Sí, tienes razón. Tendría que haberme imaginado que James lo iba a constatar primero.

-¿Quién es James?

-No, nada -farfullé. Tomé su rostro para volverlo hacia mí y besé sus labios finos, húmedos. Ella abrió la boca buscando mi lengua. Eso me agradó, pese al mal gusto que le sentí. No me importó. Luego se me cruzó por la mente la idea de la sangre, de beber su sangre. ¿Dónde estaba esa sensación intensa que experimentaba al acercarme a la víctima, el momento antes de clavarle los dientes en la piel, de sentir fluir la sangre en mi lengua? No, no iba a ser tan fácil, ni tan ardiente. Será más bien una sensación entre las piernas y más parecida a un estremecimiento; pero qué estremecimiento, tengo que reconocerlo. El sólo hecho de pensar en sangre aumentó mi pasión y la empujé bruscamente al lecho. Quería acabar; nada me importaba más que acabar.

-Espera un momento -me pidió.

-¿Esperar qué? -Me subí sobre ella, la besé de nuevo, hundí más la lengua en su boca. Nada de sangre. Ah, qué blanca. No hay sangre. Mi miembro se introdujo entre sus muslos calientes, y en ese momento casi me sale el chorro. Pero todavía faltaba.

-¡Dije que esperaras! -gritó, con las mejillas coloradas-. Tienes que ponerte un preservativo.

-¿Qué diablos dices? -murmuré. Entendía el significado de las palabras pero no les encontraba sentido Estiré la mano hacia abajo y palpé la abertura húmeda, jugosa, que me pareció deliciosamente pequeña. Me gritó que la soltara y me empujó con ambas manos. Estaba enrojecida, hermosa por la indignación, y cuando me quiso apartar con la rodilla, me dejé caer sobre ella. La penetré con el miembro y sentí esa carne tierna, caliente y estrecha que me envolvía, que me dejaba sin aliento.

-¡No! ¡Basta! ¡Te dije que no! -vociferaba. Pero no podía parar. Cómo diablos se le ocurría pensar que era momento para hablar de esas cosas, me dije medio enloquecido hasta que, en un momento de espasmódico entusiasmo, acabé. ¡Brotó rugiente semen del miembro! Un momento antes, había sido la eternidad, y al siguiente ya : había terminado todo, como si no hubiera empezado nunca. Quedé tendido encima de ella, exhausto, por supuesto empapado en sudor, levemente disgustado por lo pegajoso que había sido todo y por sus alaridos de terror.

Por último me di vuelta y quedé boca arriba. Me dolía la cabeza y todos los aromas espantosos de la habitación se intensificaron: un olor a sucio proveniente de la cama misma, con su colchón hundido, apelotonado; el olor fétido de los gatos. Ella saltó de la cama. Parecía haberse vuelto loca. Temblorosa, gimoteando, manoteó una manta de un sillón para taparse y comenzó a gritarme que me fuera, que me fuera, que me fuera.

-Pero, ¿qué es lo que te pasa? -quise saber. Me lanzó una andanada de maldiciones modernas.

-¡Estúpido, hijo de puta, idiota, sinvergüenza! -Cosas por el estilo. Dijo que podía haberle contagiado alguna enfermedad, y hasta mencionó varias. También podía haberla dejado embarazada, o sea que era un imbécil, un delincuente, y debía marcharme en ese mismo momento de ahí. Mejor que me fuera, dijo, porque si no, llamaba a la policía. Sentí una oleada de somnolencia. Traté de ver bien a la muchacha pese a la oscuridad. Luego me acometieron unas náuseas más fuertes que antes. Procuré dominarlas y sólo mediante un enérgico acto de voluntad conseguí no vomitar. Por último, me incorporé y me puse de pie. La miré mientras ella se dedicaba a gritarme, a llorar, y de pronto comprendí que estaba sufriendo mucho, que realmente le había hecho doler y de hecho tenía un feo magullón en la cara. Muy lentamente capté lo que había pasado. Ella pretendía que me pusiera un profiláctico y yo la tomé por la fuerza, por lo cual no disfrutó nada: sólo tuvo miedo. Recordé su imagen en el momento de mi clímax, recordé cómo se resistía, y llegué a la conclusión de que para ella era inconcebible que yo hubiera disfrutado la lucha, su indignación y sus protestas, que me hubiera complacido dominarla. Pero de alguna manera común y mezquina, creo que gocé. Todo el asunto me resultó deprimente, me llenó de desesperanza. ¡El placer mismo no había sido nada! Esto no lo soporto ni un minuto más, pensé. Si hubiera podido llamar a James le habría ofrecido otra fortuna sólo para que regresara de inmediato. Llamar a James... Me había olvidado por completo de buscar un teléfono.

-Escúchame, ma chère -dije-, lo siento muchísimo. Todo salió mal, lo sé. Perdóname.

Hizo ademán de darme un sopapo, pero le sujeté la muñeca fácilmente y la obligué a bajar la mano, lastimándola un poco.

-Ya mismo te marchas o llamo a la policía.

-¡Te comprendo. Fue una torpeza de mi parte. Estuve muy mal. ¡Mucho peor que mal! -me espetó, con voz áspera.

Y esa vez sí me dio la bofetada. No tuve suficiente rapidez y quedé azorado por la fuerza del impacto, por la forma en que me ardió. Me pasé la mano por el lugar golpeado de la cara. Qué dolor molesto, injuriante.

-¡Te vas! -me gritó. Me vestí, pero fue como levantar bolsas de ladrillos. Una vergüenza sorda se apoderó de mí, una sensación de ineptitud, de malestar ante el menor gesto que hacía o la menor palabra que se me ocurría pronunciar; tanto, que sólo quería que me tragara la tierra. Por último, ya todo correctamente cerrado y abotonado, volví a calzarme las medias mojadas, los zapatos delgados, y estuve listo para partir. Ella sentada en la cama. Los huesos de la espalda le asomaban bajo la carne blanca y el pelo le caía en montoncitos gruesos sobre la manta que mantenía apretada contra el pecho. Qué frágil parecía..., qué penosamente fea y repugnante. Traté de verla como si fuese Lestat, pero no pude. Esa mujer me parecía una cosa trivial, inútil, ni siquiera interesante. Me sentí un tanto horrorizado. ¿Habría sido lo mismo en la aldea de mi niñez? Quise hacer memoria, recordar a esas chicas -muertas ya hace siglos-, pero no pude ver sus rostros. Lo que recordaba era felicidad, picardía, una gran exuberancia que durante períodos intermitentes me había hecho olvidar las privaciones y desesperanza de mi vida. ¿Qué significaba aquello en ese preciso momento? ¿Cómo era posible que toda la experiencia me hubiera resultado tan desagradable, al parecer tan inútil? De haber sido yo, esa mujer me habría parecido fascinante como puede serlo un insecto; hasta sus habitaciones pequeñas me habrían parecido peculiares aun en sus peores detalles. Ah, cuánto afecto me despertaba siempre el triste hábitat de los pequeños mortales. ¿Pero por qué era así? ¡Y esa pobre mujer me habría parecido hermosa sencillamente porque estaba viva! No habría sido ensuciado por ella ni aunque la hubiera usado durante una hora para alimentarme. En ese momento, en cambio, me sentía inmundo por haber estado con ella y sucio por haberla tratado con crueldad. ¡No me extrañaba el miedo que ella le tenía a la enfermedad! ¡Yo también me sentía contaminado! Pero, ¿dónde residía la perspectiva de la verdad?

-Lo siento muchísimo -volví a decir-. Tienes que creerme. No era eso lo que quería. En realidad, no sé lo que quería.

-Estás loco -musitó amargamente, sin levantar la mirada.

-Una de estas noches vendré a verte y te traeré un regalo, algo muy hermoso que realmente desees. Así tal vez me perdones.

No me respondió.

-Dime algo que de verdad desees. No importa lo que cueste. ¿Qué cosa te gustaría tener y no puedes?

Alzó la vista con aire hosco. Tenía la cara abotagada, enrojecida; luego se limpió la nariz con el dorso de la mano.

-Ya sabes lo que quería -expresó con voz agria, desagradable, casi asexuada.

-No, no lo sé. Dímelo.

Su rostro estaba tan desfigurado, y la voz me sonó tan rara, que me asustó. Aún me sentía aturdido por el vino, pero mi mente no se había alterado con la

embriaguez. Me resultaba muy placentero eso de que el cuerpo estuviera ebrio pero yo no.

-¿Quién eres? -preguntó. Se la veía inflexible y amarga. -Eres alguien importante, ¿no? No un simple... -Su voz se fue apagando.

-Si te lo cuento no lo creerías. Giró más la cabeza y me observó como si de pronto empezara a comprender todo. No supe qué pasaba por su mente. Sólo sabía que le tenía lástima y que ella no me gustaba. No me gustaba ese cuartito sucio con sus techos bajos, la cama fea, la alfombra color tostado, la luz mortecina y la apestosa caja de los gatos en el baño.

-Te voy a tener presente -dije, sintiéndome desdichado pero con ternura-. Pienso darte una sorpresa. Voy a traerte algo maravilloso, algo que nunca podrás comprarte. Un regalo como de otro mundo. Pero ahora tengo que dejarte.

-Sí, mejor que te vayas.

Me volví para hacer precisamente eso. Pensé en el frío que hacía afuera, en Mojo que me esperaba en el pasillo, en la casa con la puerta de atrás arrancada de sus bisagras, en que no tenía dinero ni teléfono. Ah, el teléfono. Ella sí tenía. Se lo había visto sobre el tocador. Cuando me encaminé hacia el aparato, me gritó y me arrojó algo; un zapato, creo. Me dio en el hombro pero no me dolió. Levanté el tubo, marqué los dos ceros de larga distancia y pedí hablar con mi agente de Nueva York con cobro revertido. Sonó muchas veces. No había nadie. Ni siquiera estaba puesto el contestador automático. Qué raro, y qué gran inconveniente. Por el espejo alcancé a ver que ella me miraba en silencio, furiosa, envuelta en la manta que le quedaba como un vestido moderno. Una situación patética, hasta el último detalle. Llamé a París. Una vez más sonó incansablemente, hasta que por fin me llegó la conocida voz de mi agente, a quien saqué del sueño. Le informé en francés que me encontraba en Georgetown, que necesitaba veinte mil dólares..., no, mejor que me enviara treinta, y de inmediato. Me explicó que en París estaba amaneciendo. Tendría que esperar que abrieran los bancos, pero en cuanto pudiera me remitiría el dinero. Quizá fuera el mediodía en Georgetown cuando lo recibiera. Memoricé el nombre de la agencia donde debía ir a retirarlo y le imploré que no se demorara, que no me fuera a fallar pues se trataba de una emergencia, me encontraba sin un centavo y debía atender obligaciones. Me aseguró que iba a obrar con la mayor celeridad. Entonces corté. Ella me miraba fijamente. No creo que haya entendido la conversación, porque no hablaba francés.

-Te voy a recordar -dije-. Perdóname, por favor. Ahora me voy. Demasiados trastornos te he causado ya.

No me contestó. Me quedé mirándola, tratando de entender todo por última vez, de saber por qué ella me parecía tan tosca y carente de atractivo. ¿Desde qué perspectiva solía mirar las cosas antes, puesto que la vida me parecía tan bella y todas sus criaturas variaciones sobre el mismo magnífico tema? -Adiós, ma chère -la saludé-. Lo siento mucho, muchísimo.

Mojo me esperaba pacientemente afuera. Pasé a su lado e hice chasquear los dedos para indicarle que me siguiera, cosa que hizo. Y ahí nomás bajamos la escalerita y nos internamos en la noche helada. Pese a las ráfagas de viento que se colaban en la cocina y lograban introducirse hasta el comedor, las demás habitaciones de la casa estaban aceptablemente caldeadas. De unas rejillitas que había en los pisos salían corrientes de aire tibio. Qué amable, James, en no haber apagado la calefacción, pensé. Pero su intención es marcharse no bien reciba los



Librodot

veinte millones, de modo que la cuenta nunca se pagará. Subí a la planta alta, crucé el dormitorio principal y entré en el baño, un ambiente agradable con cerámicas blancas, elegantes espejos, y la casilla de la ducha cerrada con puertas de reluciente vidrio. Probé el agua: chorro rotundo, caliente. Una delicia. Me quité la ropa húmeda y olorosa, coloqué las medias cerca de la calefacción Y doblé el suéter porque era el único que tenía. Luego me instalé largo rato bajo la ducha. Apoyé la cabeza contra la cerámica y hasta puede ser que me haya quedado dormido de pie. Pero después empecé a llorar y casi al mismo tiempo, a toser. Sentí un ardor intenso en el pecho, y la misma picazón dentro de la nariz. Por último salí, me sequé y volví a mirar ese cuerpo en el espejo. No le encontré falla alguna. Los brazos eran robustos pero de músculos planos, lo mismo que el pecho. Las piernas, bien formadas. La cara era realmente bella -la tez oscura casi perfecta-, aunque en su estructura ya no quedaba nada infantil, como en mi propia cara. Era una cara de hombre, rectangular, un poco dura pero bella, muy bella, quizá debido a los ojos grandes. También la noté un poco áspera. Me estaba creciendo la barba. Debía afeitarme. Qué molestia.

-Esta vivencia tendría que resultarte espléndida -pronuncié en voz alta-. Tienes el cuerpo de un hombre de veintiséis años en perfecto estado. Pero hasta ahora todo fue un suplicio. Has cometido un error tras otro. ¿Cómo es que no puedes hacer frente al desafío? ¿Dónde quedaron tu fortaleza y tu fuerza de voluntad?

Me sentía helado. Mojo se había dormido al pie de la cama. Voy a hacer eso, pensé; dormir. Dormir como mortal y, cuando me despierte, ya entrará la luz del día en la habitación. Aunque esté nublado será algo maravilloso. Será de día. Podrás ver el mundo de día como lo has añorado todos estos años. No des importancia a esta lucha abismal, a estas trivialidades, al miedo. Pero una horrible sospecha se apoderó de mí. ¿Acaso mi vida mortal había sido otra cosa que lucha abismal, trivialidades y miedo? ¿No era de esa misma manera para la mayoría de los humanos? ¿No era ése el mensaje de innumerables escritores y poetas modernos: que malgastábamos la vida en vanas preocupaciones? ¿No era todo eso un pésimo lugar común? Me sentí sumamente conmovido. Traté de argumentar conmigo mismo una vez más, como lo había hecho todo el tiempo. Pero, ¿de qué servía? ¡Estar dentro de ese lerdo cuerpo humano me hacía sentir muy mal! Era espantoso no tener mis dones sobrenaturales. Y el mundo, si se lo miraba bien, era sucio, desprolijo, lleno de accidentes. Y ni siquiera podía ver la mayor parte de él. ¿Qué mundo? ¡Ah, pero mañana! Oh Dios, otro pésimo lugar común. Me reí solo, y al instante me dio un acceso de tos. Esa vez el dolor fue en el cuello y muy intenso, y me saltaron lágrimas. Me conviene dormir, descansar, prepararme bien para mi único y preciado día. Apagué la lámpara y abrí la cama. Por suerte estaba limpia. Apoyé la cabeza sobre la almohada de plumas, encogí las piernas hasta acercar las rodillas al pecho, me tapé hasta el mentón y me puse a dormir.

Tenía una leve idea de que, si se incendiaba la casa, iba a morir. Si había algún escape de gas por las rejillas de la calefacción, iba a morir Más aún, podía entrar alguien por la puerta abierta del fondo y matarme Todo tipo de catástrofes podía ocurrir Pero ahí estaba Mojo, ¿no? ¡Y yo me sentía tan, pero tan cansado! Horas más tarde, desperté. Tenía otro ataque de tos y sentía un frío tremendo. Necesitaba un pañuelo, encontré una caja de pañuelitos de papel y me soné la nariz unas cien veces Después, cuando pude volver a respirar, caí otra vez en un extraño agotamiento febril que me dio la sensación engañosa de estar flotando, cuando en realidad me hallaba tendido firmemente sobre la cama. No es más que



Librodot

un resfrío, pensé. No tendría que haber tomado tanto frío. Esto me va a estorbar, pero también es experiencia, experiencia que debo investigar. A la segunda vez que me desperté, el perro estaba parado al lado de la cama lamiéndome la cara. Estiré la mano, sentí su hocico peludo y me reí; luego volví a toser pese al ardor de la garganta y me di cuenta de que había estado haciéndolo largo rato. La luz era muy clara, maravillosamente clara. Gracias a Dios, encontraba por fin una lámpara de luz intensa en ese mundo tenebroso. Me incorporé. Por un momento me sentí tan deslumbrado que no pude darme cuenta cabal de lo que veía. El cielo que se vislumbraba por las ventanas era de un azul perfecto, vibrante, el sol se derramaba sobre los pisos encerados y el mundo : entero parecía glorioso en su luminosidad: las ramas peladas de los árboles con su festón nevado, el techo de enfrente nevado, la habitación misma, llena de blanco y de color lustroso, la luz que se reflejaba desde el espejo, desde el cristal del tocador, desde el picaporte de bronce de la puerta del baño.

-Dios mío, mira, Mojo -susurré. En el acto pateé las mantas, Corrí a la ventana y la levanté hasta arriba. El aire frío era cortante, pero ¿qué importaba? Qué hermoso el color intenso del cielo, las altas nubes blancas que corrían hacia el oeste, el verde vivo del pino de la casa vecina. De pronto eché a llorar sin consuelo, y a padecer con otro acceso de tos.

-Este es el milagro -musité. Mojo me tocó con delicadeza y dejó escapar un gemido agudo. Los dolores y molestias mortales no importaban Esta era la promesa bíblica que durante doscientos años no se había cumplido.

# 12

A los pocos instantes de salir de la casa, e internarme en la gloriosa luz del día, supe que esa experiencia iba a valer todas las tribulaciones y el padecidos. Y que un simple resfrío, pese a los síntomas de debilitamiento que producía, no me impediría retozar bajo el sol de la mañana. Nada importó que me estuviera enloqueciendo una gran debilidad física, que al ir caminando con Mojo sintiera el cuerpo como de plomo, que, por más que lo intentara, no lograra dar saltos en el aire, ni que abrir la puerta de la carnicería fuese un esfuerzo sobrehumano; tampoco importó que me estuviera poniendo cada vez peor del resfrío. Una vez que Mojo hubo devorado las sobras que le regaló el carnicero, salimos juntos a deleitamos con la luz y tuve la sensación de que me emborrachaba al ver el sol que caía sobre las ventanas y las calles húmedas, sobre los charcos vidriosos en los lugares donde se había derretido la nieve, sobre los cristales de los escaparates y sobre la gente, los miles y miles de personas felices que alegremente se encaminaban a realizar las tareas de la jornada. Qué distintas eran de las personas de la noche, porque era evidente que se sentían seguras a la luz del día, porque caminaban y hablaban abiertamente, porque encaraban las numerosas transacciones del día, que rara vez se efectúan con tal vigor al caer la noche. ¡Ah, ver a las mamás que, con sus hijitos a la rastra, guardaban la fruta en la bolsa de las compras; observar los enormes y ruidosos camiones de reparto estacionados en las calles fangosas mientras hombres de robusta contextura bajaban la mercadería y la entraban por las puertas de servicio! Ver a hombres

sacando la nieve a paladas y limpiando ventanas, ver los bares llenos de seres que consumían con placentera expresión grandes cantidades de café y olorosos desayunos fritos al tiempo que leían el diario, se preocupaban por el tiempo o conversaban sobre el trabajo del día. Fascinante ver grupitos de escolares de uniforme que, desafiando el viento helado, organizaban sus juegos en una cancha de piso duro bañada por el sol.

Una gran energía, un gran optimismo unía a todos esos seres, y hasta se lo podía percibir como emanando de los estudiantes que corrían entre los edificios del campus universitario o se reunían a almorzar en cálidos restaurantes. Esos humanos, ante la luz se abrían como flores, apuraban el paso, aceleraban su dicción. Y cuando sentí el calor del sol sobre cara y manos, yo también me abrí como una flor. Sentí, así, la alquimia de ese cuerpo mortal que respondía, con toda su vitalidad, pese a la congestión del resfrío y al molesto dolor de manos y pies congelados. Haciendo caso omiso de la tos, que empeoraba hora a hora, y de la visión que se me nublaba, nuevo y molesto síntoma, caminé con Mojo por la ruidosa calle M y entré en Washington, la capital del país. Paseé por la zona de los monumentos y mausoleos de mármol, vi los enormes edificios y residencias oficiales, recorrí la triste belleza del cementerio de Arlington con sus miles de pequeñas lápidas todas iguales y llegué hasta la polvorienta mansión del gran general confederado Robert E. Lee. A esa altura, ya estaba al borde del delirio y es muy posible que el malestar físico aumentara mi felicidad, puesto que me producía una actitud semejante a la de la persona ebria o drogada. No sé. Lo único cierto es que estaba contento, contentísimo, y que el mundo a la luz del día no era el mundo de la noche. Pese al frío, muchos turistas se habían atrevido a salir como yo a ver esos famosos lugares de interés. Me deleité en silencio con su entusiasmo; comprendí que a ellos, igual que a mí, les afectaban los paisajes abiertos de la ciudad capital, que los alegraba y transformaba ver el cielo tan azul y los numerosos monumentos espectaculares erigidos para celebrar los logros de la humanidad. “¡Soy uno de ellos!”, pensé de improviso, ya no Caín buscando eternamente la sangre de su hermano. Miré aturdido en derredor. “¡Soy uno de ustedes!”. Largo rato contemplé la ciudad desde las alturas de Arlington, temblando de frío e incluso soltando unas lágrimas frente al deslumbrante espectáculo tan ordenado, tan representativo de los principios de la gran Edad de la Razón, deseando que Louis o David estuvieran ahí conmigo sufriendo porque sabía que ambos desaprobarían mi proceder. Pero eso que veía era el verdadero planeta, la tierra viviente nacida del sol del calor, incluso bajo el reluciente manto de nieve invernal. Por último, bajé de la colina; Mojo corría de tanto en tanto por delante de mí, y luego regresaba para acompañarme. Recorrí la ribera del congelado Potomac, maravillándome ante el sol que se reflejaba en el hielo y en la nieve ya en proceso de derretirse. Hasta me encantó observar cómo la nieve se iba convirtiendo en agua. En algún momento de la tarde fui a parar al grandioso mausoleo de Jefferson, un elegante y amplio pabellón griego que tiene grabadas en sus paredes de mármol las palabras más solemnes y conmovedoras que he leído jamás. Mi corazón se henchía al pensar que, durante esas preciadas horas, no me sentí lejos de los sentimientos allí expresados. De hecho, durante ese lapso en que me mezclé con la raza humana, no hubo nada en mí que me diferenciara de los demás. Pero eso era mentira, ¿o no? Llevaba la culpa en mi interior, en la continuidad de mi memoria, en mi espíritu irreductible: Lestat el asesino, Lestat el que rondaba por las noches. Recordé la advertencia de Louis: “¡No puedes convertirte en humano sólo con apoderarte de un cuerpo humano!” Rememoré la

expresión trágica, consternada, de su rostro. Pero, ¿y si el vampiro Lestat nunca hubiera existido? ¿Y si hubiese sido sólo una creación literaria, puro invento del hombre en cuyo cuerpo yo ahora moraba? ¡Qué idea maravillosa! Permanecí largo rato en la escalinata del mausoleo, con la cabeza gacha, mientras el viento tironeaba con fuerza de mi ropa. Una mujer amable me dijo que estaba enfermo, que debía abotonarme el abrigo. La miré a los ojos y noté que lo que ella veía era sólo un muchacho. No estaba deslumbrada ni temerosa. No había en mí esa necesidad de tronchar su vida para poder yo disfrutar más de la mía. ¡Pobre mujer de ojos celestes y pelo descolorido! De repente le tomé su mano pequeña y arrugada, se la besé, le dije en francés que la amaba y vi que una sonrisa se dibujaba en su rostro marchito. Qué encantadora me pareció, encantadora como todos los humanos sobre los que alguna vez posé mis ojos vampíricos. La sordidez de la noche anterior se borró en esas horas del día. Creo que todo lo soñado para esa aventura se había cumplido. Pero un invierno riguroso me rodeaba. A pesar de sentirse más animada por el cielo azul, la gente decía que se avecinaba otra tormenta peor aún que la anterior. Las tiendas iban a cerrar temprano, las calles volverían a quedar intransitables y ya se había clausurado el aeropuerto. Varios peatones me advirtieron que me surtiera de velas porque podía cortarse la electricidad. Y un señor mayor, que llevaba un grueso gorro de lana, me reprendió por no llevar puesto nada en la cabeza. Una mujer joven me dijo que parecía enfermo, que me fuera rápido a mi casa. No es más que un resfrío, les contestaba. Con un buen jarabe para la tos se me iba a pasar. Raglan James sabría qué hacer cuando recuperara su cuerpo. Seguramente no le haría demasiada gracia, pero podría consolarse con los veinte millones. Además, todavía me quedaban varias horas como para medicarme con remedios comerciales y descansar. Por el momento, me sentía demasiado incómodo en general como para preocuparme por semejante cosa. Había derrochado demasiado tiempo en esas distracciones triviales. Y desde luego, podía conseguir ayuda para todas las molestias banales de la vida real... Ah, la vida real. Me había olvidado de la hora, y sin duda en la agencia me estaba esperando el dinero. En el reloj de una tienda vi que eran las dos y media. La misma hora marcaba el ordinario reloj pulsera que yo llevaba. Bueno, me quedaban sólo unas trece horas. Trece horas en ese cuerpo espantoso, con la cabeza que me estallaba y con dolor de piernas. Mi felicidad desapareció en un ataque súbito de temor. ¡Pero el día era demasiado bello para arruinarlo por cobardía! Alejé entonces esa sensación de mi mente. Trozos de poesía acudieron a mi memoria..., y de vez en cuando el tenue recuerdo de mi último invierno mortal, de haber estado de cuclillas frente a la chimenea, en la gran sala de la casa paterna, tratando por todos los medios de calentarme las manos en el fuego que se extinguía. Pero en general pude vivir el momento de un modo muy distinto a como solía hacerlo mi mente maquinadora. Tan fascinado estaba con todo lo que pasaba a mi alrededor, que durante horas no experimenté aflicción ni distracción de tipo alguno. Eso era absolutamente extraordinario. Y, en mi euforia, estaba seguro de poder llevar siempre dentro de mí el recuerdo de esa sencilla jornada. El regreso a pie hasta Georgetown me resultó por momentos una hazaña ímproba. Aun antes de partir del mausoleo de Jefferson, el cielo ya había comenzado a nublarse y rápidamente iba adquiriendo un tinte plomizo. La luz se secaba como si fuera líquida. Sin embargo, me encantaron esas manifestaciones más melancólicas. Me sentía hipnotizado por el espectáculo de los mortales que cerraban sus tiendas, que caminaban presurosos en contra del viento, cargados con bolsas de alimentos,

por los faros de los autos que alumbraban su luz intensa, casi festiva, la creciente penumbra.

Comprendí que no iba a haber crepúsculo. Oh, qué lástima. Pero como vampiro, muchas veces había contemplado el crepúsculo. Entonces, ¿a qué quejarme? No obstante, durante un momento fugaz lamenté haber pasado esas horas tan valiosas en las garras del crudo invierno. Pero por razones que no acertaba a explicarme, había sido justo lo que quería. Un invierno crudo como los de mi infancia. Crudo como aquel invierno en París, cuando Magnus me llevó a su cueva. Quedé satisfecho, complacido. Cuando llegué a la agencia, hasta yo me di cuenta de que la fiebre me estaba subiendo y debía buscar refugio y alimento. Felizmente había llegado mi dinero. También me habían preparado una nueva tarjeta de crédito a nombre de Lionel Potter, uno de los nombres ficticios que usaba en París, y un talonario de cheques de viajero. Guardé todo en los bolsillos y, ante el horrorizado cajero, metí en los bolsillos también los treinta mil dólares.

-¡Mire que alguien lo puede asaltar! -murmuró, inclinándose sobre el mostrador. Agregó algo que no entendí bien acerca de que me convenía llevar el dinero al banco antes del horario de cierre. Después debía dirigirme a una sala de primeros auxilios porque se aproximaba un temporal. Había mucha gente engripada, prácticamente la epidemia de todos los inviernos. Para simplificar, le dije a todo que sí, pero no tenía ni la menor intención de pasar las horas de mortal que me quedaban en manos de los médicos. Además, no hacía falta. Lo único que necesitaba era comida, algo caliente para beber y la paz de una cama blanda de hotel. Entonces podría devolver a James ese cuerpo en condiciones tolerables y regresar tranquilamente al mío. Pero primero tenía que cambiarme de ropa. ¡Eran apenas las tres y cuarto, me quedaban unas doce horas y no aguantaba ni un minuto más esos trapos sucios! Llegué a las distinguidas Galerías Georgetown justo cuando estaban cerrando para que la gente pudiera huir del temporal, pero fui convincente y me permitieron entrar en una elegante casa de ropa, donde en un instante entregué al impaciente empleado una lista de todas las prendas que creía iba a necesitar. Cuando le di la tarjetita plástica, me invadió un enorme mareo. Me causó gracia, porque el hombre ya había perdido toda su impaciencia y trató de venderme bufandas y corbatas varias. Casi no le entendía lo que me decía. Ah, sí, marque todo en la registradora. Todo esto se lo entregaremos al señor James a las tres de la madrugada. Sí, claro, el otro pulóver, y por qué no, la écharpe también. Cuando conseguí escapar con mi cargamento de relucientes cajas y bolsas, me acometió otra oleada de mareos. De hecho, una negrura total comenzaba a rodearme; corría peligro de caer de rodillas y perder el conocimiento ahí nomás, sobre el piso. Una preciosa muchacha vino a rescatarme. "¡Se está por desmayar!" A esta altura, ya transpiraba profusamente, y sentía frío pese al ambiente caldeado de la galería. Le expliqué que necesitaba un taxi, pero no pasaba ninguno. Ya era poca la gente que quedaba por las calles y de nuevo había empezado a nevar. Había visto antes, no lejos de allí, un hermoso hotel con el romántico nombre de "Las Cuatro Estaciones" y hacia él me dirigí, para lo cual primero me despedí de la bella criatura y agaché la cabeza para enfrentar el viento feroz. En "Las Cuatro Estaciones" me sentiría a salvo, pensé casi con alegría, encantado de pronunciar en voz alta el significativo nombre. Podría cenar, y no necesitaba volver a esa casa odiosa hasta que no se acercara la hora de devolver el cuerpo. Cuando llegué por fin al lugar, me resultó más que satisfactorio. Dejé un abultado depósito para garantizar que Mojo se comportaría como un caballero educado, lo mismo que yo. La suite era suntuosa,

con enormes ventanales que daban al Potomac, alfombras aparentemente interminables, cuartos de baño dignos de un emperador romano, aparatos de televisión y heladeritas disimuladas dentro de hermosos muebles de madera, y numerosos artefactos más. Sin pérdida de tiempo pedí un banquete para mí y para Mojo; luego abrí el barcito, que estaba lleno de caramelos y otras golosinas además de licores, y me serví el mejor whisky. ¡Qué gusto espantoso! ¿Cómo diablos podía David beber eso? La tableta de chocolate estuvo mejor. ¡Fantástica! Me la devoré y después llamé al restaurante para que, al pedido de minutos antes, agregaran todos los postres con chocolate que tuvieran en el menú. Tengo que llamar a David, me dije. Pero me parecía una total imposibilidad levantarme del sillón e ir hasta el escritorio para tomar el teléfono. Además, eran tantas las cosas que deseaba analizar, fijar en la mente. Malditos sean los malestares. Así y todo había quedado una experiencia fabulosa. Incluso me estaba acostumbrando a esas manazas que me llegaban varios centímetros más abajo de donde debían, y a esa piel oscura, porosa. No debía quedarme dormido. Qué desperdicio... Me despertó el timbre. Había pasado una media hora completa de tiempo mortal. Me puse de pie con esfuerzo, como si con cada paso tuviera que levantar ladrillos, y no sé cómo me las ingenié para abrirle a la camarera, una agradable mujer mayor, de pelo amarillo claro, que entró empujando un carrito con mantel, lleno de comida. Le di carne a Mojo -antes había colocado en el piso una toalla de baño a modo de mantel- y él comenzó a comerla con ganas. Al mismo tiempo que comía se tendió, cosa que sólo hacen los perros de gran tamaño y que a Mojo en particular le dio un aspecto mucho más monstruoso: parecía un león que indolentemente mordisquea a un cristiano indefenso al que sostiene entre sus inmensas patas. Sin pérdida de tiempo bebí la sopa caliente, aunque no le sentí mucho el gusto, pero qué podía esperarse con semejante resfrío. El vino era excelente, mucho mejor que el ordinario de la otra noche, y aunque su sabor aún me parecía flojo en comparación con la sangre, bebí dos vasos. Estaba a punto de devorar las pastas, como se les dice aquí, cuando levanté la mirada y noté que la inquieta camarera no se había retirado.

-Usted está enfermo -constató-, muy enfermo.

-Tonterías, ma chère. Tengo un resfrío mortal, ni más ni menos. -Busqué el fajo de billetes en el bolsillo de la camisa, le di varios de veinte y le pedí que se marchara. Ella se resistía a dejarme.

-Está tosiendo mucho. Creo que está enfermo de verdad. Pasó mucho tiempo a la intemperie, ¿verdad?

Me quedé mirándola, totalmente desarmado al verla tan solícita, sabiendo que corría verdadero peligro de que, como un tonto, me brotaran las lágrimas. Quería advertirle que yo era un monstruo, que ese cuerpo sencillamente era robado. Qué tierna era, qué cariñosa.

-Todos estamos relacionados -le dije-, la humanidad entera. Tenemos que preocuparnos los unos por los otros, ¿no? -Supuse que se iba a horrorizar por tanto sentimentalismo, demostrado con la emoción densa del borracho, y que por ende se marcharía. Pero no fue así.

-Claro que sí -dijo-. Permítame llamarle a un médico antes de que empeore la tormenta.

-No, mi querida; váyase no más.

Dirigiéndome una última mirada de preocupación, por fin se retiró. Después de consumir los fideos con salsa de queso -insípidos-, empecé a preguntarme si la



Librodot

mujer no tendría razón. Fui hasta el baño y encendí la luz. El hombre que vi en el espejo tenía, en efecto, un malísimo aspecto con sus ojos inyectados en sangre, el cuerpo que le temblaba y su piel oscura amarillenta, si no directamente pálida. Me palpé la frente, pero ¿de qué me sirvió? No me puedo morir de esto, pensé. Sin embargo, no estaba tan seguro. Recordé la expresión que había visto en la cara de la camarera, la preocupación de las personas que me pararon por la calle. Me dio otro acceso de tos. Algo tengo que hacer, me dije. Pero, ¿qué? ¿Y si los médicos me daban algún sedante fuerte y quedaba tan atontado que no podía regresar a la casa de Georgetown? ¿Y si los medicamentos afectaban mi capacidad de concentración y después no podía realizarse la mutación de cuerpos? Dios santo, ni siquiera había tratado de salir y elevarme de ese cuerpo humano, truco que me salía muy bien en mi otra forma. Tampoco quise intentarlo. ¿Y si no podía volver a entrar? No, mejor esperar a James para tales experimentos, ¡y mientras tanto, no acercarme a médicos ni jeringas! Sonó el timbre. Era la camarera bondadosa que me traía una bolsa llena de remedios: frascos de líquidos rojos y verdes, tubitos plásticos de comprimidos.

-Tendría que hacerse ver por un doctor -me aconsejó, mientras depositaba todo en hilera sobre el mármol del baño-. ¿Quiere que le llamemos uno nosotros?

-De ninguna manera -respondí, al tiempo que le entregaba más dinero y la acompañaba a la puerta. Pero me pidió que aguardara, y me preguntó si no podía sacar al perro puesto que ya había terminado de comer. Ah, sí, era una muy buena idea. Le puse más billetes en la mano. Luego le dije a Mojo que hiciera todo lo que ella le indicaba. La mujer parecía fascinada con Mojo. Algo dijo acerca de que su cabeza era más grande que la de ella. Regresé al baño y contemplé los medicamentos. ¡Qué desconfianza les tenía! Pero tampoco era muy caballeresco devolverle a James un cuerpo enfermo. ¿Y si después no lo quería? No, difícil. Seguramente se quedaría con los veinte millones, y también con las toses del resfrío. Bebí un trago de repulsivo jarabe verde, luchando por dominar las náuseas; después me trasladé con esfuerzo al living, donde me desplomé ante el escritorio. Allí había papelería del hotel y un bolígrafo que funcionaba bastante bien, de esa manera resbaladiza que tienen los bolígrafos. Me puse a escribir y, aunque noté que me resultaba muy difícil con esos dedos grandes, perseveré lo mismo. Entonces anoté deprisa todo lo que había visto y sentido. Seguí escribiendo pese a que casi no podía sostener la cabeza y me costaba respirar a causa del resfrío. Finalmente, cuando no quedaba más papel y ya ni podía leer mis propios garabatos, metí las hojas en un sobre, le pasé la lengua para cerrarlo y lo dirigí a mi propio nombre, al departamento de Nueva Orleáns; luego me lo guardé en el bolsillo de la camisa, debajo del pulóver, donde no se me iba a perder. Por último me tendí en el piso. El sueño se iba a apoderar de mí, cubriendo muchas de las horas mortales que me restaban, porque ya no me quedaban fuerzas para nada. Pero no me dormí profundamente. Tenía demasiada fiebre, y miedo. Recuerdo que la camarera amable entró con Mojo y volvió a decirme que estaba enfermo. Recuerdo también que entró la empleada de la noche, preocupada como la otra. Y que Mojo se acostó a mi lado, y lo tibiecito que lo sentí cuando me acurruqué contra él, encantado con su olor, con el aroma maravilloso de su pelaje, aunque no fuera una emoción tan fuerte como habría sido en la época en que tenía mi antiguo cuerpo, y por un momento hasta pensé que estaba de vuelta en Francia, en aquellos viejos tiempos. Pero en cierto sentido, la imagen de los viejos tiempos casi había quedado borrada por la nueva experiencia. De vez en cuando abría los ojos, veía una aureola alrededor de la

lámpara encendida, veía las ventanas negras que reflejaban el mobiliario, e imaginaba que oía nevar afuera. En algún momento me puse de pie, enfilé hacia el baño, me golpeé fuertemente la cabeza contra el marco de la puerta y caí de rodillas. ¡Dios mío, cuántos tormentos! ¿Cómo los soportan los mortales? ¿Cómo pude soportarlos yo alguna vez? Qué dolor. Como si se desparramara líquido bajo mi piel. Pero peores calamidades me aguardaban. De puro desesperado tuve que usar el baño y limpiarme cuidadosamente después. ¡Qué desagradable! Y lavarme las manos. Temblando de repugnancia, debí lavarme las manos una y otra vez. Cuando descubrí que la cara de ese cuerpo se había cubierto con una sombra gruesa de áspera barba, me reí. Qué costra tenía sobre el labio superior, el mentón y bajando hasta el cuello de la camisa. ¿Qué aspecto me daba? De loco; de menesteroso. Pero no podía afeitarme todo ese pelo. No tenía navaja y, además, seguro que si lo hacía me cortaba el cuello. Qué sucia la camisa. Me había olvidado de ponerme la ropa que compré, pero ¿no era tarde ya para eso? Aturdido, vi que mi reloj marcaba las dos. Dios santo, casi la hora en que debía efectuarse la transformación.

-Ven, Mojo -dije, y bajamos por la escalera en vez de usar el ascensor, lo cual no fue una gran hazaña puesto que estábamos apenas en el primer piso. Cruzamos el hall casi desierto y salimos a la noche. Había nieve amontonada por todas partes. Las calles estaban realmente intransitables y hubo momentos en que volví a caerme de rodillas, los brazos hundiéndoseme en la nieve, y Mojo que me lamía la cara como tratando de darme calor. Pero seguí adelante, subí la loma no sé en qué estado físico y mental, hasta que por fin doblé la esquina y vi a lo lejos las luces de la casa. La cocina en penumbras estaba llena de nieve suave, profunda. Me pareció sencillo atravesarla, hasta que me di cuenta de que por debajo de todo había una capa congelada, muy resbaladiza, resto de la tormenta de la víspera. Así y todo logré llegar al living y me tiré tiritando en el suelo. Sólo entonces tomé conciencia de que me había olvidado el sobretodo y el dinero guardado en sus bolsillos. Me quedaban apenas unos billetes en la camisa. Pero no importaba. Pronto llegaría el Ladrón de Cuerpos. ¡Recuperaría mi vieja forma, todos mis poderes! Después, qué placentero sería rememorar la vivencia, sano y salvo en mi reducto de Nueva Orleáns, cuando el frío y la enfermedad ya no significaran nada para mí, cuando no existieran ya los dolores, cuando volviera a ser el vampiro Lestat que vuela sobre los techos, que tiende las manos hacia las estrellas lejanas. El lugar me pareció muy frío comparado con el hotel. Me di vuelta una vez, divisé el pequeño hogar y traté de encender los leños con la mente. Después me reí al recordar que todavía no era Lestat, que pronto arribaría James.

-Mojo, no soporto este cuerpo ni un instante más -le confesé en susurros. El perro se había sentado ante la ventana del frente y miraba la noche jadeando, empañando el vidrio con su aliento. Traté de permanecer despierto pero no pude. Cuanto más frío sentía, más me envolvía la somnolencia. Y entonces se apoderó de mí un pensamiento aterrador: ¿y si, en el momento indicado, no lograba salir de ese cuerpo y elevarme? Si no podía encender fuego, si no podía leer las mentes, si no podía... Medio dominado por el sopor, traté de realizar el pequeño truco psíquico. Dejé hundir mi mente casi hasta el borde de los sueños. Sentí la deliciosa vibración que a menudo precede la ascensión del espíritu. Pero no sucedió nada fuera de lo habitual. Lo intenté una vez más. “Sube”, dije. Traté de imaginar la forma etérea de mí mismo que se liberaba y elevaba hasta el techo. No tuve suerte. Imposible; como si quisiera que me creciesen alas de plumas. Y

estaba tan agotado y dolorido. De hecho, estaba amarrado a esas piernas inservibles, a ese pecho que me dolía, imposibilitado de respirar sin esfuerzo. Pero pronto estaría allí James, el hechicero, el que conocía el truco. Sí. Ansioso por recibir los veinte millones, James dirigiría toda la operación Cuando volví a abrir los ojos vi la luz del día. Me senté en el acto y miré hacia adelante. No podía haber error. El sol estaba alto en los cielos, y el aluvión de luz que derramaba entraba por las ventanas y caía sobre el piso encerado. Desde afuera me llegaban los ruidos del tránsito.

-Dios mío -musité en inglés, porque Mon Dieu no significa la misma cosa-. Dios mío, Dios mío, Dios mío. Volví a acostarme, tan azorado que no podía pensar con coherencia ni saber si lo que sentía era furia o un ciego temor. Después levanté lentamente el brazo para ver la hora. Once y cuarenta y siete de la mañana. En menos de quince minutos la fortuna de veinte millones de dólares, que retenía un banco del centro, volvería una vez más a Lestan Gregor, mi propio seudónimo, el ser que había quedado abandonado dentro de ese cuerpo por Raglan James, quien obviamente no había regresado esa madrugada a la casa para efectuar el intercambio convenido. Y ahora, habiendo perdido esa inmensa fortuna, seguramente ya no volvería nunca más.

-Oh Dios, ayúdame -imploré en voz alta; de inmediato me vino flema a la garganta y las toses fueron como puñaladas en mi pecho-. Yo lo sabía. Lo sabía. -Qué tonto había sido. Qué tonto. ¡Maldito sinvergüenza, deleznable Ladrón de Cuerpos, me la vas a pagar! ¡Cómo te atreves a hacerme esto! ¡Y este cuerpo! Este cuerpo que me dejaste, que es lo único que tengo para ir a buscarte, está realmente enfermo.

Cuando logré salir a la calle, ya eran las doce en punto. Pero, ¿qué importaba? No me acordaba del nombre ni la dirección del banco. Tampoco podría haber dado una buena razón para presentarme allí, de todos modos. ¿Por qué habría de reclamar veinte millones que cuarenta y cinco segundos después volverían igualmente a mí? ¿Adónde iba a llevar esa masa temblorosa de carne? ¿Al hotel, a retirar la ropa y el dinero? ¿Al hospital, para que me administraran los medicamentos que tanta falta me hacían?

¿A Nueva Orleáns, a ver a Louis para que me ayudara, Louis que quizá fuera el único capaz de ayudarme? ¿Cómo iba a localizar a ese miserable Ladrón de Cuerpos si no contaba con la colaboración de Louis? ¿Y qué haría Louis cuando me acercara a él? ¿Cómo me juzgaría cuando le contara lo que había hecho? Me estaba cayendo. Había perdido el equilibrio. Traté de asirme de la baranda de hierro pero ya era tarde. Un hombre corría hacia mí. El dolor hizo explosión en mi cabeza cuando golpeé contra el escalón. Cerré los ojos y apreté los dientes para no gritar. Volví a abrirlos y vi sobre mí un plácido cielo azul.

-Llame a una ambulancia -le dijo el hombre a otro que había a su lado. Eran sólo formas sin rasgos contra el cielo resplandeciente, el cielo claro, saludable.

-¡No! -intenté gritar, pero me salió apenas un áspero murmullo-. ¡Tengo que llegar a Nueva Orleáns! -Con un torrente de palabras traté de explicar lo del hotel, el dinero, la ropa, que por favor alguien me ayudara, que llamaran un taxi, tenía que viajar de inmediato de Georgetown a Nueva Orleáns. Luego me quedé tendido en la nieve, callado, y pensé qué bonito era ese cielo con sus nubes blancas, e incluso esas sombras oscuras que me rodeaban, esas personas que intercambiaban susurros furtivos que no alcanzaba a oír. Y Mojo que ladraba y ladraba sin cesar. Traté de hablarle pero no pude, no pude decirle siquiera que

no se preocupara, que todo iba a salir bien. Se acercó una niñita. Distinguí su pelo largo, sus manguitas abullonadas y un trozo de cinta que se agitaba al viento. Me miraba desde arriba como los demás; su rostro era todo sombras y, tras ella, el cielo brillaba peligrosamente.

-¡Por Dios, Claudia, hazte a un lado que me tapas el sol! -clamé.

-Quédese quieto, señor, que ya lo vienen a llevar.

-No se mueva, amigo.

¿Adónde se había ido ella? Cerré los ojos y traté de oír el ruido de sus pasos en la acera. ¿Qué era esa risa que percibía? La ambulancia. Máscara de oxígeno. Aguja. Entonces comprendí. ¡Iba a morir dentro de ese cuerpo y sería tan sencillo! Estaba por morir, como millones de otros mortales. Ah, ésa era la causa de todo, el motivo por el cual el Ladrón de Cuerpos, el Ángel de la Muerte había ido a verme, dándome los medios que yo había buscado con mentiras y autoengaño. Estaba por morir. ¡Pero no quería morir!

-Por favor, Dios, así no, no en este cuerpo. -Cerré los ojos mientras murmuraba -Todavía no. ¡Por favor, no quiero morir! No me dejes morir. -Estaba llorando, deshecho, lleno de miedo. Señor Dios, si alguna vez se me hubiera revelado un esquema más perfecto... a mí, el monstruo pusilánime que se internó en el Gobi, no para buscar el fuego del cielo sino por orgullo, por orgullo. Cerré con fuerza los ojos. Sentía que las lágrimas rodaban por mis mejillas.

-No me dejes morir. Por favor, no me dejes morir. No ahora ni así. ¡No en este cuerpo! ¡Ayúdame! Una manecita me tocó, tratando de buscar la mía. Me la apretó firme, tierna, tibia. Y tan suave, tan pequeña. Y tú sabes de quien es esa mano, lo sabes pero tienes tanto miedo que no abres los ojos. Si ella está aquí quiere decir que te estás muriendo. No puedo abrir los ojos. Tengo miedo, mucho miedo. Lloro y me estremezco. Apreté con tanta fuerza su manecita que seguramente le hice daño, pero no me decidía a abrir los ojos. Louis, ella está aquí. Vino a buscarme. Ayúdame, Louis, por favor. No puedo mirarla. No la voy a mirar. ¡No puedo soltar su mano! ¿Y dónde estás tú? Dormido dentro de la tierra, bajo ese descuidado jardín tuyo, con el sol que baña tus flores, dormido hasta que vuelva la noche.

-Marius, ayúdame. Pandora, donde quiera que estés, ayúdame. Khayman, ven a ayudarme. Armand, olvidemos los rencores. ¡Te necesito! Jesse, no dejes que me suceda esto. Oh, el penoso murmullo de la plegaria de un demonio tapada por el ulular de la sirena. No abras los ojos. No la mires. Si la miras, se acabó. ¿Pediste ayuda en los últimos momentos, Claudia? ¿Tenías miedo? ¿Viste la luz como si fuera el fuego del infierno que llenaba el pozo de la ventilación, o acaso fue la luz hermosa la que inundó el mundo entero con amor? Estábamos los dos juntos en el cementerio, en la noche tibia y fragante, tachonada de estrellas lejanas, bañada en suave luz púrpura. Sí, los numerosos colores de la penumbra. Mira su piel brillante de mujer, el oscuro magullón de sus labios femeninos, el color intenso de sus ojos. Sostenía su ramo de crisantemos amarillos y blancos. Jamás olvidaré ese aroma.

-¿Mi madre está enterrada aquí?

-No lo sé, petite chérie. Nunca supe su nombre, siquiera.

-La madre ya estaba podrida, apestaba cuando la vi; las hormigas le caminaban por los ojos, le entraban por la boca.

-Tendrías que haber averiguado cómo se llamaba. Tendrías que haberlo hecho por mí. Me gustaría saber dónde la sepultaron.

-Eso ocurrió hace medio siglo, querida. Ódiame por las cosas mas importantes. Ódiame, si lo deseas, porque no yaces ahora a su lado. ¿Te daría tibieza si estuvieras allí con ella? La sangre es tibia, querida. Ven conmigo, bebe sangre, como tú y yo sabemos hacerlo, podemos hacerlo juntos hasta el fin del mundo.

-Para todo tienes una respuesta. -Qué fría su sonrisa. En estas sombras uno casi puede ver a la mujer que hay en ella, la mujer que desafía a la estampa permanente de dulzura infantil, con la inevitable invitación a besar, a abrazar, a amar.

-Nosotros somos la muerte, *ma chérie*; la muerte es la respuesta final -La tomé en mis brazos, la apreté contra mí, besé, besé y besé su piel de vampiro. -Después de eso ya no hay preguntas. Su mano me tocó la frente. La ambulancia corría como si la persiguiera la sirena, como si la sirena fuese la fuerza que la impelía La mano rozó mis párpados. ¡No te voy a mirar! Oh, por favor, ayúdenme, la monótona plegaria del demonio a sus secuaces a medida que se hunde cada vez más, rumbo al infierno.

# 13

Sí, ya sé dónde nos encontramos. Desde el principio estuvieron tratando de traerme de vuelta aquí, al pequeño hospital.

-Qué aspecto desolado tiene ahora, con sus paredes de barro, sus ventanas con persianas y las camitas atadas unas a otras. Sin embargo, ella estaba ahí en la cama, ¿no? Conozco a la enfermera, sí, y al viejo médico de hombros caídos, y te veo ahí en la cama..., eres tú, la pequeñita de rulos que está acostada sobre la frazada, y ahí está Louis...

"Bueno, ¿por qué estoy aquí? Sé que esto es un sueño. No es la muerte. La muerte no tiene una consideración especial por las personas.

-¿Estás seguro? -dijo ella. Estaba sentada en la silla de respaldo recto, llevaba el pelo rubio recogido con una cinta azul y chinelas en sus piececitos, Eso quería decir que estaba ahí, en la cama, y en la silla, mi muñequita francesa, mi encanto, con sus pies de empeine alto y sus manos perfectas.

-Y tú estás aquí con nosotros, en una cama de una sala de primeros auxilios de Washington. Sabes que estás aquí muriéndote, ¿no?

-Hipotermia aguda, muy probablemente neumonía. Pero, ¿cómo sabemos qué infección tiene? Bombardéenlo con antibióticos, imposible darle oxígeno ahora. Si lo enviamos a la Universidad, también van a terminar atendiéndolo en el pasillo.

-No dejen que me muera, por favor. Tengo mucho miedo.

-Estamos aquí con usted, lo estamos atendiendo. ¿Por qué no nos da su nombre? ¿Tiene algún familiar a quien haya que dar aviso?

-Vamos, diles quién eres realmente -me aguijoneó ella con una risita argentina y su voz siempre tan hermosa, tan delicada. Siento sus labios tiernos... mírenlos.

Yo solía apretarle el labio inferior con un dedo, a modo de juego, cuando le besaba los párpados y su frente tersa.

-¡No te pases de lista, pequeña! -murmuré entre dientes-. Además, ¿quién soy aquí?

-No un ser humano, si a eso te refieres. No hay nada que pueda convertirte en humano.

-De acuerdo, te doy cinco minutos. ¿Por qué me trajiste aquí? ¿Qué quieres que diga? ¿Que lamento lo que hice, haberte sacado de esa camita para convertirte en vampiro? ¿Quieres que te diga la verdad más sincera? No sé si me arrepiento. Siento mucho que hayas sufrido. Siento mucho que cualquiera sufra, pero honestamente no puedo asegurar que lamente ese pequeño truco.

-¿No tienes ni una pizca de miedo a quedarte solo?

-Si la verdad no puede salvarme, nada podrá. -Cómo odiaba el olor a enfermedad que me rodeaba, esos cuerpecitos febriles, húmedos bajo las deslucidas mantas, todo ese sucio hospital de muchas décadas atrás.

-Padre mío que estás en el infierno, Lestat sea tu nombre.

-¿Y tú? Cuando el sol te quemó entera en el pozo de ventilación del Teatro de los Vampiros, ¿te fuiste al infierno?

Risas, risas puras, como monedas relucientes que caen de una cartera.

-¡No te lo voy a decir jamás!

-Bueno, sé que esto es un sueño, que lo ha sido desde el primer momento. No puede ser que alguien regrese de entre los muertos para decir semejantes banalidades.

-Sucede todo el tiempo, Lestat. No te excites tanto. Ahora quiero que me prestes atención. Mira esas camitas, mira a esos niños que sufren.

-A ti te rescaté de ahí.

-Sí, de la misma manera en que Magnus te sacó de tu vida y te dio a cambio algo maligno y perverso. ¡Me convertiste en asesina! de mis hermanos y hermanas. Todos mis pecados provienen de aquel momento, cuando me levantaste de la cunita.

-No, no puedes echarme toda la culpa a mí. No lo voy a permitir. ¿Acaso el padre es autor de los crímenes del hijo? Y aunque así fuera, ¿qué? ¿Quién hay allí que lleve la cuenta? ¿No ves que ése es el problema? No hay nadie.

-¿Entonces está bien que matemos?

-Yo te di vida, Claudia. No fue para siempre, no, pero fue vida, y hasta nuestra vida es mejor que la muerte.

-Cómo mientes, Lestat. “Hasta nuestra vida”, dices. La verdad es que piensas que nuestra maldita vida es mejor que la vida misma. Reconócelo. Mírate cómo estás ahora en tu cuerpo humano. Cómo lo odiabas.

-Es verdad, lo admito. Pero ahora quiero oírte hablar con el corazón, mi preciosa, mi pequeña hechicera. ¿Sinceramente habrías preferido la muerte en vez de la vida que te regalé? Vamos, dime. ¿O acaso esto es un tribunal como el de los humanos, donde el juez puede mentir y los abogados pueden mentir y sólo están obligados a decir la verdad quienes suben al estrado de los testigos? Me miró con aire muy pensativo, mientras una mano regordeta jugueteaba con el bordado de su túnica. Cuando bajó la mirada, la luz brilló primorosamente en

sus mejillas, en su boquita oscura. Ah, qué hermosa creación. La muñeca vampiro.

-¿Qué sabía yo de opciones? -dijo, mirando al frente con sus ojos grandes, vidriosos y llenos de luz-. No había alcanzado la edad de la razón cuando hiciste tu sucio trabajito; y dicho sea de paso, padre, siempre quise saber una cosa: ¿gozaste cuando me diste a succionar la sangre de tu brazo?

-Eso no interesa -murmuré. Aparté mis ojos de ella y los posé en la huerfanita moribunda que había bajo las mantas. Vi a la enfermera de pelo recogido, vestida con harapos, que se desplazaba Inquieta entre las camas. -A los niños mortales se los concibe en un acto de placer -dije, pero no sabía si me estaba escuchando. No quise mirarla. -No puedo mentir. No importa si hay un juez o un jurado. Yo...

-No trate de hablar. Le he dado una combinación de drogas que le van a venir bien. La fiebre ya está cediendo. Le estamos curando la congestión pulmonar.

-Por favor, no me dejen morir. Todo está sin terminar y es monstruoso. Si existe el infierno voy a ir allí, pero no creo que exista. Si es que existe, debe ser un hospital como éste, sólo que lleno de niños enfermos y moribundos. Pero yo creo que sólo existe la muerte.

-¿Un hospital lleno de niños?

-Oh, mira cómo ella te sonríe, cómo te apoya la mano sobre la frente. Las mujeres te aman, Lestat. Ella te ama aunque estés dentro de ese cuerpo. Mírala. Cuánto amor.

-¿Por qué no habría de preocuparse por mí? ¿Acaso no es enfermera? Y yo soy un moribundo.

-Y qué atractivo moribundo. Tendría que haberme imaginado que harías la transmutación sólo si te ofrecían un cuerpo bello. ¡Qué vano y superficial eres! Mira ese rostro. Mucho más apuesto que el tuyo propio.

-¡Yo no diría tanto!

Me dirigió una sonrisa maliciosa. Su rostro brillaba en la penumbra de la habitación.

-No se preocupe, que yo estoy con usted. Me voy a quedar aquí, a su lado, hasta que se mejore.

-He visto morir a tantos humanos. Yo les provoqué la muerte. El momento en que la vida se va del cuerpo es tan simple y traicionero. Sencillamente se desliza y se va.

-Está diciendo insensateces.

-No; estoy diciendo la verdad, y usted lo sabe. No puedo prometer que, si vivo, vaya a reformarme. No lo creo posible. Sin embargo, me muero de miedo ante la idea de morir. No me suelte la mano.

-Lestat, ¿por qué estamos aquí? ¿Louis?

Levanté la mirada. Estaba parado en la puerta del pequeño hospital, desorientado, con el mismo aspecto que tenía la noche en que lo creé, ya no aquel joven mortal enceguecido de furor, sino el sombrío caballero de ojos serenos y la paciencia infinita de un santo.

-Ayúdame a levantarme -dije-. Tengo que sacarla de su camita. Estiró la mano, pero se hallaba muy confundido. ¿No intervino en ese pecado? No, por supuesto que no, porque vivía cometiendo desatinos y sufriendo, expiando su culpa al

mismo tiempo que los cometía. Yo era el demonio. Yo era el único que podía levantarla de su camita. Hora de mentirle al médico.

-Esa niña que está ahí es mi hija. Seguramente se iba a alegrar de que le quitaran una carga.

-Llévesela, señor, y gracias. -Miró agradecido las monedas de oro que le arrojé sobre la cama. Claro que hice eso. Por supuesto que los ayudé. -Sí, gracias. Dios lo bendiga.

Seguro que me bendecirá. Siempre lo hace. Yo también lo bendigo.

-Ahora duerma. En cuanto se desocupe un cuarto, lo llevaremos; allí estará más cómodo.

-¿Por qué somos tantos aquí? Por favor, no me abandone.

-No; yo me quedo con usted. Me siento aquí, a su lado.

Las ocho. Estaba tendido en la camilla con la aguja pinchada en el brazo y la bolsita plástica de ese líquido que atraía a la luz, pude ver con toda claridad el reloj. Lentamente volví la cabeza. Había allí una mujer. Tenía puesto un abrigo negro que resaltaba contra sus medias blancas y sus zapatos blandos, blancos también. Llevaba el pelo peinado en un grueso rodete y estaba leyendo. Tenía cara ancha, de huesos fuertes, tez clara y grandes ojos castaños. Sus cejas eran oscuras y bien delineadas y, cuando levantó la mirada, me encantó su expresión. Cerró el libro sin hablar y me sonrió.

-Ya está mejor -sentenció. Voz modulada, dulce. Un mínimo trazo de sombra azul bajo los ojos.

-¿Sí? -El barullo me hacía mal a los oídos. Había demasiadas personas. Puertas que se abrían y cerraban. Se levantó, cruzó el pasillo y tomó mi mano entre las suyas.

-Oh, sí, mucho mejor.

-¿Entonces voy a vivir?

-Sí -respondió, pero no estaba segura. ¿Se propuso demostrarme expresamente que no lo estaba?

-No me deje morir dentro de este cuerpo -rogué, humedeciéndome los labios con la lengua. ¡Los sentía tan secos! Dios santo, cómo odiaba ese físico, cómo odiaba la forma en que el pecho subía y bajaba, la voz que me salía, el dolor insoportable detrás de los ojos.

-Ya empieza de nuevo -dijo, ensanchando la sonrisa.

-Siéntese aquí, conmigo.

-Ya lo estoy. Le dije que no me iba a ir. Me quedo aquí, con usted.

-Si me ayuda, estará ayudando al demonio.

-Ya me lo dijo.

-¿Quiere escuchar toda la historia?

-Sólo si conserva la calma mientras me la cuenta, si se toma su tiempo.

-Qué bonito rostro tiene. ¿Cuál es su nombre?

-Gretchen.

-Es monja, ¿no?

-¿Cómo se dio cuenta?

-Me di cuenta. Ante todo, por las manos, por la alianza de plata que usa, por algo de la cara, una expresión resplandeciente... la expresión de los que tienen fe. Y el hecho de que se haya quedado conmigo cuando los demás le decían que siguiera con lo suyo. Yo advierto cuándo una mujer es religiosa. Soy el diablo, y sé cuando estoy contemplando la bondad. ¿Eran lagrimas lo que vi agolparse en sus ojos?

-Me está tomando el pelo -dijo con amabilidad-. Tengo una etiquetita aquí, sobre el bolsillo, donde dice que soy monja. Hermana Marguerite.

-No la vi, Gretchen. No quería hacerla llorar.

-Ya está mejorando. Está mucho mejor. Creo que se va a curar perfectamente.

-Soy el diablo, Gretchen. Oh, no el propio Satanás, el Hijo de las Tinieblas, ben Sharar, pero sí malo, muy malo. Un demonio de primera, sin duda.

-Está soñando. Es producto de la fiebre.

-¿Eso sería espléndido? Ayer, parado en la nieve, traté de imaginar precisamente eso: que toda mi vida de maldad no fuera sino el sueño de un mortal. Ojalá, pero no es así, Gretchen. El diablo precisa de usted. El diablo está llorando. Quiere que le tome la mía. No le tiene miedo al demonio, ¿verdad?

-Si lo que necesita es un acto de piedad, no. Ahora duérmase. Van a venir a ponerle otra inyección. Yo no me voy. Mire, arrimo la silla a su cama para poder tenerle la mano.

-¿Qué estás haciendo, Lestat? Estábamos en nuestra suite del hotel, un lugar mucho mejor que ese apestoso hospital -siempre es mejor una buena habitación de hotel que un apestoso hospital-, y Louis le había chupado la sangre a Claudia. Louis, el pobre indefenso.

-Claudia, Claudia, escúchame. Vuelve en ti... Estás enferma, ¿me oyes? Para curarte debes hacer lo que te digo. -Me mordí mi propia muñeca y, cuando comenzó a brotar la sangre, se la puse en los labios. -Muy bien, querida, bebe un poquito más...

-Trate de beber un poquito de esto. -Me pasó la mano por detrás del cuello. Ah, qué dolor cuando me levantó la cabeza.

-El sabor es tan flojo. No se parece en absoluto al de la sangre.

Sus párpados me parecieron tersos sobre sus ojos cabizbajos. Me hizo acordar de una mujer griega pintada por Picasso, por lo sencilla que parecía con sus huesos grandes, fina y fuerte. ¿Alguna vez alguien había besado su boca de monja?

-Hay gente muriéndose aquí, ¿no? Por eso están tan colmados los pasillos. Oigo a gente que llora. Se trata de una epidemia, ¿verdad?

-Es una época mala -dijo moviendo apenas sus labios virginales-. Pero se va a curar. Yo me quedo aquí.

Louis estaba tan enojado.

-Pero, ¿por qué, Lestat?

Porque ella era hermosa, porque se estaba muriendo, porque quise ver si daba resultado. Porque ella estaba ahí y nadie la quería; entonces la alcé, la tuve en brazos. Porque era algo que yo podía hacer, como la velita de la iglesia que sirve para encender otra sin perder su propia luz. Era mi manera de crear, mi única manera, ¿no lo ves? En un momento dado éramos dos, y al instante éramos tres. Lo vi tan acongojado, de pie ahí con su larga capa negra, y sin embargo él no

podía quitarle los ojos de encima a la niña; no podía dejar de mirar sus mejillas de marfil, sus diminutas muñecas. ¡Se imaginan! ¡Una niña vampiro! Una las nuestras.

-Comprendo.

¿Quién habló? Me sobresaltó, pero no era Louis sino David, David, que estaba ahí cerca con su ejemplar de la Biblia. Louis levantó lentamente la mirada. No sabía quién era David.

-¿Nos parecemos a Dios cuando creamos algo de la nada, cuando fingimos ser la llamita y producimos otras llamas?

David meneó la cabeza.

-Craso error -sentenció.

-Entonces el mundo también es un error. Ella es nuestra hija...

-No soy tu hija. Soy hija de mi mamá.

-No, querida, ya no. -Alcé los ojos hacia David. -Bueno, contéstame.

-¿Por qué alegas tan altos fines para justificar lo que hiciste? -preguntó, pero era tan compasivo, tan bueno. Louis seguía contemplándola horrorizado, mirando sus piececitos blancos. Piececitos tan seductores.

-Entonces resolví hacerlo. No me importó qué haría él con mi cuerpo, con tal de que me pusiera dentro de esta forma humana durante venticuatro horas, ya que eso me permitiría ver la luz del sol, sentir Como sienten los mortales, conocer sus puntos débiles, su dolor. -Al hablar, le apretaba la mano. Ella asintió, volvió a enjugarme la frente, me tomó el pulso con sus dedos firmes y tibios.

...entonces decidí hacerlo, sin más. Sí, sé que me equivoqué, que fue un error cederle todas mis facultades, pero usted se imagina... y ahora no puedo morir en este cuerpo. Mis compañeros no deben ni saber qué fue de mí. Si lo supieran, vendrían...

-Los demás vampiros -murmuró.

-Sí. -Entonces le conté todo lo de ellos, le hablé de cómo había buscado a los otros largo tiempo atrás, pensando que, si conocía la historia de las cosas, eso aclararía el misterio... Le hablé y le hablé, le expliqué lo que éramos, mi viaje a través de los siglos, después la tentación que fue la música de rock, perfecto teatro para mí, lo que quise hacer, le mencioné a David, a Dios y el diablo en el bar de París, David junto al fuego del hogar con la Biblia en la mano asegurando que Dios no es perfecto. A veces mantenía los ojos cerrados, a veces los abría, y todo el tiempo ella me sostenía la mano. Entraba y salía gente. Los médicos discutían. Una mujer lloraba. Afuera volvía a haber luz. La vi cuando se abrió la puerta y una ráfaga de aire cruel se precipitó por el pasillo. “¿Cómo vamos a bañar a todos estos pacientes?”, preguntó una enfermera. “A esa mujer habría que aislarla. Llama al doctor y dile que tenemos un caso de meningitis en el piso.”

-De nuevo es de mañana, ¿verdad? Debe estar muy cansada... ha estado conmigo toda la tarde y la noche. Tengo mucho miedo, pero también sé que usted se tiene que ir.

Estaban trayendo más enfermos. El médico se le acercó para avisarle que debían devolver todas esas camillas, de modo que sus cabezas se recortaban contra la pared. También le aconsejó que se fuera a su casa, que le convenía descansar. Además, habían entrado de servicio varias enfermeras más. ¿Estaba

llorando yo? La agujita del brazo me hacía doler; qué seca tenía la garganta... y los labios.

-No podemos siquiera dar entrada oficial a todos esos enfermos.

-¿Me oye, Gretchen? -le pregunté-. ¿Entendió lo que le estuve contando?

-No hace más que preguntármelo y todas las veces le he dicho que sí, que le entiendo. Le presto atención. No lo voy a dejar.

-Dulce Gretchen. Hermana Gretchen.

-Quiero sacarlo de aquí y llevármelo.

-¿Qué dijo?

-Llevármelo a mi casa. Ahora está mucho mejor, le bajó bastante la fiebre. Pero si se queda en este lugar... -Confusión en su rostro. Volvió a acercarme el vaso y bebí varios sorbos.

-Comprendo. Sí, lléveme, por favor. -Traté de incorporarme. -Tengo miedo de quedarme.

-Todavía no -dijo, instándome a volver a tenderme en la camilla. Luego me quitó la cinta adhesiva del brazo y extrajo la perversa aguja. ¡Dios santo, tenía ganas de orinar! ¿Es que no terminarían nunca esas repugnantes necesidades físicas? ¿Qué demonios era la condición de mortales? Cagar, mear, comer, ¡y de nuevo todo el ciclo! ¿Vale la pena pasar por esto sólo para poder ver la luz del sol? No era suficiente con estar muriéndome. Además, tenía que orinar, pero no soportaba la idea de tener que usar nuevamente ese frasco, aunque casi ni recordaba cómo era.

-¿Por qué no me tiene miedo, hermana? ¿No cree que estoy loco?

-Hace daño a la gente solamente cuando es vampiro -dijo con sencillez-, cuando está en su verdadero cuerpo, ¿no es así?

-Sí, es cierto. Pero usted es como Claudia. No le tiene miedo a nada.

-La estás tomando por tonta -dijo Claudia-. Vas a hacerle daño a ella también.

-Tonterías. Ella no lo cree -repuse. Me senté en el diván de la sala del hotelito, examiné la habitación sintiéndome muy cómodo con esos viejos muebles dorados. El siglo XVIII, mi siglo. El siglo del pícaro y del hombre racional. Mi época más perfecta. Flores en petit-point. Brocato. Espadas doradas y risas de borrachos abajo, en la calle. David estaba de pie junto a la ventana, mirando por sobre los techos bajos de la ciudad colonial. ¿Alguna vez había estado en este siglo?

-¡No, nunca! -exclamó azorado-. Todas las superficies están trabajadas a mano; todas las medidas son irregulares. Qué tenue el asidero que tienen las cosas creadas sobre la naturaleza, como Si ese asidero pudiera volver fácilmente a la tierra.

-Vete, David -dijo Louis-. Tu lugar no está aquí. Nosotros tenemos que quedarnos. Nada podemos hacer.

-Eso sí que es melodramático -opinó Claudia. Tenía puesto el sucio camisón del hospital. Bueno, eso yo lo solucionaría pronto. Saquearía las tiendas para conseguirle cintas y encajes. Le compraría sedas, pulseritas de plata y anillos de perlas. La rodeé con mi brazo.

-Oh, qué hermoso oír que alguien dice la verdad -sostuve un pelo tan fino, que ahora será fino para siempre. Intenté volver a incorporarme pero me pareció imposible. Por el pasillo estaban entrando deprisa a un paciente de emergencia, con dos enfermeras a cada lado; alguien golpeó la camilla y la vibración la sentí

dentro de mí. Luego hubo silencio, y las manos del reloj avanzaron dando un saltito. El hombre que tenía al lado se quejó y volvió la cabeza. Le vi un enorme vendaje blanco sobre los ojos. Qué desnuda me pareció su boca.

-Tenemos que confinar a estas personas -dijo una voz.

-Vamos, lo llevo a casa.

¿Y Mojo? ¿Qué había pasado con Mojo? ¿Y si vinieron a reclamarlo? Este era un siglo en que se encarcelaba a los perros sólo por ser perros. Tuve que explicárselo a Gretchen. Ella me estaba incorporando, o tratando de hacerlo, pasándome el brazo bajo los hombros. Mojo ladrando en la casa de Georgetown. ¿Estaría allá, encerrado? Louis estaba triste.

-Hay una peste en la ciudad -dijo.

-Pero eso a ti no te puede hacer daño, David -repuse.

-Tienes razón. Pero hay otras cosas...

Claudia se rió.

-¿Sabes una cosa? Está enamorada de ti.

-Te habrías muerto por la peste -le dije.

-A lo mejor no me había llegado la hora.

-¿Crees que cada cual tiene su hora?

-No, en realidad no -me respondió-. Quizá lo más fácil fue echarte la culpa de todo. Confieso que nunca supe la diferencia entre lo bueno y lo malo.

-Tuviste tiempo de aprenderlo -le dije.

-También tú, mucho más del que jamás tuve yo.

-Gracias a Dios que me lleva -murmuré. Estaba de pie. -Tengo miedo, lisa y llanamente miedo.

-Una carga menos para el hospital -dijo Claudia con una risa tintineante, mientras sus piececitos se balanceaban sobre el borde de la silla. De nuevo tenía puesto el vestido de los bordados. Ahora sí estaba mejor de aspecto.

-Gretchen la hermosa -dije-. Se le arrebolan las mejillas cuando se lo digo.

Sonrió al calzar mi brazo izquierdo sobre su hombro mientras con el suyo derecho me sostenía de la cintura.

-Yo lo cuidaré -me susurró al oído-. No es muy lejos.

Junto a su automóvil, bajo el viento inclemente, tuve que sostener aquel apestoso miembro, y observé cómo el amarillo arco de pis producía vapor cuando caía sobre la nieve ya blanda.

-Dios santo -dije-. ¡Me causa una sensación casi agradable! ¿Qué es el ser humano que puede encontrar placer en cosas tan inmundas?

# 14

En algún momento empecé a entrar y salir del sueño, tomé conciencia de que íbamos en un auto pequeño, que Mojo venía con nosotros, jadeando al lado de mi oreja, y que recorríamos colinas boscosas cubiertas de nieve. Yo estaba envuelto



Librodot

en una manta y me sentía terriblemente descompuesto por el movimiento del coche. Y además, estaba temblando. Apenas sí recordaba que habíamos ido a la casa de Georgetown, donde encontramos a Mojo aguardando pacientemente. Tuve la vaga certidumbre de que podía morir en ese vehículo si otro nos chocaba. Lo sentí como algo peligroso y real, tan real como el dolor que me oprimía el pecho. Y el Ladrón de Cuerpos me había engañado. Gretchen tenía la mirada fija en el camino sinuoso. El sol formaba una aureola alrededor de su cabeza con todas esos pelitos que escapaban de su grueso rodete y el cabello suavemente ondeado que le crecía desde la sien. Era una hermosa monja, pensé, al tiempo que mis ojos se abrían y cerraban como por propia voluntad. Pero, ¿por qué es tan buena conmigo? ¿Porque es monja? Todo era quietud en nuestro derredor. Había casas entre los árboles, sobre colinas, en pequeños valles, muy cerca unas de otras. Un barrio rico, quizá, con esas mansiones de madera en pequeña escala que a veces prefieren los mortales adinerados en lugar de las residencias palaciegas del siglo pasado. Finalmente, nos internamos por el sendero de acceso próximo a una de tales casas, pasamos por un bosquecillo de árboles pelados y nos detuvimos junto a un pequeño chalet, sin duda una casa para sirvientes o para huéspedes, ubicada a cierta distancia de la residencia principal. Las habitaciones eran acogedoras y estaban caldeadas. Quería tirarme en la cama limpia, pero estaba demasiado sucio e insistí en que se me permitiera bañar este desagradable cuerpo. Gretchen se opuso tenazmente aduciendo que estaba enfermo, que no debía bañarme Pero yo no quise hacerle caso. Encontré el baño y no salí de allí en un rato largo.

Después volví a quedarme dormido, apoyado contra los azulejos mientras Gretchen llenaba la bañera. El vapor me resultó placentero. Alcanzaba a ver a Mojo junto a la cama, esa esfinge lobuna que me observaba por la puerta abierta. ¿Creía ella que Mojo se parecía al diablo? Pese a que me sentía extremadamente débil hablaba con Gretchen, trataba de explicarle cómo fue que llegué a encontrarme en esa situación, por qué tenía que ir a Nueva Orleáns a buscar a Louis para que me brindara la sangre potente. En voz baja, le conté muchas cosas en inglés; usaba el francés sólo cuando, por alguna razón, no me salía la palabra que quería; me explayé sobre la Francia de mi época, sobre la pequeña colonia de Nueva Orleáns donde residí después, sobre lo maravillosa que me parecía la era actual y la decisión que tomé aquella vez de ser músico de rock durante un tiempo, porque creía que, al presentarme como símbolo del mal, podría hacer algún bien. ¿Era humano ese deseo de que me comprendiera, el miedo a morir en sus brazos, a que nadie se enterara jamás de quién había sido yo ni lo que había sucedido? Ah, pero mis compañeros lo sabían, y no habían acudido en mi ayuda. También le hablé de eso. Le describí a los antiguos y su desaprobación. ¿Qué quedó sin contarle? Pero ella tenía que entender, monja exquisita como era, cuánto había querido yo hacer el bien mientras fui cantante de rock.

-Esa es la única manera que tiene el diablo literal de hacer el bien -dije-. Representarse a sí mismo en un escenario para dejar el mal al descubierto. A menos que uno crea que está haciendo el bien cuando está haciendo el mal, pero entonces Dios sería un monstruo, ¿no? El diablo simplemente es parte del plan divino.

Ella daba la impresión de escucharme con atención crítica. Pero no me sorprendió cuando me respondió que el demonio no formaba parte del plan de Dios. Su voz era baja y estaba llena de humildad. A medida que hablaba me iba

quitando la ropa húmeda, y no creo que haya querido hablar en absoluto sino que sólo trataba de tranquilizarme. El diablo había sido el más poderoso de los ángeles, dijo, y rechazó a Dios por soberbia. El mal no podía formar parte del plan divino. Cuando le pregunté si conocía todos los argumentos que se oponían a esa teoría, y lo ilógica que era, lo ilógico que era todo el cristianismo, me contestó muy serena que no importaba. Lo importante era hacer el bien. Eso era todo. Muy sencillo.

-Ah, entonces comprende.

-Perfectamente -me dijo. Pero me di cuenta de que no entendía.

-Usted es muy buena conmigo -dije. Le di un beso suave en la mejilla cuando me ayudó a entrar en el agua caliente. Me tendí en la tina, observé cómo me bañaba y noté lo bien que me sentía, cómo me gustaba el agua tibia contra el pecho, el suave roce de la esponja sobre mi piel, quizá lo mejor de todo lo que había soportado hasta ese momento. Pero, ¡qué largo me parecía el cuerpo humano! Qué extrañamente largos los brazos. Me vino a la memoria una imagen de una vieja película, del monstruo Frankenstein caminando con torpeza, agitando las manos como si su lugar no fuese el extremo de esos brazos. Me sentí como ese monstruo. De hecho, decir que como humano me sentía totalmente monstruoso era la pura verdad. Creo que dije algo al respecto. Ella me pidió que me callara. Dijo que mi cuerpo era bello, fuerte y natural. Parecía muy preocupada. Yo me sentí algo avergonzado de que me lavara el pelo y la cara, pero ella dijo que las enfermeras vivían haciendo esas cosas. Me contó que se había pasado la vida cuidando enfermos en misiones en el extranjero, en lugares tan sucios y carentes de todo que, en comparación, hasta el más abarrotado hospital de Washington era un paraíso. Vi que sus ojos recorrían mi cuerpo, que se ruborizaba, y noté la forma en que me miraba, llena de vergüenza y confusión. Qué extrañamente inocente era. Sonreí para mis adentros, pero me dio miedo de que sufriera debido a sus propios deseos camales. Qué broma cruel para ambos que este cuerpo le resultara tentador. Pero no cabía duda de que así era, lo cual, agotado y febril como estaba, me revolvió la sangre, la sangre humana. Oh, ese cuerpo siempre estaba peleando por algo. Apenas sí podía tenerme en pie mientras ella me secaba con un toallón, pero puse toda mi voluntad. Le di un beso en la coronilla; ella alzó la mirada despacito, intrigada, perpleja. Me dieron ganas de volver a besarla, pero no tenía fuerzas. Con sumo cuidado me secó el pelo, y con especial suavidad, la cara. Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba de esa manera. Le dije que la amaba por su enorme bondad.

-Odio este cuerpo. Es un infierno estar aquí adentro.

-¿Tan insoportable le resulta ser humano?

-No me haga bromas. Sé que no cree las cosas que le conté.

-Oh, pero nuestras fantasías son como nuestros sueños -dijo, frunciendo el entrecejo-. Tienen un significado.

De pronto me vi reflejado en el espejo del botiquín: un hombre alto, de piel color caramelo y espeso pelo castaño, y a su lado la mujer de huesos grandes y piel suave. Fue tanto el shock, que casi me paraliza el corazón.

-Dios santo, ayúdame -murmuré-. Quiero recuperar mi cuerpo.

-Sentí deseos de llorar. Me hizo recostar en la cama y apoyar la cabeza en las almohadas. La tibieza de la habitación me daba placer. Comenzó a afeitarme, ¡gracias a Dios! Odiaba esa sensación de tener pelo en la cara. Le conté que,

cuando morí, estaba bien afeitado como todos los hombres elegantes, y que, luego de hacernos vampiros, nos manteníamos iguales eternamente. Nos volvíamos cada vez más blancos, es verdad, y más fuertes, y el cutis se nos alisaba. Pero el pelo seguía siempre del mismo largo, lo mismo que las uñas y la barba. Además, yo era bastante lampiño por naturaleza.

-¿Fue dolorosa la transformación? -quiso saber.

-Me dolió porque me resistí. No quería que ocurriera. No sabía realmente lo que me estaban haciendo. Tenía la impresión de que una especie de monstruo medieval me había apresado y sacado de la ciudad civilizada. No olvide que en esa época París era una ciudad maravillosamente culta. Ah, si usted fuera allí ahora le parecería salvaje en grado sumo, pero para un terrateniente de un inmundo castillo era muy tentadora con sus teatros, con la ópera y los bailes en la corte. No se imagina. Y después, la tragedia, ese demonio que surgió de la noche y me llevó a su torre. Pero el acto mismo, el Truco Misterioso, no duele; es el éxtasis. Después uno abre los ojos y toda la humanidad le resulta hermosa de un modo que antes no conocía.

Me puse la camisa de dormir que me dio, me metí en la cama y dejé que me subiera las mantas hasta el cuello. Tenía la sensación de estar flotando. A decir verdad, era una de las sensaciones más agradables que experimentaba desde que me había convertido en mortal, algo semejante a la embriaguez. Me tomó el pulso y me tocó la frente. Vi miedo en su rostro, pero me resistía a creerlo. Le comenté que, para mí, como ser malvado que era, el verdadero sufrimiento estaba en que comprendía la bondad y la respetaba. Siempre tuve conciencia. Pero durante toda mi vida, incluso cuando era un muchacho mortal, se me pidió que fuera en contra de mi conciencia si quería obtener cualquier cosa de valor.

-Pero, ¿cómo? ¿A qué se refiere?

Le conté que, de joven, me había escapado con una compañía de actores, cometiendo con ello un evidente pecado de desobediencia.

También forniqué con una de las muchachas del grupo. Sin embargo, en esos días actuar en el teatro del pueblo y hacer el amor parecían cosas de inestimable valor.

-Eso ocurrió cuando estaba vivo, simplemente vivo. ¡Los pecados triviales de un jovencito!

Después de morir, cada uno de los pasos que di en la vida fue de sometimiento al pecado, pero a cada instante captaba lo hermoso y lo sensual. Le pregunté cómo podía ser eso. ¡Cuando convertí a Claudia en una niña vampiro, y a Gabrielle, mi madre, en una beldad vampiro, lo hice también buscando un sentimiento intenso! Me pareció irresistible. Y en aquellos momentos no le encontraba sentido a ningún concepto de pecado. Me explayé sobre el tema; volví a mencionar a David y la visión que de Dios y el diablo tuvo en un bar; dije que para él Dios no era perfecto sino que estaba aprendiendo todo el tiempo, que de hecho el diablo aprendió tanto que llegó a despreciar su trabajo y a suplicar que se lo liberara de él. Pero sabía que ya le había contado todo eso en el hospital, cuando ella se quedaba teniéndome la mano. Había momentos en que dejaba de acomodarme las almohadas, de traerme comprimidos y vasos de agua, y se limitaba a mirarme. Qué sereno su rostro, qué enfática su expresión, las pestañas gruesas y oscuras que rodeaban sus ojos claros, su boca grande y suave tan elocuente de bondad.

-Sé que es buena y la amo por eso -dije-. Sin embargo, le daría la Sangre Misteriosa para convertirla en inmortal, para tenerla conmigo en la eternidad porque es tan enigmática conmigo, tan fuerte.

Me rodeaba un manto de silencio, había un rugido ahogado en mis oídos y un velo sobre mis ojos. La observé, inmóvil, mientras levantaba una jeringa, la probaba haciendo salir una gotita de líquido y luego me la clavaba en la carne. Experimenté una tenue sensación de ardor, pero fue muy remota, muy poco importante. Cuando me alcanzó un vaso grande de jugo de naranja, bebí con fruición. Hmmm. Eso sí que me gustó paladear, algo espeso como sangre pero lleno de dulzura, que de una extraña manera me daba la sensación de estar devorando la luz misma.

-Había olvidado estas cosas -confesé-. Qué delicioso; mucho mejor que el vino. Tendría que haberlo bebido antes. Y pensar que podía haberme vuelto sin conocerlo. -Me hundí en las almohadas y contemplé los tirantes del techo en pendiente. Era una habitación chica y bonita muy blanca, muy sencilla, su celda de monja. Nevaba del otro lado de la ventanita. Conté doce pequeños paneles de vidrio.

Entraba y salía del sueño. Tengo un leve recuerdo de que ella trataba de hacerme tomar sopa y yo no podía. Temblaba de la cabeza a los pies y me aterraba que pudieran volverme las pesadillas. No quería que viniera Claudia. La luz de la habitación me quemaba los ojos. Le conté que Claudia me perseguía, le hablé del reducido hospital.

-Lleno de niños -dijo. ¿No había comentado algo sobre eso antes? Qué desconcertada la noté. Me habló suavemente sobre su trabajo en las misiones... con niños, en la selva de Venezuela y en el Perú.

-No hable más -me sugirió. Sabía que la estaba asustando. De nuevo flotaba, entraba y salía de la oscuridad, sentía un paño frío en la frente, volvía a reír por esa sensación de ingravidez. Le dije que con mi cuerpo de siempre podía volar por el aire. Le relaté que me había internado en la luz del sol sobre el desierto de Gobi. De vez en cuando abría sobresaltado los ojos, impresionado por encontrarme ahí, en su pequeña habitación blanca. A la luz bruñida vi un crucifijo con un Cristo sangrante en la pared, y sobre una repisita una estatua de la Virgen María, la conocida imagen de la Intercesora de Todas las Gracias, con la cabeza inclinada y las manos extendidas. Aquella otra, que tenía la herida roja en la frente, ¿era Santa Rita? Oh, viejas creencias... Y pensar que estaban vivas en el corazón de esa mujer. Entrecerré los ojos tratando de leer los títulos más grandes de los libros: Santo Tomás de Aquino, Maritain, Teilhard de Chardin. El enorme esfuerzo que me insumió interpretar esos nombres de filósofos católicos me dejó exhausto. No obstante, leí también otros títulos, ya que mi mente febril era incapaz de descansar. Había libros sobre enfermedades tropicales, enfermedades infantiles, psicología infantil. Sobre la pared, cerca del crucifijo, alcancé a distinguir una foto de varias monjas con sus hábitos, tal vez en alguna ceremonia. No pude darme cuenta de si ella era una de las del grupo, no con esos ojos mortales y en la forma en que me dolían. Llevaban hábitos de falda corta color azul, y velos azules y blancos. Me tenía la mano. Una vez más le dije que debía ir a Nueva Orleáns. Tenía que curarme para encontrar a mi amigo Louis, quien me ayudaría a recuperar mi antiguo cuerpo. Le describí a Louis: le conté que vivía alejado del mundo moderno en una casa diminuta y sin luz, detrás de un ruinoso jardín. Le expliqué que era débil, pero no obstante podía darme su

sangre, la cual me permitiría volver a ser vampiro; que luego saldría a cazar al Ladrón de Cuerpos para que me devolviera mi antigua forma. Le hablé de que Louis era muy débil, de que no me daría mucha fuerza vampírica, pero que jamás podría hallar al Ladrón si no contaba con un cuerpo preternatural.

-De modo que, cuando me dé la sangre, este cuerpo morirá. Usted lo está curando para la muerte. -Me había puesto a llorar. Tomé conciencia de que estaba hablando en francés, pero al parecer ella me entendió, porque me dijo en ese mismo idioma que descansara, que estaba delirando.

-Yo me quedo con usted -dijo lentamente en francés- para protegerlo. Su mano tibia y cariñosa estaba sobre la mía. Con sumo cuidado me retiró el pelo de la frente. Cayó la noche en torno de la casita. Había un fuego encendido en la chimenea, y Gretchen se había tendido a mi lado. Antes se había puesto un camisón largo muy grueso y blanco. Se había soltado el pelo y abrazaba mi cuerpo tembloroso. Me gustaba sentir su pelo contra mi brazo. Me aferré a ella, con miedo de hacerle mal. Una y otra vez me enjugaba la cara con un paño frío. Me obligaba a beber jugo de naranja o agua fría. Pasaban las horas de la noche, y mi miedo iba en aumento.

-No lo dejaré morir -me susurró al oído. Pero noté un miedo que ella no lograba disimular. Me dormí con un sueño liviano, de modo que la habitación retuvo su forma, su luz, su color. Convoqué nuevamente a los otros, imploré a Marius que me ayudara. Empecé a pensar en cosas terribles: que todos estaban ahí como otras tantas estatuillas blancas de la Virgen María y Santa Rita, observándome, negándose a ayudarme. En algún momento de la noche oí voces. Había venido un médico, un hombre joven, de aspecto cansado, piel cetrina y ojos enrojecidos. Una vez más me clavaron una aguja en el brazo. Bebí con ganas cuando me acercaron agua helada. No pude seguir el murmullo del doctor, ni tampoco era la intención que yo escuchase. Pero la cadencia de las voces era serena, tranquilizadora. Pesqué las palabras “epidemia”, “nevada” y “condiciones imposibles”. Una vez que él se marchó, le rogué a ella que volviera.

-Quiero estar cerca de los latidos de su corazón -dije, cuando se tendió a mi lado. Qué agradable sensación, qué blandos sus brazos robustos, sus senos grandes e informes contra mi pecho, su pierna suave contra la mía. ¿Estaba tan enfermo que no podía sentir miedo?

-Ahora duerma y trate de no preocuparse. -Por fin me invadió un sueño profundo, profundo como la nieve de la calle, como la oscuridad.

-¿No te parece que ya es hora de que te confieses? -preguntó Claudia-. Sabes que estás pendiendo del proverbial hilo. -Se hallaba sentada en mi regazo, mirándome, con las manos apoyadas en mis hombros, su carita a escasos centímetros de la mía. El corazón se me encogió, explotó de dolor, pero no hubo un puñal, sólo esas manitas que me aferraban y el aroma de rosas que subía de su pelo resplandeciente.

-No, no puedo confesarme -le respondí. Cómo me temblaba la voz. -¡Oh Dios, qué pretendes de mí!

-¡No estás arrepentido! ¡Nunca lo estuviste! Dilo. ¡Di la verdad! Te merecías el puñal con que traspasé tu corazón, y tú lo sabes. ¡Siempre lo has sabido!

Dentro de mí algo se quebró cuando la contemplé, cuando miré el rostro delicado dentro de su marco de fino pelo. La alcé y me levanté; luego la puse sobre la silla, ante mí, y caí de rodillas a sus pies.

-Claudia, escúchame. Yo no lo empecé. ¡Yo no hice el mundo! El mal estuvo siempre. Se encontraba en las tinieblas y se apoderó de mí, me hizo parte de él, y yo hice lo que creí que debía. No te rías, por favor; no mires a otro lado. ¡Yo no inventé el mal! ¡No me hice a mí mismo!

Qué perpleja estaba cuando me miraba, me observaba; luego su boquita se distendió y formó una preciosa sonrisa.

-No fue todo angustia -dije, aferrándola de sus pequeños hombros-. No fue un infierno. Dime que no lo fue. Dime que también hubo felicidad. ¿Pueden ser felices los demonios? Dios mío, no comprendo.

-No comprendes, pero siempre haces algo, ¿no?

-Sí, y no lo lamento. No. Lo gritaría desde los techos hasta la cima misma del cielo. ¡Claudia, volvería a hacerlo! -Lancé un gran suspiro y repetí las palabras, con mayor volumen. -¡Volvería a hacerlo!

Silencio en la habitación. Nada alteró su serenidad. ¿Estaba enojada? ¿Sorprendida? Imposible saberlo, mirando esos ojos inexpresivos.

-Eres perverso, padre mío -sentenció en voz baja-. ¿Cómo puedes soportarlo?

David se dio vuelta desde la ventana y se detuvo junto a Claudia. Yo seguía de rodillas, y él me miraba desde arriba.

-Soy el ideal de mi especie -dije-, el vampiro perfecto. Cuando me miras estás mirando al vampiro Lestat. Nadie eclipsa a esta silueta que ves ante ti... ¡nadie! -Lentamente me puse de pie. -No soy el tonto de todos los tiempos, ni un dios encallecido por los milenios. No soy un embustero de capa negra ni un vagabundo acongojado. Tengo conciencia. Sé distinguir el bien del mal. Sé lo que hago y sí, lo hago. Soy el vampiro Lestat. Esta es mi respuesta. Haz con ella lo que quieras.

El alba. Incolora y brillante sobre la nieve. Gretchen dormía, acunándome. No se despertó cuando me incorporé y tomé el vaso de agua. Insípida, pero fresca. Luego abrió los ojos, se enderezó de un salto y el pelo al caer le rodeó la cara, seca y limpia y llena de débil luz. Besé su mejilla tibia y sentí sus dedos en mi cuello; después, sobre mi frente.

-Consiguió hacerme pasar -dije con voz temblorosa, ronca. Después volví a tenderme sobre la almohada y una vez más sentí lágrimas en mis mejillas. Cerré los ojos y murmuré: -Adiós, Claudia -esperando que no me oyera Gretchen. Cuando volví a abrirlos, me había traído un tazón grande de caldo, que bebí y encontré casi sabroso. Sobre un plato había manzanas y naranjas abiertas, lustrosas. Las comí con ganas, sorprendido por la consistencia de las manzanas y lo fibrosas que eran las naranjas. Luego vino un líquido caliente, mezcla de licor fuerte, miel y limón, y fue tanto lo que me gustó que corrió a prepararme más. Pensé otra vez en cuánto se parecía a las mujeres griegas de Picasso. Sus cejas eran de un marrón oscuro y sus ojos claros, casi verde pálido, lo que confería a su rostro una expresión de abnegación e inocencia. No era joven, y para mí eso también realzaba su belleza. Había en su semblante un no sé qué de entrega y abstracción por la forma en que asentía y decía que estaba mejorando cada vez que se lo preguntaba. Parecía eternamente absorta en sus pensamientos. Un largo instante pasó mirándome como si yo la desconcertara; después, muy despacio, se agachó y apretó sus labios contra los míos. Una vibrante emoción me recorrió el cuerpo. Volví a quedarme dormido. Y no tuve sueños.

Fue como si siempre hubiese sido humano, siempre hubiese estado en ese cuerpo y, ah, tan agradecido por esa cama blanda y limpia. La tarde. Parches de azul tras los árboles. Como en trance, la vi avivar el fuego. Observé el resplandor en sus pies descalzos. Mojo tenía el pelo gris cubierto de un polvillo de nieve mientras comía tranquilamente de un plato que sujetaba entre las patas, mirándome de tanto en tanto. Mi pesado cuerpo humano hervía aún de fiebre, pero menos, mejor, con sus dolores menos pronunciados, ya sin temblar. Oh, ¿por qué ella había hecho todo eso por mí? ¿Por qué? ¿Y qué puedo hacer yo por ella?, pensé. Ya no me asustaba la idea de morir. Pero cuando pensaba en lo que me esperaba -aprehender al Ladrón de Cuerpos- sentía una punzada de pánico. Además, durante una noche más iba a estar tan enfermo que no podría irme de allí. Volvimos a dormitar abrazados, dejando que afuera se oscureciera la luz. El único sonido era la trabajosa respiración de Mojo. El pequeño fuego ardía vivamente. La habitación estaba cálida y silenciosa. El mundo entero parecía hallarse cálido y en silencio. Comenzó a caer la nieve y muy pronto cayó también la despiadada penumbra de la noche. Una oleada de sentimientos protectores cruzó por mi interior cuando miré su rostro dormido, cuando pensé en la mirada abstraída que había visto en sus ojos. Hasta su voz estaba teñida de una profunda melancolía. Algo había en ella que sugería una honda resignación. Pasara lo que pasare, no la iba a abandonar, pensé, hasta que supiera cómo podría retribuirle. Además, ella me agradaba. Me gustaba su tristeza interior, su recóndita calidad humana, la sencillez de sus movimientos y su lenguaje, el candor de sus ojos. Cuando volví a despertar, había venido de nuevo el médico, el mismo muchacho joven de piel cetrina y cara de agotamiento, aunque lo noté más descansado y con su chaqueta blanca ahora muy limpia. Me había puesto en el pecho un pedacito de metal frío, y evidentemente me auscultaba el corazón o algún otro ruidoso órgano interno para obtener alguna información importante. Tenía en las manos unos horribles guantes plásticos y, como si yo no estuviera allí, en voz baja le hablaba a Gretchen sobre los problemas que continuaban en el hospital. Gretchen se había puesto un sencillo vestido azul, parecido a un hábito de monja sólo que más corto, y debajo llevaba medias negras. Su pelo bellamente desordenado, lacio y limpio, me hizo pensar en el heno que la princesa hiló y convirtió en oro en el cuento de Rumpelstiltskin.

Una vez más acudió a mi memoria Gabrielle, mi madre, y el momento fantasmal en que la convertí en vampira, cuando le corté el pelo rubio, que le volvió a crecer en el término de un día mientras ella dormía el sueño de muerte en la cripta, cómo casi se volvió loca cuando lo advirtió. Recuerdo que gritó y gritó hasta que alguien pudo calmarla. No sé por qué me vino ella a la memoria, salvo que fuera porque me encantaba el pelo de Gretchen. No se parecía en nada a Gabrielle. En nada. Por último, el médico terminó de tocarme, apretarme y auscultarme, y salió para conferenciar con ella. Maldito sea mi oído mortal. Pero sabía que estaba casi curado. Y cuando él volvió y se paró junto a la cama y me dijo que ahora iba a estar “bien”, que sólo necesitaba descansar unos días más, yo le comenté que todo se lo debía a los cuidados de Gretchen. El hombre reaccionó con un enfático ademán de asentimiento y una serie de murmullos ininteligibles; luego partió, hundiéndose en la nieve. Me llegó el ruido tenue de su auto cuando se alejaba. Me sentía tan despejado y bien que me dieron ganas de llorar. En cambio, bebí más de ese exquisito jugo de naranja y comencé a pensar en cosas... a evocar cosas.

-Tengo que dejarlo solo un ratito para ir a comprar algunos alimentos.

-Sí, y eso lo pago yo -dije. Apoyé mi mano en su muñeca. Aunque la voz aún me salía ronca y débil, le conté lo del hotel, que todavía estaba mi dinero allí, dentro del sobretodo. Iba a alcanzar para pagarle la atención y la comida y le pedí que fuera a buscarlo. La llave tenía que estar en mi ropa, le expliqué. Ella había colgado todo en perchas y, efectivamente, la llave estaba en el bolsillo de la camisa.

-¿Ve? Todo lo que le dije es verdad.

Me sonrió con calidez. Dijo que iría al hotel a buscar el dinero si le prometía que me iba a callar. No era conveniente dejar dinero tirado por cualquier parte, ni siquiera en un hotel elegante. Quise contestarle, pero estaba muy adormilado. Después, por la ventanita la vi marcharse, cruzar la nieve hacia su auto. Vi que subía. Qué figura fuerte, robusta, pero con piel clara y una suavidad que la volvía encantadora para mirar, y hermosa para abrazar. Sin embargo me dio miedo que me dejara. Cuando volví a abrir los ojos estaba parada con mi sobretodo en el brazo. El dinero era mucho, dijo, y lo trajo todo. Jamás había visto tanto todo junto, en fajos. Qué persona rara era yo. En total eran unos veintiocho mil dólares. Había cerrado mi cuenta en el hotel.

Ellos preguntaron por mí. Me habían visto huir en medio de la nieve. Le hicieron firmar recibo por todo. El papelito me lo dio, como si fuera importante. Tenía mis otras pertenencias, la ropa que había comprado, que seguía en sus bolsas y cajas. Quise darle las gracias pero, ¿dónde estaban las palabras? Le agradecería cuando volviera a mi propio cuerpo. Después de guardar todas las prendas, preparó una cena simple de caldo, pan y manteca. Comimos juntos, con una botella de vino de la que bebí una cantidad muy superior a la que ella consideraba sensata. Debo decir que ese pan, manteca y vino fueron la mejor comida humana que había probado hasta ese momento, y se lo comenté. Le pedí por favor más vino, porque esa borrachera era absolutamente sublime.

-¿Por qué me trajo aquí? -le pregunté. Se sentó en el borde de la cama de frente al fuego, sin mirarme, y jugueteó con su pelo. Empezó a explicarme de nuevo lo de la epidemia y el hospital repleto.

-No. ¿Por qué lo hizo? Había otras personas allí.

-Porque usted no se parece a nadie que yo conozca. Me hace acordar a un cuento que leí alguna vez..., sobre un ángel obligado a bajar a la tierra dentro de un cuerpo humano.

Con súbito dolor recordé lo que Raglan James me había dicho de que yo pare...,cía un ángel. Pensé en mi otro cuerpo, poderoso, que deambulaba por el mundo bajo su odioso dominio. Lanzó un suspiro y me miró. Estaba intrigada.

-Cuando termine esto, vendré a verla con mi cuerpo verdadero. Me descubriré ante usted. Quizá le interese comprobar que no la engañé. Y como es una mujer tan fuerte, sospecho que la verdad no le hará daño.

-¿La verdad?

Le expliqué que, cuando nos descubríamos ante algunos mortales, a menudo los volvíamos locos, porque éramos seres antinaturales y no conocíamos la existencia de Dios o del diablo. En suma, éramos como una visión religiosa sin revelación. Una experiencia mística pero sin un núcleo de verdad. Evidentemente quedó subyugada. Una luz sutil entró en sus ojos. Me pidió que le explicara cómo fue que aparecí en mi otra forma. Le describí cómo me había hecho vampiro a los veinte años. Yo era alto para aquella época, rubio, de ojos claros. Le conté de



Librodot

nuevo que me había quemado la piel en el Gobi. Temía que el Ladrón de Cuerpos planeara quedarse con mi cuerpo para siempre, seguramente se había marchado a alguna parte, ocultándose del resto de la tribu, y estaba tratando de perfeccionar el uso de mis poderes. Me pidió que le contara cómo era volar.

-Se parece más a flotar. Uno simplemente asciende a voluntad, se autoimpulsa en una dirección o en otra. Es un desafío a la gravedad que no se parece al vuelo de los seres naturales. Da miedo. Es la más atemorizante de nuestras facultades; creo que nos hace más daño que ninguna otra, nos llena de desesperanza, pues es la prueba definitiva de que no somos humanos. Tenemos miedo de que algún día nos vayamos de la tierra y nunca más volvamos a tocarla.

Imaginé al Ladrón de Cuerpos usando ese don. Yo lo había visto usarlo.

-No sé cómo cometí la tontería de permitirle llevarse un cuerpo tan potente como el mío. Me encegueció el deseo de ser humano.

Ella me miraba, con las manos entrelazadas y una gran serenidad en sus grandes ojos.

-¿Usted cree en Dios? -le pregunté, y señalé el crucifijo de la pared-. ¿Cree en esos filósofos católicos, los de los libros de la biblioteca?

Lo pensó un largo instante.

-No de la manera en que me lo pregunta.

Sonreí.

-¿Cómo, entonces?

-He llevado una vida sacrificada desde que tengo memoria. En eso creo. Creo que debo hacer todo lo que esté a mi alcance para aliviar el sufrimiento. Eso es lo único que puedo hacer, y es algo inmenso. Se trata de un gran don, como el suyo de volar.

Me desconcertó. Nunca había pensado que el trabajo de enfermera tuviera que ver con poder alguno. Pero la entendí perfectamente.

-Tratar de conocer a Dios puede tomarse como un pecado de orgullo, o una falla de la imaginación -dijo-. Pero cuando vemos el sufrimiento, todos sabemos lo que es. Conocemos el hambre, la privación. Yo trato de aliviar esos males. Ese es el meollo de mi fe. Pero para responderle con sinceridad..., sí, creo en Dios y en Jesucristo. Igual que usted.

-No, yo no creo.

-Cuando estaba con fiebre hablaba sobre Dios y el diablo como nunca oí hablar a nadie.

-Hablaba de aburridos argumentos teológicos.

-No; decía que no eran pertinentes.

-¿De veras?

-Sí. Usted, cuando ve el bien, sabe reconocerlo. Al menos eso dijo. Yo también. Dedico mi vida a tratar de hacerlo.

Suspiré.

-Comprendo. Dígame, ¿me habría muerto si no me sacaba del hospital?

-Puede ser. Sinceramente no lo sé.

Me daba mucho placer el solo hecho de mirarla. Su rostro era amplio, de pocos contornos y sin nada de belleza elegante ni aristocrática. Pero belleza tenía en abundancia. Y los años habían sido generosos con ella. No estaba desgastada por



Librodot

las preocupaciones. Presentí que anidaba en su interior una tierna sensualidad, sensualidad en la que ella no confiaba, como tampoco alimentaba.

-Explíquemelo de nuevo. ¿Dijo que quería ser cantante de rock para hacer el bien? ¿Pretendía ser bueno convirtiéndose en símbolo del mal? Cuénteme un poco más sobre eso.

Le conté, claro. Le dije cómo lo había hecho, que reuní a una pequeña banda, "La noche de Satanás", y convertí a sus integrantes en profesionales. Le dije que fracasé, que hubo conflictos entre los de mi especie, que yo mismo había sido retirado por la fuerza y toda la debacle había sucedido sin desgarrarse la tela racional del mundo mortal. Me había visto forzado a volver a la invisibilidad.

-No hay lugar para nosotros sobre la tierra. Tal vez antes lo hubo, no sé. El hecho de que existamos no es ninguna justificación. Los cazadores erradicaron a los lobos del mundo. Pensé que, si daba a conocer nuestra existencia, los cazadores nos erradicarían también a nosotros. Nadie cree en nosotros. Y así debe ser. Quizá sea necesario que muramos en la desesperanza, que nos esfumemos del mundo muy lentamente, sin producir sonido alguno. "Sólo que no puedo soportarlo. No soporto estar callado y no ser nada, quitar la vida con placer, verme rodeado por todas partes por las creaciones y los logros de los mortales y no poder ser uno de ellos, sino ser Caín. El solitario Caín. Ese es el mundo para mí, lo que los mortales hacen y han hecho. No es en absoluto el grandioso mundo natural. Si fuera el mundo natural, quizá, siendo inmortal, lo habría pasado mejor de lo que lo pasé. Son las proezas de los mortales. Los cuadros de Rembrandt, los mausoleos en la ciudad capital bajo la nieve, las grandes catedrales. Y nosotros estamos eternamente alejados de esas cosas -y con toda razón-, aunque las vemos con nuestros ojos de vampiros.

-¿Por qué intercambió su cuerpo con un humano?

-Para poder caminar al sol durante un día. Para pensar, respirar y sentir como mortal. Tal vez para poner a prueba una creencia.

-¿Cuál?

-Que lo único que queremos es volver a ser mortales, que lamentamos haber renunciado a ello, que no valía la pena perder nuestra alma humana para alcanzar la inmortalidad. Pero ahora sé que estaba equivocado.

De repente pensé en Claudia. Recordé las pesadillas. Un enorme sosiego se apoderó de mí. Cuando volví a hablar, fue un callado acto de voluntad.

-Prefiero toda la vida ser vampiro. No me gusta ser mortal. No me agrada sentirme débil, enfermo, frágil ni sentir dolor. Es horrible. Quiero recuperar cuanto antes mi cuerpo.

La noté un tanto espantada.

-A pesar de que cuando está en el otro cuerpo mata y bebe sangre; aunque lo odia y se odia a sí mismo.

-No lo odio. Tampoco me odio a mí mismo. ¿No ve? Esa es la contradicción. Jamás me odié.

-Usted me dijo que era el diablo, que cuando yo lo ayudaba estaba ayudando al demonio. No diría esas cosas si no lo odiara.

No le respondí.

-Mi mayor pecado -dije luego- ha sido siempre que me divierto mucho conmigo mismo. Siempre siento culpa, aversión moral hacia mí mismo, pero así y todo lo

paso bien. Soy fuerte; soy una criatura de grandes pasiones y muy voluntariosa. Precisamente ése es el núcleo del dilema que se me presenta: ¿cómo puedo disfrutar tanto siendo vampiro, si es algo malo? Ah, es una vieja historia. Los hombres lo resuelven cuando van a la guerra. Se convencen de que existe una causa. Luego experimentan la emoción de matar, como si fueran meras bestias. Y las bestias la conocen, claro que sí. Los lobos la conocen. Conocen la fascinación pura de despedazar a su presa. Yo la conozco.

Durante largo rato pareció perdida en sus pensamientos. Estiré un brazo y le toqué la mano.

-Venga, acuéstese y duerma. Acuéstese de nuevo a mi lado. No le haré daño. No puedo. Estoy demasiado enfermo. -Solté una risita. -Usted es muy hermosa -dije-. Jamás se me ocurriría hacerle daño. Sólo quiero tenerla cerca. Está volviendo la noche y quiero que se tienda aquí al lado.

-Todo lo que dice lo dice en serio, ¿verdad?

-Por supuesto.

-¿Se da cuenta de que es como un niño? Tiene una gran sencillez. La sencillez de un santo.

Me reí.

-Mi querida Gretchen, me esta entendiendo mal en algo muy importante... aunque a lo mejor no. Si yo creyera en Dios, si creyera en la salvación, supongo que tendría que ser un santo.

Reflexionó largo rato; luego me contó en voz baja que hacía apenas un mes había tomado licencia en las misiones del extranjero. Vino de Guyana Francesa a Georgetown a estudiar en la universidad, y en el hospital sólo trabajaba de voluntaria.

-¿Sabe la verdadera razón por la cual pedí licencia?

-No. Dígamela.

-Quería conocer a un hombre, la tibieza de estar cerca de un hombre. Quería saber cómo era, una sola vez. Tengo cuarenta años y nunca estuve con un hombre. Usted habló de aversión moral; ésas fueron las palabras que usó. Yo sentía aversión por mi virginidad, por la perfección absoluta de la castidad. Con independencia de lo que creo, me parecía algo cobarde.

-Le entiendo. Seguramente hacer el bien en las misiones a la larga no tiene nada que ver con la castidad.

-Por el contrario, están muy relacionados, pero porque el trabajo intenso es posible sólo si uno tiene la mente puesta en una sola cosa y no está casado con nadie, salvo con Cristo.

Admití saber lo que me quería decir.

-Pero si el renunciamiento se convierte en un obstáculo para el trabajo -dije-, es mejor conocer el amor de un hombre, ¿verdad?

-Eso es lo que pensé. Sí. Vivir la experiencia y luego regresar al trabajo de Dios.

-Exacto.

Con voz soñolienta agregó:

-He estado buscando al hombre. Por el momento.

-Entonces ésa es la respuesta a por qué me trajo aquí.

-Tal vez. Dios sabe muy bien que todos los demás me causaban mucho miedo. A usted no le tengo miedo. -Me miró como sorprendida de sus propias palabras.

-Venga, acuéstese y duerma. Ya voy a tener tiempo de curarme, y usted de estar segura de lo que desea. Jamás se me ocurriría forzarla, hacerle nada que pudiera ser cruel.

-Pero, ¿por qué, si es el diablo, habla con tanta bondad?

-Ya le dije: ése es el misterio. O bien es la respuesta, una cosa o la otra. Venga, acuéstese a mi lado.

Cerré los ojos. La sentí meterse bajo las mantas, la presión tibia de su cuerpo contra el mío, su brazo que me cruzaba el pecho.

-¿Sabes una cosa? Este aspecto de ser humano es placentero.

Estaba medio dormido cuando la oí susurrar:

-Creo conocer la razón por la cual tú pediste licencia -dijo- Quizá no la sepas.

-Me imagino que no me crees -murmuré. Las palabras me iban saliendo lentamente. Qué hermoso fue volver a rodearla con mi brazo, colocar su cabeza contra mi cuello. Le besé el pelo, encantado con esa suave elasticidad sobre mis labios.

-Hay una razón secreta para que hayas bajado a la tierra y entrado en el cuerpo de un humano. La misma razón por la cual lo hizo Jesucristo.

-¿Cuál?

-La redención.

-Ah, ser salvado. Eso sí que sería lindo, ¿no?

Quise decir algo más, lo imposible que era pensar siquiera en semejante cosa, pero me estaba deslizando hacia el sueño. Y supe que no me iba a encontrar con Claudia. Quizá después de todo no hubiera sido un sueño sino sólo un recuerdo. Yo estaba con David en el Rijksmuseum, contemplando el gran cuadro de Rembrandt. Ser salvado. Qué idea, qué idea atractiva, estrafalaria e imposible... Qué estupendo haber encontrado a la única mortal sobre la faz de la tierra que creyera seriamente en semejante cosa. Y Claudia ya no se reía. Porque estaba muerta.

## 15

Primera hora del alba, cuando está por salir el sol. La hora en que, en el pasado, a menudo me encontraba meditando, cansado, medio enamorado del cambiante cielo. Me bañé lentamente, con esmero, en el cuartito de baño lleno de luz tenue y vapor. Tenía la mente despejada y sentía regocijo, como si el hecho de que la enfermedad me hubiera dado tregua fuese una forma de felicidad. Me afeité con cuidado hasta que la piel quedó totalmente suave y después, registrando en el pequeño botiquín tras el espejo, encontré lo que buscaba: las funditas de goma que la pondrían a salvo de mí, de la posibilidad de que le plantara un bebé en sus entrañas, para que este cuerpo no le pasara ninguna otra simiente sombría y pudiera perjudicarla de formas que yo no podía prever.

Extraños objetos esos, guantes para el miembro. Me habría gustado tirarlos, pero estaba decidido a no cometer los errores de antes. Cerré la puertita-espejo

tratando de no hacer ruido. Sólo entonces vi un telegrama pegado con cinta en la parte superior, un rectángulo de papel amarillento con letras algo confusas: GRETCHEN, REGRESA, TE NECESITAMOS. NO HAREMOS PREGUNTAS. TE ESPERAMOS. La fecha era muy reciente, de apenas unos días antes. Y el lugar de origen, Caracas, Venezuela. Me acerqué a la cama con sumo cuidado para no hacer ruido, y coloqué los pequeños dispositivos de seguridad sobre la mesita, listos. Volví a acostarme a su lado y comencé a besar su boca dormida. Lentamente besé sus mejillas, sus ojos. Quise sentir sus pestañas con mis labios. Quise sentir la carne de su cuello. No para matar: para besar; no por posesión sino para esa breve unión física que no robaría nada a ninguno de los dos; por el contrario, nos aunaría en un placer muy agudo, semejante al dolor. Poco a poco fue despertando bajo mis caricias.

-Confía en mí -murmuré-. No te haré daño.

-Pero es que quiero que me hagas daño -me dijo al oído. Con mucha suavidad le quité el grueso camisón. Quedó acostada boca arriba, mirándome, sus pechos hermosos como toda ella, las aureolas de los pezones muy pequeñas y rosadas, y los pezones mismos, duros. Su vientre era suave, sus caderas anchas. Una encantadora sombra de pelo marrón entre las piernas, reluciendo a la luz que se filtraba por las ventanas. Me incliné y besé ese pelo. Besé sus muslos, separé sus piernas con la mano, hasta que se abrió a mí la carne tibia del interior, y sentí mi miembro rígido, preparado. Contemplé su lugar secreto, cubierto, púdico, y un rosa oscuro en su tierno velo de plumón. Una excitación aguda me recorrió, endureciendo más mi miembro. Podía haberla forzado, tan urgente era la sensación que me inundaba. Pero no, esta vez no. Subí, me puse a su lado, le di vuelta la cara y acepté sus besos, lentos, torpes, inexpertos. Sentí su pierna apretada contra la mía, sus manos sobre mí, buscando la tibieza de mis axilas, el húmedo pelo inferior de ese cuerpo de hombre, oscuro, grueso. Era mi cuerpo, y estaba listo para ella, a la espera. Fue mi pecho lo que tocó, aparentemente complacida con su dureza. Mis brazos, los que besó como si valorara su fuerza. La pasión que había en mí disminuyó levemente, pero al instante volvió a crecer, luego se apagó de nuevo, y una vez más aumentó. No vino a mi mente ninguna idea de beber sangre; nada que tuviera que ver con la pujante vida de ella que en otra época yo podía haber consumido. Por el contrario, el momento estuvo perfumado con el suave calor de su cuerpo viviente. Y me pareció una bajeza que algo pudiera dañarla, que algo pudiera arruinar su misterio elemental, el misterio de su confianza, de su anhelo, de su miedo profundo y también elemental. Deslicé mi mano hasta la puertita; qué pena que esa unión fuera a ser tan parcial, tan breve. Después, cuando mis dedos tantearon el virginal pasaje, el fuego dominó su cuerpo. Sus senos se hincharon contra mí, y la sentí abrirse, pétalo a pétalo, al tiempo que su boca, dura, se pegaba contra la mía. Pero, ¿y los peligros? ¿No la inquietaban? Parecía despreocupada en su pasión, totalmente bajo mi dominio. Hice un esfuerzo para detenerme, abrir el sobrecito y envolver mi órgano con la pequeña funda, mientras sus ojos pasivos seguían clavados en mí, como si ya no tuviera voluntad propia. Era esa entrega la que necesitaba, la que su propio ser se exigía. Una vez más me puse a besarla. Estaba húmeda, lista para mí y no podía contenerme más, y cuando me subí sobre su cuerpo, noté el estrecho pasaje ceñido, caliente y enloquecedor, bañado en sus propios jugos. Vi que la sangre subía a sus mejillas y el ritmo se aceleraba; incliné mis labios para lamer sus pezones, para reclamar nuevamente su boca. Cuando dejó escapar el gemido final, fue como un gemido de dolor. Y ahí estaba otra vez el misterio: que

algo pudiera ser tan perfecto, consumado, y haber durado tan poco, un instante invalorable. ¿Había sido unión? ¿Nos fusionamos uno con el otro en el clamoroso silencio? No creo que haya sido unión. Por el contrario, me pareció la mas violenta de las separaciones: dos seres opuestos que se arrojaban en brazos uno del otro, en celo, torpemente, desconociendo los sentimientos insondables del otro, una vivencia de dulzura terrible como su brevedad, de una soledad hiriente como su innegable fuego.

Nunca ella me había parecido tan frágil como me pareció en ese momento, con los ojos cerrados, la cabeza vuelta contra la almohada, sus pechos ya aquietados. Me pareció una imagen para provocar violencia, para producir la más desenfrenada crueldad en el corazón masculino. ¿Eso a qué se debía? ¡No quería que ningún otro mortal la tocara! No quería que su propia culpa la tocara. No quería que el remordimiento la afectara, que la rozara ninguno de los otros males de la mente humana. Sólo entonces volví a pensar en el Don Misterioso, y no en Claudia sino en el dulce esplendor palpitante que fue hacer a Gabrielle. Armada de fortaleza y certidumbre, ella había iniciado su deambular sin sentir jamás tormento moral alguno cuando comenzaron a rodearla las infinitas complejidades del gran mundo. Pero, ¿quién podía saber lo que era capaz de brindar la Sangre Misteriosa a cualquier alma humana? Y esa mujer, una persona virtuosa, que creía en dioses antiguos e implacables, bebía la sangre de mártires y el embriagador sufrimiento de mil santos. Ella por cierto nunca iba a pedir ni aceptar el Don Misterioso, como tampoco lo haría David. Pero, ¿qué importaban esas cuestiones mientas ella no supiera con certeza que lo que yo decía era verdad? ¿Y si nunca podía demostrarle mi sinceridad? ¿Y si nunca volvía a tener la Sangre Misteriosa dentro de mí para dársela a nadie, y quedaba eternamente encerrado dentro de esa carne mortal? Permanecí callado, mirando cómo la habitación se iba llenando de claridad. Vi llegar la luz al cuerpo del Cristo crucificado que había sobre la biblioteca; la vi caer sobre la cabeza inclinada de la Virgen. Acurrucados uno contra el otro, volvimos a dormirnos.

## 16

Mediodía. Me había puesto la ropa nueva que compré el último aciago día de mi deambular: pulóver blanco de mangas largas, modernos pantalones de denim desteñidos. Armamos una especie de pic nic frente al fuego crepitante, para lo cual extendimos una frazada sobre la alfombra. Sobre ella nos sentamos a comer juntos el desayuno tardío, mientras Mojo devoraba el suyo en el piso de la cocina. El menú fue una vez más pan francés con manteca, jugo de naranja, huevos duros y fruta cortada, en gruesas rebanadas. Yo me alimentaba con ganas, sin prestar atención a las advertencias de Gretchen de que todavía no estaba curado del todo. Me sentía muy bien, y hasta su pequeño termómetro digital así me lo indicaba. Tenía que viajar a Nueva Orleáns. Si el aeropuerto estaba abierto, tal vez pudiera estar allí al anochecer. Pero no quería dejarla en ese momento. Le pedí vino, Quería hablar. Quería comprenderla, y también tenía miedo de dejarla, de estar solo, sin su compañía. La perspectiva del viaje en avión introdujo en mi alma un temor cobarde. Además, me agradaba estar con ella... Me había estado hablando sobre su vida en las misiones, de lo mucho que le había gustado siempre. Los primeros años los pasó en Perú, y de allí fue al Yucatán. Su último



Librodot

destino había sido en la selva de la Guyana Francesa, un lugar de primitivas tribus indígenas. La misión se llamaba Santa Margarita María y quedaba a seis horas de viaje, subiendo por el río Maroni en canoa a motor, desde la ciudad de St. Laurent. Junto con las otras monjas había reacondicionado la capilla de material, la escuelita pintada de blanco y el hospital. Pero a menudo tenían que dejar la misión e ir a visitar a la gente de las aldeas. Ese trabajo le encantaba, dijo. Me mostró muchas fotos, pequeñas imágenes coloridas de las humildes construcciones de la misión, de ella y sus hermanas, y del sacerdote que iba a oficiar misa. Ninguna de esas monjas usaba hábitos ni velo; llevaban ropa de algodón blanco o color caqui y el pelo suelto (eran verdaderas monjas de trabajo, explicó). Y ahí estaba ella, radiante, feliz, sin esa expresión meditativa que se le notaba ahora. En una de las tomas aparecía rodeada de indios de tez morena, delante de una extraña edificación con complicados grabados en sus paredes. En otra estaba aplicando una inyección a un anciano espectral, y éste sentado en una silla pintada de llamativo color. La vida en esas aldeas selváticas era la misma desde hacía siglos, dijo. Esos pueblos existían desde mucho antes de que los franceses o españoles hubieran puesto un pie sobre Sudamérica. No era fácil conseguir que confiaran en los médicos y los sacerdotes. A ella no le importaba si aprendían o no las oraciones, sino que se preocupaba por las vacunas y por una adecuada higiene de las heridas infectadas. Le preocupaba acomodar huesos quebrados para que esa gente no quedara tullida para siempre. Desde luego, querían que ella regresara. Habían tenido mucha paciencia con su pedido de licencia. La necesitaban. El trabajo la aguardaba. Me mostró el telegrama, que yo ya había visto pegado en la pared del baño.

-Extrañas eso, es evidente -dije. La estaba observando, esperando ver signos de culpa por lo que habíamos hecho juntos. Pero no le vi ninguno. Tampoco se la notaba angustiada por el telegrama.

-Por supuesto, voy a regresar -declaró con sencillez-. Quizá te parezca absurdo, me costó salir de ahí. Pero la cuestión de la castidad se había transformado en una obsesión destructiva.

Cómo no la iba a entender. Me miró con sus ojos grandes, serenos.

-Y ahora ya sabes -dije- que no es importante en absoluto que te acuestes o no con un hombre. ¿No es eso lo que averiguaste?

-Quizá -admitió con una sonrisita. Qué fuerte parecía, sentada allí sobre la manta, las piernas castamente dobladas hacia un lado, el pelo suelto aún, más semejante a un velo de monja ahí en esa habitación que en ninguna de las fotos.

-¿Cómo empezó todo en ti? -quise saber.

-¿Piensas que es importante? No creo que apruebes mi historia si te la cuento.

-Me gustaría conocerla.

Era hija de una pareja católica, la madre maestra y el padre contador en la zona de Bridgeport, Chicago, y desde pequeña demostró talento para el piano. Toda la familia se sacrificó para pagarle las clases con un famoso profesor.

-Ya ves, el renunciamiento -dijo, con la misma sonrisita de antes- desde siempre. Sólo que en ese entonces era por la música, no por la medicina. Pero ya en aquella época era sumamente religiosa, leía las vidas de los santos y soñaba con ser santa, con trabajar en misiones en el extranjero. Le fascinaba principalmente Santa Rosa de Lima, la mística, lo mismo que San Martín de Porres, que había trabajado más en el mundo. Y Santa Rita. Algún día quería

dedicarse a los leprosos, encontrar un trabajo que fuera absorbente, heroico. De niña había construido un pequeño oratorio detrás de su casa, donde pasaba horas arrodillada ante un crucifijo esperando que se abrieran en sus manos y sus pies las heridas de Cristo, el estigma.

-Esas historias me las tomaba muy en serio. Los santos eran reales para mí. Me atrae la posibilidad del heroísmo.

-Heroísmo -repetí. Mi palabra. Pero qué distinta era la definición que yo le daba. No quise interrumpirla.

-Me daba la impresión de que el piano se oponía a mi espiritualidad. Yo quería renunciar a todo por el prójimo, lo cual incluía renunciar también al piano, especialmente al piano. Eso me entristeció.

Me pareció que no había relatado esa historia a menudo, y hablaba con voz muy apagada.

-Pero, ¿y la felicidad que producías en otros cuando tocabas? -le pregunté-. ¿Eso no valía nada?

-Ahora puedo decir que sí -reconoció bajando aún más la voz. Las palabras le salían con penosa lentitud. -Pero en ese entonces... No estaba segura. No era persona para ese talento. No me molestaba que me escucharan, pero no quería que me vieran. -Se sonrojó al mirarme. -A lo mejor, si hubiera tocado en el coro de una iglesia, o detrás de un biombo, habría sido distinto.

-Entiendo. Hay muchos humanos que sienten lo mismo.

-Pero tú no, ¿verdad?

Le dije que no moviendo la cabeza. Me explicó cuánto había sufrido cuando la hacían vestirse de encaje blanco para tocar delante de público. Lo hacía para complacer a sus padres y maestros. Participar en los certámenes la mortificaba, pero casi sin excepción ganaba. A los dieciséis años su carrera se había convertido en una empresa familiar.

-Pero, la música misma, ¿la disfrutabas?

Lo pensó un momento.

-Me ponía en éxtasis. Cuando tocaba estando sola..., sin nadie que me mirara, me entregaba totalmente. Era casi como estar bajo la influencia de una droga. Algo... casi erótico. A veces las melodías me obsesionaban, me daban vueltas continuamente por la cabeza. Perdía la noción del tiempo cuando estaba al piano. Hasta el día de hoy no puedo escuchar música sin sentirme transportada. Aquí en esta casa no ves radios ni grabadores. No puedo tener esas cosas ni siquiera hoy.

-Pero, ¿por qué te lo niegas? -Miré en derredor. Tampoco había un piano. Sacudió la cabeza como para restarle importancia.

-El efecto es demasiado absorbente, ¿no te das cuenta? Soy capaz de olvidarme de todo. Y cuando me ocurre eso, no consigo hacer nada. Dejo la vida en suspenso, por así decirlo.

-Pero, Gretchen, ¿acaso es verdad? ¡Para algunos de nosotros, esos sentimientos tan intensos son la vida! Nosotros buscamos el éxtasis. En esos momentos..., trascendemos todo el dolor, la mezquindad, la lucha. Así sentía yo cuando estaba vivo. Así siento ahora.

Se quedó cavilante, el rostro sereno, relajado. Cuando habló, lo hizo con convicción.

-Quiero más que eso -dijo-. Quiero algo más palpable y constructivo. Para decirlo de otro modo, no puedo disfrutar ese placer si sé que hay otros que sufren hambre y enfermedades.

-Pero en el mundo siempre habrá padecimientos. Y la gente necesita la música, Gretchen, de la misma manera que necesita el alimento.

-No sé si concuerdo contigo. De hecho, estoy segura de que no. Tengo que dedicar mi vida a aliviar el dolor. Créeme que todos estos argumentos ya los he analizado muchas veces.

-Oh, pero preferir cuidar enfermos antes que la música -dije-. No lo puedo entender. Claro que la labor de la enfermera es loable. -Estaba tan apesadumbrado que me costaba continuar. -¿Cómo fue que tomaste la decisión? ¿No se opuso tu familia?

Siguió contando. Cuando tenía dieciséis años, la madre cayó enferma durante meses y se ignoraba la causa. La madre estaba anémica, vivía con fiebre y llegó un momento en que ya fue obvio que se estaba consumiendo. Se le hicieron estudios, pero los médicos no daban en la tecla. Todos estaban seguros de que iba a morir. El clima de la casa estaba infectado de dolor, incluso de encono.

-Le pedí un milagro a Dios -dijo-. Le prometí que, si salvaba a mi madre, jamás iba a volver a tocar las teclas de un piano. Prometí entrar en un convento apenas me lo permitieran, así podría dedicar mi vida a cuidar enfermos y moribundos.

-Y tu madre se curó.

-Sí. Al cabo de un mes se había recuperado totalmente. En la actualidad vive. Se jubiló y da clases a alumnos particulares... en un barrio de negros de Chicago. Desde entonces nunca tuvo la más mínima enfermedad.

-¿Y tú cumpliste la promesa?

Asintió.

-Entré en la orden de las Hermanas Misioneras a los diecisiete, y ellas me hicieron seguir estudios terciarios.

-¿También cumpliste la promesa de no volver a tocar el piano?

-Así es -se limitó a decir, sin manifestar nostalgia ni arrepentimiento alguno. Tampoco parecía ansiosa por contar con mi comprensión o aprobación. En realidad, yo sabía que captaba mi tristeza, y además estaba un poco preocupada por mí.

-¿Fuiste feliz en el convento?

-Oh, sí. ¿No lo ves? Las personas como yo no pueden llevar una vida común. Tengo que hacer algo difícil, tengo que correr riesgos. Entré a esa orden porque tenían misiones en los lugares más remotos y peligrosos de Sudamérica. ¡No te puedo decir lo que me gustaron esas selvas! -Su voz se hizo más baja, casi apremiante.

-No me importan el calor ni los peligros. Hay momentos en que estamos todos sobrepasados de trabajo, con el hospital abarrotado, y tenemos que acostar a los enfermitos afuera, bajo un cobertizo y en hamacas, ¡y yo siento tanta vida interior! No te das una idea. Me interrumpo apenas para secarme el sudor de la cara, lavarme las manos y quizá beber un vaso de agua, pienso: estoy viva, estoy aquí, haciendo cosas importantes.

Nuevamente sonrió.

-Es otro tipo de intensidad -sostuve-, algo totalmente distinto que hacer música. Veo la diferencia fundamental.

Recordé las palabras de David cuando me contó su vida, cómo había buscado la emoción en el peligro. Ella estaba buscando la emoción en el renunciamiento total. Él buscó el peligro de lo oculto en Brasil. Gretchen buscó el duro desafío de restablecer la salud de miles de seres anónimos, eternamente pobres. Eso me perturbó hasta lo más hondo.

-Hay también algo de vanidad en ello, desde luego -reconoció-. La vanidad siempre es enemiga. Eso era lo que más me molestaba de mi... mi castidad: el orgullo con que la vivía. Pero hasta el hecho de volver de este modo a los Estados Unidos constituía un riesgo. Estaba aterrada cuando bajé del avión, cuando me di cuenta de que estaba aquí, en Georgetown, y nada me impediría estar con un hombre si lo deseaba. Creo que fue el miedo lo que me llevó al hospital a trabajar. Dios sabe muy bien que la libertad no es fácil.

-Esa parte la comprendo. Pero, ¿cómo reaccionó tu familia ante tu promesa de renunciar a la música?

-En el primer momento no se enteraron, no se lo conté a nadie. Anuncié mi vocación y me mantuve firme. Hubo muchas recriminaciones. Después de todo, mis hermanos habían tenido que vestirse con ropa de segunda mano para que yo pudiera tomar clases de piano. Pero eso pasa con frecuencia. Ni siquiera en una buena familia católica se recibe con bombos y platillos la noticia de que una hija quiera hacerse monja.

-Sufrieron por el talento que tenías.

-Sí, sí -dijo, enarcando levemente las cejas. Qué sincera y tranquila parecía. No decía nada con dureza, con frialdad. -Pero yo tenía una visión de algo infinitamente más importante que tocar el piano en un concierto o levantarme del taburete para recibir un ramo de rosas. Pasó mucho tiempo hasta que por fin les conté lo de la promesa.

-¿Años?

Asintió sin palabras.

-Lo entendieron -dijo luego-. Vieron el milagro. No podían menos. Les hice notar que me sentía más afortunada que todas las que habían entrado al convento. Había recibido una señal evidente de Dios. Él nos había resuelto los conflictos a todos.

-Crees en eso.

-Sí, lo creo. Pero en cierto sentido no importa que sea cierto o no. Y si hay alguien que debería comprenderlo, eres tú.

-¿Por qué?

-Porque hablas de verdades religiosas e ideas religiosas y sabes que importan aunque sólo sean metáforas. Eso fue lo que te oí cuando delirabas.

Lancé un suspiro.

-¿Nunca te dan ganas de volver a tocar el piano? ¿No quieres... digamos, encontrar un salón vacío, con un gran piano en el escenario, y sentarte a...?

-Claro que sí, pero no lo puedo hacer y no lo haré. -Su sonrisa era verdaderamente hermosa.



Librodot

-Gretchen, esta historia tiene algo tremendo. ¿Por qué, siendo una chica católica, no podías tomar tu talento musical como un don de Dios, un don que no debía desperdiciarse?

-Yo sabía que me lo mandaba Dios, pero vi una bifurcación en mi camino. Sacrificar el piano fue la oportunidad que Dios me dio de servirlo de una manera especial. Lestat, ¿qué podía significar la música en comparación con el hecho de ayudar a personas, a centenares de personas?

Meneé la cabeza.

-Creo que se puede considerar igualmente importante a la música.

Meditó largo rato antes de responder.

-Yo no podía continuar. Es posible que haya usado la enfermedad de mi madre... Tenía que ser enfermera. No veía otro camino para mí. La pura verdad es que... no puedo vivir cuando me enfrento con la miseria del mundo. No puedo justificar el confort o el placer cuando hay otra gente que sufre. No sé cómo otros pueden.

-No pensarás que puedes cambiar todo, Gretchen.

-No, pero puedo vivir mi vida produciendo un efecto sobre muchas, muchas vidas individuales. Eso es lo que cuenta.

La historia me afectó tanto, que no pude quedarme ahí sentado. Me levanté para estirar las piernas entumecidas y fui hasta la ventana a mirar el campo de nieve. Me habría sido fácil desechar todo si ella hubiese sido una persona quejosa o minusválida mental, o bien una persona abrumada por los conflictos y la inestabilidad. Pero nada más lejos de la verdad. Gretchen me resultaba casi insondable. Era lo contrario de mí, como tantas décadas atrás lo había sido mi amigo mortal Nicolás. No porque se pareciera a él sino porque en el cinismo de Nicolás, en su eterna rebelión, había cierta renuncia de sí mismo que jamás pude comprender. Mi Nicki, tan lleno de aparente exceso y excentricidad..., que sin embargo disfrutaba con lo que hacía, pero sólo porque causaba escozor a otros. Renunciar a uno mismo: en eso se resumía todo. Me volví. Ella estaba mirándome. Una vez más tuve la sensación de que no le importaba mucho lo que yo dijera. No me pedía comprensión. En cierto sentido, era una de las personas más fuertes que había conocido en mi larga vida. Con razón me sacó del hospital; otra enfermera no habría querido semejante carga.

-Gretchen, ¿nunca temes haber derrochado tu vida? ¿Nunca piensas que el sufrimiento y la enfermedad seguirán existiendo mucho tiempo después de que te vayas de esta tierra, y que tu obra no significará nada en el designio general?

-El designio general es lo que no significa nada. El acto pequeño lo es todo. Por supuesto que el sufrimiento continuará cuando yo ya no esté, pero lo importante es que hice todo lo que pude. Ese es mi triunfo, mi vanidad. Esa es mi vocación y mi pecado de orgullo. Esa es mi clase de heroísmo.

-Pero, chérie, estarías en lo cierto sólo si hubiera alguien que llevara la cuenta, algún Ser Supremo que ratificara tu decisión, si se te recompensara por tus obras o al menos se las defendiera.

-No. Nada más lejos de la verdad -me contradijo, eligiendo con cuidado las palabras-. Piensa un poco: esto que te he dicho evidentemente es nuevo para ti. A lo mejor es un secreto religioso.

-¿Por qué lo dices?

-Muchas noches me quedo despierta pensando que tal vez no exista un Dios personal, que siempre van a existir niños que sufren, como se ve a diario en nuestros hospitales. Pienso en los eternos dilemas, como por ejemplo, por qué Dios permite que un niño sufra. Dostoievski planteó ese interrogante, lo mismo que Albert Camus, el escritor francés. Nosotros mismos lo estamos planteando. Pero en definitiva no importa. Dios puede existir o no, pero la miseria es real, totalmente real e innegable y mi compromiso es para con esa realidad: ése es el nudo de mi fe. ¡Tengo que hacer algo por solucionarla!

-Y cuando te llegue el momento de la muerte, si no existe Dios...

-No importa. Sabré que hice lo que estaba a mi alcance. La hora de mi muerte podría ser este instante. -Se encogió de hombros. -No me haría cambiar mi manera de pensar.

-Por eso es que no sientes culpa de que hayamos tenido relaciones ayer.

Lo pensó.

-¿Culpa? Siento alegría cuando pienso en ello. ¿No te das cuenta de lo que has hecho por mí? -Lentamente sus ojos se llenaron de lágrimas. -Vine aquí a conocerte, a estar contigo. Ahora ya puedo volver a la misión.

Inclinó la cabeza unos instantes hasta que recobró la compostura. Luego levantó la mirada y retomó la palabra.

-Cuando me contabas que a esa niña, Claudia, la habías hecho... cuando hablabas de haber hecho entrar a Gabrielle, tu madre, en tu mundo... dijiste estar buscando algo. ¿Podrías llamarlo trascendencia? Cuando yo trabajo en la misión hasta quedar exhausta, trasciendo. Trasciendo la duda y algo... algo quizá sombrío e irremediable que llevo en mi interior. No sé.

-Sombrío e irremediable, sí; es eso, ¿no? La música no te lo remediaba.

-Sí, lo hacía; pero era falso.

-¿Por qué falso? ¿Por qué dices que era falsa una actividad buena, como tocar el piano?

-Porque no hacía mucho por los otros, por eso.

-Claro que sí. Les daba placer, eso es seguro.

-¿Placer?

-Perdona, elegí un término inadecuado. La vocación te ha hecho olvidar de ti misma. Cuando tocabas el piano, eras tú misma, ¿no lo ves? ¡Eras la Gretchen única! Ese es precisamente el significado de la palabra “virtuoso”. Y tú querías perderte, a ti misma.

-Creo que tienes razón. La música no era mi camino.

-Gretchen, me asustas.

-No debería asustarte. No estoy diciendo que el otro camino estuviera equivocado. Si tú hacías el bien con tu música, durante ese breve período como cantante de rock que me contaste, ésa era tu manera de hacer el bien. La mía es otra, nada más.

-No; en ti hay un renunciamiento feroz. Estás hambrienta de amor, del mismo modo que yo por la noche tengo hambre de sangre. Con tu labor de enfermera te estás castigando, niegas tus deseos carnales, tu gusto por la música y por todas las cosas del mundo que son como la música. Eres como un virtuoso, no hay duda; un virtuoso de tu propio sufrimiento.



Librodot

-Estás equivocado, Lestat -repuso ella con otra sonrisa-. Sabes que no es verdad. Eso es lo que quieres creer de una persona como yo. Escúchame: si todo lo que me has dicho es cierto, a la luz de esa verdad, ¿no es obvio que tu destino era encontrarme?

-¿Cómo es eso?

-Ven, siéntate aquí conmigo y charlemos.

No sé por qué vacilé, qué miedos tenía. Por último, regresé a la frazada y me senté apoyando la espalda contra el costado de la biblioteca con las piernas cruzadas.

-¿No te das cuenta? Yo represento un camino opuesto, un camino que jamás se te ocurrió pensar y que quizá te traería el consuelo que buscas.

-Gretchen, no me irás a decir que crees todo lo que te he dicho sobre mi persona. No espero que lo creas.

-¡Te creo hasta la última palabra! Y no importa la verdad literal. Estás buscando algo que los santos buscaban cuando renunciaban a su vida normal, cuando entraban al servicio de Cristo. Y no importa que no creas en Jesucristo. Lo que importa es que has sufrido mucho en la vida que llevaste hasta ahora, que sufriste al punto de la locura, y que mi opción te ofrece una posibilidad distinta.

-¿Me propones esto a mí?

-Por supuesto. ¿No ves cómo ha sido todo? Entras en este cuerpo, caes en mis manos, me brindas el momento de amor que yo busco. Pero, ¿qué te he dado yo a ti? ¿Qué significo yo para ti?

Levantó la mano para que no la interrumpiera.

-No, no vuelvas a hablarme de grandes designios. No preguntes si existe un Dios literal. Piensa en todo lo que te he dicho. Lo he dicho refiriéndome a mí, pero también a ti. ¿Cuántas vidas quitaste en esa existencia tuya sobrenatural? ¿Cuántas vidas salvé yo -concretamente- en las misiones?

Estuve a punto de negar toda la posibilidad, cuando de pronto se me ocurrió esperar, quedarme callado, reflexionar. Me estremecí de sólo pensar, una vez más, que a lo mejor nunca recuperaría mi cuerpo preternatural y quedaría por siempre aprisionado en esa carne. Si no apresaba al Ladrón de Cuerpos, si no conseguía que mis compañeros me ayudaran, la muerte que dije desear me llegaría a su debido momento. Había retrocedido en el tiempo. ¿Y si había un designio para eso? ¿Y si existía un destino y me pasaba la vida mortal trabajando como lo hacía Gretchen, dedicando la totalidad de mi ser físico y espiritual a los demás? ¿Y si volvía con ella a esa misión de la selva? No como su amante, desde luego. Esas cosas no eran para ella, evidentemente. Pero, ¿y si iba como ayudante o colaborador suyo? ¿Y si enterraba mi vida mortal en ese marco de abnegación? Por supuesto, existía una aptitud más que ella desconocía: la riqueza que yo podía volcar en la misión. Y aunque la fortuna era tan enorme que algunos hombres no podrían haberla calculado, yo sí podía. Podía, en una gran visión incandescente, avizorar sus límites, sus efectos. Poblaciones enteras vestidas y alimentadas, hospitales equipados con todos los medicamentos, escuelas con libros, pizarrones, radios y pianos. Sí, pianos. Oh, era una vieja historia. Un sueño antiguo, muy antiguo. Permanecí en silencio mientras cavilaba. Imaginé cada momento de mi vida mortal, mi posible vida mortal, dedicando mi fortuna a ese sueño. Lo vi como si fueran minúsculos granos deslizándose por el centro de un reloj de arena. Bueno, en ese preciso minuto, mientras estábamos sentados

en esa limpia habitación, había gente muriendo de hambre en Oriente, en el África. En todo el mundo morían seres humanos por enfermedades y catástrofes. Las inundaciones arrasaban con sus viviendas, las sequías resecaban sus alimentos y sus esperanzas. Hasta la miseria de un solo país era más de lo que la mente podía soportar, si se la describía aunque fuese sin entrar en detalles. Pero aun si yo invertía en esta empresa todo lo que tenía, ¿qué habría conseguido en el análisis final? ¿Cómo podía saber siquiera que en un pueblito de la jungla era mejor la medicina moderna que la situación de antes? ¿Cómo podía saber si el hecho de brindar educación a un niño de la selva le traería aparejada la felicidad? ¿Cómo podía saber si valía la pena mi renunciamiento en aras de todo eso? ¿Cómo podía hacer para preocuparme por esas cosas? Ese era el horror. No me importaba. Podía, sí, llorar por el individuo que sufría, ¡pero no tenía deseos de sacrificar mi vida por los millones de seres anónimos del mundo! De hecho, tal posibilidad me llenaba de pavor. Era sumamente triste. No me parecía vida. Me parecía, además, lo contrario de la trascendencia. Hice gestos de negación con la cabeza. En voz baja, titubeante, le expliqué por qué me atemorizaba tanto esa posibilidad.

-Siglos atrás, la primera vez que salí al escenario en el pequeño teatro de París -cuando vi las caras felices y oí los aplausos- tuve la sensación de que mi cuerpo y mi alma habían encontrado su destino. Era como si, por fin, hubieran empezado a cumplirse todas las promesas de mi infancia.

“Ah, había otros actores, peores y mejores; otros cantantes, otros payasos; ha habido un millón desde entonces y habrá un millón después de ahora. Pero cada uno de nosotros brilla con su propia energía inimitable; cada uno de nosotros cobra vida en su momento único y deslumbrante; cada uno de nosotros tiene su oportunidad de derrotar a los otros para siempre en la mente del espectador, y ésa es la única clase de logro que puedo entender en forma cabal: la clase de logro en la que el ser -este ser, si lo deseas- es totalmente íntegro y triunfante.

“Sí, pude haber sido un santo, tienes razón, pero tendría que haber encontrado una orden religiosa o llevar un ejército a la batalla. Tendría que haber hecho milagros de tal magnitud como para que el mundo entero cayera de rodillas. Soy yo el que debe atreverse aunque esté equivocado, completamente equivocado. Gretchen, Dios me dio un alma individual y no puedo enterrarla.

Me sorprendió ver que aún me sonreía con dulzura, sin cuestionamientos, y que su rostro seguía lleno de serena perplejidad.

-¿Es mejor reinar en el infierno -preguntó con cuidado- que prestar servicios en el cielo?

-No, no. Yo, si pudiera, haría el cielo y el infierno. Pero debo levantar mi voz, debo brillar. Y debo tratar de obtener el éxtasis que tú te has negado, esa intensidad de la cual huiste. ¡Para mí, eso es trascender! Cuando hice a Gabrielle, por perverso que parezca, sí, eso fue trascender. Fue un acto único, poderoso y espeluznante, que me obligó a usar toda mi audacia y ese don único que poseo. Ellas no morirán, dije, quizá las mismas palabras que usas tú con los niños de las aldeas.

"Pero las pronuncié para introducirlas en mi mundo no natural. El objetivo no era tan sólo salvar, sino convertirlas en lo que era yo: un ser único, terrible. Era conferirles precisamente la individualidad que tanto valoro. Nosotros vamos a vivir, incluso en el estado que se denomina de la muerte viva, vamos a amar, a

sentir, a desafiar a quienes nos juzgan y nos destruyen. Esa es mi trascendencia. Y en eso no intervienen para nada el renunciamiento ni la redención.

Oh, qué frustrante era no poder comunicárselo, no poder hacérselo creer en un sentido literal. ¿No ves que he podido sobrevivir a todo lo que me pasó precisamente porque soy lo que soy? Mi fortaleza, mi voluntad, ese no querer entregarme... son los únicos componentes de mi corazón Y mi alma que de verdad puedo identificar. Este ego, si quieres llamarlo así, es mi fuerza. Soy el vampiro Lestat, y nada..., ni siquiera este cuerpo mortal, me va a derrotar.

Me llamó mucho la atención verla asentir, notar su expresión de aceptación total.

-Y si vinieras conmigo, el vampiro Lestat perecería en su propia redención, ¿no es así?

-Sí. Moriría una muerte lenta, horrible, entre pequeñas e ingratas tareas, ocupándose de las hordas interminables de seres anónimos, los eternamente menesterosos.

De pronto sentí tal tristeza, que no pude continuar. Estaba cansado de una manera mortal y desagradable, pues la alquimia de la mente había influido sobre el cuerpo. Pensé en mi sueño y en mis palabras a Claudia, que ahora había vuelto a decir para Gretchen, y me conocí a mí mismo como antes jamás. Encogí las piernas, apoyé sobre ellas los brazos, y la frente sobre los antebrazos.

-No puedo hacerlo -dije por lo bajo-. No puedo enterrarme vivo en el tipo de existencia que llevas tú. ¡Y no quiero -eso es lo tremendo-, no quiero hacerlo! No creo que ello pudiera salvar mi alma. No creo que importara.

Sentí sus manos en mis brazos. Me estaba acariciando de nuevo el pelo, apartándomelo de la frente.

-Te comprendo -dijo-, pese a que estás equivocado.

Solté una risita en el momento en que alcé la mirada hacia ella. Tomé una servilleta, me la pasé por los ojos, me soné la nariz.

-Pero no he conmovido tu fe, ¿no?

-No. -Esta vez su sonrisa fue distinta, más cálida, radiante.

-Me serviste para confirmarla -aseguró en un murmullo-. Qué raro eres, y qué gran milagro que te hayas cruzado conmigo. Casi me atrevo a creer que tu opción es la más adecuada para ti. ¿Quién otro podría ser tú? Nadie.

Me eché hacia atrás y bebí un sorbito de vino. Se había puesto tibio por el fuego, pero seguía siendo sabroso y envió una oleada de placer a mis piernas indolentes. Bebí otro sorbo, dejé el vaso y la miré.

-Quiero hacerte una pregunta, y que me la respondas de corazón. Si gano la batalla y recupero mi cuerpo, ¿quieres que venga a verte? ¿Quieres que te demuestre que todo lo que te dije es verdad? Piénsalo bien antes de responder.

"Yo quiero hacerlo, sinceramente te lo digo. Pero no sé si es lo que más te conviene. Tu vida es casi perfecta. Nuestro pequeño episodio carnal no podría alejarte de esa vida. Tenía razón, ¿no?, cuando te dije que ahora sabes que el placer erótico no es importante para ti, que pronto, si no de inmediato, regresarás a tu trabajo en la selva.

-Es verdad. Pero hay algo más que también deberías saber. Esta mañana hubo un momento en que pensé que podía abandonarlo todo... sólo para quedarme contigo.

-No, tú no puedes haber pensado eso, Gretchen.

-Sí, yo. Me sentí inundada por esa sensación, tal como antes me ocurría con la música. Y aun ahora, si me dijeras "Ven conmigo", tal vez iría. Si ese mundo tuyo existe realmente... -Se interrumpió para encogerse de hombros. Se retiró el pelo y lo alisó detrás del hombro. -La castidad significa no enamorarse -añadió, centrando la mirada en mí-. Podría enamorarme de ti. Sé que podría. -Luego agregó en voz baja, turbada: -Podrías convertirte en mi dios, lo sé.

Eso me asustó, y al mismo tiempo me produjo un desvergonzado placer, un triste orgullo. Traté de no ceder a la excitación física que me iba invadiendo. Al fin y al cabo, ella no sabía lo que estaba diciendo No podía saberlo. Pero había algo muy convincente en su voz, en sus modales.

-Me vuelvo -anunció con la misma voz, llena de certidumbre y humildad- Tal vez me vaya dentro de unos días. Pero si ganas tu batalla, si recuperas tu antigua forma, por el amor de Dios sí, quiero que vengas a verme. ¡Quiero saber!

No le respondí. Estaba demasiado desconcertado, y luego expresé ese desconcierto.

-Cuando vaya a verte y te revele mi verdadera personalidad, quizá te desilusiones horriblemente.

-¿Por qué?

-Me consideras un ser humano sublime por el contenido espiritual de todo lo que te he dicho. Me ves como si fuera una especie de loco bendito que revela verdades con error como podría hacerlo un místico. Pero no soy humano. Y cuando lo sepas, quizá me aborrezcas.

-No. Nunca podría aborrecerte. Y en cuanto a que todo lo que has dicho fuera verdad, eso sería un milagro.

-Quién sabe, Gretchen, quién sabe. Pero recuerda lo que dije. Somos una visión sin revelación. Somos un milagro sin significación. ¿Sinceramente quieres esa cruz junto con tantas otras?

No me contestó, pues estaba sopesando mis palabras. Yo no imaginaba qué podían significar para ella. Estiré la mano, ella me la tomó y apretó con suavidad mis dedos entre los suyos, sin apartar los ojos de mí.

-No existe Dios, ¿no, Gretchen?

-No, no existe -murmuró.

Me dieron ganas de reír y de llorar. Volví a apoyar la espalda, reí suavemente para mis adentros y la miré, miré su figura de estatua, el brillo de fuego en sus ojos castaños.

-No sabes cuánto has hecho por mí -dijo-. No sabes cuánto ha significado. Ahora estoy lista para regresar.

Asentí sin despegar los labios.

-Entonces, mi hermosa, no importa si volvemos a la cama, ¿verdad? Ciertamente, creo que debemos hacerlo.

-Sí, yo también lo creo -me respondió.

Casi había oscurecido cuando me levanté, llevé el teléfono con su largo cable hasta el pequeño cuarto de baño y me encerré para llamar a mi agente de Nueva York. Una vez más sonó y sonó. Ya me iba a dar por vencido e intentar comunicarme con mi representante de París, cuando alguien atendió y me contó lenta, dificultosamente, que mi agente ya no vivía. Había sufrido una muerte

violenta unos días atrás, en su oficina de la avenida Madison. Se decía que el móvil del crimen fue el robo, pues desaparecieron todos sus archivos y su computadora. Quedé tan anonadado que no pude articular respuesta alguna. Por último, reuní algo de valor como para formular unas preguntas. El crimen había ocurrido el miércoles a eso de las ocho de la noche. Nadie conocía la magnitud del daño causado por el robo de los archivos. Y lamentablemente el hombre había sufrido.

-Es una situación muy, muy penosa -dijo la voz-. Si usted se encontrara en Nueva York no podría no enterarse porque se publicó en todos los diarios. Se lo llamó un asesinato vampírico, ya que el cadáver quedó sin una gota de sangre.

Corté, y durante un largo momento permanecí en rígido silencio. Luego llamé a París, y al cabo de una breve demora atendió mi representante. Gracias a Dios que lo había llamado, dijo, y también me pidió que me identificara. Las contraseñas no le bastaron. Le propuse entonces mencionar conversaciones que habíamos tenido en el pasado, y aceptó. Hable, me dijo. En el acto le recité una letanía de secretos que sólo él y yo conocíamos, y noté con qué alivio se quitaba un gran peso de encima. Me contó que habían estado pasando cosas muy raras. En dos oportunidades lo llamó una persona que dijo ser yo pero evidentemente no lo era. Ese individuo conocía dos de las contraseñas que habíamos usado en el pasado y brindó una explicación complicada acerca de por qué no conocía las últimas. Entretanto, habían ingresado electrónicamente varias órdenes para la transferencia de fondos, pero en todos los casos las contraseñas fueron incorrectas. Aunque no del todo. De hecho, todo parecía indicar que esa persona estaba a punto de descifrar nuestro sistema.

-Además señor, le diré lo más sencillo: ¡ese hombre no habla el mismo francés que usted! No lo tome a mal, pero el francés que usted habla es... ¿cómo decirlo?..., desusado. Emplea palabras antiguas, y ordena las frases de una manera que no es la habitual. Yo me doy cuenta cuándo es usted.

-Lo comprendo -dije-. Ahora escúcheme bien lo que voy a decirle: no hable más con esa persona, porque sabe leer la mente y está tratando de arrancarle telepáticamente las contraseñas. Usted y yo vamos a idear otro sistema. Quiero que ahora me haga una transferencia... a mi banco de Nueva Orleáns. Pero después, todo lo demás quedará inmovilizado. Y cuando yo vuelva a llamarlo, utilizaré tres palabras anticuadas. No se las digo ya... pero serán palabras que alguna vez me oyó usar, y las reconocerá.

Desde luego, eso era riesgoso. ¡Pero ese hombre me conocía! Luego le aseguré que el ladrón de que hablábamos era sumamente peligroso. Y que, como había atacado a mi representante de Nueva York, él debía utilizar todo medio posible de protección personal. Yo iba a pagar todo..., la cantidad necesaria de custodios las veinticuatro horas del día. Preferible pecar por exceso.

-Muy pronto va a volver a tener noticias mías. Recuerde que serán palabras anticuadas. Usted se va a dar cuenta cuando sea yo el que hable.

Corté. Temblaba de indignación. ¡Ah, ese monstruo! No contento con apoderarse del cuerpo del dios, también tenía que saquear los almacenes del dios. ¡Sinvergüenza! ¡Y yo había sido tan tonto, que no pensé que pudiera pasar eso!

-Es que eres humano -me dije-. ¡Eres un humano idiota! -No quería ni pensar en las acusaciones que me haría Louis antes de acceder a ayudarme. ¿Y si Marius se había enterado? Oh, era demasiado terrible para imaginarlo siquiera.

Debía ponerme cuanto antes en contacto con Louis. Tenía que conseguir una valija y dirigirme al aeropuerto. Mojo sin duda debería viajar en una jaula especial, que también había que conseguir. Mi despedida de Gretchen no sería el adiós prolongado y bello que había imaginado. Pero seguramente me iba a entender. Estaban pasando muchas cosas en el complejo mundo alucinatorio de su misterioso amante. Era hora de separarnos.

# 17

El viaje al sur fue un suplicio. El aeropuerto, que acababa de abrirse luego de repetidas tormentas, rebosaba de ansiosos mortales que esperaban sus vuelos largamente demorados, o bien que iban a recibir a sus seres queridos.

Gretchen dejó escapar las lágrimas, y yo también. Se había apoderado de ella un miedo terrible a no volver a verme nunca más, y traté de tranquilizarla asegurándole que iría a la selva de la Guyana Francesa, a visitarla a la misión de Santa Margarita María. Guardé en el bolsillo la dirección escrita, junto con los números de la casa matriz que la orden tiene en Caracas, desde donde las hermanas me podrían orientar para que encontrara el lugar por mis propios medios. Ella ya había reservado un vuelo para emprender esa misma noche el primer tramo de su retomo.

-¡De alguna manera tengo que volver a verte! -dijo, con una voz que me partió el alma.

-Me vas a ver, ma chère. Te lo prometo. Voy a buscar la misión. Te encontraré.

El vuelo fue un infierno. Viajé medio atontado, esperando a cada momento que explotara el avión y mi cuerpo mortal estallara en mil pedazos. Beber grandes cantidades de gin tonic no consiguió aliviar mi miedo, y cuando lograba no pensar en ello unos instantes, era sólo para obsesionarme con las dificultades que debería enfrentar. En mi departamento, ubicado en una azotea de Nueva Orleáns, por ejemplo, tenía muchísima ropa que no me iba. Además estaba acostumbrado a entrar directamente por una puerta que había en la azotea, y no tenía llave de la puerta de calle. De hecho, la llave se hallaba en mi lugar de descanso nocturno, una cámara secreta del cementerio de Lafayette a la que no era posible acceder con sólo la fuerza de un mortal, ya que estaba bloqueada por varios portones que ni una banda de varios humanos podría haber abierto.

¿Y si el Ladrón de Cuerpos había andado antes que yo por Nueva Orleáns? ¿Y si había saqueado mi departamento y se había llevado todo el dinero que yo ocultaba allí? No era muy probable, no. Pero había robado todos los archivos de mi desventurado agente de Nueva York... Oh, mejor pensar en que explotara el avión. También estaba el problema de Louis. ¿Y si no lo encontraba? ¿Y si...? Así seguí durante casi las dos horas.

Por último realizamos el descenso, difícil, estrepitoso, aterrador, en medio de una lluvia de proporciones bíblicas. Recogí a Mojo, deseché la jaula y audazmente lo subí conmigo a un taxi. Y ahí partimos en plena tormenta. El chofer corrió todos los riesgos que se le presentaron, por lo cual a cada instante Mojo y yo terminábamos arrojados uno en brazos del otro, por así decirlo.

Era cerca de medianoche cuando por fin llegamos a las calles arboladas del sector alto de la ciudad. Llovía tanto que apenas sí se distinguían las viviendas tras las cercas de hierro. Cuando vi en el terreno de Louis la casa lóbrega y olvidada, disimulada tras los árboles oscuros, pagué al conductor, tomé la valija y nos bajamos con Mojo en medio del diluvio.

Hacía frío, sí, mucho frío, pero no molestaba tanto como el aire gélido de Georgetown, pues el espeso follaje de gigantescas magnolias y pinos parecía alegrar el ambiente, volverlo más soportable. Por otra parte, jamás había contemplado con ojos mortales una vivienda más calamitosa que ese inmenso caserón abandonado que se erigía delante de la oculta choza de Louis.

Mientras me ponía la mano sobre los ojos para repararlos de la lluvia, observé las ventanas negras, vacías, y sentí un miedo irracional de que allí no viviera nadie, miedo de estar yo loco y condenado a permanecer eternamente dentro de ese cuerpo humano.

Mojo dio un salto y pasó al otro lado de la cerca en el mismo instante en que lo hacía yo. Juntos avanzamos por entre el pasto crecido, rodeamos las ruinas del viejo porche y llegamos al jardín. Predominaba en la noche el ruido de la lluvia retumbando en mis mortales oídos, y casi lloré cuando por fin divisé la choza, un armatoste de enredaderas empapadas que surgía ante mis ojos.

Pronuncié el nombre de Louis en fuerte susurro. Aguardé, pero no oí ruido alguno en el interior. Ese lugar daba la impresión de estar por venirse abajo por el deterioro. Lentamente me acerqué a la puerta.

-Louis -volví a articular-. ¡Louis, soy yo, Lestat!

Entré con cuidado, pues había pilas de objetos polvorientos. ¡Imposible ver! Sin embargo, vislumbré el escritorio, la blancura del papel, la vela y una cajita de fósforos a su lado.

Con dedos temblorosos procuré encender un fósforo, cosa que logré al cabo de varios intentos. Por último, lo acerqué al pabilo y una pequeña luz resplandeciente alumbró el sillón de pana roja que era mío, además de otros objetos, viejos y descuidados.

Me inundó un alivio profundo. ¡Había llegado! ¡Podía considerarme casi a salvo! Y no estaba loco. Ese era mi mundo, ¡ese lugar horrible, lleno de cosas! Louis seguramente no se demoraría. Debía estar por venir. Me desplomé sobre el sillón, de puro agotamiento. Acaricié a Mojo, le rasqué la cabeza.

-Llegamos, muchacho -le dije-. Pronto saldremos a perseguir a ese canalla. Ya vamos a ver qué hacemos con él. -Me había puesto de nuevo a temblar; de hecho, sentía la misma congestión en el pecho. -Dios santo, que no me pase otra vez. ¡Louis, por el amor de Dios, regresa! Vuelve ya, dondequiera que estés. Te necesito.

Estaba por buscar en el bolsillo uno de los muchos pañuelos de papel que me había dado Gretchen, cuando advertí una silueta parada a mi izquierda, a escasos centímetros del brazo del sillón, y una mano muy blanca que intentaba alcanzarme. En el mismo instante, Mojo dio un salto, lanzó uno de sus gruñidos más aterradores y quiso abalanzarse sobre esa sombra.

Traté de gritar para darme a conocer, pero no pude ni abrir la boca, pues fui arrojado al piso en medio de los ladridos ensordecedores de Mojo. Una bota de cuero me aplastó con tal fuerza la garganta, los huesos mismos del cuello, que poco faltó para que me los quebrara.

No podía hablar, ni tampoco liberarme. El perro lanzó un lamento penetrante; luego él también se calló de golpe y oí los sonidos apagados que producía su enorme cuerpo al caer. Al sentir su peso sobre mis piernas, me debatí frenéticamente presa de pánico. Toda sensatez me abandonó mientras trataba de aferrar el pie que me tenía sujeto al piso, golpeaba esa fuerte pierna, boqueaba en busca de aire; sólo lograba emitir gemidos inarticulados.

Louis, soy Lestat. Estoy dentro de este cuerpo humano.

El pie apretaba cada vez con más intensidad. Me estaba estrangulando, un poco más y me quebraría los huesos, y yo no podía pronunciar ni una sílaba para salvarme. Vi su rostro en la penumbra, la blancura refulgente de la carne que no parecía ser carne, los huesos primorosamente simétricos, la mano delicada, a medio cerrar, que se cernía en el aire en perfecta actitud de indecisión al tiempo que los ojos hundidos, de un verde incandescente, me miraban desde arriba sin la menor emoción.

Volví a gritar las palabras con toda mi alma, pero ¿acaso él alguna vez pudo adivinar el pensamiento de sus víctimas? ¡Yo sí podía hacerlo; él no! Oh Dios, ayúdame; Gretchen, ayúdame, gritaba mentalmente.

Cuando el pie aumentó la presión quizá por última vez, dejando de lado toda indecisión, giré con esfuerzo la cabeza hacia la derecha, aspiré desfallecido algo de aire y alcancé a pronunciar la palabra "¡Lestat!" al tiempo que con el pulgar me señalaba desesperadamente a mí mismo.

Fue el único gesto que pude hacer. Me estaba asfixiando, y una negrura total se abatió sobre mí. De hecho sentía unas enormes náuseas también, y justo en el instante en que, presa de un agradable mareo, dejé de preocuparme, la presión cedió. Me di vuelta boca abajo y me incorporé apoyándome en las manos, tosiendo sin cesar.

-Por el amor de Dios -clamé, escupiendo las palabras mientras me atragantaba con las inhalaciones de aire-, soy Lestat. ¡Lestat, dentro de este cuerpo! ¿No podías darme la oportunidad de hablar? ¿Matas a cualquier desventurado mortal que por casualidad entre en tu casa? ¿Dónde quedaron las eternas leyes de la hospitalidad, idiota? ¿Por qué diablos no pones rejas en las puertas? -Con esfuerzo me puse de rodillas, y en ese momento me dominaron las náuseas, por lo que vomité una inmundicia de comida podrida sobre el polvo y la mugre; luego reculé, sintiéndome desdichado, con frío, y lo miré desde el piso.

-Mataste al perro, ¿no? ¡Monstruo! -Me abalancé sobre el cuerpo inerte de Mojo. Pero no estaba muerto sino sólo inconsciente, y en el acto sentí los latidos de su corazón. -Gracias a Dios, porque si lo matabas, jamás, jamás te habría perdonado.

Mojo soltó un gemido; movió la mano izquierda y luego despacito la derecha. Le apoyé la mano entre las orejas. Sí, se recuperaba, y estaba ileso. ¡Pero qué experiencia funesta! ¡Haber estado a punto de morir justamente en ese lugar! De nuevo me indigné y miré a Louis con furia.

Qué inmóvil estaba ahí parado, en silencio, perplejo. El ruido de la lluvia, los misteriosos sonidos de la noche invernal... todo pareció esfumarse repentinamente en el instante en que lo miré. Nunca lo había visto con ojos mortales. Jamás había contemplado esa belleza pálida de fantasma. Cuando los mortales posaban en él sus ojos, ¿cómo se les ocurría pensar que fuera un humano? Ah, las manos, semejantes a las de los santos de yeso que cobraban vida en lóbregas cavernas. Y qué desprovisto de sentimiento ese rostro. Los ojos



Librodot

no eran las ventanas del alma sino sólo señuelos de iluminaron semejantes a piedras preciosas.

-Louis, ha ocurrido lo peor. Lo peor. El Ladrón de Cuerpos hizo el cambio, pero me robó el cuerpo y no tiene intención de devolvérmelo.

No advertí en él reacción alguna. En realidad, parecía tan inanimado y amenazador que, de pronto, lancé un torrente de palabras en francés, mencioné todas las imágenes y detalles que pude recordar en mi afán por lograr que me reconociera. Hablé de la última conversación que habíamos mantenido en esa misma casa, del breve encuentro en la catedral, su advertencia de que no debía hablar con el Ladrón de Cuerpos. Le confesé que no había podido resistirme a lo que ese hombre me ofrecía, y que viajé al norte a encontrarme con él, para aceptar su propuesta.

Su rostro desalmado seguía sin denotar nada vital, y me callé de golpe. Mojo trataba de levantarse soltando de tanto en tanto un gemido. Lentamente le pasé el brazo derecho por el cuello, me apoyé contra él luchando por no perder el aliento y traté de tranquilizarlo diciéndole que todo estaba bien, que nos habíamos salvado. Ya no le iba a suceder nada malo.

Louis posó sus ojos en el animal; luego volvió a mirarme a mí. Después noté que se aflojaba un poco el gesto de su boca. Estiró una mano y me hizo levantar, sin mi consentimiento ni mi colaboración.

-De veras eres tú -afirmó con un áspero susurro.

-Maldita sea, claro que soy yo. Y por poco me matas, no sé si te das cuenta. ¿Cuántas veces piensas ejecutar ese truquito tuyo mientras sigan funcionando los relojes de la tierra? ¡Necesito que me ayudes, maldita sea! ¡Y una vez más tratas de matarme! Y ahora, por favor, a ver si cierras alguna persiana que te quede en estas ventanas de porquería, y enciendes algún fuego en esta miserable chimenea.

Volví a desplomarme en mi sillón de pana roja con la respiración aún forzada, cuando un extraño ruido a lengüetazos me distrajo. Levanté los ojos. Louis no se había movido; más aún, me miraba como si me considerara un monstruo. Pero Mojo estaba pacientemente lamiendo mi vómito del piso.

Lancé una carcajada divertida que amenazó con convertirse en ataque de histeria.

-Por favor, Louis, enciende el fuego -le pedí-. Me estoy congelando en este cuerpo mortal. ¡Apresúrate!

-Dios mío -musitó-. ¡Qué has hecho ahora!

# 18

Por mi reloj pulsera supe que eran las dos. La lluvia había amainado tras los postigos de puertas y ventanas y yo estaba acurrucado en el sillón rojo, disfrutando del fueguito. Pero de nuevo tenía frío y me daban ataques de tos. Seguramente ya llegaría el momento en que no tuviera que preocuparme más por eso.

Le había contado todo, con lujo de detalles.

En un arranque de mortal candidez, describí cada experiencia con todos sus pormenores, desde mis conversaciones con Raglan James hasta la triste despedida de Gretchen. Hablé de mis sueños, de Claudia en el pequeño hospital de antaño, de la conversación que tuvimos en la sala de fantasía del hotel dieciochesco, de la tremenda soledad que sentí al amar a Gretchen porque sabía que en el fondo ella me consideraba loco, que sólo por esa razón me quería. Me tomaba por una especie de idiota bondadoso, nada más.

Listo. Ya estaba. No tenía idea de dónde hallar al Ladrón de Cuerpos, pero tenía que encontrarlo. Y sólo podría emprender la búsqueda cuando volviera a ser vampiro, cuando este físico alto y poderoso recibiera sangre preternatural.

Si bien quedaría débil porque sólo contaría con la sangre de Louis, de todos modos sería veinte veces más fuerte que en ese momento y tal vez podría requerir la ayuda del resto de los compañeros. Una vez que el cuerpo se transformara, seguramente poseería alguna voz telepática. Podría implorar ayuda a Marius, a Armand e incluso a Gabrielle -ah, sí, mi querida Gabrielle- porque ya no estaría dominada por mí y me podría oír, lo cual, en el designio corriente de las cosas -si es que se podía usar tal palabra-, no podía hacer.

Él seguía sentado a su escritorio como lo estuvo todo el tiempo, sin reparar en las corrientes de aire, por supuesto, ni en la lluvia que golpeteaba contra las maderas de los postigos, escuchando sin abrir la boca todo lo que le decía, observándome con expresión de dolor y desconcierto cuando comencé a pasearme mientras continuaba mi encendido relato.

-No me juzgues por mi estupidez -le rogué. Volví a contarle el tormento que viví en el Gobi, mi extraña conversación con David, la visión de David en el café de París. -Me hallaba en un estado de desesperación. Tú sabes por qué lo hice. No necesito decírtelo. Pero ahora hay que volver atrás.

Ya a esa altura me daban constantes ataques de tos y me sonaba la nariz como loco con esos miserables pañuelitos de papel.

-No sabes lo repugnante que es estar en este cuerpo. Bueno, por favor, hazlo ahora mismo, rápido, lo mejor que puedas. Cien años han pasado desde la última vez que lo llevaste a cabo. Hay que agradecerle a Dios que no se te hayan desvanecido los poderes. Ya estoy listo. No hacen falta preparativos. Cuando recupere mi forma, pienso meterlo a él aquí adentro y quemarlo hasta dejarlo hecho cenizas.

Nada me respondió.

Me levanté y volví a pasearme, esta vez para entrar en calor y porque un miedo horrible se estaba apoderando de mí. Al fin y al cabo estaba por morir, ¿no es así? Y renacer, tal como había ocurrido hacía más de doscientos años. Ah, pero no sentiría dolor. No, nada de dolor... sólo algunos malestares, que no eran nada comparados con la opresión en el pecho que sentía en ese instante, o el frío que me atenaceaba manos y pies.

-Louis, por el amor de Dios, sé rápido -dije. Lo miré. -¿Qué te pasa?

Me respondió con voz baja, insegura.

-No puedo hacerlo.

-¡Qué!

Lo miré tratando de descifrar lo que había querido decir, qué dudas podía tener, qué posible dificultad habría que resolver. Entonces me di cuenta del cambio asombroso que se había operado en su rostro enjuto, perdida ahora toda su tersura y convertido, de hecho, en una perfecta máscara de pesar. Una vez más comprendí que lo estaba viendo como lo veían los humanos. Un tenue brillo rojizo velaba sus ojos verdes. Todo su cuerpo, de apariencia tan fuerte y sólida, temblaba.

-No puedo ayudarte, Lestat -repitió, poniendo toda su alma en las palabras-. ¡No puedo!

-¿Qué estás diciendo, por Dios? -clamé-. Yo te hice. ¡Hoy existes gracias a mí! Me amas, tú mismo me lo aseguraste. Claro que me ayudarás.

Me precipité hacia él, apoyé con fuerza las manos sobre el escritorio y lo miré fijo.

-¡Louis, respóndeme! ¿Qué es eso de que no puedes?

-No te culpo por lo que hiciste. Pero, ¿es que no ves lo que pasó, Lestat? Renaciste y ahora eres mortal.

-No es momento para sentimentalismos sobre la transformación. ¡No me contestes con mis mismas palabras! Yo estaba equivocado.

-No, no lo estabas.

-¿Qué quieres decir, Louis? Estamos perdiendo tiempo. ¡Tengo que salir a perseguir a ese monstruo que me robó mi cuerpo!

-Los demás se encargarán de él, Lestat. A lo mejor ya lo hicieron.

-¿Qué es eso de que ya lo hicieron?

-¿Crees que no saben lo que pasó? -Estaba profundamente conmovido, pero también furioso. Era notable cómo, al hablar, se le formaban y borraban en la carne las arrugas humanas de la expresión. -¿Cómo va a pasar semejante cosa sin que ellos se enteren? -dijo, casi rogándome que comprendiera-. Dijiste que ese tal Raglan James era un hechicero, pero ningún hechicero puede ocultarse totalmente y no ser descubierto por seres poderosos como Maharet o su hermana, como Khayman y Marius, o incluso Armand. Además, qué torpe: haber asesinado a tu representante de manera tan sangrienta y cruel. -Sacudió la cabeza, y de pronto se apretó los labios. -¡Lestat, lo saben! Tienen que saberlo. Bien podría ser que ya hubieran destruido tu cuerpo.

-Eso no lo harían.

-¿Por qué no? Tú entregaste a ese demonio una máquina de destrucción...

-Pero él no sabía usarla. ¡Eran sólo treinta y seis horas de tiempo mortal! Louis, sea como fuere, tienes que darme la sangre. Sermonéame después. Haz funcionar el Truco Misterioso y ya encontraré las respuestas a todos estos interrogantes. Estamos desperdiciando minutos valiosísimos.

-No, Lestat. El tema del ladrón y lo que hizo con tu cuerpo no nos incumbe. Lo importante es lo que ahora te está pasando a ti, a tu alma, dentro de ese cuerpo.

Está bien. Como quieras. Conviérteme, pues, en vampiro.

-No puedo. O mejor dicho, no lo haré.

No pude resistirme y me abalancé sobre él. Al instante lo tenía aferrado con ambas manos de las solapas de ese saco negro, sucio y raído. Tironeé de la tela, listo para sacarlo del sillón, pero permaneció inamovible mirándome sin hablar,

con expresión de tristeza. Enojado pero impotente, lo solté y me quedé parado, tratando de aquietar el desasosiego de mi corazón.

-¡No puedes decirlo en serio! -exclamé, y di un golpe de puño contra el escritorio-. ¿Cómo me lo puedes negar?

-¿Por qué no me dejas quererte bien? -preguntó, con voz transida de emoción y rostro sumamente pesaroso-. No lo haría por grande que fuera tu dolor, por mucho que me lo suplicaras, por impresionante que fuera la letanía de hechos que me presentaras. Me niego, porque de ninguna manera voy a hacer a otro como nosotros. ¡Lo que me has contado no son grandes tragedias! ¡No te están ocurriendo calamidades! -Sacudió la cabeza, como si estuviera tan afectado que no pudiese continuar. Luego dijo: -En eso has triunfado como sólo tú podías hacerlo.

-No, no, tú no entiendes...

-Sí, claro que sí. ¿Tengo que llevarte frente a un espejo? -Con gestos lentos se puso de pie y me miró fijamente a los ojos-. ¿Debo obligarte a analizar las moralejas del cuento que acabo de oír de tus propios labios? ¡Lestat, has realizado nuestro sueño! ¿Es que no lo ves? Has conseguido renacer como mortal. ¡Un mortal bello y fuerte!

-No. -Di unos pasos atrás haciendo gestos de negación al tiempo que levantaba las manos en ademán suplicante.

-Estás loco. No sabes lo que dices. ¡Odio este cuerpo! Odio ser humano. Si te queda una pizca de compasión, Louis, ¡deja de lado esos delirios y escúchame!

-Ya te oí. Ya lo he oído todo. ¿Por qué no lo crees? Lestat, ganaste. Te has liberado de la pesadilla. Has vuelto a tener vida.

-¡Sufro horrores! Dios mío, ¿qué debo hacer para convencerte?

-Nada. Soy yo quien tiene que convencerte a ti. ¿Cuánto tiempo llevas ya en ese cuerpo? ¿Tres días? ¿Cuatro? Hablas de malestares como si fueran enfermedades de muerte; hablas de límites físicos como si se tratara de perversas restricciones punitivas.

"No obstante, en tus largas lamentaciones tú mismo me has pedido que no te haga caso, que no acceda a tus ruegos. ¿Para qué, si no, me contaste la historia de David Talbot y su obsesión con Dios y el diablo? ¿Para qué me contaste todo lo que te dijo la monja Gretchen? ¿Para qué describiste el pequeño hospital que viste en sueños? Sé que no fue Claudia la que se te apareció. No digo que Dios haya puesto a Gretchen en tu camino, pero sí que te has enamorado de ella. Tú mismo lo reconoces. Esa mujer está esperando que regreses. En definitiva, quizá sea ella quien te guíe para que aprendas a tolerar las molestias y dolores de la vida humana...

-No, Louis. Lo has entendido todo mal. No quiero que ella me guíe. ¡No quiero esta vida mortal!

-¿No te das cuenta de la oportunidad que se te brinda? ¿No adviertes la senda que se abre ante ti y la luz al final del camino?

-Me voy a volver loco si sigues diciendo esas cosas...

-Lestat, ¿qué puede hacer cualquiera de nosotros para redimirse? ¿Y quién era siempre el que se obsesionaba con estos temas? Tú.

-¡No, no! -Levanté los brazos y los crucé repetidas veces, como tratando de detener a ese camión cargado de filosofía insensata que amenazaba atropellarme. -¡No! Te digo que esto es falso. Es la peor de las mentiras.

Me dio la espalda y yo volví a lanzarme sobre él, incapaz de contenerme. Lo habría aferrado por los hombros para sacudirlo, pero, con un gesto demasiado rápido para mi ojo, me empujó hacia atrás y me mandó contra el sillón.

Sorprendido, me doblé el tobillo y caí sobre los almohadones. Con el puño derecho me golpeé la palma de la mano izquierda.

-Ah, no, no. Nada de sermones ahora. -Casi se me saltaban las lágrimas. -Nada de consejos ni perogrulladas.

-Vuelve con ella.

-¡Estás loco!

-Imagínalo -prosiguió, como si yo no hubiera hablado, dándome la espalda, quizá con los ojos fijos en la ventana y voz casi inaudible. Su figura se recortaba contra el plateado continuo de la lluvia. -Renaces después de tantos años de apetitos inhumanos, de siniestro y desalmado succionar. Y en ese hospital de la selva podrás salvar una vida humana por cada una que hayas segado. Oh, no sé qué ángeles de la guarda te protegen. ¿Por qué son tan misericordiosos? Me ruegas que te lleve de nuevo al horror, pero cada palabra tuya realza el esplendor de todo lo que has visto y sufrido.

-¡Desnudo mi alma y la usas contra mí!

-No, Lestat. Trato de hacerte bucear en tu interior. Me estás rogando que te conduzca de vuelta a Gretchen. ¿Seré yo, tal vez, el único ángel de la guarda? ¿Soy el único que puedo confirmar ese destino?

-¡Hijo de puta! Si no me das la sangre...

Giró en redondo. Su rostro era el de un fantasma; sus ojos, estaban muy abiertos, asquerosamente irreales en su belleza.

-No lo haré ahora, mañana ni nunca. Vuelve con ella, Lestat. Vive la vida mortal.

-¡Cómo te atreves a elegir por mí! -Me puse nuevamente de pie, decidido a terminar con las súplicas y lamentos.

-No vengas a pedírmelo de nuevo; si vienes, te haré daño. Y no deseo hacerlo.

-¡Me has matado! Eso es lo que has hecho. ¡Piensas que creo todas tus mentiras! Me has condenado a este cuerpo doliente y podrido, eso es lo que has hecho. ¿Crees que no sé el odio que sientes? ¿Crees que no me doy cuenta de que buscas desquitarte? Por Dios, di la verdad.

-No, no es verdad. Te quiero. Pero estás ciego de impaciencia, angustiado por dolores poco importantes. Eres tú quien no me perdonará nunca si te robo este destino, pero te llevará un tiempo poder valorar mi gesto.

-No, no, por favor. -Me acerqué a él, pero no ya con indignación. Caminé despacio, hasta que pude apoyar las manos en sus hombros y aspirar la tenue fragancia de polvo y tumba que llevaba adherida a la ropa. Dios santo, ¿era nuestra piel la que atraía tan delicadamente la luz? Y nuestros ojos. Ah, mirarme en sus ojos.

-Louis, quiero que me tomes. Te lo pido por favor. Deja que haga yo las interpretaciones sobre mi relato. Mírame, Louis; tómame. -Sostuve su mano fría, inerte, y la apoyé contra mi cara. -Siente la sangre que hay en mí, siente el calor.

Me deseas, Louis, no puedes negarlo. Me deseas, quieres tenerme en tu poder como te tuve yo a ti hace tanto tiempo. Seré tu creación, tu vástago, Louis. Hazlo, por favor. No me obligues a implorártelo de rodillas.

Noté un cambio en él, la repentina expresión depredadora que tiñó sus ojos. Pero, ¿había algo más fuerte que su sed? Su fuerza de voluntad.

-No, Lestat -susurró-. No puedo. Aunque yo esté equivocado y tú no... por más que carezcan de sentido todas tus metáforas, no puedo hacerlo.

Lo tomé en mis brazos, ah, qué frío, qué reacio este monstruo que yo había creado con carne humana. Lo besé en la mejilla, temblando y mis dedos se deslizaron hasta su cuello.

No se alejó. No tuvo valor. Sentí que su pecho se hinchaba contra el mío.

-Hermoso mío, haz lo que te pido -murmuré en su oído-. Lleva este calor a tus venas y devuélveme todo el poder que en una oportunidad te di. -Apreté mis labios contra su boca fría, descolorida. -Bríndame el futuro, Louis. Dame la eternidad. Líbrame de esta cruz.

Vi por el rabillo del ojo que levantaba la mano, y a continuación sentí sus dedos sedosos contra mi mejilla. Me acarició también el cuello.

-No puedo, Lestat.

-Sí, claro que puedes -murmuré besándole la oreja mientras le hablaba, conteniendo las lágrimas, pasándole el brazo por la cintura-. No me abandones en este sufrimiento, por favor.

-No me lo pidas más. De nada vale. Ahora me voy. No volverás a verme nunca más.

-¡Louis! -Lo aferré. -¡No me lo puedes negar!

-Sí que puedo, y lo he hecho.

Noté que se ponía tieso y trataba de apartarse sin herirme. Yo lo aferré con más fuerza aún.

-No me volverás a encontrar aquí. Pero sí sabes dónde encontrarla a ella, que te está esperando. ¿No aprecias tu propia victoria? Has vuelto a ser mortal, y tan joven... Mortal, y tan bello. Mortal, con todo tu conocimiento y tu misma indomable voluntad.

Con firmeza se soltó de mi abrazo, me apartó apretándome las manos mientras lo hacía.

-Adiós, Lestat. Tal vez los demás vayan a buscarte cuando pase el tiempo, cuando crean que ya has pagado lo suficiente.

Lancé un último lamento mientras procuraba liberar mis manos para sujetarlo, porque sabía lo que él pensaba hacer.

Con un movimiento súbito y misterioso desapareció, y yo quedé tendido en el piso.

La vela estaba apagada, pues había caído sobre el escritorio. La única iluminación era la del fuego mortecino. Y los postigos de la puerta estaban abiertos, y la lluvia caía, fina y silenciosa pero continua. Y me di cuenta de que estaba totalmente solo.

Me había desplomado estirando las manos para amortiguar el golpe. En el momento de levantarme, le grité, rogando que pudiera oírme por lejos que ya estuviera.



Librodot

-Louis, ayúdame. No quiero estar vivo. ¡No quiero ser mortal! ¡Louis, no me dejes aquí! ¡No quiero esto! ¡No quiero salvar mi alma!

No sé cuántas veces repetí los mismos argumentos. Al rato, quedé tan agotado que no pude continuar; además, el sonido de esa voz mortal y su tono de desesperación herían mis propios oídos.

Me senté en el piso, una pierna doblada bajo mi cuerpo y el codo apoyado sobre la rodilla, y me pasé la mano por el cabello. Mojo se había acercado, temeroso, y se tendió junto a mí. Me agaché y apreté la frente contra su pelo.

El fuego casi se había consumido. La lluvia siseaba, suspiraba, redoblaba sus bríos, pero caía en línea recta desde el cielo, sin una pizca de odioso viento.

Por último, levanté la mirada y contemplé esa habitación lúgubre, con su revoltijo de libros y viejas estatuas, la suciedad por todas partes y las brasas que irradiaban luz desde el hogar. Qué cansado estaba, qué insensibilizado por la furia, qué próximo a la desesperación.

¿Alguna vez había estado tan carente de toda esperanza?

Mis ojos se posaron en la puerta, repararon en la incesante lluvia, en la penumbra amenazadora. Sí, sal e intérnate en la oscuridad con Mojo, y a él seguramente le encantará como le encantó la nieve. Tienes que salir e internarte en ella. Tienes que salir de esta choza y buscar un refugio cómodo donde descansar.

Mi departamento de la azotea... seguramente podrás hallar la forma de entrar en él. Sí, alguna forma. El sol iba a salir al cabo de unas horas, ¿no? Ah, mi preciosa ciudad bajo la tibia luz del sol.

Por Dios, no te pongas de nuevo a llorar. Necesitas descansar y pensar.

Pero antes de irte, ¿por qué no le incendias la casa? No toques la casa grande. Él no la quiere. ¡Quémale la choza!

Me di cuenta de que esbozaba una sonrisa maliciosa aun cuando las lágrimas se agolpaban a mis ojos.

¡Sí, redúcela a cenizas! Se lo merece. Seguro que se llevó sus escritos, sí, claro, ¡pero sus libros se harán humo! Ni más ni menos que lo que se merece.

De inmediato recogí los cuadros -un espléndido Monet, dos pequeños Picasso y una témpera del período medieval, todos en estado de deterioro, desde luego-, corrí a la mansión victoriana y los guardé en un rincón que me pareció seco y seguro.

Luego regresé a la choza, tomé la vela y la acerqué a los restos del fuego. En el acto las cenizas blandas explotaron con chispitas anaranjadas que se adhirieron al pabilo.

-Ah, esto te lo mereces, canalla, traidor. -Presa de furor llevé la llama a los libros que había apilados contra la pared, y con cuidado moví las hojas para que se quemaran. De ahí pasé a un abrigo viejo que había sobre una silla de madera y que ardió como si fuera paja; también a los almohadones de pana roja del que había sido mi sillón. Sí, todo, lo quemo todo.

Pateé una pila de revistas mohosas bajo el escritorio y les prendí fuego. Fui apoyando la llama libro por libro, que luego arrojaba a todos los rincones de la casucha.

Mojo esquivó las pequeñas fogatas, hasta que por último salió a la intemperie y se detuvo a gran distancia, bajo la lluvia. Me miraba por la puerta abierta.

Oh, pero avanzaba demasiado lentamente. Y Louis tiene un cajón lleno de velas. Cómo pude olvidarlas... maldito sea este cerebro mortal... Las saqué, entonces -eran unas veinte-, encendí directamente la cera sin preocuparme por la mecha y las arrojé sobre el sillón de pana para armar una gran hoguera. Lancé otras sobre las pilas de escombros que quedaban, tiré libros ardiendo contra los postigos húmedos y prendí fuego a los trozos de antiguas cortinas que colgaban aquí y allá de viejos bárrales olvidados. A puntapiés hice agujeros en el yeso podrido y arrojé velas encendidas al enlistonado. Luego prendí fuego a las gastadas alfombras, pero primero las arrugué para permitir que el aire circulara por debajo.

Al cabo de unos minutos el lugar era presa de las llamas, pero lo que ardía con más intensidad eran el sillón rojo y el escritorio. Salí a la lluvia y vi las lengüetas de fuego entremedio de las tablas rotas.

Un humo horrible y denso se elevó cuando las llamas consumieron los postigos húmedos, cuando se las vio salir por las ventanas y achicharrar las enredaderas. ¡Maldita lluvia! Pero en el momento en que la hoguera del escritorio y el sillón se hizo más intensa, ¡toda la choza estalló en llamaradas color naranja! Los postigos volaron a la vez que se abría un enorme boquete en el techo.

-¡Sí, sí, quémate! -grité. La lluvia me caía en la cara, en los párpados. Yo prácticamente daba saltos de alegría. Mojo retrocedió hacia la mansión en sombras, con la cabeza gacha. -¡Quémate, quémate! ¡Louis, ojalá pudiera quemarte a ti también! ¡Cómo me gustaría hacerlo! ¡Ah, si supiera dónde yaces durante el día!

Sin embargo, pese al júbilo me di cuenta de que estaba llorando. Me pasaba el dorso de la mano por la boca y clamaba: "¡Cómo pudiste dejarme así! ¡Cómo pudiste hacerlo! Te maldigo." Hecho un mar de lágrimas, volví a caer de rodillas sobre la tierra mojada.

Me senté apoyándome en los talones, con las manos plegadas ante mí, desdichado, y contemplé la gran hoguera. Algunas luces comenzaron a encenderse en casas distantes. Alcancé a oír el ulular de una sirena a lo lejos. Comprendí que debía irme.

Sin embargo, seguía ahí, como embotado, cuando de pronto Mojo me sobresaltó con uno de sus gruñidos más aterradores. Advertí que se había parado a mi lado, que apretaba su piel húmeda contra mi rostro y tenía la mirada perdida en la casa incendiada.

Me moví para tomarlo del collar cuando comprendí el motivo de su miedo. No se trataba de un humano servicial sino más bien de una silueta blanca y fantasmal, una suerte de espeluznante aparición que había cerca de la casa incendiada, iluminada por el resplandor del fuego.

¡Hasta con mis ojos mortales me di cuenta de que era Marius! También noté la expresión de ira de su rostro. Jamás había visto yo tal reflejo de furia, y no me cupo duda de que eso era precisamente lo que quiso que yo viera.

Abrí los labios, pero la voz había muerto en mi garganta. Lo único que pude hacer fue tenderle los brazos, enviarle desde el corazón un mudo pedido de ayuda, de piedad.

Una vez más el perro lanzó su feroz advertencia y pareció a punto de saltar.

Y mientras yo observaba, indefenso, temblando de pies a cabeza, la figura giró lentamente y, dirigiéndome una última mirada de enojo y desprecio, se marchó.



Librodot

Sólo entonces reaccioné.

-¡Marius, no me dejes aquí! ¡Ayúdame! -Alcé los brazos al cielo. -Marius -clamé con voz gutural.

Pero era inútil, ya lo sabía.

La lluvia me empapaba el abrigo, se me metía por los zapatos. Tenía el pelo mojado y ya no importaba si había estado llorando, porque el agua había arrastrado mis lágrimas.

-Crees que me has vencido -murmuré. ¿Qué necesidad había de llamarlo a los gritos? -Crees haber emitido tu juicio y que con eso se termina todo. Sí, piensas que es tan sencillo. Bueno, estás equivocado. Nunca seré vengado por lo de hoy. Pero me verás de nuevo. Ya me verás.

Agaché la cabeza.

La noche se llenó de voces mortales, de pasos que corrían. Un potente ruido de motor se detuvo en la esquina lejana. Tuve que hacer un esfuerzo para poner en movimiento estas miserables piernas humanas.

Le hice señas a Mojo de que me siguiera. Dejamos atrás las ruinas de la casita, que seguían ardiendo alegremente; saltamos un tapial bajo, cruzamos por un callejón cubierto de malezas y huimos.

Sólo más tarde me puse a pensar que probablemente estuvimos a punto de que nos pescaran: el pirómano y su temible perro.

Pero, ¿eso qué importaba? Louis me había echado, lo mismo que Marius... Marius, que podía encontrar mi cuerpo preternatural antes que yo y destruirlo en el acto. Marius, que quizá ya lo hubiera aniquilado para dejarme eternamente anclado en este esqueleto mortal.

Ah, si en mi juventud mortal alguna vez había padecido tal desdicha, no lo recordaba. Y aunque la hubiese sufrido, de poco consuelo me servía. ¡Mi miedo era inenarrable! No lo podía vencer con la razón. Daba vueltas y más vueltas con mis esperanzas y mis planes ineficaces.

"Tengo que encontrar al Ladrón de Cuerpos. Tengo que encontrarlo, y tú debes darme tiempo, Marius. Si no me ayudas, al menos concédeme eso."

Lo repetía una y otra vez como el Ave María del rosario, mientras marchaba con dificultad bajo la lluvia inclemente.

Una o dos veces hasta grité mis plegarias en la oscuridad, parado bajo un viejo roble que chorreaba, tratando de ver la luz que llegaba a través del cielo húmedo.

¿Quién en el mundo podía ayudarme?

Mi única esperanza era David, aunque vaya uno a saber qué podía hacer para ayudarme. ¡David! ¿Y si también él me daba la espalda?

## 19

Me hallaba sentado en el Café du Monde cuando salió el sol, y me preguntaba cómo haría para entrar en mi departamento de la azotea. El hecho de analizar ese pequeño problema me impedía perder la razón. ¿Sería ésa la clave de la supervivencia humana? Hmmm. ¿Cómo entrar por la fuerza en mi lujoso departamento? Yo mismo había colocado un portón infranqueable en la entrada

del jardín de la azotea. Yo mismo había instalado complejas cerraduras en todas las puertas. Las ventanas tenían rejas para que los mortales no pudieran pasar, aunque nunca me había puesto a pensar cómo ningún mortal podía subir hasta allí.

Bueno, tendré que ingresar por el portón. Pensaré en algún tipo de magia verbal para usar con los demás moradores del edificio, todos inquilinos de Lestat de Lioncourt; que los trata muy bien, permítaseme añadir. Los convenceré de que soy un primo francés del propietario, enviado a ocuparse de la penthouse en su ausencia, y diré que se me debe franquear la entrada a toda costa. ¡Aunque tenga que usar una palanca o un hacha! O una sierra eléctrica. Apenas un detalle técnico, como dicen en esta era. Tengo que entrar.

Después, ¿qué hago? ¿Tomo una cuchilla de cocina -porque hay allí cosas por el estilo, aunque jamás tuve necesidad de una cocina- y me degüello?

No. Llamo a David. No hay nadie en este mundo a quien puedas recurrir, ¡y piensa en las cosas terribles que él te va a decir!

Cuando dejé de discurrir sobre todo eso, de inmediato me acometió un desánimo demoledor.

Marius y Louis me habían echado. En la peor de mis locuras, se negaron a ayudarme. Cierto es que me había burlado de Marius. No quise aceptar su sabiduría, su compañía, sus normas.

Sí, me lo tenía merecido, como tan a menudo dicen los mortales. Había cometido el deleznable acto de soltar al Ladrón de Cuerpos con mis poderes. Verdad. También era culpable de espectaculares experimentos y desaciertos. Pero nunca imaginé cómo iba a sentirme privado por completo de mis facultades, mirándolo todo desde afuera. Los demás lo sabían; seguramente lo sabían. Y permitieron que Marius emitiera su juicio y me hiciera saber que, en castigo por mi acto, ¡decidían echarme!

Pero Louis, mi hermoso Louis, cómo pudo menospreciarme. ¡Yo habría desafiado hasta a los cielos para ayudarlo! Había contado tanto con él, con despertarme esta noche y tener la vieja, poderosa sangre corriendo por mis venas.

Oh, Dios, ya no era uno de ellos. Ahora no era más que ese mortal que estaba ahí sentado, en la sofocante calidez del bar, bebiendo un café -de rico sabor, eso sí-, comiendo una rosquilla dulce, sin esperanzas de recuperar jamás su lugar.

Ah, cómo los odiaba. ¡Qué ganas me daban de hacerles daño! Pero, ¿quién tenía la culpa de todo? Lestat, ahora un hombre de un metro noventa, ojos castaños, piel bastante oscura y espesa cabellera ondulada. Lestat, de brazos musculosos y piernas fuertes, y otro resfrío mortal que lo debilitaba. Lestat, con su fiel perro Mojo. Lestat, que quería saber cómo hacer para apresar al demonio que había huido llevándose no su alma, como suele ocurrir, sino su cuerpo, un cuerpo que bien podía estar ya destruido.

La cordura me dijo que aún era muy pronto para planear nada. Además, nunca me había interesado demasiado la venganza. La venganza es para quienes en algún momento resultan vencidos. Yo no estoy vencido, me dije. Y es mucho más interesante analizar la victoria que el desquite.

Mejor pensar en cosas pequeñas, cosas que puedan ser cambiadas. David tenía que escucharme. ¡Por lo menos que me diera su consejo! Pero, ¿qué más podía dar? ¿Qué podían hacer dos mortales para perseguir al despreciable ser? Ahhh...

Mojo tenía hambre y me observaba con sus ojazos inteligentes. Cómo lo miraba la gente del bar; cómo esquivaban a ese funesto animal peludo de hocico oscuro, orejas de borde rosado y enormes patas. Imprescindible darle de comer. Al fin y al cabo, era cierto el típico lugar común: ¡ese inmenso perro era mi único amigo!

¿Satanás tenía un perro cuando lo arrojaron al infierno? De ser así, el perro tendría que haber ido con él.

-¿Cómo lo hago, Mojo? -le pregunté-. ¿Cómo hace un simple mortal para apresar al vampiro Lestat? ¿O acaso mis compañeros redujeron mi hermoso cuerpo a cenizas? ¿Fue ése el sentido de la visita que me hizo Marius? ¿Hacerme saber que ya lo habían consumado? Dios mío... ¿Qué dice la bruja en esa horrenda película? Cómo pudiste hacerle eso a mi hermosa perversidad. Me ha vuelto la fiebre, Mojo. Las cosas se van a tener que arreglar solas. ¡ME VOY A MORIR!

Oh Dios, contempla el sol que invade calladamente las calles sucias, mira cómo mi hermosa Nueva Orleáns despierta bajo la bella luz del Caribe.

-Vamos, Mojo. Hora de entrar. Después podremos descansar al calor.

Pasé por el restaurante que queda frente al viejo Mercado Francés y compré una porción de huesos y carne para él. La amable camarera me llenó una bolsa con sobras del día anterior y comentó que al perro le iban a encantar. Luego me preguntó si yo no quería el desayuno, si no tenía hambre en esa hermosa mañana invernal.

-Después, querida. -Le entregué un billete grande. Me quedaba el consuelo de que seguía siendo rico. O al menos eso creía. No lo sabría con certeza hasta que no me sentara a la computadora y averiguara las actividades del vil estafador.

Mojo consumió su comida en la cuneta sin emitir ni una protesta. Eso era un perro. ¿Por qué no habré nacido yo perro?

Ahora bien, ¿dónde diablos quedaba mi departamento? Tuve que detenerme a pensar, deambular dos cuadras y volver atrás para encontrarlo -enfilándome más a cada instante pese a que el cielo estaba azul y había un sol intenso-, porque casi nunca entraba al edificio desde la calle.

Ingresar en el edificio fue fácil. De hecho, fue sencillo forzar la puerta de la calle Dumaine y volver a cerrarla. Ah, pero ese portón va a ser lo peor, pensé, mientras arrastraba mis pesadas piernas por la escalera, piso tras piso. Mojo esperaba amablemente en los descansos a que yo llegara detrás de él.

Por último divisé los barrotes del portón, la preciosa luz del sol que caía sobre el pozo de ventilación desde el jardín de la azotea, y el movimiento de las inmensas begonias, que sólo tenían algunos bordes quemados por el frío.

Pero, ¿cómo iba a abrir esa cerradura? Me hallaba calculando qué herramientas iba a necesitar -¿una pequeña bomba?- cuando me di cuenta de que la puerta de mi departamento, cinco metros más allá, no estaba cerrada.

-¡Dios mío, el canalla ha estado aquí! -susurré-. Maldita sea. Mojo, me han saqueado mi cueva.

Desde luego, también eso podía considerarse como un signo positivo: quería decir que el delincuente aún vivía, que mis compañeros no lo habían ultimado. ¡O sea que aún podía prenderlo! Pateé el portón, con lo cual sólo conseguí un dolor fenomenal en el pie y la pierna.

Luego aferré el portón y lo sacudí sin piedad, pero estaba firme, agarrado a sus antiguas bisagras que yo mismo le había hecho poner. Un fantasma débil como Louis no podría haberlo transpuesto, y mucho menos un mortal. Indudablemente el ser abyecto no lo había tocado sino que había entrado como solía hacerlo yo: bajando de los cielos.

Bueno, basta ya. Búscate unas herramientas y hazlo deprisa. Averigua pronto qué grado de daño te causó.

Giré sobre mis talones, pero en ese preciso instante Mojo se puso en posición de alerta y lanzó su gruñido de advertencia. Alguien se movía dentro del departamento. Un trozo de sombra brincó sobre la pared del hall.

No era el Ladrón de Cuerpos. Eso era imposible, gracias a Dios. Pero, ¿quién?

Al instante se resolvió el misterio. ¡Apareció David! Vestido con traje oscuro de tweed y sobretodo, mi querido David me estudió con su característica expresión de curiosidad desde el extremo del sendero que cruzaba el jardín. No creo que nunca en mi larga vida me haya alegrado tanto el ver a otro mortal.

Pronuncié su nombre en el acto. Luego dije en francés que era yo, Lestat, que por favor me abriera el portón.

No me respondió enseguida. Creo que jamás lo vi tan señorial y dueño de sí mismo, el verdadero gentleman inglés que me miraba sin demostrar en su rostro arrugado nada más que mudo espanto. Miró también al perro. Luego volvió a estudiarme. Y otra vez al perro.

-¡David, te juro que soy Lestat! -clamé en inglés-. ¡Este es el cuerpo del mecánico! ¡Recuerda la fotografía! James consiguió hacer el cambio. Estoy preso dentro de este físico. ¿Qué puedo decirte para que me creas? Déjame entrar, por favor.

Siguió inmóvil. Pero de pronto se adelantó hasta el portón con paso decidido y rostro insondable.

Casi me desmayo de la alegría. Yo continuaba aferrado con ambas manos a los barrotes, como si estuviera preso; después me di cuenta de que lo estaba mirando a los ojos, que por primera vez éramos de la misma altura.

-No sabes cuánto me alegro de verte, David -exclamé, nuevamente en francés-. ¿Cómo hiciste para entrar? David, soy Lestat. Soy yo. Me crees, ¿verdad? Reconoces mi voz. David, ¡Dios y el diablo en el bar de París! ¿Quién sabe eso más que yo?

Sin embargo, no reaccionó a mi voz; me miraba a los ojos con la expresión de quien cree oír ruidos lejanos. Pero pronto cambió toda su actitud y vi en él evidentes signos de reconocimiento.

-Gracias al cielo -exclamó con un pequeño y muy británico suspiro.

Sacó un estuche del bolsillo y de él una fina pieza de metal que introdujo en la cerradura. Yo, que conocía bastante el mundo, me di cuenta que se trataba de un implemento de ladrones. Me abrió el portón y luego me tendió los brazos.

Nos dimos un abrazo largo, cálido y silencioso, y a mí me costó un gran esfuerzo no soltar alguna lágrima. No con demasiada frecuencia había tocado a ese hombre. Y la emoción del momento me tomó un tanto desprevenido. Recordé la adormilada tibieza de mis abrazos con Gretchen y por un instante, quizá, no me sentí tan solo.

Pero no había tiempo para disfrutar de ese solaz. Me separé sin muchas ganas y una vez más pensé qué espléndido estaba David. Tan impresionante me resultaba, que casi me creía joven como el cuerpo donde me hallaba. Necesitaba mucho a mi amigo.

Todas las pequeñas huellas de la edad, que antes le veía con mis ojos vampíricos, eran invisibles. Las profundas arrugas parecían ser parte de su expresiva personalidad, lo mismo que la luz serena de sus ojos. Se lo veía muy vigoroso ahí parado, con su atuendo característico y la cadenita de oro del reloj sobre su chaleco de tweed. Muy aplomado, muy inteligente, muy solemne.

-¿Sabes lo que hizo el hijo de puta? Me jugó sucio y me abandonó. Y mis compañeros también me abandonaron. Louis, Marius. Me volvieron la espalda. Estoy prisionero en este cuerpo, David. Ven, tengo que comprobar si el monstruo robó en mis aposentos.

Corrí hacia la puerta del departamento casi sin oír las pocas palabras que me contestó David, en el sentido de que no creía que hubiese entrado nadie.

Tenía razón. ¡El canalla no me había desvalijado! Todo estaba exactamente en el mismo lugar, hasta mi viejo sobretodo de pana colgado de un perchero. Estaba el block de papel amarillo donde había hecho unas anotaciones antes de partir. Y la computadora. Ah, tenía que encenderla de inmediato para apreciar la magnitud del robo. A lo mejor mi agente de París, pobre, todavía corría peligro. Debía comunicarme enseguida con él.

Pero me distrajo la luz que entraba por las paredes de vidrio, el apacible esplendor del sol al derramarse sobre sillones y sofás oscuros, sobre la suntuosa alfombra persa con sus guirnaldas de rosas, incluso sobre los pocos cuadros modernos de gran tamaño -todos abstractos furiosos- que hacía mucho había elegido para esas paredes. Me estremecí al contemplar todo eso, maravillándome una vez más de que la iluminación eléctrica no pudiera producir nunca la particular sensación de bienestar que en ese momento me inundaba.

También advertí que había un fuego encendido en la amplia chimenea revestida de cerámicos blancos -obra de David, sin duda-, y me llegó olor a café desde la cocina, habitación en la que rara vez había entrado durante los años que habité esa casa.

En el acto, David balbuceó una disculpa. Ni siquiera había ido a su hotel, por lo ansioso que estaba de encontrarme. Había venido directamente desde el aeropuerto, y sólo salió a comprar unas mínimas provisiones como para pasar la noche de vigilia por si acaso yo daba señales de vida.

-Fantástico. Qué suerte que viniste -dije, y me hizo gracia su cortesía británica. Me alegraba mucho de verlo, y él se disculpaba por haberse puesto cómodo.

Me quité el sobretodo húmedo y me senté ante la computadora.

-Esto me llevará apenas un minuto -anuncié, al tiempo que apretaba las teclas pertinentes-; enseguida te cuento todo. Pero, ¿por qué viniste? ¿Sospechabas lo que pasó?

-Por supuesto. ¿Te enteraste del crimen cometido por un vampiro en Nueva York? Sólo un monstruo pudo haber destrozado esas oficinas. Lestat, ¿por qué no me llamaste? ¿Cómo no me pediste ayuda?

-Un momento. -Ya salían en pantalla las letras y números. Mis cuentas estaban en orden. Si el sinvergüenza hubiera entrado en el sistema, me habrían aparecido señales preprogramadas por todas partes. Desde luego, no había manera de



Librodot

saber con certeza que no hubiera atacado mis cuentas en bancos europeos hasta que yo no pudiera entrar en sus sistemas. Y maldición, no me acordaba de las claves; más aún, me estaba costando manejar hasta los comandos más simples.

-En eso él tenía razón -musité-. Me advirtió que mis procesos del pensamiento no serían iguales. -Salí del programa financiero y pasé al Wordstar, el procesador que usaba para escribir, y redacté una nota para mi agente de París, que al instante le envié mediante el módem telefónico. En ella le pedía un inmediato informe financiero y le recordaba que tomara las mayores precauciones para salvaguardar su vida. Listo.

Me eché contra el respaldo, respiré hondo -lo cual en el acto me produjo un acceso de tos- y noté que David me miraba como si le costara creer lo que veía. De hecho, era casi cómico ver cómo me miraba. Luego posó sus ojos en el perro, que inspeccionaba el lugar perezosamente y de tanto en tanto me miraba para pedir órdenes.

Lo llamé con un chasquido de dedos y le di un fuerte abrazo. David presenció la escena como si fuera la cosa más rara del mundo.

-Dios santo, estás realmente dentro de ese cuerpo; no suelto ahí adentro, sino amarrado a cada célula.

-A mí me lo dices -me lamenté-. Es horrible. Además, los otros se niegan a ayudarme. Me echaron. -Apreté los dientes con indignación. -¡Me echaron! -Lancé un rezongo que inadvertidamente excitó a Mojo, motivándolo para venir a lamerme la cara.

-Claro que me lo merezco -dije, acariciando a Mojo-. Eso tiene el trato conmigo. ¡Siempre me hago acreedor a lo peor! La peor deslealtad, la peor traición, el peor abandono. Lestat el villano. Bueno, a este villano lo dejaron totalmente librado a sus propios recursos.

-Me he vuelto loco tratando de comunicarme contigo -aseguró David con tono a la vez discreto y medido-. Tu agente de París juró que no podía ayudarme. Ya había decidido probar suerte en esa dirección de Georgetown. -Señaló el block de papel amarillo. -Gracias a Dios que estás aquí.

-David, mi peor temor es que los demás hayan aniquilado a James y, junto con él, a mi cuerpo. A lo mejor este físico es el único que me queda.

-No, no lo creo -repuso con convincente ecuanimidad-. Tu ladrón ha dejado un rastro muy visible. Pero ven, sácate esa ropa mojada, que te estás resfriando.

-¿A qué te refieres con eso de "rastro"?

-Tú sabes que nosotros nos mantenemos informados de esos crímenes. Por favor, dame la ropa.

-¿Más crímenes después del de Nueva York? -le pregunté, interesado. Dejé que me llevara hacia la chimenea, feliz de sentir el calorcito. Me quité el suéter y la camisa húmedos. Por supuesto, en los diversos placares no había ropa que me fuera bien de tamaño. Además, caí en la cuenta de que la valija me la había olvidado la noche anterior en lo de Louis. -Lo de Nueva York fue el miércoles por la noche, ¿verdad?

-Mi ropa te va a andar -dijo David, distrayéndome de mis pensamientos, y se dirigió a una gigantesca maleta que había en un rincón.

-¿Qué pasó? ¿Por qué supones que fue James?



Librodot

-Tiene que ser -respondió. Abrió la maleta, sacó varias prendas dobladas y luego un traje de invierno muy parecido al que tenía puesto y todavía en su percha, que colocó sobre la silla más próxima. -Toma, ponte esto. Si no, te vas a morir.

-Oh, David -dije, terminando de desvestirme-, estuve a punto de morir en más de una oportunidad. En realidad, mi breve vida de mortal la pasé siempre al borde de la muerte. El cuidado de este cuerpo me produce asco. No sé cómo ustedes aguantan este ciclo interminable de comer, orinar, moquear, defecar ¡y volver a comer! Si tienes fiebre, dolor de cabeza, ataques de tos y una nariz que te chorrea, ¡se convierte en un infierno! Y los profilácticos, por Dios. ¡Sacarte esas cosas horribles es peor que tener que ponértelas! ¡No sé cómo se me pudo ocurrir que quería embarcarme en esto! Los otros crímenes... ¿cuándo fueron? Es más importante cuándo que dónde.

De nuevo me miraba fijo, tan impresionado que no podía responder. Mojo ahora coqueteaba con él -digamos que lo estaba calificando-, y le lamió amistosamente la mano. David lo acarició con cariño, pero siguió con la mirada posada en mí.

-David -dije, sacándome las medias húmedas-, háblame de los otros crímenes. Dices que James dejó rastros.

-Es todo tan loco. Tengo una docena de fotos de esta cara tuya, pero verte a ti adentro de ella... Nunca lo pude imaginar. En absoluto.

-¿Cuándo atacó por última vez, ese depravado?

-Oh... La última noticia proviene de la República Dominicana. Eso fue... déjame ver... hace dos noches.

-¡República Dominicana! ¿Qué diablos fue a hacer ahí?

-Lo mismo quisiera saber yo. Antes atacó cerca de Bal Harbour, en Florida. En ambas oportunidades fue en un edificio alto, al que ingresó de la misma manera que en Nueva York: atravesando una pared de vidrio. En los tres sitios destrozó los muebles. Arrancó cajas de seguridad empotradas y se llevó oro, piedras preciosas, bonos. Mató a un hombre en Nueva York; el cadáver quedó desangrado por supuesto. Dos mujeres succionadas en Florida y una familia muerta en Santo Domingo, pero allí succionó sólo al padre.

-¡No puede dominar su fuerza! Actúa con la torpeza de un robot.

-Exactamente lo que pensé yo. Lo primero que me llamó la atención fue esa mezcla de destructividad con fuerza bruta. ¡Ese ser es increíblemente inepto! Todo el asunto es muy estúpido. Pero no me explico por qué eligió esos tres sitios para sus robos. -De pronto dejó de hablar y me dio la espalda, casi con timidez.

Me di cuenta de que ya me había quitado toda la ropa y estaba desnudo, lo cual lo volvió extrañamente reservado, a tal punto que casi se sonrojó.

-Aquí tienes medias secas -dijo-. ¿No se te ocurre nada mejor que andar con la ropa empapada? -Me arrojó las medias sin levantar la mirada.

-Yo no sé mucho de nada. Eso es lo que he descubierto. Ahora entiendo por qué te llama la atención lo de los distintos lugares geográficos. ¿Qué necesidad de viajar al Caribe si puede robar todo lo que le dé la gana en los barrios residenciales de Boston o Nueva York?

-Sí, a menos que le esté molestando mucho el frío. ¿Puede ser eso?

-No. Él no lo siente tanto. No es lo mismo.

Me agradó ponerme la camisa y los pantalones secos. Esas prendas sí me iban bien, aunque eran un poco amplias, de un estilo pasado de moda, no entalladas como las usaban los jóvenes. La camisa era gruesa y los pantalones pinzados, pero el chaleco lo sentía cómodo, abrigado.

-No puedo atarme el nudo con estos dedos mortales. Pero, ¿por qué me visto así, David? ¿Nunca usas ropa más informal, como se dice ahora? Dios santo, parece que vamos a un entierro. ¿Por qué tengo que hacerme un lazo alrededor del cuello?

-Porque quedaría muy mal que no lo usaras si te pones traje -me respondió-. Ven, que te ayudo. -Una vez más le noté cierta timidez al acercarse. Comprendí que sentía una gran atracción por mi cuerpo. Mi antiguo físico lo asombraba; éste, en cambio, encendía su pasión. Mientras lo observaba atentamente y sentía el movimiento de sus dedos haciéndome el nudo de la corbata, tomé conciencia de que yo también experimentaba una profunda atracción por él.

Recordé cuántas veces había querido tomarlo, estrecharlo en mis brazos, clavarle lenta, tiernamente los incisivos en el cuello, beberle la sangre. Ahora tal vez podría tenerlo en cierto sentido sin poseerlo, mediante el simple acto humano de enredarme con sus piernas, en cualquier combinación de gestos y abrazos íntimos que a él pudieran gustarle. Y a mí también.

La idea me paralizó y una sensación de frío corrió por mi piel humana. Me sentía unido a él, unido como lo había estado con la infortunada joven a la que violé, con los turistas que paseaban por la nevada ciudad capital, mis hermanos, unido como lo había estado con mi querida Gretchen.

Era tan fuerte esa percepción -la de ser humano y estar con un humano- que, de pronto, y pese a la belleza de la sensación, me dio miedo. Entonces comprendí que el miedo era parte de la belleza.

Oh, sí, yo era mortal como él. Flexioné los dedos y lentamente enderecé la espalda, con lo cual el estremecimiento se tornó en una sensación erótica al máximo.

Alarmado, David se desprendió bruscamente de mí, tomó el saco de la silla y me ayudó a ponérmelo.

-Tienes que contarme todo lo que te pasó -dijo-. Y tal vez dentro de una hora ya nos confirmen desde Londres si el hijo de puta ha vuelto a atacar.

Estiré el brazo, lo tomé del hombro con mi débil mano mortal, lo atraje hacia mí y le di un beso suave en la cara. Una vez más él dio un respingo.

-Déjate de tonterías -exclamó, como quien amonesta a un niño-. Quiero que me cuentes todo. Ahora bien, ¿tomaste ya el desayuno? Necesitas un pañuelo. Aquí tienes.

-¿Cómo vamos a recibir la comunicación de Londres?

-Por fax desde la Casa Matriz al hotel. Ven, vamos a comer algo. Tenemos todo un día por delante para hacer planes.

-Si es que él ya no está muerto -manifesté con un suspiro-. Dos noches atrás, en Santo Domingo... -Una vez más me inundó una apabullante sensación de desesperanza. El delicioso impulso erótico corría peligro.

David sacó una bufanda larga de lana de la maleta y me la puso al cuello.

-¿No puedes hablar a Londres ahora? -quise saber.

-Es un poco temprano, pero puedo intentarlo.

Encontró el teléfono junto al sofá y durante unos cinco minutos conversó con alguien que estaba del otro lado del océano. Aún no había novedades.

Al parecer, las policías de Nueva York, Florida y Santo Domingo no estaban en comunicación entre sí, pues aún no se había establecido una relación entre los crímenes.

-Enviarán la información al hotel por fax, apenas la reciban -me hizo saber no bien cortó-. Vamos allí. Estoy que me muero de hambre. Me he pasado toda la noche aquí, esperando. Ah, el perro... ¿Qué vas a hacer con ese animal tan espléndido?

-Él ya desayunó; se va a quedar muy contento en el jardín de la azotea. Estás ansioso por irte de aquí, ¿no? ¿Por qué no nos acostamos juntos? No entiendo.

-¿Lo dices en serio?

Me encogí de hombros.

-Por supuesto. -¿Si lo decía en serio? Ya me estaba empezando a obsesionar con esa simple posibilidad: hacer el amor antes de que ocurriera ninguna otra cosa. ¡La idea me parecía fantástica!

De nuevo se quedó mirándome como en trance.

-¿Te das cuenta de que tienes un físico estupendo? Es decir... supongo que te habrás dado cuenta de que te han dejado un... hermosísimo cuerpo de hombre.

-No olvides que lo revisé muy bien antes de aceptar el cambio. ¿Por qué no quieres...?

-Has estado con una mujer, ¿verdad?

-No me gusta que me leas los pensamientos. Es mala educación. Además, ¿eso qué te importa?

-Una mujer a la que amabas.

-Siempre he amado a hombres y mujeres por igual.

-Es un uso ligeramente distinto del verbo "amar". Mira, ahora no podemos hacerlo, así que contrólate. Me tienes que contar todo lo de ese tal James. Nos llevará cierto tiempo preparar el plan.

-El plan. ¿Sinceramente piensas que podemos frenarlo?

-¡Desde luego que sí! -Me hizo señas de que nos fuéramos.

-Pero, ¿cómo? -Ya íbamos saliendo.

-Tenemos que observar la conducta de ese ser para saber cuáles son sus puntos fuertes y débiles. Recuerda también que somos dos contra uno, y que le llevamos una enorme ventaja.

-¿Cuál?

-Lestat, quita de tu mente esas imágenes eróticas y vamos ya. No puedo pensar con el estómago vacío, y es evidente que tú no estás razonando como corresponde.

Mojo se acercó al portón con la intención de seguirnos, pero le dije que se quedara.

Le di un beso cariñoso en el costado de su narizota negra. É-l se tendió sobre el suelo húmedo y se limitó a mirarnos con cara de desilusión mientras bajábamos la escalera.

El hotel quedaba a escasas cuadras de distancia, y caminar bajo el cielo azul no era desagradable pese al viento helado. Sin embargo, tenía tanto frío que no quise comenzar el relato. Además, el espectáculo de la ciudad a la luz del día me distraía de mis pensamientos.

Una vez más me impresionó la actitud despreocupada de la gente que se veía de día. Todo el mundo parecía bendecido por esa luz, con independencia de la temperatura. Y al contemplar todo aquello sentí que en mí asomaba cierta tristeza, ya que yo no quería permanecer en ese mundo iluminado, por hermoso que fuere.

No; prefería recuperar mi visión sobrenatural. A mí que me den la misteriosa belleza del mundo nocturno. Devuélvanme mi fortaleza y resistencia preternaturales, y con gusto renuncio para siempre a este espectáculo. El vampiro Lestat... c'est moi.

David avisó en la conserjería del hotel que íbamos a estar en el comedor, que de inmediato le alcanzaran allí cualquier cosa que le llegara por fax.

Nos instalamos en una tranquila mesa con mantel blanco, ubicada en una esquina del inmenso salón antiguo, con sus recargados techos de yeso y cortinados de seda, y comenzamos a devorar el abundante desayuno de Nueva Orleáns, que incluía huevos, bizcochos, carnes fritas y mantecosos cereales.

Tuve que confesar que el problema de la comida había mejorado con el viaje al sur. También me estaba resultando más fácil comer, no me atragantaba tanto ni me raspaba la lengua contra mis propios dientes. El café almibarado de mi ciudad natal superaba toda perfección. Y el postre de bananas asadas con azúcar era como para subyugar a cualquier mortal.

Pero a pesar de tantas tentadoras exquisiteces, y del deseo desesperado de recibir pronto noticias de Londres, en ese momento lo que más quería era relatarle a David mi lamentable historia. A cada momento me exigía detalles, me interrumpía con preguntas, de modo que resultó un informe mucho más pormenorizado que el que le di a Louis, y que también me hizo sufrir muchísimo más.

Resultó muy penoso para mí revivir la ingenua conversación que tuve con James en la casa de Georgetown, confesar que no tuve la precaución de desconfiar de él, que había tenido la vanidad de creer que ningún mortal podía burlarse de mí.

Luego vino la vergonzosa violación, el punzante relato del tiempo que estuve con Gretchen, las pesadillas terribles de Claudia, la separación de Gretchen para volver a buscar a Louis, que entendió mal todo lo que le conté, prefirió dar crédito a su propia interpretación, y no me hizo el favor que le pedí.

Gran parte de mi sufrimiento radicaba en que ya no sentía enojo sino un enorme pesar. Pensé en Louis, pero ya no como la imagen del amante cariñoso al que daban ganas de abrazar, sino la de un ángel insensible que me impedía pertenecer al Misterioso Séquito.

-Entiendo por qué se negó -dije, sintiéndome casi incapaz de tratar ese tema-. Supongo que tendría que haberlo previsto. Y te digo con sinceridad: no creo que persista eternamente en esa actitud para conmigo. Lo que pasa es que se entusiasmó con la sublime idea de que debo salvar mi alma. Es lo que él haría. Sin embargo, en cierto sentido él jamás haría eso. Y nunca me comprendió. Nunca. Por eso es que en su libro me describió tantas veces sin llegar al fondo de

mí. Si sigo preso en este cuerpo, si él llegara a entender que no pienso irme a la selva de la Guayana Francesa a reunirme con Gretchen, creo que con el tiempo va a ceder. A pesar de que le incendié la casa. A lo mejor demora años... ¡Años dentro de este miserable...!

-Te estás enfureciendo de nuevo. Tranquilo. ¿Y qué es eso de que le incendiaste la casa?

-¡Estaba enojado! -exclamé en un nervioso susurro-. Indignado. No, ni siquiera ésa es la palabra.

Pensé que en aquella ocasión no era enojo lo que sentí sino más bien un gran sufrimiento, pero me di cuenta de que no era así. Me puse tan triste que no quise seguir cavilando sobre el tema. Bebí como mejor pude otro vigorizante sorbo de espeso café negro, y pasé a narrar que había visto a Marius a la luz de las llamas. Marius había querido que lo viera. Él ya había emitido su juicio, pero yo sinceramente no sabía cuál era.

Una fría desesperanza me dominó, borró todo rastro de enojo en mí, y me quedé apático mirando el plato, el restaurante ya medio vacío, con sus cubiertos relucientes y las servilletas dobladas como sombreritos en cada lugar. Mis ojos siguieron de largo y se posaron en las luces silenciosas del hall, con esa desagradable tenebrosidad que se cernía sobre todas las cosas, y luego en David, que pese a su carácter, su conmiseración y su encanto, no era el ser maravilloso al que habría visto con mis ojos vampíricos sino tan sólo un mortal más, frágil, que vivía al borde de la muerte como yo.

Me sentía alicaído, triste. No podía seguir hablando.

-Escucha, Lestat. No creo que Marius haya destruido a ese ser. No habría ido a mostrarse ante ti, si hubiese cometido ese acto. No puedo imaginar qué piensa ni qué siente alguien como él; no me imagino siquiera lo que piensas tú, y eso que eres uno de mis amigos más queridos de toda la vida. Pero no creo que lo haya hecho. Se presentó ahí para mostrarte su indignación, para negarte ayuda, y ése fue el juicio que emitió. Pero apuesto a que te está dando tiempo para recuperar tu cuerpo. Y recuerda que, cualquiera sea la expresión que le hayas visto, la percibiste con tus ojos humanos.

-Eso ya lo pensé -repuse, desanimado-. ¿Qué otra cosa puedo creer, salvo que mi cuerpo todavía existe y puedo recuperarlo? No sé darme por vencido.

Me obsequió una encantadora sonrisa llena de cariño.

-Tuviste una estupenda aventura -dijo-. Ahora, antes de que pensemos cómo aprehender al ladrón, quiero hacerte una pregunta. Y por favor, no pierdas los estribos. Me doy cuenta de que no sabes cuánta fuerza tienes en este cuerpo, como tampoco lo sabías del otro.

-¿Fuerza? ¿Qué fuerza? Esto no es más que un montón de nervios y ganglios repulsivos, fofos. Ni menciones la palabra "fuerza".

-Tonterías. Eres un robusto y saludable muchacho de unos noventa kilos, sin un gramo de grasa. Te quedan por delante cincuenta años de vida mortal. Por el amor del cielo, toma conciencia de tus privilegios.

-Está bien, está bien. ¡Es hermoso estar vivo! -susurré, para no gritar-. ¡Y hoy al mediodía podría atropellarme un camión por la calle! ¿No ves, David, que me desprecio a mí mismo por no poder soportar estas simples tribulaciones? ¡Odio ser esta criatura débil y cobarde!

Me apoyé en el respaldo y dirigí mis ojos al techo tratando de no toser, llorar ni estornudar, como tampoco de cerrar la mano derecha en un puño porque corría el riesgo de romper la mesa o golpear alguna pared.

-¡Odio la cobardía! -musité.

-Lo sé -convino de buen grado. Me observó unos instantes en silencio; luego se secó los labios con la servilleta y asió la taza del café. -Suponiendo que James todavía ande por ahí con tu viejo cuerpo -dijo luego-, ¿estás totalmente seguro de que quieres recobrarlo y volver a ser Lestat dentro de ese otro cuerpo?

Me reí para mis adentros.

-¿Cómo quieres que te lo demuestre? ¿Cómo diablos voy a hacer para efectuar de nuevo la transformación? De eso depende que conserve la salud mental.

-Bueno, primero tenemos que ubicar a James. Lo primordial es encontrarlo.. No nos daremos por vencidos hasta que no tengamos la certeza de que no se lo puede hallar.

-¡Dicho por ti parece tan fácil! ¿Cómo se hace semejante cosa?

-Shhh, estás llamando la atención sin necesidad -me regañó, con autoridad-. Bebe el jugo de naranja, que te hará falta. Te pido otro.

-No necesito el jugo de naranja y tampoco necesito más cuidados. ¿De veras sugieres que hay posibilidades de atrapar a ese delincuente?

-Como te dije antes, Lestat, piensa en la limitación más importante que tenías en tu antiguo estado: los vampiros no pueden andar a la luz del día; más aún, de día son seres completamente indefensos. Cierto es que poseen el reflejo de dañar a quienquiera que se atreva a perturbar su descanso. Pero, salvo eso, se hallan indefensos. Y durante unas diez o doce horas deben permanecer en un mismo lugar. Eso nos da una gran ventaja, máxime porque es mucho lo que sabemos sobre el ser en cuestión. Lo único que necesitamos es la oportunidad de enfrentamos con él y confundirlo bastante como para que se pueda hacer la mutación.

-¿Se lo puede obligar?

-Sí. Se lo puede hacer salir de ese cuerpo el tiempo necesario como para que te metas tú en él.

-Tengo que contarte algo, David. Con este cuerpo no tengo ni un solo poder extrasensorial. Tampoco los tenía cuando era un muchacho mortal. No creo que pueda... elevarme y salir de este cuerpo. Lo intenté una vez en Georgetown y no pude mover la carne.

-Cualquiera puede hacer ese truco, Lestat; sólo estabas atemorizado. Y aún llevas dentro de ti algo de todo lo que sabías cuando eras vampiro. Tenías la ventaja de las células preternaturales, sí, pero la mente propiamente dicha no olvida. Es obvio que James trasladó los poderes mentales de un cuerpo al otro, pero seguramente tú también te quedaste con parte de ese conocimiento.

-Sí, reconozco que estaba atemorizado... Después no quise intentarlo más por miedo a no poder volver a entrar en el cuerpo.

-Yo te voy a enseñar a salir del cuerpo y efectuar un ataque concertado sobre James. Recuerda que somos dos, Lestat. El ataque lo haremos juntos tú y yo. Y yo sí tengo notables dones parapsicológicos, para definirlos de una manera sencilla. Puedo hacer muchas cosas.

-David, a cambio de esto seré tu esclavo toda la eternidad. Te daré lo que me pidas. Iré hasta los confines del universo por ti, con tal de que esto se cumpla.

Titubeó como si quisiera hacer algún pequeño comentario jocoso, pero lo pensó mejor y no dijo nada. Luego prosiguió.

-Empezaremos con la preparación cuanto antes. Pero ahora que lo pienso, me parece que lo mejor es obligarlo a salir de golpe. Yo, eso lo puedo hacer incluso antes de que se dé cuenta de que estás tú allí. Cuando me vea a mí, no sospechará. Además, puedo ocultarle mis pensamientos. Y ésa es otra cosa que debes aprender: a disimular tus pensamientos.

-Pero, ¿y si te reconoce, David? Él sabe quién eres, te recuerda. Me habló de ti. ¿Qué le va a impedir que te queme vivo en el instante en que te vea?

-El lugar donde se realice el encuentro. No se va a arriesgar a originar un gran incendio muy cerca de su persona. Además, vamos a atraerlo a un lugar donde no se atreva a demostrar sus dones, para lo cual habrá que pensarlo todo muy bien. Pero eso puede esperar hasta tanto sepamos cómo hacer para encontrarlo.

-Podemos acercarnos a él en una multitud.

-O cuando esté por amanecer, porque no podrá correr el riesgo de producir un incendio cerca de su cueva.

-Exacto.

-Bueno, hagamos un cálculo aproximado de sus poderes a partir de la información con que contamos.

Dejó de hablar un momento cuando el camarero llegó a la mesa con una de esas hermosas cafeteras bañadas en plata que hay en los hoteles de categoría. Siempre tienen una pátina distinta de la de cualquier platería, y pequeñísimas abolladuras. Observé el brebaje negro que salía por el pico.

En realidad yo observaba varias cosas mientras estaba ahí sentado, pese a lo desdichado que me sentía. El sólo hecho de estar con David me daba esperanzas.

David bebió un sorbo del café recién servido cuando el camarero ya se marchaba; luego metió la mano en el bolsillo de su saco y me entregó un bollito de hojas de papel.

-Son las crónicas que sacaron los diarios acerca de los asesinatos. Léelas con sumo cuidado y dime cualquier cosa que se te cruce por la mente.

La primera, titulada "Homicidio vampírico en el centro", me indignó. Se hablaba allí de la injustificable destrucción que me había mencionado David. Tenía que ser torpeza, destrozar mobiliarios tan tontamente. Y el robo... qué insensatez atroz. A mi representante le había quebrado el cuello en el acto de beberle la sangre. Más ineptitud.

-Me llama la atención que hasta pueda usar el don de volar -dije, enojado-. Sin embargo, en este caso atravesó la pared en el piso treinta.

-Eso no significa que pueda usar ese poder en grandes distancias.

-Pero entonces, ¿cómo hizo para llegar de Nueva York a Bal Harbour en una noche? Y lo que es más importante, ¿por qué? Si utiliza vuelos comerciales, ¿qué sentido tiene ir a Bal Harbour en vez de Boston, Los Ángeles o París? Piensa en cuánto podría robar en un museo importante o un inmenso banco. Lo de Santo Domingo no lo entiendo. Aunque domine el arte de volar, no puede resultarle fácil. Entonces, ¿para qué ir a esos sitios? ¿Querrá atacar en lados muy distintos para que nadie relacione los hechos?

-No. Si sólo buscara el secreto, no actuaría de manera tan espectacular. Está cometiendo disparates. ¡Se comporta como si estuviera drogado!

-Así es. Y a decir verdad, ésa es la sensación que uno experimenta al principio. Uno se intoxica con los efectos magnificados de los sentidos.

-¿Podría ser que volara por el aire y atacara simplemente en cualquier lugar adonde lo llevara el viento, que no existiera un plan determinado? -preguntó David.

Pensé en la pregunta mientras leía las demás crónicas, muy frustrado por no poder escrutarlas como podría haber hecho con mis ojos de vampiro. Sí, más torpeza, más estupidez. Cuerpos humanos aplastados con "un instrumento pesado", que desde luego sólo era su puño.

-Le gusta romper vidrios, ¿eh? -dije-. Le agrada sorprender a sus víctimas. Debe disfrutar viendo su miedo. No deja testigos. Roba todo lo que le parece de valor. Y nada de eso es muy valioso. Cómo lo odio. Y sin embargo... yo también he cometido actos igual de terribles.

Recordé las conversaciones con ese depravado. ¡Cómo me dejé engañar por sus modales de caballero! Pero también me vinieron a la mente las descripciones de él que me había hecho David, todo lo que dijo sobre su estupidez y su autodestructividad. Y su torpeza. Cómo pude olvidarlo.

-No -respondí por fin-. No cree que pueda recorrer semejantes distancias. No te imaginas lo aterrador que puede llegar a ser el don de volar. Veinte veces más atemorizante que el viaje fuera del cuerpo. Todos nosotros lo odiamos. Hasta el rugir del viento produce una sensación de impotencia, un abandono peligroso, por así decirlo.

Hice una pausa. Nosotros conocemos ese vuelo en sueños, quizá porque antes de nacer lo conocimos en algún reino celestial que está más allá de esta tierra. Pero no podemos concebirlo como criaturas mortales, y sólo yo podía saber hasta qué punto me había desgarrado el corazón.

-Prosigue, Lestat, te estoy escuchando. Yo te comprendo.

Lancé un pequeño suspiro.

-Yo aprendí ese don sólo porque me encontraba en manos de un vampiro audaz, que no le temía a nada. Algunos de nosotros nunca lo aprenden. No, no creo que domine el arte. Está viajando por cualquier otro medio, y sólo se desplaza por el aire cuando está cerca de la víctima.

-Sí, eso parece cuadrar con las pruebas. Si supiéramos...

Algo lo distrajo de improviso. Un anciano empleado del hotel, de aspecto amable, había aparecido en una puerta lejana y con enloquecedora lentitud enfilaba hacia nosotros trayendo un sobre grande en la mano.

David sacó de inmediato un billete, y lo tuvo preparado.

-Un fax, señor. Acaba de llegar.

-Ah, muchísimas gracias.

Abrió el sobre.

-Te leo -me anunció-. Cable de noticias proveniente de Miami. Una residencia en lo alto de una colina, en la isla de Curaçao. Hora probable: ayer a la noche, pero no se lo descubrió hasta las 4 de la mañana. Cinco personas encontradas muertas.

-¿Dónde carajo queda Curaçao?

-Eso es más desconcertante aún. Se trata de una isla holandesa... bien al sur del Caribe. No le veo sentido en absoluto.

Leímos juntos la noticia. Una vez más, al parecer el móvil había sido el robo. El maleante rompió una claraboya para entrar y demolió el contenido de dos habitaciones. Murió una familia íntegra. La perversidad con que actuó dejó aterrada a toda la isla. Fueron hallados dos cadáveres sin sangre, uno de ellos perteneciente a un niñito.

-¡Este canalla no está sólo viajando al sur!

-Hasta en el Caribe hay lugares más interesantes -comentó David-. ¡Pasó por alto toda la costa de América Central! Ven, vamos a buscar un mapa para analizar sus movimientos. Me pareció ver una oficina de turismo en el hall central. Ahí seguramente tienen mapas. Después llevamos todo a tu casa.

El agente de viajes, un señor mayor de voz refinada, con suma amabilidad buscó unos mapas en el desorden de su escritorio. ¿Curaçao? Sí, en alguna parte tenía unos folletos. De todas las islas del Caribe, no le parecía una de las más atractivas.

-¿Por qué va la gente ahí? -pregunté.

-Bueno, en general no va mucho -confesó, rascándose la calva-. Salvo en los cruceros, por supuesto. En los últimos años han estado haciendo escala en ese puerto. Aquí están. -Me puso en la mano un folleto de un barco pequeño llamado Corona de los Mares, muy bonito en la foto, que recorría todas las islas y hacía su última escala en Curaçao antes de emprender el regreso.

-¡Cruceros! -murmuré mirando la ilustración. Mis ojos se posaron luego en los enormes afiches de barcos que había en las paredes de la oficina. -En su casa de Georgetown tenía muchísimas fotos de barcos -comenté-. David, ¡está viajando por mar! ¿Recuerdas lo que me dijiste acerca de que su padre trabajaba para una empresa naviera? A mí también me mencionó algo así como que quería viajar a Norteamérica en algún transatlántico.

-¡A lo mejor tienes razón! Nueva York, Bal Harbour... -Miró al agente. -¿Los cruceros suelen hacer escala en Bal Harbor?

-En Port Everglades, que queda muy cerca. Pero no muchos zarpan de Nueva York.

-¿No paran en Santo Domingo?

-Oh, sí, ése es un lugar habitual. Todos varían su itinerario. ¿En qué tipo de barco está pensando?

David anotó rápidamente las diversas localidades y las noches en que habían ocurrido los homicidios; sin dar ninguna explicación, desde luego.

Pero luego se mostró abatido.

-No -dijo-, veo que es imposible. ¿Qué crucero podría cubrir el trayecto desde Florida hasta Curaçao en tres noches?

-Bueno, hay uno -intervino el agente-, que casualmente zarpó este último miércoles de Nueva York. Es el buque insignia de la Línea Cunard, el Queen Elizabeth II.

-Ese mismo -confirmé yo-. El Queen Elizabeth II, David, el mismo barco que me mencionó. Tú dijiste que su padre...

-Creía que se lo usaba para cruces transatlánticos.

-No en invierno -repuso afablemente el señor-. Recorre el Caribe hasta marzo. Y es quizá el más veloz que existe, pues alcanza veintiocho nudos. Pero mire, podemos revisar ya mismo el itinerario.

Emprendió otra de esas búsquedas, al parecer inútiles, de papeles en su escritorio, hasta que por último halló un folleto bellamente impreso, que abrió y alisó con la mano.

-Sí, partió de Nueva York el miércoles. Arribó a Port Everglades el viernes por la mañana, zarpó antes de medianoche y prosiguió rumbo a Curaçao, adonde llegó ayer a las cinco de la mañana. Pero no hizo escala en la República Dominicana, así que no sé qué decirle.

-¡No importa; pasó por allí! -exclamó David-. ¡Pasó por la República Dominicana a la noche siguiente! Mira el mapa. No hay duda. Ah, el muy tonto. Prácticamente te lo anticipó, Lestat, con toda esa charla obsesiva. Va a bordo del Queen Elizabeth, el mismo barco que fue tan importante para su padre, el barco donde el viejo pasó su vida.

Agradecimos calurosamente al hombre sus mapas y folletos, y luego salimos a buscar un taxi.

-¡Es tan típico de él! -comentó David en el auto, camino a mi departamento-. Todo lo que hace ese demente es simbólico. ¿Te conté que lo habían despedido del Queen Elizabeth en medio de un escándalo? Ah, estuviste tan acertado. Lo suyo es una obsesión, y él mismo te dio la pista.

-Sí, claro que sí. La Talamasca no lo quiso enviar a América en el Queen Elizabeth II. Y eso nunca te lo perdonó, David.

-Lo odio -articuló, con un ardor tal que me sorprendió, aún teniendo en cuenta las circunstancias en las cuales estábamos involucrados.

-Pero en realidad no es una tontería tan grande, David. ¿No ves que es una cosa astuta, diabólica? Es verdad, sin darse cuenta me dio la clave en esas charlas que tuvimos en Georgetown, y eso podemos atribuírselo a su autodestructividad, porque no creo que haya supuesto que yo me iba a dar cuenta. Además, honestamente, si tú no me hubieras mostrado las noticias que publicaron los diarios sobre los otros asesinatos, a lo mejor nunca se me habría ocurrido esa posibilidad.

-Puede ser. A mí me da la impresión de que quiere que lo pesquen.

-No, David. Se está escondiendo. De ti, de mí, de mis compañeros. Oh, es muy inteligente. Digamos que es un brujo abominable, capaz de ocultarse por completo. ¿Y dónde se oculta? En el atestado mundo de mortales que viaja en las entrañas de un buque veloz. ¡Mira su itinerario! Un barco que navega todas las noches. Sólo de día se queda en los puertos.

-Como quieras -admitió David-, pero para mí sigue siendo un idiota. ¡Y vamos a apresarlo! Ahora bien. Me contaste que le habías dado un pasaporte, ¿no?

-A nombre de Clarence Oddbody, pero seguramente no lo usó.

-Pronto lo sabremos. Yo sospecho que subió al buque en Nueva York de la manera habitual. Para él tiene que haber sido muy importante que se lo recibiera con la debida pompa, reservar la suite más cara y llegar hasta la cubierta superior con los ayudantes haciéndole reverencias. Esas suites son enormes, por lo cual no sería nada llamativo tener ahí un baúl inmenso donde esconderse de día. Ningún camarero lo tocaría.

Ya habíamos llegado de nuevo a mi edificio. David sacó unos billetes para pagar el taxi y enseguida subimos.

No bien entramos en el departamento, nos sentamos con los folletos y los recortes de los diarios, y dedujimos el cronograma con que se habían perpetrado los crímenes.

Resultaba obvio que el malhechor había matado a mi agente de Nueva York escasas horas antes de zarpar la nave. Tuvo tiempo de sobra para embarcar antes de las once de la noche. El homicidio próximo a Bal Harbour se había cometido pocas horas antes de amarrar el buque. Evidentemente utilizaba su capacidad de volar para trayectos cortos, y regresaba a su camarote u otro lugar de escondite antes de la salida del sol.

Para el crimen de Santo Domingo quizá había abandonado el barco durante una hora y lo alcanzó más adelante, en el trayecto hacia el sur. Una vez más, esas distancias no eran nada. Ni siquiera necesitaba una visión sobrenatural para localizar al gigantesco paquebote que surcaba el mar. Los asesinatos de Curaçao se habían llevado a cabo poco después de levar anclas. Probablemente él volvió al barco menos de una hora después, cargado con su botín.

El buque estaba viajando ahora rumbo al norte. Apenas dos horas antes había fondeado en La Guaira, sobre la costa venezolana. Si esa noche cometía algún crimen en Caracas o sus alrededores, sabríamos con certeza que lo habíamos ubicado, pero no teníamos intención de esperar esa ulterior confirmación.

-Bueno, pensemos un plan -dije-. ¿Nos atreveríamos a embarcarnos nosotros mismos en ese barco?

-Tenemos que hacerlo, por supuesto.

-Entonces hay que conseguir pasaportes falsos. Es posible que armemos un gran revuelo. David Talbot no debe quedar implicado y yo no puedo utilizar el pasaporte que él me dio. Además, ni siquiera sé dónde lo dejé. Tal vez esté todavía en la casa de Georgetown. Sólo Dios sabe por qué puso su propio nombre en ese documento, quizá quiera causarme problemas la primera vez que se me ocurriera pasar por una aduana.

-Exacto. Yo puedo ocuparme de la documentación antes de irnos de Nueva Orleáns. Ahora bien, no podemos llegar a Caracas antes de las cinco, hora de partida del buque. No. Tendremos que abordarlo mañana en Grenada. Nos queda tiempo hasta las cinco. Es muy probable que haya camarotes disponibles, porque siempre se producen cancelaciones de último momento y a veces hasta muertes. De hecho, en un barco tan caro como el Queen Elizabeth II siempre hay muertes. Eso James debe saberlo seguro. O sea que, tomando las necesarias precauciones, puede saciar su apetito en el instante que se le ocurra.

-Pero, ¿por qué tiene que haber muertes?

-Por los pasajeros ancianos -respondió David-. Es algo que ocurre en esos viajes. El buque lleva un hospital grande para emergencias. No olvides que un navío de semejante envergadura es un mundo flotante. Pero no importa. Nuestros investigadores aclararán todo. En seguida me comunico con ellos. Será fácil llegar a Grenada desde Nueva Orleáns, y todavía nos va a quedar tiempo para prepararnos.

"Bueno, Lestat, analicemos todo en detalle. Supongamos que enfrentamos a este ser despreciable antes del alba, que conseguimos meterlo de vuelta en este cuerpo y que después no podemos controlarlo. Necesitamos un lugar donde

esconderte a ti... un tercer camarote, reservado bajo otro nombre que no tenga nada que ver con ninguno de nosotros.

-Sí, algo que esté en el medio del buque, en alguna de las cabinas inferiores. No en la de más abajo porque sería demasiado evidente, sino más bien en la mitad, yo diría.

-Pero, ¿con qué velocidad puedes moverte? ¿Podrías bajar en cuestión de segundos hasta esa cubierta?

-Sin duda. Por eso no te preocupes. Y en el camarote tiene que caber un baúl grande. Aunque, en realidad, eso no es fundamental si de antemano he podido colocar una buena cerradura en la puerta, pero no sería mala idea.

-Ah, ya veo, ya veo lo que tenemos que hacer. Tú, descansa, bebe tu café, date una ducha, haz lo que quieras. Yo voy al otro cuarto y hago los llamados necesarios. Como esto tiene que ver con la Talamasca, debes dejarme solo.

-No lo dirás en serio. Quiero escuchar lo que...

-Hazme caso. Ah, y busca quien te pueda cuidar ese bello can (perro) tuyo. ¡Imposible llevarlo con nosotros! Y un perro de ese carácter, no puede quedar abandonado.

Rápidamente se encerró en mi dormitorio para poder hacer por su cuenta los enigmáticos llamados.

-Justo cuando yo empezaba a disfrutarlo... -lamenté.

Salí a buscar a Mojo, que estaba durmiendo en el frío y húmedo jardín de la azotea como si fuera la cosa más natural del mundo. Lo llevé a casa de la mujer de la planta baja. De todos mis inquilinos, era la más afable, y seguramente le vendrían bien doscientos dólares por alojar a un perro manso.

Apenas se lo sugerí, se mostró fuera de sí de alegría. Dijo que Mojo podía usar el patio trasero del edificio, que a ella le hacía falta el dinero y la compañía, y que yo era muy bueno. Tanto como mi primo, el señor de Lioncourt, una especie de ángel guardián suyo que nunca se molestaba en cobrar los cheques con que ella le pagaba el alquiler.

Subí de nuevo al departamento y me encontré con que David seguía con su trabajo y no me dejaba escuchar. Me pidió que preparara café, cosa que por supuesto yo no sabía hacer. Bebí el café viejo y llamé a París.

Me atendió mi representante. Dijo que estaba a punto de enviarme el informe por mí solicitado. Todo andaba bien. No había habido más intentos de robo por parte del ladrón misterioso. El último había ocurrido la noche del viernes. A lo mejor se había dado por vencido. Una cuantiosa suma de dinero me aguardaba en mi banco de Nueva Orleáns.

Le reiteré todas las precauciones que debía tomar y le dije que pronto lo volvería a llamar.

Noche del viernes: quería decir que James había hecho el último intento de robo antes de que el Queen Elizabeth II zarpara de los Estados Unidos. Mientras iba a bordo, no tenía modo de robar por computadora. Y sin duda no planeaba hacerle daño a mi agente de París. Eso, si es que se contentaba con sus breves vacaciones en el Queen Elizabeth. Nada le impedía abandonar el barco cuando quisiera.

Volví a la computadora e intenté ingresar en las cuentas de Lestan Gregor, la persona que supuestamente le había girado los veinte millones al banco de

Georgetown. Tal como suponía, Gregor aún existía pero prácticamente no le quedaba ni un centavo. Saldo de su cuenta: cero. Los veinte millones girados a Georgetown para que los usara Raglan James de hecho habían regresado al señor Gregor el viernes al mediodía, pero de inmediato fueron retirados de su cuenta. La extracción se había organizado la noche anterior. El viernes a las titee el dinero ya se había ido por algún camino imposible de rastrear. Toda la operación figuraba ahí, grabada en diversos códigos numéricos y terminología bancaria, que cualquier tonto podía ver.

Y por cierto había un tonto mirando la pantalla en ese preciso instante.

El abyecto individuo me había advertido que sabía robar mediante la computadora. Sin duda le había sonsacado información a la gente del banco de Georgetown, o bien había violado sus mentes confiadas valiéndose de la telepatía, con el fin de averiguar las claves cifradas que le hacían falta.

Fuese como fuere, él ahora contaba con una fortuna que antes era mía, por lo cual lo odiaba mucho más. Lo odiaba porque había matado a mi agente de Nueva York. Lo odiaba porque en el mismo acto destrozó mis muebles, y por robarse todo lo demás de la oficina. Lo odiaba por su mezquindad y su intelecto, su crudeza y su osadía.

Me quedé bebiendo el café viejo y pensando en lo que nos esperaba.

Por supuesto, comprendía lo que había hecho James, por estúpido que pareciese. Supe desde el primer momento que, en su caso, el hecho de robar tenía que ver con ansias no saciadas de su alma. Y el Queen Elizabeth II había sido el mundo de su padre, el mundo de donde, por habérselo sorprendido robando, se lo había expulsado.

Oh, sí, expulsado, tal como mis compañeros hicieron conmigo. Y qué ansioso por regresar con sus nuevos poderes y su nueva riqueza debe haber estado. Probablemente lo había planeado con lujo de detalles no bien fijamos fecha para efectuar la transmutación. Sin duda, si yo lo hubiera hecho esperar, él habría tomado el barco en algún puerto más adelante. En cambio así, pudo iniciar el viaje a escasa distancia de Georgetown y aprovechó para dar muerte a mi representante antes de zarpar.

Ah, lo recuerdo sentado en esa oscura cocina de Georgetown, mirando a cada rato su reloj. Es decir, este reloj.

David salió por fin del dormitorio, anotador en mano. Estaba todo arreglado.

-No viaja ningún Clarence Oddbody en el Queen Elizabeth, pero un misterioso inglés joven, de nombre Jason Hamilton, reservó la lujosa suite Reina Victoria apenas dos días antes de que el buque zarpara de Nueva York. Por el momento debemos suponer que se trata de nuestro hombre. Recibiremos más información antes de llegar a Grenada. Nuestros detectives ya se encuentran trabajando.

"Para nosotros tenemos reservadas dos suites en la misma cubierta que el amigo misterioso. Nos embarcaremos mañana antes de las diecisiete, que es la hora de zarpar.

"El primero de los vuelos que deberemos tomar parte de Nueva Orleáns dentro de tres horas. Por lo menos una de esas horas la necesitamos para conseguir los pasaportes. Nos los proporcionará un señor que me fue sumamente recomendado y ya nos está esperando. Aquí está la dirección.

-Excelente. Yo tengo aquí suficiente dinero en efectivo.

-Muy bien. Bueno, uno de nuestros investigadores se reunirá con nosotros en Grenada. Se trata de un hombre muy hábil, que durante años ha trabajado conmigo. Él reservó el tercer camarote, interno, en la cubierta cinco. Y se las va a ingeniar para entrar en el camarote modernas armas de fuego, como también el baúl que vamos a necesitar después.

-Esas armas no son nada para un hombre que habite en mi viejo cuerpo. Pero después, por supuesto...

-Exacto -dijo David-. Después de hacerse el cambio, me hará falta un arma para protegerme de este hermoso cuerpo joven que está aquí. -Me señaló con un gesto. -Siguiendo con el plan, luego de embarcarse con todas las de la ley, mi investigador saldrá subrepticiamente pero nos dejará las armas en el camarote. Nosotros cumpliremos con el procedimiento de rigor para embarcarnos, usando los nuevos documentos de identidad. Ah, y ya elegí nuestros nombres, no me quedó más remedio. Espero que no te moleste. Tú serás Sheridan Blackwood, un norteamericano. Yo, un cirujano inglés jubilado, Alexander Stoker. En estas pequeñas misiones, siempre lo mejor es pasar por médico. Ya vas a ver.

-Me alegro de que no hayas elegido H.P. Lovecraft -dije, exagerando un suspiro de alivio-. ¿Tenemos que irnos ya?

-Sí. Ya pedí el taxi. Antes de partir debemos comprar alguna ropa veraniega; si no, vamos a parecer ridículos. No hay un minuto que perder. Y ahora, si con esos fuertes brazos me ayudas con esta maleta, te quedaré eternamente agradecido.

-Qué desilusión.

-¿Por qué? -Se detuvo, me miró y casi en el acto se ruborizó, como le había sucedido antes. -Lestat, no tenemos tiempo para esas cosas.

-Suponiendo que nos salga todo bien, quizá ésta sea nuestra última oportunidad, David.

-De acuerdo; esta noche tendremos tiempo de sobra para hablar de ese tema en el hotel de la playa de Grenada. Según lo rápido que aprendas tus lecciones sobre proyecciones astrales, por supuesto. Y ahora, muestra por favor algo de vigor juvenil de tipo constructivo y ayúdame con la maleta. Tengo setenta y cuatro años.

-Espléndido. Pero antes de partir quiero saber algo.

-¿Qué?

-¿Por qué me estás ayudando?

-Pero si lo sabes, por el amor del cielo.

-No, no lo sé.

Me miró con aire severo un largo instante.

-Porque te tengo cariño -respondió luego-. No me importa en qué cuerpo estés. En verdad te lo digo. Pero te confieso que ese atroz Ladrón de Cuerpos, como tú le llamas, me aterra enormemente.

"Es un necio y siempre provoca su propia ruina. Pero esta vez creo que tienes razón. No tiene tantas ganas de que lo apresen, si es que alguna vez las tuvo. Cuenta con que todo le va a salir bien y quizá pronto se canse del Queen Elizabeth. Por eso debemos actuar. Bueno, recoge ya la maleta. Yo casi me mato subiéndola por la escalera.

Le obedecí.



Librodot

Pero sus palabras cargadas de afecto me ablandaron, me entristecieron un poco, y en el acto mi mente se pobló con una serie de imágenes fragmentarias de todas las pequeñas cosas que podíamos haber hecho en la cama grande y muelle del otro cuarto.

Pero, ¿si el Ladrón de Cuerpos ya había saltado del barco? ¿Y si ya se lo había destruido esa misma mañana, tras haberme mirado Marius con tal desprecio?

-Después seguiremos viaje a Río -anunció David, que ya se dirigía hacia el portón-. Llegaremos justo para el carnaval. Será una linda vacación para los dos.

-¡Me muero si tengo que vivir tanto! -exclamé, mientras me ponía delante de él para bajar la escalera-. Lo que pasa contigo es que te has acostumbrado a ser humano porque lo eres desde hace tanto tiempo.

-Ya estaba habituado cuando tenía dos años de edad -fue su comentario.

-No te creo. Hace siglos que vengo observando a los seres humanos de dos años y te digo que son infelices, David. Corren por todas partes, se caen, viven gritando. ¡Odian ser humanos! A esa altura ya saben que se trata de una especie de juego sucio que les han hecho.

Se rió para sus adentros pero no me contestó. Tampoco quería mirarme.

Cuando, llegamos a la calle ya nos estaba esperando el taxi.

# 20

El viaje en avión habría sido otra pesadilla, pero como estaba tan cansado, dormí. Habían pasado veinticuatro horas desde la última vez que descansé en brazos de Gretchen, y lo cierto es que caí en un sueño tan profundo que, cuando David me despertó para cambiar de avión en Puerto Rico, no sabía dónde estábamos ni qué hacíamos. Y hasta hubo un momento en que me pareció totalmente normal estar dentro de este físico grande y pesado, en estado de confusión e irreflexiva obediencia a las órdenes de David.

Nos salimos a la parte exterior del aeropuerto para el cambio de aviones y más tarde, al aterrizar por fin en el pequeño aeródromo de Grenada, me sorprendió la deliciosa calidez del Caribe y el cielo esplendoroso del atardecer.

Todo el mundo parecía cambiado por el suave bálsamo de las brisas que nos recibieron. Me alegré de haber hecho la incursión por los negocios de la calle Canal de Nueva Orleáns, porque la gruesa ropa de lana que teníamos era inadecuada. Mientras el taxi nos llevaba por un camino angosto y desparejo hacia el hotel situado en la playa, me deslumbraron los hibiscos rojos tras las pequeñas cercas de las casas, el bosque lujuriante que nos rodeaba, los elegantes cocoteros inclinados sobre las destartaladas casas de las laderas, y sentí ansias de ver, no ya con la limitada visión mortal, sino con la luz mágica del sol de la mañana.

Sin lugar a dudas, haber efectuado la transformación en el frío espantoso de Georgetown había tenido algo de penitencia. No obstante, si rememoraba la experiencia, la bellísima nieve blanca, la tibieza de la casa de Gretchen, no me podía quejar. Pero esa isla del Caribe me parecía el mundo verdadero, el mundo para los que realmente estaban vivos. Y me maravillé, como siempre me ocurría

en esas islas, de que pudieran ser tan hermosas, tan cálidas, tan extremadamente pobres.

La pobreza se veía por doquier, en las casuchas de madera construidas sobre pilotes, en los peatones a los costados del camino, en los autos viejos y herrumbrados, en la carencia total del menor signo de riqueza, todo lo cual contribuía a crear una impresión extraña para el visitante y era señal de una existencia dura para los nativos, que nunca habían podido reunir dinero como para salir de ese lugar ni siquiera por un solo día.

El cielo de la noche era de un azul intenso, como suele serlo en esa parte del mundo, incandescente como lo es a veces el de Miami, mientras en el lejano borde del mar fulgurante las nubecitas blancas dan al panorama el mismo aspecto puro y espectacular. Fascinante, y eso no era más que una mínima partícula del gran Caribe. ¿Cómo se me pudo ocurrir nunca habitar en otros climas?

El hotel era apenas una polvorienta casa de huéspedes de estuco blanco con oxidados techos metálicos. Lo conocían sólo unos pocos británicos, era muy tranquilo y contaba con un ala de anticuadas habitaciones que daban a las arenas de la playa Grand Anse. Disculpándose porque los acondicionadores de aire estuvieran descompuestos, y por el escaso tamaño de las habitaciones -deberíamos compartir un cuarto con camas gemelas (casi me da un ataque de risa, mientras David levantaba los ojos al cielo como quejándose de su suerte)-, el propietario nos mostró que el ruidoso ventilador de techo levantaba una hermosa brisa. En las ventanas, viejos postigos con persianitas. Los muebles eran de mimbre blanco, y el piso, de viejas cerámicas.

A mí me pareció simpático, pero sobre todo por el calor dulce del aire que nos rodeaba, por el trozo de jungla que crecía alrededor de la edificación, con sus inevitables hojas de bananero y coronas de novias. Ah, qué bella enredadera. Yo debería tener por norma no vivir en ninguna parte del mundo donde no creciese esa enredadera.

En el acto empezamos a cambiarnos la ropa. Me quité las prendas de lana y me puse la camisa y el pantalón finos que antes de partir había comprado en Nueva Orleáns. Me puse también un par de zapatillas blancas y decidí no perpetrar un atentado sexual en la persona de David, que se cambiaba dándome la espalda. Luego salí, me interné bajo los cocoteros arqueados y bajé a la playa.

La noche era sumamente plácida. Me volvió todo el amor por el Caribe y recuperé también recuerdos alegres y dolorosos. Pero ansiaba ver esa noche con mis viejos ojos, ver más allá de la penumbra cada vez más densa y el manto de sombra que cubría las colinas. Deseaba fervientemente contar con mi sentido preternatural de la audición y captar las suaves canciones de la selva, pasear con velocidad vampírica por lo alto de las montañas para hallar las pequeñas cascadas y valles secretos cómo sólo podía hacerlo el vampiro Lestat.

Experimenté una tristeza abrumadora. Y quizá por primera vez comprendí que todo lo que había soñado sobre la vida mortal había sido mentira. No era que la vida no fuese mágica, que la creación no fuese un milagro, que el mundo no fuese fundamentalmente bueno. El problema era que siempre tomé con tanta naturalidad mis poderes misteriosos, que no me di cuenta del privilegio que significaban. No evalué mis facultades en su justa importancia. Y ahora las quería recuperar.

Había fracasado, ¿no es así? ¡La vida mortal tendría que haber sido suficiente! Alcé la mirada y contemplé las estrellitas, tan crueles como indignas guardianas, y oré a los dioses enigmáticos que no existen para comprender.

Pensé en Gretchen. ¿Habría llegado ya a las selvas y estaría con todos los enfermos que añoraban el consuelo de sus caricias? Qué pena no saber dónde se encontraba.

A lo mejor ya estaba trabajando en el dispensario, con brillantes frasquitos de medicamentos, o bien desplazándose a aldeas vecinas cargada de milagros en su mochila. Recordé la felicidad con que me describió la misión. Evoqué el ardor de esos abrazos, la soñolienta sensación de dulzura, el consuelo que me brindó esa pequeña habitación. Una vez más vi caer la nieve tras los vidrios de las ventanas. Vi los ojazos castaños posados en mí, oí el ritmo pausado de las palabras femeninas.

Y de nuevo reparé en el azul intenso del cielo nocturno sobre mi cabeza. Sentí la brisa que avanzaba sobre mí lo mismo que sobre el agua, y pensé en David; en David que estaba ahí, conmigo.

Lloraba cuando me tocó el brazo.

Por un instante no pude distinguir sus facciones. La playa estaba a oscuras y era tan imponente el ruido de las olas, que nada parecía funcionarme como debía. Después me di cuenta de que era David el que me miraba. Vestido con camisa blanca de algodón, pantalones veraniegos y sandalias, conseguía estar siempre elegante aun con ese atuendo. Amablemente me pidió que volviera a la habitación.

-Llegó Jake -dijo-, nuestro hombre de México. Creo que deberías regresar.

El ventilador de techo producía ruido al funcionar, y el aire atravesaba los postigos cuando entramos en el deslucido cuartito. Los cocoteros dejaban escapar un golpeteo agradable, sonido que subía y bajaba con la brisa.

Jake estaba sentado en una de las angostas y vencidas camitas. Se trataba de un individuo alto, delgado, de pantalones cortos color caqui y remera blanca, que fumaba un oloroso cigarro. Tenía la piel muy bronceada, y una mata informe de tupido pelo rubio entrecano. Su pose era totalmente relajada pero, tras esa fachada, se advertía un ser sumamente atento y desconfiado. Su boca formaba una perfecta línea recta.

Nos dimos la mano y él apenas disimuló el hecho de que me estaba mirando de arriba abajo. Ojos rápidos, sigilosos, parecidos a los de David aunque más pequeños. Sólo Dios sabe lo que vio.

-Bueno, las armas no serán problema -declaró con evidente acento australiano-. En los puertos como éste no hay detectores de metal. Yo me embarcaré a eso de las diez de la mañana; les dejo el baúl y las armas en su camarote de la cubierta cinco y me reúno con ustedes en el Café Centaur, de St. George. Espero que sepas lo que estás haciendo, David, con esto de hacer entrar armas de fuego al Queen Elizabeth II.

-Por supuesto que lo sé -respondió David cortésmente, con una sonrisita divertida-. Bien, ¿qué averiguaste sobre nuestro hombre?

-Ah, sí, Jason Hamilton. Uno ochenta de estatura, tez oscura, pelo rubio más bien largo, ojos azules, penetrantes. Un tipo misterioso. Muy británico, muy gentil. Se corren muchos rumores sobre su verdadera identidad. Deja cuantiosas propinas, duerme de día y al parecer no baja del barco cuando éste toca puerto.

Todas las mañanas entrega al camarero unos paquetitos para que envíe por correo. Eso lo hace muy temprano y después ya desaparece por todo el día. No hemos podido averiguar a qué casilla de correo los remite, pero pronto lo sabremos. Hasta ahora nunca apareció a comer por el restaurante del barco. Se comenta que está gravemente enfermo, pero de qué, no se sabe. Por otra parte, es la imagen de la salud, lo cual sólo contribuye a ahondar el misterio. Es un hombre de buena planta, y usa ropa muy llamativa, al parecer. Juega fuerte a la ruleta y baila durante horas con las mujeres. Más concretamente, parecen gustarle las viejas. Por ese sólo dato podría despertar sospechas, si no fuera tan rico. Pasa mucho tiempo recorriendo el barco y nada más.

-Excelente. Es justo lo que me interesaba saber -acotó David-. Tienes nuestros boletos, ¿no?

El hombre señaló un sobre de cuero negro sobre la cómoda de mimbre. David revisó su contenido e hizo luego un gesto de asentimiento.

-¿Muertes que haya habido hasta ahora en el barco? -quiso saber.

-Ah, eso es sugestivo. Se han producido seis desde que partió de Nueva York, lo que es un poco más de lo habitual. Todas mujeres mayores y, al parecer, de insuficiencia cardíaca. ¿Es éste el tipo de datos que querías?

-Por cierto -contestó David.

El "traguito", pensé yo.

-Ahora tendrías que echar un vistazo a estas armas -prosiguió Jake- y saber manejarlas. -Tomó un gastado bolso de lona que había en el piso, el tipo de bolso en el que uno guardaría armas caras, supuse. Sacó de él un revólver grande Smith & Wesson y una pistolita automática del tamaño de la palma de mi mano.

-Sí, a éste lo conozco -aseguró David, tomando el revólver y apuntando al suelo-. Ningún problema. -Le sacó el cargador y luego volvió a ponérselo. -Pero ruega que no tenga que usarlo. Haría un ruido infernal.

Luego me lo pasó.

-Pálpalo, Lestat -dijo-. Lamentablemente no habrá tiempo para practicar. Yo pedí uno que tuviera gatillo sensible.

-Y éste lo tiene -afirmó Jake, mirándome sin simpatía-, así que tengan cuidado.

-Qué objeto inhumano -comenté. Era muy pesado. Un objeto de destructividad. Hice girar el tambor. Seis balas. Le noté un olor raro.

-Ambos son calibre treinta y ocho -explicó el hombre con cierto desdén. Luego me mostró una cajita de cartón.- Aquí tienen munición suficiente para lo que sea que vayan a hacer en este barco.

-No te aflijas, Jake -manifestó David en tono firme-. Las cosas saldrán a la perfección. Y gracias por tu habitual eficiencia. Ahora ve y pasa una velada agradable en la isla. Te veo en el Café Centaur antes del mediodía.

El tipo me dirigió una mirada de desconfianza, asintió con un gesto, recogió las armas y las municiones -que volvió a guardar en el bolso- y nos dio la mano, primero a mí y luego a David. Acto seguido se marchó.

Aguardé hasta que se hubiera cerrado la puerta.

-Creo que no le caigo bien -dije-. Me culpa de que te haya involucrado en una especie de crimen sórdido.

David dejó escapar una breve risa.



Librodot

-He estado en situaciones mucho más comprometidas que ésta -expresó-. Y si me preocupara por lo que piensan de nosotros nuestros detectives, hace muchísimo que me habría jubilado. Ahora bien ¿qué conclusiones podemos sacar de esta información?

-Bueno, que se está alimentando con las ancianas, y robándolas también. Envía el botín en encomiendas pequeñas para no despertar sospechas. Lo que hace con los objetos de más tamaño nunca lo sabremos. A lo mejor los arroja al mar. Yo supongo que debe tener más de una casilla de correo, pero eso no nos concierne.

-Correcto. Ahora echa llave a la puerta, que ya es hora de practicar algo de brujería. Después vendrá una regia cena. Tengo que enseñarte a ocultar tus pensamientos. Jake pudo leerte con toda facilidad. Lo mismo puedo yo. Si no, el Ladrón de Cuerpos advertirá tu presencia aunque esté doscientas millas mar adentro.

-Yo lo hacía mediante un acto de voluntad cuando era Lestat -aduje-. Ahora no tengo ni la más mínima idea de cómo se hace.

-De la misma forma. Vamos a practicar hasta que ya no pueda leerte ni una sola imagen o palabra. Después nos dedicaremos al tema de viajar fuera del cuerpo. -Miró la hora, gesto que de pronto me hizo recordar a James en aquella cocina. -Pon el cerrojo. No quiero que después aparezca ninguna camarera.

Le obedecí. Tomé asiento en la cama frente a David, que había adoptado una actitud serena aunque dominante. Se arremangó los puños de la camisa almidonada y pude verle el vello oscuro de los brazos. Por el cuello desprendido de la camisa también le asomaba vello oscuro, matizado apenas por algo de gris, como ocurría con su barba. Me resultó imposible creer que tuviera setenta y cuatro años.

-Eso te lo pesqué -comentó, enarcando las cejas-. Te adivino demasiado. Bueno, escucha lo que te digo. Hazte a la idea de que tus pensamientos no deben salir de ti, que no intentarás comunicarte con otros seres por medio de gestos faciales, ni lenguaje del cuerpo de tipo alguno. Créate la imagen de tu mente cerrada, si es preciso. Sí, así está bien. Has puesto la mente totalmente en blanco. Hasta te cambió un tanto la expresión de los ojos. Perfecto. Ahora voy a tratar de leerte. Sigue igual.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos ya dominaba bastante bien la técnica, pero no podía leer en absoluto los pensamientos de David por más que él tratara de proyectármelos. Dentro de este cuerpo, yo no tenía las facultades parapsicológicas de antes. Pero al menos había logrado ocultar los míos, y eso era vital. Seguimos practicando la noche entera.

-Ahora estamos listos para empezar con el viaje incorpóreo -anunció luego.

-Eso va a ser un infierno. No creo que pueda salir de este cuerpo. Como ves, no tengo tus dones.

-Pamplinas. -Se distendió un poco, cruzó los tobillos y se puso más cómodo en el sillón. Pero de alguna manera, con independencia de lo que hiciera, nunca perdía el tono de maestro, de autoridad, de sacerdote. Estaba implícito en su gesticulación, pero sobre todo en su voz.

-Acuéstate en la cama, cierra los ojos y escucha bien lo que te digo.

Hice lo que me indicaba. Y de inmediato me sentí adormilado. Su voz, pese a la suavidad, adquirió un tono más perentorio, como la de un hipnotizador que me instaba a relajarme, a visualizar un doble espiritual de esta forma humana.

-¿Debo representarme la imagen de mí mismo dentro de este cuerpo?

-No; no hace falta. Lo que importa es que tú, tu mente, tu alma, tu yo se vinculen con la forma que visualizas. Ahora imagínala acorde con tu cuerpo, y luego imagina que deseas sacarla de tu cuerpo, ¡que tú quieres elevarte!

Durante treinta minutos continuó con sus pausadas instrucciones, reiterando en su propio estilo las lecciones que durante milenios han enseñado los sacerdotes a los iniciados. Yo conocía la vieja fórmula, pero también conocía la total vulnerabilidad mortal, una aplastante conciencia de mis propias limitaciones y un miedo paralizante.

Llevábamos quizá cuarenta y cinco minutos practicando, cuando por fin alcancé el sutil estado vibratorio en la cúspide del sueño. De hecho, tuve la sensación de que mi cuerpo entero se convertía en ese estado vibratorio ¡y nada más! Y justo cuando me daba cuenta de ello, cuando podría haber hecho algún comentario, sentí de pronto que me desprendía y comenzaba a elevarme.

Abrí los ojos, o al menos pensé que lo hacía. Vi que flotaba justo encima de mi cuerpo; después no vi ni siquiera el cuerpo de carne y hueso. "¡Sube!", me dije, ¡y al instante llegué al techo con la levedad y la rapidez de un globo lleno de gas! No me costó nada darme vuelta y mirar hacia abajo, toda la habitación.

¡Había llegado más arriba de las aspas del ventilador! Y allá abajo se encontraba dormida la forma humana donde con tanto sufrimiento había morado todos esos días. Tenía los ojos cerrados, lo mismo que la boca.

Vi a David sentado en el sillón de mimbre, su tobillo izquierdo apoyado sobre el derecho, las manos laxas sobre sus muslos mientras contemplaba al hombre dormido. ¿Se habría dado cuenta de que lo logré? No alcanzaba a oír las palabras que él pronunciaba. Lo cierto es que yo parecía estar en una esfera totalmente distinta de la de esas dos siluetas sólidas, si bien me sentía total y absolutamente yo mismo.

¡Qué placentera sensación! Se parecía tanto a la libertad de que gozaba como vampiro, que me dieron ganas de llorar. Sentí pena por las dos figuras solitarias de allá abajo. Quise traspasar el techo e internarme en la noche.

Lentamente ascendí, atravesé el techo del hotel, me desplacé y fui a quedar sobre la arena blanca.

Pero ya era suficiente, ¿no? El miedo me atenaceó, el miedo que me invadía antes, cuando realizaba el mismo truco. ¡Qué era lo que me mantenía vivo en ese estado! ¡Necesitaba mi cuerpo! En el acto me desplomé a ciegas y regresé a la carne. Me desperté con un intenso cosquilleo y miré a David, que me devolvió la mirada.

-Lo hice -declaré. Me llenó de espanto verme otra vez rodeado de carne y piel, sentir que los dedos de mis pies cobraban vida dentro de los zapatos. ¡Dios santo, qué experiencia! Y tantos mortales habían tratado de describirla. Y tantos más, en su ignorancia, no creían que semejante cosa pudiera ocurrir.

-Acuérdate de ocultar tus pensamientos -me advirtió él de improviso-. Olvídate del entusiasmo, y ¡cierra tu mente con llave!

-De acuerdo.



Librodot

-Ahora hagámoslo de nuevo.

A medianoche -unas dos horas después- ya había aprendido a elevarme a voluntad. En realidad, eso era como una adicción: la sensación de liviandad, ¡el ascenso como una exhalación! La deliciosa capacidad de atravesar paredes y techos; y después, el repentino retorno. Producía un placer palpitante, puro, luminoso, como el erotismo de la mente.

-¿Por qué no puede el hombre morir de esta manera, David? Es decir, ¿por que no puede simplemente abandonar la tierra y elevarse así hasta los cielos?

-¿Es que viste alguna puerta abierta, Lestat?

-No -repuse amargamente-. Vi este mundo. Tan bello, tan claro. Pero era este mundo.

-Ahora ven, que debes aprender a realizar el ataque.

-Pensé que de eso te encargarías tú. Que de un golpe lo ibas a obligar a salir del cuerpo y...

-Sí, pero ¿si me detecta antes, no me da tiempo de hacerlo y me convierte en una hermosa hoguera? ¿Qué pasaría? No; tú también debes aprender el ardid.

Eso fue mucho más difícil, pues requería lo contrario de la pasividad y relajación que habíamos empleado antes. Tenía que orientar toda mi energía sobre David con el declarado propósito de obligarlo a salir de su cuerpo -fenómeno que no se me permitiría ver realmente- y luego entrar yo en él. La concentración que me exigía era pavorosa. El cálculo del tiempo, fundamental. Y los repetidos esfuerzos me produjeron un nerviosismo tan agotador como el de la persona diestra que trata de escribir a la perfección con la izquierda.

Más de una vez estuve a punto de derramar lágrimas de ira y frustración. Pero David se mostró inflexible: debíamos continuar porque eso se podía hacer. No, de nada serviría una medida doble de whisky. No, no comeríamos hasta más tarde. Tampoco podíamos suspender para ir a caminar por la playa o darnos un chapuzón.

La primera vez que lo logré quedé estupefacto. Avancé a toda velocidad hacia David y sentí el impacto de la misma manera puramente mental en que sentía la libertad del vuelo. Después ya estuve dentro de él, y durante una fracción de segundo me vi a mí mismo a través de las lentes oscuras de los ojos de mi amigo.

Luego experimenté una estremecedora desorientación y un golpe invisible, como si alguien me hubiera apoyado una mano enorme sobre el pecho. Comprendí que él había vuelto y me echaba. Me encontré revoloteando en el aire y por fin de regreso en mi propio cuerpo bañado en transpiración, soltando risas histéricas de la emoción y la fatiga total.

-Eso es todo lo que necesitamos -dijo-. Ahora sé que podemos llevar a cabo el plan. ¡Vamos, otra vez! Lo haremos veinte veces, si es necesario, hasta que nos salga sin errores.

Al quinto ataque que salió bien, permanecí dentro de su cuerpo durante treinta segundos enteros, totalmente fascinado por los diversos sentimientos concomitantes que me invadieron: las piernas más livianas, la visión más defectuosa y el sonido peculiar de mi voz al salir de su garganta. Bajé la mirada, vi sus manos -delgadas, surcadas por venitas- ¡y eran mis manos! Qué difícil me resultaba dominarlas. Incluso una de ellas tenía un marcado temblor que antes jamás le había notado.

Luego vino el sacudón y me encontré volando hacia arriba; luego la caída en picada y entrar de vuelta en el cuerpo de veintiséis años.

Lo habremos hecho unas doce veces antes de que David me anunciara que había llegado el momento de que él resistiera mi embate.

-Ahora debes atacarme con mucho más decisión. ¡Tu objetivo es recuperar el cuerpo! Y seguramente te opondrán resistencia.

Luchamos por espacio de una hora, hasta que por fin, cuando pude hacerlo salir de su cuerpo y mantenerlo afuera durante diez segundos, aseguró que ya era suficiente.

-Él no te mintió en eso de que tus células te iban a reconocer. Te recibirán y tratarán de retenerte. Cualquier humano adulto sabe usar su propio cuerpo mucho mejor que el intruso. Y desde luego, tú sabes usar esos dones preternaturales de formas que él ni se imagina. Creo que podremos hacerlo. Es más, estoy seguro.

-Pero dime una cosa. Antes de que suspendamos, ¿no quieres sacarme de este cuerpo y meterte tú aquí, aunque sea para ver qué se siente?

-No -repuso serenamente-. No quiero.

-¿No sientes curiosidad? ¿No deseas saber...?

Me di cuenta de que yo estaba poniendo a prueba su paciencia.

-A decir verdad, no tenemos tiempo. Y a lo mejor tampoco quiero enterarme. Recuerdo bien mi juventud; casi te diría que demasiado bien. Esto no es un juego. Lo que importa es que ya estás en condiciones de atacarlo. -Miró la hora.- Son casi las tres. Vamos a comer algo y luego a dormir. Nos espera un día intenso, pues habrá que explorar el barco y confirmar nuestros planes. Debemos estar descansados y en pleno uso de nuestras facultades. Ven, vamos a ver qué podemos conseguir para comer y beber.

Salimos y tomamos el sendero que llevaba a la pequeña cocina, una habitación rara, húmeda, algo desordenada. El amable propietario nos había dejado dos platos dentro de la oxidada y ruidosa heladera, como asimismo una botella de vino blanco. Nos sentamos a la mesa y comenzamos a devorar hasta el último bocado de arroz, batatas y carne sazonada, sin importarnos en absoluto que estuvieran muy fríos.

-¿Puedes leerme los pensamientos? -le pregunté luego de haber apurado dos vasos de vino.

-No; ya le tomaste la mano.

-¿Y cómo lo hago cuando esté dormido? El Queen Elizabeth II debe estar a menos de ciento cincuenta kilómetros de aquí. Va a amarrar dentro de dos horas.

-Igual que cuando estés despierto: te cierras totalmente. Porque, tú sabes, nunca estamos dormidos del todo. No lo están ni siquiera quienes se hallan en estado de coma. Siempre puede funcionar la voluntad. Y estas cosas dependen precisamente de la voluntad.

Lo observé, y si bien lo vi cansado, no se lo notaba ojeroso ni en manera alguna debilitado. Su abundante cabellera oscura acentuaba por supuesto la impresión de vitalidad, y sus grandes ojos castaños poseían la misma luz ardiente de toda la vida.

Terminé rápidamente, dejé los platos en la pileta y salí a la playa sin decirle lo que me proponía hacer. Seguro me iba a decir que ahora tenía que descansar, y yo no quería privarme de esa última noche como ser humano bajo las estrellas.

Caminé hasta el borde del mar, me desvestí y me metí en el agua. Me pareció fría pero tentadora; luego estiré los brazos y empecé a nadar. No me resultó fácil, por supuesto, pero tampoco difícil una vez que me resigné al hecho de que los mortales lo hacían de esa manera, brazada por brazada contra el empuje de las olas, dejando que el agua mantuviera a flote esa mole de cuerpo, cosa que éste estaba totalmente dispuesto a hacer.

Nadé hasta muy lejos; luego hice la plancha y contemplé el firmamento, lleno aún de nubecitas blancas. Tuve una sensación de paz pese al frío de mi piel desnuda, pese a la penumbra del entorno y a la extraña sensación de inseguridad que me producía flotar en el mar traicionero. Cuando pensé en volver a mi antiguo cuerpo no pude menos que sentirme feliz, y una vez más me convencí de que en mi aventura humana había fracasado.

No había sido el héroe de mis propios sueños. La vida humana me había resultado demasiado difícil.

Por último, volví a la playa y salí. Recogí mi ropa, la sacudí para quitarle la arena, me la colgué al hombro y regresé a la habitación.

Había una única lámpara encendida sobre la cómoda. David estaba sentado en su cama, la más próxima a la puerta. Tenía puesto sólo un largo saco pijama y fumaba uno de sus pequeños cigarros. Me gustaba ese aroma misterioso, dulzón.

Se lo veía señorial como siempre, con los brazos plegados y los ojos plenos de una normal curiosidad mientras miraba cómo yo tomaba una toalla del baño y me secaba la piel y el pelo.

-Acaban de llamar de Londres.

-¿Novedades? -Me sequé la cara; luego colgué la toalla en el respaldo de una silla. Era un gusto sentir el aire sobre mi piel desnuda, ahora que estaba seca.

-Hubo un robo en las colinas de Caracas. Muy similar a los crímenes de Curaçao. Una enorme residencia con múltiples objetos de arte, alhajas, cuadros. Muchas cosas fueron destrozadas. Sólo se llevaron lo portátil. Tres muertos. Debemos agradecer a los dioses la pobreza de la imaginación humana -por lo mezquinas que son las ambiciones de ese hombre- y que se nos haya presentado tan pronto la oportunidad de aprehenderlo. Con el tiempo, habría tomado conciencia de su monstruoso potencial. Ahora, en cambio, es para nosotros un necio de conducta predecible.

-¿Acaso algún ser utiliza todo lo que posee? -pregunté-. Quizás unos pocos genios conocen sus verdaderos límites. Y los demás, ¿qué hacemos además de protestar?

-No sé -me respondió, y por su rostro cruzó una sonrisita. Sacudió la cabeza como diciendo que no, y desvió la mirada. -Una de estas noches, cuando todo haya terminado, cuéntame de nuevo cómo te resultó la experiencia, cómo pudiste estar dentro de ese bello cuerpo joven y odiar tanto este mundo.

-Te lo diré, pero no lo comprenderás nunca. Estás del otro lado del vidrio oscuro. Sólo los muertos saben lo terrible que es estar vivo.

Saqué una camiseta de algodón de mi pequeña maleta, pero no me la puse. Me senté en la cama, a su lado. Luego le di un beso suave en la cara, como había hecho en Nueva Orleáns, y disfruté la sensación áspera de su barba mal afeitada,

tal como me gustaban esas cosas cuando era realmente Lestat y estaba a punto de beber la fuerte sangre masculina.

Me acerqué más, pero de pronto me tomó la mano y sentí que me apartaba suavemente.

-¿Por qué, David?

No me respondió. Levantó la mano derecha y me retiró el pelo de los ojos.

-No lo sé -pronunció en susurros-. No puedo. Honestamente no puedo.

Se levantó con elegancia y salió a la noche.

Yo estaba tan furioso de pura pasión refrenada, que por un instante no pude reaccionar. Luego salí tras él. Se había alejado un trecho por la arena y se detuvo, como un rato antes había hecho yo.

Me aproximé por detrás.

-Dime por qué no.

-No lo sé -repitió-. Lo único que sé es que no puedo. Créeme que quiero, pero no puedo. Mi pasado... está demasiado fresco. -Dejó escapar un largo suspiro, y durante unos momentos volvió a quedar en silencio. Después prosiguió. -Tengo tan fresco el recuerdo de aquellos días... Me siento como si estuviera de nuevo en la India, o en Río. Sí, en Río. Como si fuera otra vez un hombre joven.

Sabía que la culpa de eso era mía, y que de nada valía pronunciar palabras de disculpa. También percibí algo más: yo era un ser malvado, y aun cuando me hallara dentro de este cuerpo, David captaba esa maldad. David percibía mi intensa voracidad vampírica. Se trataba de una vieja y terrible perversidad. Gretchen no la había sentido porque la engañé con el cuerpo tibio y sonriente. Pero cuando David me miraba, veía al demonio rubio de ojos azules al que tan bien conocía.

Nada dije. Me limité a contemplar el mar. Quiero recuperar mi cuerpo, pensé. A mí, que me dejen ser ese diablo. Aléjenme de esta clase de mezquino deseo, de esta debilidad. Llévenme de vuelta a los cielos misteriosos, que es donde debo estar. De pronto me pareció que mi soledad y mi sufrimiento se volvían más insoportables de lo que eran antes del experimento, antes de venir a habitar en carne más vulnerable. Sí, déjenme salir, por favor. Quiero ser un espectador. ¡Cómo pude ser tan tonto!

Oí que David decía algo, pero no entendí las palabras. Alcé los ojos con lentitud, dejé atrás mis pensamientos, vi que se había dado vuelta para mirarme a la cara y sentí que apoyaba suavemente la mano sobre mi cuello. Quise reaccionar con enojo, decir por ejemplo, "Saca esa mano de ahí", "No me atormentes", pero no abrí la boca.

-No, no eres malvado -murmuró-. El problema soy yo, ¿no te das cuenta? ¡Es mi miedo! ¡No sabes lo que ha significado esta aventura para mí! Poder estar de nuevo en esta parte del gran mundo, ¡y contigo! Te amo. Te amo desesperadamente, como loco. Amo el alma que llevas dentro, y que no es mala. No es voraz, pero es inmensa. Abruma incluso a ese cuerpo joven porque es el alma tuya, feroz, indomable y atemporal, el alma del verdadero Lestat. Yo no puedo entregarme a ella. No puedo... Si lo hiciera, dejaría de ser yo para siempre, como si... como si...

No pudo seguir; estaba demasiado conmovido. Me hizo mucho daño el dolor que trasuntaba su voz, el leve temblor que socavaba la firmeza de su tono. Yo no

podría perdonármelo nunca. Me quedé sentado muy quieto, con la mirada perdida en la tiniebla. Los únicos sonidos eran el ruido de las olas, el golpeteo tenue de los cocoteros. Qué inconmensurables eran los cielos; qué agradables y serenas las horas previas al amanecer.

Recordé el rostro de Gretchen. Oí su voz.

Esta mañana hubo un momento en que pensé que podía abandonarlo todo... sólo para quedarme contigo... Me sentí inundada por esa sensación, tal como antes me ocurría con la música. Y aun ahora, si me dijeras "Ven conmigo", tal vez iría... La castidad significa no enamorarse... Podría enamorarme de ti. Sé que podría.

Después, tras esa imagen ardiente, tenue pero innegable, vi el rostro de Louis, y oí palabras pronunciadas con esa su voz que prefería olvidar.

¿Dónde estaba David? Permítaseme despertar de estos recuerdos. No los quiero. Levanté los ojos y lo vi otra vez, y en él vi la misma dignidad de siempre, la moderación, la fortaleza imperturbable. Pero también el dolor.

-Perdón -me pidió en un susurro. Su voz seguía vacilante pues luchaba por mantener la fachada bella y distinguida. -Cuando bebiste la sangre de Magnus abrevaste en la Fuente de Juvencia, por lo cual nunca vas a saber lo que significa ser viejo como yo. Que Dios se apiade de mí: odio la palabra viejo, pero eso es lo que soy.

-Te comprendo -dije-. No te preocupes. -Me incliné hacia adelante y volví a besarlo. -No te voy a molestar. Vamos, que nos conviene dormir. Te prometo que te voy a dejar en paz.

# 21

-¡Dios santo, David, míralo! -Acabábamos de bajar del taxi en el concurrido muelle. Pintado de color azul y blanco, el Queen Elizabeth II era tan inmenso que no podía entrar en aquel pequeño puerto. Por eso estaba fondeado a unos dos o tres kilómetros de distancia -me costaba precisarlo-, y se lo veía tan monstruosamente grande que parecía un barco salido de una pesadilla, anclado, inmóvil, en una bahía. Sólo las hileras y más hileras de diminutas ventanitas impedían que pareciese el barco de algún gigante.

Con sus reducidas dimensiones, sus colinas verdes y su costa curva, la isla se estiraba hacia la nave como si quisiera achicarla y atraerla, pero en vano.

Verlo ahí me produjo una súbita excitación. Jamás había subido a una motonave moderna. Esa parte iba a ser divertida.

Mientras mirábamos, enfiló hacia el muelle una lanchita de madera, con el nombre del transatlántico pintado en letras destacadas, que transportaba un cargamento de sus numerosos pasajeros.

-Ahí en la proa viene Jake -anunció David-. Ven, vamos al bar.

Caminamos sin prisa bajo el sol ardiente, cómodos con nuestras camisas de manga corta y pantalones veraniegos -turistas al fin-, y pasamos por los puestos donde personas de piel oscura vendían conchas marinas, muñequitas de trapo y



Librodot

otros recuerdos. Que bonita era la isla y sus colinas boscosas tachonadas de pequeñas viviendas. Las construcciones más sólidas de la ciudad de St. George se apiñaban en una pendiente escarpada, hacia la izquierda y lejos del puerto. Todo el paisaje poseía un matiz casi italiano, con esas paredes oscuras, rojizas, y los herrumbrados techos de metal corrugado que bajo el sol candente engañaban la vista, pues parecían techos de tejas. Era un precioso lugar para explorar... en otro momento.

El interior del lóbrego bar estaba fresco; había unas pocas mesas y sillas pintadas de colores chillones. David pidió botellas de cerveza fría, y al cabo de unos minutos entró Jake -vestido con la misma remera blanca y pantalones cortos- eligiendo adrede una silla desde donde pudiera controlar la puerta abierta. Allá afuera, el mundo parecía hecho de agua brillante. La cerveza tenía sabor a malta y era bastante buena.

-Misión cumplida -anunció en voz baja, imperturbable, como si no estuviera con nosotros sino absorto en sus pensamientos. Bebió un sorbo de la botella marrón y luego le pasó a David dos llaves sobre la mesa. -Transporta más de mil pasajeros. Nadie se va a percatar de que el señor Eric Sampson no vuelve a embarcar. El camarote es diminuto, en el sector interior como me pediste, mitad del barco, saliendo del pasillo. Cubierta Cinco, como sabes.

-Excelente. Y conseguiste dos juegos de llaves. Muy bien.

-El baúl está abierto y la mitad del contenido desparramado por el piso. Los revólveres los puse en el baúl, dentro de dos libros que yo mismo ahuequé. Aquí están los cerrojos. Tendrías que poder colocar en la puerta el más grande, sin demasiada dificultad, pero no sé si les va a caer muy bien a los camareros cuando lo vean. Te deseo la mejor de las suertes una vez más. Ah, te enteraste del robo que hubo esta mañana en las sierras, ¿no? Parece que tenemos un vampiro en Grenada. Tal vez debieras pensar en quedarte aquí, David, ya que tanto te atraen estas cosas.

-¿Esta mañana?

-A las tres. En la cima de esas colinas. Fue en una casa grande, de propiedad de una australiana. Todos muertos. Un gran estropicio. No se habla de otra cosa en la isla. Bueno, me voy.

Sólo después de que Jake se hubo ido, volvió a hablar David.

-Esto es malo, Lestat. A las tres de la madrugada estábamos los dos en la playa. Si él percibió aunque sea en mínimo grado nuestra presencia, quizá no esté en el barco. O tal vez se apronte para hacernos frente cuando se ponga el sol.

-Esta mañana él estaba demasiado ocupado. Además, si se hubiera percatado de nuestra presencia, nos habría incendiado el cuartito del hotel. Salvo que no sepa hacerlo, pero eso no lo podemos saber. Embarquémonos de una vez, que ya estoy cansado de esperar. Mira, está empezando a llover.

Recogimos nuestro equipaje, incluso la monstruosa valija que David había traído de Nueva Orleáns, y nos encaminamos deprisa a la lancha. De pronto apareció una multitud de mortales viejos y endebles -saliendo de taxis, cobertizos y pequeñas tiendas de los alrededores-, por lo que demoramos unos minutos en subir a la inestable lanchita y tomar asiento en el banco de plástico, bajo la lluvia.



Librodot

No bien puso proa hacia el Queen Elizabeth II, experimenté la embriagante emoción de ir navegando en ese mar cálido, en una embarcación tan pequeña. Me encantó el movimiento cuando cobramos velocidad.

A David lo vi muy nervioso. Abrió su pasaporte, leyó la información por enésima vez y volvió a guardarlo. Esa mañana, después del desayuno, habíamos estudiado nuestros datos de identidad, pero esperábamos no tener que usar nunca los diversos detalles.

Por si hiciera falta, el doctor Stoker, jubilado ya, estaba de vacaciones en el Caribe, pero se hallaba muy preocupado por su querido amigo Jason Hamilton, que viajaba en la suite Reina Victoria. Les haría saber a los camareros de la Cubierta Insigne que estaba ansioso por verlo, pero por favor, que no le transmitieran su preocupación.

Yo era simplemente alguien a quien él había conocido la noche anterior en el hotel, con el cual había entablado amistad a raíz de que ambos íbamos a viajar en el mismo buque. No debía haber ninguna otra relación entre nosotros, porque, una vez hecho el cambio, James volvería a este cuerpo y quizá David tuviera que estropearlo de alguna manera si no lo podía dominar.

Había más datos, para el caso de que nos interrogaran si se producía algún revuelo. Pero la impresión general era que no se llegaría hasta tal punto.

Por último, la lancha se puso a la par del barco y atracó junto a una amplia abertura en el medio mismo del inmenso casco azul. ¡Qué disparate, lo enorme que parecía visto desde ese ángulo! Sinceramente, me dejaba pasmado.

Casi no lo advertí cuando entregamos los boletos al tripulante encargado de recogerlos. Alguien se ocuparía de nuestro equipaje. Recibimos indicaciones algo imprecisas sobre cómo llegar a la Cubierta Insigne, y nos internamos por un pasillo interminable, de techo muy bajo e innumerables puertas a ambos lados. A los pocos minutos, nos habíamos perdido.

Seguimos caminando hasta que de repente llegamos a un amplio lugar abierto con el piso en desnivel y -nada menos- un gran piano de cola que parecía listo para un concierto. ¡Todo eso en el vientre sin ventanas del barco!

-Es el Salón del Medio -me informó David al tiempo que señalaba un gran diagrama en colores del barco que colgaba de la pared-. Ahora ya sé dónde estamos. Sígueme.

-Qué absurdo es todo esto -comenté, observando la alfombra de intensos colores, los plásticos y cromados que había por doquier-. Qué espanto me parece ver todo sintético.

-Shh, mira que para los ingleses es un gran orgullo; podrías ofender a alguien. Ya no se permite usar madera... por cierta disposición que tiene que ver con los incendios. -Se detuvo ante un ascensor y apretó el botón. -Por aquí vamos a subir a la Cubierta de Botes. ¿No dijo el hombre que buscáramos allí el Bar de la Reina?

-No tengo idea -repuse. Subí al ascensor como un zombi. -¡Esto no tiene nombre!

-Lestat, las motonaves gigantescas existen desde principios de siglo. Se ve que has estado viviendo en el pasado.

En la Cubierta de Botes me encontré con toda una serie de maravillas. Había allí un enorme teatro y un entrepiso entero de elegantes tiendas. Debajo del entrepiso había una pista de baile, con un pequeño estrado para la orquesta y un

sector de mesitas de bar y cómodos sillones de cuero. Los negocios habían cerrado porque el barco estaba en puerto, pero se veía muy bien la mercadería por entremedio de las rejas de protección. En los pequeños escaparates, había expuesta ropa cara, alhajas finas, porcelana, smokings, camisas de pechera almidonada, regalos diversos.

Por todos lados se veía pasear a los pasajeros, en su mayoría hombres y mujeres de avanzada edad con breves atuendos playeros, y muchos se habían reunido en el tranquilo salón de abajo, iluminado por el sol.

-Vamos a las habitaciones -dijo David, llevándome a la rastra.

Al parecer, las suites superiores, hacia donde nos dirigíamos, quedaban un tanto separadas del cuerpo del barco. Tuvimos que entrar en el Bar de la Reina, un local largo y angosto, de agradable mobiliario, reservado con exclusividad para los pasajeros de la cubierta principal, y luego buscar un ascensor casi secreto para llegar a las habitaciones. El bar contaba con grandes ventanales que permitían ver la maravilla del mar azul y el cielo límpido.

Ese sector correspondía a la primera clase en el cruce transatlántico, y aunque ahí, en el Caribe, no se le daba tal denominación, lo cierto es que el salón y el restaurante quedaban aislados del resto de ese mundo flotante.

Por último, aparecimos en la cubierta superior y entramos en un pasillo de decoración más recargada que los de abajo. Se notaba cierto tono art déco en las lámparas de plástico, en la bella terminación de las puertas. La iluminación también era más generosa y alegre. Un afable camarero -de unos sesenta años- salió de una cocinita y nos orientó para llegar a nuestros camarotes, casi en el final del pasillo.

-¿Dónde queda la suite Reina Victoria? -le preguntó David.

El camarero le respondió en el acto, con similar acento británico, que quedaba ahí nomás, y hasta le señaló la puerta.

Al mirarla, sentí que me erizaba. Yo sabía, sin asomo de duda, que el ser despreciable estaba adentro. ¿Qué necesidad tenía de buscarse un sitio más difícil donde ocultarse? Nadie me lo tenía que decir. En esa suite íbamos a encontrar un baúl grande cerca de la pared. Tomé leve conciencia de que David desplegaba todo su encanto y aplomo con el camarero, para explicarle que él era médico y deseaba echar un vistazo cuanto antes a su querido amigo Jason Hamilton. Pero no quería alarmar al amigo.

Claro que no, convino el alegre camarero, quien informó, sin que se lo preguntaran, que el señor Hamilton dormía todo el día. Más aún, en ese preciso momento estaba durmiendo, como lo indicaba el cartelito de "No molestar" colgado del picaporte. Pero, ¿no queríamos ir ya a nuestros cuartos? Casualmente ahí llegaba el equipaje.

Los camarotes me sorprendieron. Vi ambos cuando nos abrieron las puertas, antes de entrar en el mío.

Una vez más me llamó la atención que sólo hubiera materiales sintéticos, puesto que no tenían la calidez de la madera. Pero las habitaciones eran amplias, evidentemente lujosas, y se conectaban por una puerta para convertirse en una suntuosa suite. En ese momento la puerta estaba cerrada.

Ambos cuartos tenían una decoración idéntica, salvo pequeñas diferencias de detalle en el color, y parecían habitaciones de hoteles modernos, con camas bajas de dos plazas, colchas en tonos pastel y cómodas angostas empotradas en las



Librodot

paredes cubiertas de espejos. Estaba el obligado televisor gigantesco y había incluso un pequeño sector para sentarse, con un elegante sofá chico, mesita y sillón tapizado.

Sin embargo, la verdadera sorpresa fueron las terrazas. Una gran puerta corrediza de cristal daba a un pequeño porche privado, de un ancho suficiente como para dar cabida a una mesa y sillas. ¡Qué lujo poder salir, pararse junto a la baranda y contemplar la hermosa isla en la bahía! Y desde luego, eso quería decir que la suite Reina Victoria también tenía terraza, por donde debía entrar la resplandeciente luz de la mañana.

Tuve que reírme para mis adentros al recordar las viejas motonaves del siglo pasado, con sus diminutos ojos de buey. Y aunque me desagradaban los colores pálidos, desteñidos, de la decoración, y la falta total de revestimientos antiguos, empezaba a comprender porqué a James siempre le había fascinado ese pequeño reino tan especial.

Mientras tanto, alcanzaba a oír claramente a David hablando con el camarero; la animada entonación británica parecía agudizarse cada vez que el uno le respondía al otro, hasta que el ritmo de la conversación se volvió tan rápido que me perdí y ya no entendí todo lo que hablaban.

Al parecer el tema era el pobre enfermo, y que el doctor Stoker deseaba entrar silenciosamente para controlarlo mientras él dormía, pero el camarero sentía mucho no poder permitirlo. Lo que el doctor quería era conseguir la llave adicional de esa suite y quedarse con ella para poder seguir de cerca la evolución del enfermo...

Poco a poco, mientras iba desempacando, caí en la cuenta de que la conversación, con toda su lírica amabilidad, iba a desembocar en un soborno. Por último, David expresó con su tono más cortés que comprendía lo incómodo que se sentía el camarero, por lo cual quería darle dinero para que se pagara una buena cena en el primer puerto que tocaran. Y si las cosas salían mal y el señor Hamilton se fastidiaba, David asumiría toda la culpa, diría que la llave la había sacado él de la cocina para no complicar en absoluto al camarero.

Parecía que la batalla estaba ganada, ya que David estaba usando su poder de persuasión casi hipnótico. Sin embargo, el diálogo prosiguió con tonterías tales como que el señor Hamilton estaba muy enfermo, que el doctor Stoker había sido enviado por la familia para que lo cuidara, y que era de suma importancia que pudiera mirarle la piel. Ah, sí, la piel. El camarero entonces debió pensar que se trataba de alguna enfermedad que ponía en peligro la vida y por último confesó que sus compañeros estaban almorzando, que él era el único que quedaba en esa cubierta y que, de acuerdo, aceptaría mirar para otro lado si el doctor le daba la seguridad de que...

-Mi estimado amigo, yo me hago responsable de todo. Ah, y tome esto por las molestias que le he causado. Vaya a cenar en algún lugar lindo... No, no proteste. Ahora deje todo en mis manos.

A los pocos segundos el pasillo había quedado vacío. Con una sonrisa triunfal, David me hizo señas de que fuera a reunirme con él. Me mostró la llave de la suite Reina Victoria, luego cruzamos el corredor y él la puso en la cerradura.

La suite era inmensa, en dos niveles separados por unos cuatro o cinco peldaños alfombrados. La cama se hallaba en el nivel inferior y se la veía muy desordenada; había almohadas metidas entre las sábanas para dar la impresión de que alguien dormía con la cabeza tapada por las mantas.

En el nivel superior estaban los sillones y las puertas que daban a la terraza. Las gruesas cortinas estaban corridas, de modo que casi no había luz. Entramos en silencio, encendimos la luz de arriba y cerramos la puerta.

Las almohadas dentro de la cama eran un ardid excelente para cualquiera que espiara desde el pasillo, pero si uno se acercaba advertía que no había tal truco sino sólo una cama revuelta.

¿Y dónde se hallaba el demonio? ¿Dónde estaba el baúl?

-Ah, ahí, en el extremo de la cama -dije. Lo había confundido con una especie de mesa pues estaba totalmente cubierto con una tela decorativa. Vi entonces que se trataba de un ropero negro de metal con bordes de bronce, de tamaño suficiente como para albergar a un hombre tendido de lado, con las piernas flexionadas. La gruesa tela que lo envolvía sin duda se mantenía firme sobre la tapa con un poquito de adhesivo. Yo mismo había usado el mismo sistema en el viejo siglo.

Todo lo demás estaba inmaculado, aunque los armarios rebosaban literalmente de ropa fina. Revisé rápidamente los cajones de la cómoda pero no encontré documentos importantes. Era evidente que los pocos papeles que necesitaba los llevaba sobre su persona, persona que en esos instantes estaba oculta dentro del baúl. No había joyas ni alhajas escondidas que pudiéramos encontrar. Lo que sí hallamos fue una cantidad de sobres gruesos y grandes, ya franqueados, que el pérfido utilizaba para desprenderse de los tesoros robados.

-Cinco casillas de correo -dije, mientras los revisaba. David anotó todos los números en su libretita con tapas de cuero; luego volvió a guardársela en el bolsillo y miró el baúl.

Le advertí en susurros que tuviera cuidado, porque aun dormido él podía presentir el peligro. Que ni se le ocurriera tocar la cerradura.

David asintió. Se arrodilló en silencio junto al baúl, apoyó suavemente la oreja contra la tapa, y enseguida la retiró con una expresión feroz en el rostro.

-Está ahí adentro con seguridad -declaró, sin quitar los ojos del baúl.

-¿Qué oíste?

-Los latidos de su corazón. Ve y escúchalos tú mismo. Es tu corazón.

-Quiero verlo -dije-. Ponte de este lado, para no estorbar.

-Creo que no deberías.

-Quiero hacerlo. Además, tengo que conocer esa cerradura por si acaso. -Me aproximé al baúl, y no bien vi la cerradura me di cuenta de que nunca había sido usada. O no la podía cerrar telepáticamente o bien nunca se había tomado la molestia. Me paré a un costado, me agaché, tomé la tapa sujetándola por su borde de bronce y la levanté hasta apoyarla contra la pared.

Al golpear contra el panel produjo un sonido ahogado, se mantuvo abierta, y yo me di cuenta de que estaba contemplando una suave tela negra plegada de manera tal de ocultar lo que había debajo. Nada se movió bajo la tela.

¡No saltó ninguna mano blanca para agarrarme del cuello!

Me paré lo más lejos posible, estiré el brazo, manoteé la tela y la retiré produciendo un gran revoloteo de brillosa seda negra. Mi corazón mortal latía desordenadamente y casi pierdo el equilibrio cuando puse un trecho de distancia entre el baúl y yo. Pero el cuerpo que allí yacía, totalmente visible, con las piernas



Librodot

encogidas tal como había imaginado y los brazos plegados alrededor de las rodillas, no se movió.

En realidad, el rostro bronceado parecía el de un maniquí, con los ojos cerrados y el conocido perfil destacado contra el mortuorio acolchado de seda blanca. Mi perfil, mis ojos, mi cuerpo vestido con traje negro de etiqueta -negro vampiro, si se quiere-, con pechera dura y lustrosa corbata negra. Mi pelo, suelto, abundante, dorado bajo la tenue luz.

¡Mi cuerpo!

Y yo, de pie ahí dentro del físico mortal y tembloroso, con ese rollo de seda negra que me colgaba de la mano cual capa de torero.

-¡deprisa! -murmuró David.

En el mismo instante en que esas palabras se formaban en sus labios, advertí que, dentro del baúl, comenzaba a moverse el brazo doblado. El codo se puso rígido. La mano estaba soltando la rodilla que tenía aferrada. De inmediato volví a arrojar la tela sobre el cuerpo y vi que caía de la misma manera informe que antes. Y con un rápido movimiento de mi mano izquierda solté la tapa apoyada en la pared, de modo que se cerró produciendo un ruido sordo.

Gracias a Dios, la tela que recubría el baúl no se enganchó sino que quedó bien colocada, cubriendo la cerradura intacta. Me alejé, casi descompuesto de miedo y asombro, pero fue un alivio sentir que David me apretaba el brazo.

Largo rato nos quedamos ahí en silencio, hasta que tuvimos la certeza de que el cuerpo preternatural descansaba otra vez.

Yo ya había conseguido dominarme y pude echar un último vistazo en derredor. Todavía estaba temblando, aunque muy motivado por las tareas que aún faltaban.

Pese a los gruesos revestimientos de materiales sintéticos, esos aposentos eran desde todo punto de vista suntuosos y representaban el tipo de lujo y privilegio a los que muy pocos mortales podían acceder. Y él, cómo debía haberlo disfrutado. Tanta ropa fina, de etiqueta... Hasta se había dado el gusto de tener sacos de vestir de pana negra, otros del estilo que es más conocido, e incluso una capa de teatro. Había cantidad de lustrosos zapatos en el piso del placard, y una gran variedad de costosos vinos y licores en el mueble-bar.

¿Invitaba a las mujeres allí, a tomar una copa, mientras él bebía su "traguito"?

Miré la amplia pared de vidrio, que llamaba la atención a causa de la franja de luz que se filtraba por los bordes superior e inferior del cortinado. Sólo en ese momento me di cuenta de que ese cuarto miraba al sudeste.

David me apretó el brazo. Quería saber si no podíamos marcharnos ya sin peligro.

Abandonamos de inmediato la Cubierta Insigne sin toparnos de nuevo con el camarero. David llevaba la llave en el bolsillo.

Bajamos a la Cinco, que era la última cubierta de camarotes, aunque no del barco propiamente dicho, y encontramos la pequeña cabina del inexistente Eric Sampson, donde aguardaba otro baúl destinado al cuerpo de arriba cuando volviera a pertenecerme.

Se trataba de un ambiente reducido, sin ventanas. Desde luego, tenía el cerrojo habitual pero, ¿y los otros, los que le habíamos pedido a Jake que trajera? Eran demasiado ostensibles para nuestros fines; sin embargo, noté que la puerta

quedaría infranqueable con sólo apoyar el baúl contra ella. Eso bastaría para impedir la entrada de algún camarero fastidioso, o de James si se las ingeniaba para andar por ahí luego de realizarse la transformación. De ninguna manera podría empujar la puerta. Es más, si yo calzaba el baúl entre la puerta y el extremo de la litera, nadie podría moverla. Excelente. Esa parte del plan ya estaba lista.

Faltaba organizar el regreso desde la suite Reina Victoria hasta esa cubierta, lo cual no sería difícil puesto que en todos los salones, grandes y pequeños, había diagramas del barco.

Rápidamente advertí que el mejor camino interno lo brindaba la escalera A, quizá la única que iba desde la cubierta inferior a la nuestra hasta la Cinco sin interrupción. No bien llegamos al pie de esa escalera comprobé que no me costaría nada lanzarme desde el punto más alto utilizando las barandas, continuas y redondeadas. Subí luego a la Cubierta de Deportes para ver cómo llegar a ella desde la nuestra.

-Oh, tú puedes ir caminando, mi joven amigo -dijo David-. Yo, los ocho pisos los subo por el ascensor.

Cuando volvimos a encontrarnos en la serena luz natural del Bar de la Reina, yo ya tenía calculado el plan completo. Pedimos dos gin tonics -bebida que me resultaba tolerable- y repasamos el proyecto hasta el último detalle.

Por la noche nos ocultaríamos hasta la hora en que James decidiera retirarse a pasar el día. Si venía temprano, aguardaríamos hasta el momento crucial antes de abrir el baúl y encararlo.

David lo estaría apuntando con el Smith & Wesson mientras ambos intentábamos desalojar su espíritu del cuerpo, momento que yo aprovecharía para meterme adentro. El cálculo del tiempo era fundamental. Él ya estaría sintiendo el peligro de la luz solar; ya sabría que no tenía posibilidades de permanecer dentro del cuerpo vampírico. Pero no debíamos darle la oportunidad de causarnos daño.

En caso de que el primer ataque fracasara, le mostraríamos lo insegura que era su posición. Si trataba de eliminar a cualquiera de los dos, bastarían nuestros alaridos para que de inmediato alguien acudiera en nuestra ayuda. Y si quedaba un cadáver, se lo dejaría en el camarote de James. Además, con el tiempo tan contado, ¿adónde podría ir el propio James? Probablemente no supiera cuánto tiempo podía permanecer consciente, puesto que ya estaría saliendo el sol. Me atrevería a afirmar que nunca se había extendido hasta la hora límite, como más de una vez lo hice yo.

Dada su confusión, un segundo ataque daría resultado con toda seguridad. Y mientras David siguiera apuntándole al cuerpo mortal de James con el revólver grande, yo cruzaría -con velocidad sobrenatural- el pasillo de la Cubierta Insigne, bajaría por la escalera interna hasta la cubierta de abajo, la recorrería entera, atravesaría el pasillito y saldría a uno más ancho que hay detrás del Bar de la Reina; allí encontraría el inicio de la escalera A y me lanzaría ocho Pisos abajo hasta la Cubierta Cinco. Al llegar, correría por el pasillo, entraría en el camarote pequeño y atrancaría la puerta. El próximo paso sería empujar el baúl hasta calzarlo entre la cama y la puerta, meterme adentro y bajar la tapa.

Aun cuando me topara con una horda de mortales que me obstaculizaran el camino no demoraría más que unos segundos, y la mayor parte de ese tiempo me hallaría a salvo en el interior del barco, aislado de la luz del sol.

James -de nuevo dentro de este físico, y sin duda furioso- no tendría la menor idea de mi paradero. Por más que redujera a David, no podría localizar mi camarote sin practicar una búsqueda minuciosa, cosa que no estaría en condiciones de realizar. Además, David dirigiría a los guardias de seguridad contra él, acusándolo de todo tipo de sórdidos crímenes.

Por supuesto, mi amigo no tenía intenciones de dejarse reducir. Seguiría apuntando a James con el Smith & Wesson hasta que el barco atracara en Barbados, momento en el cual lo acompañaría hasta la planchada y lo invitaría a bajar a tierra. Luego controlaría que no se le ocurriera regresar. Al atardecer yo me levantaría del baúl para reunirme con David, y juntos disfrutaríamos del viaje hasta el puerto siguiente.

David se echó hacia atrás en su sillón, al tiempo que apuraba el resto de su gin tonic. Era evidente que estaba analizando el plan.

-Te darás cuenta, por supuesto, de que no puedo matar a ese individuo -dijo-. Tenga yo un revólver o no.

-Bueno, claro, no puedes hacerlo a bordo -respondí- porque se oiría el disparo.

-¿Y si él se da cuenta y trata de desarmarme?

-Se hallaría en la misma situación. Supongo que será inteligente y lo sabrá.

-Estoy dispuesto a dispararle si no me queda más remedio. Ese será el pensamiento que me leerá con sus dones parapsicológicos. Si tengo que hacerlo, lo voy a hacer y después formularía las debidas acusaciones, como por ejemplo que lo encontré robando en tu camarote, que yo estaba ahí esperándote cuando él entró.

-¿Y si hiciéramos la transmutación antes del amanecer, así me queda tiempo para arrojarlo al mar?

-No conviene. Hay pasajeros y oficiales por todas partes. Seguramente alguien lo vería, gritaría "Hombre al agua" y se armaría un gran revuelo.

-También puedo partirle el cráneo.

-Entonces yo tendría que esconder el cadáver. No; esperemos que el monstruo se dé cuenta de su buena suerte y baje a tierra de buena gana. No quiero verme obligado a... No me atrae la idea de...

-Lo sé, lo sé, pero podrías limitarte a meterlo en el baúl. Total, nadie lo encontraría.

-Lestat, no quiero asustarte, ¡pero hay razones de peso para que no intentemos darle muerte! Él mismo te las explicó, ¿recuerdas? Amenázalo, y saldrá de ese cuerpo para atacarte de nuevo. De hecho, no le estaríamos dejando otra salida, y por otra parte, prolongaríamos la batalla parapsicológica en el peor momento. No es inconcebible pensar que pudiera seguirte a la Cubierta Cinco y procurara volver a entrar en el cuerpo. Desde luego, sería una tontería que lo hiciera si no tiene un lugar donde ocultarse... pero supongamos que cuenta con un escondite sustituto. Piénsalo.

-En eso quizá tengas razón.

-Tampoco conocemos el alcance de sus poderes paranormales. Y no olvides que su especialidad es precisamente ésa: ¡cambio de cuerpos y posesión! No, no intentes ahogarlo ni matarlo a golpes. Déjalo que vuelva a entrar en ese cuerpo mortal, y yo lo mantendré encañonado hasta que hayas tenido tiempo de desaparecer del panorama. Luego él y yo vamos a conversar sobre el futuro.



Librodot

-Entiendo lo que quieres decir.

-Después, si no tengo más remedio que matarlo de un tiro, lo mato. Luego lo meto en el baúl y confío en que nadie oiga el disparo. Quién te dice... A lo mejor no lo oyen.

-Dios mío, ¿te das cuenta de que voy a dejarte solo con ese monstruo, David? ¿Por qué no lo atacamos juntos apenas se ponga el sol?

-De ninguna manera. ¡Eso implicaría una lucha sin cuartel! Y él puede aferrarse denodadamente al cuerpo, salir volando y dejarnos a bordo de este barco, que estará navegando la noche entera. Ya lo tengo todo pensado, Lestat. Cada parte del plan es fundamental. Tenemos que encararlo en su momento más débil, poco antes del amanecer, y aprovechar cuando el buque esté por atracar, porque él va a estar muy contento de poder desembarcar. Confía en que voy a poder ocuparme de él. ¡No sabes cuánto lo odio! Si lo supieras, tal vez no te preocuparías tanto.

-Ten por seguro que cuando lo encuentre, lo mato.

-Razón de más para que prefiera bajar a tierra. Va a querer sacarte ventaja y yo, además, le aconsejaré que huya deprisa.

-La caza mayor. Me va a encantar. Lo encontraré aunque se oculte en otro cuerpo. Qué hermoso juego va a ser.

David permaneció un momento en silencio.

-Lestat, existe otra posibilidad, por supuesto...

-¿Cuál? No te entiendo.

Desvió la mirada como tratando de elegir las palabras más adecuadas. Luego me miró a los ojos.

-Podríamos destruir a ese ser, ya lo sabes.

-David, ¿estás loco...?

-Entre los dos podríamos hacerlo. Hay formas. Antes de ponerse el sol podríamos aniquilarlo, y tú quedarías...

-¡No sigas! -me irrité. Pero al ver su semblante triste, su inquietud, su evidente confusión moral, lancé un suspiro y proseguí en un tono más calmo. -David, soy el vampiro Lestat. Ese cuerpo al que te refieres es el mío, y vamos a recuperarlo.

No me respondió de inmediato. Luego asintió con energía y musitó:

-Sí, correcto.

Hicimos una pausa, que yo aproveché para repasar cada paso del plan.

Cuando volví a mirarlo, lo noté tan pensativo como antes; más aún, muy absorto.

-Creo que todo va a salir bien -sostuvo-, máxime cuando recuerdo las descripciones que me diste de él en ese cuerpo. Dijiste que se sentía incómodo, torpe. Y, por supuesto, no debemos olvidarnos de la clase de ser humano que es: su verdadera edad, su antiguo *modus operandi*, por así decirlo. Hmmm. No me va a quitar el revólver. Sí, pienso que todo saldrá como lo planeamos.

-Lo mismo digo.

-Y tomando en cuenta todos los factores -agregó-, ¡es la única oportunidad que tenemos!



Librodot

# 22

Durante las dos horas siguientes seguimos explorando el barco. Era de capital importancia que pudiéramos escondernos dentro de él por la noche, hora en que James andaría paseando por las diferentes cubiertas. Teníamos que recorrerlo por ese motivo, aunque debo confesar que, de todos modos, el barco me inspiraba una enorme curiosidad.

Salimos del estrecho Bar de la Reina y regresamos al cuerpo principal del buque, para lo cual tuvimos que pasar frente a numerosas puertas de camarotes antes de llegar al entrepiso circular con su ciudadela de elegantes boutiques. Luego bajamos por una escalera de caracol, cruzamos una amplia pista de baile y arribamos a otros bares y salones, todos alfombrados y con atronadora música electrónica; pasamos por una piscina cubierta alrededor de la cual almorzaban centenares de personas en grandes mesas redondas; salimos a otra piscina, esta vez al aire libre, donde un sinnúmero de viajeros tomaban sol en reposeras, dormitaban o bien leían el diario o pequeños libros encuadernados en rústica.

Pasamos frente a una pequeña biblioteca, llena de silenciosos lectores, y un casino que no iba a abrir mientras el buque no zarpara. Había allí máquinas tragamonedas, apagadas y sombrías, y mesas para jugar al blackjack y a la ruleta.

A continuación, un salón y otro más, uno con ventanas, el otro en la penumbra total, y un hermoso restaurante para pasajeros de mediana categoría al que se accedía por escaleras de caracol. Un tercer salón -también muy atractivo- estaba destinado a viajeros de las cubiertas inferiores. Hacia abajo fuimos, dejando atrás el camarote que era mi escondite secreto. Descubrimos también no uno, sino dos centros de estética corporal, con sus máquinas para sacar músculos y salas para limpiar los poros con chorros de vapor.

Encontramos un pequeño hospital, con enfermeras de blanco y minúsculas habitaciones muy iluminadas; en una esquina, un amplio recinto sin ventanas y, en su interior, varias personas trabajando ante computadoras. Había una peluquería y salón de belleza para mujeres, y otro local similar para hombres. También vimos una oficina de turismo y, en otro momento, algo que parecía ser un banco.

Y siempre caminábamos por pasillos angostos que daban la impresión de no tener fin. Nos rodeaban eternamente paredes y techos de un aburrido tono beige. A continuación de una alfombra aparecía otra de distinto color, tan horrible como aquélla; los chillones diseños modernos se juntaban en los lugares de acceso con tanta violencia que daban ganas de reírse. Perdí la cuenta de las numerosas escaleras de peldaños poco profundos y alfombrados. Me costaba distinguir entre un grupo de ascensores y otro. Dondequiera que posaba los ojos veía puertas numeradas de camarotes. Los cuadros de adorno eran insulsos e imposibles de distinguir uno de otro. A cada rato tenía que consultar los diagramas para saber a ciencia cierta dónde había estado y hacia dónde me dirigía, o bien para salir de algún camino circular por el que pasaba por cuarta o quinta vez.

A David todo eso le resultaba sumamente divertido, sobre todo cuando en cada recodo nos encontrábamos con otros pasajeros perdidos. Por lo menos en seis

oportunidades ayudamos a personas de mucha edad a encontrar determinado sitio. Y después volvíamos a perdernos otra vez.

Por último, no sé por qué milagro pudimos orientarnos, cruzamos el angosto Bar de la Reina, subimos la secreta Cubierta Insigne y llegamos a nuestros camarotes. Faltaba apenas una hora para el crepúsculo, y las gigantescas máquinas ya se habían puesto en funcionamiento.

No bien me hube cambiado para la noche -con remera blanca y traje de verano-, me encaminé a la terraza para ver salir el humo de la enorme chimenea. Todo el barco había comenzado a vibrar por la potencia de las máquinas. Y la tenue luz caribeña se apagaba tras las sierras lejanas.

Un miedo atroz me atenaceó, como si la vibración de los motores me hubiera apresado las entrañas. Pero no tenía nada que ver con eso. Simplemente pensaba que nunca más iba a volver a ver esa intensa luz natural. En el futuro vería la luz de escasos momentos -el atardecer-, pero nunca un manchón de sol sobre el agua, nunca ese brillo áureo en ventanas distantes ni el cielo azul tan límpido en su última hora, tras las nubes movedizas.

Quise aferrarme al instante, saborear cada cambio leve, sutil. Y al mismo tiempo no lo quería. Siglos atrás, no había habido un adiós a las horas del día. Aquel último día fatídico, el sol se estaba poniendo, y hasta este momento no se me había ocurrido pensar que no lo vería nunca más. ¡Ni se me había pasado por la mente!

Era lo más lógico que quisiera quedarme ahí, sintiendo su dulce tibieza, disfrutando esos preciados instantes de luz cabal.

Pero en realidad no lo quería. No me importaba. Había visto la luz en momentos más prodigiosos. Aquello iba a terminar, ¿no? Pronto volvería a ser Lestat, el vampiro.

Entré y crucé lentamente el camarote. Me miré en el espejo grande. Ah, ésta iba a ser la noche más larga de mi existencia, pensé; más larga incluso que aquella terrible noche de frío y enfermedad pasada en Georgetown. ¡Ni quería imaginar qué pasaría si algo salía mal!

David me esperaba en el pasillo con traje de hilo blanco, característico en él. Dijo que debíamos salir de ahí antes de que el sol se ocultara bajo las olas. Yo no estaba tan ansioso, porque no me parecía que ese ser chapucero fuera a saltar del baúl y se internara en el ardiente crepúsculo, como tanto me gustaba hacer a mí. Por el contrario, seguro que, por miedo, aguardaría un rato dentro del baúl antes de salir.

¿Qué haría después? ¿Descorrer las cortinas de su terraza, bajar del buque por esa vía para ir a robarle a alguna pobre familia de la costa lejana? Pero como ya había robado en Grenada, a lo mejor tenía pensado descansar.

Imposible saberlo.

Bajamos de nuevo al Bar de la Reina y salimos a la ventosa cubierta. Muchos pasajeros estaban afuera para ver cuando el barco se alejara del puerto. La tripulación se aprontaba. Una gruesa columna de humo gris brotaba de la chimenea, mezclándose con la luz menguante del cielo.

Apoyé los brazos en la borda y dirigí la mirada hacia la curva de tierra. Las olas, siempre cambiantes, captaban y retenían la luz con mil diferentes matices y grados de opacidad. ¡Pero cuánto más variada y translúcida me parecería mañana por la noche! Sin embargo, al contemplarla ahora, se me borró toda idea



Librodot

de futuro. Me abandoné a la majestad pura del mar, a la luz de un rojo ígneo que bañaba y alteraba el azul del cielo infinito.

A mi alrededor, los mortales parecían aplacados. Se conversaba poco. La gente se reunía en la ventosa popa para rendir homenaje a ese instante. La brisa allí era sedosa, fragante. El sol naranja oscuro, simple ojo que parecía espiarnos desde el horizonte, de pronto se hundió, no se lo vio más. Una gloriosa explosión de luz amarilla tiñó el borde inferior de las cuantiosas nubes, mientras un resplandor rosado subía y subía, internándose en los cielos infinitos y brillantes. Y a través de esa sublime niebla de color aparecieron los primeros parpadeos de las estrellas.

El agua se tornó oscura; las olas chocaban con fuerza contra el casco. Me di cuenta de que la nave ya se movía. Y de improviso dejó escapar un potente silbido, un grito que arrancó miedo y excitación de mis entrañas. Tan lento y uniforme era su movimiento, que me vi obligado a no apartar los ojos de la costa para medirlo. Estábamos girando hacia el oeste, internándonos en la luz que moría.

David tenía la mirada vidriosa. Su mano derecha aferraba la baranda. Contemplaba el horizonte, las nubes y, más allá, el rosa intenso del cielo.

Quise decirle algo, algo importante que le transmitiera el profundo amor que me embargaba. De pronto tuve la sensación de que el corazón se me partía, me volví lentamente hacia él y apoyé mi mano izquierda sobre su derecha, apoyada en el parapeto.

-Lo sé -dijo en susurros-. Créeme que lo sé. Pero ahora tienes que ser inteligente. Guárdatelo en tu interior.

Oh, sí, bajar el velo, convertirme en uno de los tantos centenares que están aislados, en silencio. Quedarme solo. Y ése, mi último día de mortal, había tocado a su fin.

Otra vez sonó la vibrante sirena. El barco casi había terminado de dar la media vuelta y avanzaba hacia mar abierto. El cielo se oscurecía deprisa, se acercaba la hora de bajar a alguna de las cubiertas inferiores y de buscar un rinconcito en algún salón ruidoso donde nadie reparara en nosotros.

Eché una última mirada al cielo, noté que había desaparecido toda la luz, total e irremediablemente, y me entró frío en el corazón. Pero yo no podía lamentar la falta de luz; no podía. Lo único que mi alma monstruosa anhelaba era recuperar mis facultades vampíricas. No obstante, la tierra misma parecía exigirme algo mejor: que llorara por aquello a lo que había renunciado.

No pude hacerlo. Sentía tristeza, y me pesaba el fracaso aplastante de mi aventura humana mientras seguía ahí parado sintiendo la brisa tibia.

La mano de David me tironeó suavemente del brazo.

-Sí, entremos -acepté, y le di la espalda al delicado cielo del Caribe. Ya había caído la noche. Y mis pensamientos se hallaban con James, sólo con él.

Oh, cómo deseaba poder verlo levantarse de su escondite de seda. Pero sería demasiado peligroso. No existía ningún sitio desde donde pudiéramos observarlo sin correr riesgos. Lo único que podíamos hacer era ocultarnos.

Con la llegada de la noche, el barco mismo cambió.



Librodot

Vimos al pasar, en las pequeñas tiendas rutilantes del entrepiso, una actividad ruidosa y febril. Abajo, hombres y mujeres ataviados con telas refulgentes ya iban ocupando sus lugares en el teatro.

En el casino, las máquinas tragamonedas habían cobrado vida con luces centelleantes, y un gentío se agolpaba entorno a la ruleta. Las parejas de ancianos bailaban al ritmo de una música suave y lenta interpretada por una orquesta en el umbrío salón de la Reina.

Una vez que encontramos un rinconcito apropiado en el lóbrego Club Lido, y que pedimos algo de beber, David me ordenó que me quedara ahí mientras él se iba solo a la Cubierta Insigne.

-¿Por qué? ¿Qué es eso de que me quede solo? -reaccioné indignado.

-Si él te llega a ver, te reconoce en el acto -dijo, como restándole importancia, con la actitud de quien le habla a un niño. Luego, calzándose un par de anteojos negros, agregó: -En mí no va a reparar.

-Está bien, jefe -acepté con fastidio. ¡Me molestaba tener que esperar ahí mientras él salía de aventura!

Me volví a echar hacia atrás en el sillón, bebí otro antiséptico sorbo de mi gin tonic y me esforcé por ver en medio de la molesta oscuridad a las parejas jóvenes que se movían contra las luces titilantes de la pista iluminada eléctricamente. El elevado volumen de la música me resultaba insoportable. Pero la vibración sutil del gigantesco paquebote, deliciosa. Ya estábamos avanzando. En realidad, cuando miré más allá de ese pozo de sombras artificiales, a través de una de las numerosas puertas de vidrio, alcancé a ver que el cielo lleno de nubes, luminoso aún por el resplandor del atardecer, pasaba raudo junto a la nave.

Un barco extraordinario, pensé; eso debía admitirlo. A pesar de sus lucecitas chillonas y sus horribles alfombras, no obstante sus techos bajos, opresivos, y los numerosos y aburridos salones, seguía siendo un barco maravilloso.

Me hallaba cavilando al respecto, tratando de no enloquecer de impaciencia -más aún, de verlo todo desde la óptica de James-, cuando me distrajo a lo lejos la aparición de un muchacho rubio, hermosamente bronceado. Llevaba ropa de etiqueta, salvo un incongruente par de anteojos de color violeta. Me quedé un rato contemplando con deleite su apariencia cuando de pronto, horrorizado, caí en la cuenta de que ¡me estaba mirando a mí mismo!

Era James, con su traje negro de etiqueta y camisa almidonada, que escudriñaba el lugar tras unas modernas gafas y lentamente se encaminaba al salón donde yo me encontraba.

El dolor que me oprimía el pecho fue intolerable. En mi ansiedad, comencé a sentir que me temblaban todos los músculos. Levanté la mano para sostenerme la frente e incliné una pizca la cabeza, al tiempo que volvía a mirar hacia la izquierda.

¡Pero cómo no iba a divisarme con esos poderosos ojos preternaturales! La oscuridad no era un obstáculo para él. Con seguridad percibiría el aroma a miedo que emanaba de mí, ya que en ese momento estaba transpirando.

Pero no me vio. De hecho, se había sentado en el bar dándome la espalda y movió la cabeza a la derecha. Yo sólo alcanzaba a verle la línea de la mejilla y la mandíbula. Cuando vi que adoptaba un aire de tranquilidad total, noté también que estaba posando, con el codo izquierdo apoyado sobre la madera lustrada, la



Librodot

rodilla derecha apenas flexionada, y el taco calzado en el apoyapiés de bronce de su banqueta alta.

Movía levemente la cabeza siguiendo el ritmo de la música. Y emanaba de él un gran orgullo, la satisfacción genuina de ser lo que era y estar donde estaba.

Respiré hondo. Del otro lado del amplio salón, lejos de él, vi que la figura inconfundible de David se detenía un instante en la puerta abierta y luego seguía su camino. Gracias a Dios había divisado al monstruo, que a todo el mundo debía parecerle ya tan absolutamente normal como a mí (salvo por su llamativa belleza).

Cuando volví a sentir miedo, me obligué a imaginar un empleo que no tenía, una ciudad en la que nunca había vivido. Pensé en una novia de nombre Bárbara, bellísima y cautivante, y en una pelea entre nosotros que desde luego nunca tuvo lugar. Llené mi mente con tales imágenes y un millón de cosas más: peces tropicales que algún día me gustaría tener en una pecera, decidir si me convenía, o no, ir a ver el espectáculo del teatro.

El ser no se percató de mí; casi diría que no reparaba en nadie. Había algo casi conmovedor en su forma de sentarse, con el rostro algo levantado, al parecer disfrutando de ese pequeño salón oscuro, común y por cierto que bastante feo.

Le encanta, me dije. Estos salones públicos, con su plástico y su oropel, representan el pináculo de la elegancia y le fascina la sola idea de estar aquí. Ni siquiera desea que se fijen en él. No repara en nadie que pudiera prestarle atención. Es un pequeño mundo en sí mismo, del mismo modo que lo es este barco, que avanza raudamente por cálidos mares.

Pese a mi miedo, aquello me pareció de pronto algo conmovedor y trágico. Y me pregunté si yo no habría dado también una impresión de fracaso a los demás cuando tenía esa otra forma. ¿No me veían los otros como un ser igualmente triste?

Temblando con todo el cuerpo, tomé el vaso y apuré la bebida como si fuera remedio. Me oculté de nuevo tras las imágenes fabricadas, las usé para disfrazar mi temor y hasta me puse a tararear un poco al compás de la música, mientras observaba con aire casi ausente el juego de las luces coloreadas sobre esa hermosa cabellera rubia.

De repente se bajó de la banqueta y, enfilando hacia la izquierda, atravesó muy despacito el oscuro bar, pasó a mi lado sin verme y se encaminó hacia las luces más intensas que rodeaban la piscina techada. Levantaba el mentón y daba pasos lentos y prudentes como queriendo hacer ver que le costaban, y giraba la cabeza a diestra y siniestra mientras observaba el espacio que iba atravesando. Después, de la misma manera cautelosa -más indicativa de debilidad que de fuerza- empujó la puerta de vidrio que comunicaba con la cubierta y se sumergió en la noche.

¡Yo tenía que seguirlo! Sabía que no debía, pero sin darme cuenta ya me había levantado, la cabeza llena de la misma nube de falsa identidad, y lo seguí, eso sí, me detuve del lado de adentro de la puerta. Alcancé a verlo muy lejos, en el extremo mismo de la cubierta,, con los brazos apoyados en la barandilla mientras el viento impetuoso le desordenaba el pelo. Estaba mirando el firmamento y una vez más se lo notaba lleno de orgullo y satisfacción, feliz con el viento y la oscuridad, quizás, y meciéndose levemente como suelen hacerlo los músicos ciegos cuando interpretan su música, como si apreciara cada instante que transcurría dentro de ese cuerpo, lleno de simple y puro regocijo.



Librodot

De nuevo me inundó la sensación de que lo reconocía. ¿Les habría parecido yo el mismo tonto inservible a quienes me habían conocido y condenado? Oh, qué ser lamentable, haber pasado su vida preternatural en este sitio tan artificioso, con sus pasajeros viejos y tristes, en camarotes de chillona elegancia, aislados del gran universo de verdaderos esplendores que yacía más allá.

Sólo al cabo de un largo rato inclinó en tanto la cabeza y recorrió con su mano derecha la solapa de su saco, tranquilo, complacido como gato que lame su propio pelo. ¡Con cuánto cariño acariciaba ese trozo de tela sin importancia! Gesto que, más que ningún otro de los suyos, transmitía con absoluta elocuencia la totalidad de la tragedia.

Después miró a derecha e izquierda, y al ver sólo a dos personas que, a lo lejos, escudriñaban en otra dirección, ¡de pronto se elevó por los aires y desapareció!

Desde luego, no es que hubiera desaparecido, sino simplemente que iba desplazándose por los aires. Y yo me quedé temblando tras la puerta de vidrio, observando el lugar que había quedado vacío, sintiendo el sudor que me corría por la cara y la espalda. David me susurró algo al oído.

-Ven, amigo; vamos a cenar al restaurante de la Reina.

Giré y vi la expresión forzada de su rostro. Por supuesto, James todavía estaba a una distancia desde la que podía oírnos, captar cualquier cosa fuera de lo común sin tener siquiera que proponérselo deliberadamente.

-Sí, el restaurante de la Reina -dije, haciendo esfuerzos para no pensar en lo que anoche nos había dicho Jake, en el sentido de que el tipo tenía que presentarse a una comida en ese mismo lugar-. No tengo mucha hambre, pero es aburrido quedarse aquí, ¿verdad?

David temblaba igual que yo. Pero también se le notaba un gran entusiasmo.

-Te cuento -me dijo, siguiendo con el mismo tono falso mientras volvíamos a cruzar el salón rumbo a la escalera-. Están todos de rigurosa etiqueta, pero a nosotros tienen que servirnos igual porque acabamos de embarcamos.

-No me importa ni aunque estén todos desnudos. Va a ser una noche infernal.

El famoso restaurante de primera clase era un poco más tranquilo y civilizado que los otros recintos que habíamos pasado. Estaba todo puesto con tapizados blancos y laca negra, y me pareció muy agradable el caudal de cálida luz. La decoración me pareció algo fría, la misma impresión que me causaba todo lo del barco; sin embargo no se podía decir que fuese fea. Y la comida era excelente.

Pasados veinticinco minutos desde que el pájaro levantara vuelo, me atreví a deslizar varios comentarios.

-¡No puede usar ni el diez por ciento de su fuerza porque le aterra!

-Estoy de acuerdo. Está tan asustado que hasta camina como si estuviera ebrio.

-En efecto; tú lo has dicho. No estaba ni a tres metros de mí, David, y no se percató de mi presencia.

-Lo sé, créeme que lo sé. Ay, Lestat, cuántas cosas no te he enseñado. Hace un momento te estaba observando, aterrado de que se te ocurriera practicar alguna picardía telekinésica, viendo que yo no te había dado instrucciones para defenderte de él.

-David, si de verdad él quisiera usar sus facultades, yo no podría hacer nada para impedírselo. Pero ya ves que no las sabe usar. Y si lo hubiera intentado, yo



Librodot

me habría cerrado por instinto, porque precisamente eso es lo que me estuviste haciendo practicar.

-Es verdad. Todo es cuestión de usar las mismas estratagemas que sabías y comprendías cuando te hallabas dentro de la otra forma. Anoche me dio la sensación de que tus mayores éxitos los lograste cuando te olvidabas de que eras mortal y volvías a comportarte como antes.

-Puede ser, pero te confieso que no lo sé. ¡Lo que fue verlo dentro de mi cuerpo!

-Shh, termina tu última comida y no levantes la voz.

-Mi última comida. -Contuve una risita. -Me voy a dar un festín con él cuando lo agarre. -Luego callé, porque tomé la desagradable conciencia de que estaba hablando de mi propia carne. Miré la mano larga, de piel morena, que sostenía el cuchillo de plata. ¿Sentía yo el menor afecto por ese cuerpo? No. Quería recuperar el mío, y no soportaba la idea de que debería esperar unas ocho horas para que volviera a ser mío.

No lo vimos más hasta pasada la una.

Sabía que me convenía evitar el pequeño Club Lido pues era el mejor lugar para bailar, cosa que a él le gustaba, y el ambiente era bastante oscuro. Preferí deambular por los salones más grandes, siempre con anteojos oscuros y el pelo engominado con un fijador que un joven camarero me consiguió. No me molestaba haber arruinado así mi apariencia, pero ello me daba un aspecto anónimo, y en consecuencia ganaba en tranquilidad.

Cuando volvimos a divisarlo se hallaba en uno de los pasillos externos, a punto de entrar en el casino. Esa vez fue David el que no aguantó y fue tras él para mirarlo de cerca.

Me dieron ganas de recordarle que no debíamos seguir a ese monstruo. Lo único que teníamos que hacer era dirigirnos a la suite Reina Victoria a la hora adecuada. El pequeño diario de a bordo, que ya había sacado la edición del día siguiente, traía la hora exacta en que saldría el sol: las 6,21. Me reí al verla, pero también es verdad que ya no podía determinar esas cosas tan fácilmente como antes. Bueno, a las 6,21 de la mañana volvería a ser el que siempre fui.

Por último David regresó a su sillón y tomó el diario que había estado leyendo sin cesar.

-Se encuentra en la ruleta, y está ganando. ¡El muy tonto usa sus poderes parapsicológicos para jugar!

-Sí, sigue diciendo eso. ¿Por qué no hablamos ahora de nuestras películas preferidas? Últimamente no he visto nada del actor holandés Rutger Hauer, y lo extraño.

David soltó una risita.

-A mí también me gusta mucho -confesó.

A las tres y veinticinco, seguíamos conversando pausadamente, cuando de pronto vimos pasar de nuevo al apuesto señor Jason Hamilton. Tan lento, tan soñador, tan predestinado al fracaso. David amagó con levantarse y seguirlo, pero apoyé mi mano sobre la suya.

-No hace falta, amigo. Faltan tres horas nada más. A ver, cuéntame la trama de Cuerpo y alma, esa vieja película -¿recuerdas?- que trataba sobre aquel boxeador... ¿no era allí que se mencionaba al tigre de Blake?

A las seis y diez, la luz lechosa ya teñía el firmamento. Era el momento exacto en el que yo solía buscar mi lugar de descanso, y me costaba creer que él no hubiera buscado el suyo aún. Teníamos que encontrarlo dentro de su lustroso baúl negro.

No lo veíamos desde las cuatro y pico, hora en que se hallaba en la pequeña pista del Club Lido, bailando a su típica manera de borracho con una diminuta mujer canosa de vestido rojo. Nos ubicamos a cierta distancia, fuera del bar, apoyando la espalda contra la pared, y desde allí escuchamos el ritmo ágil de su voz, oh, tan británica. Después nos marchamos deprisa.

Se acercaba el momento. Ya no huiríamos más de él. La larga noche estaba a punto de concluir. Varias veces pensé que en pocos minutos podía morir, pero semejante reflexión jamás en la vida me había disuadido de nada. Si hubiera pensado que podía pasarle algo a David, entonces sí, habría perdido el valor.

Nunca había visto tan decidido a mi amigo. Acababa de sacar el revólver grande del camarote de la Cubierta Cinco y lo llevaba en el bolsillo del saco. Dejamos abierto el baúl, listo para mí, y en la puerta ya colocado el cartelito de "No molestar" para evitar que acudieran los camareros. También resolvimos que, luego del cambio, yo no debía llevarme el revólver negro pues entonces quedaría en manos de James. No echamos llave a la puerta del pequeño camarote. En realidad las llaves estaban adentro, porque tampoco podía arriesgarme a llevarlas encima. Si algún camarero comedido trababa la puerta por fuera, me obligaría a accionar la cerradura con mi mente, cosa no muy difícil para el viejo Lestat.

Lo que sí llevaba en el bolsillo era el pasaporte falso a nombre de Sheridan Blackwood, y dinero suficiente como para que el tonto huyera al lugar del mundo que quisiera. El barco ya estaba entrando en el puerto de Barbados. Dios mediante, no le insumiría mucho tiempo atracar.

Tal como esperábamos, no había nadie en el ancho pasillo iluminado de la Cubierta Insigne. Se me ocurrió que el camarero estaba dormitando tras las cortinas de la cocinita.

En silencio avanzamos hasta la puerta de la suite Reina Victoria, David colocó la llave y enseguida entramos. El baúl estaba abierto y vacío. Las luces, todas encendidas. El sinvergüenza no había vuelto todavía.

Sin articular palabra, fui apagándolas una por una, caminé hasta la puerta que daba a la terraza y descorrí las cortinas. El cielo tenía todavía el color azul de la noche, pero a cada instante se volvía más claro. Una bella y suave luminosidad inundó la habitación, que sin duda le quemaría en los ojos apenas él la viera y le causaría un gran dolor en su piel expuesta.

Debía estar por regresar, a menos que tuviese otro escondite que nosotros ignorábamos.

Volví a la puerta de entrada y me paré a su izquierda. Allí él no me vería, porque cuando empujara la puerta ella misma me taparía. David había subido los escalones hasta la salita elevada, se hallaba con la espalda hacia la pared de vidrio y de frente a la puerta del camarote, sosteniendo el arma fuertemente con ambas manos.

De pronto oí pasos rápidos que se aproximaban. No le hice señas a David porque noté que él también los había oído. Venía casi corriendo. Me sorprendió su audacia. Entonces David levantó el revólver y apuntó a la puerta cuando la llave ya giraba en la cerradura.



Librodot

Se abrió la puerta contra mi cuerpo, y James la cerró de un golpe al tiempo que entraba tambaleándose en la habitación. Con el brazo se tapaba los ojos para protegerse de la luz que entraba por la pared de vidrio, mientras murmuraba una maldición contra los camareros que no habían cerrado las cortinas como les había ordenado.

Con su torpeza característica, enfiló hacia los peldaños y se paró en seco al ver que David lo apuntaba desde arriba.

-¡Ya! -gritó mi amigo.

Me lancé sobre él con todo mi ser; la parte invisible de mí se elevó de mi cuerpo mortal y se precipitó con fuerza incalculable sobre mi antigua forma, pero en el acto fui arrojado hacia atrás. Volví a entrar en el cuerpo mortal, pero lo hice con tanta rapidez que el cuerpo mismo, derrotado, se azotó contra la pared.

-¡De nuevo! -gritó David, pero una vez más salí repelido con apabullante rapidez y me costó un esfuerzo volver a dominar las pesadas piernas humanas para quedarme erguido.

Vi que sobre mí aparecía mi viejo rostro de vampiro, enrojecidos los ojos azules, entrecerrándose a causa del resplandor cada vez más intenso de la habitación. ¡Oh, yo sabía lo que estaba sufriendo! Conocía ese estado de confusión. El sol quemaba su piel tierna, que nunca había cicatrizado del todo desde la experiencia en el Gobi. Probablemente ya sintiera débiles las piernas con el entumecimiento inevitable del día naciente.

-Bien, James, el juego ha terminado -clamó David con evidente furia. ¡Use el cerebro!

Al oír la voz de David, el ser se volvió como si se cuadrara; luego se acobardó, siempre protegiéndose los ojos de la luz, cayó sobre la mesita de luz, cuyo material plástico, al deshacerse, produjo un ruido horrible. Cuando se dio cuenta del destrozo que había causado, intentó volver a mirar a David, que daba la espalda al sol.

-¿Ahora qué piensa hacer? -exigió saber David-. ¿Adónde puede ir? ¿Dónde puede esconderse? Si nos mata, registrarán este camarote no bien encuentren los cadáveres. Se acabó, amigo mío. Ríndase.

James dejó escapar un profundo gruñido y agachó la cabeza como un toro enceguecido que se apresta a lanzarse a la carga. Vi que cerraba los puños y me inundó la desesperación.

-Entréguese, James -lo instó David.

Aproveché que el individuo soltaba una andanada de insultos para arrojarme nuevamente sobre él, movido no sólo por el coraje y la humana voluntad sino también por el pánico. ¡El primer rayo caliente de sol cruzó por el agua! Dios mío, era ahora o nunca, y no podía darme el lujo de fallar. Lo embestí con fuerza, sentí una sacudida eléctrica paralizante al atravesarlo y luego no pude ver nada más. La sensación era como si una gigantesca aspiradora me chupara, obligándome a bajar y bajar, hundiéndome en las tinieblas mientras gritaba "¡Sí, me meto dentro de él, dentro de mí mismo! ¡Dentro de mi cuerpo, sí!" Quedé, entonces, mirando de frente una llamarada de luz áurea.

El dolor en los ojos me resultaba insoportable. Era el calor del Gobi. Era la gran iluminación final del infierno. ¡Pero había conseguido mi propósito! ¡Estaba dentro de mi propio cuerpo! Y esa luminosidad era el sol que salía y escaldaba mis manos y cara maravillosas, preciadas, preternaturales.



Librodot

-¡David, hemos triunfado! -grité, y las palabras me salieron con un extraño volumen. Me levanté de un salto del piso, al que me había caído, en posesión una vez más de la gloriosa fuerza y rapidez de otrora. Enceguecido, corrí hacia la puerta y tuve una última visión fugaz de mi antiguo cuerpo humano cuando, en cuatro patas, trataba de llegar a los escalones.

Llegado al pasillo, la habitación virtualmente explotó de luz y calor. No podía quedarme allí ni un minuto más, aunque oí el disparo ensordecedor del potente revólver.

-¡Dios te ayude, David! -musité. Al instante me hallaba al pie del primer tramo de escalera. Por suerte la luz del sol no penetraba hasta ese pasaje interior, pero mis piernas ya se estaban debilitando. Cuando se disparó el segundo tiro, yo ya había saltado la baranda de la escalera A y me arrojé hasta la Cubierta Cinco, donde eché a correr.

Alcancé a oír un disparo más antes de llegar al reducido camarote, pero, oh, tan débil. La bronceada mano que abrió la puerta casi no pudo hacer girar el picaporte. Ya me enfrentaba de nuevo al peligro de un resfrío, como si estuviera paseando por las nieves de Georgetown. Pero la puerta se abrió y caí de rodillas dentro de la habitación. Aunque me hubiera desplomado, ya estaba a salvo de la luz.

Con un último esfuerzo de voluntad cerré la puerta, corrí el baúl hasta su lugar y me derrumbé en su interior. Después, lo único que pude hacer fue estirarme para aferrar la tapa. Sentí que caía y se cerraba, pero ya no pude sentir nada más. Permanecí inmóvil, mientras un áspero suspiro partía de mis labios.

-¡Dios te ayude, David! -repetí. ¿Por qué había abierto fuego? ¿Por qué? ¿Y por qué tantos disparos de un arma tan potente? ¿Cómo podía el mundo no oír los tiros de un revólver tan ruidoso?

Pero no había fuerza que me permitiera acudir en su ayuda. Se me estaban cerrando los ojos, hasta que por fin quedé flotando en la oscura penumbra de terciopelo que había dejado de habitar desde aquel fatídico encuentro en Georgetown. Todo había terminado, yo era de nuevo el vampiro Lestat, y ninguna otra cosa importaba ya. Ninguna.

Creo que mis labios formaron nuevamente la palabra "David", como si fuera una plegaria.

No bien me desperté, presentí que David y James no estaban en el barco. No sé muy bien cómo lo sabía, pero lo cierto es que lo sabía.

Luego de acomodarme un poco la ropa y disfrutar unos momentos de frívola felicidad al mirarme en el espejo y flexionar mis maravillosos dedos de manos y pies, salí para cerciorarme de que ninguno de los dos estaba en el barco. A James no pensaba encontrarlo, pero a David... ¿qué le había sucedido luego de disparar el revólver?

¡Con seguridad que tres balas tenían que haber matado a James! Y desde luego, todo había ocurrido en mi camarote -de hecho encontré en mi bolsillo mi pasaporte a nombre de Jason Hamilton-, de modo que me encaminé a la Cubierta Insigne con la mayor cautela.

Los camareros iban de aquí para allá para entregar bebidas y arreglar las habitaciones de los que ya se habían aventurado a salir por la noche. Utilicé toda mi habilidad para moverme rápidamente entre el pasaje y entrar sin, que me vieran, en la suite Reina Victoria.

Se notaba a las claras que ya la habían ordenado. El baúl negro que James usaba de ataúd estaba cerrado y cubierto con la tela alisada. Habían retirado la mesa de luz rota, pero quedó una marca en la pared.

No había sangre en la alfombra. Es más, no se veía la menor huella de la horrenda lucha que había tenido lugar. Y a través de los vidrios de la terraza pude advertir que estábamos saliendo del puerto de Barbados bajo un glorioso velo crepuscular, y avanzábamos hacia mar abierto.

Me asomé un instante a la terraza, sólo para contemplar la noche infinita y sentir una vez más la alegría de mi vieja visión vampírica. A lo lejos, en la costa, distinguí un millón de minúsculos detalles que jamás habría podido ver un mortal. Tanto me fascinó experimentar la antigua levedad física, la sensación de gracia y destreza, que me dieron ganas de ponerme a bailar. Me habría encantado hacer un zapateo americano en un costado del buque, luego en el otro, todo el tiempo cantando y haciendo chasquear los dedos.

Pero no tenía tiempo para esas cosas. Primero debía averiguar qué había pasado con David.

Abrí la puerta, crucé el pasillo y rápida, silenciosamente, destrabé la cerradura del camarote de David. Después, con un repentino arranque de velocidad sobrenatural, entré sin que me vieran quienes andaban por allí.

Todo había desaparecido. Incluso habían higienizado ya el camarote para un nuevo pasajero. Obviamente habían obligado a David a abandonar el buque. ¡A lo mejor ahora estaba en Barbados! De ser así, lo encontraría enseguida.

Pero, ¿y el otro cuarto, el que pertenecía a mi antigua identidad mortal? Abrí la puerta de comunicación sin tocarla, y comprobé que también la habían vaciado y limpiado.

Qué hacer. No deseaba permanecer en ese barco más de lo necesario, ya que apenas me descubrieran me convertiría por cierto en el centro de la atención general. La debacle se había producido en mi camarote.

Oí el paso fácilmente identificable del camarero que tanto nos había ayudado antes, y abrí la puerta justo cuando él pasaba por allí. Noté que al verme se llenaba de excitación y perplejidad. Le hice señas para que entrara.

-¡Señor, lo están buscando! ¡Pensaron que había bajado en Barbados! Debo dar aviso de inmediato a seguridad.

-Oh, cuénteme lo que pasó -dije, mirándolo fijo a los ojos. Noté que el hechizo surtía efecto, pues adoptó una actitud de entrega y confianza total.

Al amanecer se había producido un desagradable incidente en mi camarote. Un británico de edad avanzada -que, dicho sea de paso, antes había asegurado ser mi médico- efectuó varios disparos, sin que ninguno diera en el blanco, contra un joven asaltante que -declaró- había intentado matarlo. En realidad, no se había podido localizar al asaltante pero, por la descripción que brindó el caballero inglés, se pudo establecer que el joven había ocupado precisamente el camarote ése donde nos encontrábamos, y que se había embarcado utilizando un nombre falso.

Pero lo mismo había hecho el caballero inglés. La confusión de nombres era parte importante del embrollo. El camarero no sabía todo lo sucedido, salvo que habían arrestado al caballero, obligándolo a bajar a tierra.

El camarero estaba intrigado.

-Creo que fue un alivio para todos que lo hicieran bajar. Pero debemos llamar al jefe de seguridad, señor. Están muy preocupados por usted. Me extraña que no lo hayan detenido cuando volvió a embarcarse en Barbados. Lo han estado buscando el día entero.

Yo no estaba muy seguro de querer soportar miradas incisivas por parte de los funcionarios de seguridad, pero el tema quedó rápidamente decidido cuando en la puerta de la suite aparecieron dos hombres de uniforme blanco.

Di las gracias al camarero, me acerqué a los dos señores y los invité a pasar, hecho lo cual me ubiqué en la zona más oscura, como era mi costumbre en encuentros de esa naturaleza. Además, les pedí que me disculparan por no encender las lámparas, pero la luz que entraba por la puerta de la terraza era suficiente, expliqué, teniendo en cuenta el mal estado de mi piel enferma.

A ambos los noté muy desconfiados, por lo que tuve que volver a utilizar la persuasión de mi hechizo al hablar.

-¿Qué pasó con el doctor Alexander Stoker? -pregunté-. Es mi médico personal, y me preocupa su suerte.

Fue evidente que el más joven, hombre de rostro muy colorado y acento irlandés, no creyó lo que yo le decía y presintió algo raro en mi forma de hablar y conducirme. Mi única esperanza era poder sumirlo en la confusión para que se quedara callado.

Pero el otro, un inglés alto e instruido, fue mucho más fácil de embaucar, y comenzó a contarme todo sin segundas intenciones.

Parece ser que el doctor Stoker no era tal, sino un inglés de nombre David Talbot, que se negó a confesar por qué había usado un nombre falso.

-¡Imagínese, ese señor Talbot llevaba un arma en el barco! -exclamó el alto, mientras su compañero seguía mirándome con suspicacia-. Claro que esa organización de Londres, la Talamasca o como se llame, pidió muchas disculpas y quiso enmendar todo. Por último, el asunto lo arregló el capitán con unas personas de la oficina central de Cunard. Como el señor Talbot empacó sus cosas y accedió a que se lo acompañara a tomar un avión que partía de inmediato a los Estados Unidos, no se le hizo una denuncia penal.

-¿A qué lugar de Estados Unidos?

-A Miami, señor. Casualmente yo mismo lo llevé. A toda costa quiso enviarle un mensaje a usted: que se reuniera con él en Miami, a su conveniencia. Creo que en el hotel Park Central... Me repitió varias veces el recado.

-Entiendo. ¿Y el hombre que lo atacó, el que lo obligó a disparar su arma?

-No lo hemos podido encontrar, señor, aunque es indudable que varias personas lo habían visto antes a bordo ¡acompañado por el señor Talbot! Casualmente aquél era su camarote, y creo que usted estaba ahí conversando con el camarero cuando llegamos.

-Todo esto me desconcierta mucho -expresé con mi tono más convincente-. ¿Usted cree que ese muchacho de pelo castaño ya no está a bordo?

-Casi podríamos asegurarlo, señor, aunque, por supuesto, es imposible practicar una búsqueda minuciosa en un buque como éste. Las pertenencias de ese señor estaban aún en el camarote cuando lo abrimos. Tuvimos que abrirlo porque el señor Talbot insistía en que había sido atacado por ese joven, ¡y además dijo que este último también viajaba con nombre supuesto! Tenemos su



Librodot

equipaje en custodia, desde luego. Si me acompaña al despacho del capitán, tal vez podría aclararnos...

Me apresuré a afirmar que no sabía nada del asunto, pues no había estado en mi cuarto en el momento del hecho. El día anterior había bajado en Grenada, y no me enteré nunca de que se hubiesen embarcado ninguno de esos dos hombres. Y esa mañana había salido a pasear por Barbados, por lo que no supe nada sobre el tiroteo.

Pero toda esa conversación mía fue una pantalla para seguir usando con ellos la persuasión, y convencerlos de que debían dejarme solo para yo poder cambiarme y descansar un rato.

Cuando cerré la puerta, luego de que se marcharon, supe que se dirigían a la oficina del capitán y que regresarían en cuestión de minutos. En realidad no importaba. David estaba a salvo, pues abandonó el buque y viajó a Miami, donde debía reunirme con él. Eso era lo único que quería saber. Gracias a Dios había podido partir de Barbados enseguida. Porque sólo Dios sabía dónde podía estar James en esos momentos.

En cuanto al señor Jason Hamilton, cuyo pasaporte llevaba yo en el bolsillo, todavía le quedaba un ropero lleno de prendas en esa suite, y mi intención era apropiarme rápidamente de algunas. Me saqué el arrugado traje de etiqueta y el resto de mi atuendo para la noche, y me puse pantalón, camisa de algodón y un saco decente de hilo. Desde luego, todo estaba hecho a la medida perfecta para ese cuerpo. Hasta los zapatos de lona me resultaron muy cómodos.

Llevé conmigo el pasaporte y una considerable suma de dólares norteamericanos que había encontrado en la vieja ropa.

Luego volví a salir a la terraza y permanecí inmóvil bajo la caricia de la brisa, mientras mis ojos somnolientos recorrían el mar, de un azul intenso y luminoso.

El Queen Elizabeth II avanzaba a los famosos veintiocho nudos, y las olas transparentes se estrellaban contra su proa majestuosa. La isla de Barbados había desaparecido por completo de la vista. Levanté la mirada y contemplé la gran chimenea negra, que por ser tan inmensa parecía la chimenea del propio infierno. Era todo un espectáculo el espeso humo gris que salía de ella, describía un arco y bajaba hasta el nivel mismo del mar empujado por el viento incesante.

Volví a mirar el lejano horizonte. Todo el universo estaba impregnado de una luz bella y azulada. Tras una fina bruma que los mortales jamás podrían percibir, vi las minúsculas constelaciones titilantes, como también los planetas luminosos que avanzaban lentamente. Estiré mis extremidades, contento de sentirlas, fascinado con el cosquilleo que me recorría hombros y espalda. Me sacudí entero y me gustó el roce del pelo contra el cuello; después apoyé los brazos sobre la baranda.

-Te voy a encontrar, James -murmuré-; de eso no te quepa la menor duda. Pero ahora tengo otras cosas que hacer. En vano podrás seguir tramando pequeños ardides.

Luego ascendí despacio, lo más despacio que pude, hasta que estuve muy alto, encima del barco, y lo miré desde arriba. Admiré sus numerosas cubiertas apiladas una sobre la otra, festoneadas por mil y una lucecitas amarillas. Qué festivo se lo veía, qué despreocupado. Valerosamente avanzaba, mudo y poderoso, por el mar ondulante, portando su pequeño reino de seres que bailaban, cenaban y charlaban, de atareados oficiales de seguridad, de presurosos camareros, de

cientos y cientos de personas felices que nada sospechaban de que hubiéramos estado allí para perturbarlas con nuestro pequeño drama, ni de que nos hubiéramos ido con la misma rapidez con que llegamos, dejando sólo una mínima secuela de alboroto. Que reine la paz en el Queen Elizabeth II, pensé, y una vez más supe por qué el Ladrón de Cuerpos se había encariñado con esa nave, por qué se escondió en ella, por triste y de mal gusto que fuese.

Al fin y al cabo, ¿qué es todo nuestro mundo para las estrellas del firmamento? Qué piensan ellas de nuestro planeta diminuto, me pregunté, un planeta lleno de alocadas yuxtaposiciones, de ocurrencias fortuitas, luchas interminables y delirantes civilizaciones desparramadas sobre su faz, unidas no por voluntad, fe ni ambición comunitaria sino por cierta nebulosa capacidad de sus millones de habitantes de no pensar en las tragedias de la vida y lanzarse una y otra vez a la felicidad, tal como lo hacían los pasajeros de ese barquito, como si la felicidad fuese para todos los seres tan natural como el hambre, el sueño, la necesidad de amor o el miedo al frío. Me elevé cada vez más alto hasta que ya no pude ver la nave. Se interponían nubes entre mí y el mundo de abajo. Y arriba ardían las estrellas en su fría majestuosidad, y por una vez en la vida no las odié. No, no podía odiarlas, no podía odiar nada. Me sentía demasiado lleno de júbilo y de sombrío triunfo amargo. Yo era Lestat, que me desplazaba entre el cielo y el infierno, contento de serlo quizá por vez primera.

# 24

Selva tropical de Sudamérica. Una profunda maraña de bosque y jungla a través de kilómetros y kilómetros de continente; que cubre con su manto laderas de montañas y se congrega en los valles; que sólo se interrumpe para dar paso a ríos rutilantes y lagos resplandecientes; suave, y lozana, y frondosa, y aparentemente inofensiva cuando se la ve desde muy arriba, por entre las nubes.

La penumbra es total cuando uno se detiene sobre la tierra blanda, mojada. Tan altos son los árboles, que el cielo no se ve sobre sus copas. Allí la creación no es nada más que lucha y peligro en medio de esas profundas sombras húmedas. Es el triunfo final del Jardín Salvaje, y jamás los científicos del mundo podrán clasificar todas las especies de mariposas, de leopardos, de peces carnívoros y serpientes gigantes que habitan el lugar.

Pájaros con alas color del cielo estival o del sol ardiente pasan raudos entre las ramas. Chillan los monos al tiempo que estiran sus manecitas inteligentes para aferrarse de enredaderas gruesas como maromas. Mamíferos lustrosos y siniestros, de mil tamaños y formas, se buscan unos a otros sin piedad sobre raíces monstruosas y tubérculos semienterrados, bajo hojas enormes y susurrantes, se trepan por los troncos retorcidos de árboles jóvenes que mueren en la fétida tiniebla, mientras absorben su último alimento del suelo pestilente.

Insensato e infinitamente vigoroso es el ciclo de hambre y saciedad, de muerte violenta y dolorosa. Reptiles de ojos implacables y brillantes como ópalos se alimentan eternamente con el serpenteante universo de insectos duros y crujientes, como lo han hecho desde las épocas en que aún no había criaturas de sangre caliente sobre la tierra. Y los insectos -con alas, con aguijones, colmados



Librodot

de letal veneno, deslumbrantes por su belleza horrenda y atrozmente sagaces- a la larga se hacen un festín con todos.

No hay piedad en ese bosque. No hay misericordia, justicia, veneración por su belleza ni admiración por la hermosura de sus lluvias. Hasta el astuto mono es en el fondo un idiota moral.

Es decir, no había tal cosa hasta que llegó el hombre.

Nadie sabe a ciencia cierta cuántos miles de años atrás ocurrió. La jungla devora los huesos. Calladamente se traga manuscritos sagrados, corroe las piedras más obstinadas del templo. Productos textiles, cestas tejidas, cacharros decorados y hasta adornos de oro terminan disueltos en sus fauces.

Pero los pobladores de cuerpo pequeño y tez oscura están allí desde hace siglos -sobre eso no hay duda-, creando sus frágiles aldeas de chozas construidas con hojas de palmera y humeantes fogones, cazando los animales abundantes y letales con sus toscas lanzas y sus dardos mortíferos. En algunos lugares levantan, como lo han hecho siempre, granjas pequeñas donde cultivan gruesas batatas, enormes paltas, pimientos colorados y maíz. Mucho maíz amarillo, dulce y tierno. Gallinas de reducido tamaño picotean el exterior de las viviendas, hechas con esmero. Amontonados en sus chiqueros, resoplan, cerdos gordos y lustrosos.

¿Son estos humanos, que desde siempre han luchado unos contra otros, lo mejor del Jardín Salvaje? ¿O acaso tan sólo una parte no diferenciada de él, no más compleja que el ciempiés, que el furtivo jaguar de piel arrasada o la silenciosa rana de ojos saltones, tan tóxica que sólo tocar su piel moteada acarrea la muerte?

¿Qué tienen que ver las innúmeras torres de la gran Caracas con ese mundo que se extiende y llega hasta tan cerca de ella? ¿De dónde salió esa metrópolis sudamericana, con sus cielos contaminados y sus arrabales superpoblados en las laderas de las sierras? La belleza es belleza dondequiera se encuentre. Por la noche, hasta esos ranchitos[3], como les dicen -miles y miles de chozas que cubren las laderas en pendiente, a ambos lados de las modernas autopistas- son hermosos, porque, si bien no tienen agua ni desagües cloacales y allí la gente vive apiñada transgrediendo todo concepto moderno de salud y confort, igualmente ostentan festones de brillantes lucecitas eléctricas.

¡A veces parece que la luz puede transformar cualquier cosa! Que es una innegable e irreductible metáfora de la gracia. Pero la gente de los ranchitos, ¿sabe esto? ¿Lo hacen así porque es más bello? ¿O acaso sólo buscan una iluminación cómoda en sus pequeñas viviendas?

No importa.

No podemos dejar de crear belleza. No podemos detener el mundo.

Miro desde arriba el río que pasa por St. Laurent, una cinta de luz que de tanto en tanto se entrevé en medio de las copas de los árboles, mientras se interna cada vez más en la jungla hasta llegar por fin a la pequeña misión de Santa Margarita María, un puñado de viviendas en un claro a cuyo alrededor aguarda pacientemente la selva. ¿No es bonito ese racimo de edificaciones con techos de lata, con paredes pintadas a la cal y toscas cruces, con ventanitas iluminadas y el

[3] Ranchitos: En castellano en el original. (Nota de la T.)



Librodot

sonido de una única radio por la que se oye una melodía de letra india y alegre ritmo de tambores?

Qué hermosos los porches anchos de las casas, donde se ven hamacas, sillas y sillones de madera pintada. Las telas metálicas de las ventanas confieren a las habitaciones una belleza amodorrada al dibujar diminutos enrejados de líneas finas sobre los numerosos colores y formas, con lo cual consiguen acentuarlos, volverlos más visibles y vibrantes, hacer que parezcan más premeditados, como los interiores de una pintura de Edward Hopper o las ilustraciones de un colorido libro de figuras infantiles.

Por supuesto, no hay manera de detener la desenfrenada propagación de la belleza. Eso es cuestión de reglas, de la concordancia, la estética de la composición y el triunfo de lo funcional sobre lo impensado.

¡Pero allí tampoco hay mucho de eso!

Este es el destino de Gretchen, del cual todas las sutilezas del mundo moderno han desaparecido: un laboratorio para un único y reiterativo experimento moral: hacer el bien.

En vano entona la noche su canto de caos, hambre y destrucción alrededor del reducido campamento. Lo que allí importa es el cuidado de un número limitado de humanos que han venido en busca de vacunas y antibióticos, a que se le practiquen cirugías. Como dijo la misma Gretchen, pensar en un panorama más amplio es mentir.

Durante horas me paseé describiendo un gran círculo en medio de la jungla densa, despreocupado, abriéndome paso entre el follaje infranqueable. Trepé por las fantásticas raíces altas de los árboles, me detuve aquí y allá para escuchar el coro profundo y enmarañado de la noche salvaje. Muy tiernas eran las flores húmedas que crecen en las ramas más altas y lujuriantes y dormitan en la promesa de la luz matinal.

Una vez más, no sentí el más mínimo temor ante la fealdad mojada y corrompida del proceso natural. El hedor de la podredumbre en el cenagal. Las cosas resbaladizas no pueden hacerme daño, y por ende no me disgustan. Ah, que venga hacia mí la anaconda; me encantaría sentir ese abrazo estrecho, de rápido movimiento. Cuánto me agradó el grito agudo de los pájaros, cuya intención era sin duda causar terror a un corazón más simple. Qué pena que los pequeños monos de brazos peludos estuvieran durmiendo en ese instante, pues me habría gustado cazarlos, tenerlos un rato conmigo para besarlos en sus frentes fruncidas, en sus parlanchinas bocas sin labios.

Y esos pobres mortales que dormían dentro de las numerosas casuchas, junto a sus campos prolijamente labrados, en la escuela, el hospital y la capilla, parecían un milagro divino de creación hasta en sus detalles más nimios.

Hmmm. Extrañaba a Mojo. ¿Por qué no estaba allí, merodeando conmigo por la selva? Tenía que entrenarlo para que se convirtiera en perro de vampiro. De hecho, lo imaginaba custodiando mi ataúd durante las horas del día, centinela al estilo egipcio, con orden de despedazar a cualquier intruso mortal que lograra descender las escalinatas del santuario.

Pero ya pronto lo iba a ver. El mundo entero esperaba tras esos bosques. Cuando cerraba los ojos y convertía mi cuerpo en agudo receptor, alcanzaba a oír a través de los kilómetros el ruido intenso del tránsito de Caracas, sus voces amplificadas, el pulso de la música en esas cuevas con aire acondicionado hacia



Librodot

donde atraigo a los asesinos, como mariposas a la luz de la vela, para poder alimentarme.

En la selva, en cambio reinaba la paz mientras iban pasando las horas de ronroneante silencio tropical. Un resplandor de lluvia caía desde el cielo nuboso con golpecitos suaves sobre los techos de metal, apisonando el polvo y moteando los escalones ya barridos de la escuela.

Se apagaron las luces en los pequeños dormitorios y en las casitas distantes. Sólo siguió titilando una luminosidad roja en el interior de la capilla a oscuras, con su torre baja y su enorme campana reluciente y silenciosa. Lucecitas amarillas con minúsculas pantallas metálicas alumbraban los senderos despejados, las paredes blanqueadas a la cal.

Se apagaron las luces en la primera de las construcciones del hospital, donde Gretchen trabajaba sola.

De vez en cuando alcanzaba a ver su perfil contra las ventanas. Vi que estaba del lado de adentro de la puerta, que llevaba el pelo recogido en la nuca y se sentaba unos instantes a un escritorio para escribir unas notas inclinando la cabeza.

Por último me aproximé en silencio a la puerta, entré en la oficina reducida, desordenada, iluminada por una única lámpara, y enfilé hacia la entrada del pabellón.

¡Hospital de niños! Ubicadas en dos hileras, las camas eran diminutas, sencillas, toscas. ¿Estaba viendo visiones en esa semipenumbra profunda? ¿O es que las camas estaban hechas de madera ordinaria, atadas en las uniones, y tenían mosquiteros? Y sobre la mesa descolorida, ¿no había un resto de vela en un platito?

De pronto me sentí mareado; me abandonó la gran claridad de la visión. ¡Este hospital, no! Parpadeé, tratando de separar los elementos eternos de aquellos que tenían sentido. ¡Bolsitas plásticas de suero endovenoso que brillaban colgadas de sus soportes junto a las camas, ingrávidos tubos de nylon que descendían hasta las agujas clavadas en bracitos delgados, frágiles!

Eso no era Nueva Orleáns. ¡No era aquel pequeño hospital! ¡Y sin embargo, miren las paredes! ¿No son de piedra? Me enjugué la pátina de sudor sanguinolento de la frente y miré la mancha que quedó en el pañuelo. La que estaba allá, en la camita del fondo, ¿no era una niñita rubia? Una vez más me dominaron las náuseas. Me pareció oír una risa aguda, burlona pero llena de felicidad. No, no, debía ser un pájaro afuera, en la gran penumbra. No había una mujer de edad, de batón casero hasta los tobillos y pañoleta alrededor de los hombros. Hacía siglos que no existía más; había desaparecido junto con aquel edificio pequeño.

Pero la criatura gemía; la luz brillaba sobre su cabecita. Vi su mano regordeta contra la manta. Traté de aclarar nuevamente mi visión. Una sombra larga cayó en el piso, a mi lado. Sí, miren el indicador de apnea con sus diminutos números luminosos y los botiquines de remedios con puertitas de vidrio. No aquel hospital, sino éste.

¿Así que has venido a buscarme, papá? Cierto que dijiste que lo volverías a hacer.

-No, ¡no le voy a hacer daño! No quiero hacerle daño. -¿Estaba yo susurrando en voz alta?

La vi a lo lejos, al final de la angosta habitación, sentadita en su silla alta. Zarandeaba los pies y los bucles le llegaban hasta las mangas abullonadas.

¡Has venido a buscarla! ¡Sabes que es así!

-Shh, va a despertar a los niños. Váyase. ¡Está loco!

Todos sabían que ibas a triunfar. Sabían que derrotarías al Ladrón de Cuerpos. Y aquí estás, has venido... para llevártela.

-No para hacerle daño sino para dejar la decisión en sus manos.

-¿Señor? ¿Qué desea?

Levanté la mirada y vi al médico que tenía ante mis ojos, un hombre de edad, de patillas descoloridas y minúsculos anteojitos. ¡No, ese doctor no! ¿De dónde había salido? Le miré la cartela del nombre. Estábamos en la Guyana Francesa; por eso él hablaba en francés. Y no hay una niña sentada en una sillita alta, al final del pabellón.

-Ver a Gretchen. La hermana Marguerite. -Me había parecido verla ahí adentro, a través de las ventanas. Sabía que estaba ahí.

Ruidos apagados en el extremo más distante de la sala. Él no puede oírlos, pero yo sí. Gretchen viene para acá. De pronto percibí su aroma, mezclado con el de los niños y el del anciano.

Pero ni siquiera con esos ojos míos pude ver en semejante penumbra. ¿De dónde venía la luz de este lugar? Ella acababa de apagar la lamparita del fondo; recorrió la sala entera, fue dejando atrás cama tras cama, con andar rápido y la cabeza agachada. El médico hizo un gesto de cansancio y se alejó.

No le mires las patillas desteñidas, los anteojitos ni la giba de su espalda redondeada. Ya le viste el cartelito plástico con el nombre. ¡No es un fantasma!

La puerta con tela metálica golpeó suavemente detrás del hombre, cuando él ya se alejaba.

Gretchen se hallaba parada en la leve penumbra. Qué hermoso el pelo ondulado, que llevaba hacia atrás de la tersa frente, y sus grandes ojos de mirada firme. Me vio los zapatos antes de verme a mí. De pronto, tomó conciencia del extraño, de su silueta blanquecina, callada -no dejé escapar ni un suspiro- en la quietud total de la noche, en un lugar al que no pertenecía.

El médico se había esfumado. Parecían habérselo tragado las sombras, pero sin duda andaba por ahí afuera, en las tinieblas.

Yo estaba parado contra la luz que venía de la oficina. Me abrumaba el olor femenino, en el que se mezclaba la sangre con el perfume limpio de un ser vivo. Dios mío, verla con esa visión, ver la belleza resplandeciente de sus mejillas. Pero yo tapaba la luz, ¿verdad?, porque la puerta era muy pequeña. ¿Veía ella mis facciones con suficiente nitidez? ¿Notaba el color fantasmal de mis ojos?

-¿Quién es usted? -Fue un susurro bajo, cauteloso. Estaba lejos de mí, desamparada, contemplándome con expresión recelosa.

-Gretchen, soy Lestat. Vine a verte, como te prometí.

Nada se agitó en el pabellón largo y angosto. Las camitas parecían congeladas tras el tul de los mosquiteros. Empero, la luz se movía en las rutilantes bolsitas de líquido, a la manera de infinitas lamparitas plateadas cuando brillan en la penumbra opaca. Alcancé a oír la respiración leve, regular, de los cuerpos dormidos. Y un sonido ahogado, rítmico, como el de un niño que juega a golpetear una y otra vez la pata de una silla con el taco del zapato.

Gretchen alzó lentamente su mano derecha y con instintivo aire protector la apoyó sobre su pecho, bajo el cuello. Se le aceleró el pulso. Noté que sus dedos se cerraban como aferrando un relicario, y luego vi la luz que se reflejaba en la delgada cadenita de oro.

-¿Qué es eso que llevas al cuello?

-¿Quién es usted? -volvió a preguntar con labios temblorosos. Su murmullo puede decirse que tocó fondo. La luz tenue de la oficina, a mis espaldas, resaltaba en sus ojos. Me miró la cara, las manos.

-Soy yo, Gretchen. No te haré daño. Ni se me ocurriría hacerte el menor daño. Vine porque te lo había prometido.

-No... no le creo. -Retrocedió unos pasos; sus suelas de goma apenas rasparon el piso de madera.

-No me tengas miedo, Gretchen. Quería que supieras que es verdad todo lo que te dije. -Hablaba yo con suma suavidad. ¿Ella me estaría oyendo?

Me di cuenta de que trataba de aclarar su vista, como segundos antes yo también había tenido que hacerlo. El corazón le latía con fuerza, los senos se le movían delicadamente bajo la rígida tela de algodón mientras la exquisita sangre subía de pronto a su rostro.

-Estoy aquí, Gretchen. Vine a darte las gracias. Toma, esto es para la misión.

Como un estúpido metí la mano en el bolsillo, saqué un montón de billetes del Ladrón de Cuerpos y se los tendí. Mis dedos temblaban; los de ella también. El dinero parecía sucio y absurdo, como una pila de basura.

-Tómalo, Gretchen; servirá para los niños. -Me di vuelta y otra vez vi la vela... ¡la misma vela! ¿Por qué ésa? Dejé el dinero a su lado y oí crujir las maderas del piso bajo mi peso cuando me adelanté hasta la mesita.

Cuando me volví para mirarla, ella se me acercó, temerosa, con los ojos muy abiertos.

-¿Quién es usted? -murmuró por tercera vez. Qué grandes su ojos, qué oscuras sus pupilas cuando recorrieron mi figura como dedos que se retiran de algo que los puede quemar. -¡Le pido que me diga la verdad!

-Lestat, a quien curaste en tu propia casa, Gretchen. He podido recuperar mi forma verdadera, y vine porque te lo había prometido.

Ya me estaba resultando arduo soportar el resurgimiento de mi vieja ira, a medida que en ella se intensificaba el miedo, que sus hombros se ponían rígidos, que sus brazos se juntaban y la mano que aferraba la cadenita del cuello comenzaba a temblar.

-No le creo -me espetó con el mismo susurro estrangulado, echándose atrás con todo el cuerpo aunque, en realidad, no se había movido ni un paso.

-No, Gretchen. No me mires con desprecio. ¿Qué te hice para que me mires así? Conoces mi voz. Sabes lo que hiciste por mí. Vine a darte las gracias.

-¡Mentiroso!

-Eso no es cierto. Vine porque... porque quería verte de nuevo.

Dios santo, ¿se me estaban escapando unas lágrimas? ¿Eran ahora mis emociones tan volátiles como mi poder? Y ella vería surcar por mi rostro las lágrimas de sangre, lo cual la atemorizaría más aún. No me atreví a mirarla a los ojos.

Me di vuelta y contemplé la velita. Dirigí mi voluntad al pabilo y comprobé que la llama, una lengüita amarilla, aumentaba de tamaño. Mon Dieu, el mismo juego de sombras en la pared. Ella contuvo el aliento al mirarla; luego me miró de nuevo a mí, al tiempo que aumentaba la iluminación que nos rodeaba, y por vez primera pudo ver clara e inconfundiblemente los ojos que estaban fijos sobre ella, el marco de pelo del rostro que la miraba, las uñas brillosas de mis manos, los dientes blancos, visibles apenas, quizá, entre mis labios entreabiertos.

-Gretchen, no me tengas miedo. En nombre de la verdad, mírame. Me hiciste prometer que iba a venir. No te mentí, Gretchen. Tú me salvaste. Estoy aquí, y no existe Dios, me dijiste. Viniendo de cualquier otra persona no me habría importado, pero tú misma lo dijiste.

Se llevó las manos a los labios, en el mismo instante retrocedió, y a la luz de la vela pude ver entonces que lo que colgaba de la cadenita era una cruz de oro. ¡Oh, Dios, gracias por ser una cruz y no un relicario! Retrocedió de nuevo, al parecer sin poder evitar un movimiento impulsivo.

Sus palabras fueron un susurro vacilante.

-¡Aléjate de mí, espíritu maligno! ¡Sal de esta casa de Dios!

-¡No te voy a hacer daño!

-¡Aléjate de estos pequeños!

-Gretchen, no voy a hacer ningún mal a los niños.

-En nombre de Dios, aléjate de mí... Vete. -Con la mano derecha volvió a aferrar la cruz y la levantó en dirección a mí, con el rostro encendido, los labios húmedos, flojos y temblorosos en su histeria, sus ojos privados de razón cuando volvió a hablar. Advertí que se trataba de un crucifijo con el diminuto cuerpo retorcido del Cristo muerto.

-Sal de esta casa, que está protegida por Dios. Él vela por estos niños. Vete.

-En nombre de la verdad, Gretchen -respondí en voz baja como la de ella, preñada de sentimiento como era la suya también. -¡Me acosté contigo! Y vine.

-¡Mentiroso! -sentenció-. ¡Mentiroso! -Su cuerpo se estremecía con tanto ímpetu, que parecía a punto de perder el equilibrio y caer.

-No, es verdad, totalmente verdad. Gretchen, no voy a hacer nada de malo a los niños. No te haré daño a ti.

Un instante más y seguramente iba a perder la razón por completo, lanzaría alaridos de impotencia, y la noche toda la oiría. Todos los habitantes del complejo saldrían a atenderla, aunándose tal vez en el mismo grito.

Pero permaneció ahí, temblando con todo el cuerpo, y de su boca abierta sólo escapó un llanto seco.

-Me voy, Gretchen. Te dejo, si eso es lo que quieres. ¡Pero he cumplido mi promesa! ¿Hay algo más que pueda hacer?

De una de las camitas partió un rezongo, luego, un quejido de la otra, y ella miró ansiosa hacia uno y otro lado.

Echó a correr y atravesó la pequeña oficina, mientras a su paso salieron volando unos papeles del escritorio. Cuando se internó en la noche, la puerta de tela metálica golpeó tras ella.

Oí sus sollozos lejanos y, aturdido, giré en redondo.



Librodot

Vi caer la lluvia en callada llovizna. Vi que, del otro lado del claro, Gretchen corría hacia las puertas de la capilla.

Te dije que le ibas a hacer daño.

Di media vuelta y recorrí todo el pabellón con la mirada.

-No estás aquí. ¡Ya he terminado contigo! -musité.

A la luz de la vela vi con toda claridad a la niña pese a que permanecía en el otro extremo de la sala. Seguía zarandeando la pierna, golpeando con el taco la pata de la silla.

-Vete -dije lo más suavemente que pude-. Todo ha terminado.

En efecto, me caían lágrimas, lágrimas de sangre por la cara. ¿Las habría visto Gretchen?

-Vete -repetí-. Todo acabó, y yo también me voy.

Me pareció que sonreía, pero no sonreía. Su rostro se convirtió en la imagen de la inocencia, la cara del relicario del sueño. Y en la quietud, mientras yo me quedaba paralizado mirándola, toda la imagen se mantuvo en su totalidad, pero dejó de moverse. Luego se disolvió.

Y sólo vi una silla vacía.

Muy despacio, me volví hacia la puerta. Una vez más me enjugué las lágrimas, con desagrado, y guardé el pañuelo.

Las moscas zumbaban contra la tela metálica de la puerta. Qué clara era la lluvia, que seguía cayendo, persistente. Luego llegó el suave ruido del chaparrón más intenso, como si el cielo hubiera abierto lentamente la boca para suspirar. De algo me olvidaba. ¿Qué era? Ah, la vela; de apagar la vela, no fuera que provocara un incendio e hiciera daño a esos chiquitos.

Y fíjate allá en el fondo, la niñita rubia bajo la carpa de oxígeno, la envoltura de plástico crujiente lanzando destellos como si estuviera hecha con trocitos de luz. ¿Cómo pudiste ser tan tonto y encender una llama en esa habitación?

Apagué la luz haciendo chasquear los dedos. Saqué todo lo que tenía en los bolsillos y dejé ahí los billetes arrugados y sucios, cientos y más cientos de dólares, e incluso algunas monedas.

Después me marché, pasé muy despacio ante las puertas abiertas de la capilla. En medio de la lluvia que arreciaba oí sus rezos, sus murmullos rápidos, la vi arrodillada ante el altar; y tras sus brazos extendidos en cruz, divisé el fuego enrojecido de una vela que titilaba.

Sentí deseos de irme. En lo más profundo de mi alma herida, me dio la sensación de que era eso lo que quería. Pero, una vez más, algo me retuvo. Había percibido el inconfundible aroma de la sangre.

Provenía de la capilla, y no era la sangre que corría por las venas de Gretchen, sino sangre que manaba de una nueva herida.

Me acerqué más, tratando de no hacer ni el menor ruido, hasta que quedé junto a la puerta del templo. El olor se volvió más intenso. Entonces vi la sangre que le goteaba de sus manos extendidas. La vi en el piso, corriendo en delgados hilos que partían de sus pies.

-Líbrame del mal, oh Dios, llévame contigo, Sagrado Corazón de Jesús, estréchame en tus brazos...



Librodot

No me vio ni oyó aproximarme. Un suave brillo afluyó a sus mejillas, brillo hecho de la luz palpitante de la vela y el resplandor que provenía de su interior, el gran arrobamiento que en ese instante la embargaba, separándola de todo el entorno, incluso de la silueta oscura que había a su lado.

Miré el altar. Vi en lo alto el enorme crucifijo y, debajo, el brillante sagrario y la vela encendida en su vasito rojo, lo cual indicaba que allí estaba el Santísimo Sacramento. Una ráfaga de aire entró por las puertas abiertas, llegó hasta la campanilla y le arrancó un leve tañido, apenas audible por sobre el sonido de la brisa misma.

Volví a mirar a Gretchen, su rostro erguido, los ojos entrecerrados, la boca muy laxa pese a que aún desgranaba palabras.

-Jesucristo, mi amado Jesucristo, tómame en tus brazos.

Y en medio de la bruma de mis lágrimas, vi la sangre roja, espesa, que fluía copiosa de sus palmas abiertas.

En el complejo se oyeron voces sosegadas. Puertas que se abrían y cerraban. Ruido de gente que corría sobre la tierra. Cuando giré, vi siluetas oscuras reunidas en la entrada, un racimo de ansiosas figuras femeninas. Oí una palabra susurrada en francés, que quería decir "desconocido". Y luego un grito ahogado:

-¡El demonio!

Por el pasillo central enfilé hacia ellos, obligándolos quizás a dispersarse, por más que en ningún momento los toqué ni los miré; pasé rápidamente a su lado y salí a la lluvia.

Luego me detuve y giré en redondo. Ella seguía de rodillas y los demás la rodeaban. Hubo exclamaciones reverentes de "¡Milagro!" y "¡Estigma!". Todos se hacían la señal de la cruz y caían de hinojos mientras, como en trance, Gretchen continuaba articulando monótonas plegarias.

-Y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo se hizo carne.

-Adiós, Gretchen -murmuré.

Después ingresé, libre y solo, en el tibio abrazo de la noche salvaje.

# 25

Debí haberme ido a Miami esa misma noche. David podía necesitarme... Y por supuesto, no tenía ni idea de dónde podría estar James.

Pero no fui capaz -estaba demasiado conmovido-, y antes de la mañana me encontré a gran distancia de la pequeña Guyana Francesa, aunque todavía en la jungla voraz, sediento y sin posibilidades de saciarme.

Una hora antes del amanecer llegué a un antiguo templo -un gran rectángulo de piedra gastada- tan cubierto de enredaderas y otros retorcidos follajes, que quizá resultara invisible hasta para los mortales que acertaran a pasar a escasos centímetros de allí. Pero como no había camino, ni siquiera una senda que atravesara ese sector de la jungla, supuse que hacía siglos que no era transitado por nadie. Ese lugar era mi secreto.

Con excepción de los monos, claro, que se habían despertado con la luz del alba. Una verdadera tribu de ellos había sitiado el tosco edificio en medio de chillidos, reunidos en enjambres por todo el techo plano y los costados en declive. Con desgano y un esbozo de sonrisa en mi rostro los observé retozar. En toda la selva se había iniciado un renacimiento. El coro de los pájaros tenía mucho más volumen que en las horas de penumbra total y, a medida que aclaraba, fui percibiendo en derredor innumerables tonalidades de verde. Anonadado, tomé conciencia de que no iba a ver el sol.

Mi estupidez en cuanto a ese tema me sorprendió un poco. Cuán cierto es que somos hijos de la costumbre. Ah, ¿pero no era suficiente esa luz temprana? Qué placer volver a estar en mi viejo cuerpo...

...salvo si recordaba la expresión de asco total que puso Gretchen.

Una bruma espesa se elevaba del suelo, captaba esa bellísima iluminación y la difundía hasta las grietas y recodos más minúsculos, debajo de hojas y flores.

Miré en torno y mi tristeza aumentó, o mejor dicho, me sentí en carne viva, como si me hubieran despellejado. La palabra "tristeza" es demasiado suave y dulce. Pensé muchas veces en Gretchen, pero sólo en imágenes sin palabras. Y cuando evocaba a Claudia sentía un embotamiento, un recuerdo silencioso e inexorable de las palabras que le dije en mi sueño febril.

Como una pesadilla, el viejo médico de patillas entrecanas. La niña-muñeca en su sillita. No, ahí no. Ahí no. Ahí no.

¿Y qué importaba si hubiesen estado allí? No importaba en absoluto.

Bajo esas profundas emociones, no me sentía desdichado; y tomar conciencia de ello, saberlo a ciencia cierta fue quizá lo más maravilloso. Oh, sí, volvía a ser el de siempre.

¡Tenía que contarle a David lo de esa selva! David tenía que viajar a Río antes de regresar a Inglaterra. Yo lo acompañaría, quizás.

Quizás.

En el templo encontré dos puertas. La primera estaba trabada con pesadas piedras irregulares, pero la otra no, ya que hacía tiempo que las piedras se habían caído y yacían amontonadas en una pila informe. Trepé por ellas, encontré una empinada escalera por la que bajé, recorrí varios pasajes hasta llegar a recintos donde no entraba la luz. Fue en uno de esos ámbitos, frío, totalmente aislado de los ruidos de la selva, donde me tendí a dormir.

Habitaban allí diminutos seres resbaladizos. Cuando apoyé la cara contra el piso, frío y húmedo, sentí que esas criaturas me caminaban por las yemas de los dedos. Luego el peso sedoso de una serpiente cruzó por mi tobillo. Todo eso me arrancó una sonrisa.

Cómo se habría erizado mi antiguo cuerpo mortal. Pero también es cierto que mis ojos humanos no habrían podido ver dentro de ese lugar recóndito.

De pronto comencé a temblar, a llorar una vez más, muy quedo, pensando en Gretchen. Sabía que jamás volvería a soñar con Claudia.

-¿Qué pretendías de mí? -murmuré-. ¿Sinceramente creías que podía salvar mi alma? -La vi tal como en mi delirio, en ese viejo hospital de Nueva Orleáns donde la tomé de los hombros. ¿O acaso habíamos estado en el viejo hotel? -Te dije que lo volvería a hacer. Te lo advertí.

Algo se había salvado en aquel momento. La siniestra condena de Lestat se había salvado, y se mantendría intacta para siempre.

-Adiós, mis seres queridos -musité.

Después me dormí.

Miami, ah, mi bella metrópolis sureña que yace bajo el cielo brillante del Caribe, ¡digan lo que digan los mapas! El aire me pareció más dulce aún que en las islas y soplaba, suave, sobre las multitudes de rigor del bulevar Ocean.

A medida que trasponía rápidamente el hall art déco del Park Central camino a las habitaciones que allí tengo, iba sacándome la ropa que usé en la selva. Saqué de mi placard una remera blanca, chaqueta color caqui con cinturón, pantalón y un par de finas botas marrones de cuero. Me agradó la sensación de no tener que usar más la ropa del Ladrón de Cuerpos, por bien que me quedara.

Acto seguido llamé a conserjería; me enteré así de que David Talbot se hallaba desde el día anterior en el hotel y en esos momentos me aguardaba no lejos de allí, en el patio delantero del restaurante Bailey.

No tenía ánimo para estar en lugares muy concurridos. Trataría de convencerlo de que volviéramos a mis aposentos. Con toda seguridad él debía estar agotado por todo lo vivido. La mesa y sillones que había frente a las ventanas serían un ambiente ideal para conversar, como ciertamente íbamos a hacer.

Salí a la atestada acera, tomé hacia el norte y divisé Bailey y su inevitable letrero de neón sobre bellos toldos blancos. Ataviadas con manteles rosados y velas, las mesitas ya estaban ocupadas por los primeros contingentes nocturnos. En el rincón más apartado del patio vi la elegante figura de David, vestido con el mismo traje de hilo que había usado en el barco. Aguardaba mi llegada con su habitual expresión alerta.

Pese al alivio que sentí, a propósito lo tomé por sorpresa: me senté con tanta velocidad en la silla de al lado, que lo sobresalté.

-Ah, demonio -susurró. Vi un duro rictus como si realmente estuviera fastidiado en su boca, pero luego sonrió. -Gracias a Dios estás bien.

-¿Te parece?

Cuando apareció el camarero le pedí una copa de vino, para que no siguiera insistiéndome si dejaba pasar el tiempo. A David ya le habían servido una bebida exótica, de aspecto asqueroso.

-¿Qué diablos pasó? -pregunté, acercándome un poco más para poder tapar el ruido del ambiente.

-Fue un caos total. Él trató de atacarme y a mí no me quedó más remedio que usar el arma. Se fugó por la terraza porque yo no pude sostener firmemente el maldito revólver. Era demasiado grande para estas manos viejas. -Suspiró. Se lo veía exhausto, desmejorado. -Después, sólo tuve que comunicarme con la Casa Matriz y pedir que pagaran mi fianza. Llamadas que iban y venían a la sede de Cunard, de Liverpool. -Restó importancia al asunto con un gesto. -Al mediodía abordé un avión para Miami. No quería dejarte desprotegido en el buque, pero no pude hacer otra cosa.

-No corrí el menor peligro. Más bien temía por ti. Te dije que por mí no te preocuparas.

-Sí, eso fue lo que pensé. Los envié tras James, desde luego, con la esperanza de desalojarlo del barco. Era evidente que no podían emprender una búsqueda



Librodot

cuarto por cuarto. Por eso supuse que no te molestarían. Estoy casi seguro de que James bajó a tierra luego del jaleo. De lo contrario, lo habrían aprehendido. Les di una descripción fiel, por supuesto.

Se interrumpió, bebió cautelosamente un trago de su extraña bebida y la dejó.

-Se ve que eso no te gusta -le dije-. ¿Por qué no pediste el horrible whisky de siempre?

-Es la bebida de las islas y tienes razón, no me gusta, pero no importa. ¿Cómo te fue a ti?

No le respondí. Puesto que, desde luego, lo veía con mi antigua capacidad visual, su piel aparecía más translúcida y quedaban en evidencia todos sus pequeños achaques. Sin embargo, poseía ese halo de lo maravilloso que los vampiros ven en todos los mortales.

Lo noté cansado, abrumado por la tensión. Hasta tenía los ojos enrojecidos, y una vez más advertí cierta rigidez en su boca. ¿Lo habría avejentado más el suplicio vivido? No soportaba ver eso en él. Pero, cuando me miró, distinguí preocupación en su rostro.

-Te ha pasado algo malo -dijo, al tiempo que estiraba un brazo y apoyaba una mano sobre la mía. Qué tibia sentí. -Lo noto en tus ojos.

-No quiero hablar aquí. ¿Por qué no vamos a mi habitación del hotel?

-No, prefiero quedarme -me pidió con suavidad-. Estoy muy ansioso después de todo lo que pasó. Sinceramente fue una pesadilla para un hombre de mi edad. Me siento agotado. Supuse que ibas a llegar anoche.

-Perdóname; tendría que haber venido. Me imagino lo difícil que debe resultarte, pese a lo mucho que lo disfrutabas mientras sucedía.

-¿Eso te pareció? -Me dirigió una sonrisita cansada. -Necesito otro trago. ¿Qué dijiste? ¿Whisky?

-¿Qué dije yo? Pensé que era tu bebida preferida.

-De vez en cuando. -Hizo señas al camarero. -A veces me resulta demasiado aburrido. -Preguntó por una única marca, que no tenían; entonces aceptó un Chivas Regal. -Gracias por darme el gusto. Me agrada este lugar, el ambiente agitado, el estar a la intemperie.

Hasta su voz sonaba cansada, carecía de una chispa que le diera vida. No era, en absoluto, el momento para proponerle un viaje a Río. Y la culpa era mía.

-Como gustes -acepté.

-Ahora cuéntame lo que pasó. Veo que lo vives como una gran carga en tu interior.

Entonces tomé conciencia de cuánto quería hablarle de Gretchen, que ésa era la razón por la que estaba yo ahí, no sólo porque él me preocupara. Me sentí avergonzado, y sin embargo no pude dejar de decírselo. Giré para mirar hacia la playa, con el codo aún apoyado sobre la mesa, y se me nubló la vista, de modo que los colores de la noche me parecieron más luminosos que antes. Le conté que había ido a ver a Gretchen porque se lo había prometido, aunque en lo profundo del corazón tenía la esperanza de poder traerla a mi mundo. Luego le expliqué lo del hospital, lo peculiar que era, el parecido del médico con el otro, el de siglos atrás, el pequeño pabellón mismo, la idea loca de que Claudia se encontraba ahí.

-Quedé desconcertado -murmuré-. Jamás imaginé que Gretchen pudiera rechazarme. ¿Sabes lo que pensé? Ahora me parece una tontería. ¡Que yo le



Librodot

resultaría irresistible! Pensé que las cosas tenían que ser así, que no podían ser de otra manera, que cuando me mirara a los ojos -¡los de ahora, no aquellos ojos mortales!- vería el alma verdadera que ella amó. Nunca pensé que fuera a sentir asco, una repulsión tan total -en lo físico como en lo moral-, que en el mismo instante de comprender lo que somos fuera a echarse atrás tan por completo. ¡No entiendo cómo pude ser tan tonto, por qué todavía insisto con mis ilusiones! ¿Será por vanidad? ¿O acaso estoy loco? A ti nunca te di asco, ¿verdad, David? ¿O en eso también me engaño?

-Eres hermoso -respondió en voz baja, con palabras cargadas de emoción-. Pero también eres monstruoso, y eso fue lo que vio ella. -Qué perturbado lo noté. Jamás lo había visto tan solícito en sus pacientes charlas conmigo. De hecho, parecía sentir el mismo sufrimiento que yo, de una manera aguda y total. -No era una compañera adecuada para ti, ¿no te das cuenta? -agregó serenamente.

-Sí, me doy cuenta, claro que sí. -Apoyé la frente en la mano. Qué pena que no estuviéramos en el silencio de mis habitaciones, pero no quise forzarlo. Volvía a ser mi amigo, como no lo había sido nunca ningún otro ser de la tierra, y me propuse darle el gusto. -Sabes que tú eres el único -exclamé de repente, y a mis propios oídos mi voz sonó discordante, cansada-. El único que no me da vuelta la cara cuando fracaso.

-¿Por qué lo dices?

-Mis compañeros me condenan por mi temperamento, por mi impetuosidad. Lo disfrutan, pero cuando muestro alguna debilidad, me cierran la puerta. -Pensé en el rechazo de Louis, en que muy pronto volvería a verlo, y me inundó una malsana satisfacción. Oh, se iba a sorprender tanto. Luego se apoderó de mí cierto temor. ¿Cómo haría para perdonarlo? ¿Cómo podría dominar mi temperamento y no explotar?

-Nosotros volveríamos superficiales a nuestros héroes -respondió lentamente, casi con pesar-. Los volveríamos frágiles. Son ellos quienes deben recordarnos el verdadero significado de la fortaleza.

-¿Tú crees? -Me di vuelta, crucé los brazos sobre la mesa y clavé la mirada en la fina copa de vino blanco. -¿Soy realmente tan fuerte?

-Sí, claro, siempre lo has sido. Por eso te envidian, te desprecian y se enojan tanto contigo. Pero no hace falta que te diga todas estas cosas. Olvida a esa mujer. Habría sido un error, un error muy grande.

-¿Y tú, David?. Contigo no habría sido un error. -Levanté la mirada y, sorprendido, vi que tenía los ojos húmedos y otra vez la rigidez de la boca. -¿Qué pasa, David?

-No, no habría sido un error. Ahora no creo que lo fuera, en absoluto.

-¿Quieres decir que...?

-Hazme ingresar, Lestat -pidió en susurros; luego se hizo hacia atrás, transformado en distinguido caballero inglés que censura sus propias emociones y miró, tras la multitud, el mar lejano.

-¿Lo dices en serio, David? ¿Estás seguro? -Honestamente, no quería preguntarlo. No quería hablar ni una palabra más. Pero, ¿por qué? ¿Qué lo había hecho tomar la decisión? ¿Qué le había producido yo con mi absurda escapada? Si no fuera por él, yo no habría vuelto a ser el vampiro Lestat. Pero qué precio debió haber pagado.

Recordé el episodio en la playa de Grenada, cuando se negó al simple acto de hacer el amor. Estaba sufriendo igual que en aquella oportunidad. Y de pronto no me pareció un misterio que hubiera llegado a esa decisión. Lo había llevado yo a ella con la aventura que compartimos para enfrentar al Ladrón de Cuerpos.

-Ven -dije-, ahora sí llegó el momento de irnos, de poder estar solos. -Me estremecí. Cuántas veces había soñado con ese instante.

Pero había llegado muy rápido, y quedaban muchas preguntas que me parecía necesario formular.

De improviso me dominó una terrible timidez. No podía mirarlo. Pensé en la intimidad que pronto íbamos a experimentar, y no pude mirarlo a los ojos. Dios mío, me estaba comportando como lo había hecho él en Nueva Orleáns, acosándolo con mi deseo desenfrenado cuando yo habitaba el cuerpo mortal.

El corazón me latía de emoción. David, David en mis brazos. Su sangre que se mezclaría con la mía, la mía con la de él. Luego iríamos juntos a la orilla del mar, cual misteriosos hermanos inmortales. Me costaba hablar, y hasta pensar.

Me levanté sin mirarlo, crucé el patio, bajé la escalinata. Sabía que él me seguía. Me sentí como Orfeo: bastaría una mirada atrás para que me quedara sin él. Tal vez las luces intensas de algún auto iluminarían de tal manera mi pelo, mis ojos, que de pronto él quedaría paralizado de terror.

Recorrí el camino de regreso, dejé atrás el desfile de mortales con atuendo playero, las mesitas al aire libre de los bares. Fui derecho al Park Central, crucé el hall de pomposa elegancia, y subí a mis habitaciones.

Oí que entraba y cerraba la puerta tras de mí.

Me paré ante los ventanales y de nuevo me puse a mirar el reluciente sol del anochecer. ¡Quieto, corazón mío! No apresures las cosas. Es importante poder dar cada paso con cuidado.

Mira las nubes, cómo corren alejándose del paraíso. Las estrellas, meros puntitos resplandecientes luchando bajo el torrente de la clara luz crepuscular.

Tenía que decirle algunas cosas, explicarle otras. Dado que él iba a conservar eternamente el aspecto que tenía en ese momento, le pregunté si quería realizar algún cambio físico, como por ejemplo, afeitarse mejor, recortarse el pelo.

-Nada de eso me importa -repuso con su típico acento de británico culto-. ¿Qué te pasa? -Muy amable, como si fuese yo el que necesitaba que lo tranquilizaran. -¿No era lo que querías?

-Sí, claro que sí. Pero tú también tienes que estar seguro de quererlo -le contesté, y sólo entonces me volví.

Estaba de pie en las sombras, muy sereno, vestido con su traje de hilo blanco y corbata de seda correctamente anudada. La luz de la calle brillaba sobre sus ojos, y en un momento dado se reflejó sobre el minúsculo alfiler de su corbata.

-No puedo explicarlo -murmuré-. Todo ha sido tan rápido, tan repentino, y justo cuando ya creía que tú no lo deseabas. Tengo miedo por ti, miedo de que cometas un error.

-Yo quiero hacerlo -reconoció, pero qué forzada su voz, qué carente de su habitual matiz lírico-. Lo quiero más de lo que imaginas. Hazlo ahora, por favor. No prolongues mi agonía. Ven a mí. ¿Qué puedo hacer para invitarte, para que estés seguro? He tenido más tiempo que tú para meditarlo. Recuerda cuánto hace que conozco tus secretos, sin excepción.

Qué extraño me pareció su rostro, qué dura su mirada, qué agrio el rictus de su boca.

-David, algo anda mal. Lo sé. Escúchame. Debemos hablarlo. Quizá sea la conversación más importante que tengamos jamás. ¿Qué sucedió como para que tuvieras deseos de hacerlo? ¿Qué fue? ¿El tiempo que estuvimos juntos en la isla? Dímelo, porque tengo que comprenderlo.

-Estás perdiendo tiempo, Lestat.

-Oh, para esto hay que tomarse todo el que sea necesario. Será la última vez que el tiempo importe.

Me acerqué deliberadamente a él para impregnarme de su aroma, para que despertara en mí ese deseo que no reparaba en quién era él ni qué era yo, el apetito voraz que sólo podía saciarse con su muerte.

Retrocedió unos pasos y vi miedo en sus ojos.

-No, no te asustes. ¿Crees que te haría daño? ¡Jamás podría haber derrotado a ese estúpido Ladrón de Cuerpos, de no haber sido por ti!

Su rostro se puso tieso, los ojos quedaron más pequeños, la boca formó una especie de mueca. Qué horrible lo vi, qué distinto a lo que era siempre. Dios santo, ¿qué es lo que cruzaba por su mente? ¡Esa decisión, ese momento, estaba saliendo todo mal! No había alegría, intimidad. Así no debía ser.

-¡Ábrete a mí! -clamé.

Hizo gestos de negación, y sus ojos volvieron a entrecerrarse.

-¿No se va a producir cuando fluya la sangre? -Qué frágil su voz. -¡Dame una imagen para guardar en mi mente, Lestat! Una imagen que me proteja del miedo.

Yo estaba desconcertado. No sabía qué quería decir.

-¿Te parece que piense en ti, en lo bello que eres -propuso con ternura-, en que vamos a ser compañeros para siempre?

-Piensa en la India. Piensa en el bosque de mangos, en la época en que más feliz has sido...

Quise decir más, quise decir no, en eso no, pero no sabía por qué. Y dentro de mí surgió el hambre, mezclada con una ardiente soledad, y una vez más vi a Gretchen, vi su expresión de horror. Me acerqué más. David, David por fin... ¡Hazlo! y deja ya de hablar, qué importan las imágenes, ¡hazlo! ¿Qué te pasa? ¿Acaso tienes miedo?

Esta vez lo abracé con fuerza.

De nuevo vi miedo en él, fue algo súbito, y por un instante saboreé la exuberante intimidad física, el cuerpo alto y majestuoso entre mis brazos. Mis labios recorrieron su pelo gris oscuro, aspiraron la conocida fragancia, mis dedos sostuvieron su cabeza, la acunaron. Luego, mis dientes quebraron la superficie de su piel incluso antes de que me propusiera hacerlo, y la sangre caliente, salada, fluyó sobre mi lengua, me llenó la boca.

David, David por fin.

Las imágenes me vinieron como una avalancha, los grandes bosques de la India, los elefantes grises que pasaban, las rodillas levantadas torpemente, las gigantescas cabezas que se movían, las orejas muy pequeñas golpeteando como hojas sueltas. La luz del sol que caía sobre el bosque. ¿Dónde está el tigre? Oh, Dios, ¡Lestat, el tigre eres tú! ¡Finalmente se lo hiciste! ¡Con razón no querías que pensara en eso! Tuve una visión fugaz de él observándome en el claro del bosque,

el David de años atrás, espléndido, juvenil, sonriente, y de golpe, durante una fracción de segundo, apareció otra figura, la imagen superpuesta de otro hombre, o bien surgiendo desde adentro como una flor que se abre. Era un ser delgado, demacrado, canoso, de ojos sagaces. Y antes de que se esfumara una vez más dentro de la imagen inerte de David, ¡supe que había sido James!

¡El hombre que tenía en mis brazos era James!

Lo eché hacia atrás, y con la mano me limpié la sangre que me chorreaba de los labios.

-¡James! -grité.

Cayó contra el costado de la cama, aturdido, con gotas de sangre en el cuello de la camisa y una mano en alto.

-¡No seas atropellado! -clamó, con la vieja entonación propia, sudoroso su rostro.

-¡Que te pudras en el infierno! -vociferé, mirando esos ojos frenéticos que habitaban en la cara de David.

Me abalancé sobre él, que en la desesperación dejó escapar risas de loco y más palabras, presurosas, farfulladas.

-¡Idiota! ¡Es el cuerpo de Talbot! ¡Cómo vas a hacerle daño al cuerpo de Talbot!

Lamentablemente, fue demasiado tarde. Traté de contenerme, pero lo aferré del cuello y lo arrojé contra la pared.

Horrorizado, vi que se estrellaba contra el yeso. Vi que le salía sangre de la nuca, oí el crujido espantoso de la pared rota y, cuando me estiré para abarajarlo, cayó directamente en mis brazos. Me miró con ojos bovinos, al tiempo que su boca luchaba con frenesí tratando de articular alguna palabra.

-Mira lo que hiciste, imbécil. Mira... lo que...

-¡Quédate dentro de ese cuerpo, monstruo! -dije, apretando los dientes-. ¡Mantenlo con vida!

Boqueaba. Un hilillo de sangre le salía de la nariz y entraba en su boca. Se le dieron vuelta los ojos. Lo sostuve, pero le colgaban los pies, como si estuviera paralítico.

-Idiota, llama a mi madre, llámala... mamá, mamá... Raglan te necesita... No llames a Sarah. No se lo digas a Sarah. Llama a mi madre... -Luego perdió el conocimiento, la cabeza le cayó hacia un lado, y entonces lo tendí sobre la cama.

Me puse frenético. ¡Qué iba a hacer! ¿Podía curarle las heridas con mi sangre? No, el daño era interno, dentro de la cabeza, ¡del cerebro! ¡Dios mío! ¡El cerebro de David!

Manoteé el teléfono, tartamudeé el número de la habitación diciendo que era una emergencia. Había un hombre muy malherido producto de una caída. ¡Había tenido un accidente cerebral! Debían llamar de inmediato una ambulancia.

Corté y volví a donde él estaba. ¡El cuerpo y el rostro de David seguían ahí, inertes! Pestañeó, abrió y cerró la mano izquierda.

-Mamá... -murmuró-. Avísale a mamá. Dile que Raglan la necesita... Mamá.

-Ya viene. ¡Tienes que esperarla! -Suavemente le hice girar la cabeza a un lado. Pero, en verdad, ¿qué importaba? ¡Que saliera de allí si podía! ¡Ese cuerpo no se iba a curar! ¡Ese cuerpo nunca más sería apto para albergar a David! '

¿Y dónde diablos estaba David?

La sangre se desparramaba por toda la sobrecama. Me mordí la muñeca. Dejé caer las gotitas en las mordeduras de su cuello. A lo mejor venía bien ponerle además otras gotitas en los labios. ¡Pero qué podía hacer por el cerebro! Dios mío, por qué lo hice...

-¡Idiota! -murmuró-. Mamá.

Su mano izquierda comenzó a agitarse de lado a lado sobre la cama. Luego vi que todo el brazo se sacudía y, más aún, que también el costado izquierdo de la boca se le iba a un lado una y otra vez. Los ojos miraban hacia arriba con fijeza, y las pupilas dejaron de moverse. Siguió saliéndole sangre de la nariz, entrándole en la boca, ensuciándole los blancos dientes.

-Oh, David, no quise hacerte esto. ¡Dios mío, se va a morir!

Creo que él articuló una vez más la palabra "mamá". Pero ya se oían las sirenas por el bulevar Ocean. Alguien golpeaba la puerta. Me coloqué a un costado cuando la abrieron, de modo que pude huir sin que me vieran. Otros mortales subían presurosos por la escalera. Cuando pasé al lado de ellos, no vieron más que una sombra fugaz. Me detuve un instante en el hall y, aturdido, miré a los empleados que corrían por doquier. El espantoso ulular de la sirena se oía cada vez más fuerte. Giré sobre mis talones y salí a la calle a los tumbos.

-Dios mío, David, ¿qué he hecho?

Una bocina de auto me sobresaltó; luego otra me sacó de mi estupor. Estaba parado en medio del tráfico. Retrocedí y me alejé en dirección a la arena.

De repente se detuvo frente al hotel una ambulancia de grandes dimensiones. Un muchacho robusto bajó del asiento delantero e ingresó en el hall, mientras el otro iba a abrir las puertas de atrás. Alguien gritó algo en el interior del edificio. Vi una silueta arriba, en la ventana de mi habitación.

Me alejé más aún. Las piernas me temblaban como si yo fuera mortal; con las manos me aferraba tontamente la cabeza, mientras contemplaba la tremenda escena a través de los anteojos ahumados, mientras veía congregarse la inevitable multitud, mientras muchos se levantaban de las mesas de restaurantes próximos para dirigirse a la entrada del hotel.

Ya no podía ver nada de manera normal, pero de todos modos reconstruí el espectáculo sacando imágenes de las mentes humanas: la camilla que cruzaba por el hall llevando atado el cuerpo inerte de David, los ayudantes apartando a los curiosos.

Se cerraron las puertas de la ambulancia y la sirena reinició su amenazante ulular. Y partió a toda velocidad, portando el cuerpo dé David quién sabe adónde.

Tenía que hacer algo, pero, ¿qué? ¡Entrar en el hospital y realizar el cambio con ese cuerpo! ¿Qué otra cosa lo puede salvar? ¿Y después tener a James dentro de él? ¿Dónde está David? Dios mío, ayúdame. Pero, ¿por qué habrías de hacerlo?

Por último, entré en acción. Corrí velozmente por la calle aprovechando que los mortales casi no podían verme, encontré una cabina telefónica de vidrio, me metí en ella y cerré la puerta.

Le indiqué a la operadora que quería hablar con Londres, al número de la Talamasca, con cobro revertido. ¿Por qué demoraba tanto? Impaciente, golpeé el vidrio con el puño, sin quitar el auricular de la oreja. Por fin, una de las gentiles voces de la Talamasca aceptó el llamado.

-Escúcheme -dije, deletreando primero mi nombre completo-. Esto quizá le resulte raro, pero es muy importante. El cuerpo de David Talbot acaba de ser llevado de urgencia a un hospital de la ciudad de Miami. ¡Ni siquiera sé a cuál! Pero sé que ese cuerpo está muy malherido y puede morir. Le pido que comprenda que David no se halla dentro de ese cuerpo... ¿Me escucha? Está en otra parte...

Dejé de hablar.

Una silueta oscura había aparecido frente a mí, del otro lado del vidrio. Mis ojos la miraron sin interés, dispuestos a ignorarla -después de todo, ¿qué me importaba que un mortal pretendiera apurarme para cortar?-, pero entonces vi que et que estaba ahí era mi ex cuerpo humano, joven y moreno, el mismo en el cual había habitado el tiempo suficiente como para conocerlo al dedillo. ¡Estaba contemplando la misma cara que apenas dos días antes había visto al mirarme en el espejo! Sólo que ahora era unos cinco centímetros más alto que yo. Estaba contemplando esos ojos tan conocidos.

El cuerpo vestía el mismo traje que le había puesto yo la última vez. Es más, incluso la misma remera blanca. Y una de esas manos se levantó en un gesto, sereno como la expresión del rostro, para darme la orden inconfundible de que cortara.

Dejé el tubo en su soporte.

Con un fluido movimiento, el cuerpo dio la vuelta hasta el frente de la cabina y abrió la puerta. La mano izquierda aferró mi brazo y, con mi total colaboración, me sacó a la acera, al viento suave.

-David -dije-, ¿sabes lo que he hecho?

-Creo que sí -repuso, enarcando las cejas. De la boca joven salía el conocido acento británico. -Vi la ambulancia en el hotel.

-¡Fue un error, David! ¡Un error horrible, espantoso!

-Vamos, vámonos de aquí. -Esa sí, era la voz que yo recordaba, tranquilizadora en extremo, gentil, convincente.

-Pero, David, no entiendes. Tu cuerpo...

-Ven, ya me contarás todo.

-Se está muriendo, David.

-Entonces no es mucho lo que podemos hacer.

Y ante mi total asombro, me rodeó con su brazo, se inclinó hacia mí con su consabido estilo perentorio, y me urgió para que fuera con él hasta la esquina a buscar un taxi.

-No sé en qué hospital -confesé. Seguía temblando como una hoja. No podía aquietar mis manos. Y el hecho de que me mirara con tanto aplomo me conmovió sobremanera, sobre todo cuando de ese rostro bronceado partió la misma voz de siempre.

-No vamos al hospital -dijo, como si intentara calmar a un niño histérico. Le hizo una seña a un taxi. -Vamos, sube.

Se sentó a mi lado y dio al chofer la dirección del hotel Grand Bay, de Coconut Grove.

Me hallaba todavía en un estado de shock como el que sufren los mortales, cuando entramos al amplio hall de pisos de mármol. En medio de una especie de bruma reparé en el mobiliario suntuoso, en los inmensos jarrones con flores, en



Librodot

los turistas de atuendo elegante que circulaban por allí. Con toda paciencia, el hombre alto de piel morena que antes había albergado a mi antiguo yo me condujo al ascensor, y juntos subimos en silencio hasta el piso alto.

No podía apartar mis ojos de él, pero el corazón seguía latiéndome con fuerza debido a lo sucedido un rato antes. ¡Si hasta sentía aún en la boca el gusto a la sangre del cuerpo herido!

Entramos en una suite amplia, decorada en tonos apagados, con amplios ventanales del piso al techo que daban a la noche, a las iluminadas torres de la apacible Biscayne Bay.

-No entiendes lo que he estado tratando de decirte -sostuve, contento por fin de estar a solas con él. Lo miré ubicarse frente a mí, ante la mesita redonda de madera. -Lo lastimé mucho, David. Presa de furia, lo herí. Lo... aplasté contra la pared.

-Siempre el mismo temperamento, ¿eh, Lestat? -dijo, pero con la voz que uno usa para tranquilizar a un niño sobreexcitado.

Una sonrisa cariñosa encendió el rostro de finas líneas, bellamente cincelado, y la boca ancha, serena: la inconfundible sonrisa de David.

No pude reaccionar. Lentamente bajé los ojos, los aparté de su cara radiante para posarlos en sus hombros recios que en ese momento se apoyaban contra el respaldo de la silla, en toda su figura distendida.

-¡Me hizo creer que eras tú! -clamé, tratando de volver a concentrarme-. Se hizo pasar por ti. Y yo le conté todas mis desventuras. Me prestó atención, me tiró de la lengua. Después pidió el Don Misterioso. Dijo que había cambiado de opinión. ¡Hasta me engatusó para que subiera a las habitaciones y se lo diera! ¡Fue espeluznante, David! Era lo que siempre quise y, sin embargo, ¡había algo raro! Algo de siniestro que él tenía. Hubo ciertos indicios, sí, pero no los vi. Qué tonto he sido.

-Genio y figura -dijo el aplomado joven que tenía delante. Se quitó el saco, lo arrojó sobre un sillón cercano, volvió a sentarse y cruzó los brazos sobre el pecho. La tela de la remera destacaba sus músculos, y el hecho de que fuera blanca hacía resaltar el color intenso de su piel, de un marrón casi dorado.

-Sí, ya sé -agregó, con fluido acento británico-. Es muy chocante. ¡Yo viví la misma experiencia hace unos días en Nueva Orleáns, cuando el único amigo que tengo en el mundo se me presentó dentro de este cuerpo! Te comprendo perfectamente. Y también entiendo, no necesitas repetírmelo, que mi antiguo cuerpo está por morir. Lo que pasa es que no sé qué podemos hacer ninguno de los dos.

-Bueno, lo que no puedes hacer de ninguna manera es acercarte, porque James podría advertir tu presencia y realizar un esfuerzo de concentración para salir de este cuerpo.

-¿Te parece que todavía está adentro? -preguntó, volviendo a enarcar las cejas como hacía siempre David al hablar, inclinando apenas la cabeza hacia adelante y con un asomo de sonrisa en los labios.

¡David tras esa cara! El timbre de su voz era casi exactamente el mismo.

-Ah... qué..., ah, sí, James. ¡Sí, James está en el cuerpo! ¡David, el golpe se lo asesté en la cabeza! ¿Recuerdas aquella vez que hablamos y me dijiste que si quería matarlo tenía que darle un golpe rápido en la cabeza? Quedó tartamudeando... dijo algo sobre la madre. Pidió por ella. No hacía más que

repetir: "Díganle que Raglan la necesita." Cuando salí de la habitación seguía dentro de ese cuerpo.

-Entiendo. Eso significa que el cerebro le funciona, pero está muy deteriorado.

-¡Exacto! ¿No ves? Pensó que yo no lo iba a agredir porque el cuerpo donde mora es el tuyo. ¡Se refugió allí! ¡Ah, pero calculó mal! ¡Muy mal! ¡Y querer seducirme para que ejecutara el Truco Misterioso! ¡Qué vanidad! Tendría que haberse dado cuenta. Tendría que haberme confesado su ardid apenas me vio. Maldito sea. David, si no maté tu cuerpo, seguro que le produje daños irreparables.

Se había quedado abstraído, tal como solía hacerlo en medio de una conversación; sus ojos, muy abiertos, miraban a la distancia por los ventanales.

-Tengo que ir al hospital, ¿no te parece? -preguntó en un susurro.

-Por Dios, no. ¿Te arriesgarás a que vuelva a meterte dentro del otro cuerpo justo cuando está por morir? Supongo que no lo dices en serio.

Se puso de pie con movimiento ágil y se aproximó a la ventana. Allí se paró a contemplar la noche, y vi la inconfundible expresión reflexiva de David en el nuevo rostro.

Qué milagro total era ver a ese ser con todo su tino y sabiduría brillando dentro del físico joven. Ver su apacible inteligencia tras los ojos juveniles que me volvían a mirar.

-Me está esperando la muerte, ¿verdad? -preguntó con voz queda.

-Que espere. Fue un accidente, David. No es una muerte inevitable. Por supuesto, existe otra posibilidad, y ambos sabemos cuál es.

-¿Cuál?

-Que vayamos juntos. Buscamos la forma de entrar en la habitación, por ejemplo embrujando a varias personas de rangos diversos del ambiente médico. Tú lo obligas a salir del cuerpo y te metes adentro, y luego yo te doy la sangre. No hay herida ni daño imaginable que no se pueda sanar con una infusión total de sangre.

-No, amigo. Ya deberías saber que no debes ni sugerirlo. No lo puedo hacer.

-Sabía que ibas a contestar eso. Entonces no te acerques al hospital. ¡No hagas nada que pueda hacerlo salir de su embotamiento!

Nos quedamos callados, mirándonos. Rápidamente se me estaba yendo el miedo. Por lo pronto ya no temblaba, y de golpe me di cuenta de que él nunca había sentido temor.

No lo sentía tampoco en ese momento. Ni siquiera se lo notaba triste. Me miraba como pidiéndome sin palabras que comprendiera. O a lo mejor no pensaba en mí en absoluto.

¡Tenía setenta y cuatro años! Y había pasado de un cuerpo lleno de achaques seniles a ese otro físico joven, bello, resistente.

¡En realidad, yo podía no tener ni idea de lo que estaba sintiendo! Para estar ahí adentro, yo había tenido que entregar el cuerpo de un dios. Él, en cambio, entregó el cuerpo de un viejo a un paso de la muerte, vale decir el de un hombre para quien la juventud era una colección de recuerdos dolorosos, un hombre tan conmovido por esos recuerdos que su paz de espíritu se deterioraba rápidamente, amenazando con dejarlo amargado en los pocos años que le quedaban.

¡Y había recuperado la juventud! ¡Podría vivir otra vida entera! Además, ese cuerpo le agradaba, le parecía bello, hasta magnífico. Un cuerpo que había despertado en él deseos carnales.

Y yo había estado llorando por un cuerpo anciano, todo golpeado, que perdía su vida gota a gota en una cama de hospital.

-Sí -dijo-. Pienso que ésa es exactamente la situación. ¡Y sin embargo creo que yo debería ir a ese cuerpo! Sé que es el templo indicado para esta alma. Sé que cada minuto de demora significa un riesgo inimaginable... que el cuerpo muera, que deba quedarme dentro de éste. Pero fui yo el que te trajo aquí. Y aquí es donde pienso permanecer.

Me estremecí todo, y tuve que parpadear como para despertar de un sueño. Por último dejé escapar una risita y lo invité:

-Siéntate, sírvete uno de esos asquerosos whiskies y cuéntame cómo ocurrió todo.

Aún no tenía ánimo para reírse. Parecía desconcertado, o simplemente en un gran estado de apatía al tiempo que me miraba y analizaba el problema desde el interior de ese físico maravilloso.

Permaneció un instante más ante el ventanal, recorriendo con la mirada los altos edificios, tan blancos, de aspecto tan limpio con sus cientos de balconcitos, y luego el agua que se extendía hasta el cielo.

Se dirigió al bar, que estaba en un rincón, sin un dejo de torpeza en el andar; tomó la botella de whisky un vaso, y los trajo a la mesa. Se sirvió una medida doble del brebaje, bebió la mitad, hizo la simpática mueca de siempre pero con ese cutis nuevo, de piel fresca, tal como antes lo hacía con el otro, y por último volvió a posar en mí sus ojos irresistibles.

-Es verdad: lo hizo, tal como dices, para buscar refugio -comenzó-. ¡Yo tendría que haberlo imaginado! Pero no se me ocurrió, maldito sea. Nos dedicamos por entero al problema de la transmutación y nunca pensé que fuera a seducirte para que ejecutaras el Truco Misterioso. ¿Cómo pudo creer que podía engañarte una vez que comenzara a fluir la sangre?

Hice un gesto de desaliento.

-Cuéntame todo -le pedí-. ¿Te obligó a salir de tu cuerpo?

-Totalmente. ¡Y al principio no capté lo que había pasado! ¡No te imaginas el poder que tiene! ¡Por supuesto, está desesperado, como estamos todos! ¡Traté de recuperar mi cuerpo pero me repelió, y luego empezó a dispararte a ti con el revólver!

-¿A mí? ¡A mí no podría haberme hecho daño, David!

-Pero eso yo no lo sabía con certeza. ¿Y si se te hubiera incrustado una bala en el ojo? ¡Pensé en la posibilidad de que un disparo hiciera impacto en tu cuerpo, cosa que le permitiría volver a meterse adentro! Además, no soy un experto en viajes incorpóreos; por cierto, no estoy a la misma altura que él. Me hallaba totalmente dominado por el pánico. Después te fuiste, yo seguía sin poder recuperar mi cuerpo, y para colmo él apuntó con su arma al otro, que estaba tendido en el piso.

"Yo ni sabía si podía tomar posesión de ese cuerpo; jamás lo había hecho. Ni siquiera quise intentar hacerlo cuando tú me lo propusiste. La idea de apoderarme de otro cuerpo me resulta moralmente repulsiva, tanto como quitarle

la vida a alguien. Pero él estaba a punto de volarle la tapa de los sesos a ese cuerpo... si es que lograba dominar el arma. ¿Y dónde quedaba yo? ¿Qué me iba a pasar? Ese cuerpo era mi última posibilidad de reingresar en el mundo físico.

"Entré en él tal como te había hecho practicar a ti. Y enseguida conseguí ponerme de pie, de un golpe lo mandé al piso y casi le quito el arma. A esa altura el pasillo de afuera estaba lleno de atemorizados viajeros y miembros del personal. Disparó otra bala cuando yo ya huía por la terraza y me lanzaba a la cubierta inferior.

"Creo que no tomé conciencia de lo sucedido hasta que choqué con la madera del piso. Si hubiera seguido dentro de mi viejo cuerpo, la caída me habría hecho quebrar el tobillo, quizás hasta la pierna. Me apronté para sentir un dolor intolerable, pero me di cuenta de que no me había hecho nada. Me levanté casi sin esfuerzo, recorrí todo el largo de la cubierta y entré en el Bar de la Reina.

"Por supuesto, no debí haber ido allí. Los funcionarios de seguridad pasaban justo en ese momento rumbo a la escalera de la Cubierta Insigne. No tuve dudas de que lo iban a apresar. Y él actuó con tanta torpeza con ese revólver, Lestat. Es como tú dijiste: no sabe moverse dentro de los cuerpos que roba. ¡Sigue siendo siempre el mismo!

Hizo silencio, bebió otro whisky y volvió a llenar el vaso. Yo lo miraba como hechizado, escuchando esa voz, viendo esos modales perentorios unidos a una cara inocente. De hecho, ese físico joven acababa de terminar la última etapa de la adolescencia, pero antes nunca había reparado en ello. Era, en todo sentido, algo recién terminado, como la moneda recién grabada, sin el más mínimo rasponcito por el uso.

-En este cuerpo no te emborrachas tanto, ¿no?

-Es verdad -respondió-. Nada es lo mismo. Nada. Pero déjame seguir. Yo no quería dejarte en el barco. Me ponía loco pensar en tu seguridad. Pero no me quedó más remedio.

-Ya te dije que por mí no te preocuparas. Dios mío, casi las mismas palabras que le dije a él... cuando pensaba que eras tú. Bueno, prosigue. ¿Qué pasó después?

-Volví al hall que hay detrás del Bar de la Reina, desde donde podía ver el interior por la ventanita. Supuse que tendrían que traerlo por ese camino; además, no conocía otro. Y tenía que saber si lo habían detenido. Compréndeme, yo aún no había decidido qué hacer. A los pocos segundos apareció un contingente completo de oficiales, conmigo -David Talbot- en el medio, y rápidamente lo llevaron -a mi antiguo yo- hacia la parte delantera del buque. Oh, lo que fue verlo luchar para conservar la dignidad, cómo les hablaba animadamente, casi con alegría, como si fuera un caballero de gran fortuna e influencia sorprendido en algún asuntito sórdido.

-Me imagino.

-Pero qué es lo que pretende, me decía para mis adentros. No me daba cuenta, por supuesto, de que él pensaba en el futuro, en cómo refugiarse de ti. Luego se me ocurrió que los iba a enviar tras de mi pista. Y que me echaría toda la culpa del incidente, por supuesto.

"En el acto revisé mis bolsillos y encontré el pasaporte a nombre de Sheridan Blackwood, el dinero que habías puesto tú para ayudarlo a huir del barco y la llave de tu camarote. Pensé qué me convenía hacer. Si me iba al camarote, irían



Librodot

allí a buscarme. Él no sabía el nombre que figuraba en el pasaporte, pero los camareros sacarían conclusiones, sin duda.

"Seguía indeciso cuando de pronto oí que mencionaban su nombre por los altoparlantes. Una voz pedía que el señor Raglan James se presentara de inmediato ante cualquier oficial de a bordo. Eso quería decir que me había implicado, creyendo que yo tenía el pasaporte que te había dado a ti. Y no iba a pasar mucho hasta que relacionaran el nombre de Sheridan Blackwood con el asunto. Probablemente James ya estuviera dándoles una descripción física mía.

"No me atreví a bajar a la Cubierta Cinco para constatar si habías logrado llegar sano y salvo a tu escondite, ya que corría el riesgo de conducirlos a ellos hasta ahí. Podía hacer una sola cosa: esconderme en alguna parte hasta que supiera con certeza que él ya no estaba en el buque.

"Lo lógico era que lo detuvieran en Barbados por el asunto del arma. Además, probablemente no supiera qué nombre figuraba en su pasaporte, y las autoridades lo controlarían antes de que él pudiera retirarlo.

"Bajé a la Cubierta Lido, donde la mayoría de les pasajeros estaba desayunando, bebí una taza de café, me quedé en un rincón, y a los pocos minutos comprendí que eso no iba a funcionar. Aparecieron dos oficiales en actitud de estar buscando a alguien, y por poco me descubren. Me puse a hablar con dos mujeres muy amables que tenía al lado, y más o menos logré disimularme en el grupito.

"A los pocos segundos de haberse marchado, pasaron otro anuncio por los parlantes. Esa vez ya dijeron correctamente el nombre. Que el señor Sheridan Blackwood por favor se presentara de inmediato ante cualquier oficial. Entonces tomé conciencia de otra cosa terrible: me hallaba dentro del cuerpo del mecánico londinense que había asesinado a toda su familia y huido de un psiquiátrico. Las huellas digitales de ese cuerpo estarían sin duda archivadas. James era capaz de hacer saber eso a las autoridades. ¡Y justo estábamos por atracar en Barbados británica! Si me detenían, ni la Talamasca iba a poder hacer que liberaran a este cuerpo. Por mucho que temiera dejarte solo, tenía que tratar de desembarcar.

-Tú sabías que yo no iba a tener problemas... Pero, ¿cómo fue que no te detuvieron en la planchada?

-Oh, casi me detienen, pero fue por pura confusión. El puerto de Bridgetown es bastante grande y habíamos atracado como corresponde, contra el muelle, o sea que no hubo necesidad de usar la lanchita. Y como los funcionarios de la aduana demoraron mucho en autorizar el desembarco, había centenares de personas aguardando en los pasillos de la cubierta inferior para bajar a tierra.

"Los funcionarios controlaban las tarjetas de embarque lo mejor que podían, pero yo me mezclé de nuevo con un grupo de señoras inglesas, empecé a hablar en voz muy alta sobre los lugares de interés que hay en Barbados y su clima maravilloso, y así conseguí pasar.

"Bajé directamente al muelle de cemento y de allí al edificio de aduanas. Luego empecé a sentir miedo de que allí me revisaran el pasaporte y no me permitieran seguir.

"¡Además, no olvides que no hacía ni una hora que yo estaba dentro de este cuerpo! Cada paso que daba me resultaba extraño. A cada instante me veía las manos y me asustaba... ¿Quién soy?, me preguntaba. Espiaba las caras de la

gente y era como estar mirando por dos agujeritos de una pared ciega. ¡No podía imaginar lo que ellos veían!

-No sabes cómo te comprendo.

-Ah, pero la fuerza, Lestat... Eso no puedes saberlo. Fue como si hubiera ingerido un poderosísimo estimulante. Y estos ojos jóvenes, oh, qué lejos ven, con qué claridad.

Asentí.

-Bueno, para serte sincero, en ese momento ya no razonaba bien. El edificio de aduanas estaba repleto. Había varios cruceros fondeados. El Wind Song, el Rotterdam y creo que también el Royal Viking Sun, que amarró justo frente al Queen Elizabeth II. Lo cierto es que había turistas por todas partes, y pronto caí en la cuenta de que les revisaban los pasaportes sólo a quienes regresaban a los barcos.

"Entré en una de esas boutiques... ya sabes cómo son... llenas de mercaderías horribles, y me compré un par de anteojos para sol espejados, como los que usabas tú cuando tenías la piel tan clara, y una camiseta espantosa, con el dibujo de un loro.

"Me saqué la remera y el saco, me puse la camiseta espantosa, los anteojos, y me ubiqué en un lugar desde donde podía ver todo el largo del muelle a través de las puertas abiertas. No sabía qué otra cosa hacer. ¡Me aterraba que pudieran empezar a revisar los camarotes! ¿Qué iban a hacer cuando no pudieran abrir la puertita de la Cubierta Cinco? ¿O si llegaban a encontrar tu cuerpo en el baúl? Pero, por otra parte, ¿cómo iban a poder efectuar ese registro? ¿Y qué podía impulsarlos a hacerlo, puesto que ya tenían al hombre con el arma?

Hizo una nueva pausa para beber otro sorbo de whisky. En su aflicción, al hacer el relato parecía inocente, de una manera que nunca podría haberlo logrado con su antiguo físico.

-Estaba loco, absolutamente loco. Traté de usar mis viejos poderes telepáticos, y me llevó un tiempo descubrirlos. Además, eso tenía más relación con el cuerpo de lo que hubiera pensado.

-No me sorprende.

-Lo único que pude recoger fueron diversas imágenes y pensamientos de los pasajeros que tenía más cerca. No me sirvió de nada. Pero por suerte mis padecimientos terminaron de improviso.

"Hicieron desembarcar a James. Lo acompañaba el mismo contingente de oficiales que lo había rodeado. Deben haberlo considerado el criminal más peligroso del mundo occidental. Y se había quedado con mi equipaje. Ostentaba una magnífica imagen de decoro británico, de dignidad, conversando con una alegre sonrisita, aunque era obvio que los oficiales desconfiaban enormemente y se sintieron muy incómodos cuando tuvieron que acompañarlo a la oficina de migraciones y presentar su pasaporte.

"Me di cuenta de que lo obligaban a abandonar el buque para siempre. Incluso le revisaron el equipaje antes de dejar pasar a todo el grupo.

"Y todo ese tiempo me mantuve pegado a la pared del edificio. Con el saco y la camiseta en el brazo, parecía un vagabundo que miraba con esas gafas espantosas mi noble cuerpo viejo. ¿Qué intenciones tendrá?, pensé. ¿Para qué quiere ese cuerpo? Te repito: no comprendía aún lo astuta que había sido su decisión.

"Salí tras el pequeño batallón. Afuera esperaba un patrullero, donde pusieron todo el equipaje mientras él seguía charlando y estrechando la mano a los oficiales, ahora que no lo habrían de acompañar.

"Me acerqué lo suficiente y pude escucharle profusión de agradecimientos y disculpas, atroces eufemismos, frases vacías y comentarios entusiastas sobre lo mucho que había disfrutado del breve viaje. Parecía gozar lo indecible con toda esa fantochada.

-Sí -convine, con aire lúgubre-. No cabe duda de que es él.

-Después hubo un momento extrañísimo. Cuando le sostenían la puerta del auto para que subiera, se volvió y me miró fijo como si supiera que yo había estado ahí todo el tiempo. Pero lo disimuló con mucha inteligencia paseando la mirada por el gentío que entraba y salía por los enormes portones, me miró de nuevo muy fugazmente y sonrió.

"Sólo cuando el vehículo se marchó, me di cuenta de lo que había pasado. Se había llevado mi viejo cuerpo con toda premeditación, dejándome con este otro, de veintiséis años.

Levantó su vaso una vez más, bebió un sorbo y me observó.

-Puede que hubiera sido imposible realizar la transformación en ese momento -prosiguió-. Sinceramente, no lo sé. Pero lo cierto es que él quería ese cuerpo y que yo quedé ahí, frente al edificio de aduanas, y que ¡había vuelto a ser un hombre joven!

Tenía la mirada clavada en el vaso aunque era evidente que no lo veía; luego volvió a posarla sobre mí.

-Se cumplió lo del "Fausto", Lestat. Había comprado juventud, pero lo raro era que... ¡no había vendido mi alma!

Guardó silencio, meneó un tanto la cabeza, dio la impresión de que estaba por retomar el relato. Por último, dijo:

-¿Me perdonas que te haya abandonado? No tenía forma de volver al barco. Y desde luego, James iba camino a la cárcel, o al menos eso creía yo.

-Claro que te perdono. David, ambos sabíamos que esto podía suceder. ¡Calculamos que te iban a arrestar, y eso hicieron con él! No tiene la menor importancia. ¿Al final qué hiciste? ¿Adónde fuiste?

-A Bridgetown. En realidad no fue ni siquiera una decisión. Se me acercó un taxista negro muy simpático, pensando que yo era pasajero del barco, y efectivamente lo era. Me ofreció hacerme buen precio para dar un paseo por la ciudad. Había vivido muchos años en Inglaterra. Tenía una voz agradable. Creo que ni le contesté. Me limité a afirmar con la cabeza y subí al autito. Recorrimos la isla durante horas. Debe haberme considerado un tipo muy raro.

"Recuerdo que atravesamos unas bellísimas plantaciones de caña de azúcar. Él me contó que el caminito se había construido para carros y caballos. Yo pensaba que probablemente esos campos tenían el mismo aspecto que hace doscientos años. Lestat me lo podrá decir; él debe saberlo, pensaba. Después me miraba las manos, movía un pie, flexionaba los brazos, hacía cualquier movimiento ¡y sentía la fuerza, el vigor de este cuerpo! Entonces empezaba de nuevo a maravillarme y no prestaba atención a la voz del hombre ni a los lugares que íbamos pasando.

"Por último, llegamos a un jardín botánico. El afable conductor estacionó y me invitó a conocerlo. A mí, ¿qué más me daba? Compré la entrada con el dinero que

con tanta gentileza habías dejado en los bolsillos para el Ladrón de Cuerpos, entré y me encontré con uno de los lugares más hermosos del mundo.

"Aquello era un sueño, Lestat. Tengo que llevarte a ese lugar, tienes que verlo... tú, que tanto disfrutas de las islas. En realidad, ¡no podía pensar en otra cosa que en ti!

"Y debo explicarte algo. Desde la primera vez que nos vimos, jamás te miré a los ojos ni oí tu voz, jamás pensé siquiera en ti sin sentir pena. Es la pena que se relaciona con la mortalidad, con el hecho de tomar conciencia de la edad que uno tiene, de los propios límites, de todo lo que no volveremos a ser nunca más. ¿Me entiendes?

-Sí. Cuando recorrías el jardín botánico pensabas en mí. Y no sentiste la pena.

-Así es. No la sentí.

Esperé. David bebió con avidez otro sorbo de whisky; luego alejó el vaso. Su cuerpo alto, fornido, reflejaba su elegancia de espíritu, se movía con gestos moderados, y una vez más pude oír el tono llano, mesurado, de su voz.

-Tenemos que ir ahí -dijo-, pararnos en esa colina sobre el mar. ¿Recuerdas el sonido de las ramas de los cocoteros en Grenada, esa especie de crujido que producían al mecerse en el viento? Jamás has oído una música como la que se oye en aquel jardín de Barbados. Y las flores... qué flores alocadas, impetuosas. ¡Es tu Jardín Salvaje, pero al mismo tiempo tan apacible, tan poco peligroso! ¡Vi la gigantesca palmera de los pordioseros, con sus ramas que se trenzan no bien salen del tronco! Y la "tenaza de langosta", una cosa blanda, monstruosa; y las azucenas... ah, tienes que verlas. También debe ser bellísimo a la luz de la luna, bello para tus ojos.

"Por mí, me habría quedado ahí para siempre. Pero un contingente de turistas me sacó de mi ensoñación. ¿Y sabes una cosa? Eran de nuestro barco. Pasajeros del Queen Elizabeth. -Soltó una risa alegre. Todo su cuerpo se estremeció con sus risitas. -Entonces me marché de inmediato.

"Salí, encontré a mi chofer y le pedí que me llevara a la costa oeste de la isla, pasando la zona de los hoteles suntuosos. Muchos ingleses de vacaciones. Lujo, soledad... canchas de golf. Pero después encontré un sitio... un hotel que da al mar y es exactamente lo que siempre anhelo cuando quiero alejarme de Londres, cruzar el mundo y llegar a algún lugar cálido, encantador.

. "Le pedí que subiéramos por ese caminito para ir a mirar. Se trataba de una construcción irregular revestida en yeso, de color rosado, con un precioso comedor techado de paja y abierto al frente, sobre la playa blanca. Mientras paseaba por allí reflexioné sobre todo lo ocurrido, o al menos lo intenté, y resolví quedarme por el momento en ese hotel.

"Le pagué al taxista, lo despedí y me alojé en una pequeña habitación que da al mar. Para llegar a ella tuve que atravesar jardines y entrar en una construcción cuyas puertas daban a un porche cubierto. Desde allí, un senderito bajaba directamente a la playa. No había nada entre mí y el caribe azul más que cocoteros y algunas matas de hibiscos, cubiertas de hermosísimos pimpollos rojos.

"¡Lestat, empecé a preguntarme si no me habría muerto, si todo aquello no sería más que el espejismo que uno ve cuando está por caer el telón!

Le indiqué con un gesto que comprendía.

-Me tiré en la cama y, ¿sabes qué pasó? Me quedé dormido. Me acosté con este cuerpo y me dormí.

-No me extraña -repuse con una sonrisita.

-Bueno, a mí, sinceramente, sí. ¡Pero cómo te encantaría esa habitación! Cuando me desperté a media tarde, lo primero que vi fue el mar.

"¡Luego vino el shock de comprobar que seguía dentro de este cuerpo! Descubrí que en el fondo siempre pensaba que James me iba a encontrar y obligar a salir de él, que iba a terminar vagabundeando, invisible, incapaz de encontrar un físico donde alojarme. Estaba seguro de que iba a ser más o menos así. Hasta se me ocurrió que quedaría suelto, desprendido de mí mismo.

"Sin embargo, ahí estaba yo, y eran más de las tres según este horrible reloj tuyo. Llamé en el acto a Londres. Por supuesto, cuando horas antes James les había hablado haciéndose pasar por mí, le creyeron, y sólo al escuchar atentamente el relato que ellos me hicieron pude atar cabos y saber lo que había pasado: que nuestros abogados se habían dirigido de inmediato a la sede central de la línea naviera Cunard y le allanaron el camino a James, y que él en esos momentos se hallaba viajando rumbo a los Estados Unidos. En realidad, los de la Casa Matriz pensaron que yo hablaba desde el hotel Park Central, de Miami Beach, para avisarles que había llegado bien y recibido los fondos por ellos girados.

-Tendríamos que haber previsto que él iba a pensar en eso.

-¡Sí, claro, y qué suma! Además, se la enviaron en el acto porque David Talbot sigue siendo el Superior General. Bueno, yo escuché pacientemente y luego pedí hablar con mi secretario, un hombre de suma confianza, y le conté más o menos lo que estaba ocurriendo: que un hombre de mi mismo aspecto y capaz de imitar mi voz me estaba personificando. Ese monstruo era Raglan James, y si por casualidad volvía a llamar, no debían decirle que ya estaban al tanto de la verdad sino más bien fingir que hacían todo lo que él les indicaba.

"No creo que exista en el mundo entero otra organización donde se aceptara semejante historia, ni siquiera viniendo del Superior General. Debo decir que, si bien me costó bastante convencerlos, fue mucho más sencillo de lo que podría suponerse. Había muchos detalles mínimos que sólo conocíamos mi secretario y yo, o sea que la identificación no fue problema. No le dije, desde luego, que estoy muy bien resguardado dentro del cuerpo de un hombre de veintiséis años.

"Lo que sí le dije fue que necesitaba de inmediato un pasaporte nuevo. No iba a hacer la prueba de salir de Barbados con el nombre de Sheridan Blackwood estampado sobre mi foto. Mi secretario debía comunicarse con nuestro viejo amigo Jake, de México, y éste me haría saber el nombre de alguien que pudiera realizarme el trabajito en Bridgetown esa misma tarde. También me hacía falta algo de dinero.

"Estaba a punto de cortar cuando mi asistente me contó que el impostor había dejado un mensaje para Lestat de Lioncourt: que debía reunirse cuanto antes con él en el Park Central de Miami. El impostor había dicho que Lestat de Lioncourt iba a llamar para preguntar por el mensaje, que se lo dieran sin falta.

Nuevamente se interrumpió, pero esta vez con un suspiro.

-Sé que yo tendría que haber viajado a Miami; que tendría que haberte advertido que el Ladrón de Cuerpos estaba ahí, pero se me ocurrió cuando recibí



Librodot

esa información. Yo sabía que, si me ponía en movimiento sin demora, podía llegar al Park Central y enfrentarme con él quizá antes que tú.

-Pero no quisiste hacerlo.

-No, no quise.

-Es perfectamente comprensible, David.

-¿Te parece? -Me estudió con la mirada.

-¿A un pequeño demonio como yo se lo preguntas?

Esbozó una pálida sonrisa, volvió a sacudir la cabeza y prosiguió.

-Pasé la noche en Barbados, y medio día de hoy. El pasaporte estuvo listo ayer, de modo que nada me impedía tomar el último vuelo a Miami. Pero no lo hice. Me quedé en ese precioso hotel, cené ahí, paseé por Bridgetown. Y hoy al mediodía me marché.

-Ya te dije que te comprendo.

-¿Sí? ¿Y si el ser vil te hubiera atacado de nuevo?

-¡Imposible! Ambos lo sabemos. Si hubiera podido hacerlo por la fuerza, lo habría logrado también la primera vez. Deja de atormentarte, David. Yo tampoco vine anoche, y eso que pensé que podías necesitarme. Estuve con Gretchen. Bueno, deja de preocuparte por cosas sin importancia. Tú sabes qué es lo que importa: lo que le está pasando a tu antiguo cuerpo en este preciso momento. No has registrado la idea, amigo. ¡Le asesté un golpe de muerte! No, veo que no lo captas. Crees que sí, pero sigues aturdido. Mis palabras deben haber constituido un duro golpe.

Me partió el corazón ver la expresión de dolor de sus ojos, y las arrugas de preocupación en esa piel nueva, tersa. Pero una vez más, esa mezcla de alma antigua y físico joven me pareció tan seductora, que me quedé mirándolo, recordando tal vez la manera en que él me había mirado en Nueva Orleáns y lo impaciente que eso me había puesto a mí.

-Tengo que ir a ese hospital, Lestat. Tengo que ver qué pasó.

-Yo también voy. Puedes acompañarme. Pero en la habitación del hospital entraré nada más que yo. Bueno, ¿dónde está el teléfono? ¡Quiero llamar al Park Central y averiguar adónde llevaron al señor Talbot! Y te repito: es muy probable que me estén buscando, porque el episodio se produjo en mi cuarto. A lo mejor me convendría llamar directamente al hospital.

-¡No! -Me tocó la mano. -No llames. Es preferible ir. Tendríamos que... ver... con nuestros propios ojos. Yo tengo que verlo. Tengo... cierto presentimiento.

-Yo también. -Pero era algo más que un presentimiento. Después de todo, yo había visto a ese viejo de pelo gris acerado sacudirse con silenciosas convulsiones sobre la cama manchada de sangre.

# 28

Se trataba de un inmenso hospital adonde se derivaban todos los casos de emergencia, e incluso a esa hora de la noche había un gran movimiento de ambulancias en las diversas entradas, mientras médicos de chaquetilla blanca

trabajaban afanosamente con víctimas del tránsito callejero, de infartos, de sangrientas cuchilladas o del consabido revólver.

Pero a David Talbot lo habían llevado lejos de las luces refulgentes y del ruido implacable, al silencioso ámbito de un piso superior que se llamaba, sencillamente, Unidad de Cuidados Intensivos.

-Espérame aquí -le ordené a David, al tiempo que le señalaba una aséptica salita, con lúgubre mobiliario moderno y un puñado de revistas muy gastadas-. No te muevas de aquí.

Reinaba un silencio total en el ancho pasillo. Me encaminé hacia las puertas del fondo.

Apenas un segundo más tarde regresé. David tenía la mirada perdida, sus largas piernas cruzadas por adelante, los brazos una vez más plegados sobre el pecho.

Me miró como si despertara de un sueño.

Yo empecé de nuevo a temblar, y la serena quietud de su rostro sólo empeoró mi miedo y mi terrible remordimiento.

-David Talbot -susurré, luchando por usar palabras sencillas- murió hace media hora.

No demostró reacción alguna, como si yo no hubiese abierto la boca. Lo único que se me ocurrió pensar fue: ¡la decisión la tomé por ti! Hice entrar al Ladrón de Cuerpos en tu mundo aunque me advertiste de los peligros. ¡Y fui yo el que ultimó al otro cuerpo! Sólo Dios sabe lo que vas a pensar cuando tomes conciencia de lo ocurrido. Todavía no te das cuenta.

Lentamente se puso de pie.

-Claro que me doy cuenta -afirmó con voz pausada. Se acercó y me apoyó las manos en los hombros; su manera de actuar era tan parecida a la del antiguo Talbot, que me daba la impresión de estar mirando a dos seres conjugados en uno solo. -Piensa en Fausto, mi estimado amigo. Pero tú no fuiste Mefistófeles, sino sólo Lestat, que reaccionó con furia. ¡Además, ya está hecho!

Se alejó unos pasos, volvió a quedar con la mirada ausente, y en el acto su rostro perdió todo rastro de congoja. Estaba absorto en sus pensamientos, aislado de mí, que seguía todo tembloroso procurando tranquilizarme, tratando de creer que eso era lo que él quería.

Después analicé una vez más la cuestión desde la perspectiva suya. ¿Cómo podía David no querer eso? También llegué a otra conclusión: que había perdido a mi amigo para siempre. Ya nunca más aceptaría estar conmigo. Cualquier asomo de posibilidad había desaparecido, ante ese milagro. No podía ser de otra manera. La idea fue penetrándome callada, profundamente. Volví a pensar en Gretchen, en la expresión de su rostro. Y durante un instante fugaz estuve de nuevo en la habitación con el falso David, que me miraba con sus bellos ojos marrones y me pedía el Don Misterioso.

Un leve sufrimiento me recorrió; luego, lo que empezó como un débil resplandor se convirtió en algo más intenso y luminoso, como si un fuego atroz consumiera mi cuerpo.

No dije nada. Paseé la mirada por las desagradables luces fluorescentes empotradas en el techo de azulejos, por los muebles insulsos, manchados y con hilachas sueltas, por una revista ajada que en su tapa mostraba a un niño

sonriente. Lo miré a él. Poco a poco el dolor fue cediendo y se transformó en una molestia sorda. Aguardé. En ese momento no habría podido pronunciar ni una palabra, por ningún motivo.

Al rato de estar cavilando, él dio la impresión de despertar de un hechizo. La gracia felina de sus movimientos volvió a embelesarme como desde el primer momento. Afirmó con voz apagada que debía ver el cadáver, porque eso sin duda se podía hacer.

Le contesté que sí con la cabeza.

Luego metió la mano en el bolsillo y sacó un pasaporte británico -el fraguado, que seguramente había conseguido en Barbados- y se puso a mirarlo como tratando de descifrar un misterio importante. Acto seguido me lo entregó, aunque no me imaginaba para qué. Vi ese rostro apuesto y juvenil, que exhibía todos los atributos de la inteligencia. ¿Por qué me mostraba la foto? Pero en el mismo acto de mirarla vi, bajo la cara nueva, el viejo nombre.

David Talbot.

Había usado su nombre verdadero en el documento falso, como si...

-Sí -explicó-, como si supiera que jamás voy a volver a ser el David Talbot de antes.

Los restos del señor Talbot aún no habían sido llevados a la morgue porque un íntimo amigo suyo de Nueva Orleáns, de nombre Aaron Lightner, estaba por llegar de un momento a otro en su avión particular.

El cuerpo yacía en un cuartito inmaculado. Era un anciano de espesa cabellera gris y parecía dormido, con la cabeza apoyada sobre una almohada y los brazos a los costados. Ya tenía las mejillas un tanto hundidas, lo cual le alargaba la cara; bajo la luz amarilla de la lámpara, la nariz parecía un poco más afilada de lo que era, y además dura, como hecha no de cartílago sino de hueso.

Le habían sacado el traje de hilo; luego lo lavaron y vistieron con una sencilla túnica de algodón. Sobre él extendieron la sobrecama, pero dieron vuelta el borde de la sábana celeste por encima de la manta blanca y estiraron todo muy bien sobre el pecho. Los párpados parecían demasiado amoldados a los ojos, como si la piel ya se estuviera aflojando, e incluso consumiendo. Para los agudos sentidos de un vampiro, ya se percibía la fragancia de la muerte.

Pero eso David no lo iba a saber, como tampoco percibiría ese aroma.

Estaba parado junto a la cama contemplando el cadáver, su propio rostro inerte, con la piel amarillenta y la barba crecida, que le daba un aspecto desprolijo. Con mano insegura tocó su propio pelo canoso, acarició un instante sus ondas. Luego la retiró y se quedó sosegado, mirando simplemente, como si estuviera presentando sus respetos en un sepelio.

-Está muerto -murmuró-. Muerto de verdad. -Lanzó un profundo suspiro y sus ojos recorrieron el techo del cuartito, las paredes, la ventana con sus cortinas cerradas, el aburrido linóleo del piso. -No percibo que haya vida en él ni cerca de él -agregó con el mismo tono apagado.

-No, nada -concordé-. Ya empezó el proceso de descomposición.

-¡Pensé que él iba a estar aquí! -agregó-. Supuse que lo iba a sentir cerca de mí, luchando por volver a meterse adentro.

-A lo mejor está aquí y no puede hacerlo. Qué espeluznante, hasta para él.



Librodot

-No, aquí no hay nadie -insistió. Luego siguió mirando su antiguo cuerpo como si no pudiera quitarle los ojos de encima.

Pasaban los minutos. Vi algo de tensión en su rostro, su piel tensa que reflejaba alguna emoción y luego volvía a distenderse. ¿Ya se había resignado? Estaba cerrado a mí como nunca, y en ese nuevo cuerpo parecía más desorientado, aunque su espíritu se transparentara con tan fina luz.

Una vez más suspiró, retrocedió un paso y juntos abandonamos la habitación.

En el hall pintado de beige nos detuvimos bajo las luces fluorescentes. Del otro lado del ventanal, protegido con su tela metálica, Miami resplandecía y titilaba; un rumor ahogado llegaba desde la autopista cercana, y la catarata de faros encendidos pasaba rozando a peligrosa distancia hasta donde la ruta giraba y volvía a elevarse sobre sus largas patas de hormigón.

-Como comprenderás, perdiste Talbot Manor -le dije-, porque pertenecía al hombre que murió.

-Sí, ya lo pensé -me respondió, desanimado-. Soy de la clase de ingleses que le da importancia a esas cosas. ¡Pensar que irá a parar a manos de un primo, y éste lo único que va a hacer será ponerla en venta cuanto antes!

-La compro yo y te la vuelvo a dar.

-Tal vez lo haga la orden: en mi testamento los nombro herederos de casi todos mis bienes.

-No estés tan seguro. ¡Puede ser que ni la Talamasca esté preparada para esto! Además, los humanos suelen transformarse en fieras cuando hay dinero de por medio. Llama a mi agente de París. Yo le voy a dejar instrucciones para que te dé absolutamente todo lo que desees. Me voy a encargar de que se te restituya hasta la última libra de tu fortuna, y por cierto la casa. Todo lo que yo pueda dar, es tuyo.

Lo noté algo asombrado, y profundamente conmovido.

No pude menos que preguntarme si yo había llegado a moverme con tanta soltura dentro de ese cuerpo alto y flexible. Mis movimientos por cierto habían sido impulsivos y hasta un tanto violentos. En realidad, había tomado con bastante indiferencia todo ese vigor físico. Él, por el contrario, daba la impresión de haber adquirido un gran conocimiento de cada hueso y tendón.

Mentalmente recreé la imagen del viejo David que caminaba a paso vivo por las calles adoquinadas de Amsterdam, esquivando las bicicletas. Ya en aquel entonces tenía el mismo garbo.

-Lestat, ya no eres responsable por mí. Esto no sucedió porque tú lo causaras.

Qué hondo pesar sentí en ese instante. Pero había palabras que debían ser pronunciadas.

-David -comencé, tratando de no demostrar mi amargura, -yo no habría podido vencerlo si no hubiese sido por ti. En Nueva Orleáns te dije que sería tu esclavo para siempre con tal de que me ayudaras a recuperar mi cuerpo, cosa que hiciste. -Me temblaba la voz. Pero, ¿por qué no decirlo todo? ¿Para qué prolongar el sufrimiento? -Sé que te he perdido para siempre, David. Sé que ahora ya nunca vas a aceptar el Don Misterioso.

-¿Por qué dices que me has perdido, Lestat? -preguntó, con ansiedad en la voz-. ¿Por qué tengo que morir para amarte? -Apretó los labios intentando detener un estallido de afecto. -¿Por qué ese precio, sobre todo ahora que estoy vivo como no

lo estaba antes? ¡Dios mío, supongo que comprendes la magnitud de lo que ocurrió! He renacido.

Apoyó la mano en mi hombro; sus dedos intentaron apretar ese cuerpo extraño que apenas sí sintió el roce, o más bien lo sintió de una manera muy distinta, que él nunca iba a conocer.

-Te quiero, amigo mío -musitó con ardor-. Por favor, no me dejes ahora. Esta experiencia nos ha acercado tanto...

-No, David. Estos últimos días nos sentíamos cerca porque los dos éramos mortales. Veíamos el mismo sol y el mismo atardecer, sentíamos la misma atracción de la tierra bajo nuestros pies. Bebíamos juntos y compartíamos el pan. Pudimos haber hecho el amor si lo hubieras permitido, pero ahora todo cambió. Tú tienes tu juventud, sí, y toda la maravilla embriagadora que acompaña al milagro, pero cuando te miro, sigo viendo a la muerte, David. Veo a alguien que camina bajo el sol y la muerte que le pisa los talones. Sé que no puedo ser tu compañero, ni tú el mío. Me produce demasiado dolor.

Agachó la cabeza en silencio, luchando valientemente por dominarse.

-No me dejes aún -pidió-. ¿Quién otro en este mundo puede entender?

De pronto quise suplicarle. Piensa, David: obtener la inmortalidad dentro de ese hermoso cuerpo joven. Quise mencionarle todos los lugares adonde podíamos ir juntos, como inmortales, y los prodigios que podíamos ver. Quise describirle el templo misterioso que había descubierto en las entrañas del bosque tropical, contarle lo que me había parecido recorrer la jungla, intrépido, tener una visión capaz de penetrar hasta en los rincones más recónditos... Oh, estuve a punto de soltar todo ese torrente de palabras, y no hice esfuerzos por disimular ni mis pensamientos ni sentimientos. Sí, claro, has vuelto a ser joven y ahora puedes serlo para siempre. Es el mejor vehículo que nadie pudiera haber ideado para tu viaje a las tinieblas; ¡como si todo esto lo hubieran hecho los espíritus misteriosos para prepararte! Tienes en tus manos belleza y sabiduría. Nuestros dioses realizaron el hechizo. Ven, ven conmigo ahora.

Pero no articulé palabra; no le imploré. De pie allí en el pasillo, me permití aspirar el olor a sangre que emanaba de él, ese aroma que despiden todos los mortales pero que en cada uno es distinto. Cuánto me hizo sufrir reparar en esa nueva vitalidad, ese calor más intenso, y el latir de su corazón, ahora más lento, más seguro, que me llegaba como si el cuerpo me estuviera hablando de una manera en que no podía hablarle a él.

En aquel bar de Nueva Orleáns, yo había aspirado la misma fragancia de vida que ahora despedía este físico, pero no había sido lo mismo. No, en absoluto.

No me costó nada cerrarme a todo eso, y así lo hice. Me recluí en la callada soledad del hombre común. Rehuí su mirada. No quería oír más palabras imperfectas y de disculpa.

-Te veré pronto -dije-. Sé que me vas a necesitar. Precisarás a tu único testigo cuando el horror y el misterio ya sean demasiado. Y yo vendré, pero dame tiempo. Y recuerda: llama a mi agente de París. No confíes en la Talamasca. Supongo que no pensarás dejarles también esta vida, ¿verdad?

Cuando giré para marcharme, oí el ruido lejano de las puertas del ascensor. Había llegado su amigo, un hombrecito menudo, canoso, vestido de traje y chaleco, tal como solía hacerlo David. Qué preocupado se lo veía cuando

caminaba hacia nosotros con paso ágil; luego sus ojos se posaron en mí, y disminuyó el ritmo.

Me alejé deprisa, sin dar importancia al hecho de que el hombre me reconoció, supo qué y quién era yo. Tanto mejor, pensé, porque entonces le va a creer a David cuando éste comience su singular relato.

La noche me aguardaba, como siempre. Y mi sed no podía esperar más. Me detuve un instante sintiendo esa sed, ansiando rugir como bestia hambrienta. Sí, otra vez sangre cuando no hay otra cosa, cuando el mundo en toda su belleza parece vacío e insensible, cuando me siento completamente perdido. Quiero a mi vieja amiga la muerte, y la sangre que con ella fluye. Aquí está Lestat, el vampiro, padeciendo sed, y esta noche entre todas las noches, no se le negará.

Sin embargo, cuando enfilaba hacia las sucias callecitas laterales en busca de las víctimas crueles que tanto me gustaban, comprendí que había perdido mi bella ciudad de Miami. Al menos por un tiempito.

Seguí viendo con el ojo de la mente el cuarto del Park Central con sus ventanas abiertas al mar, y al falso David pidiéndome el Don Misterioso. Y a Gretchen. Alguna vez pensaría que en esos momentos no recordaba a Gretchen; recordaría que le conté la historia de Gretchen al hombre que yo suponía era David antes de que ambos subiéramos a ese cuarto, sintiendo que el corazón me daba un vuelco, pensando: ¡Por fin! ¡Por fin!

Amargado, enojado, vacío, no quise volver a ver nunca más los bonitos hoteles de South Beach.



Librodot

# II
# UNA VEZ FUERA DE LA NATURALEZA

The Dolls
by W. B. Yeats

A doll in the doll-maker's house
Looks at the cradle and bawls:
"That is an insult to us."
But the oldest of all the dolls,
Who had seen, being kept for show,
Generations of his sort,
Out-screams the whole shelf: "Although
There's not a man can report
Evil of this place,
The man and the woman bring
Hither, to our disgrace,
A noisy and filthy thing."
Hearing him groan and stretch
The doll-maker's wife is aware
Her husband has heard the wretch,
And crouched by the arm of his chair,
She murmurs into his ear,
Head upon shoulder leant:
"My dear, my dear, O dear,
It was an accident."

# 29

Dos noches después, regresé a Nueva Orleáns. Había estado paseando por los cayos de Ronda, recorriendo pintorescos pueblitos del sur, caminando horas y horas por las playas, incluso hundiendo mis pies desnudos en la arena blanca.

Por fin estaba de vuelta, y los inevitables vientos se habían llevado el tiempo frío. El aire volvía a ser casi balsámico -mi Nueva Orleáns-, el cielo se veía alto y reluciente por sobre las nubes que corrían veloces.

De inmediato fui a ver a mi inquilina y llamé a Mojo, que estaba durmiendo en el patio de atrás porque el departamento le resultaba muy caluroso. No dio muestras de alegría cuando me vio, pero me reconoció al oír mi voz. No bien pronuncié su nombre ya fue mío una vez más.

Vino a mí, levantó las manazas para apoyarlas en mis hombros y me lamió toda la cara. Restregué mi nariz contra él, lo besé, hundí mi cara en su pelo brilloso. Me impresionó en él lo mismo que le había visto aquella primera noche en Georgetown: su fuerza y su buen temperamento.

¿Existió alguna vez una bestia de aspecto tan aterrador y al mismo tiempo tan dulce y llena de afecto? La combinación me parecía maravillosa. Me arrodillé sobre las viejas baldosas, jugueteé con él poniéndolo patas arriba, hundí mi cabeza en la pelambre de su pecho. Soltó todos esos gruñiditos que emiten los perros cuando lo quieren a uno. Y cuando uno les paga con la misma moneda.

Mi inquilina, la simpática viejita que había presenciado todo desde la puerta de la cocina, lloraba por tener que separarse de Mojo, de manera que en el acto hicimos un trato: ella lo iba a cuidar, y yo iba a entrar por el jardín a buscarlo cada vez que quisiera. Me pareció perfecto, porque no era justo pretender que durmiera conmigo en una cripta; además, yo no necesitaba semejante guardián, ¿verdad?, por atractiva que de vez en cuando me resultara la idea.

Me despedí de la mujer con un beso rápido y cariñoso, no fuera que sintiese la cercanía de un demonio, y me alejé en seguida con Mojo por las hermosas callecitas del barrio francés. Me reía para mis adentros por la forma en que los mortales miraban a Mojo y, aterrados, daban un rodeo para esquivarlo, cuando... ¿adivinen quién era de temer?

La parada siguiente fue en el edificio de la calle Royale donde Claudia, Louis y yo habíamos pasado juntos cincuenta espléndidos y luminosos años de existencia terrena en la primera mitad del viejo siglo, un sitio parcialmente en ruinas, como ya he dicho.

Tenía que encontrarme allí con un muchacho joven, que se había hecho fama convirtiendo lóbregas casas en mansiones palaciegas. Juntos subimos la escalera hasta el derruido departamento.

-Quiero que quede como estaba hace cien años -le expliqué. -Pero le advierto: que no haya nada norteamericano, inglés ni Victoriano. Todo debe ser exclusivamente francés. -Luego fuimos recorriendo pieza por pieza, y él iba anotando en una libreta -aunque casi no podía ver en la penumbra- qué empapelado quería ahí, qué tono de barniz en aquella puerta, qué clase de

bergére podía poner en este rincón, qué estilo de alfombra, india o persa, debía adquirir para tal o cual piso.

Qué fiel era mi memoria.

A cada instante lo instaba a escribir todo lo que yo le iba señalando.

-Busque un jarrón griego; no, una reproducción no; debe ser así de alto y tener figuras de bailarines. -Ah, ¿no era la oda de Keats la que me había inspirado para adquirirlo, hace tanto tiempo? ¿Adónde había ido a parar el jarrón? -Esa chimenea de ahí no es la original. Busque un frente de mármol blanco, con tallado de volutas, arqueado sobre el hueco del hogar. Ah, y aquellas otras hay que repararlas para que funcionen a carbón.

"Pienso venirme a vivir no bien usted termine, así que apresúrese. Ah, y algo más: cualquier cosa que encuentre en el edificio, tapada por el yeso, deberá entregármela.

Qué placer estar bajo esos techos altos, y qué felicidad iba a ser cuando las derruidas molduras estuvieran restauradas. Qué libre y tranquilo me sentía. El pasado estaba ahí, pero al mismo tiempo no lo estaba. Ya no había fantasmas susurrando cosas, si es que alguna vez los hubo.

Lentamente describí las arañas que quería. Cuando no me salía el término que necesitaba, dibujaba con palabras ilustraciones de lo que estaba allí antes. Quería poner lámparas de aceite aquí y allá, aunque, desde luego, debería haber electricidad en abundancia. Disimularíamos los televisores dentro de hermosos muebles para no arruinar el efecto. Allí habría un armario para mis videocintas y discos láser. Los teléfonos irían disimulados también.

-¡Ah, y un aparato de fax! ¡Quiero tener una de esas maravillas! Busque la manera de esconderlo. Podría usar ese cuarto como oficina, siempre que quede elegante. No debe quedar nada a la vista que no sea de bronce lustrado, lana fina, buena madera o encaje de seda. Quiero un mural en ese dormitorio. Venga que le muestro. ¿Ve el empapelado? Ese es el mural mismo. Traiga a un fotógrafo para que registre hasta la última pulgada en la placa y después empiece la restauración. Trabaje a conciencia, pero rápido.

Por último, terminamos con el interior oscuro y húmedo y llegó el momento de hablar del jardín trasero con su fuente rota, y sobre cómo restaurar la cocina. Pedí que hubiera buganvilias y coronas de novia -cómo me gustaba esa planta-, y enormes hibiscos, sí, como los que acababa de ver en el Caribe, y campanillas tropicales, por supuesto. Bananeros... póngame también bananeros. Oh, los viejos tapiales se están cayendo. Remiéndelos, apuntálelos. Y en el porche de arriba quiero helechos de todo tipo. Está volviendo a hacer calor, ¿no?, así que van a andar bien.

De nuevo arriba, cruzando el largo hueco marrón de la casa hasta el porche de adelante.

Abrí la puerta-ventana y salí. La madera del piso estaba podrida. La elegante baranda de hierro no estaba tan herrumbrada. El techo habría que rehacerlo, sin duda, pero pronto me podría sentar allí como hacía en los viejos tiempos, a mirar la gente que pasaba por la acera de enfrente.

Desde luego, mis fieles y celosos lectores me encontrarían ahí de vez en cuando. Los lectores de las memorias de Louis, si llegaran a encontrar el departamento donde habíamos vivido, con seguridad reconocerían la casa.

No importa. Lo tomaron por cierto, lo cual es distinto de creer en ello. ¿Y qué era ese otro hombre joven, de tez pálida, que les sonreía desde un balcón alto con los brazos apoyados en la baranda? Yo no debería alimentarme jamás con esos tiernos inocentes aun cuando desnudaran su cuello y me pidieran: "¡Lestat, aquí!" (Esto sucedió, estimado lector, en la plaza Jackson, y más de una vez).

-Debe apresurarse -indiqué al joven, que seguía anotando, tomando medidas, murmurando para sus adentros acerca de telas y colores, y sobresaltándose a cada instante pues de pronto encontraba a Mojo a su lado, frente a él o a sus píes-. Lo quiero terminado antes del verano. -Cuando nos despedimos, se hallaba en un estado de gran agitación. Yo no me fui; me quedé solo, con Mojo, en el vetusto edificio.

La buhardilla. En los viejos tiempos, nunca subía allí. Pero cerca del porche trasero había una antigua escalera oculta que llevaba a la habitación donde en una oportunidad Claudia atravesó mi fina piel blanca con un puñal enorme. Subí, entonces, hasta las habitaciones que había bajo el techo en pendiente. Oh, tenía la altura necesaria como para que pudiera caminar por allí un hombre de un metro ochenta, y las mansardas dejaban entrar la luz de la calle.

Ahí instalaría mi cueva, pensé, dentro de un duro sarcófago con una tapa que ningún mortal podría levantar. No sería difícil construir una pequeña cámara bajo el gablete, e instalarle dos gruesas puertas de bronce que yo mismo diseñaría. Y cuando me levante, bajaré a la casa y la encontraré tal como estaba en aquellas décadas maravillosas, sólo que viviré rodeado de todos los prodigios tecnológicos que me hagan falta. No se rescatará el pasado: será perfectamente eclipsado.

-¿No es así, Claudia? -murmuré. Nadie me respondió. No se oyó el sonido de un clavicordio, ni el canario trinando en su jaula. Pero de nuevo iba a tener pájaros cantores, sí, y la casa se llenaría con la soberbia música de Haydn y Mozart.

¡Oh, mi querida, cuánto me gustaría que estuvieras aquí!

Y mi espíritu siniestro vuelve a alegrarse, porque no sabe sentirse de otro modo durante mucho tiempo, y porque el dolor es un mar oscuro y profundo en el que me ahogaría si no remara arduamente en mi pequeña embarcación, rumbo a un sol que nunca habrá de salir.

Ya era más de medianoche y oía a mi alrededor el tenue canturreo de la ciudad, con un coro de voces entremezcladas, el traqueteo suave de un tren distante, la palpitante sirena de algún barco por el río, el rugir del tránsito por la calle Esplanade.

Entré en la vieja sala y me quedé mirando los parches de luz que entraban por los vidrios de las puertas. Me tendí sobre la madera desnuda y Mojo se echó a mi lado. Y nos quedamos dormidos.

No soñé con ella. Entonces, ¿por qué me puse a llorar suavemente cuando llegó el momento de buscar la seguridad de mi cripta? ¿Y dónde estaba mi Louis, mi traicionero y tozudo Louis? Ah, qué sufrimiento. Y se volvería más intenso cuando pronto volviera a verlo, ¿no?

Sobresaltado, comprobé que Mojo estaba lamiéndome las lágrimas de sangre de las mejillas.

-¡No, eso no debes hacerlo nunca! -dije, y con una mano le apreté la boca-. Nunca; esa sangre, esa sangre maligna, nunca. -Me afectó muchísimo. Y en el acto él me obedeció, se alejó apenas un tanto de mí, con su noble estilo pausado.

¡Qué diabólicos me parecieron sus ojos al contemplarme! ¡Qué decepción! Volví a besarlo debajo de los ojos, la parte más tierna de su cara peluda.

De nuevo pensé en Louis, y el dolor fue como si me hubieran asestado un potente golpe en el pecho.

Mis emociones eran tan amargas, tan fuera de mi control, que me asusté, a tal punto que no pude sentir otra cosa que ese dolor.

Mentalmente fui rememorando a los demás. Evoqué cada rostro como si fuera la bruja de Endor parada junto a la caldera, invocando las imágenes de los muertos.

Observé juntos a Maharet y Mekare, los gemelos pelirrojos, que quizá ni se habrían enterado de mi dilema, tan remotos se hallaban en su gran sabiduría, tan envueltos en preocupaciones inevitables y eternas; evoqué a Eric, Mael y Khayman, que me interesaban poco y nada pese a que voluntariamente se habían negado a acudir en mi ayuda. Nunca los consideré compañeros. Luego vi a Gabrielle, mi querida madre, que sin duda no se enteró del peligro que había corrido y debía andar deambulando por algún lejano continente, cual diosa harapienta que, como siempre, sólo confraternizaba con lo inanimado. Yo no sabía si se seguía alimentando de humanos; me asaltó un leve recuerdo de ella mientras describía el abrazo de no sé qué bestia siniestra de los bosques. ¿Se había vuelto loca mi madre, dondequiera que estuviere? Me parecía que no. Que aún existía, de eso estaba seguro. Que nunca podría encontrarla, de eso no me cabía duda.

A continuación me representé la imagen de Pandora. Pandora, la amante de Marius, quizá había perecido tiempo atrás. Hecha por Marius en la época de los romanos, la última vez que la vi la encontré al borde de la desesperación. Años atrás ella se había marchado de nuestra última cueva sin avisar. Fue la primera en partir.

En cuanto a Santino, el italiano, de él no tenía noticias ni esperaba nada. Era joven. A lo mejor nunca le llegaron mis lamentos. Y si le hubieran llegado, ¿por qué habría de escucharlos?

Luego imaginé a Armand, mi viejo enemigo y amigo Armand. Mi viejo adversario y compañero Armand, el niño angelical que había creado Isla Nocturna, nuestro último reducto.

¿Dónde estaba ahora? ¿Me había dejado ex profeso librado a mis propios recursos? ¿Y por qué no?

Permítaseme regresar a Marius, el gran maestro de antaño, que hace tantos siglos había creado a Armand con amor y ternura; Marius, el verdadero hijo de los dos milenios, que me hizo bajar hasta las profundidades de nuestra historia sin sentido y me ordenó adorar el mausoleo de Los que Deben Ser Conservados.

Los que Deben Ser Conservados. Muertos, idos ya como Claudia. Porque los reyes y reinas que hay entre nosotros pueden perecer al igual que nuestros tiernos vástagos.

Sin embargo, yo sigo adelante. Estoy aquí. Soy fuerte.

¡Y Marius, lo mismo que Louis, había sabido de mi sufrimiento! Se enteró, pero se negó a ayudarme.

Mi indignación se volvió más fuerte, más peligrosa. ¿Estaba Louis por ahí cerca, en esas mismas calles? Apreté los puños para contener la furia, luchando contra su forzosa expresión.

Marius, me diste la espalda, lo cual en realidad no me sorprendió. Siempre fuiste el maestro, el progenitor, el sumo sacerdote. No te desprecio por ello. ¡Pero Louis! ¡Yo no podría negarte nada nunca, y tú me rechazas!

Sabía que no podía quedarme ahí. No confiaba en mí mismo si llegaba a verlo. Todavía no.

Una hora antes del amanecer, llevé de regreso a Mojo a su jardincito, me despedí de él con un beso y partí deprisa hacia los alrededores de la ciudad vieja. Cuando por fin llegué a la zona de los pantanos, elevé los brazos al cielo y ascendí, dejé atrás las nubes, seguí subiendo y subiendo hasta que, mecido por la canción del viento, comencé a revolearme con las corrientes más tenues; la alegría de poder contar con mis dones me embargaba el corazón.

# 30

Debo haber pasado una semana entera recorriendo el mundo. Primero fui a la nevosa Georgetown y busqué a esa muchacha joven, frágil y patética a quien, en mi experiencia de humano, había violado imperdonablemente. Como pájaro exótico me miró, haciendo un esfuerzo por ver bien en la olorosa penumbra del pequeño restaurante de mortales, y no quiso reconocer que había vivido ese episodio con "mi amigo francés"; luego la desconcerté cuando puse en su mano un antiquísimo rosario de brillantes y esmeraldas. "Véndelo, si quieres, chérie", le dije. "Él me pidió que te lo entregara para que lo emplees como quieras. Pero dime una cosa: ¿concebiste un hijo?".

Sacudió la cabeza al tiempo que murmuraba un "no". Me dieron ganas de besarla pues volvía a verla hermosa, pero no me atreví, no sólo porque la habría asustado, sino porque el deseo de matarla era demasiado intenso. Cierto instinto feroz puramente masculino me hacía desearla tan sólo porque antes la había deseado de otra manera.

A las pocas horas ya me había marchado del nuevo mundo, y noche tras noche vagabundeé, conseguí presas en los desbordantes arrabales de Asia -en Bangkok, en Hong Kong, en Singapur- y luego en la congelada ciudad de Moscú, como también en Viena y Praga, preciosas ciudades antiguas. Pasé un breve período en París, pero a Londres no fui. Avanzaba al máximo de mi velocidad; me elevaba y zambullía en la penumbra, y a veces bajaba en ciudades que ni sabía cómo se llamaban. Me alimenté sin cesar de malvados, y de vez en cuando, de los locos o los puramente inocentes que caían bajo mi mirada.

Trataba de no matar. Trataba. Salvo cuando la persona me resultaba irresistible, cuando era un delincuente de lo peor. Entonces le provocaba una muerte lenta y salvaje y, transcurrido el momento, quedaba con tanta hambre como antes, y ahí nomás partía a saciarla antes de que saliera el sol.

Jamás me había sentido tan satisfecho con mis poderes. Nunca me había elevado tan por encima de las nubes, ni viajado a tanta velocidad.

Caminé durante horas, mezclado entre los mortales, por las viejas callecitas de Heidelberg, de Lisboa y de Madrid. Pasé por Atenas, El Cairo y Marruecos. Recorrí las costas del Golfo Pérsico, del Mediterráneo y el Adriático.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué pensaba? Sentía verdadera la tan trillada frase: el mundo era mío.

Y adondequiera que fuese, hacía sentir mi presencia. Dejaba emanar mis pensamientos de mi interior, como si fueran notas interpretadas por una lira.

Aquí está el vampiro Lestat. Aquí viene el vampiro Lestat. Abran paso.

No quería ver a mis compañeros. En realidad no los busqué, no abrí mi mente ni mis oídos para ver si los sentía. No tenía nada que decirles. Sólo quería hacerles saber que había andado por ahí.

En algunos lugares capté los sonidos de algunos compañeros, vagabundos desconocidos, seres de la noche sobrevivientes de la última masacre con los de nuestra especie. A veces era apenas un pantallazo mental de un ser poderoso, que en el acto ocultaba sus pensamientos. En otras ocasiones me llegaban los pasos nítidos de algún monstruo que caminaba por la eternidad sin artificios, sin historia ni propósito. ¡A lo mejor eso siempre va a existir!

Tenía toda la eternidad para encontrarme con tales criaturas, si alguna vez llegaba a necesitarlo. El único nombre que pronunciaban mis labios era el de Louis.

Louis.

A él no pude olvidarlo ni por un instante. Era como si otra persona murmurara todo el tiempo su nombre en mi oído. ¿Qué haría si lo volvía a encontrar? ¿Podría dominar mi reacción? ¿Lo intentaría siquiera?

Por último, me sentí cansado. Tenía la ropa hecha jirones. No podía seguir deambulando más. Quería volver a casa.

# 31

Me encontraba sentado en la catedral a oscuras. Aunque la habían cerrado horas antes, pude entrar subrepticiamente por uno de los accesos del frente y anulé las alarmas. Además, dejé la puerta abierta para él.

Cinco noches habían pasado desde mi regreso. El trabajo avanzaba estupendamente en el departamento de la calle Royale y él por supuesto lo sabía, ya que lo había visto parado en el porche de enfrente, mirando hacia arriba; por eso me asomé al balcón apenas un instante, un tiempo que al ojo mortal no le alcanzaba para ver.

Puede decirse que estábamos jugando al gato y el ratón.

Hoy a la noche dejé que me viera cerca del antiguo mercado francés. Y qué susto se llevó al posar sus ojos en mí, al ver a Mojo y comprobar, por el guiño que le hice, que realmente era Lestat a quien veía.

¿Qué pensó en ese instante? ¿Que era Raglan James dentro de mi cuerpo que había venido a aniquilarlo? ¿Que James se estaba haciendo una casa en la calle Royale? No: desde el primer momento supo que era Lestat.

Luego me encaminé lentamente hacia la iglesia, con Mojo siempre a mi lado. Mojo, mi cable a tierra.

Yo quería que me siguiera, pero no iba a darme vuelta para comprobar si venía o no.

Era una noche tibia. La lluvia de un rato antes había oscurecido las paredes rosadas de las casas del viejo barrio francés, había hecho más intenso el marrón de los ladrillos y dejado una fina y brillante pátina sobre baldosas y adoquines. Una noche perfecta para caminar por Nueva Orleáns. Húmedas y fragantes, las flores relucían tras los tapiales de los jardines.

Pero para volver a encontrarme con él, necesitaba el sosiego de la iglesia en penumbras.

Me temblaban un poco las manos, como me sucedía de tanto en tanto desde que había recuperado mi antigua forma. No había una causa física que lo explicara, sino sólo los accesos de enojo que me acometían, seguidos por períodos de satisfacción, y luego un vacío terrible a mi alrededor; por último recobraba una alegría total, aunque frágil, una suerte de barniz superficial. ¿Podía decir que no conocía el estado real de mi espíritu? Recordé cómo la furia incontrolada me llevó a destrozarle la cabeza al cuerpo de David, y no pude sino estremecerme. ¿Aún me afectaba el miedo?

Hmmm. Mira esos dedos bronceados por el sol, con sus uñas lustrosas. Sentí su temblor cuando apoyé las yemas contra mis labios.

Me hallaba sentado varios bancos más atrás del primero, contemplando las estatuas oscuras, los cuadros, los adornos dorados.

Ya era más de medianoche. El ruido de la calle Bourbon era el mismo de siempre. Cuánta carne mortal por allí. Me había alimentado temprano, y volvería a hacerlo después.

Pero los sonidos de la noche eran sedantes. En las callejuelas del barrio francés, en sus pequeños departamentos, en sus tabernas de clima misterioso, en sus elegantes salones de cóctel y sus restaurantes, mortales felices charlaban y reían, besaban y abrazaban.

Me puse cómodo en el banco y hasta estiré los brazos sobre el respaldo como si se tratara de un banco de plaza. Mojo ya se había echado a dormir por ahí cerca, en el pasillo.

Por qué no puedo ser tú, amigo mío, un ser que parece el mismísimo demonio pero de una gran bondad. Oh, sí, bondad. Bondad fue precisamente lo que capté cuando lo abracé y hundí mi cara en su pelo.

En ese instante sentí que él entraba en la iglesia.

Percibí su presencia aunque no pude leerle el más mínimo pensamiento o sentimiento, ni siquiera logré oír sus pasos. No había oído abrirse ni cerrarse la puerta de la calle pero igualmente supe que estaba ahí. Luego vi una sombra por el rabillo del ojo. Llegó y se sentó a mi lado, aunque a una pequeña distancia.

Largo rato permanecimos callados, hasta que por fin él habló.

-Incendiaste mi casa, ¿verdad? -preguntó con voz vibrante.

-¿Acaso me culpas? -repuse con una sonrisa, sin quitar los ojos del altar-. Además, en el momento en que lo hice yo era humano. Fue una debilidad humana. ¿Quieres venir a vivir conmigo?

-¿Eso significa que me perdonaste?

-No; significa que estoy jugando contigo. Quizás hasta te destruya en castigo. Todavía no lo decidí. ¿No te da miedo?

-No. Si tuvieras intención de eliminarme, ya lo habrías hecho.

-No estés tan seguro. No soy el de siempre, y sin embargo lo soy, y luego vuelvo a no serlo.

Largo silencio, sólo quebrado por la pesada respiración de Mojo, que dormía profundamente.

-Me alegro de verte -dijo-. Sabía que ibas a ganar, pero no sabía cómo.

No le respondí porque de pronto sentí que hervía por dentro. ¿Por qué se usaban mis virtudes y defectos contra mí?

Pero, ¿realmente tenía sentido hacer acusaciones, agarrarlo del cuello y sacudirlo, exigirle respuestas? Tal vez lo mejor era no saber.

-Cuéntame qué pasó, Lestat.

-No lo haré. ¿Además, qué es lo que quieres saber?

Nuestras voces apagadas producían suaves ecos en la nave de la iglesia. La luz titilante de las velas bailoteaba sobre los capiteles dorados de las columnas, sobre los rostros de las estatuas. Ah, cómo me gustaba ese silencio y ese frío. Y desde el fondo de mi corazón debía reconocer que estaba muy contento de que él hubiera venido. A veces el amor y el odio sirven exactamente para el mismo propósito.

Giré y lo miré. Él se había puesto de cara a mí, con una rodilla flexionada sobre el banco y un brazo apoyado en el respaldo. Lo vi blanquecino como siempre, como un brillo sagaz en la penumbra.

-Tenías razón en lo del experimento -dije, creo que con voz firme.

-¿A qué te refieres? -Nada de maldad ni desafío en su tono; sólo el sutil deseo de saber. Y qué reconfortante era ver su cara, sentir el tenue olor a polvo de su ropa gastada, el hálito de lluvia aún fresca adherido a su pelo oscuro.

-A lo que me dijiste, mi viejo y querido amigo y amante: que yo en realidad no deseaba ser humano, que no era más que un sueño asentado en la mentira, en la fatua ilusión, en el orgullo.

-Es que no lo entendía. Tampoco lo entiendo ahora.

-Claro que lo entendiste muy bien; siempre lo has hecho. A lo mejor has vivido lo necesario o quizá hayas sido siempre el más fuerte, pero lo cierto es que lo sabías. Yo no quería la debilidad, las limitaciones, no quería las necesidades repugnantes ni la eterna vulnerabilidad; no quería empaparme de sudor ni morirme de frío. No quería la oscuridad enceguecedora, los ruidos que me impedían oír ni la culminación rápida, frenética, de la pasión erótica. No quería las banalidades, la fealdad. No quería el aislamiento, la fatiga constante.

-Eso me lo explicaste antes. Tiene que haber habido algo... aunque sea pequeño... que te gustara.

-¿Qué supones tú?

-La luz solar.

-Exacto. La luz del sol sobre la nieve, sobre el agua... la luz del sol sobre la cara, sobre las manos, descubriendo los pliegues recónditos del mundo entero como si se tratara de una flor, como si todos formáramos parte de un gran organismo anhelante. La luz del sol sobre la nieve...

Me interrumpí. Lo cierto era que no deseaba decírselo; hasta sentía que me había traicionado a mí mismo.



Librodot

-Hubo otras cosas -proseguí-. Sí, hubo muchas. Sólo un tonto no las habría notado. Alguna noche, cuando de nuevo nos sintamos cómodos como si nada hubiera pasado, te las contaré.

-Pero no te bastaron.

-No. A mí no.

Silencio.

-Quizás esa parte, la del descubrimiento, haya sido lo mejor. Y el hecho de que ya no vivo engañado... Ahora sé que me encanta ser el pequeño diablo que soy.

Me volví y le obsequié la más hermosa y maligna de mis sonrisas.

Pero él era tan listo que no cayó en la trampa. Lanzó un largo suspiro casi silencioso, entornó un instante los párpados y volvió a mirarme.

-Nadie más que tú podría haber ido allí... y regresado.

Quise decirle que no era cierto, pero ¿qué otro habría sido tan tonto de confiar en el Ladrón de Cuerpos? ¿Quién se habría lanzado a la aventura con semejante grado de audacia? Y cuanto más lo pensaba, más me percataba de algo que ya debería haber descubierto: que yo sabía el riesgo que iba a correr, pero consideré que era el precio. El ser vil me advirtió que era mentiroso y tramposo. Pero yo igualmente me embarqué porque no vi otro camino.

Sin duda, no era eso lo que quería decir Louis con sus palabras, o quizás, en cierto sentido, sí. Era la verdad más profunda.

-¿Sufriste en mi ausencia? -le pregunté, volviendo a posar mis ojos en el altar.

Con la mayor tranquilidad me contestó:

-Fue un infierno.

No le respondí.

-Sufro cada vez que corres esos riesgos, pero eso es una falla mía.

-¿Por qué me amas? -pregunté.

-Eso lo sabes; siempre lo has sabido. Ojalá pudiera ser como tú, vivir la felicidad que vives constantemente.

-Y el sufrimiento... ¿también quieres vivirlo?

-¿Tu sufrimiento? -Sonrió. -Por cierto. Esa clase de dolor, en cualquier momento.

-Hijo de puta presumido, cínico y mentiroso -murmuré, sintiendo que de repente crecía mi indignación, tanto que hasta me subió la sangre a la cara-. ¡Te necesitaba y me volviste la espalda! Me cerraste la puerta en medio de la noche mortal. ¡Me abandonaste!

Se sobresaltó ante mi apasionamiento. Me sobresalté yo también. Pero fue algo sincero, y una vez más empezaron a temblarme las manos, las mismas manos que se descontrolaron y atacaron al falso David, pese a que pude dominar todo el restante poder letal que llevo dentro.

No pronunció ni una palabra. Su rostro registró esos pequeños cambios que produce el shock: el ínfimo temblor de un párpado, la boca que se estira y luego se afloja, una sutil expresión ácida que se borra no bien aparece. Todo el tiempo me sostuvo la mirada, hasta que lentamente la fue desviando.

-Fue David Talbot, tu amigo mortal, quien te ayudó, ¿verdad?

Le contesté que sí sin palabras.



Librodot

Pero a la sola mención del nombre fue como si me hubieran tocado los nervios con un alambre caliente. Demasiado sufría ya. No pude hablar más sobre David. Tampoco quería hablar de Gretchen. Y de pronto tomé conciencia de que lo que más quería hacer en la vida era darme vuelta, rodearlo con mis brazos y llorar en su hombro como no lo había hecho nunca.

Qué vergüenza. ¡Qué predecible! Qué insípido. Y qué tierno.

No lo hice.

Permanecimos en silencio. La suave cacofonía de la ciudad subió y cayó tras los vitraux que captaban el brillo tenue de los faroles callejeros. Había vuelto a llover, esa lluvia tibia de Nueva Orleáns que permite seguir caminando tranquilamente como si no fuera más que una bruma.

-Quiero que me perdones, Lestat. Quiero que comprendas que no fue por cobardía, no fue flaqueza. Lo que te dije en aquel momento era cierto: no podía hacerlo. ¡No podía arrastrar a alguien a esta vida! Ni aunque ese alguien fuera un mortal contigo en su interior. Sencillamente no podía.

-Ya lo sé.

Traté de poner punto final al asunto, pero no pude. No se calmaba mi ánimo, mi prodigioso temperamento, el mismo que me había llevado a aplastarle la cabeza a David Talbot contra la pared.

Volvió a hablar:

-Cualquier cosa que me digas, me la merezco.

-¡Oh, más que eso! -exclamé-. Pero lo que quiero saber es esto. -Giré para mirarlo a la cara y hablé apretando los dientes. -¿Te habrías negado eternamente? Si los demás -Marius, o quienquiera que se haya enterado- hubieran destruido mi cuerpo dejándome atrapado dentro de ese físico mortal, y yo te hubiera seguido implorando, ¿te habrías negado eternamente? ¿Te habrías mantenido en tus trece?

-No lo sé.

-No me respondas tan deprisa. Busca la verdad en tu interior. Claro que lo sabes. Usa tu asquerosa imaginación. Claro que lo sabes. ¿Me habrías rechazado?

-¡No sé la respuesta!

-¡Te desprecio! -reaccioné con un murmullo áspero-. Tendría que destruirte... terminar eso que empecé cuando te hice. Reducirte a cenizas y zarandearlas entre mis dedos. ¡Sabes que lo podría hacer! ¡Así de fácil! ¡Como chasquear los dedos para los humanos! Quemarte como te quemé la casa. Y nada te podría salvar, nada.

Miré con ojos furibundos los planos agraciados de su rostro imperturbable que resaltaba, con algo de fosforescencia, contra las sombras más oscuras de la iglesia. Qué hermosa la forma de sus ojos, con sus espesas pestañas negras. Qué perfecta la curva de su labio superior.

La furia era un ácido que corroía las mismas venas por las que fluía, que consumía mi sangre preternatural.

Sin embargo, no podía hacerle daño. No podía siquiera concebir la idea de cumplir tan terribles y cobardes amenazas. Jamás podría haberle hecho daño a Claudia. Oh, hacer toda una cuestión por algo sin importancia, sí. Pero pensar en venganza... ¿qué es para mí la venganza repugnante y árida?

-Medítalo -dijo-. ¿Podrías crear otro, después de todo lo que pasó? -Con serenidad ahondó más en el tema: -¿Volverías a ejecutar el Truco Misterioso? Tómate tú el tiempo antes de responder. Busca las verdades en tu interior, como me dijiste a mí. Y cuando las encuentres, no necesitas decírmelas.

Luego se inclinó hacia adelante acortando la distancia entre ambos, y apretó sus labios sedosos contra el costado de mi cara. Mi intención fue retroceder, pero él usó toda su fuerza para sujetarme y yo lo permití, permití ese beso frío, desapasionado, hasta que fue él quien por fin se apartó, como una cantidad de sombras que caen una dentro de la otra. Sólo dejó su mano en mi hombro, y yo seguía con la mirada puesta en el altar.

Al final me levanté sin prisa, pasé a su lado, desperté a Mojo y le hice señas de que me siguiera.

Caminé por el pasillo central en dirección a las puertas del frente. Encontré el rinconcito oscuro donde arden las velas votivas bajo la estatua de la Virgen, un sitio lleno de bella luz titilante.

Me vinieron a la memoria el aroma y el sonido de la selva tropical, la oscuridad impenetrable de esos árboles imponentes. Luego la imagen de la capillita blanca en el claro del bosque con sus puertas abiertas, el sonido fantasmal de la campana en la brisa vagabunda. Y el olor a sangre que partía de las manos heridas de Gretchen.

Tomé la larga mecha que había para encender las velas, la acerqué a una llamita, di vida a otra, amarilla y movediza, que finalmente se estabilizó al tiempo que despedía un fuerte olor a cera quemada.

Estuve a punto de decir: "Por Gretchen", cuando me percaté de que no era por ella que la había encendido. Levanté mi rostro hacia la Virgen. Recordé el crucifijo que había sobre el altar de Gretchen. Una vez más me sentí inundado por la paz de la selva tropical y vi ese pequeño pabellón con cainitas. ¿Por Claudia, mi preciosa Claudia? No, tampoco por ella, por mucho que la amara...

Sabía que esa vela era por mí.

Era por el hombre de pelo castaño que había amado a Gretchen en Georgetown. Era por el triste demonio de ojos azules que fui antes de transformarme en aquel hombre. Era por el muchacho mortal de siglos atrás, que huyó a París con las alhajas de su madre en el bolsillo y sólo la ropa que llevaba puesta. Era por el ser impulsivo y malvado que había sostenido en sus brazos a la Claudia agonizante.

Era por todos esos seres y por el demonio que en esos instantes estaba allí, porque a él le gustaban las velas, y le gustaba crear lumbre a partir de la lumbre. Porque no había un Dios en quien creyera, no había santos ni Reina del Cielo.

Porque pudo dominar su mal genio y no aniquiló al amigo.

Porque estaba solo, pese a lo cercano que pudiera ser ese amigo. También porque le había vuelto la felicidad como si fuera una dolencia que nunca pudo vencer del todo, porque la sonrisa traviesa ya se le dibujaba en los labios, porque el corazón brincaba dentro de su pecho, porque surgía en su interior el deseo de volver a salir, de pasear por las refulgentes calles de la ciudad.

Sí, la velita prodigiosa y minúscula, que aumenta en esa misma cantidad la luz existente en el universo, es por Lestat. Y quedará encendida toda la noche junto a las demás. Continuaría encendida a la mañana siguiente, cuando llegaran los fieles, cuando entrara la luz del sol por esas puertas.



Librodot

Mantén tu vigilia, pequeña vela, en las tinieblas y a la luz del día.

Por mí, sí.

# 32

¿Creía usted que aquí termina el relato? ¿Que la cuarta entrega de las Crónicas de Vampiros había llegado a su fin? Sí, el libro debería concluir. Honestamente debería haber concluido cuando encendí la velita, pero no fue así. De eso me di cuenta a la noche siguiente, apenas abrí los ojos.

Si quiere enterarse de lo que pasó después, siga por favor hasta el capítulo treinta y tres. Pero si lo desea, puede abandonar aquí. Quizá hasta lamente no haberlo hecho.

# 33

Barbados. Fui a buscarlo y lo encontré aún allí, en un hotel frente al mar.

Habían transcurrido varias semanas, aunque no sé por qué dejé pasar tanto tiempo. Por amabilidad no fue; tampoco por cobardía, pero lo cierto es que esperé. Pude ir viendo, paso a paso, cómo restauraban el espléndido departamento de la calle Royale hasta que estuvieron elegantemente acondicionadas por lo menos algunas habitaciones, donde podía rememorar todo lo sucedido y pensar en lo que todavía podía suceder. Louis había regresado para instalarse conmigo, y andaba muy ocupado buscando un escritorio igual al que había en la salita hace más de cien años.

David había dejado muchos mensajes a mi representante de París: que estaba por viajar al carnaval de Río, que me extrañaba, que por qué no nos reuníamos en Brasil.

El tema de sus bienes se había resuelto muy bien. Ahora él era David Talbot, primo del señor mayor muerto en Miami, y nuevo propietario de la mansión ancestral. Los miembros de la Talamasca le restituyeron la fortuna que él les había dejado y le acordaron una generosa jubilación. Si bien no era más el Superior General, seguía teniendo sus aposentos en la Casa Matriz y contaría siempre con el amparo de la organización.

Tenía un regalo para mí, si es que yo lo quería: el relicario con la miniatura de Claudia. Un retrato muy delicado, con una fina cadena de oro. Lo había encontrado, lo tenía consigo y estaba dispuesto a enviármelo si ése era mi deseo, salvo que prefiriera ir a visitarlo y recibirlo de sus propias manos.

Barbados. Evidentemente se había sentido obligado a volver al lugar del crimen, por así decirlo. Me escribió contándome que el clima era una maravilla, que estaba leyendo el "Fausto". Tenía muchas preguntas que hacerme, y quería saber cuándo iba yo a ir.

No había vuelto a ver a Dios ni al diablo, pese a que antes de marcharse de Europa había recorrido diversos bares de París. Tampoco estaba dispuesto a

pasarse la vida buscándolos. "Sólo tú puedes saber el hombre que soy ahora -decía-. Te extraño, quiero charlar contigo. ¿Por qué no recuerdas que te ayudé y me perdonas todo lo demás?"

Me escribía desde el hotel playero del que me había hablado, ése que estaba pintado de rosa, tenía grandes bungalows con techos de paja, bellos jardines fragantes, y una vista panorámica de la arena blanca y el mar transparente.

Antes de ir allí pasé por los vergeles de las montañas y me paré en los mismos acantilados que daban a las montañas boscosas, donde había estado él, escuchando el rumor del viento en las ramas de los ruidosos cocoteros.

¿Me había mencionado las montañas? ¿Había dicho que al mirar hacia abajo se veían los valles apacibles, y que las laderas vecinas parecían tan cercanas que daba la impresión de que se podía tocarlas, aunque en realidad estaban muy, pero muy lejos?

Creo que no, pero me describió muy bien las flores, las "tenazas de langostas" y sus capullos, las orquídeas, las azucenas, sí, esas azucenas de pétalos suaves, palpitantes; los helechos acurrucados en los claros del bosque, la "flor pájaro" y los altos sauces, los pimpollos diminutos de jazmín.

Tenemos que caminar por ahí, había dicho.

Sí, claro que lo íbamos a hacer. Suave el crujido de la grava. Ah, nunca vi ramas oscilantes de cocoteros más hermosas que las de esos barrancos.

Aguardé hasta medianoche para descender al hotel. El jardín era como me lo había pintado, con azaleas rosadas y grandes macizos de begonias.

Atravesé el comedor desierto y bajé hasta la playa. Me interné en la zona no muy honda, para poder girar y mirar desde allí las habitaciones con sus galerías techadas. Enseguida lo localicé.

Las puertas que daban al patiecito estaban abiertas de par en par, y la luz amarilla se derramaba sobre el pequeño lugar y sus sillones pintados. Adentro, como en un escenario iluminado, David se hallaba sentado a un escritorio, de frente a la noche y al mar, escribiendo en una computadora portátil de reducidas dimensiones. El golpeteo de las teclas se oía en el silencio y hasta tapaba el susurro indolente de las suaves olas espumosas.

Llevaba puesto un pantaloncito corto y nada más. Por el dorado bronce de su piel parecía que pasaba los días durmiendo al sol. Tenía unas vetas amarillas en el pelo oscuro, y cierto brillo en sus hombros desnudos y en su pecho lampiño. Músculos muy firmes en la cintura. Noté también la pátina dorada que creaba el vello en sus muslos y piernas, y una leve pelusita en el dorso de las manos.

Yo no me había fijado en ese pelo cuando estuve vivo. O quizá no me gustó; no sé. Ahora sí me gustaba. También me agradó verlo más esbelto de lo que había sido yo dentro de ese físico. Sí, se le notaban más los huesos, lo cual acataba, supongo, los dictados de un estilo moderno de salud: la moda de ser elegantemente desnutrido. A él le sentaba, y al cuerpo también.

A sus espaldas, la habitación muy prolija y rústica en el estilo típico de las islas, con techo de vigas a la vista y piso de baldosas rosadas. La sobrecama era de una tela alegre, con diseños geométricos indígenas. El ropero y la cómoda eran blancos, con flores pintadas. Las lámparas, sencillas, daban abundante luz.

Tuve que sonreír, sin embargo, al verlo en medio de ese lujo, escribiendo en su computadora. David el intelectual, de mirada vivaz producto de las ideas que poblaban su mente.

Al aproximarme noté que estaba bien afeitado, que sus uñas se hallaban prolijamente cortadas y pulidas, quizá por obra de una manicura. El pelo, abundante y ondulado, seguía siendo el mismo que tuve yo cuando habité ese cuerpo, pero también se lo había recortado, por lo que ahora tenía más forma. A su lado se hallaba el ejemplar del "Fausto", abierto, y sobre él una lapicera. Muchas de sus hojas estaban dobladas, o marcadas con pequeños clips metálicos.

Yo seguía inspeccionando todo sin prisa -tomé nota de la botella de whisky que había a su lado, del pesado vaso de cristal y el paquete de cigarrillos-, cuando de pronto él levantó la cabeza y me vio.

Me hallaba en la arena, lejos del pequeño porche con su baranda de cemento, pero totalmente visible.

-Lestat -susurró, y se le iluminó la cara. Al mismo tiempo se puso de pie y vino hacia mí con su elegante andar de siempre. -Gracias a Dios que viniste.

-¿Te parece? -dije. Rememoré el momento en que había visto al Ladrón de Cuerpos escabullirse del Café du Monde, en Nueva Orleáns, y pensé que ese cuerpo, ahora que tenía adentro a otra persona, podía moverse como una pantera.

Quiso tomarme en sus brazos, pero como yo me quedé tieso y retrocedí un paso, permaneció inmóvil con los brazos plegados contra el pecho, gesto que en mi opinión pertenecía a ese cuerpo nuevo, ya que antes de encontrarnos en Miami no se lo había visto nunca. Esos brazos eran más gruesos que los anteriores. El pecho, más ancho también.

Qué desnudo me pareció. Qué oscuras sus tetillas. Qué ardientes y claros sus ojos.

-Te extrañé -confesó.

-¿Ah, sí? Me imagino que aquí no habrás llevado vida de recluso.

-No, he visto a otros con excesiva asiduidad. Demasiadas cenas en Bridgetown. Y mi amigo Aaron vino varias veces a visitarme, lo mismo que otros miembros de la organización. -Hizo una pausa. -No soporto estar rodeado por ellos, Lestat. No soporto estar en Talbot Manor, con los sirvientes, y fingir que soy un primo de mi antiguo yo. Hay algo escalofriante en lo que pasó. A veces no tolero mirarme en el espejo. Pero no quiero hablar de ese aspecto.

-¿Por qué no?

-Este es un período de adaptación. Con el tiempo, ya no me va a impresionar tanto. Y tengo muchas cosas que hacer. Cuánto me alegro de que hayas venido. Tenía la sensación de que ibas a venir. Esta mañana, estuve a punto de partir a Río, pero no me fui porque tuve el presentimiento de que esta noche te iba a ver.

-No me digas.

-¿Qué te pasa? ¿A qué se debe esa expresión sombría? ¿Por qué estás enojado?

-No sé. Últimamente me enojo sin mucho motivo. Y debería estar contento. Pronto lo voy a estar. Me ocurre a menudo; al fin y al cabo, es una noche importante.

Me miró fijo tratando de desentrañar el significado de mis palabras o, más bien, qué debía responder a ellas.

-Ven, entremos -dijo por fin.

-¿Por qué no nos quedamos aquí, en la penumbra de la galería? Me gusta la brisa.

-Como quieras.

Fue a la habitación, se sirvió un whisky y lo trajo a la mesa de afuera. Yo acababa de sentarme en uno de los sillones y contemplaba el mar.

-¿Y bien? ¿Qué has andado haciendo, David?

-¿Por dónde empiezo? Estuve escribiendo sin cesar, tratando de explicar hasta las sensaciones más pequeñas, todo lo que voy descubriendo.

-¿Acaso te queda alguna duda de que estás firmemente arraigado dentro de ese cuerpo?

-No. -Bebió un largo sorbo de whisky. -Y al parecer no hay ningún menoscabo físico. De eso tenía miedo, incluso cuando eras tú el que lo habitaba, pero no quería decirlo. Demasiado teníamos ya para preocuparnos, ¿verdad? -Se volvió para observarme, y sonrió. -Estás mirando a un hombre al que conoces del derecho y del revés.

-No, no tanto -repliqué-. A ver, dime, ¿cómo te perciben los extraños... los que no saben nada? ¿Las mujeres te invitan a sus dormitorios? ¿Y los hombres jóvenes?

Posó los ojos en el mar, y de pronto le noté cierta amargura en la cara.

-Tú sabes la respuesta. Esos encuentros no son mi vocación, no significan nada para mí. No digo que no haya disfrutado unas cuantas incursiones por las alcobas, pero tengo cosas más importantes que hacer, Lestat, mucho más importantes.

"Quiero viajar a tierras y ciudades que siempre soñé con conocer. Río es sólo la primera. Hay misterios que debo resolver, cosas por averiguar.

-Sí, me imagino.

-La última vez que nos vimos dijiste algo que me pareció importante: "Seguramente no irás a regalarle esta vida también a la Talamasca". Bueno, no, no se la voy a regalar. Lo que tengo claro es que no debo desperdiciarla, que debo hacer algo de valor con ella. Sin duda no voy a saber enseguida el rumbo. Tiene que haber un período de viajes, de aprendizaje, de evaluación, antes de decidir el curso. Y a medida que voy estudiando, escribo, anoto todo. A veces el objetivo parece la escritura misma.

-Lo sé.

-Quiero preguntarte muchas cosas.

-¿Qué tipo de cosas?

-Referentes a lo que viviste esos pocos días, y si lamentas que hayamos puesto fin tan pronto a la experiencia.

-¿Qué experiencia? ¿Te refieres a mi vida de mortal?

-Sí.

-No lo lamento.

Iba a retomar la palabra pero se detuvo. Luego volvió a hablar.

-¿Qué sacaste en limpio? -preguntó con sumo interés.

Me volví para mirarlo. Sí, decididamente el rostro parecía más angular. ¿Era la personalidad la que lo había afilado, dándole más definición? Perfecto.

-Perdón, David, pero me distraje. ¿Qué me preguntaste?

-¿Qué sacaste en limpio? -repitió con su eterna paciencia- ¿Cuál fue la lección?

-No sé si fue una lección. Y si aprendí algo, puede que me lleve un tiempo comprenderlo.

-Sí, claro.

-Te puedo decir que advierto nuevas ansias de aventuras, de paseos, muy similar a lo que te pasa a ti. Quiero volver a la selva tropical. Pude verla muy poco cuando fui a visitar a Gretchen. Había un templo allí, que quiero recorrer.

-Nunca me contaste lo que pasó.

-Oh, sí, te lo dije, pero en ese momento eras Raglan James. El Ladrón de Cuerpos fue testigo de esa pequeña confesión. ¿Por qué se le habrá ocurrido robar semejante cosa? Pero me estoy yendo del tema. Hay otros muchos lugares que deseo visitar.

-Sí.

-Vuelvo a sentir un anhelo de futuro, de conocer los misterios del mundo natural, de ser el espectador en que me convertí aquella lejana noche en París, cuando se me obligó a entrar en esto. Perdí mis ilusiones. Perdí mis mentiras preferidas. Podríamos decir que reviví en aquel momento y renací a las tinieblas de mi propio libre albedrío. ¡Y qué albedrío!

-Te comprendo.

-Oh, qué bien.

-¿Por qué hablas así? -Bajó la voz y prosiguió lentamente: -¿Necesitas mi comprensión tanto como yo necesito la tuya?

-Tú jamás me has entendido, David. Oh, no te lo digo como acusación. Te haces ilusiones sobre mí, lo cual te permite visitarme, hablar conmigo, hasta darme cobijo y ayudarme. No podrías hacer todo eso si realmente supieras lo que soy. Intenté decírtelo cuando hablaba de mis sueños...

-Estás equivocado. Hablas por vanidad. Te encanta hacer creer que eres peor de lo que realmente eres. ¿A qué sueños te refieres? No recuerdo que me hayas hablado nunca de sueños.

Sonreí.

-¿Ah, no? Haz memoria, David. El sueño del tigre, el que me hacía sentir miedo por ti. Y ahora se cumplirá la amenaza de ese sueño.

-¿Qué quieres decir?

-Que te lo voy a hacer, David. Voy a hacerte de los míos.

-¿Qué? -Su voz se convirtió en un susurro. -¿Qué me estás diciendo? -Se inclinó hacia adelante tratando de ver con claridad la expresión de mi cara. Pero la luz nos venía de atrás, y su vista humana no era lo bastante aguda.

-Acabo de decírtelo. Te lo voy a hacer.

-¿Por qué lo dices?

-Porque es verdad. -Me levanté y con la pierna empujé el sillón a un costado.

Él me miró sin levantarse. Sólo entonces su cuerpo tomó conciencia del peligro. Vi que se ponían tensos los músculos de sus brazos. Sus ojos estaban fijos en los míos.

-¿Por qué hablas así? No puedes hacerme eso.

-Por supuesto que sí, y lo haré. Siempre te dije que era malvado, que era el mismísimo diablo. ¡El diablo de tu Fausto, el de tus visiones, el tigre de mis pesadillas!

-No, no es verdad. -Se puso de pie y, al hacerlo, volteó el sillón y casi pierde el equilibrio. Retrocedió unos pasos. -No eres el diablo, sabes bien que no. ¡No me hagas esto! ¡Te lo prohíbo! -Apretó los dientes al pronunciar las últimas palabras. -En el fondo del corazón eres tan humano como yo. Y no lo harás.

-¡Claro que sí! -Me reí porque no pude evitarlo. -¡David, el Superior General! David, el brujo del candomblé.

Retrocedió aún más por el piso de baldosas. La luz iluminaba de lleno su cara y los músculos tensos de sus brazos.

-¿Pretendes luchar conmigo? No hay fuerza en la tierra que pueda impedirme hacerlo.

-Antes prefiero morir -expresó con voz ahogada. Su rostro estaba más oscuro, arrebolado por la sangre. Oh, la sangre de David.

-No te voy a dejar morir. ¿Por qué no recurres a tus viejos espíritus brasileños? No recuerdas cómo se hace, ¿verdad?

-No puedes pagarme de esta manera. -David luchaba por mantener la calma.

-¡Pues así es como paga el diablo a quienes lo ayudan!

-¡Lestat, yo te ayudé a enfrentar a Raglan! ¡Te ayudé a recuperar ese cuerpo! ¿Y no me habías prometido lealtad? ¿Cuáles fueron tus palabras?

-Te mentí, David. Me mentí a mí mismo y a otros. Eso me enseñó mi pequeña aventura por la carne. Me asombras, David. Estás enojado, muy enojado, pero no tienes miedo. Eres como yo, David... tú y Claudia... los únicos que realmente tienen mi misma fuerza.

-Claudia -articuló, e hizo un gesto de asentimiento-. Ah, sí, Claudia. Tengo algo para ti, amigo mío. -Se alejó, y a propósito me dio la espalda para destacar la audacia de su gesto. Muy despacio se encaminó hasta la cómoda. Cuando giró sobre sus talones vi que tenía un pequeño relicario en las manos. -Lo traje de la Casa Matriz. El relicario que me describiste.

-Ah, sí. Dámelo.

Sólo entonces, mientras luchaba con el estuchecito ovalado, vi que le temblaban las manos. No sabía manejar bien los dedos. Al final consiguió abrirlo y me lo tendió. Yo contemplé la miniatura pintada: el rostro de Claudia, sus ojos, sus rizos dorados. Una niña que me miraba tras una máscara de inocencia. ¿Era una máscara?

Y lentamente, de entre el torbellino de mi memoria, extraje el momento en que por primera vez había posado mis ojos en esa chuchería, en su cadena de oro cuando me hallaba en la lóbrega calle de tierra y acerté a pasar por la choza donde la madre yacía muerta a causa de la peste y su hijita mortal, convertida en alimento del vampiro, era un cuerpecito blanco que temblaba, indefenso, en los brazos de Louis.

¡Cómo me reí de él en ese momento! Lo había señalado con el dedo, luego levanté de la cama apestosa el cuerpo de la muerta -la madre de Claudia-, y bailoteé con ella por la habitación. Y en el cuello de la difunta estaba la cadenita con el relicario, porque ni el más audaz de los ladrones se habría atrevido a entrar en esa choza para robar esa baratija de las fauces mismas de la peste.

Lo tomé con la mano izquierda, mientras la derecha dejaba caer el pobre cadáver. El broche se había roto e hice oscilar la cadena en alto como exhibiendo un trofeo. Luego lo guardé en el bolsillo, pasé por encima del cuerpo moribundo de Claudia y salí a la calle en pos de Louis.

Pasaron varios meses, hasta que un día encontré el relicario en el mismo bolsillo y lo miré a la luz. Cuando el retrato había sido pintado, ella era una criatura viva, pero la Sangre Misteriosa le confirió la dulce perfección del pintor. Era mi Claudia, y el relicario quedó luego dentro de un baúl. Ahora bien: cómo fue a parar a la Talamasca, no lo sé.

Lo sostuve en la mano. Levanté la vista. Tuve la sensación de haberme remontado a aquel sitio ruinoso, y de estar de vuelta de repente, mirando a David. David me había estado hablando, pero no lo oí.

-¿Serías capaz de hacérmelo? -preguntaba, perentorio. El timbre de su voz lo traicionaba, tal como minutos antes lo había dejado en evidencia el temblor de las manos. -Mírala. ¿Me harías eso a mí?

Contemplé el diminuto rostro femenino; luego lo miré a él.

-Sí, David. A ella le advertí que volvería a hacerlo. Y te lo haré.

Arrojé el relicario fuera de la habitación, y lo vi cruzar el porche, pasar sobre la arena y caer al mar. La cadenita dibujó un trazo dorado sobre la tela del firmamento y al instante desapareció, como internándose en la luz resplandeciente.

Con una velocidad que me sorprendió, David retrocedió y quedó pegado a la pared.

-No lo hagas, Lestat.

-No te resistas, amigo mío. Pierdes el tiempo. Tienes por delante una larga noche de descubrimientos.

-¡No lo harás! -clamó, pero su voz fue un rugido gutural. Se abalanzó sobre mí como si creyera que podía derribarme, me golpeó el pecho con ambos puños, pero yo no me moví. Atrás cayó, dolido por el esfuerzo, y me miraba con indignación en sus ojos lacrimosos. Una vez más le había subido la sangre a las mejillas, oscureciendo todo su semblante. Sólo entonces, cuando comprendió que era inútil defenderse, trató de huir.

Lo agarré del cuello antes de que llegara al porche. Con los dedos masajeé su carne al tiempo que él se debatía con salvajismo, como hace el animal para soltarse. Muy despacio lo levanté y, sosteniendo su cabeza con mi mano izquierda, perforé con mis dientes la piel fina, fragante y joven de su cuello, con lo cual recibí el primer borbotón de sangre.

Ah, David, mi amado David. Nunca me había lanzado en una persona a quien conociera tanto. Qué fuertes y prodigiosas las imágenes que me envolvieron: la suave luz del sol que penetraba en el bosque de mangles, el crujido del pasto alto en la estepa africana, el estampido de un arma larga, el temblor de la tierra machacada por las patas del elefante. Todo eso sentí: las lluvias estivales que bañan eternamente las junglas, el agua que llega hasta el nivel de los pilotes y cubre las maderas del porche, el cielo iluminado por los relámpagos... y en el fondo, el corazón de David latiendo con rebeldía, con recriminación, me traicionaste, me traicionaste, me tomas contra mi voluntad, y el calor salobre de la sangre misma.



Librodot

Lo empujé hacia atrás. Fue suficiente como primer trago. Lo miré haciendo esfuerzos por incorporarse. ¿Qué había visto durante esos segundos? ¿Sabía ahora lo tenebroso y obstinado que era mi corazón?

-¿Me amas? -le pregunté-. ¿Soy tu único amigo de este mundo?

Avanzó gateando por las baldosas. Se aferró del respaldo de la cama y se levantó, pero al instante volvió a caer, mareado, y una vez más hizo el esfuerzo.

-¡Oh, permíteme ayudarte! -dije. Lo hice girar en redondo, lo levanté y volví a clavarle los colmillos en las mismas heridas pequeñísimas.

-Por el amor de Dios, Lestat, no sigas más. Te lo suplico.

Suplica en vano, David. Oh, qué exquisito ese cuerpo joven, esas manos que me alejaban, qué voluntad que tienes, mi bello amigo. Y ahora estamos en el viejo Brasil, ¿no es cierto?, en la pequeña habitación, y él pronuncia los nombres de los espíritus del candomblé, los invoca. ¿Vendrán los espíritus?

Lo suelto, vuelve a caer de rodillas y se da vuelta sobre un costado, mirando fijo hacia adelante. Suficiente, para ser un segundo ataque.

Se oyeron unos golpecitos en la habitación.

-Ah, ¿tenemos compañía? ¿Pequeños amigos invisibles? Sí, mira, el espejo se está bamboleando. ¡Se va a caer! -En efecto, cayó al piso, y se desprendieron del marco infinidad de trocitos de luz.

David intentaba volver a ponerse de pie.

-¿Sabes cómo los siento yo, David? ¿Alcanzas a oírme? Son como muchos banderines de seda que se extienden a mi alrededor. Así de débiles.

Una vez más se puso de rodillas y gateó por la habitación. De repente se levantó y se lanzó hacia adelante. Manoteó el libro que estaba junto a la computadora, dio media vuelta y me lo arrojó, pero cayó a mis pies. Él ya tambaleaba. Apenas sí se podía tener en pie, y tenía la vista nublada.

Luego giró y casi se cae de boca en la galería; consiguió apenas trasponer la barandilla y avanzó hacia la playa.

Fui tras él, que bajaba a los tumbos por la pendiente de arena blanca. Mi sed aumentaba, pues había recibido sangre segundos antes y necesitaba más. Cuando llegó al agua se detuvo, vacilante, a punto de desplomarse.

Lo sujeté del hombro con ternura, lo estreché con mi brazo derecho.

-¡No, maldito seas! ¡Que te vayas al infierno! -reaccionó. Con toda su fuerza, ya menguada, me asestó un puñetazo en la cara, pero se desgarró los nudillos al chocar contra mi piel inamovible.

Lo hice girar en redondo y vi que me pateaba las piernas, que volvía a golpearme con esas manos impotentes, y una vez más me incliné sobre su cuello, le pasé la lengua, lo olí, hasta que le clavé los dientes por tercera vez. Hmmm... esto es el éxtasis. El antiguo cuerpo de David, gastado por el paso del tiempo, ¿me habría brindado tal festín? Sentí el impacto de su mano contra mi cara. Ah, tan, pero tan fuerte. Sí, resístete, resístete como hice yo con Magnus. Qué hermoso que me ataques. Me gusta, me encanta.

¿Y qué oí en medio de tanta emoción? La más pura de las plegarias que partía de sus labios, pero no dirigida a esos dioses en quienes no creíamos, no a un Cristo crucificado ni a una antigua Virgen Madre. Me rezaba a mí. "Lestat, amigo mío, no me quites la vida. Suéltame, por favor."



Librodot

Hmmm. Lo apreté con más fuerza por el pecho. Luego me eché hacia atrás, le lamí las heridas.

-No sabes elegir tus amigos, David -murmuré, pasándome la lengua por la sangre de los labios, mirándolo de frente. Estaba casi muerto. Qué bellos esos dientes blancos suyos, la carne tierna de sus labios. Bajo sus párpados sólo aparecía el blanco de sus ojos. Y cómo peleaba su corazón, ese corazón mortal joven, sano. Un corazón que había bombeado la sangre a mi cerebro. Un corazón que vaciló y se detuvo cuando yo tuve miedo, cuando vi acercarse la muerte.

Apoyé la oreja contra su pecho para escuchar. Me pareció oír el ulular de la ambulancia en Georgetown. "No me dejes morir".

Lo vi en aquella habitación de hotel soñada hace mucho tiempo, con Louis y con Claudia. ¿Es que no somos más que seres fortuitos en los sueños del demonio?

El corazón aminoraba su ritmo. Ya estaba por llegar el momento. Un traguito más, amigo.

Lo alcé y así me lo llevé por la playa, de vuelta a la habitación. Besé las minúsculas heridas, les pasé la lengua, succioné de ellas y por último volví a clavarles los dientes. Su cuerpo sufrió una convulsión, y un grito sofocado escapó de sus labios.

-Te amo -articuló.

-Y yo también a ti -le respondí, mis palabras ahogadas contra su carne, al tiempo que la sangre volvía a fluir, irresistible.

Los latidos eran muy débiles. Su mente se poblaba de recuerdos que se remontaban hasta la cuna. No articulaba sílabas claras, precisas: gemía solo, como rememorando la vieja melodía de alguna canción.

Su cuerpo pesado, tibio, estaba apretado contra el mío; los brazos le caían flojos. Tenía los ojos cerrados y la cabeza aún sostenida por mi mano izquierda. El gemido se apagó, y el corazón se aceleró de pronto con latidos pequeños, ahogados.

Me mordí la lengua hasta que no pude aguantar más el dolor. Volví a clavarme repetidas veces mis propios colmillos, moví la lengua de un lado a otro; luego apreté mi boca contra la suya, lo obligué a despegar los labios y dejé fluir mi sangre sobre su lengua.

El tiempo parecía haberse detenido. Sentí el sabor inconfundible de mi propia sangre llenándome la boca antes de pasar a la suya. Pero de improviso sus dientes se cerraron en mi lengua, me mordieron con toda la fuerza mortal que aún tenían sus mandíbulas, rasparon la carne preternatural, arrastraron la sangre que manaba del corte que yo mismo me había hecho, mordieron, digo, con tanta intensidad como para succionarme la lengua, si hubieran podido.

Un violento espasmo lo acometió. Su espalda se arqueó contra mi brazo. Y cuando me aparté, con la boca llena de sufrimiento y la lengua dolorida, él se detuvo, hambriento, sus ojos aún ciegos. Me hice una incisión en la muñeca. Ya va a salir, mi amado. Ahí sale, no en gotitas, sino del caudal mismo de mi existencia. Y esta vez, cuando su boca se apretó contra mí, sentí un dolor que llegó hasta la raíz de mi ser, enredando mi corazón en su tejido ardiente.

Para ti, David. Bebe hasta lo más hondo, para que seas fuerte.

Esto ahora no podía destruirme, por mucho que se prolongara.

Yo lo sabía, y los recuerdos de aquellas épocas pasadas en que lo había hecho, embargado de miedo, me parecieron tontos y torpes y hasta se fueron desdibujando a medida que los evocaba, dejándome a solas, con él.

Me arrodillé, sosteniéndolo, y el dolor me llegó hasta la última de mis venas y mis arterias, como tenía que ser. Y el dolor se hizo tan intenso en mí, que me tendí en el piso con él en mis brazos, mi muñeca adherida a su boca, mi mano aún bajo su cabeza. Me invadió un gran mareo. Los latidos de mi corazón se volvieron peligrosamente lentos. Él seguía succionando, y en la negrura brillante de mis ojos cerrados vi los miles de miles de minúsculos vasos sanguíneos ya vacíos, contraídos, colgando como delgados hilos negros de una telaraña desprendida por el viento.

De nuevo nos hallábamos en el cuarto del hotel de Nueva Orleáns, y allí estaba Claudia, calladita, sentada en un sillón. Afuera la ciudad pestañeaba con sus lámparas opacadas. Qué oscuro y lóbrego el firmamento, sin huellas de que estuviera por llegar la gran aurora de las ciudades.

-Te advertí que volvería a hacerlo -le dije a Claudia.

-¿Por qué te molestas en explicármelo? -me respondió-. Sabes muy bien que nunca te hice preguntas en eso. Hace muchísimos años que estoy muerta.

Abrí los ojos.

Me hallaba tendido sobre las frías baldosas de la pieza y él estaba de pie, mirándome desde arriba, y la luz eléctrica brillaba sobre su rostro. Sus ojos ya no eran marrones; estaban plenos de una deslumbrante luz áurea. Un brillo sobrenatural había invadido su piel oscura, aclarándola apenas, confiriéndole un dorado más perfecto. Su pelo ya había adquirido el maravilloso lustre diabólico; toda la iluminación se concentraba en él, se refractaba y partía de él, danzaba a su alrededor como si considerara irresistible a ese hombre alto, angelical, de expresión perpleja, aturdida.

No habló. Y yo, pese a que no pude interpretar su semblante, comprendía las maravillas que iba captando con sus ojos. Supe qué fue lo que vio cuando miró en derredor, cuando reparó en la lámpara, en los trozos rotos del espejo, en el cielo sobre la playa.

Nuevamente dirigió sus ojos a mí.

-Estás herido -dijo en un murmullo.

¡Oí la sangre en su voz!

-¿Estás herido? -insistió.

-Por el amor de Dios -repliqué con voz destemplada-, no entiendo cómo te preocupa que pueda estar herido.

Se alejó de mí con ojos desorbitados, como si a cada segundo que pasaba se ampliara su visión; luego se volvió y fue como si se hubiera olvidado de que yo estaba ahí. Seguía mirando con la misma expresión de arrobo. Después, doblado en dos por el dolor, giró, se encaminó a la galería y salió hacia el mar.

Me incorporé. Vi la habitación envuelta en un brillo tenue. Le había dado hasta la última gota de sangre que él podía recibir. La sed me paralizaba y apenas sí podía mantenerme firme. Me abracé la rodilla y traté de permanecer sentado, sin caer al piso de puro débil.

Estiré el brazo izquierdo para verme la mano a la luz. En el dorso, las venitas estaban levantadas pero ya, mientras las miraba, noté que se iban alisando.

Mi corazón bombeaba con bríos. Y por intensa y terrible que fuera la sed, yo sabía que podía esperar. No sé por qué ya me estaba reponiendo, pero algún motor siniestro que llevaba en mi interior trabajaba afanosa, calladamente, por mi restauración, como si hubiera que curarle hasta la última languidez a esa excelsa máquina de matar que era yo, para que pudiera volver a salir de cacería.

Cuando por fin logré ponerme de pie, ya era el de siempre. Le había dado más sangre de la que les di a todos los demás que había creado. Ya había terminado y lo había hecho bien. ¡David iba a ser tan fuerte! Oh Dios, mucho más potente que los otros.

Pero tenía que ir a buscarlo, pues debía estar muriéndose. Había que ayudarlo, cuando tratara de hacerme a un lado.

Lo encontré hundido en el agua hasta la cintura. Temblaba y era tanto su dolor, que jadeaba lentamente, como queriendo no hacer ruido. Tenía el relicario, y la cadenita enlazada en el puño.

Lo rodeé con el brazo para sostenerlo. Le dije que eso no iba a durar mucho. Y cuando se le pasara, sería para siempre. Movió la cabeza para decirme que entendía.

Al ratito sentí que sus músculos se aflojaban. Lo impulsé a que volviera conmigo a la playa, donde no costaba tanto caminar con independencia de la fortaleza que uno tuviera, y juntos regresamos a la arena.

-Vas a tener que alimentarte -le dije-.¿Te parece que podrás hacerlo solo?

Hizo un movimiento de negación con la cabeza.

-Bueno, te llevo yo y te enseño todo lo que hay que enseñarte. Pero primero hay que ir a una cascada que creo que hay allá arriba. Yo la oigo, ¿y tú? Allí te podrás higienizar.

Asintió y me siguió con la cabeza gacha, sujetándose la cintura con un brazo; su cuerpo cada tanto se ponía tenso con los últimos calambres violentos que la muerte siempre trae aparejados.

Cuando llegamos a la cascada, trepó sin dificultad por las rocas traicioneras, se sacó el short y se paró, desnudo bajo el chorro, que bañó su cuerpo entero. Tenía los ojos muy abiertos. En un momento dado se sacudió, escupió el agua que accidentalmente le había entrado en la boca.

Yo lo observaba, y a medida que pasaban los segundos iba sintiéndome cada vez más fuerte. Luego di un salto que me llevó hasta lo alto de la cascada, y aterricé sobre el acantilado. Desde allá lo veía, pequeña silueta envuelta en las salpicaduras, que miraba hacia arriba.

-¿Puedes venir hasta aquí? -dije en voz baja.

Hizo un ademán afirmativo. Excelente que me hubiera oído. Se inclinó hacia atrás y, desde el agua, dio un gran salto que lo llevó hasta la cima del acantilado, aunque unos metros más abajo de donde estaba yo. No tuvo problemas en sujetarse con las manos de las rocas resbaladizas. Luego completó el salto sin mirar hacia abajo, y llegó a mi lado.

Me asombró enormemente su poderío. Pero no sólo su fuerza, sino su audacia extrema. Y parecía haber olvidado todo el episodio, pues se limitó a contemplar las nubes errantes, el brillo suave del cielo. Dirigió sus ojos a las estrellas, luego a tierra firme, a la jungla que bajaba por el despeñadero.



Librodot

-¿Sientes la sed? -le pregunté, y me contestó que sí sin palabras, mirándome sólo de pasada. Luego observó el mar. -Bien, ahora volvemos a tu habitación, te vistes como para ir en busca de presas y bajamos a la ciudad.

-¿Tan lejos? -preguntó, y señaló el horizonte-. Hay un barquito por allá.

Lo busqué y pude verlo a través de los ojos de un hombre que iba a bordo, un ser desagradable y cruel. Se trataba de un contrabando, y el sujeto iba molesto porque sus cómplices, ebrios, lo habían abandonado y él debía hacer todo sin ayuda.

-De acuerdo -dije-. Vamos juntos.

-No. Creo que debo ir yo solo.

Giró sin esperar mi respuesta y descendió deprisa, grácilmente, a la playa. Se alejó como un rayo de luz, se internó en las olas y comenzó a nadar con poderosas brazadas.

Yo caminé hasta el borde del acantilado, encontré un senderito rústico y por allí bajé hasta la habitación. Al llegar observé los despojos: el espejo deshecho, la mesa dada vuelta, la computadora tirada de costado, el libro caído en el piso. La silla tumbada en la galería.

Di media vuelta y salí.

Volví a ascender hasta los jardines. La luna estaba muy alta y subí por la senda hasta el borde mismo de la cima. Allí permanecí mirando la cinta angosta de blanca playa, el mar liso, callado.

Por último me senté contra el tronco grueso de un árbol cuyas ramas me cubrían formando una marquesina aérea. Apoyé el brazo en la rodilla, y la cabeza en el brazo.

Pasó una hora.

Me di cuenta de que ya volvía. Lo oí subir por el sendero con paso ágil, con unas pisadas que no podría tener mortal alguno. Cuando levanté la vista comprobé que se había bañado y cambiado, que hasta se había peinado y le quedaba aún el aroma de la sangre bebida, quizá saliéndole de los labios. No era un ser débil como Louis, oh, no; era mucho más fuerte. Y el proceso aún no había concluido. Ya le habían terminado los dolores de muerte, pero seguía robusteciéndose -cosa que noté a simple vista-, y era un placer contemplar el brillo dorado de su piel.

-¿Por qué lo hiciste? -exigió saber. Una máscara me pareció ese rostro, que se encendió de enojo al hablar. -¿Por qué lo hiciste?

-No lo sé.

-Vamos, no me vengas con ésas. ¡Y no quiero verte lágrimas! ¡Por qué lo hiciste!

-Te digo honestamente: no lo sé. Podría darte muchísimas razones, pero confieso que no lo sé. Lo hice porque quería hacerlo, porque me dio la gana, porque quería ver qué pasaba... quería... y no podía no hacerlo. Eso lo supe cuando regresé a Nueva Orleáns. Esperé y esperé, pero no podía dejar de hacerlo. Y ahora ya está hecho.

-¡Hijo de puta, mentiroso! ¡Lo hiciste por malvado y perverso! ¡Lo hiciste porque te fracasó el experimento con el Ladrón de Cuerpos! ¡Porque producto de ese experimento fue el milagro que me sucedió a mí, esta juventud, este renacimiento, y te indignó que esto pasara, que yo saliera beneficiado siendo que tú habías sufrido tanto!

-¡A lo mejor es verdad!

-Es verdad; reconócelo. Reconoce tu mezquindad. ¡No podías permitir que yo avanzara al futuro con este cuerpo que tú no tuviste el coraje de soportar!

-Puede ser.

Se acercó y trató de levantarme por la fuerza afeitándome del brazo, pero, por supuesto, no lo consiguió. No pudo moverme ni un centímetro.

-No tienes aún la fuerza que hace falta para esas tretas -le dije-. Si no acabas ya con esto, te doy un golpe que te dejo tumbado en el suelo, y no te va a gustar. Eres demasiado digno para eso, así que, si me haces el favor, termina con esa vulgaridad humana de los puños.

Se puso de espaldas, cruzó los brazos y agachó la cabeza. Hasta mí llegaban los pequeños sonidos de desesperación que dejaba escapar. Se alejó, y yo volví a hundir la cara en mi brazo.

Entonces oí que regresaba.

-¿Por qué? -repitió-. Quiero que me digas algo, un reconocimiento de cualquier tipo.

-No.

Estiró una mano, enredó los dedos en mi pelo y me obligó a levantar la cabeza de un tirón que me dolió en todo el cuero cabelludo.

-La verdad es que te estás excediendo, David -le recriminé, y en el acto me solté-. Un truquito más de éstos, y te juro que te arrojo al precipicio.

Pero cuando lo miré, cuando vi todo el sufrimiento que había dentro de él, me quedé callado.

Se puso de rodillas ante mí, de modo que quedamos casi a la misma altura.

-¿Por qué, Lestat? -murmuró, y su voz apesadumbrada me partió el alma.

Agobiado de vergüenza y desdicha, cerré los ojos y volví a apretarlos contra mi propio brazo derecho, mientras con el izquierdo me tapaba la cabeza. Y no hubo nada -ni sus ruegos, ni sus maldiciones, ni a la larga su partida en silencio- que me hiciera levantar la mirada otra vez.

Salí a buscarlo antes del amanecer. El cuartito ya estaba en orden, y su maleta en la cama. La computadora estaba cerrada y, sobre su estuche de plástico, el ejemplar del "Fausto".

Pero él no estaba. Lo busqué por todo el hotel, sin suerte. Registré los jardines, los bosques en una y otra dirección, y nada.

Por último hallé una pequeña cueva en lo alto de la montaña, me introduje hasta el fondo y allí dormí.

¿Para qué describir la aflicción o el dolor sordo que me aquejaban? ¿Qué sentido tiene asegurar que tenía conciencia del grado de injusticia, deshonor y crueldad de mi acto? Sabía la enormidad de lo que le había hecho.

Yo me conocía, y conocía perfectamente mi maldad; por lo tanto no esperaba nada del mundo, salvo que me pagara con la misma moneda.

Me desperté no bien el sol descendió hasta el mar. Desde un barranco alto contemplé el crepúsculo; luego bajé a cazar a las calles urbanas. No pasó mucho rato hasta que sucedió lo habitual: un ladrón intentó ponerme las manos encima y robarme. Lo transporté entonces hasta un callejón, y allí me deleité

succionándolo sin prisa, a pasos apenas de donde abundaban los turistas. Escondí el cadáver en las tinieblas del callejón y seguí mi camino.

¿Cuál era mi camino?

Regresé al hotel. Seguían allí sus pertenencias, pero no él. Lo busqué de nuevo, tratando de contener un miedo espantoso de que hubiera querido destruirse. Después pensé que David era demasiado fuerte, que aunque se hubiera expuesto a la furia del sol -cosa que dudaba-, no podía haber sido destruido por completo.

Pero me atormentaba todo tipo de temores: que estuviera muy quemado e imposibilitado de moverse, que los mortales lo hubieran descubierto, que mis compañeros lo hubieran secuestrado. O bien, que reapareciera y volviera a maldecirme. También temía eso.

Por último regresé a Bridgetown, pero era incapaz de marcharme de la isla sin saber qué suerte había corrido.

Continuaba aún allí una hora antes del amanecer.

Esa noche no lo encontré. Tampoco la siguiente.

Al final, dolido en la mente y el corazón, convencido de que todo ese sufrimiento me lo merecía, resolví regresar.

La tibieza de la primavera había llegado por fin a Nueva Orleáns y pululaban en ella los turistas, bajo el cielo color púrpura de la noche. Primero me dirigí a mi casa, a buscar a Mojo en la de la mujer, que no se alegró en absoluto de entregármelo aunque se notaba que él me había extrañado mucho.

Ambos partimos luego hacia la calle Royale.

Antes de terminar de subir la escalera del fondo, supe que el departamento no estaba vacío. Me detuve un instante para contemplar desde arriba el patio restaurado, con sus grandes baldosas pulidas, la romántica fuentecilla a la que no le faltaban ni querubines y caparazones marinos en forma de cornucopia despidiendo chorros de agua pura en una vasija.

Contra el viejo tapial de ladrillo habían plantado un cantero de flores; en un rincón ya prosperaba un grupo de bananeros, y sus gráciles hojas hacían gestos de asentimiento mecidas por la brisa.

Ver eso alegró sobremanera mi corazoncito egoísta.

Entré. Terminada por fin, la sala de atrás lucía los bellos sillones de anticuario que yo había elegido, así como la gruesa alfombra persa de un tono rojo pálido.

Recorrí el pasillo con la mirada, revisé el empapelado a rayas blancas y doradas, el alfombrado oscuro, y vi a Louis parado en la puerta del salón de adelante.

-No me preguntes dónde estuve ni qué hice -me anticipé. Enfilé hacia él, lo hice a un lado y entré en la habitación. Oh, aquello superaba todas mis expectativas. Había entre las ventanas una réplica exacta de su antiguo escritorio, estaba también el sofá tapizado en tela de damasco y la mesa ovalada con incrustaciones de caoba.

-Sé dónde has estado -dijo-, y lo que hiciste.

-¿Ah, sí? ¿Y ahora qué viene? ¿Un ridículo sermón? Dímelo ya, así puedo irme a dormir.

Me volví para mirarlo y ver qué efecto le producía ese desplante -si es que le producía alguno-, y vi a David a su lado, vestido de terciopelo color negro, con los brazos plegados en el pecho, apoyado contra el marco de la puerta.

Ambos me miraban con cara inexpresiva; David era el más alto y oscuro de los dos, pero qué parecidos los vi. Demoré un poco en tomar conciencia de que Louis se había vestido para la ocasión y que, por una vez en la vida su ropa no parecía recién sacada de un baúl del altillo.

Fue David quien habló primero.

-Mañana empieza el carnaval de Río -dijo, con voz aún más seductora de lo que era en su vida mortal-. Pensé que podíamos ir.

Lo miré fijo, y por fuerza sospeché. Me pareció notar una luz sórdida en su expresión, cierto brillo duro en sus ojos. Pero la boca era tan tierna, sin huellas de malevolencia, o de maldad. No emanaba de él amenaza alguna.

Luego Louis despertó de su ensueño y en silencio se alejó por el pasillo rumbo a su antiguo cuarto. ¡Qué conocido me resultó el tenue crujir de la madera a su paso!

Me sentía sumamente confundido y algo sofocado.

Tomé asiento en el diván y le hice señas a Mojo de que se acercara; vino y se sentó frente a mí, apoyando todo su peso contra mis piernas.

-¿Lo dices en serio? -pregunté-. ¿Quieres que vayamos juntos?

-Sí. Y después de ahí, a las selvas tropicales. ¿Te gustaría?

Internarnos en los bosques. -Bajó los brazos, agachó la cabeza y comenzó a pasearse a grandes trancos. -Me dijiste algo, no me acuerdo muy bien cuándo... a lo mejor fue una imagen que obtuve de ti antes de que sucediera todo... algo sobre un templo que los mortales no conocían, perdido en medio de la jungla. Oh, piensa en todo lo que se puede descubrir allí.

Qué genuino el sentimiento, qué sonora su voz.

-¿Por qué me perdonaste, David?

Dejó de pasearse y me miró, pero yo estaba tan absorto observando cómo la sangre le había cambiado el pelo y la piel, que por un instante no pude pensar. Levanté una mano para pedirle que no hablara. ¿Por qué no me habituaba nunca a esa magia? Solté la mano y le permití, no, lo invité a proseguir.

-Tú sabías que te iba a perdonar -repuso, adoptando su antiguo tono mesurado-. Cuando lo hiciste, ya sabías que de todos modos yo te iba a seguir queriendo, que te necesito. Que te iba a buscar y me iba a aferrar a ti, más que a nadie en este mundo.

-No, no. Juro que no lo sabía -murmuré.

-Me alejé a propósito, para castigarte. Pusiste a prueba mi paciencia. Eres el ser más maldito, como te han definido otros más inteligentes que yo. Pero sabías que yo iba a volver, que iba a estar aquí.

-Jamás se me cruzó por la mente.

-No empieces a llorar de nuevo, Lestat.

-Me gusta llorar. Debo hacerlo. Si no, ¿por qué lloro tanto?

-¡Bueno, basta!

-Oh, vamos a divertirnos, ¿verdad? Ahora te crees el jefe de este reducto, y que puedes empezar a mandonearme, ¿no?

-¿Qué dijiste?

-¡Ya ni siquiera pareces el mayor de los dos, y nunca lo fuiste! Te dejas engañar de la manera más tonta por mi aspecto bello e irresistible. El jefe soy yo. Esta es mi casa. Yo decidiré si voy a Río.

Prorrumpió en risas, lentas al principio, luego más profundas y libres. Si es que algo había en él de amenazante, eran sólo sus notables cambios de expresión, el brillo enigmático de sus ojos. Pero tampoco estaba seguro de que hubiera alguna amenaza, después de todo.

-¿Eres tú el jefe? -preguntó, con desdén. La vieja autoridad.

-Sí. Y tú huiste para demostrarme que podías prescindir de mí, que no necesitabas ayuda para cazar, que eras capaz de encontrar dónde esconderte de día. No me precisabas, ¡y sin embargo, aquí estás!

-¿Vienes, o no, a Río con nosotros?

-¿Dijiste "nosotros"?

-Así es.

Se encaminó hasta el extremo que le quedaba más cerca del diván y se sentó. Tomé conciencia entonces de que ya estaba en pleno uso de sus nuevas facultades. Y, desde luego, imposible determinar con sólo mirarlo lo fuerte que realmente era. El tono oscuro de su piel engañaba mucho. Cruzó las piernas en una postura cómoda, pero sin menoscabo de la dignidad que siempre había tenido.

Tal vez haya sido porque permaneció muy erguido contra el respaldo del sillón, o por la forma en que colocó una mano sobre su tobillo y la otra sobre el apoyabrazos.

Sólo el abundante pelo enrulado traicionó en algo su aspecto digno, pues le caía tanto sobre la frente que sacudió por fin la cabeza.

Pero lo cierto es que, de pronto, se desvaneció su compostura; en su rostro se pintaron todas las arrugas de una repentina perplejidad y, luego, de angustia lisa y llana.

Me costó soportarlo, pero me propuse mantener el silencio.

-Traté de odiarte -confesó, y sus ojos se abrieron más a medida que la voz se iba perdiendo-. No pude, sencillamente no pude. -Hubo un momento en que vi la amenaza, la inmensa furia preternatural que fluía de él, pero luego la cara mostró dolor y, por último, simple tristeza.

-¿Por qué no?

-No juegues conmigo.

-¡Jamás he jugado contigo! Todo lo que te digo lo digo en serio. No entiendo cómo no me odias.

-Si te odiara, estaría cometiendo el mismo error que tú -respondió, enarcando las cejas-. ¿No ves lo que has hecho? Me diste el don, pero me evitaste tener que capitular. Me diste, para ingresar, todas tus aptitudes y tu fortaleza, pero no exigiste mi derrota moral. Me ahorraste la decisión, y me diste lo que yo no podía sino desear.

Me quedé sin palabras. Todo era cierto, pero era la mentira más maldita que jamás había oído.

-¡Entonces el homicidio y la violación nos llevarán a la gloria! No acepto tu versión. Estamos todos condenados, y ahora tú también: eso es lo que te he hecho.

Soportó la andanada como si fueran leves palmaditas que apenas sí lo inmutaban; luego volvió a fijar sus ojos en mí.

-Demoraste doscientos años en saber que lo querías -dijo-. Yo lo supe apenas salí del embotamiento y te vi tendido en el piso. Me pareciste una vieja cáscara vacía. Me di cuenta de que habías ido demasiado lejos con el experimento y sentí terror por ti. Y te estaba viendo con esos ojos nuevos.

-Sí.

-¿Sabes la idea que se me cruzó? Que habías encontrado una forma de morir. Me habías entregado hasta la última gota de tu sangre, y estabas muriendo ante mis ojos. Entonces comprendí que te amaba, y te perdoné. Y supe, con cada respiración, con cada forma o color nuevos que veía, que deseaba eso que me habías dado, ¡la nueva visión y la vida que ninguno de nosotros acierta a describir! Ah, no podía reconocerlo. Tenía que maldecirte, fingir indignación durante un rato. Pero a la larga fue nada más que eso: algo que duró un rato,

-Eres mucho más inteligente que yo -sostuve, en tono suave.

-Pero desde luego. ¿Qué suponías?

Suspiré.

-Ah, eso es el Truco Misterioso -murmuré-. Cuánta razón tuvieron los de antes en darle ese nombre. Me pregunto si estará operando el truco en mí, porque tengo ante mi vista un vampiro, un bebedor de sangre de gran poder, creado además por mí mismo, ¿y qué son ahora para él las viejas emociones?

Lo miré, y una vez más se me llenaron los ojos de lágrimas.

Él fruncía el entrecejo y tenía los labios levemente separados; entonces pensé que realmente le había asestado un golpe terrible. Pero no me dijo nada. Parecía azorado; luego sacudió la cabeza como si no fuera capaz de responder.

Comprendí que lo que veía en él no era vulnerabilidad sino más bien compasión, una gran inquietud por mí.

Se levantó de improviso, se arrodilló frente a mí y apoyó las manos en mis hombros sin preocuparse por mi fiel Mojo, que lo miró con indiferencia. ¿Sabía David que ésa era la pose en que me había enfrentado a Claudia en mi sueño febril?

-Eres el mismo de siempre -dijo-. Igual que siempre.

-¿Igual a qué?

-Cada vez que venías a verme, me conmovías, me inspirabas un profundo sentimiento de protección. Me hacías sentir amor. Y ahora es lo mismo, sólo que pareces más confundido, más necesitado de mí. Yo te voy a llevar hacia adelante: eso lo veo con claridad. Soy tu nexo con el futuro. A través de mí verás los años del porvenir.

-Tú también sigues siendo el mismo. Un inocente, un idiota total. -Traté de sacar su mano de mi hombro pero no tuve éxito. -Te esperan grandes problemas. Ya vas a ver.

-Oh, qué emocionante. Ven, vamos ya a Río. No hay que perderse nada del carnaval. Aunque, por supuesto, podremos seguir yendo año tras año... Pero ven.

Me quedé muy quieto, observándolo un largo instante, hasta que finalmente volvió a preocuparse. Sentí la fortísima presión de sus dedos en mis hombros. Sí, me había salido bien, lo había hecho muy bien en todo sentido.

-¿Qué pasa? -preguntó con timidez-. ¿Sientes pena por mí?

-Tal vez... un poquito. Tal como dijiste, no soy tan inteligente como tú, no sé tan bien lo que quiero. Pero ahora quiero grabarme este momento para recordarlo siempre... quiero recordar cómo eres ahora, aquí, conmigo, antes de que las cosas empiecen a andar mal.

Se puso de pie y me forzó a levantarme de repente, sin el menor esfuerzo. Mi cara de asombro le produjo una sonrisa victoriosa.

-Esta puja va a ser todo un espectáculo -vaticiné.

-Puedes pelear conmigo en Río, mientras bailamos por las calles.

Me hizo señas de que lo siguiera. Yo no sabía qué íbamos a hacer a continuación ni cómo realizaríamos el viaje, pero me sentía muy entusiasmado y no me interesaban en absoluto los detalles triviales.

Por supuesto, habría que convencer a Louis para que nos acompañara, pero lo atacaríamos entre los dos y de alguna manera lo tentaríamos para que aceptara, por renuente que se mostrara.

Ya estaba por salir tras él de la sala, cuando de pronto vi algo sobre el viejo escritorio de Louis.

Era el relicario. La cadena, enrollada, captaba la luz con sus minúsculos eslabones de oro y el relicario mismo estaba abierto y apoyado contra el tintero. La carita de Claudia parecía estar mirándome directamente a mí.

Lo tomé, miré atentamente el retrato y constaté algo que me produjo tristeza.

Claudia ya no estaba en los recuerdos reales: se había transformado en aquellos delirios febriles. Era ella la imagen que vi en el hospital de la selva, una figura recortada contra el sol en Georgetown, un fantasma que deambulaba entre las sombras de Notre Dame. ¡En vida, nunca había sido mi conciencia! No. Nunca Claudia, mi despiadada Claudia. ¡Qué sueño! Puro sueño.

Una sonrisita secreta apareció en mis labios cuando la miré, amargado, a punto de soltar las lágrimas una vez más. Porque nada había cambiado cuando comprendí que yo le había dado a ella las palabras de acusación. La cosa misma era verdad. Tuve la oportunidad de salvarme... y dije que no.

Mientras sostenía el relicario en la mano quise decirle algo a Claudia, al ser que ella había sido, a mi propia debilidad, al ser perverso y ambicioso que hay en mí y que una vez más había triunfado. Porque había triunfado.

Sí, ¡me dieron tantas ganas de decir algo! Y ojalá ese algo estuviera lleno de poesía, de significación profunda, y liberara mi codicioso corazón de toda su maldad. Porque me marchaba a Río, ¿no?, y con David, y con Louis, y comenzaba una nueva era...

Sí, decir algo -por el amor del cielo y el amor de Claudia-, y mostrar lo que realmente es. Dios mío, abrirlo y mostrar el horror que hay en el centro.

Pero no pude.

¿Qué más se puede decir, realmente?

El cuento ha terminado

Lestat de Lioncourt
Nueva Orleans 1991



Librodot